



JEAN PLAIDY

ANA BOLENA
LA
DAMA DE
LA TORRE

LAS
REINAS
TUDOR
II



Lectulandia

La apacible estancia de la joven Ana Bolena en la corte francesa termina abruptamente cuando es convocada por su padre para regresar a Inglaterra. Retorna a su país a una vida colmada de privilegios y riqueza gracias a la relación que su hermana María sostiene con Enrique VIII. Elegante, orgullosa y poseedora de una aguda inteligencia, muy pronto Ana despierta en el monarca una irresistible obsesión que la arrastra hacia las trampas del poder y la ambición. Una extraordinaria novela sobre la historia de amor que cimbró los cimientos de la Iglesia católica y cambió la historia de Inglaterra.

Lectulandia

Jean Plaidy

La dama de la torre

Las reinas Tudor - 2

ePub r1.0

Titivillus 25.07.16

Título original: *The Lady in the Tower*
Jean Plaidy, 1986
Editor Literario: Carmina Rufrancos Godinez
Adaptador: Mónica Maristain Melussi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LA PRISIONERA

Y azgo en mi lóbrega prisión. En medio de la noche oigo las voces de los que estuvieron antes aquí, de aquellos que sufrieron como sufro ahora, marcados por el miedo y la desesperanza, los prisioneros del rey.

Ayer vinieron a buscarme. Me deslicé por el río hacia la torre gris, afincada en el sitio donde alguna vez supe llegar en medio de gran pompa, vestida de gloria. En esos días, ni el más imaginativo de los seres se hubiera atrevido a adivinar este destino de prisionera que hoy me toca. Era mayo, como ahora, cuando la gente atestaba las márgenes del río para verme pasar. En la popa de mi barcaza ceremonial había un tronco de oro con ramas cuajadas de rosas rojas y blancas, símbolo de York y Lancaster, que el rey exhibía en cada acontecimiento para recordarle al pueblo que los Tudor habían unido a las dos facciones enemigas; y entre aquellas rosas estaba mi propio símbolo, el halcón blanco, con el lema «Yo y los míos», *Me and mine*. Yo era entonces una mujer orgullosa, segura de su poder.

¿Cómo puede haber cambiado mi estado en el corto plazo de tres años? ¿Fue mi causa pasar de la dulce adulación al amargo rechazo? ¿En qué momento dejé de ser la adorada y pasé a ser la proscrita?

Lo cierto es que el pueblo no me vitoreó ni siquiera en mi día de triunfo. No era para mí su afecto. «No obtendremos nada bueno de ella —gritaban—. Nuestra verdadera reina es Catalina». Me habrían atacado si hubieran podido. El pueblo era mi enemigo, pero yo tenía enemigos más grandes y poderosos, los cuales ahora aunarán sus fuerzas contra mí; si durante los días de mi triunfo buscaban mi destrucción, ¡con cuánta mayor inquina trabajarán ahora en mi contra! Y sus planes han prosperado, ya que el rey ha hecho de mí su prisionera.

En la Torre me esperaba el teniente sir William Kingston. El reloj tocaba las cinco; cada campanada fue como un toque de difuntos. Murmuré para mí: «Oh, Señor, ayúdame, por cuanto inocente soy de lo que sea que se me acuse».

—Señor Kingston —dije—, ¿van a meterme en un calabozo?

—No, señora, sino al alojamiento que ocupasteis cuando vuestra coronación. La vida se presentaba con su cara más irónica. Y eso me hizo reír sin parar.

¿Me habrían llevado allí para que recordara con mayor precisión los días de gloria y poder? ¿Era un toque de aquella tortura exquisita que mis enemigos sabían administrar tan bien?

Mis damas, que conocían mejor que nadie la naturaleza de aquella risa desenfrenada, trataron de calmarme.

Pensé en escribir al rey, para tratar de conmoverlo con mis palabras, recordándole cómo eran las cosas entre nosotros en un tiempo no tan lejano.

Una y otra vez escribí y destruí lo escrito. Eran mis ruegos para Enrique, el mismo que ahora me tenía prisionera.

«El descontento de vuestra majestad y mi encarcelamiento son extrañas cosas para mí, ignoro qué debo escribir o qué debo excusar...».

Aquello no era verdad. Yo sabía todo. Conocía bien al rey, entendía su forma de razonar, podía recitar de memoria una a una sus excusas bobas, padecía su egoísmo, la naturaleza hipócrita de su carácter, la pasión irrefrenable que lo envolvía cuando deseaba algo o a alguien, todo ello disimulado por una falsa capa de piedad.

Estaba decidida a no ponerle las cosas fáciles a Enrique y mi pluma iracunda voló por el papel. A menudo mi falta de discreción ha vuelto a la gente en mi contra, pero yo era osada. Estaba luchando por mi vida. Le haría saber que estaba al corriente de la verdadera razón por la que quería librarse de mí.

«... que vuestra majestad puede tener total libertad, tanto para ejecutar un valioso castigo ejemplar en mí como esposa infiel, como para guiarse por el afecto que ya ha depositado en la persona por cuyo amor me veo ahora de esta guisa...».

Escribí aquello en un estado de tremenda ira, con la vehemencia propia de una esposa descartada en beneficio de una nueva.

El maestro consumado en el engaño que era el rey de Inglaterra jamás aceptaría que quería librarse de Ana Bolena a causa de otra mujer que ahora le interesaba más. Enrique se engañaba a sí mismo, claro. Solo hasta allí llegaban los alcances de su simulación. Las personas que lo rodeaban veían a través de sus palabras y conocían, como yo, las verdaderas intenciones, propósitos y motivaciones del monarca.

El rey de Inglaterra era supersticioso y cometía sus pecados con un ojo puesto en el Cielo, con la esperanza de conseguir ocultarlos a la mirada divina.

Así también creía que la verdadera naturaleza de sus actos deplorables permanecían ocultos a sus ministros y cortesanos.

«Pero si ya habéis decidido que no solo mi muerte, sino además una calumnia infame, debe traeros el goce de vuestra deseada felicidad, entonces deseo que Dios os perdone vuestro gran pecado y lo haga también con mis enemigos, instrumentos del mismo, y que Él no os llame para aclarar cuentas acerca del uso cruel y poco principesco que habéis hecho de mí...».

En la Torre, un lugar lleno de fantasmas, almas en pena de los mártires que sufrieron antes que yo, escribí al borde de la risa histérica. Sin embargo, debía calmarme. Nada conseguiría ostentando mi desesperación.

Sellé la carta. La enviaría al rey. En el remitente escribí: *De la Dama de la Torre*. Tenía esperanza de que mis palabras le remordieran la conciencia, a la que tanta atención el rey prestaba.

Enrique VIII aparecía claramente en mi memoria. Podía ver sus ojos encendidos por el deseo, sus labios crueles suavizados por el fuego de la pasión, ¡cuánto me había querido el rey de Inglaterra! Había luchado por mí con la tenacidad propia de su naturaleza irreductible y por mí había sacudido los cimientos de la Iglesia. En vano Enrique nombraba a su conciencia y a la necesidad de calmar sus dudas morales cuando insistió en anular el matrimonio con Catalina de Aragón. No era su conciencia, era su deseo por Ana Bolena lo que lo impulsaba. Todo el mundo lo sabía. Lo había hecho por mí y nadie más. No era un secreto.

¿Cuándo fue entonces que los sentimientos del rey se transformaron radicalmente? Tiene que haber algún momento preciso en que comencé a perder sus favores. ¿Cuándo fue exactamente? Si lo hubiera percibido a tiempo, quizá podría haber detenido mi caída.

Recuerdo los primeros tiempos en Blickling y Hever, y posteriormente en la corte, cuando me hallaba rodeada de aquellos que me querían bien. Mi adorado hermano George, mis amigos, Thomas y Mary Wyatt, Norris, Weston, Brereton, los genios y poetas de la corte. Habíamos hablado de la vida y de la muerte, de ambición y logros; habíamos llegado a la conclusión de que todos éramos dueños de nuestro destino. Los inteligentes sabían reconocer el peligro antes de que les alcanzara, hacerse a un lado y dejarlo pasar. Éramos lo que hacíamos de nosotros mismos era la teoría de George que algunos intentaban rebatir.

Lo cierto es que en una corte en la que la vida era precaria y donde un hombre que había sido grande podía ser derribado en el lapso de una hora, ésa no

era una filosofía infalible.

Sin embargo, en lo más hondo de mi corazón yo sabía que había en ella algo de verdad, por cuanto, si un hombre o una mujer no deseaban enfrentarse al peligro, podían permanecer lejos de los sitios que la amenaza acechaba con profusión. No había un sitio en todo el país donde el peligro no se sintiera más a gusto que en la corte Tudor.

¿En qué había yo errado? ¿Cuál fue ese momento en el que pude haberme apartado del peligro y no lo hice por no darme cuenta a tiempo?

Pude haber tenido un hijo varón, es verdad, pero eso no estaba en mi poder decidirlo. Tuve, en cambio, a mi dulce hijita Isabel y la quise profundamente, aunque no quería pensar en ella debido al gran miedo que sentía por su suerte. Tenía una institutriz, una buena amiga mía. Confiaba en lady Bryan porque quería mucho a la niña y su marido era pariente mío. Cuando yo era poderosa, siempre cuidaba a mi familia.

Pero ahora no debía pensar en Isabel. Resultaba demasiado penoso y no muy conveniente.

Todo hubiese sido distinto si yo hubiera dado a luz a un varón. Por supuesto, Enrique igual me hubiera sido infiel, solo que lady Seymour se hubiera quedado en el *status* de amante y no estaría yo ahora en esta lúgubre prisión por su culpa. Los hermanos Seymour no podrían haber dado consejos a su tonta parienta y, aunque hubiera sido algo humillante, se hubiera esperado de mí que aceptara a la querida de mi esposo con la dignidad que me confería mi posición privilegiada.

En algún momento yo había dado un paso en falso. A lo largo de todos los años de espera me las arreglé, con consumada maestría, estarán todos de acuerdo, para mantenerlo a distancia, para rechazarlo hasta que fuera posible ocupar una posición honorable junto a su trono. Supongamos que no hubiera podido casarme con Enrique. En tal caso sería ahora una amante desechada en lugar de una reina prisionera en la Torre.

Enrique era un cazador que gozaba con la persecución de su presa. No paraba hasta obtener el tesoro deseado, pero los placeres de la captura eran breves.

Tendría que haberlo sabido. Tendría que haberme dado cuenta, incluso en el momento en que me ponían la corona encima de la cabeza, que aquella estaba allí en una posición precaria.

Yo conocía bien al hombre del que dependía mi destino. Nadie lo conocía mejor. Tendría que haber sabido que mi vida dependía de alguien en quien no se

debía confiar. Sus caprichos se desvanecían con la misma rapidez con que llegaban. Me había desconcertado al perseguirme tan ardientemente y con semejante persistencia. Los años de persecución habían sido largos; los de la posesión, cortos. ¿Cuándo había comenzado a cansarse? ¿Cuándo había comenzado a tomar conciencia de todo lo que había hecho por mí, y a preguntarse si había valido la pena? ¿Qué pensaba ahora de haberse querellado públicamente con el papa y el poder de Roma, a causa de una mujer que ya no le interesaba?

Me llevé los dedos al cuello. Es largo y delgado. Casi puedo sentir la espada en él. Confería elegancia a mi figura. Yo lo resaltaba al igual que hacía con todos mis rasgos ventajosos y ocultaba mis defectos, creo que con éxito.

Mi cabeza no paraba de dar vueltas sobre el mismo tema: nunca debí complicarme con Enrique VIII. Tendría que haber huido cuando aún tenía tiempo. Debí haberme casado con Henry Percy. Tendría que haberme muerto en el parto.

En algún momento a lo largo de estos años cometí un error. ¿Dónde? Lo buscaría. Eso me mantendría ocupada en mi encierro y estancaría mis pensamientos en el pasado, lejos de la contemplación de mi futuro atemorizador.

Volvería a los días felices de Blickling y Hever, al brillo de Francia, mi regreso a Inglaterra, cuando era una jovencita con unos conocimientos muy por encima de sus años, criada en la corte más sofisticada y elegante del mundo. Eso había hecho de mí lo que era y lo que yo era me había conducido a mi presente situación. Quería recordarlo con todo detalle, aquí, en mi prisión.

LA MUERTE DE UN REY

La primera vez que vi al rey fue en la cabalgata camino de Dover, lugar en el que su hermana, la princesa María, embarcaba rumbo a Francia, a su matrimonio con Luis XII. Para mi sorpresa, resulté ser un miembro, aunque muy humilde, de la gloriosa asamblea. Aquella fue la experiencia más emocionante de mi joven vida. Estaba en constante estado de aprensión por miedo a no actuar con la debida corrección y ser entonces enviada de vuelta a casa, antes de embarcar, por haber sido hallada en mí alguna deficiencia. Juventud, inexperiencia, falta de modales frente a los grandes, cualquiera podría haber sido mi defecto fatal, pero lo cierto es que yo había sido concienzudamente preparada por mi institutriz Simonette. Hablaba francés con bastante fluidez y comenzaba a darme cuenta de que el capullo de seguridad que me había envuelto en Blickling y Hever había desaparecido. Estaba dejando atrás mi infancia, para siempre.

Y allí estaba, muy cerca del mismísimo rey. Era grande, seguramente el hombre más grande que he visto en mi vida. Aquel era el aspecto que debía tener un monarca. Enrique contaba con veintitrés años, su cabello brillaba como el oro al sol de septiembre y lo llevaba corto y liso al estilo de la moda venida de Francia de donde, según Simonette, venía lo mejor del estilo. A nadie hacía falta avisar que ese hombre de pelo dorado era el rey de Inglaterra. Con solo mirarlo, bastaba para adivinar su rango y poderío. Las joyas de su atavío eran deslumbrantes; reía y bromeaba durante la cabalgata y la risa de los que le rodeaban resaltaba cada una de las observaciones que hacía.

A su lado, la reina Catalina de Aragón parecía casi sombría, una gallina junto a un glorioso pavo real macho. Ella poseía un rostro severo y bondadoso y la cruz que llevaba en torno al cuello era el símbolo perfecto para ejemplificar la piedad que la caracterizaba.

La princesa María se parecía enormemente a su hermano; era pasmosamente bella, aunque aquel día estaba de talante hosco, lo cual demostraba que, por mucho que su matrimonio deleitara a los demás, ella no se sentía de la misma

forma.

Pensé en lo alarmante que debía de ser que te enviaran lejos, a los brazos de un esposo al que nunca habías visto y que ya había tenido dos esposas, la última fallecida recientemente y la primera repudiada por ser jorobada, enfermiza y estéril. Yo lo sabía porque Simonette había considerado necesario que supiera lo que ocurría en el mundo que me rodeaba, y como se decía que yo era precoz y Simonette afirmaba que era más inteligente de lo habitual a mi edad, escuché lo que me decían y lo recordé.

El matrimonio había sido arreglado para señalar la amistad existente entre Francia e Inglaterra, que hasta hacía muy poco habían estado en guerra. El emperador Maximiliano de Austria y Fernando de España habían sido aliados inciertos de la Corona británica y Luis de Francia era un hombre inteligente que conocía la futilidad de la guerra. Consiguió la paz ofreciendo a su hija René como esposa para el nieto de Maximiliano, Carlos, y entregándole a Fernando el codiciado territorio de Navarra. Aquello había dejado a Inglaterra sola contra Francia, hasta que apareció la idea salvadora: ¿por qué no sellaban una amistad mediante el matrimonio del rey de Francia con María, la hermana de Enrique? ¡Su hermana, la futura reina de Francia! Era demasiado bueno para poder resistirse, razón por la que la princesa María, a pesar de su reticencia, era conducida al altar.

Cuando llegamos a Dover, arreciaba la furia del viento y la compañía se volvió aprensiva. Nadie quería cruzar la franja de agua que nos separaba del continente europeo. Las tormentas estallaban de forma repentina y era horroroso lo que había que soportar en un barco en tales circunstancias.

Fue así como nos alojamos en el castillo donde debíamos permanecer hasta que el mar estuviera en calma y pudiéramos marcharnos.

La enorme fortificación se erguía ante nosotros, con sus ventanas abiertas en la sólida roca. Se le conocía como *la puerta de Inglaterra*, edificio formidable que podía alojar a dos mil soldados y que había permanecido allí durante siglos, dominando el mar. Se decía que el legendario rey Arturo había vivido en el castillo y que Guillermo el Conquistador había tenido dificultades para tomarlo. Por supuesto, había cambiado desde aquel entonces; había sido objeto de restauraciones y agregados, para convertirlo en la gran fortificación que era en la actualidad.

En la cama, mientras escuchaba cómo el viento abofeteaba las murallas, pensé en cuán rápido había cambiado mi vida. Todo había comenzado con la

muerte de mi madre, dos años antes.

Creo que nunca olvidaré aquel día en Blickling. Los Wyatt, Thomas y Mary, estaban con mi hermana María, mi hermano George y conmigo en el jardín. Veíamos a los Wyatt con mucha frecuencia debido a que nuestro padre y el suyo habían sido nombrados condestables conjuntos del castillo de Norwich; y cuando estábamos en Kent, ellos en Allington y nosotros en Hever, éramos vecinos cercanos. Nos hicimos muy amigos. El trato con Thomas me resultaba emocionante y Mary era un consuelo.

Thomas era una persona vital. Escribía poesía y solía leérmola; a veces nos hacía reír y otras nos hacía pensar. Siempre me hacía feliz verlo; su hermana Mary era una joven que nunca decía una palabra malintencionada acerca de nadie; era seria y bastante inteligente. Creo que Thomas me gustaba más que nadie, excepto mi hermano George, que era también poeta y gran conversador. Me encantaba estar con ellos dos aunque, por ser menor de edad, me veía limitada al papel de oyente.

En cuanto a mi hermana María, nunca prestaba atención a lo que decía nadie. Su mente divagaba ocupándose en temas más ligeros: la cinta que se pondría en el pelo, el color del vestido, si debía ser azul o rosa... así era ella. Incapaz de concentrarse, aunque no estúpida, de buen corazón y querida por todos nosotros.

Entonces, yo aún no tenía seis años, pero parecía mayor, quizá porque mi padre había insistido en darle a sus hijas una educación mejor que la que se le daba a la mayoría de las niñas de nuestra condición social. A diferencia de María, yo la había aprovechado. Las hijas de la aristocracia entraban a edad muy temprana al servicio de alguna casa noble donde aprendían a leer y escribir, a cantar, bailar y tocar el laúd; también se les enseñaba a montar a mujeriegas, hacer reverencias, lavarse las manos antes y después de la comida, manejar el cuchillo con gracia, utilizarlo para extraer una delicada porción de sal del cuenco y nunca hacer esto con los dedos. Todo aquello no era suficiente para mi padre. Las ambiciones de nuestro progenitor rebasaban el listón habitual para las muchachas de alta sociedad. Así que nos quedamos en casa esperando las oportunidades adecuadas.

Yo conocía los propósitos de mi padre, pues había oído a George hablando al respecto con Thomas Wyatt. No era necesario mirar muy lejos en el pasado de la familia para advertir el gran progreso que habíamos hecho. Nuestro bisabuelo, el fundador de nuestras fortunas, había sido un simple mercader que comerciaba con ropa de seda y lana. Ciertamente, era un hombre especial que había

adquirido un título nobiliario y que había llegado a ser lord mayor de Londres. Su golpe más inteligente había sido casarse con la hija de lord Hoo, su única heredera, además. Tuvieron un hijo, William, mi abuelo, que se casó con la hija del conde de Ormond; de esta forma, se inyectó más sangre azul en el sistema circulatorio de los Bolena. Mi padre fue el que lo hizo mejor que nadie al casarse con Elisabeth Howard, hija del conde de Surrey, que posteriormente se convirtió en el duque de Norfolk; y los duques de Norfolk se consideraban a sí mismos, peligrosamente, más reales que los Tudor.

Ése era el modelo, dijo George, y nuestro padre planeaba que nosotros todos lo continuásemos; por ese motivo sus hijos estaban obligados a recibir una educación especial. Debían prepararse para estar a la misma altura que los más poderosos del país y, por consiguiente, debían ser educados de la forma que estaba reservada a los vástagos de la realeza.

Nuestra institutriz, Simonette, estaba al tanto de esto. Era una mujer mundana, poseedora del realismo y fatalismo de su raza. Yo era su preferida, cosa que resultaba extraña debido a que María era adorable y mucho más bonita que yo. Sin embargo, en las clases no se concentraba y desesperaba a nuestra institutriz.

—No, no, no —exclamaba Simonette—. Vos tenéis gracia. Vos tenéis encanto. Vos seréis la elegida, pequeña Ana. María... oh, sí... muy bonita... amada durante un tiempo porque es muy cariñosa... demasiado cariñosa... y eso puede empalagar. Oh, *mon amour*, me gustaría veros cuando seáis mayor... un poco mayor, sí. Esos ojos... Son *magnifiques*... sí, *magnifiques*. Y os diré una cosa: sabéis utilizarlos muy bien. Es una sabiduría con la que habéis nacido... porque yo no os lo he enseñado... Esos ojos vuestros fascinarán.

Estudié mis ojos de forma crítica. Eran grandes y hacían que el resto de mi cara pareciera pequeña. Mis ojos y mi grueso pelo oscuro eran una compensación por el lunar de la parte anterior del cuello y el principio de uña que tenía en el lado de un dedo meñique y que me hacía pensar que Dios se había propuesto hacerme con un sexto dedo pero después cambió de opinión. Odiaba a la mitad de mi uña. No podía entenderla y me sorprendía a mí misma mirando fascinada las manos perfectas de otras personas.

—No tiene importancia —decía mi hermano George—. Eso te hace diferente de las demás. ¿Quién quiere ser igual a todo el mundo?

—Yo —le decía con vehemencia.

—A veces es más *chic* tener una pequeña imperfección... —decía Simonette,

quien también trataba de consolarme—, es más humano... más excitante... más fascinante. Ya lo veréis.

Luego llegó aquel día de verano en el que estábamos todos en el jardín. Recuerdo muy bien aquella sensación de fatalidad inminente. Sabía que iba a ocurrir algo pavoroso. Los sirvientes parecían como deprimidos. Incluso George y Thomas estaban callados; María intentaba expulsar el mal de la misma forma que lo haría siempre: fingiendo que no existía.

Pero sabíamos que las cosas no marchaban bien porque habían enviado a buscar a mi padre y lo habían traído de la corte y aquello era algo que nadie hubiera osado hacer a menos que fuera por un asunto de vital importancia.

Mi madre se estaba muriendo. Aquella no era una más de las enfermedades que la perseguían anualmente; no era otro simple «malestar». Los médicos estaban en la habitación con la comadrona y sus rostros evidenciaban que algo grave estaba pasando con la salud de mi progenitora.

Mi madre era tierna y amorosa, aunque la habíamos visto muy poco. Cuando se encontraba bien de salud acompañaba a nuestro padre a la corte y solo en las ocasiones en que él se hallaba en el extranjero como embajador, ella regresaba a la familia. Cuando tenía que soportar el peso del embarazo, estaba con nosotros, tras lo cual venían el parto y el corto descanso antes de que volviera a reunirse con nuestro padre. Era una rutina que parecía eterna.

Ni George ni Thomas Wyatt podían hablar aquel día como de costumbre. Habíamos estado en silencio, mirando de vez en cuando hacia la casa, esperando.

Fue Simonette quien vino a comunicarnos la noticia. Supe lo que había ocurrido en cuanto la vi atravesando el césped como si no quisiera llegar hasta nosotros.

El perder a la madre cuando uno no tiene ni seis años es una experiencia trágica que, además, enseña que nada en la vida es tan placenteramente previsible como creíamos. La sensación de soledad que acontece en tales circunstancias es terrible, junto con la certeza de que nada ya volverá a ser como antes era.

Nuestro padre se fue a los Países Bajos para cumplir una misión y estuvo ausente durante todo un año; a su regreso, sucedieron más cambios en nuestras vidas. Volvió muy satisfecho de sí mismo, porque, según nos contó George, había firmado un tratado con Margarita de Saboya, archiduquesa de Austria, según el cual el emperador Maximiliano, el papa Julio y Fernando de España

declararían la guerra a Francia junto a Inglaterra. Este tratado, como vimos, pronto quedaría sin efecto, pero en sus inicios representó un gran éxito para mi progenitor. Por si fuera poco, mi hermana María iba a ser enviada a la corte de Bruselas, donde Margarita reinaba como regente de los Países Bajos.

—Esto es lo que siempre ha querido nuestro padre —dijo George—: que sus hijos entraran en los círculos reales.

Así que perdí a María y, como George debería asistir a Cambridge al cabo de poco y Thomas Wyatt con él, nuestro pequeño grupo se vio menguado, por lo que Mary Wyatt y yo hicimos lo posible para consolarnos la una a la otra.

Recuerdo muy bien los largos días de verano en Hever o cabalgando en dirección a Allington, dando de comer a las palomas junto con mi gran amiga. Entonces me fascinaban las palomas que tenían plumas marrón claro, diferentes de las grises comunes. Su presencia, tal como se lo había oído a Thomas Wyatt en una ocasión, tenía para mí un carácter romántico.

El padre de Thomas, sir Henry, había sido prisionero de Ricardo III porque no había dado su apoyo al advenimiento de éste y en consecuencia lo arrojaron al interior de la Torre. Allí fue severamente torturado; cuando se desmayaba de dolor lo forzaban a tragar mostaza y vinagre para reanimarlo. Cuando vieron que se negaba a ceder, lo metieron en una celda para que muriera de hambre. Sir Henry había pensado que su fin estaba próximo, pero un día vio un gato en el alféizar de su celda. Fue dando tumbos hasta el ventanuco, encantado de poder tener contacto con otro ser vivo y sacó la mano entre los barrotes para acariciar el pelaje del gato. En lugar de rechazarlo, el gato se puso a ronronear y el hombre se sintió mejor por ello; luego el gato se marchó, pero volvió al cabo de poco rato con una paloma a la que había dado caza y muerte. La paloma era para sir Henry. Era comida y él estaba casi muerto de inanición.

Al día siguiente el gato apareció con otra paloma y así sucesivamente. Durante su cautiverio, sir Henry mantuvo la vida gracias al animal y pudo permanecer en el mundo para ver la derrota de Ricardo en Bosworth Field y la llegada de Enrique Tudor, quien, deseoso de recompensarlo por su fidelidad a la casa de Lancaster, lo puso inmediatamente en libertad y le devolvió sus posesiones y título.

Sir Henry nunca olvidó aquello. Siempre que lo veía en Allington, estaba con un gato..., especie de sabueso fiel que lo seguía allá donde iba. También había mandado a traer palomas al castillo donde moraba la familia Wyatt y lo más extraño del caso era que el gato y las palomas de Allington eran amigos. Vivían

amistosamente como símbolos de la supervivencia de su señor.

Mary Wyatt y yo estábamos a menudo juntas en Allington o en Hever, hasta que me anunciaron mi partida a Francia para servir a la hermana del rey.

Y allí estaba ahora, a punto de embarcarme en esta gran aventura.

Cuando llegamos al castillo de Dover, el vendaval barría la costa procedente del mar y unos caballos blancos se estaban lanzando contra el acantilado, abandonados a un ataque de furia que me hizo estremecer de miedo.

Lady Guildford, que estaba a cargo de nosotras, vino a nuestras habitaciones y nos dijo que no embarcaríamos aún, pero que debíamos estar listas para marchar en cuanto se calmara el mar, cosa que, subrayó, podía ocurrir en cualquier momento.

Me quedé con las otras damas, la mayoría de las cuales me miraba por encima de sus aristocráticos hombros. Mis dos compañeras, Anne y Elizabeth Grey, hermanas del marqués de Dorset, me consideraban una advenediza. ¿Quiénes son los Bolena?, se decían.

Simulaban no percartarse del todo de mi existencia y eso me enfurecía. ¿Quiénes eran ellas?, me preguntaba. Los Grey eran descendientes de Elizabeth Woodville y, después de todo, ¿quién era ella antes de que el rey la desposara? Eduardo IV, abuelo del rey actual, se cruzó con Elizabeth en el bosque y ambos se enamoraron. El monarca la desposó en secreto, enfrentándose a sus propios ministros, que nada pudieron hacer frente al hecho consumado.

Eduardo IV había triunfado en la Guerra de las Rosas, era conocido como el hombre más libertino de Inglaterra y sus amantes formaban legión. Nuestro rey no había tenido igual éxito en la batalla y era, según le había oído decir a Tom Wyatt, moderadamente fiel a la reina. Así que tal vez era solo en aspecto que se parecían.

Yo escuchaba ávidamente lo que se decía a mi alrededor.

—Lo lamento por la princesa —decía Anne Grey—. Está tremendamente furiosa.

—¿Quién no lo estaría, llevada de un lado a otro como un volante...? Primero prometida en matrimonio a uno y luego a otro. La princesa de las princesas. Conocemos su temperamento.

—Pensé que el rey cedería en el último momento. Es muy indulgente con ella.

—Pero esto es política y debe hacerse. Creo que está algo contenta por escapar de Charles. Él no hubiera sido el marido adecuado para ella en ningún sentido.

Sonaron risas.

—¿Y vos creéis que el pobre viejo Luis lo es?

—Callad. *Lèse majesté*. Estáis hablando del rey de Francia.

—Bien, pero, aun así, todos saben que tiene ya cincuenta y dos años. Pensad en nuestra hermosa María con ese viejo.

—Ella lo hará bailar a su ritmo.

—Por supuesto que sí. Pero cuán enojada está... ¡y cuánto añora a Suffolk!

—Ella estaba segura de que antes o después el rey cedería a su deseo.

—Oh, no... ni siquiera ante su querida hermana. Es parte de un tratado. Así es como se hacen los matrimonios reales.

—Anhele ver lo que hará ella cuando lo vea.

—Lo veréis. Ella nos lo hará saber. Se lo hará saber a todo el mundo.

—Cuando su temperamento estalle...

—Como seguramente lo hará.

—Pero el rey la quiere bien. Ése es el motivo por el que espera aquí para despedirse de ella.

—Quizá —dijo Elizabeth Grey— lo que teme es que, si no la ve partir, ella vuelva a la corte... o se escape con Suffolk.

—¡Cómo le gustaría hacerlo!

—Y, conociéndola, ¿creéis que lo podría intentar?

Y así continuaron hablando mientras estábamos ya en la cama. Yo estaba tan cansada, que al cabo de poco me quedé profundamente dormida.

Al día siguiente me encontré cara a cara con la princesa, quien aparentemente estaba de buen humor. Me cogió por la barbilla y me estudió exhaustivamente.

—La pequeña Bolena, ¿verdad? —preguntó—. Bonitos ojos tenéis, niña —agregó, tras lo cual me dio una ligera palmadita en la mejilla.

Aquello, según dijeron las damas, era una señal de aprobación.

Expresé mi asombro porque la princesa hubiera notado mi presencia.

—Oh, solo se debe a que eres muy joven —me dijo Anne Grey—. Lady Guildford está realmente molesta porque estás aquí. Dice que ella no está para cuidar niños.

Oí a una de las damas susurrar algo acerca de mi padre. «Thomas Bolena

siempre está al acecho de favores», dijo. La ofensa, sin embargo no me preocupó mucho. Lo realmente emocionante era estar allí, donde todo era nuevo para mí, esperando que menguara la furia del viento y preparada para embarcar cuando nos dieran la orden.

Entre la comitiva de la princesa, casi todos habían perdido la calma. El tiempo pasaba, las tormentas eran habituales en el invierno inglés y lo lógico hubiera sido esperar a la primavera para emprender el viaje rumbo a Francia. Pero los asuntos de Estado no esperan y fue así como finalmente partimos en la madrugada del 4 de octubre.

Nunca olvidaré la travesía. Pensé que era el final de mis días y que nunca vería Francia. No habíamos avanzado más que unas pocas millas, cuando se levantó la tormenta y la flota se dispersó. Nunca, ni en los momentos de imaginación más fecunda, había pensado en nada parecido a aquello. Las damas estaban aterrorizadas; lady Guildford revoloteaba en torno a la princesa, que parecía menos preocupada que el resto de nosotras.

Entonces me di cuenta de cuánto debía temer aquel matrimonio, porque gritó, riendo de una forma casi desesperada:

—¡Me regocijo pensando que quizá, después de todo, no llegue a ser la reina de Francia, madre Guildford!

María llamaba «madre» a su institutriz y guardiana, con la que estaba muy unida desde la infancia.

¡Cuán infeliz debe ser una persona para dar la bienvenida a la muerte!, pensé, aunque luego me di cuenta de que eran solo las palabras de alguien que solía hablar con extravagancia y osadía. En realidad, la princesa María era un ser lleno de vida, no podía permanecer en silencio durante mucho tiempo y más bien se inclinaba por mostrar ostentosamente su tristeza, de un modo trágico y público.

Fuimos sacudidos de aquí para allá por las olas y solo podíamos pensar en la muerte que nos alcanzaría en altamar. Estábamos aterrorizados y un mareo horrible comenzó a afectarnos. Nos dirigíamos a Boulogne-sur-Mer —más tarde oí decir que algunos barcos se habían refugiado en Calais y que otros habían ido incluso hasta Flandes—, y la dura prueba que estábamos pasando pareció durar horas y horas, hasta que, repentinamente, alguien gritó:

—¡Tierra!

Sin embargo, el grito esperado no representó el fin para nuestros problemas, pues el capitán no pudo entrar en el puerto y nos quedamos dando vueltas cerca

de la orilla.

La gente nos observaba desde el puerto. Todas las damas estábamos en la cubierta, absolutamente empapadas, con los cabellos volando locamente al viento. Al cabo de poco comenzaron a enviar pequeños botes para llevarnos a tierra. Un galante caballero salió a mar abierto y nos gritó que él llevaría a la reina a tierra. Bajaron a María hasta sus brazos y lo observamos mientras se la llevaba a tierra firme.

Luego llegó nuestro turno; pero no vino a buscarnos ningún caballero. Tuvimos que bajar, con gran dificultad, a los pequeños botes de remo y cabalgar nuevamente sobre las olas.

Pero al fin la pesadilla había acabado. Habíamos llegado a destino.

Aquella había sido una experiencia aterrorizadora.

La princesa María ya era de hecho la reina de Francia, pues la ceremonia por poderes se había celebrado en Greenwich (donde el duque de Longueville había representado al monarca francés, mientras en Francia, el conde de Worcester obraba incongruentemente en nombre de la princesa María), pero nosotras estábamos autorizadas a pensar todavía en ella como nuestra princesa y debíamos hacerlo así hasta que se celebrara la ceremonia entre ella y el rey Luis, lo cual tendría lugar dos días después.

Al día siguiente de nuestra llegada debíamos partir hacia Abbeville, donde el rey estaría esperando para dar la bienvenida a su novia.

Resultó asombrosa la velocidad con que nos recuperamos de nuestros padecimientos marítimos. Muy pocos hubiesen reconocido a las desastradas criaturas que llegaron a puerto en aquellos botes de remo como la deslumbrante comitiva que se preparaba para ir con la nueva reina al encuentro de su esposo.

Yo había pensado mucho en ella y en lo trágico que resultaba que alguien tan hermoso fuese enviado a un matrimonio sin amor, especialmente cuando, por lo que había podido colegir, ella amaba a otro. De haber sido mayor, con más conocimiento de la naturaleza humana como la que llegaría a adquirir posteriormente, quizá no hubiese sentido tanta compasión. Era verdad que María estaba enamorada de Suffolk, y, siendo una Tudor, amaba y odiaba más intensamente que la mayoría de las personas; era verdad que la estaban forzando a casarse con un hombre viejo que podía resultarle repulsivo, pero la naturaleza de María era tal que la capacitaba para explotar cualquier situación para su

propio provecho y salir ilesa y con la decisión de hacer su voluntad al final, como se demostró.

Qué hermosa estaba con aquel blanco vestido de plata y la enjoyada toca sobre su adorable cabellera; su piel era suave y rosada como la de su hermano. Yo envidiaba su blancura.

Nuestros atuendos, cuidadosamente escogidos para el acontecimiento, habían sido trasladados a salvo a tierra firme, cosa que agradecíamos profundamente; los vestidos de ceremonia eran de terciopelo rojo, un color que combinaba muy bien con mi cabello y ojos oscuros. Complacida, advertí que dos damas me observaron sin emitir palabra alguna, admirándome con reticencia.

El rey había enviado caballeros y arqueros para que nos escoltaran, lo cual era, sin duda, un amable recordatorio de nuestra fuerza guerrera a pesar de que, debido a este matrimonio, ingleses y franceses seríamos a partir de ahora los vecinos más amistosos.

Estábamos abandonando Boulogne-sur-Mer cuando se nos acercó un grupo de jinetes. Al mando de éstos venía uno de los hombres de apariencia más impresionante que había visto en mi vida. Era tan alto como el rey de Inglaterra, de tez morena; vestía con gran elegancia y aquí y allá brillaba alguna joya en su atuendo, sugiriendo buen gusto más que ostentación.

Resultaba evidente que era un personaje de alto rango, cosa que se evidenciaba en la actitud de quienes lo rodeaban. Se trataba de Francisco de Valois, conde de Angulema y delfín de Francia. Simonette me hablaba a menudo de su país y, por supuesto, de este hombre destinado a ser el futuro rey de Francia, en el caso de que Luis XII no tuviera hijos varones.

Cómo se sentiría Francisco al ver llegar a aquella adorable muchacha a su país para contraer matrimonio con el rey. Si el matrimonio daba frutos, significaría el fin de sus esperanzas de convertirse en monarca.

A pesar de sus modales y vestimentas exquisitas, había algo secretamente taimado en Francisco de Valois, pensé. Él desmontó e hizo una profunda reverencia al coger la mano de María. Sus ojos examinaron la figura de la princesa y él se las arregló para transmitir muchas cosas con su expresión, ya que, si hubiera dicho que la encontraba hermosa, encantadora, muy excitante y absolutamente deseable, no podría haber sido más explícito.

Se dirigió a ella en un francés muy musical, diciéndole cuánto le regocijaba su llegada. Él le daba la bienvenida a Francia y se sentía orgulloso de tener el honor de escoltarla hasta Abbeville.

Su vista recorrió a las damas, incluyéndome, a quien debió haber encontrado carente de interés alguno debido a mi juventud. Después cabalgó junto a María y así continuamos nuestro viaje.

Cuando nos hallábamos a poca distancia de la ciudad salió a recibirnos una partida de jinetes. Se detuvieron bruscamente y uno de sus miembros avanzó y se acercó a la princesa. Adiviné de quién se trataba porque el delfín había desmontado, se había quitado el sombrero, hizo una reverencia y permanecía ahora atento. Advertí una sonrisa ligeramente sardónica mientras hacía todo eso. ¿Estaría pensando que la princesa comparaba ahora al rey de Francia con el delfín?

El rey tenía un aspecto insignificante y pequeño al lado de Francisco. Tenía los ojos grandes y bastante prominentes, el cuello hinchado (debido a alguna enfermedad, imaginé yo); pero había algo bondadoso en él y me gustó por eso.

Estaba mirando a María y creo que no advertía nuestra presencia.

Ella se erguía sentada en su caballo, brillantemente saludable y hermosa, rosada, blanca y dorada, con un poco de la arrogancia Tudor en sus facciones. Se sentía muy segura de sí misma e imagino que algo más feliz por tan obvia admiración.

—Confío en que el delfín haya cuidado bien de vos —dijo el rey.

María respondió, en un francés con un acento encantador, que así lo habían hecho todos desde que ella había puesto el pie en Francia.

El rey cogió la mano de María y se la besó.

—Me engañaron —dijo él—. Me dijeron solamente que erais hermosa, pero no cuán hermosa.

María replicó que su majestad era muy amable.

El rey dijo que había comunicado a sus cortesanos que iba a cazar, pero había sido incapaz de refrenar su impaciencia. Ahora tenía que marcharse y dejaría que fuera el delfín quien la condujera a Abbeville. Así ella sabría que los vítores de la multitud estaban dirigidos solo a su persona.

Se marchó. Francisco volvió a montar y acercó su caballo al de ella. Resultaba obvio que se sentía atraído por la princesa de Inglaterra.

Al día siguiente tuvo lugar la boda. Mi abuelo, el duque de Norfolk y el marqués de Dorset cabalaron con ella hasta el *hôtel* de la Gruthuse.

Qué estaría pensando ella de su achacoso novio, con ojos abombados y

cuello hinchado. Por supuesto, él tenía una corona que ofrecerle. ¿Pensaría ella que aquélla valía la pena? Yo sabía que no era así, pues ella suspiraba por el duque de Suffolk. Todo el mundo lo sabía, ya que ella no lo mantenía en secreto. Me alegraba de que no fuera aún tiempo de casarme y me preguntaba quién iba a ser el elegido. Me rebelaría si no me gustaba la elección, aunque como no pertenecía a la nobleza nunca sería una cláusula más dentro de un tratado.

La ceremonia tuvo lugar en la gran sala del *hôtel* de la Gruthuse, que había sido regiamente decorada para aquel acontecimiento. Telas de oro y plata y hermosos tapices recubrían las paredes; los vitrales mostraban escenas de la vida de Wulfram, el santo de la ciudad; arrojaban luz teñida de colores sobre las telas de oro y plata haciéndolas temblar, cosa que confería un toque mágico a los elegantes muebles que habían sido dispuestos en la sala para la ocasión.

La novia estaba bajo el palio, sostenido por el delfín y el duque de Alençon, esposo de la hermana del delfín, Margarita.

Así fue como María Tudor se convirtió en la verdadera reina de Francia.

Fue en esta ceremonia cuando advertí por vez primera la existencia de la princesa Claudia, hija del rey, ya que, para mi asombro, oí decir que era la esposa del fascinante delfín. ¡Que pareja más incongruente! Ella era ligeramente deforme, coja y de apariencia enfermiza. Su matrimonio había sido, obviamente, acordado por un tratado. Francisco, el futuro rey de Francia, tenía que casarse, naturalmente, con la hija del soberano reinante. Todo estaba muy claro, pero cuáles serían los pensamientos de Claudia cuando miraba a su fascinante esposo y qué ocurriría en la mente de Francisco. No tenía duda alguna de que él era ambicioso. Por tanto, ¿qué estaría sintiendo en ese momento, al ver al rey casándose con aquella hermosa joven y tan enamorado de ella? Si aquel matrimonio conseguía procrear, ¿qué pasaría con las aspiraciones de Francisco respecto a la corona?

La situación resultaba interesante y ahora que me había recuperado de la aterrorizadora travesía, comenzaba a sentirme muy contenta de estar allí, lejos de aquellos lugares atrasados, Blickling y Hever, alejados del mundo donde tenían lugar los acontecimientos extraordinarios y emocionantes.

Aquella noche en nuestros aposentos se oyeron muchas risitas sofocadas y cuchicheos. Todas hablaban de la nueva reina de Francia y del anciano rey.

Lady Guildford estaba muy triste. Había estado con la princesa María desde que ésta era una niña y la consideraba su propia hija. Les habló secamente a las damas, adivinando la esencia perturbadora de la conversación que mantenían.

—Salpicarán el lecho con agua bendita —dijo Anne Grey—. Lo bendecirán y rezarán para que dé frutos.

—Imagináosla... escuchando todo eso. Dicen que es un hermoso lecho, con un dosel de terciopelo y las doradas flores de lis de Francia por todas partes. Saben cómo hacer que las cosas tengan hermoso aspecto.

—No mejorará el del hombre con quien tiene que compartirlo.

—Bueno, ¿y qué pensáis de Francisco...?

Cuchicheaban todas a un tiempo.

—Callad. No olvidéis a la pequeña Bolena. ¿Por qué envían bebés con nosotras?

—Su padre aprovecha todas las oportunidades que se le presentan. Evidentemente, encontró una aquí.

—Es muy listo. Eso lo ha heredado de los mercaderes de seda.

Yo quería golpearlas. Deseaba poder hacerlo. A menudo era impulsiva y actuaba sin haber dedicado la necesaria reflexión a mis actos; Simonette solía decirme que yo actuaba primero y pensaba después, lo cual era una cosa muy poco inteligente, pero si hacía algo así me enviarían inmediatamente de vuelta a casa. Lady Guildford estaría feliz de tener una excusa para librarse de mí.

Así que, como lo último que yo quería era que me enviaran de vuelta a casa, recosté dócilmente la cabeza y cerré los ojos. Permanecí en la cama pensando en el rey de Francia y su nueva reina inglesa.

Nos esperaba un día de gran sobresalto. Las damas que habían venido de Inglaterra para servir a la reina serían devueltas a su punto de origen.

Hubo gran consternación en nuestros aposentos. Lady Guildford estaba demasiado anonadada como para hablar. Las damas parloteaban y especulaban.

—¿Es así como tiene intención de tratarla? Ella nunca lo permitirá. Se enfurecerá y bramará.

Creo que en eso tenían razón, pero el rey poseía gran dignidad y decisión. En esa época, cuando los personajes de la realeza se casaban con el monarca de otro país, sus sirvientes eran invariablemente sustituidos. Naturalmente, la reina de Francia no debía estar rodeada de camareras inglesas.

Cuando se hubo recuperado un poco del impacto que le causó la noticia, lady Guildford se encolerizó. ¿No había ella estado con la princesa desde que era una niña? ¿Cómo podría arreglárselas María sin ella?

Pero María se las arregló sin ella. Tenía que hacerlo.

Lo más extraño de todo fue que el rey le dijo que podía conservar un

miembro de su comitiva: la niña. Yo no podía creerlo. ¡Me habían elegido la única que se quedaría! Era naturalmente debido a mi extremada juventud, por lo que obviamente me consideraron demasiado pequeña para tomar parte en planes políticos y cosas por el estilo. Así que... yo estaba a salvo.

Quizás a María no le disgustaba ver marchar a sus camareras, con la excepción, por supuesto, de lady Guildford por quien estoy segura de que sentía un verdadero afecto. María, a quien llegaría a conocer más íntimamente tras la marcha de las otras, era tempestuosa por naturaleza; se encendía de cólera pero muy poco después olvidaba su furia; era generosa unas veces y egoísta otras; pero poseía una astucia que le permitía siempre detectar lo que resultaba ventajoso para ella; independientemente de su ímpetu, sabía parar a tiempo y siempre se detenía al borde del desastre.

Creo que se había hecho a la idea de que el rey de Francia no podía durar mucho y por esta razón se comportaba de forma más sumisa de lo que lo hubiera hecho en otras circunstancias. La joven reina, cuando se viera libre de su marido, sería completamente dueña de sus asuntos. Por otra parte, en lugar de sus damas tenía ahora a la duquesa de Alençon, la talentosa y fascinante hermana de Francisco, y, según llegaría a saber más tarde, su compañía era mucho más placentera que la de las damas despedidas. La princesa Claudia, que gozaba de la simpatía de María, también fue enviada para su solaz. Era, después de todo, su hijastra, y el hecho de que estuviera casada con el excitante Francisco intrigaba a María ligeramente.

Me alegré al descubrir que se aficionaba a mí.

—¡Vos sois todo cuanto me han dejado! —gritó burlonamente.

—Lo siento, alteza —dije.

—¡Lo sentís! ¿Sentís tener que servirme?

—Oh, no, no... siento que sea yo todo cuanto os queda. Lo siento por vuestra alteza, pero me alegro por mí.

Aquella respuesta pareció divertirla.

—Bien, pequeña Bolena, tenemos que aprovechar lo mejor de lo que tenemos, ¿verdad?

Había ocasiones en las que ella era casi afectuosa conmigo y me enseñaba las joyas que le regalaba el rey.

—Pobre hombre —decía—. Con cuánto ahínco intenta complacerme.

Le gustaba que yo le cepillara el cabello. Entonces me sonreía y dejaba fluir sus pensamientos. Creo que a veces olvidaba mi juventud. Muy pronto comenzó

a hablarme de su amante, el incomparable Charles Brandon, duque de Suffolk.

—Nunca ha habido un hombre más perfecto sobre la Tierra —declaraba. Tenía por costumbre utilizar términos exagerados—. Siempre era el campeón de las justas.

—¿Justa él mejor que vuestro hermano el rey, mi señora? —pregunté inocentemente.

—Bueno, es recomendable que un súbdito se quede siempre un poco por debajo de su rey. Deberías saberlo.

—¿Pero cuál es la verdad?

—¡Ah, la verdad! La verdad es que mi Charles es el hombre más maravilloso de la Tierra y lo hace todo mejor que nadie.

—¿O sea que... deja ganar al rey?

—Pequeña Bolena, me estáis pidiendo que profiera palabras de traición contra mi hermano.

Mi expresión fue de alarma, por lo que ella me cogió el cepillo y me rodeó con un brazo.

—No os traicionaré —me dijo, con la cara muy cerca de la mía—. No os haré enviar a la Torre. Ni os haré poner en el potro de tormento. Ya lo sabéis, pequeña Bolena. Pienso que realmente os he asustado. Ahora... solo entre estas cuatro paredes. Charles es el hombre mejor del mundo y nadie... nadie puede compararse con él.

Luego se quedaba sentada pensando en él con una expresión soñadora. Repentinamente, la realidad volvía a ella y su dulce mirada se transformaba por una súbita tormenta de ira que la invadía.

Me sentaba cerca de ella a la espera de sus órdenes, pero a veces María parecía olvidar mi presencia. Sin embargo, de alguna manera me había cobrado afecto y a menudo enviaba a buscarme. Creo que le gustaba que estuviera allí, sola con ella, pues así se sentía libre para hablar consigo misma, que era lo que en realidad hacía. Yo era demasiado joven como para que se preocupara por mi presencia. Supongo que se sentiría un poco sola a veces en un país extraño. Me gustaba que me hablara de su amor por Charles Brandon. Cuando la veía mirar a la nada con expresión soñadora, la provocaba sutilmente haciéndole alguna pregunta sobre el duque de Suffolk que ella estaba siempre dispuesta a responder.

—En cuanto lo vi, supe que era el hombre ideal para mí.

—¿Él lo supo? —preguntaba yo.

—Lo sabe ahora —luego se volvía hacia mí y me cogía de un brazo—. Un día, pequeña Bolena, Charles será mi esposo. ¿Sabes? Una princesa tiene que casarse por razones de Estado... pero, cuando ya lo ha hecho una vez... a la siguiente debería ser libre para elegir por sí misma. ¿Estáis de acuerdo?

—Oh, sí, señora.

—Y así lo haré yo... cuando... cuando... —se llevaba los dedos a los labios—. El rey es muy viejo.

—Sí, señora.

—Y yo soy joven. ¿Sabéis? Antes de que yo llegara a la corte, él solía irse a dormir a las seis... y ahora no se va a la cama hasta pasada la medianoche. Yo consigo que sea así. ¿Cómo podría yo querer irme a dormir a las seis... con él? ¿Vos qué creéis?

—Creo que no podríais, señora.

—No. Ahora hay actividades. Damos festines... bailes, *ballets* y cosas por el estilo... como ya sabes, ¿verdad? Pobre Luis... él había llevado una vida tan tranquila con su santurrona Anne de Bretaña, pero no está casado con ella ahora, ¿verdad? Está casado con María Tudor y eso constituye una diferencia absoluta.

—El casarse con vuestra alteza le ha cambiado la vida.

—Y me la ha cambiado a mí, pequeña —dijo, acercando luego sus labios a mi oreja—. Vivimos alegremente pero... ¿cuánto tiempo creéis que durará? —Yo estaba demasiado pasmada como para responder—: ¿Cuánto tiempo creéis vos que durará? No por siempre. Y entonces... seré libre. Y la segunda vez seré quien haga la elección.

Aprendí mucho de ella. Me hablaba del rey y de lo enamorado que estaba de ella.

—Está muy enamorado de mí —dijo, sonriéndole a su cara en el espejo con satisfecho orgullo—. Le parezco tan niña. Ha tenido dos esposas antes de mí... y nunca una realmente hermosa, pobre hombre. A veces siento mucha pena por él. Su devoción es conmovedora. Pero, cuando lo comparo con Charles... aunque todo sufriría detrimento comparado con él. El rey es un hombre de moral moderada... como puede serlo un francés. Han tenido monarcas terribles. Por supuesto que él no es como San Luis. Los santos surgen raramente. Pero no es licencioso como Carlos VII, ni basto como Luis XI, ni muy, muy licencioso como Carlos VIII. ¿Sabes? Resulta fácil seguir a ese tipo de caracteres. Mi Luis tiene el respeto de su pueblo. No lo quieren, no es lo suficientemente guapo o romántico. Es extraño, pequeña Bolena, que los reyes no sean queridos por sus

virtudes. Pero son respetados por ellas. A mi padre lo respetaban, pero no les gustaba. ¡Y ahora quieren a mi hermano! ¿Por qué? Porque es grande, hermoso y alegre. Mi padre hizo mejores cosas por Inglaterra, pero ellos quieren a mi hermano... que todavía no ha hecho ninguna gran reforma.

—No ha estado mucho tiempo en el trono... solo cinco años.

—¿Ese tiempo hace? Cuán sabia sois, pequeña.

—Tuve una institutriz muy buena.

—Y esos enormes ojos vuestros lo vieron todo... y a menudo lo que no se pretendía que vieran, afirmarí yo. Y vuestras pequeñas orejas estuvieron siempre alerta. Así es. Y yo hablo demasiado con vos, *mademoiselle* Bolena. Ahora cerraré mi boca como una tumba y no os diré nada más.

Me sentí abatida. Había sido tonta al manifestar mis conocimientos y recordarle que mi memoria guardaría todo lo que mis oídos hubieran escuchado.

Aunque, por supuesto, ella no cesó de hacerme confidencias, y lo que decía en un momento lo olvidaba al siguiente.

Me habló de las anteriores esposas de Luis.

—Tuvo que casarse con Jeanne, porque era la hija de Luis XI. Era muy fea y tenía una joroba en la espalda. Pero era muy buena; de hecho, una santurrona. Supongo que es fácil ser buena si una es fea —dijo suspirando—. Yo nunca seré una santa. ¿Por qué sonreís? Os diré una cosa: vos tampoco lo seréis —luego se echó a reír y me abrazó durante un momento.

Cuando estábamos solas, María me prodigaba un trato muy familiar.

—Me divertís con esos enormes ojos asombrados vuestros. No sois en absoluto bonita, ¿sabéis? Pero tenéis algo más. Estoy segura de que hallaréis la vida muy divertida. Os aseguro que no seréis como la santa Jeanne. Pobre joven, no podía tener hijos. ¡Qué importancia conceden estos reyes a los hijos! Hijos varones, hijos, hijos, eso es lo que quieren. Es un insulto para nuestro sexo, ¿no creéis? Luis espera que yo tenga un hijo varón. Francisco, su madre y su hermana viven bajo el terror de que así ocurra, ya que, de ser así, ¿qué sucederá con las osadas esperanzas que Francisco abriga respecto a la corona? ¿Eh? ¡Decídmelo! Hijos varones... hijos varones... Bien, la pobre jorobada Jeanne no podía tener descendencia y Luis, mi actual esposo, le rogó al papa que anulara el matrimonio —hizo una pausa y rio.

—¿Y lo hizo, señora? —pregunté con ansiosa curiosidad.

—Oh, por supuesto que sí. Veréis, ese papa era el famoso Alejandro V, Rodrigo Borgia, quien tuvo un hijo. Pero, me diréis vos, los papas no se casan.

No, pequeña, tenéis razón. Pero no es necesario casarse para tener hijos... y este papa tuvo un hijo llamado César Borgia. Lo quería enormemente y buscaba los mayores favores para él. Entonces, Luis estaba en posición de serle de gran ayuda al joven Borgia y como pago de sus favores se le concedió la anulación.

—¿Qué ocurrió con Jeanne, señora?

—¿Qué suponéis? Aceptó el repudio con silenciosa resignación. ¿Vos hubierais hecho lo mismo? Yo no. Pero nosotras no pertenecemos a ese grupo de meritorias féminas. Luis quedó libre y se casó con otra santa, Ana de Bretaña, la viuda del anterior rey. Era coja pero bonita, según dicen, muy aguda e inteligente. Luis y ella sentían gran respeto el uno por el otro; tuvieron dos hijas, *madame* Claudia y *madame* Renée, a quienes has visto en la corte.

Hizo una pausa y yo casi contuve la respiración. Siempre temía que ella recordara que estaba hablando en demasía y se detuviera. Por primera vez en la vida me alegraba de ser alguien de poca importancia ante los ojos de la reina María.

—Estuvieron casados quince años —continuó ella soñadoramente—. ¡Quince años... pensad en ello! Fue una buena gobernanta, aunque algunos dicen que le importaba más Bretaña que Francia. Pero ella era enormemente respetada y Luis se entristeció mucho con su muerte.

—No puede estar triste ahora, ya que no podría tener a vuestra majestad si ella no hubiera muerto.

—Oh, ahora no está triste. Está viviendo como no lo había hecho nunca antes.

Luego se echó a reír y estudió su rostro en el espejo.

—Se divierte demasiado —me susurró—. Yo le digo: «¿Por qué mi señor no se retira temprano? Yo asistiré a las fiestas en vuestro lugar. Os representaré». Pero él responde: «No. No, mi reina, yo debo estar presente». ¡Pobre anciano cansado! Por la noche llega a la cama tan fatigado que no puede hacer otra cosa que dormir y dormir —sonrió—. Tiene miedo porque, veréis... —Me miró fijamente y yo bajé los ojos e intenté ocultar mi anhelante deseo de oír más—. Veréis... tiene miedo de Francisco. Yo creo que Francisco está enamorado de mí... un poco.

—Sois tan hermosa, que no es de sorprender —dije.

—Francisco está apasionadamente enamorado de todo lo bello —dijo tras sacudir la cabeza—; de los grandes edificios, la buena música, la poesía, la pintura, la escultura y las mujeres hermosas. Pero, por encima de todo, está

enamorado de sí mismo. Debido a esto, pequeña y lista Bolena, no puede tener mucho amor para entregar a una persona. Le gustaría hacerme el amor y la perspectiva es de lo más excitante debido a que él lo haría con miedo. Imaginad que yo me quedara embarazada... ¡de él! ¡Vaya situación! Sería suficiente para hacer reír a los dioses. Él me desea... me desea mucho. Así lo expresan sus ojos. Yo lo sé. ¿Pero qué ocurriría si me dejara embarazada? Ese niño sería el rey de Francia porque todos creerían que es del rey. Su hijo sería rey, pero él quiere la corona para sí —se detuvo de pronto—. ¿Qué estoy diciendo? Sois una bruja. Estáis indagando en mis pensamientos más secretos. Marchaos. Estáis despedida —luego me cogió del brazo y apretó con una fuerza tal, que estuve a punto de gritar de dolor—. Si alguna vez mencionáis una sola palabra de lo que os digo... os haré meter en la Torre. Sí, os enviaré a mi hermano y diré: «La niña Bolena debe ir a la Torre. Es una traidora».

—Jamás diré una palabra...

—Marchaos. No quiero volver a veros. Quiero volver a casa. Quiero volver a ver a Charles.

Me escabullí angustiada por no saber la causa del disgusto repentino de María Tudor.

El tiempo se arrastraba lentamente cuando no estaba con ella.

Aquellos meses estuvieron llenos de revelaciones para mí y me hicieron crecer mucho. La corte era bastante sombría debido a la parsimonia del rey. A Luis XII lo llamaban mezquino, porque no deseaba cargar de impuestos al pueblo para pagar sus extravagancias, hábito al que era proclive la mayoría de los reyes. El rey odiaba la guerra y Francia prosperó bajo su reinado más de lo que lo hizo bajo el de sus predecesores. Sin embargo, su pueblo quería a un monarca más deslumbrante, menos austero. A menudo yo pensaba en lo difícil que era satisfacer al pueblo; hiciera uno lo que hiciere, siempre habría otro lado de la moneda que acarrearía protestas.

Por supuesto, yo lo veía de lejos, pero pude advertir que el rey de Francia estaba enamorado en exceso de su hermosa y joven reina. A menudo tenía una apariencia pálida y fatigada y sus ojos parecían haberse hecho más prominentes y su cuello más hinchado. Por la noche, en los festines a los que a veces se me permitía asistir, tenía el aspecto de alguien que lo que más necesita en el mundo es dormir. Pero la reina estaba allí bailando, a menudo con Francisco, riendo y

coqueteando. Yo pensaba que aquella no era una actitud muy cariñosa, pero sabía por sus monólogos de tocador que lo que en realidad María quería era estar con su Charles. Daba la impresión de que planeaba aquellas fiestas y para cansar al esposo, hasta el punto de que estuviese demasiado agotado como para hacer cualquier otra cosa que no fuera dormir en el gran lecho de dosel decorado con flores de lis.

En la corte había tres mujeres que me interesaban, quizá por su relación con Francisco, el hombre más atractivo de la corte. Ellas eran la esposa de Francisco, Claudia, la hermana de aquel, Margarita de Alençon, y la madre, Luisa de Saboya.

Claudia era buena y amable y, al igual que su padre, se cansaba con facilidad; era de salud delicada y se cansaba mucho al caminar, debido a su cojera.

Ella pensaba que era un error que una niña de mi edad fuese enviada a otro país a vivir entre extranjeros. Le expliqué que me sentía muy feliz por estar allí y poder servir a la reina.

—Ah, la reina —suspiró ella—. ¡Qué dama tan hermosa y saludable!

No había malicia en ella, pero debe de haber odiado ver la forma en que su esposo estaba pendiente de María. Ella aceptaba las infidelidades de su marido como algo natural. No cabía duda de que la excelente Ana de Bretaña la había educado para cumplir con su deber, fuera éste cual fuere, y como hija del monarca reinante su deber era casarse con el presunto heredero del trono, cosa que había hecho.

Francisco y Claudia raramente estaban juntos; habitualmente él estaba acompañado por alguna deslumbrante belleza, no obstante lo cual trataba a su esposa con gran cortesía.

Me gustaba hablar con Claudia de Francia. Me hacía leer con ella y corregía cada imperfección en mi acento. Insistió en que aprendiera a hacer bordados de los más finos y *petit point*, cosa que me gustaba bastante. Claudia era muy buena y yo no podía evitar quererla.

Sin embargo, no era tan interesante como la hermana de Francisco.

Margarita de Alençon me maravillaba. Era hermosa y extremadamente culta. Famosa por su inteligencia, escribía poesía y se interesaba por todas las ideas nuevas que se le presentaran. A menudo la veía con su hermano, cogidos del brazo. De hecho, uno hubiese pensado que era ella su esposa. La reina me dijo que, si alguien decía una sola palabra en contra de Francisco, Margarita estaba

dispuesta a matarlo, de tal valía era el amor que sentía por su hermano.

—Por supuesto —añadió—, nadie dice nunca ni una palabra contra Francisco... excepto el rey y ni siquiera Margarita podría matarlo. El rey está realmente preocupado respecto a Francisco. No tanto en relación con el presente como con lo que ocurrirá en el futuro, cuando él muera. Ya os he contado que Luis se preocupa por su pueblo. No quiere que éste se vea agobiado por severos impuestos y opresión, ni complicado en guerras. Un día oí que le decía a uno de sus ministros: «Estamos trabajando en vano. El Niño Grande lo estropeará todo cuando yo me haya ido». El Niño Grande es, por supuesto, Francisco.

Margarita se había fijado en mí por el mismo motivo que lo hizo Claudia.

—Sois demasiado joven para estar en una corte extranjera —me dijo.

Me hizo una serie de preguntas, y las respuestas que le di debieron ser de su agrado porque me prestó un libro que leí con avidez. Cuando se lo devolví, me hizo preguntas acerca del contenido y creo haberla impresionado con mi inteligencia. Ella tenía entonces veintidós años, dos más que Francisco. Se había casado a los diecisiete con el duque de Alençon, pero estaba muy claro para todo el mundo que los sentimientos que le profesaba al esposo eran muy inferiores a aquellos que abrigaba respecto a su hermano. Todos le rendían homenaje, no solo por su inteligencia, erudición y hermosura, sino también porque era la hermana del hombre que se creía que en breve ocuparía el trono, y cuando él estuviera en esta suprema posición, ella sería su principal consejera, gobernaría a su lado.

Luisa de Saboya, en cambio, nunca me prestaba demasiada atención; de hecho, no creo que se hubiera percatado de mi existencia. Era una dama muy ilustre, muy consciente de sus relaciones regias. Se había casado con Charles, el hijo de Jean de Angulema, cuyo abuelo había sido Carlos V.

Luisa amaba a Francisco con la misma idolatría que Margarita. A la madre, la hija y el hijo los llamaban, irreverentemente, «la Santísima Trinidad»; y así eran. Desde el día del nacimiento de Francisco, Luisa había estado deseando que subiera al trono. Se decía que había rechazado todas las ofertas de matrimonio tras haber quedado viuda, pues quería dedicar su entera atención a Francisco.

A los ojos de Luisa debe de haber parecido un milagro que el rey Carlos VIII, camino de la cancha de tenis para presenciar un partido con la reina Ana, se hubiera dado un golpe en la cabeza contra una piedra de una arcada y muerto como resultado del mismo. Como consecuencia de aquello, Luis de Orleans se había convertido en Luis XII; pero Luis estaba entonces casado con la

tullida Jeanne, que no tenía esperanza alguna de darle descendencia. Por ese motivo, él había decidido librarse de ella y lo había conseguido con ayuda del papa Rodrigo Borgia; seguidamente se había casado con la viuda de su antecesor, Ana de Bretaña.

Ahora que conocía a Luisa de Saboya, podía imaginar su júbilo ante tales circunstancias. Era una mujer muy ambiciosa y todas sus ansias de poder estaban centradas en su hijo, a quien llamaba *césar*. Para aquella mujer, Francisco era perfecto; sus actos temerarios, sus atrevidas proezas, sus aventuras amorosas, su infidelidad conyugal, eran mirados con indulgencia por las devotas madre y hermana. Ciertamente conformaban una trinidad, aunque no fuera santísima.

Me divertía, y sabía que a María le pasaba lo mismo, al ver la ansiedad de aquella altiva dama ahora que el rey se había casado con una mujer joven; y sus esperanzas y ambiciones estaban tan profundamente arraigadas, que no le era posible ocultar sus sentimientos.

—Tiene miedo de que yo pueda estar embarazada —me dijo la reina—. ¡Oh, horror si lo estuviera! ¿Qué ocurriría si yo llevara en mi interior un hijo del rey? ¿Qué ocurriría entonces con las esperanzas de Francisco? Creo que eso mataría a su madre.

—¿Estáis...? —fui lo suficientemente atrevida como para comenzar.

Me miró, me cogió la barbilla entre el índice y el pulgar y apretó con fuerza.

—No debéis tomaros libertades, pequeña Bolena, por el solo hecho de que yo os favorezca.

Bajé la vista, pensando en que no era fácil caminar sobre seguro cuando una trataba con la realeza.

Sin embargo, yo estaba completamente subyugada por la vida de la corte y lo que más temía era que me expulsaran de ella.

La reina se estaba impacientando. Había llegado diciembre y, a pesar de que el rey tenía a menudo apariencia de estar fatigado, continuaba asistiendo a los festines y mascaradas que organizaban Margarita y Francisco. Creo que ellos, al igual que la reina, estaban deseando matarlo por agotamiento, una dulce forma de asesinato si la hay.

Pobre hombre, pensé. Qué espantoso es que la gente quiera librarse de ti con tanta fuerza que esté dispuesta a matarte. ¡Pero qué metas tenía aquella gente! Para la Trinidad, era la corona; para la reina, Charles Brandon, duque de Suffolk.

Me preguntaba si Luis percibía la energía que giraba a su alrededor. Era un hombre muy astuto, por lo que no era difícil pensar en que conocía las

motivaciones verdaderas de quienes lo rodeaban.

Luis anhelaba que la reina quedara embarazada para anular así las esperanzas de Francisco. Si lo que había llegado a mis oídos era la verdad, el rey sentía aprensión respecto a dejar la corona en las manos del delfín. Yo deseaba conocer más acerca de la historia francesa. Lo que sabía era que había habido una guerra de cien años que habían perdido los ingleses y que uno de los Carlos, creo que VII, había sido coronado, gracias a una serie de campañas victoriosas llevadas a cabo por Juana de Arco, quien luego había muerto en la hoguera acusada de practicar la brujería. Pero era el presente en lo que todo el mundo estaba ahora interesado y parecía tan memorable como cualquier cosa que hubiera ocurrido antes.

A medida que pasaban las semanas, parecía aumentar la tensión. La reina era consciente de ello y hacía todo lo posible para intensificarla. Le gustaba atormentar a los demás, cosa que yo había advertido muy pronto. Había visto, por ejemplo, que cuando María estaba en presencia de la duquesa Luisa, consciente de con cuánta atención la observaba aquella mujer, hacía o decía algo que podía significar que estaba *enceinte*. Luego solía reírse de ello.

—Bueno, ¿y por qué no hacerlo? —decía—. Proporcionémosle a la dama un poco de emoción. ¿Habéis visto cómo me miraba? Le gustaría poder ver en mi interior. «¿Lo está? ¿No lo está?». Puedo ver la pregunta en sus ojos. «Y, si lo está... *mon Dieu, mon François*... Dios mío, mi César... privado de la corona. El buen Dios no puede ser tan cruel. ¡Qué rey sería! Y ese pobre y enclenque viejo continúa luchando cuando tiene a mi incomparable Francisco...».

María imitaba muy bien a Luisa de Saboya, lo que provocaba mi risa.

Creo que sentía que estábamos llegando a un punto culminante, pues ahora hablaba con mayor franqueza. ¡Charles! Siempre hablaba de Charles. Yo no hubiera creído que una criatura tan volátil pudiera ser tan fiel, tan ingenua. No importaba con cuánta facilidad pasara de un entusiasmo a otro, siempre permanecía leal a Charles.

—Sería feliz en una casita pequeña... apartada de todo el mundo... si Charles estuviera conmigo —me decía con tristeza—. Estas ropas lujosas, estas joyas... esta adulación... lo daría todo a cambio de una vida tranquila junto a Charles.

Yo no sabía si creerle. Ella parecía haber nacido para la posición que ocupaba, de la misma forma que su hermano parecía nacido para la suya.

Hablaba más y más de Charles. Yo le cepillaba el cabello y ella cerraba los

ojos.

—¿Cuánto tiempo más? —la oí murmurar una vez.

Estuve a punto de responder: «Solo han pasado seis semanas desde que llegasteis, señora». Pero había aprendido la lección; no era inteligente de mi parte hacer comentarios y había ocasiones en las que ella realmente estaba hablando consigo misma, sin tomar en cuenta mi presencia.

A veces parecía deprimida y entonces me hablaba de Charles, de cómo había llegado a la corte por vez primera...

—Su padre fue el portaestandarte del mío en la batalla de Bosworth Field y murió defendiendo al mío. Nosotros, los Tudor, recordamos a nuestros amigos... y enemigos. Cuando mi padre fue proclamado legítimo rey y Richard murió, se acordó de aquel fiel portaestandarte y le envió un mensaje a su viuda para decirle que, si su hijo iba a la corte, habría un lugar para él. Y así fue como Charles llegó a la corte. Fue colocado en la casa del duque de York, aunque tal vez él hubiese preferido estar en la del príncipe de Gales. Pero el destino funciona de forma extraña, ¿no creéis? Porque el príncipe de Gales se casó con Catalina de Aragón y murió al poco tiempo, lo que provocó que Enrique, duque de York, se convirtiera en Enrique, príncipe de Gales... y ahora es el rey en lugar de haber entrado al servicio de la Iglesia como estaba planeado. Siempre que pienso en Enrique como cardenal me dan ganas de reír. Bueno, el caso es que le tocó la corona, que además es más adecuada para él; y Catalina no perdió con el cambio, ya que era la viuda de Arturo, pero ahora es la esposa de Enrique. Así que ya veis, Charles había sido colocado en el lugar correcto, después de todo.

Se quedó en silencio durante un rato, meditando.

—Ambos se parecen. Tan altos... los dos... mi hermano y el hombre a quien amo. Los amo a ambos, por supuesto. Enrique me es muy querido, pero no hay nadie como Charles. Charles tiene seis años más que mi hermano... así que mi amor no es un tonto muchacho imberbe.

—Es realmente un hombre —dije yo, al sentir la necesidad de hacer algún comentario.

—¡Y qué hombre! Nunca ha habido otro como él. En la corte aprendió esgrima, a justar, a montar... y, al ser Charles, podía hacerlo todo mejor que cualquier otro. Él y mi hermano se convirtieron en íntimos amigos. Son tan parecidos, que podrían ser hermanos. No puede sorprenderos que lo ame.

—No, señora —dije.

—Continuad con el cepillado. Me calma. ¿Estáis pensando en por qué no

está casado, si tiene seis años más que el rey?

Yo tenía miedo de decir que sí, a pesar de que era lo que estaba pensando.

—Bueno... Ha estado casado. Dos veces. Pero eso no tiene importancia para mí. Yo no querría un chico inexperto y tonto.

—Por supuesto, señora.

—¿Y qué sabes tú de tales cosas?

—Solo lo que me dice vuestra alteza.

—Creo que en vuestra cabeza ocurren muchas más cosas de las que nos confiáis.

—Oh, no, señora —dije con cierta alarma.

—Bueno, debería ser como os he dicho —insistió ella—. No quiero a mi alrededor niñas estúpidas.

Yo no sabía qué responder a aquello, pero ella sonreía...

—Él me lo ha contado todo acerca de sus matrimonios —dijo ella—. No hay secretos entre nosotros. ¿Sabíais que Margarita de Saboya quería casarse con él?

—No, señora —repliqué.

—Bueno, pues así era. Cuando Charles fue a la corte de Saboya como embajador, Margarita se enamoró de él. Podemos entenderla, ¿verdad? Ella podría ser ahora su esposa. ¡Qué catástrofe! Pero el destino fue benévolo; o tal vez fue el emperador. Él nunca hubiese permitido que aquello ocurriera... por mucho que ella lo quisiera, y podéis estar segura de que ella lo quería. Una mujer tendría que estar loca para no querer a Charles.

Aquellas sesiones con María me resultaban cargadas de emoción y deleite. Su conversación era tan picante, tan indiscreta. Yo estaba segura de que una gran parte de lo que ella me contaba era exagerado, pero era precisamente eso lo que hacía tan emocionantes sus historias.

—Cuando Charles era muy joven —prosiguió la reina—, se enamoró... o así creyó que había sido... de la hija del lugarteniente de Calais. Por supuesto, no estaba realmente enamorado. Nunca ha amado a nadie más que a mí, pero la gente joven oye a los trovadores cantar y se enamoran de la idea del amor. Eso fue lo que le ocurrió a Charles. Anne Browne, estaba, por supuesto, locamente enamorada de él, pero era demasiado joven y el matrimonio fue aplazado. Al tiempo, Charles se dio cuenta de que había sido un apasionamiento pasajero y que hubiera sido estúpido casarse con alguien de tan humilde posición. En aquella época mi hermano ya era rey y Charles era su compañero inseparable. Ser el rey de Inglaterra es una cosa completamente diferente de ser el príncipe de

Gales con un padre austero que os refrena. ¿Me comprendéis?

—Oh, sí, os comprendo.

—Charles es humano, y todos los hombres jóvenes sienten deseos y deben satisfacerlos porque puede ocurrir que no encuentren a la mujer de su vida hasta que hayan pasado su primera juventud. Así ocurría con Charles...

Ella guardó silencio durante un rato. Luego me despidió repentinamente y aquello marcó el final de sus confidencias por esa vez, aunque posteriormente retomó el relato donde lo había dejado.

—Había ido a visitar a su abuelo cuando conoció a Margaret Mortimer. Era joven, sensual y viuda, debido a lo cual le resultaba penoso estar privada de marido; y, por supuesto, en cuanto vio a Charles, lo quiso para sí. Él era joven y no se le puede culpar. Era natural que aprovechara la situación. Solo un pobre infeliz no lo hubiera hecho. Era tan solo un muchacho entonces... muy inexperto, y ella estaba en el otro extremo. Ella lo inició, podríamos decir. Bueno, tenía que ocurrir. ¿Entendéis de qué estoy hablando, pequeña Bolena? A veces olvido lo niña que sois. Parece haber tanta sabiduría en esos ojos oscuros... Quizá yo hablo demasiado.

—Oh, no... no, señora.

Ella rio y me dio una palmada en la mano.

—Tenéis que crecer. Y si permanecéis mucho tiempo en esta corte, necesitaréis todo vuestro ingenio. No pasará mucho tiempo antes de que los hombres comiencen a advertir vuestra presencia... —sus ojos volvieron a adquirir expresión soñadora—. Aquella mujer era de mejor familia que la pobre Anne Browne; su padre era marqués. El hecho es que Charles se casó con ella. Él se sentía muy contrariado debido a la pequeña Anne, que esperaba casarse con él, pero se dejó llevar por la voluptuosa viuda. Charles no sabía que la gente se cansa de una relación que depende del erotismo para continuar. Tiene que haber amor, pequeña. Nada más importa... joyas... poder... nada. Dejadlo todo por el amor. Mi hermano estaba muy interesado en los asuntos de Charles. Era su confidente, ¿sabéis? Así que dijo que por qué no conseguir la anulación del matrimonio, lo cual no debía resultar demasiado difícil debido a que existía un precontrato con Anne Browne. Afortunadamente para Charles, Margaret había llegado a la misma conclusión que él respecto a su matrimonio, por lo que no hubo conflictos entre ellos. Pronto, Charles estuvo libre y se casó con Anne. Era muy impulsivo, ¿sabes?

Temí que fuera a detenerse, pero solamente suspiró antes de proseguir.

—Dicen que hay en el mundo una persona para cada uno de nosotros y que la gente afortunada es la que la encuentra... en el momento oportuno y el lugar adecuado. Yo he encontrado a Charles y él me ha encontrado a mí... pero existen muchos obstáculos que tendremos que superar.

—Vuestra majestad los superará.

—Tenéis razón, ya que ahora él es libre. Anne murió. Era una criatura delicada. Tiene dos hijas pequeñas, Anne y Mary, a las que quiere con toda su alma, al igual que lo haré yo. Seré una buena madre para ellas cuando llegue el momento. Pronto...

Me miró y sonrió, pero incluso ella se dio cuenta de que no sería prudente decir lo que estaba pensando. Repentinamente quedó pensativa, ya que sus estados de ánimo cambiaban con rapidez.

—Pasamos días felices en la corte... mi hermano, Charles y yo. Siempre estábamos juntos. En una mascarada, éramos los encargados de organizarla. Enrique sabía lo que ocurría entre Charles y yo. Oh, él es mi querido hermano, pero a veces recuerda que es el rey y, por supuesto, como hermana suya soy un peón muy útil en la partida que tiene que jugar. No importa cuánto quiera a Charles, cuando se pone la corona dice: «Mi hermana debe casarse dentro de la realeza».

Pensé en lo que me había dicho Simonette: «Los Tudor tienen que reafirmar continuamente su realeza, simplemente porque entraron en ella hace muy poco tiempo. Cuando uno desciende de una larga línea de reyes, su realeza es visible; es solamente cuando la gloria ha sido vivida durante poco tiempo cuando tiene que ser legitimada permanentemente».

—Mi hermano quería hacer a Charles más rico y poderoso, por lo que lo nombró guardia de Señorío Real y del Park of Wanstead, guardia mayor de New Forest y caballero del cuerpo real. Hasta entonces solo había sido un escudero. Enrique quería que tuviera un título nobiliario, por lo que pensó en Elizabeth Grey, una niña que era única heredera de su padre, el vizconde Lisie. Planeó convertirla en la protegida de Charles y así, cuando ella tuviera la edad suficiente, Charles podría casarse con ella y adquirir el título, al que acompañaba una rica propiedad —suspiró—. Podéis ver cómo el destino siempre se ha empeñado en contra nuestra.

—¿Y él...? —me atreví a comenzar y me detuve. A ella no le gustaba que le hiciera preguntas, tal vez debido a que no le preocupaban demasiado las respuestas. Yo estaba pensando que solo tenía que decirle al rey que estaba

enamorado de otra persona y que no le interesaban ni el título ni las riquezas que conseguiría casándose con la joven.

—No se atrevió a ofender al rey, por supuesto. Y ya sabéis que, cuando os ofrecen un regalo, es una grosería no mostrar gratitud. Charles visitó a la jovencita. Está encantado porque, como solo es una niña, pasarán años antes de que pueda casarse con ella. Así es que está a salvo... por un tiempo... y cuando llegue el momento... —sonrió, mirando al futuro—. Es tan valiente... tan bueno. Rescató a una niña del río... una criatura pequeña de apenas dos años, y cuando descubrió que era una huérfana a la que no quería una tía que tenía ya una camada de niños de su propiedad, la envió para que la criaran con sus propias hijas. Ésa es la clase de hombre a la que pertenece Charles.

—Cuán noble —dije.

—No decís más que la verdad. Fue entonces cuando lo enviaron a los Países Bajos.

—Mi hermana está allí, en la corte de la duquesa de Saboya.

A ella no le interesaba mi hermana.

—Margarita se enamoró y quiso casarse con él. Hay muchas que quieren casarse con él, ¿sabéis? Vaya a donde vaya, resulta inevitable. Charles estuvo con mi hermano durante la invasión de Francia, y ha sido hecho duque... el duque de Suffolk. No habrá matrimonio con Margarita de Saboya... ni con Elizabeth Grey... porque, cuando Charles vuelva a casarse, lo hará conmigo —se llevó un dedo a los labios; luego se puso de pie y, tras cogerme por los hombros, me sacudió suavemente—. Hablar con vos es como hablar conmigo misma. Sois demasiado joven para entender de qué hablo, ¿verdad? ¿Eh?, respondedme.

—Sí, señora —fue mi respuesta.

Entonces se echó a reír y hubo una mirada de advertencia en sus ojos.

—Recordad —dijo—, solo sois una niña.

—Sí, señora —volví a decir.

Las fiestas de Navidad y Fin de Año se celebraron en el Palais des Tournelles. La reina María estaba cada día más impaciente. Me hacía menos confidencias y yo podía sentir cómo crecía la tensión en la corte.

María estaba continuamente en compañía del delfín. Corrían rumores de que él estaba descuidando a su amante y que todos sus pensamientos eran ahora para

la reina. Aquello me alarmaba, porque conocía la naturaleza impulsiva de ella, y, si no me hubiese hablado tan fervientemente de su amor por Charles Brandon, hubiera sospechado que tenía una aventura con Francisco.

Él era, sin duda alguna, el líder de la corte. Las mascaradas que organizaban con su hermana eran elegantes e ingeniosas; y Francisco era siempre el centro de atención. Ahora, había arrastrado a la reina al juego para que compartiera los honores con él.

Su madre y su hermana lo miraban con ansiedad. Antes de la mascarada, la Trinidad había ejecutado un concierto conjunto, pero ahora Francisco estaba actuando por su cuenta, causándoles inquietud. Yo entendía muy bien sus sentimientos. Conocían la naturaleza de su adorado, quien desde su más temprana adolescencia gozaba con las aventuras amorosas, que de adulto formaban parte habitual de su vida; Francisco era incapaz de ocultar el deseo que sentía por la joven reina. María lo sabía y gozaba con ello. Yo la había visto posar su mano ligeramente sobre el brazo de él y mirarlo a la cara con ojos chispeantes y húmedos. Qué pensaría el rey de la ultrajante afición del Niño Grande por su adorable esposa. Sabía lo que sentían Luisa y Margarita al respecto. Nada podía convencerlas de que María no estaba locamente enamorada de Francisco, porque creían que todas las mujeres tenían que estarlo. Ellas no habían oído aquellos monólogos referidos a Charles Brandon y que no dejaban duda acerca de que para ella existía un solo hombre; pero, debido a que María era como era, se estaba divirtiendo con la situación. Aquellos meses se le hicieron, por ello, más tolerables.

Entretanto, la madre y la hermana observaban aterrorizadas, seguras de que María no sería capaz de resistir a su César. Y si Francisco tenía éxito como amante, ¿qué ocurriría si concebían un hijo? Pensarían que aquello era muy posible en el caso de aquel modelo de virilidad. ¡El hijo de Francisco, rey de Francia! ¡No! ¡No! No era aquello lo que querían... porque aquel niño nunca sería reconocido como hijo de Francisco, ¿y de qué le serviría eso a la Trinidad?

Me pregunto si, en secreto, le rogarían que tomara precauciones.

¿Y en cuanto al rey? Luis no era tonto. ¿Se daba cuenta de lo que estaba pasando? Me asombraba que no se plantara y pusiera fin a aquel flirteo, pues no podía ser otra cosa, que tenía lugar entre su esposa y el delfín.

La verdad es que Luis XII estaba embobado con María. Ella era realmente una criatura adorable, joven y fresca, con ese magnífico cabello dorado rojizo y aquellos hermosos ojos azules; pero era su vitalidad lo que le confería su mayor

encanto. Luis había estado casado con la pobre deforme Jeanne y luego con Ana de Bretaña y aquella joven era un contraste absoluto.

Él hacía un esfuerzo para vivir a su altura, aunque aquello parecía estar matándolo. Observaba sonriendo mientras Francisco la seducía con su ingeniosa conversación; los observaba con benevolencia mientras ellos bailaban o cabalgaban uno junto al otro. A veces parecía alegrarle disponer de Francisco para encantarla a su manera esencialmente francesa. Era como si le dijese: «Esto es Francia. Fíjate en la cortesía de nuestros caballeros, su ingenio, su encanto». Si había alguien que podía enseñarle estas cosas, era Francisco.

El rey Luis había cambiado completamente su estilo de vida, según tenía entendido. Cuando estaba casado con Ana de Bretaña, se retiraba temprano. Debe de haber sido una rutina sosegada, exenta de euforia.

Supongo que la mayor parte del tiempo que pasaban juntos lo empleaban en discutir asuntos de Estado. Habían tenido dos hijas, era cierto, ninguna de las dos saludable. María debía de resultarle encantadora, pero era obvio que él era un hombre viejo que hacía grandes esfuerzos para mantener el paso junto a una esposa joven y llena de vida.

Había un pequeño poema que a él le gustaba citar antes de la llegada de María:

*Lever à six, diner à dix,
Souper à six, coucher à dix,
Fait vivre l'homme dix fois dix.
(A las seis, la cena a las diez,
Cena a las seis, a la cama a las diez,
La vida humana es diez veces diez).*

Aquella era la regla que había seguido en el pasado.

Me daba la impresión de que todo el mundo lo observaba. ¿Cuánto tiempo?, parecía preguntarse, especialmente durante aquellos festines de Navidad. ¿Padecería por la situación? Estaba allí sentado, sonriendo, pero parecía muy agotado.

Al igual que todos los demás miembros de la corte, yo advertía lo que estaba ocurriendo y me preguntaba cuál sería el resultado. Conocía a mi señora mejor que nadie y estaba convencida de que guardaba fidelidad no tanto al rey como a Charles Brandon. Me costaba creer en esa presunta aventura amorosa con Francisco y me inclinaba a pensar que en realidad lo que buscaba la traviesa María era que todo el mundo sacara sus propias conclusiones al respecto. Creo

que disfrutaba jugando con el delfín y haciendo crecer la ansiedad de Luisa y Margarita.

María no era malvada por naturaleza, pero la única manera que tenía de soportar la intolerable situación a la que la habían empujado, era extrayendo algo de diversión de la misma. El rey no le disgustaba; hubiera sido muy difícil, ya que se trataba de un hombre muy bueno; él no podía evitar que su apariencia le causara repugnancia, ni que ella estuviera continuamente suspirando por el atractivo Charles Brandon. El rey había estado enfermo antes de que ella llegara y María anhelaba ser libre.

En aquel momento, Charles estaba soltero, ¿pero durante cuánto tiempo permanecería así? El momento oportuno... el lugar adecuado... Los amantes necesitaban estar allí cuando llegara la oportunidad.

Ocurrió el día de Año Nuevo. Se habían retirado a su habitación. Era medianoche.

Luis XII yacía en su cama, completamente exhausto. Sus últimas palabras fueron para pedir ser enterrado junto a Ana de Bretaña.

María lloró un poco y sus lágrimas fueron genuinas.

—Era un buen hombre —dijo—, pero tenía que ocurrir.

Luego se apoderó de su rostro un cierto resplandor. Yo sabía lo que estaba pensando: «Soy libre. Me he casado una vez por razones de Estado. Ahora las razones serán las mías propias».

Hubo profundos lamentos en toda la capital. Los *clocheteurs des trépassés*, de acuerdo con la costumbre, recorrieron las calles haciendo sonar sus «campanillas de muerte». Lúgubrementemente hablaron del fallecimiento del Padre del Pueblo. Recordaron que desde Luis no había habido un rey que cuidara de sus súbditos como él. Su frugalidad y economía, que habían sido llamadas *racanería* y *avaricia*, se convirtieron en virtudes. Se recordó las reformas que había introducido y las leyes abusivas que había abolido durante su gobierno. El afecto voluble del pueblo no pudo ocultar un hecho irrefutable: Luis había sido uno de los mejores reyes que hubieran tenido jamás. Había trabajado incansablemente para mantener al país fuera de las guerras y el pueblo había prosperado bajo su gobierno; aunque había hecho falta su muerte para que sus súbditos se dieran cuenta de sus virtudes; así lo hacían ahora, por lo que los lamentos que recorrían toda Francia eran genuinos.

María fue a pasar las seis semanas que mandaba la tradición al *hôtel* de Cluny y me llevó con ella. El sitio había sido el hogar de los monjes

cluniacenses, que derivan su nombre de ésta. Estaba situado en la rué des Mathurins. Durante el periodo de duelo se suponía que ella debía pasar la mayor parte del tiempo en *la chambre de la reine*, unas habitaciones oscurecidas para la ocasión, en las que no entraba la luz del sol y cuya única iluminación la proporcionaban las velas.

María iba completamente vestida de blanco y se sentía un poco incómoda con su conciencia. Era inevitable. El rey estaba muerto y ella había deseado su desaparición. La reina ahora recordaba sus virtudes. Había sido tan indulgente, había deseado tanto complacerla...

—Siempre fue amable conmigo —decía—. Es triste que tuviera que ocurrir. Pero pronto recordaba su libertad.

—Seis semanas —decía entonces—. Parece una vida entera. Y se supone que no debo salir de estas oscuras dependencias hasta que haya pasado ese tiempo. Decídmelo, pequeña, ¿quién creéis que estará más ansioso por verme?

Me alegré de ver que la picardía retornaba a sus ojos. María se echó a reír.

—Estarán deseando verme. Todos sienten ansiedad. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que puedan estar seguros? Vos sois demasiado joven como para saber de estas cosas, mi pequeña sabihonda. Pero podéis estar segura de que *madame* Luisa y *madame* Margarita son presas de la ansiedad respecto al futuro de su adorado. ¿Y el adorado mismo? La corona revolotea por encima de su cabeza. ¿Va a pasar de largo? Podría morirme de risa.

Me sentía feliz de ver el cambio operado en la reina. Sonreí con ella.

A medida que pasaban los días, María era más feliz. Su conciencia había dejado de molestarla.

—Era viejo —decía ahora—. Había estado a un paso de la tumba antes de que yo llegara.

Aunque estuviera encerrada, se le permitía que la visitaran; y, por supuesto, alguien que tenía ese privilegio era el delfín, quien acudió sin pérdida de tiempo.

La reina estaba muy hermosa en sus ropas blancas de duelo cuando fue a recibirlo. Cuando regresó de la entrevista con Francisco, era la chispeante criatura de siempre.

—Su gran inquietud era que yo pudiera llevar en mis entrañas un hijo del rey —comentó—. Pobre hombre, sus pensamientos no podían trascender ese asunto. Oh, es muy listo, muy cortés, y escoge las palabras con gran exquisitez. No podría hacer la pregunta de forma directa como lo habría hecho mi hermano o la mayoría de los ingleses, ya que le hubiese parecido crudo y vulgar. ¿No es

asombroso que estos franceses, los más licenciosos del mundo, según mi creencia, que revolotean de una cámara femenina a otra y con impúdicas baladronadas hablan de nosotras con todo detalle después, sean tan delicados en su forma de tratarnos? Oh, me estoy divirtiendo con Francisco, pequeña Bolena. Lo dejo pensar que... sí, quizá. «¿Cómo está vuestra salud?», pregunta él preocupado. Y yo le digo... Oíd bien, porque es una respuesta inteligente... Le digo: «Estoy todo lo bien que es de esperar dadas las circunstancias». Tendríais que haber visto su cara. Ni siquiera Francisco, con todas sus hermosas maneras, pudo ocultar su alarma. ¿Qué había querido yo decir? ¿Estaba refiriéndome a mi repentina viudez o a mi próxima maternidad? Me divertiré durante mi duelo. Seis semanas... luego seré libre.

Y ya lo creo que se divirtió.

Luisa y Margarita vinieron a verla. No podían ocultar su ansiedad. Después de todo, aquel era el momento más importante de sus vidas. Luego de entrevistarse con María, ambas se marcharon invadidas por la aprensión.

Y, cuando la reina me llamó, se mostraba tan divertida con la situación, que parecía hasta disfrutar sus días de encierro.

La osadía de esa mujer traviesa parecía no tener límites. Lejos de querer calmar las angustias de la Trinidad, comenzó a ponerse más enaguas que las usuales, para darle más volumen a su silueta. Compartió el secreto conmigo. Supongo que confiaba en mí solo porque yo era una niña. Lo cierto es que no necesitaba sus amenazas de que me haría meter en una mazmorra de la Torre si abría la boca. Yo nunca la hubiera traicionado.

—¿Qué tal está? —preguntaba—. No debe ser exagerado. Podría estar embarazada de tres meses, pero será mejor que lo hagamos de dos. Eso resultará más creíble. ¿Cómo se ve una a los dos meses de embarazo? Me temo que con no mucho que enseñar. Hagámoslo de tres. Después de todo, es posible. Mi esposo no estaba en tan malas condiciones físicas a mi arribo a Francia.

—Oh, vamos a engañarlos —decía la reina, divertida.

Una tarde, Margarita de Alençon pidió permiso para verla. María, entonces, envió un mensaje pretextando una indisposición. «Es de esperar», agregaba en la excusa, cargando de misterio y sugestión sus palabras. ¿Se refería a la muerte de su esposo o a su preñez? La duda martirizaría a la hermana del delfín.

—Sentimos ansiedad por vuestra salud —le había dicho la duquesa de Saboya—. A Margarita le gustaría venir a quedarse con vos. Oh, ya sé que debéis estar sola, pero Margarita podría quedarse en Cluny... por si sintierais la

necesidad de verla.

—Querida duquesa —había respondido la reina—, sois muy amable. Estoy todo lo bien que puede esperarse que esté. Alguna ligera indisposición de vez en cuando y confieso que ahora siento más necesidad de descansar que antes —agregaba.

—Aquella mujer era presa del pánico —comentaba María tras haber reproducido el diálogo—. Creí que iba a zarandearme en cualquier momento. Oh, querida, la Trinidad está sufriendo, os lo aseguro. Y lo más divertido del caso es que, si estoy embarazada, ¿de quién es el niño?, ¿del rey o de Francisco? Está claro que él quiso ser mi amante y que sus devotas madre y hermana no creen que nadie pueda resistírsele. Oh, es una situación muy divertida. Me gustaría que fueras mayor de lo que eres... porque así podrías entender cuán divertido es todo esto.

Yo quería decirle que entendía todo, que sabía cómo llegaban los niños al mundo; había aprendido muchas cosas en la corte francesa. Siempre había cotilleos y mi dominio del idioma era excelente; nada de lo que se hablaba a mi alrededor me era desconocido.

Las visitas de la Luisa y Margarita a la joven viuda se hicieron más frecuentes. El juego de María, sin embargo, llegó demasiado lejos. Por arte de un cojín colocado estratégicamente debajo de sus vestidos, el vientre de la reina creció rápidamente, haciéndola ver embarazada. Fui yo misma la que puso, a su pedido, el almohadón en su cuerpo. La mala suerte quiso que un día en que la duquesa de Alençon vino de visita, el cojín travieso se salió de su lugar. Con determinación, la madre de Francisco sacudió a María hasta que el almohadón cayó al suelo. La simulación había llegado a su fin.

Aquella fue una de las ocasiones en que María no pudo guardarse para sí lo que había ocurrido. Casi histérica de risa, me describió la escena.

—La duquesa estaba furiosa. Oh, pequeña Bolena, sois malvada. No lo sujetasteis lo suficientemente bien. El cojín cayó más abajo de mis rodillas. Ella lo agarró. Incluso me sacudió. «¡Nos estáis engañando!», dijo con voz atronadora. Si no me hubiera divertido tanto con la situación, creo que estaría aterrorizada. Entonces Margarita rio. Pero *madame* Luisa no olvida con tanta facilidad. Tenía que pensar deprisa. ¿Cómo librarme de una situación tan delicada? No iba a ser fácil. Ella tenía razón: los estaba engañando. Entonces dije: «*Madame*, ahora vos sabéis, al igual que yo, que no llevo en las entrañas al hijo del rey. *Vive François II!*». ¡Ahí tenéis! ¿Os dais cuenta de lo importante que

es saber escoger las palabras correctas? Recordadlo cuando os encontréis en una situación difícil. Allí estaba yo, en peligro. Los había engañado durante semanas y ahora nos enfrentábamos a la verdad. Pero aquellas eran las palabras mágicas que ella había estado esperando oír durante veinte años y no podía sentir más que felicidad al oírlas pronunciar con tanta convicción. Y yo, con toda mi debilidad expuesta a la luz del día, fui perdonada porque dije: *Vive François I!*

LA CORTE FRANCESA

A sí, por fin, Francisco era rey. Vino a Cluny para ver a María, con el semblante cambiado, sin ansiedad ni angustia, seguro de su trono monárquico.

¿Le reprocharía a María la broma de mal gusto que lo llevó durante varias semanas al borde de la desesperación?

La visita duró bastante tiempo. Cuando Francisco se marchó, la reina me mando a llamar. Se la veía pensativa, tal vez un poco alarmada, por lo que creí que el nuevo rey de Francia la había reprendido por haber llevado tan lejos su pesada broma.

Sin embargo, el sentido de la galantería de Francisco le impedía regañar a una mujer hermosa.

María no podía guardar para sí su ansiedad y yo era la única con quien podía desahogarse con la seguridad de no correr ningún peligro.

—No será esta vez —me dijo ella—. He soportado todo esto, ¿verdad? ¿Y no fue en el bien entendido de que, habiéndome casado una vez por razones de Estado, la vez siguiente sería por razones propias? Ese necio príncipe de Castilla. Que su nombre tenga que ser Carlos es una injuria. No lo aceptaré. No lo haré —guardó silencio. Me puso el cepillo en las manos y me indicó con un gesto que le cepillara el cabello. Aquello la calmaba de alguna forma. Se volvió a mirarme—. Mi hermano está negociando un matrimonio para mí con el príncipe de Castilla.

—Vuestra majestad no se someterá...

—¡Yo no!

—¿Y el rey de Francia?

—Encuentra muy divertido el truco que le hice... al igual que su hermana —dijo riendo—. *Madame* de Saboya no tanto. Creo que le gustaría castigarme severamente... y lo haría, si pudiera.

—Oh, no, majestad.

—Sí que lo haría, pero no puede, ¿verdad? Debe de tener miedo de ofender a

mi hermano si me hacen daño de alguna manera. Se contentará con verme marchar de Francia inmediatamente, pero Francisco tiene otros planes respecto a mi persona. ¿Creéis que soy muy hermosa, pequeña?

—Oh, sí, señora.

—Él también. ¡Oh, qué frases tan elegantes! Desearía poder entenderlas mejor. Me sentiré feliz de volver a hablar inglés. Eso es lo que resulta tan agradable cuando estoy con vos. Podemos hablar... juiciosamente. Parece que entre el rey de Inglaterra y el rey de Francia han decidido mi futuro. Igual que si yo fuese un bulto de equipaje. ¿Se la enviamos al príncipe de Castilla o nos la quedamos aquí para el rey de Francia? No lo aceptaré. Así se lo he hecho saber a Francisco. Él está sumamente enamorado de mí. El engaño que he llevado a cabo no ha cambiado los sentimientos que me profesaba desde el momento en que me vio. Más bien los ha potenciado. Le gustan las mujeres osadas. Reímos juntos acerca de lo del cojín. Le dije que tú eras la única que estaba en el secreto, y él comentó: «Oh, la pequeña de los grandes ojos oscuros». ¿Qué pensáis de eso?

—Me sorprende que haya advertido mi presencia.

—Oh, él ve a todas las mujeres. Del mismo modo que advierte la existencia de un cuadro o un edificio... pero especialmente advierte la de las mujeres... y a pesar de que no eres más que una niña, también eres una mujer. Dice que está locamente enamorado de mí y se sentirá desolado si abandono Francia. Planea casarme aquí, e incluso me ha escogido esposo. Piensa en el duque de Saboya... otro Carlos para colmo. Él será un esposo complaciente y Francisco y yo nos embarcaremos en una idílica aventura amorosa, cosa que estábamos destinados a hacer desde el momento en que se cruzaron nuestros caminos. Es una lástima, dice, que no pueda convertirme en su reina. Hubiera sido continuar con el modelo establecido por mi difunto esposo con Ana de Bretaña. Pero ¡ay!, él ya está casado con Claudia. Claudia es la más devota de las esposas. ¿Quién no sería devota con el guapo, encantador e ingenioso rey de Francia? Así es como se arreglan las cosas en este país. Francisco se marchó sorprendido, no está acostumbrado a los rechazos y le dejé las cosas bien claras. Le dije que había una razón que no me permitía estar enamorada de él —prosiguió María—. Ya había entregado mi corazón a otro hombre. Le dije que solo podía existir esa razón ya que yo, al igual que el resto del mundo, no podía dejar de advertir el encanto del hombre más atractivo de Francia. Oh, estaba pisando terreno peligroso, ¿no creéis? Pero sentía un cierto placer al andar por él. Fue tan

encantador, que declaró tenerle envidia a mi Charles. Dijo algo acerca de cambiar la corona por estar en su lugar, cosa que me hizo reír. ¿Pensaba él realmente que yo le creería? Pero fue amable. Tenía que mantener su reputación de caballero. Dijo que, ya que yo honraba a aquel hombre con mi amor, él tenía que ser su amigo. Ninguna otra cosa sería correcta... y que, si él podía hacer algo para persuadir a mi hermano de que cediera a mis deseos, así lo haría. ¿Qué pensáis de eso?

—Eso es verdaderamente bondadoso por su parte.

—El asunto es, pequeña, ¿realmente tiene intención de cumplirlo? A menudo hay algo oculto tras esas floridas frases. Pero yo realmente creo que me desea el bien... es decir, mi bien no le trae a él ningún daño. A una cosa sí que estoy decidida: no me casaré con ese mocoso de Castilla.

Las buenas nuevas pusieron radiante a la joven viuda. Enrique VIII enviaba una embajada a Francia para ofrecer las condolencias por la muerte de Luis XII y de paso establecer contacto directo con el nuevo monarca. Al mando de la comitiva venía Charles Brandon, el duque de Suffolk.

—Esta vez —prometió María—, no lo dejaré marchar hasta que estemos casados.

Mientras todo esto pasaba en Francia, mientras la reina me hacía partícipe de todos sus sentimientos y me contaba cosas que no le hacía saber a nadie más, yo sentía ansiedad respecto de mi propio futuro. Había sido testigo de cómo eran despedidas las damas de honor cuando las circunstancias de su ama cambiaban. ¿Qué sería de mí si María se casaba con Charles Brandon, tal como era su deseo? ¿Me enviarían de vuelta a casa? La idea de retornar a la vida de Hever o Blickling era un poco deprimente para mí. Me estaba acostumbrando a la corte francesa. Me gustaba escuchar las conversaciones, enterarme de algunos cotilleos y escándalos, adoraba los vestidos que usaban las francesas, tenía interés por la moda y me daba placer ayudar a la reina en estos menesteres. Ella decía que yo tenía sentido del color y a menudo me pedía consejo.

—¿Debo ponerme esto, pequeña Bolena? ¿Vos qué pensáis?

En realidad, María enunciaba una pregunta retórica, aunque a veces tomaba nota de mi respuesta y me hacía caso.

Yo crecía con rapidez. Ya era una niña precoz cuando arribé a Francia, pero mi estadía en la corte de Luis XII me hizo madurar de golpe. Claro que se me

escapaban algunas cosas, pero percibía por ejemplo la relación de amantes que tenía alguna pareja, aun cuando sus integrantes hicieran esfuerzos por mantener su vínculo en secreto. De vez en cuando, cobraba coraje y hacía partícipe a la reina de algún escándalo, cosa que la divertía en grado sumo.

Mis cambios eran notorios. Ya no era la niña inocente de ojos grandes y oscuros. Y aunque las cortesanas me hacían poco caso, pues para ellas yo no era más que una niña, el entorno que me rodeaba resultaba un terreno propicio para mi madurez. Las damas cotilleaban sin cuidado en mi presencia, pensando en que no entendía una palabra de lo que decían. Se equivocaban. El idioma dejaba de tener secretos para mí y todo lo que ocurría a mi alrededor me interesaba. Por esos días, mi mayor temor era que alguien viniera a darme la noticia de mi partida. No quería volver a Inglaterra.

En el ánimo y en el pensamiento de la reina dejé de ocupar un lugar central. Su cabeza estaba fija en una sola cosa: el inminente encuentro con su amado Charles. A menudo se quedaba en silencio, sentada mirando al vacío, con una hermosa sonrisa en su rostro adorable.

Francisco, en tanto, no lograba disimular su ansiedad. Como es natural, deseaba ser coronado rey de Francia lo antes posible, pero al mismo tiempo no quería faltar el respeto a la memoria del rey fallecido apresurando la ceremonia.

Para él, la espera se hacía interminable. Finalmente, se decidió por un punto intermedio. A pesar de lo mucho que le hubiera gustado el destellante espectáculo de la coronación, optó por una ceremonia sencilla e inmediata. Era habitual que los reyes de Francia fueran coronados en Reims, pero el pueblo hubiera esperado un acontecimiento grandioso si él hubiese seguido dicha tradición. Debido a esto, asistió a Reims en la noche solo para la «consagración», es decir, la unción con la *sainte ampoule* en la basílica de Saint-Remy. Luego, se trasladó a Saint-Denis, lugar reservado solo a la coronación de las reinas. Y con el menor bullicio posible, fue coronado Francisco I, rey de Francia.

Para entonces, ya había llegado la embajada inglesa. Francisco había tenido una entrevista con el duque de Suffolk, quien en nombre del rey Enrique agradeció por el consuelo proporcionado a su viuda hermana; Francisco esperaba que la reina le hiciera saber a su hermano cuán afectuosamente se había comportado con ella. No se refería, por supuesto, a las poco honorables insinuaciones que le había hecho, aunque conociendo a la reina, pronto Enrique se enteraría. Siguiendo las reglas de la más estricta diplomacia, el flamante rey

de Francia se lamentó por lo corto que había sido el matrimonio de Luis XII y María de Inglaterra. Puedo imaginar su sardónica sonrisa mientras profería una tan flagrante falsedad en la reunión de Noyon.

Luego, la embajada inglesa se trasladó a París para presenciar la ceremonia de entrada del rey en su capital, hecho que aconteció el 13 de febrero. Para entonces, la reina ya había acabado las seis semanas de retiro. Su duelo le impedía participar de las celebraciones, pero podía observarlas desde una ventana. Yo estaba, naturalmente, a su lado.

No había duda de que los franceses daban la bienvenida a su nuevo rey. Luis XII no tenía la presencia de Francisco I, ni su bella apariencia, ni su vitalidad, ni su chispa. El pueblo estaba admirado y mucho esperaba de la magnífica criatura que ahora los gobernaba.

Las calles estaban decoradas con damasco y tapices y la gente se apiñaba en ellas. Se encaramaba osadamente a los puntos más altos de las casas para tener una mejor vista y se negaba a ser desalojada.

¡Y qué espectáculo tan espléndido era aquel hombre! Francisco I iba vestido de satén blanco, llevaba también una capa con flecos de plata en el borde. Su sombrero de terciopelo y el penacho que lucía con elegancia, eran de un blanco destellante.

Cuando apareció, todo quedó en silencio. Muy alto, atlético, lleno de donaire, debía de parecer un dios a los ojos de aquellas personas. Era realmente el espécimen supremo de la masculinidad. Los personajes reales del pasado habían sido de baja estatura, enfermos o deformes. La costumbre francesa de fajar apretadamente a sus bebés era probablemente causa de un cierto impedimento en el desarrollo, que abundaba en el país. Al llegar después de Luis XII, dejando atrás la imagen de ese hombre con el cuello hinchado y los ojos salidos de las órbitas, el nuevo monarca constituía un glorioso contraste. Luisa debía de haber impedido que su César fuera fajado cuando era bebé, sus miembros habían estado seguramente libres para estirarse como lo disponía la naturaleza. En cualquier caso, tenía una magnífica figura. Poseía una elegancia natural y disponía de un buen número de nobles para servirle. Esto es algo que eché de menos en Inglaterra, donde había una evidente falta de calidad y la gente se adornaba con joyas chillonas en lugar de usarlas con discreción como lo hacían Francisco y su séquito. Aprendí a seguir las modas francesas y ello me alejó de mis compatriotas, como se vio después.

Los vítores al rey, la música de las trompetas, zanfonías y oboes constituían

un conjunto ensordecedor y no siempre armonioso, pero uno no podía impedir ser arrastrado por el entusiasmo general.

Los oficiales de la Corona, con sus ropas de oro y damasco, la nobleza vestida de rojo y oro, las damas en sus literas, todos pasaron por debajo de nuestra ventana. Vi a Luisa sentada con la pequeña Renée, hija del rey precedente y en otra litera iba Margarita de Alençon con la anciana *madame* de Bourbon, hija de Luis XI.

Aquello sería el inicio de unas fiestas que durarían seis semanas. Francisco quería que el pueblo supiera que bajo su reinado no habría tacañería.

Durante la procesión, María permaneció sentada a mi lado, tensa, esperando.

Y al fin llegó el momento de que entre la cabalgata dedicada a honrar al nuevo rey, llegara el turno de la embajada inglesa, comandada por el hermoso duque de Suffolk.

Alto y rubio, guardaba un cierto parecido con Enrique VIII. Se podía así entender con bastante facilidad la obsesión de María por Charles Brandon.

A su paso, él dirigió la mirada hacia la ventana. María estaba radiante. Jadeaba y tenía las manos unidas sobre el regazo.

Yo deseaba que ella pudiera ser feliz. Quizá me llevaría de vuelta a Inglaterra, a su servicio. Al menos yo creía que tenía un cierto apego hacia mi persona y que no me dejaría salir de su protección.

Los acontecimientos se precipitaron después de aquello. Aquel mismo día tuvo lugar un encuentro entre María y Suffolk, tras lo cual ella fue presa de un estado de gran excitación, de loco optimismo y desesperación.

Habían tenido tan poco tiempo para estar juntos, me dijo ella, pero aquello iba a cambiar.

—Ese compromiso con Elizabeth Grey no significa nada... nada. Y ahora yo estoy libre. Os diré una cosa: nada nos detendrá —luego se hundió en la melancolía—. Hay tantos que están en contra nuestra. Saben lo que sentimos el uno por el otro.

Pensé: «Viéndoos, señora, ¿quién podría no darse cuenta?», pero no dije nada.

—Él es un hombre odiado. Le tienen celos. ¿Quién no se los tendría? Es comprensible. Tratarán de poner a mi hermano en contra suya. Enrique estaría de acuerdo con nuestra unión, si no fuera por esa gente que le rodea. Creen que Charles se volvería demasiado importante si se casara con la hermana del rey. Me ha dicho que, si se casa conmigo, podría costarle la cabeza. Aunque el

poderoso Wolsey no está en contra de nuestra unión... y Wolsey y mi hermano juntos... ¿quién se atrevería a decir no si ellos dicen sí?

Daba vueltas por la habitación y no lograba calmarse, lo que hubiera sido lo más sensato en esas circunstancias.

—Francisco ha hablado con él. ¿Sabéis lo que le ha dicho? Éstas son sus palabras exactas: «Milord Suffolk —dijo—, corre el rumor por mi reino de que vos habéis venido hasta aquí para casaros con la reina, hermana de vuestro señor». Pobre Charles. Se sorprendió tremendamente porque no entendía cómo Francisco había llegado a enterarse de lo nuestro. Francisco dijo que nos ayudaría si estaba en su mano, debido a que sentía por mí gran afecto y conocía la fuerza de mis sentimientos. Es un gesto bondadoso, pero no confío en él. Me gustaría poder hablar con mi hermano. Le escribiré. Eso haré. Le recordaré que me casé una vez para complacerlo, pero que ahora me toca hacerlo por mi complacencia y felicidad. Debo ponerlo en guardia contra mis enemigos.

Le traje el material de escritorio y ella compuso la misiva.

La tensión que ella sentía no me era ajena. Dependía también yo de las circunstancias y María tenía mi futuro en su mano. Claro que no dijo nada acerca del tema, su mente estaba ocupada por sus propios asuntos y yo no cabía en ella.

Durante todos aquellos días, mientras continuaban celebrándose justas, bailes y abundaba el regocijo en el reino del nuevo monarca, María fluctuaba entre la alegría y la desesperación. No asistió a las festividades, por supuesto, ya que, a pesar de que habían pasado las seis semanas, se suponía que aún estaba de duelo por el difunto rey.

Tuvo uno o dos encuentros con Suffolk, los cuales la llevaron a la cima del deleite; luego de ello, se zambullía irremediablemente en la melancolía.

—Charles tiene miedo —me dijo—. Dice que nuestro amor nos destruirá. Mi hermano sabe acerca del amor que existe entre nosotros. Le hizo jurar a Charles, antes de abandonar Inglaterra, que no aprovecharía la oportunidad para pedirme en matrimonio.

—¿Y él lo prometió, señora?

—Mi hermano insistió. Oh, es franco y cordial, pero puede comportarse de forma despiadada si alguien va en su contra. Conozco su temperamento. No tengo más remedio, ya que se parece mucho al mío propio. Pero, al igual que yo lo conozco a él, él debería conocerme a mí y saber que cuando pongo mi corazón en una empresa tengo que llevarla a término.

—Pero si milord Suffolk ha prometido...

—Mi hermano me prometió que, si me casaba por razones de Estado, en la siguiente tendría libertad de elección.

Yo podía entender sus sentimientos. Estaba dispuesta a desafiar la cólera de su hermano, aunque Suffolk, independientemente de la amistad que lo uniera al rey, no fuera más que un súbdito y estaba por tanto obligado a cumplir los mandatos de Enrique.

Entonces ocurrió algo que trastornó enormemente a María. Fue sin duda una señal del poder que ostentaban aquellos que estaban en contra de su matrimonio con Charles Brandon.

Vino a verla su confesor y le dijo que un tal fraile Langley había llegado de Inglaterra y era imperioso que conferenciara con ella de inmediato.

Yo estaba con ella cuando lo condujeron ante su presencia.

Hice una reverencia y estaba a punto de marcharme cuando ella me llamó.

—No. Vos podéis quedaros.

El fraile me miró con desagrado, aunque luego pareció llegar a la conclusión de que yo carecía de importancia y dejó de prestarme atención.

—¿Qué es lo que tenéis que decirme? —preguntó María, altanera.

—He venido a advertir a vuestra majestad.

—¿Advertirme? ¿Acerca de qué?

—Acerca de alguien que ha llegado con la embajada.

—No os entiendo.

—He venido a contaros la verdad acerca del duque de Suffolk.

El color incendió el rostro de María.

—¿Qué ocurre con el duque de Suffolk? —preguntó, altiva.

—Creo que vuestra majestad ha sido engañada por ese hombre y le ha concedido demasiado favor. Se me ha instruido para que venga aquí a advertiros que ese hombre tiene tratos con el diablo.

Ella estaba hirviendo de cólera y la controlaba con más éxito del habitual.

—¿Y quién, si puedo saberlo, os ha dado esas instrucciones?

Dio respuestas evasivas, evidentemente para no traicionar a quienes lo habían enviado.

—Todo cuanto sé es que sir William Compton, rival del duque en el favor del rey, sufre de una úlcera en una pierna —dijo.

—No alcanzo a ver la conexión que eso pueda tener con el duque de Suffolk.

—El rey ha preparado un ungüento que cura las úlceras, pero no hace efecto en sir William.

—¿De verdad? —dijo con voz peligrosamente calma. Dentro de un momento se arrojaría sobre él. Resultaba evidente que el fraile no conocía el temperamento de María.

—El duque de Suffolk es amigo de Wolsey —dijo el emisario bajando la voz—, y es bien sabido que *él* es un discípulo del diablo. ¿Cómo, si no, podría el hijo de un carnicero llegar a tanta grandeza?

—Con sagacidad, inteligencia y cualidades especiales que otros no tienen.

—No, señora, sino a través del diablo.

—Señor fraile, deberíais tener cuidado de cómo habláis de mis amigos.

—Es debido a que temo por vuestra seguridad que he venido a advertiros.

Ella se le acercó a corta distancia.

—Volved a ver a vuestros amigos —dijo ella en voz baja— y decidles que conozco bien sus designios. Decidles lo siguiente: me aseguraré, cuando yo vuelva a Inglaterra, de que el rey sea informado de vuestra perfidia hacia aquellos que él ama... y si os queda algo de sensatez en vuestra vacía cabeza, os quitaréis de mi vista ya mismo. Deseo no volver a ver vuestro taimado y estúpido rostro en mi vida. Y si hacéis circular alguna de las mentiras que acabáis de exponerme, os haré enviar a la Torre y allí averiguarán quién fue que os condujo a este acto de imbecilidad.

—Señora...

—Marchaos —gritó ella.

Él abandonó la estancia.

—Veis cómo tengo enemigos —dijo ella mirándose—. Harán todo lo que puedan para evitar mi matrimonio. Destruirían mi felicidad si pudieran, pero no lo conseguirán.

Y así fue. Afortunadamente para María, Francisco I había decidido realmente ayudarla, no había sido solo un buen gesto para quedar bien ante sus ojos. Cuando pienso en ello, creo que él se sentía bastante feliz de hacerlo, aunque no debido a su afecto por María. Los sentimientos de Francisco eran totalmente lujuriosos. Él podría haberse molestado porque ella prefería a otro, pero creo que más bien admiraba su tenacidad. En el fondo era un romántico, o, al menos, a veces le gustaba verse a sí mismo como tal. Uno nunca podía estar seguro de Francisco, pero realmente pienso que obtuvo placer burlando al rey de Inglaterra.

Existía entre Enrique y Francisco una rivalidad tácita. Ambos eran de la misma especie: jóvenes, hermosos, con antecesores serios que habían vivido sin

pompa. Debía de resultarle divertido a Francisco propiciar un hecho que molestaría a su par de Inglaterra. Enrique no podía aprobar el matrimonio de su hermana con un hombre de origen humilde, debido a que molestaría a las grandes familias de Inglaterra, cuyo favor él no podía permitirse perder.

Así fue como María se casó con Charles Brandon y en gran secreto en la capilla del *hôtel* de Cluny.

La vi fugazmente después de la ceremonia. Preocupada como estaba, pensando en qué sería ahora de mí, no pude evitar sin embargo regocijarme por su felicidad. Estaba radiante de alegría vestida así, con un traje sencillo, muy distinto al que había usado para su casamiento con Luis XII en el *hôtel* de la Gruthuse.

En la pequeña capilla solo había diez personas, pero una de ellas era el mismísimo rey de Francia.

Era un acto temerario, aunque típico de María y típico de una Tudor. No fue por Suffolk, quien temía las hostilidades que crearía a su alrededor casándose con la hermana del rey de Inglaterra, que se concretó la boda. Fue la resolución de la joven reina la que logró que los amantes finalmente se unieran, un hecho que disgustó enormemente a Enrique VIII. Durante un tiempo la pareja tuvo miedo de volver a la patria.

Sin embargo, el rey era un hombre muy sentimental y quería de verdad a su hermana. También apreciaba sinceramente a Suffolk y no pasó mucho tiempo antes de que llegaran a un compromiso. Puesto que un acto de desobediencia tan flagrante no podía quedar sin castigo, el rey tomaría posesión de la vajilla y de las joyas de María; debido a que él había incurrido en grandes gastos para enviarla a Francia en la forma adecuada, quería que le reembolsaran su inversión. Tendrían que pagárselo en plazos anuales de veinticuatro mil libras esterlinas y, naturalmente, no se les permitiría ir a la corte durante algún tiempo.

Era, aparentemente, un castigo duro, pero a María no parecía importarle. Estaba tan delirantemente feliz, que supuse que Suffolk era en realidad lo que ella había creído.

—Seremos pobres —dijo— y viviremos en el campo. ¡Cuánto me gustará eso! Estoy absolutamente harta del ambiente de las cortes. Estaré con mi Charles y seremos un caballero rural y su dama. Es cuanto he deseado más que nada en el mundo y ahora es mío.

Por entonces, la reina Claudia me mandó a llamar.

Era muy buena y dulce y en nada parecía una reina. Estaba rodeada de damas iguales a ella. Empleaban la mayoría de los días en hacer buenas obras como coser ropa para los pobres o visitar conventos; también rezaban mucho. Contrastaba tanto con su extravagante consorte, que resultaba asombroso que aquel matrimonio fuera, hasta cierto punto, una unión exitosa; tal vez esto era debido a la visión realista de la vida que caracteriza a los franceses.

—Acercaos, Ana —me dijo—. Tengo noticias para ti.

Esperé, azorada, segura de que me diría que me preparara para marcharme a casa.

—Me ha llegado mensaje de vuestro padre —dijo ella dedicándome su dulce sonrisa—. Confía en que os hayáis comportado de forma satisfactoria durante vuestra estancia en la corte. Yo creo que la reina María así lo atestiguará, puesto que os ha mantenido junto a ella.

Yo guardaba silencio, pero mi corazón comenzaba a latir muy rápidamente.

—Vuestro padre opina que la estancia vuestra en nuestra corte es buena para vos... para vuestra educación y todo lo demás que tengáis que aprender. Debido a ello me pregunta si puedo hallar un puesto para vos aquí, de forma tal que podáis quedaros cuando la reina-duquesa vuelva a Inglaterra, cosa que hará en breve. Y yo he decidido que entréis a mi servicio.

Yo estaba tan encantada que no pude disimular mi regocijo. Ella pareció complacida y me acarició la cabeza.

—Una de las damas os dirá dónde dormiréis y os explicará cuáles serán vuestras tareas. Puede que sean ligeramente diferentes de las que desempeñabais para la reina-duquesa.

—Gracias, señora.

Ella asintió sonriente y yo me marché aturdida.

Por tanto, al llegar abril entré al servicio de la reina Claudia. María y su esposo volvieron a Inglaterra.

Mi vida cambió mucho. El servicio de la reina Claudia era muy diferente del de mi volátil señora anterior. Claudia siempre estaba rodeada de tranquilidad; era tan amable y buena por naturaleza que, a la vez que uno la admiraba, sentía un cierto resentimiento por aquellas virtudes que parecían reprocharle a uno su naturaleza imperfecta. Aprendí a hacer los bordados más finos; mejoré mi

francés; y, a pesar de que era una de las camareras de la reina, yo sabía bien qué ocurría más allá de nuestro círculo.

La corte estaba, como siempre, dominada por Francisco I, que se distinguía en todos los terrenos. Siempre era el campeón de las justas; era el espadachín más diestro del país; nadie podía derribarlo en la lucha. Tal vez la realeza vino en su auxilio en una o dos ocasiones, pero nunca de forma obvia; no creo que se hubiera sentido agraviado por tener un rival en esas artes, sino creo que más bien le hubiese dado la bienvenida. El rey Enrique parecía un niño comparado con el rey de Francia. Francisco había nacido sabio, al parecer, aunque tal vez hubiese aprendido junto a su hermana, que era sin duda la persona más inteligente de la corte. El flamante rey de Francia no solo era el mejor deportista, sino además el árbitro de la elegancia. Él siempre marcaba la moda, la cual tendía siempre a resaltar sus propias perfecciones. Parecía tener todos los dones externos de la soberanía y deslumbraba con su presencia. Los franceses, sin duda, tenían que estar satisfechos de su monarca.

Eran muchas las aventuras amorosas de Francisco I. El amor era el gran tema de la corte de aquella época. Los poetas escribían acerca de él; los músicos lo cantaban; los cortesanos lo tenían como tema de conversación. Francisco era siempre galante y encantador y reunía a su alrededor a hombres de gustos similares. Se decía que, si un hombre no tenía una amante, el rey lo miraba con sospecha. Le gustaba hablar de mujeres con sus pares y oír cómo progresaban las aventuras amorosas de sus amigos; los presionaba para que le proporcionaran detalles íntimos y, a pesar de ello, se enfadaba si consideraba que uno de ellos no les tributaba a las mujeres el debido respeto.

Para mi mente, todo aquello resultaba bastante confuso, pero más tarde me di cuenta de la importancia que mi educación tuvo en la formación de la persona en que luego me convertí.

A pesar de su famosa infidelidad hacia mi señora Claudia, Francisco fue siempre galante con ella y le mostró el respeto debido a una reina. Ella estaba constantemente embarazada. Creo que a él le encantaba verla encinta, porque así no tenía que pasar la noche con ella hasta que hubiera nacido el niño y llegara el momento de que él le hiciera otro. Todo aquello era muy decadente y lo que se consideraba la mayor ofensa no era la maldad, sino la vulgaridad. Era bastante diferente de la corte de Inglaterra, la cual conocería muy bien en el futuro.

La reina Claudia se interesó por mi educación y muy pronto me vi inmersa en una vida tranquila. Los meses pasados con la reina María parecían muy

lejanos. A menudo pensaba en ella. Me enteré de que estaba viviendo tranquilamente en el campo. La corte resultaba demasiado para la endeudada pareja. Pensé que el rey tendría que librarla muy pronto de aquella obligación, por cuanto ella daría, sin duda, brillo a la corte de Inglaterra. Oí también que estaba profundamente contenta y me alegré. El de Charles y María, parecía ser uno de los contados matrimonios verdaderamente felices.

En cuanto a mí, quizá debido a mi juventud, pude adaptarme a mi nueva vida con suma facilidad. Poco después de que yo entrara al servicio de la reina Claudia, el rey marchó a la guerra. Quería demostrarles a sus súbditos que, además de ser un guapo galán, podía ser un conquistador. Oí hablar de estos asuntos y me mantuve atenta a todo lo que escuchaba. Así me enteré de que Francisco estaba decidido a realizar conquistas para Francia. Estaba reuniendo un ejército para asegurar Borgoña contra los ataques de los suizos. Aunque ello parecía en realidad un pretexto, por cuanto se creía que en realidad contemplaba invadir los estados italianos.

Fernando de España estaba incitando al papa, a los suizos, al emperador Maximiliano y al duque de Milán, Maximiliano Sforza, a formar una liga para la defensa de Italia. Sin embargo, el papa se negó a unirse a dicha liga alegando que él, por su condición, era el padre de todos y no podía obrar en contra de nadie.

La conquista de Italia había sido la meta de los últimos dos reyes de Francia y Francisco estaba decidido a continuar en esa línea. Nombró a su madre regente de Francia y marchó entonces a la guerra.

Pronto tuvimos noticias de su gran victoria en Marignano. En una batalla de corta duración había vencido a los suizos, desconcertado a sus enemigos y entrado victorioso a Milán. Maximiliano Sforza, tras haberse refugiado en el castillo, se rindió y accedió a retirarse en Francia con una pensión. El papa, viendo el curso de los acontecimientos, invitó a Francisco I a reunirse con él en Boloña, donde podrían discutir el futuro como los buenos amigos que debían ser el jefe de la Iglesia y el rey más cristiano del mundo.

Yo no entendí todo esto en su momento, pero más tarde todo adquirió sentido. Cuando miro hacia atrás, me doy cuenta de cómo estos acontecimientos intervinieron en la formación de mi futuro.

Francisco volvió encantado con el arte de Italia y se hizo muy adicto al papa León X. Éste era un hombre enormemente culto, cosa que era de esperar del hijo de Lorenzo el Magnífico. Intelectual, de conversación aguda, astuto en

cuestiones de Estado y mecenas, tenía todos los atributos que podían ganar la buena voluntad y la admiración del rey de Francia. El papa era también melómano y le fascinaban las representaciones teatrales; estimulaba a escritores y artistas al igual que había hecho su padre. Existían pocas dudas acerca de por qué Francisco estaba demasiado dispuesto a demorarse en la corte del papa; rodeado de obras de arte, aquel hombre se encontraba en su elemento. Por si esto fuera poco, encontró además que las mujeres italianas eran hermosas y a ellas otorgó sus extasiadas atenciones.

Fernando de España, que estaba enfermo y viejo, tenía el control de Nápoles, un sitio muy querido por Francisco. El papa no evitó los consejos: ¿No sería, por tanto, inteligente posponer el intento de tomarla y esperar hasta la muerte de Fernando, momento en el que le resultaría bastante fácil a Francisco obtener lo que deseaba sin necesidad de ir a la guerra?

El rey de Francia, satisfecho por haber demostrado ya sus habilidades guerreras, estaba dispuesto a seguir las sugerencias de León X.

Cuando retornó a su país, Francisco trajo consigo al gran artista Leonardo da Vinci; estaba tan enamorado de su obra, que quería que trabajara para él. Le dio a Leonardo el *château* Cloux de Touraine, cerca de Amboise, como morada. Desgraciadamente, el gran hombre no lo disfrutó durante mucho tiempo, ya que murió cuatro años después, en 1519, a los 67 años.

—Los hombres pueden hacer reyes —dijo una vez Francisco—, pero solo Dios puede hacer artistas.

Durante los años siguientes, olvidé que era inglesa, tan consustanciada estaba con los franceses. Me gustaba observar la corte aunque no formara parte estrictamente de ella. Era como mirar a través de una ventana. De alguna forma me sentía agradecida por ello. Realmente disfrutaba con mi papel de observadora. Sentía que me estaba preparando para el día en que tendría que salir y tomar parte en la escena. La amante preferida del rey en aquella época era Françoise de Foix, una de las mujeres más hermosas que yo haya visto jamás. Muchos le envidiaban el sitio que ocupaba en la corte; se decía que Francisco era su esclavo y él realmente actuaba como si la adorase, pero no le era fiel y a mí me parecía una mascarada. La verdad, no envidiaba en nada a Françoise de Foix debido a toda la adulación de que era objeto. La volubilidad del rey de Francia, además, la hacía instrumento de un juego que tarde o temprano acabaría.

Francisco I había subido al trono rodeado de gloria. Todos los dones reales que poseía habían encantado al pueblo. Sin embargo, las extravagancias del

nuevo monarca eran costosas y no tardaría en llegar el tiempo en que los súbditos añorarían al austero Luis XII. Al fin y al cabo, un monarca tan hermoso como un dios y que los divertía con sus desenfrenadas aventuras no les comportaría tantas ventajas como un hombre enfermo, que se preocupaba principalmente por el bienestar de su pueblo. Bajo el reinado de Luis, la vida podía ser aburrida para los franceses, pero las calles de París estaban tranquilas; siguiendo el ejemplo de su rey, la gente se retiraba temprano, y si alguno tenía razones para permanecer fuera hasta tarde, lo hacía sin temor alguno. Ahora, todo era distinto. Por las calles rondaban bandas de jóvenes bravucones que humillaban a las mujeres. De acuerdo a la ley vigente, cualquiera que deambulara fuera de su casa a la noche, debía llevar un farol de mano. Los borrachos y pendencieros se dedicaban ahora a arrancar de un golpe el farol a los caminantes. A veces, los alborotadores fueron identificados como miembros de la nobleza. Entre ellos también habían visto el rostro más conocido de todos, con los sardónicos rasgos de nariz larga del Rey Cristianísimo.

Los ciudadanos sensatos se quedaron pasmados; comenzaban a desilusionarse y a hablar con nostalgia de los buenos tiempos pasados.

Una compañía de teatro recorría el país divirtiéndolo al pueblo con sus comedias y en el pasado habían representado a menudo sus farsas en la corte. Una característica de esta compañía era su satirización de los personajes conocidos. El último Luis había presenciado sus obras y le había divertido verse a sí mismo caricaturizado de una forma no siempre halagadora, contando su dinero, como un monarca frugal a quien le gustaba mantener el tesoro bien provisto; todos sabían que eso no lo hacía por sí mismo, sino en interés del país.

Ahora, en sus representaciones había un monarca nuevo, un modelo de elegancia para quien el corte de una chaqueta era de suma importancia, que revoloteaba de un *amour* a otro. Sin embargo, el retrato que hicieron de Francisco no resultó tan desconcertante como el de su madre, la duquesa Luisa. El pueblo necesitaba un chivo expiatorio y a Francisco podía perdonarle sus flaquezas por ser joven y encantador. «Buen humor. Juventud», decían los súbditos con indulgencia. Las extravagancias necesarias para mitigar este buen humor eran responsabilidad de la duquesa Luisa, que desde su regencia se había hecho cargo de los asuntos de Estado hasta tal punto que la gente protestaba diciendo que era ella quien gobernaba el país. En la obra, ella era *Mère Sotte*, y se le veía saqueando el tesoro y descarriando a su joven hijo.

Puede que Francisco se hubiese encogido de hombros ante esto, pero ella no.

Estaba encolerizada. La crítica estaba dirigida directamente hacia su persona y quiso vengarse. Aquello era un claro ejemplo de *lèse majesté* y, según declaró, el castigo estaba previsto por la ley.

En consecuencia, los actores fueron llevados a Blois y arrojados a las mazmorras.

Creo que los hubieran dejado allí hasta que muriesen de no haber sido por la reina Claudia, que estaba realmente afligida por el incidente. Yo creo que, a su manera, era inteligente, aunque en ocasiones había sentido desprecio por la forma mansa que tenía de aceptar su suerte. Después de todo, ella era la hija del rey y la esposa legítima del nuevo monarca; si yo me hubiese encontrado en su lugar, habría insistido en ser tratada con mayor respeto. Me hubiera negado a fingir indiferencia hacia las aventuras amorosas de Francisco. Tenía que importarle; tenía que sentirse humillada. Sin embargo, Claudia aceptaba mansamente el regreso de su marido al lecho conyugal.

Lo cierto es que la reina hizo bastantes preguntas acerca de los actores y consideró que era un gran error encarcelarlos por algo que habían hecho con total impunidad durante el reinado anterior.

—Al pueblo no le gustará —dijo—. Tengo que hablar con el rey.

Y así lo hizo. Ella era como mucha gente de apariencia débil, pero cuando realmente la tocaban se erguía con firmeza.

Francisco la admiraba, no por su físico, sí por su carácter. El pueblo la adoraba. A pesar de que el rey les divertía, respetaban a todos aquellos que llevaban vida de santidad, como lo hacía la venerable Claudia.

Podía imaginarme la escena aunque, por supuesto, no la presencié. Ella explicó su punto de vista y el inteligente Francisco captó la lógica del mismo. El rey sabía que su madre se pondría furiosa si él los dejaba en libertad y él odiaba ofenderla, pero se daba cuenta de que Claudia tenía razón. Graciosa y galantemente, dijo que no podía negarle a su esposa la petición; y por una vez, Luisa se vio impotente para actuar. Estoy segura de que tiene que haber dado rienda suelta a su ira en privado y debe de haberse preguntado si la amante de su hijo, Françoise de Foix, no estaría aflojando los lazos entre ella y el César.

Los actores fueron liberados incondicionalmente para satisfacción de todos.

Francisco era demasiado inteligente como para no darse cuenta de que el afecto que le tenía su pueblo estaba apagándose y que era prudente darle a la gente un poco de esparcimiento. Los romanos se habían dado cuenta de ello e instituyeron los circos. Francisco, tan leído, tan versado en historia, decidió

hacer lo mismo.

La reina Claudia, más popular que nunca debido al asunto de los actores, no había sido coronada. Debía otorgársele dicho honor y, al mismo tiempo, aquello le daría al pueblo algo en lo que pensar aparte de su creciente descontento respecto a las andanzas de su joven y disoluto monarca.

Claudia fue trasladada a Saint-Denis en mulas lujosamente enjaezadas.

En esas circunstancias, incluso ella mostraba una apariencia hermosa, aceptando todas las aclamaciones con la misma calma con que había aceptado antes el olvido. El pueblo la vitoreaba apasionadamente, dándole el nombre de *Santa Claudia*. Recordaron que era la hija del rey que no habían sabido apreciar cuando estaba vivo, pero del que ahora conocían el valor y que su madre había sido la gran Ana de Bretaña, a quien todos habían respetado y querido.

Ver que mi dama era tan apreciada por sus súbditos me hacía feliz.

Luego tuvieron lugar todos los espectáculos propios de una coronación y durante los cuales el rey tendría la oportunidad de recuperar parte de la perdida estima de su pueblo, actuando con gracia y destreza en las justas.

No fue hasta que acabaron todas las actividades, que la reina me mandó llamar.

Tras ordenarme que me sentara, me dijo:

—Tengo noticias para vos. He recibido una carta de vuestro padre.

El corazón me dio un vuelco. Me enviarían de vuelta a casa.

—Está muy contento de que permanezcáis aquí —continuó la reina— y le envié buenos informes acerca de vuestra conducta.

—Oh, gracias, señora.

—Sois una buena criatura y tenéis talento —prosiguió ella asintiendo—. Vuestro lenguaje ha mejorado enormemente desde que os tomé a mi servicio y vuestras labores son buenas.

Volví a agradecerle.

—Vuestro padre ha pasado bastante ansiedad últimamente debido a vuestra hermana, María, creo.

—Sí, señora. María.

—Me ha preguntado si puedo encontrar un lugar para ella aquí... con vos.

Yo la miré asombrada. Ella me miraba con su bondadosa y dulce sonrisa en el rostro.

—Le he escrito diciéndole que accedo a tenerla aquí, por lo que pronto veréis a vuestra hermana. De hecho, viene camino hacia aquí.

Yo estaba pasmada. ¡Así que María vendría a vivir a Francia! Había pasado mucho tiempo desde que la viera por última vez y aquellos días pasados con mi hermano George y los Wyatt en los jardines de Blickling y Hever parecían perdidos en el pasado.

Sería maravilloso ver a María. Sonreí y la reina me dedicó una de sus benignas miradas de aprobación.

—Gracias, señora —murmuré.

María y yo nos emocionamos cuando volvimos a vernos. Habían pasado casi cuatro años desde nuestra separación y al principio no nos reconocimos. El cambio entre la que llegó a París y la niña que había sido enviada a Bruselas, era considerable; ella estaba más redondeada y voluptuosa. Debía de tener doce años, pero parecía mayor.

Me dijo lo contenta que se sentía por venir a la corte francesa. La de Bruselas era bastante aburrida y había oído decir que, desde la coronación de Francisco I, la vida era más divertida en París.

La desilusioné rápidamente. Nosotras estábamos al servicio de la reina Claudia y aquel era un pequeño círculo aparte, alejado del barullo y de las fiestas.

Enfurrugada y muy risueña al mismo tiempo, María dijo que tal vez hubiera alguna forma de romper el círculo.

Le pedí noticias de Bruselas, pero todo cuanto pudo decirme fue la ropa que se llevaba; y cuando le expliqué que el rey Francisco había ido a la guerra y le hablé de su encuentro con el papa, me dedicó una mirada ausente y me di cuenta de que su mente divagaba. No había cambiado; era la misma niña que se sentaba junto a nosotros en el jardín sin prestar atención a una sola palabra de las interesantes conversaciones que tenían lugar entre George y Thomas Wyatt.

Era bonachona y atolondrada, y a los pocos días me di cuenta de que estaba muy interesada en los hombres. Cuando vio a Francisco I, se sintió abrumada por la admiración.

—Seguramente —dijo—, no ha habido nunca nadie como él.

—Imagino que es único —dije yo.

—Creo que me sonrió.

—Le sonrío a todas las mujeres.

—Oh... creí que me sonreía a mí especialmente.

A pesar de que María tenía cierta tendencia a la tontería, me alegré de tener cerca a un miembro de mi familia. Para mi sorpresa, volver a conversar en inglés

también me daba mucha felicidad. Pasado un tiempo, María se adaptó, como hacía siempre.

Muy poco después de su llegada, tuvo lugar un acontecimiento importante. Se habló mucho del asunto y la hermana del rey, Margarita de Alençon, mostró gran interés.

Alguien dijo que era un ataque contra la Iglesia y que golpeaba en la raíz misma de la religión, pero Margarita respondió que había que concederle atención a cualquier teoría nueva.

El hecho era que un sacerdote llamado Martín Lutero estaba furioso a causa de la venta de indulgencias, que consistían en un previo pago de una suma determinada para lograr el perdón de los pecados. La ira de Lutero derivó en 95 tesis sobre el tema, las cuales clavó en la puerta de la iglesia, en Wittenberg. Aquello había causado consternación en todo el mundo católico. El peor criminal, a los ojos de Martín Lutero, era un fraile dominico llamado Johann Tetzel que se había establecido en Jüterbog, donde llevaba a cabo lo que Lutero llamaba «ese comercio vergonzoso».

—Dios mediante, abriré una brecha en su tambor.

En otra época, Lutero hubiera sido apresado y no se hubiera vuelto a oír hablar de él, pero los tiempos estaban cambiando. El sacerdote tenía sus seguidores y Tetzel se vio forzado a retirarse a Frankfurt. Eso causó bastante agitación en los círculos de la corte. Martín Lutero había asestado un golpe directo contra la Iglesia oficial.

¿Quién era ese monje presuntuoso?, se preguntaba el pueblo. Se le debía dar una lección.

Pero Margarita insistió en que valía la pena estudiar el asunto. Aquel hombre, ciertamente había sacado a relucir algunos puntos de interés, y era un sinsentido afirmar que la Iglesia no podía aprovechar las mejoras.

A veces, cuando estaba caminando por los jardines, se reunía en torno a ella un pequeño grupo y tenían lugar conversaciones interesantes. Yo me había sentido atraída por Margarita desde el momento en que la vi por vez primera. Era una mujer muy hermosa, pero era su inteligencia lo que la hacía famosa. Ella y el rey compartían una intimidad única. Yo había oído susurrar que entre ellos existía un amor incestuoso, pero nunca lo creí. Puede que Francisco fuera capaz de obtener satisfacción de ello, pero no creo que a Margarita le ocurriera lo mismo. La adoración que sentía por su hermano no era física, aunque, cuando uno los veía caminando abrazados por los jardines, podía llegar a pensar que sí.

Pero, a pesar de que él fuera rey, era Margarita quien decidía la naturaleza de la relación que tenían entre sí; y siempre creí que aquella relación era mucho más fuerte y duradera debido a que no tenía un componente sexual. Cada uno de ellos dos era perfecto a los ojos del otro; y aunque estaba claro que Margarita sentía más veneración por su hermano que por su marido, hubiera jurado que la atracción física no tenía ningún peso en ese sentimiento. Margarita poseía una cualidad que les faltaba a los otros dos miembros de la Trinidad: modestia; y yo creo que era debido a su mayor inteligencia. Ella y Francisco habían crecido juntos; ella era dos años mayor que él; ella era quien le había enseñado a leer, quien le había contado historias de grandes héroes, quien lo había convertido, hasta cierto punto, en el hombre que era. Para él, la hermana mayor era el mayor afecto de su vida; a pesar de que la devoción que sentía por su madre era indudable, siendo como era Francisco, realista y enormemente inteligente, que veía fallos en Luisa, ninguno de los cuales hallaba en Margarita.

Margarita escribía constantemente; en ocasiones la veía sentada con el rey, los dos solos. Él le pasaba un brazo por los hombros, mientras ella le leía sus poesías; conversaban y reían animadamente, rara vez he visto una amistad tal entre dos personas.

Recuerdo un poema que ella había escrito en su juventud. La traducción sería algo así como:

*Es tan maravilloso sentir la amistad
que Dios ha puesto en nuestra Trinidad
donde para ser tres yo, tan incapacitada
para ser sombra del número soy aceptada.*

Pero en mi opinión, y tal vez las generaciones futuras piensen del mismo modo, Margarita era el miembro más inteligente de la Trinidad.

Francisco I había prohibido toda manifestación favorable a Martín Lutero en su corte. ¿No era él, después de todo, el rey más cristiano del mundo? Pero Margarita estaba por encima de ese tipo de leyes y le prestaba solo atención a lo que consideraba importante. Ciertamente, para la hermana del rey de Francia, Martín Lutero era digno de su atención.

Un día la vi hablando con un grupo de gente y, acercándome, me detuve a escuchar.

—En estos momentos —estaba diciendo—, el papa se inclina por liquidar el asunto. Él cree que Lutero es un sacerdote inteligente... interesante... que

expresa ideas nuevas, pero los cardenales lo consideran peligroso y están convencidos de que el sacerdote está destruyendo los cimientos de la Iglesia. Puede que así sea, pero ¿debemos continuar aceptando las viejas leyes y tradiciones? ¿No deberíamos sacarlas a la luz y echarles una mirada minuciosa? Es algo interesante y no creo que sea el asunto sencillo que creen algunos. Existe bastante alboroto en torno a ese fraile. Apostaría cualquier cosa a que lo llamarán a Roma, y, si acude, puede que no volvamos a oír hablar de Martín Lutero, ya que ciertamente está causando inquietud en ciertos círculos.

Todos escuchaban atentamente, entre ellos yo misma, y algunos dieron sus opiniones. Ella debió de advertir mi presencia porque, cuando se puso de pie para marcharse, me llamó.

—Vos sois Ana Bolena, creo —me dijo—. La que se quedó con la reina María y ahora sirve a la reina Claudia —yo le dije que así era y ella continuó—: Habéis escuchado la disertación.

—Señora, lo siento... No vi nada malo en...

—Tenéis las orejas muy largas, creo —dijo ella riendo y me estiró de una de ellas hasta hacerme doler—. Decidme, ¿qué pensáis de ese hombre, Lutero?

—No he leído las tesis.

Aquello la divirtió.

—Mucha gente está emitiendo juicios sin haberlas leído.

—Creo que uno debería leerlas en primer lugar.

Ella se inclinó hacia mí y dijo:

—Pensamos de la misma forma.

Luego me despidió, pero después de aquello me hablaba siempre que me veía; y a veces manteníamos una pequeña conversación, solo nosotras dos, cosa que yo encontraba muy estimulante.

La atención que ella me dedicaba hizo su efecto y la gente comenzó a tratarme con algo más de respeto.

Fue por esa época cuando llegó a Francia la obra maestra de Rafael, el *San Miguel*. Tras haber persuadido a Leonardo da Vinci de que residiera bajo su protección, Francisco intentó hacer lo mismo con Rafael. Este último, sin embargo, declinó la invitación, pero el rey había conseguido hacer traer dos de sus cuadros a Francia. Primero llegó el *San Miguel* y le siguió *La Sagrada Familia*.

Cuando llegó el *San Miguel*, fue tratado con un respeto que lindaba con la idolatría. Francisco hizo colgar el cuadro en la galería más majestuosa. Se ocultó

con una cortina de rico terciopelo y solo aquellos que, en opinión del monarca podían apreciar el gran arte, fueron invitados al acto de inauguración.

—Es un sacrilegio —decía Francisco— exponer el gran arte ante los ojos de quienes no lo entienden.

Debido a aquello, significaba un gran privilegio estar presente en la ceremonia.

Margarita me mandó a llamar. Presa de ansiedad, fui a verla. Le había perdido el miedo y disfrutaba de las ocasiones en las que, sentada en un taburete cerca de ella, la oía leer poesía, a menudo de su autoría. Siempre me había interesado la ropa y se me permitía diseñar mis vestimentas, cosa que hacía dentro de mis modestas posibilidades; había creado unas mangas especiales que caían sobre mi mano con el fin de ocultar la sexta uña.

Margarita había sentido admiración ante ellas y, cuando supo la razón verdadera de mi diseño, lo admiró aún más. Ella creía que yo era digna de asistir a la inauguración del cuadro, razón por la que estuve presente en tan grande ocasión.

Fue emocionante el momento en que se abrieron las cortinas y apareció la obra maestra. Después, Francisco se acercó a su hermana y oí cómo le preguntaba:

—¿Quién es vuestra pequeña invitada?

—Ana Bolena —le respondió ella.

—¿Es una protegida vuestra?

—Es una niña interesante.

Él me examinó con la mirada y yo bajé los ojos. El rey me cogió la barbilla y levantó mi rostro hacia el suyo, para acariciar suavemente mi mejilla.

—Encantadora —dijo.

Su sonrisa me asustó un poco. Margarita lo advirtió y me puso una mano sobre el hombro apartándome de él. Entonces sus sonrisas fueron todas para ella.

—Su hermana ha llegado hace poco a la corte —dijo Margarita—. Ana lleva bastante tiempo entre nosotros.

Él asintió y pareció olvidarse de mí, cosa que me alegró.

Fue poco después de eso que me sentí algo ansiosa. María comenzó a ausentarse durante largos períodos de tiempo y se operó un cambio en su comportamiento. A menudo la veía sonriendo para sí.

Cuando le preguntaba qué ocurría, profería risitas sofocadas. Repentinamente me di cuenta de que los demás murmuraban acerca de ella.

—María —le dije en una ocasión—, ¿qué ocurre? Sé que ocurre algo.

—¿Ocurrir? —preguntó, abriendo enormemente sus ojos azules, tras los cuales asomaba la risa complaciente.

—Por favor, dímelo —insistí—. Pareces muy feliz. Déjame compartir tu felicidad.

Aquello le provocó más risa.

—Eres demasiado pequeña —respondió.

Entonces, conociendo la moral de la corte, me temí lo peor. María tenía doce años... casi trece. A menudo las chicas se casaban a esa edad.

—Tienes un amante —dije.

—Más bien —me corrigió— ha sido él quien me ha tomado a mí.

—Oh, María —repliqué yo—, eso no puede hacerte ningún bien.

—Pero me lo hará. Espera a que te diga quién es.

—Por favor, dímelo.

—Adivínalo.

—No, no puedo. Dímelo tú.

—No me creerías.

—Te creeré si me lo dices.

—El rey.

—¿Francisco?

—No conozco a ningún otro rey en Francia.

—Oh, María... ¡eres una estúpida!

María quiso mostrarse enfadada, cosa que a ella no le resultaba fácil. Estaba asombrada de que yo fuera tan estúpida como para no entender el honor, según creía ella, que aquello representaba. Parecía creer que había ganado el mayor premio posible por haber sido seducida por el hombre más libertino de Francia.

—Está encantado conmigo.

—¿Durante cuánto tiempo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes que seduce jóvenes con la misma frecuencia con que se sienta a comer?

—Yo le gusto muchísimo. Me llama su *pequeña yegua inglesa*.

Me sentí enferma de vergüenza. Pensé en la elegante e ingeniosa Françoise de Foix y las otras damas de la corte que lo habían encantado fugazmente. ¿Cuánto creía María que iba a durar su relación con el rey?

—Has ensuciado el apellido Bolena —le dije.

Entonces estuve a punto de reírme de mí misma. ¿Quiénes eran los Bolena? Descendientes de mercaderes que habían hecho buen negocio y habían entrado en la aristocracia por matrimonio. Pero no importaba cuán humilde fuera la familia, tenía que preservar su honor.

Incluso ahora preferiría no insistir sobre aquello. Mi hermana María era una de esas mujeres, y este rasgo formó siempre parte de su personalidad, cuyo principal propósito en la vida parecía ser la satisfacción de sus deseos sexuales y de los de sus parejas. No sé si era virgen cuando Francisco descubrió este defecto suyo, pero era la clase de hombre que no dejaría pasar una oportunidad semejante.

María debe de haber nacido con aptitud sexual; sabía cómo atraer y cómo satisfacer. Aquel era el propósito de su vida, supongo, su *raison d'être*. Se nos despertó en época temprana, con la única diferencia de que yo no había sabido reconocerlo. Tal vez la misma María tampoco.

Mi hermana fue el entretenimiento de Francisco durante varias semanas, que era más de lo que yo esperaba. Todo el mundo hablaba de su amante, una jovencita... ¿Cuánto tiempo?, era la pregunta que todos tenían a flor de labios.

El ardor de él menguó muy rápidamente y las visitas de María a la cama real se hicieron menos frecuentes. La abrumadora sexualidad de María no podía tolerar semejante indiferencia y antes de mucho ya tenía otro amante que sin duda se sentía honrado de poseer a aquella que había deleitado al rey.

María era una atolondrada, pero aceptó con calma la pérdida del favor real. Había otros, muchos otros.

En mi hermana no había astucia. Disfrutaba de sus encuentros sexuales y en su opinión, se trataba de algo que no debía importarle a nadie más.

Lo cierto es que en la corte francesa ya no se referían a ella como a la yegua del rey, sino como a la yegua que todos podían montar en el momento que mejor les pareciera. Margarita entendía mi vergüenza.

—Vuestra hermana es una joven tonta —dijo—. Ella no conoce, como vos, nuestras costumbres.

—Ya se lo he reprochado —respondí.

Aquello hizo sonreír a Margarita.

—Oh, pobre hermana pequeña. Vos sois mucho más inteligente que ella. Aprenderéis de sus errores. Sé que nunca actuaríais como lo hace ella.

—Nunca —dije fervientemente.

—Vuestra hermana, como os he dicho, no nos entiende. No es exactamente licenciosa. Es inocente, lo cual suena extraño dicho acerca de una persona que lleva una vida como la suya. Es como una niña que come grandes cantidades de una cosa que le parece muy buena y no piensa en los efectos que pueda tener su voracidad, su falta de límite. Hay otras como ella. No penséis que es única. Pero ¿dónde está su discreción?, se preguntan todos. ¿Cuántos han montado la yegua del rey? Pobre niña. Eso resulta perjudicial para María. El rey no puede permitir que la moral de la corte se corrompa tanto.

La miré absolutamente pasmada y ella se echó a reír.

—Lo que resulta tan desastroso no es que haya tenido tantos amantes, sino su forma de hacerlo. Demuestra abiertamente que disfruta. Es como si sus actos se hubieran convertido en un espectáculo público. La gente habla de ella obscenamente y, eso, mi hermano no lo tolerará. Él honra a todas las mujeres y no tolerará que se humille a nuestro sexo... y eso es lo que está haciendo vuestra hermana.

Yo estaba azorada y, como siempre en nuestros encuentros, Margarita quiso que le explicara mis pensamientos.

—Pero si fue el mismísimo rey quien la sedujo —dije yo—. Fue él quien la llamó *su yegua*.

—Hizo todo eso discretamente. Era totalmente natural que ella lo encontrara irresistible y que, llegado el momento, él se cansara. Entonces vuestra hermana podría haber tomado un amante... con discreción. Llegado el momento, el rey podría haber encontrado un esposo para María. A menudo ocurre así en estos casos, pero ella no supo esperar. Tuvo que arrojarse en la primera cama que encontró libre. Tendría que haber exigido algo a cambio.

—Eso parece aún peor.

—Lo es... en un sentido... pero ésa es la etiqueta, y oídme bien lo que voy a deciros, Ana, mi querida niña: no es lo que se hace, lo importante en la corte de mi hermano, es la forma en que se hacen las cosas.

—Pero María nunca se vendería. Ella se daría.

—Eso es cierto, pero el entregarse con tanta libertad no es de buen tono. Es humillante para nuestro sexo. Estáis confundida y es normal que lo estéis, pero así son las cosas en la corte de mi hermano.

—María es joven... en realidad es una simple.

—Ahí lo tenéis. Es demasiado simple como para resultar aceptable en la

corte de Francia.

—¿Qué ocurrirá con ella?

—Será enviada de vuelta a Inglaterra.

—¡Enviada de vuelta en desgracia!

—Su presencia ya no es necesaria aquí.

Me cubrí la cara con las manos.

—¿Y yo? —pregunté.

—Mi querida niña, vos no sois responsable de vuestra hermana. Sois incluso más joven que ella. Yo os he tomado mucho cariño. Me intereso por vos. Mi hermano también se ha fijado en vuestra persona —dijo y me miró vivamente a los ojos—. Vos siempre recordaréis a vuestra hermana y nunca cometeréis sus errores.

Asentí.

—Deseamos que os quedéis en nuestra corte. Estoy segura de que vuestro padre estará de acuerdo, aunque vuestra hermana debe marcharse.

Así que María se marchó.

Mi padre, que había vuelto a casarse, se sentía horrorizado de que enviaran a su hija de vuelta a casa y por una razón semejante. La verdad es que mi hermana no era bienvenida en Inglaterra. La naturaleza de María, sin embargo, no le permitía permanecer triste durante mucho tiempo. A un año de ser expulsada de la corte francesa se casó con William Carey, un noble sin fortuna, perteneciente a una buena familia del oeste del país. Sin duda, esta unión no era lo que mi padre soñaba para María después de todos los esfuerzos que había hecho por ella. Casada con un hombre que la complacía y que no ambicionaba grandes riquezas, mi hermana, sin embargo, era feliz.

Sus experiencias dejaron una gran huella en mi carácter. Desconocía los planes que mi padre tenía para mí, pero no ignoraba que yo era la única hija que le quedaba para satisfacer sus ambiciones, mediante un matrimonio ventajoso.

Y yo, Ana, estaba haciéndome mayor.

Por momentos sentía deseos de detener el tiempo y deseaba vivir para siempre en aquella corte tan elegante, servir a la reina Claudia en la conventual atmósfera de sus habitaciones, escaparme de vez en cuando de esos aires angelicales para disfrutar de la estimulante amistad que me brindaba la inteligente Margarita de Alençon. Quería ser niña para siempre, sobre todo para no correr el peligro de transitar alguna vez el humillante camino de mi hermana María.

«Recuérdalo siempre», me decía.

Uno no siempre se da cuenta del efecto que los acontecimientos históricos tienen en nuestras vidas.

En el año 1520 yo tenía trece años y me acercaba peligrosamente a la edad en la que se me consideraría núbil. Era algo en lo que me negaba a pensar.

Se preparaban entonces importantes acontecimientos. Había muerto el emperador Maximiliano de Austria, quien había sido durante mucho tiempo una de las figuras políticas más importantes de Europa. Ni lerdito ni perezoso, Francisco I le anunció inmediatamente a su rival, Carlos de Austria, que entonces era rey de España, su demanda de derechos sobre el reino que ahora quedaba sin soberano. En el círculo de Margarita se discutió mucho sobre este asunto. Oí decir que incluso el rey de Inglaterra reclamaba derechos sobre aquel reino.

La elección quedó a cargo de un consejo de príncipes y arzobispos alemanes, además del duque de Sajonia, el margrave de Brandeburgo, el rey de Bohemia y el conde palatino del Rin. Ellos eran los únicos que podían tomar la decisión y su veredicto fue un golpe, aunque no abrumador, para Francisco I. Carlos de Austria y España fue el elegido y se convirtió así en el emperador Carlos.

Se acordó también que Francia e Inglaterra debían mantener una reunión.

Ambos países discutieron mucho. Cada uno estaba decidido a exhibir ante el otro todo su poder y su gloria. Hubo, pues, dicha reunión entre ambos reyes; si yo la presenciaba con la corte, sería la segunda vez que vería al rey de Inglaterra y la perspectiva me entusiasmaba.

Se hablaba a menudo del asunto en el círculo de Margarita, al cual me sentía feliz de pertenecer ahora como un miembro más. La reina Claudia no ponía obstáculos en mi camino; creía que era una gran oportunidad para mí ser aceptada en un grupo tan intelectual, rasgo del que no podía disfrutar en su propia compañía.

Yo estaba naturalmente interesada en los comentarios que se hacían sobre Inglaterra. Todos hablaban con total franqueza en mi presencia. Creo que se habían olvidado de que yo era inglesa.

Margarita solía reírse de la vanidad del rey Enrique VIII. Oíamos muchas historias acerca de él, porque los embajadores franceses estaban constantemente yendo y viniendo entre las dos cortes y les gustaba chismorrear. Supimos que el

rey de Inglaterra tenía tendencia a divertirse con juegos pueriles y le gustaba aparecer disfrazado en las mascaradas disfrazado, aunque siempre se lo podía identificar por su estatura y pelo rojizo; en dichos juegos, obtenía un deleite infantil al ser tratado con familiaridad y repentinamente darse a conocer con un: «Soy vuestro rey».

Entre los amigos de Margarita se oían muchas risas burlescas y no siempre amables, dedicadas a Enrique, quien resultaba un poco cándido en la forma en que traicionaba el interés que sentía por Francisco. Ambos tenían más o menos la misma edad y ocupaban posiciones similares. Enrique había oído hablar de lo guapo y elegante que era el rey de Francia. A él mismo se lo consideraba guapo, una buena estampa de rey, y quería asegurarse de que estaba a la misma altura o, mejor, que superaba a Francisco.

Cuando vino a la corte el embajador de Venecia, acababa de estar en Inglaterra y reprodujo para nosotros la conversación que había tenido con Enrique, típica muestra del carácter del monarca inglés.

Enrique quería saber si el rey de Francia era tan alto como él. El embajador veneciano respondió que no podía darle una respuesta definitiva; ambos eran insólitamente altos y debían tener aproximadamente la misma estatura.

—¿Es él tan robusto como yo? —había preguntado Enrique.

—No —había respondido el embajador—. Él es esbelto.

—¿Qué tipo de piernas tiene? —había preguntado el rey de Inglaterra.

—Muy esbeltas.

—¡Esbeltas! —había gritado el rey—. Entonces no pueden ser bien formadas. Mirad, hombre —dijo levantando una pierna—. Mirad esta pantorrilla. Miradla. Miradla.

El embajador había hecho lo que se le pedía y tenía que admitir que la pierna del rey de Inglaterra era realmente hermosa.

Hubo muchas risas. La frase: «¿Y cómo son vuestras piernas?», se convirtió en la broma de moda durante un tiempo.

Pero el creciente poder de Carlos obligaba a los reyes de Francia e Inglaterra a unirse para vigilarlo. Era conveniente, desde el punto de vista político, demostrarle que Francisco y Enrique eran buenos amigos, al menos de dientes para fuera.

Aquellos tres hombres se erguían sobre Europa: el emperador Carlos, el rey de Francia y el de Inglaterra. Los tres eran jóvenes. El rey Enrique era el mayor y le llevaba tres años a Francisco, el cual era a su vez cuatro años mayor que el

emperador. Los tres anhelaban ponerse a prueba, todos enérgicamente dedicados a luchar por el poder.

Como resultado de esta situación, el rey de Inglaterra envió una embajada a París, con el fin de establecer los acuerdos para el encuentro de los dos monarcas. Mi padre era miembro de dicha embajada, lo que me dio cierta aprensión.

Nuestro encuentro fue más bien doloroso. Mi padre me estudió minuciosamente, de arriba a abajo. Me pareció adivinar cierto descontento en él, pero sobre nosotros planeaba la sombra de la desgracia de María.

Le hice una reverencia y mantuve baja la vista.

—Ha pasado mucho tiempo, hija mía, desde que nos vimos por última vez —dijo.

—Sí, padre —respondí. Me sentía inquieta, preguntándome si tendría que volver con él a Inglaterra.

—Me han dado buenos informes de vos —me dijo y tuve la impresión de que estaba satisfecho conmigo. Yo hubiera dado muchas cosas por un gesto de afecto paternal, pero eso, por supuesto, habría sido demasiado pedir. Me sorprendí deseando que hubieran enviado a George en lugar de mi padre. ¡Qué encuentro tan diferente habría tenido lugar entonces!

Creo que no tenía intención de ser adusto con nosotros, sino que simplemente no sabía cómo demostrarnos afecto, aunque, cuando volví a casa y lo vi con mi madrastra, me di cuenta de que podía ser tierno con alguien. Era un matrimonio extraño, puesto que ella no provenía de ninguna gran familia, y, al casarse con ella, él había ido contra la tradición Bolena. Con el tiempo yo llegaría a quererla, porque era una mujer maravillosa, aunque su sangre no fuera noble; y cuando la comparé con mi distante abuelo, el duque de Norfolk, y mi indiferente tío, el conde de Surrey, me alegré de que por una vez mi padre permitiera que su afecto venciera a su orgullo de familia.

Aparentemente no podía demostrar amor hacia sus hijos, pero creo que tiene que haber sufrido profundamente por la situación de María.

—Ya sois una mujer... casi —dijo—. ¿Qué edad tenéis?

Resultaba extraño que él, que me había engendrado, no lo recordara.

—Tengo trece años, padre.

—Os estáis haciendo mayor. ¿Han sido buenos con vos en la corte de Francia?

—Muy buenos.

—He oído que la duquesa de Alençon ha demostrado interés por vos.

—Ha sido muy buena conmigo.

—Volveréis a casa... llegado el momento.

Bajé los ojos. No quería que viera la aprensión dibujada en mi rostro. Temía esa llamada de vuelta a casa. O bien significaría una vida de aburrimiento en Hever o Blickling... o el matrimonio. ¿O bien, tal vez, un puesto en la corte?, me preguntaba. ¿Nos habría infamado María hasta tal punto que eso resultara imposible?

—Dudo acerca de la conveniencia de venir con el grupo del rey —dijo mi padre.

Me sentí aliviada por ello.

—Haré los arreglos necesarios. Tengo que discutir unos asuntos con el ministro francés de Asuntos Exteriores... y luego volveré a casa.

—Sí, padre.

—¿Hay muchas habladurías por aquí acerca de vuestra hermana?

—Raramente la mencionan. Está todo olvidado, creo.

—Idiota —dijo él—. Bueno, ahora ya no depende de mí. Carey... —hizo un gesto de desprecio—. Tuvo suerte de encontrarlo, aunque fuera a él, después de su vergonzosa conducta.

—No creo que se diera cuenta...

—No sé en qué puedo haber ofendido a Dios para que me maldijera con una hija así.

Yo sabía que no serviría para nada intentar explicarle cómo era María. Por lo que a él respecta, era una amarga desilusión, un total desastre.

Lo vi una o dos veces en la corte; a menudo iba corriendo a alguna reunión. Me sentí aliviada cuando se marchó.

El encuentro entre los dos reyes, al que yo a menudo me referí como el *Campo del Paño de Oro* debido a la lujosa extravagancia que lo marcó, es bien conocido por la historia.

Yo era lo suficientemente mayor como para sentirme impresionada por la falsedad de la vida de corte y no solo de la francesa. Aquel encuentro tenía que ser ideado para que dos gobernantes con ambiciones muy similares pudieran estar juntos en términos amistosos y hablar de la paz de las naciones. Era un encuentro entre dos rivales, cada uno de los cuales quería hacer ostentación de su riqueza y poder ante el otro. Mientras hablaban de amistad, planeaban traiciones, y el principal objeto de aquella reunión era mostrar a su mutuo y próspero rival,

el emperador Carlos, que resistirían codo con codo ante él.

Mi padre había acordado que el encuentro debía tener lugar en Francia. Acerca de esto había habido bastantes manejos, ya que Enrique de Inglaterra pensaba que se rebajaría si cruzaba el canal; Francisco, sin duda, pensaba lo mismo.

Tras mucho discutir se decidió que el encuentro tendría lugar en Picardía, pero que el cuartel general del rey de Inglaterra estaría en Guînes, que no quedaba lejos de Calais y estaba en territorio inglés, mientras que el del rey de Francia estaría en Ardres, que pertenecía a Francia.

Se hicieron grandes preparativos y yo suponía que lo mismo estaría ocurriendo en Inglaterra debido a que cada rey estaba decidido a eclipsar al otro. Hubo gran consternación cuando se supo que el emperador Carlos había desembarcado en Inglaterra para conferenciar con Enrique antes de que este saliera para Francia, hecho que dio evidencia de la inquietud que le causaba la amistad entre ambos monarcas.

Siempre había muchas misiones secretas que iban y venían entre los diferentes países; a la corte llegaban constantemente visitantes que yo estaba segura de que eran espías y que traían noticias de lo que estaba ocurriendo en Inglaterra. Aparentemente, Enrique había ido a Dover a encontrarse con Carlos en cuanto le dijeron que estaba a punto de desembarcar, y ambos monarcas habían viajado juntos hasta Canterbury, donde visitaron el sepulcro de santo Tomás Becket.

La catedral resplandecía con todas las ofrendas que habían sido traídas al sepulcro a lo largo de los años y parece ser que Carlos se sintió muy impresionado por el honor rendido al santo, señal, dijo, de la piedad del país.

Había una noticia muy inquietante que le había oído discutir a Margarita y era que el emperador Carlos se había hecho amigo del cardenal Thomas Wolsey, de quien se decía que era dueño del oído del rey. Wolsey tenía fuerte influencia en los asuntos de Inglaterra. Contaba con el favor de Enrique y era un brillante hombre de Estado.

Aparentemente, el emperador le había prometido al cardenal ayuda para realizar la ambición de su vida, que era llegar a ser papa. Francisco no tenía otro señuelo como aquel para ofrecerle.

Todo el mundo hablaba de los preparativos para el encuentro de los reyes. Enrique había contratado mil cien artesanos de Flandes y Holanda, los mejores del mundo en su trabajo, para que construyeran con madera un palacio

cuadrangular. A un lado de la entrada había una fuente, en la que se colocó una estatua de Baco y de la que manaba vino; llevaba la siguiente inscripción en letras de oro: «Beba a placer quien apetezca». Al otro lado de la entrada había una columna sostenida por cuatro leones en cuyo extremo superior estaba Cupido con el arco preparado. Como si esto no fuera suficiente, Enrique había hecho colocar una estatua frente a su palacio, la cual representaba una figura hercúlea donde se leía: «Aquel a quien respaldo, vence».

El buen gusto de los franceses quiso oponerse a la ostentación inglesa.

Francisco hizo levantar una gran tienda cerca de la ciudad de Ardres, cuyo techo estaba cubierto con paños de oro. El interior estaba decorado con terciopelo azul salpicado de estrellas, semejando el cielo nocturno. Aunque no lo vi, oí decir que era magnífica y hacía que el palacio de madera de Enrique se viera vulgar.

Sin embargo, pocos días antes del encuentro, se levantó una tormenta y el viento, casi de la misma fuerza que un huracán, partió las estacas, estropeó los paños de oro y destruyó la magnífica tienda de Francisco. Los supersticiosos veían en ello un oscuro presagio.

Inmediatamente, Francisco tomó posesión de un castillo cercano a Ardres y no hizo caso del ominoso acontecimiento.

Me hubiera gustado presenciar el encuentro entre los reyes. Tiene que haber sido impresionante y un poco divertido al mismo tiempo el ver a aquellos enormes monarcas, tan cautelosos el uno con respecto al otro, haciendo enormes esfuerzos para demostrar qué buenos amigos eran y dejando entrever, por lo mismo, que no lo eran en absoluto. Se había discutido mucho respecto a cómo debía tener lugar el encuentro. Ninguno de los dos debía ceder ante el otro. No debía haber ninguna señal que evidenciara que un bando era el más débil.

Tienen que haber tenido un aspecto espléndido; ambos eran tan altos que sus hombros y cabezas sobresalían por encima de las cabezas de la mayoría de los hombres; ambos eran vanidosos debido a su apariencia y su condición de reyes. Para ninguno de los dos la corona había sido una certeza desde el nacimiento; Enrique había tenido que jugar el papel de segundón durante años; Francisco había vivido en un estado de ansiedad incluso después de la muerte de Luis. Aquello tenía que convertir la corona en algo doblemente precioso para ambos.

Se encontraron en un valle situado entre Ardres y Guînes. Cuando iba de camino, el caballo de Enrique tropezó. Puedo imaginar la consternación que se apoderó de la comitiva inglesa. ¿Era aquel un signo? Sin embargo, Enrique hizo

caso omiso del incidente, del mismo modo que lo había hecho Francisco respecto a la destrucción de su tienda, y continuó avanzando al encuentro de su enemigo cordial.

Ambos se miraron durante unos momentos. Conociendo actualmente tan bien a Enrique, puedo imaginar a sus ojillos abarcando cada detalle de aquella figura verdaderamente elegante que tenía ante sí; y conociendo a Francisco, puedo hacerme una idea de la fría valoración que hizo de su rival.

Los dos reyes se saludaron y abrazaron antes de desmontar; luego, caminaron cogidos por el brazo hasta la tienda en la que les esperaban Thomas Wolsey y Guillaume Gouffier de Bonnivet, primer ministro de Francisco y su tutor.

—Mi querido hermano y primo —dijo Francisco—, he hecho un largo camino con no pocos problemas para veros en persona. Espero que me tengáis, debido a eso, por lo que soy, vuestro amigo dispuesto a prestaros auxilio con todos los reinos y señoríos que están en mi poder.

—No son vuestros reinos —respondió Enrique— ni diversas posesiones lo que me merece más consideración, sino la firmeza y leal observancia de las promesas que constan en los tratados hechos entre nosotros dos. Nunca han contemplado mis ojos a un príncipe que le pueda ser más querido a mi corazón y he atravesado el mar hasta el más alejado extremo de mi reino para venir a veros.

En la tienda se redactaron acuerdos concernientes al matrimonio del delfín y la hija de Enrique, María, que solo tenía cuatro años.

Fue un buen comienzo. Algún tiempo después supe, cuando llegué a conocer realmente bien a Enrique, que le había impresionado enormemente la apariencia de Francisco y que eso lo había deprimido un poco porque él siempre deseaba brillar más que aquellos que lo rodeaban. Se regocijó, eso sí, cuando le encontró un defecto: el rey de Francia tenía piernas cortas. Aunque, claro, montado a caballo, su aspecto era inmejorable.

—Tenía las piernas cortas y los pies grandes —solía decir Enrique cuando se refería a Francisco—. No era del todo perfecto.

Ahora puedo imaginar sus sentimientos durante aquella famosa ocasión. Los festejos iban a durar dieciséis días. Habría justas y torneos, espectáculos como nunca antes se vieron. Ninguno de los dos reyes había escatimado esfuerzos para impresionar al otro con su riqueza y poder. Se decía que los nobles que formaban el acompañamiento de los reyes a Guiñes y Ardres llevaban encima sus casas y tierras, pues hasta tal punto se habían empobrecido para poder costear la

travesía.

Las expresiones de buena voluntad, sin embargo, eran tan falsas, que no lograron atenuar la tensión que sobrevenía al ambiente.

Estaba programado que el rey de Inglaterra asistiría a Ardres a cenar con la reina Ana, y que, al mismo tiempo, Francisco fuera a Guînes como invitado de la reina Catalina.

Durante el tiempo que los reyes pasaran en campo contrario, cada uno debía ser el rehén del otro. La sugerencia fue hecha por los ingleses y Francisco accedió riendo.

A la mañana siguiente, el rey de Francia se levantó temprano, cosa insólita para él; llevando solo dos caballeros y un paje como acompañantes, se dirigió al castillo de Guînes. Los guardias ingleses se quedaron pasmados al verlo llegar prácticamente solo. Supongo que tenían más presente que los franceses el factor seguridad, ya que, después de todo, estaban en Francia y no se fiaban de los franceses ni por asomo. Era precisamente porque entendía sus sentimientos, por lo que Francisco actuó aquella mañana de ese modo.

Le pidió a los guardias que le indicaran cómo llegar a la alcoba del rey de Inglaterra.

—Su majestad no se ha despertado aún —le dijeron los guardias.

Francisco se echó a reír y entró directamente en la alcoba de Enrique.

El rey de Inglaterra se quedó pasmado. De pronto se dio cuenta de que él mismo no se hallaba en peligro, pero que Francisco había corrido un gran riesgo al meterse directamente en medio del campo enemigo. Con su visita estrafalaria, el monarca francés le otorgaba a su par inglés una prueba invaluable de su confianza.

—Hermano —le dijo—, me habéis dado la mejor lección que un hombre ha dado jamás a otro. Me doy cuenta de la confianza que puedo teneros. A partir de este mismo momento me proclamo vuestro prisionero.

Enrique llevaba puesto un collar de pedrería valorado en quince mil coronas. Se lo quitó y le rogó a Francisco que lo llevara puesto por amor a él.

Para el previsible intercambio de regalos, Francisco había llevado consigo un brazalete valuado en treinta mil coronas. Los franceses tenían que vencer a los ingleses en todo. Aquel era un toque típico de Francisco.

Luego dijo que sería el ayuda de cámara del rey de Inglaterra, y calentó él mismo la camisa de Enrique antes de entregársela.

Cuando volvió a Ardres, los ministros de Francisco estaban pasmados de

asombro porque había entrado prácticamente sin compañía en la plaza fuerte inglesa, pero él solamente se rio de ellos.

Hubo otro incidente que no acabó de una forma tan cordial como aquel.

Fue durante un campeonato de lucha cuando, como en todos los torneos, la excitación iba en aumento. Enrique había traído de Inglaterra a los campeones de este deporte y pronto quedó claro que la destreza de los ingleses era superior a la de los franceses. Oí quejas acerca de que no se había invitado a participar a los mejores luchadores de Bretaña, lo que resultó un descuido muy lamentable para los franceses. Los ingleses, en consecuencia, se llevaron todos los premios.

Cuando los vencedores fueron al palco de las damas para recibir los premios de manos de la reina Claudia, Francisco I se veía desconsolado.

Enrique, en cambio, estaba encantado.

—Hermano, tengo que luchar con vos —dijo dirigiéndose al rey francés.

Y allí mismo lo cogió e intentó derribarlo. Sin duda había olvidado, o tal vez no lo sabía, que Francisco era uno de los mejores luchadores de Francia. Al cabo de pocos segundos, Enrique había caído al suelo. Cuando se puso en pie estaba furioso e incómodo.

—Otra vez —gritó—. Otra vez.

Pero la cena estaba a punto de ser servida y, debido a que nadie podía comenzar sin ellos, sería una falta de etiqueta llegar tarde. El combate tendría, por tanto, que ser pospuesto.

Puedo imaginar a Francisco mirando a Enrique por encima de su esbelto hombro y riendo para sus adentros y la humillación que el monarca inglés sentiría por haber sido derribado. Afortunadamente, aquello había sido presenciado solo por los más cercanos a los reyes, pero Enrique sabía que la historia se conocería en toda la corte al día siguiente.

Pero, aunque Francisco había podido ganar una satisfacción momentánea, aquel incidente no le hizo mucho bien, ya que, después de todo, era él quien intentaba ganar la voluntad de Enrique frente al emperador; desafortunadamente, un Tudor nunca olvidaba los ultrajes.

Recuerdo vívidamente la cena en la que la reina Claudia recibió al rey de Inglaterra. Yo era una de las camareras y tuve por tanto la mejor oportunidad para observar al rey Enrique.

Era sumamente afable y nadie podía ser más encantador cuando se lo proponía. Creo que la ausencia de Francisco, que había ido a cenar con Catalina, lo hacía sentirse más cómodo. Fue muy bueno y atento con Claudia; dijo que

había oído hablar mucho de su santidad y que esa era la cualidad que él más admiraba en las damas.

Aún recuerdo el vestido que yo llevaba en aquella ocasión. Era de terciopelo rojo, uno de mis colores preferidos, con una larga falda abierta en el frente para dejar ver las enaguas de brocado. Era muy ajustado en la cintura y las mangas anchas y largas caían graciosamente muy por debajo de mis manos, ocultando así la sexta uña que siempre me ha desagradado tanto.

El rey felicitó a la reina por la comida y vino excelentes y luego habló con todas nosotras.

Se extendió un poco conmigo, supongo que porque era inglesa. Pareció divertirse ligeramente enterarse de que yo era la hija de sir Thomas Bolena.

—Es un buen servidor, sir Thomas —comentó—. Y vos sois una joven inglesa —se dio una palmada en el muslo—. Podría haber jurado que erais francesa.

—Hace mucho tiempo que estoy en la corte de Francia, majestad.

Él acercó su cara a muy corta distancia de la mía.

—En ese caso —dijo con jovialidad—, tenéis que haber sido un bebé cuando llegasteis.

—Tenía siete años, majestad.

—Las jóvenes hermosas tienen que estar en el lugar al que pertenecen —dijo—. En su propio país.

Yo sonreí y él continuó su camino.

Su cordialidad, obviamente, estaba más dirigida a mi padre que a mi persona.

El gran acontecimiento del Campo del Paño de Oro llegó a su fin el 24 de junio, y yo marché con la embajada real hacia Abeville, mientras el rey Enrique y la reina Catalina condujeron su cabalgata hacia Calais, desde donde partirían para hacer la travesía hasta Inglaterra.

Al día siguiente Francisco estaba furioso y su ira parecía retumbar en toda la corte; esto era debido a que el rey de Inglaterra, en lugar de dirigirse directamente a Calais, había marchado a Gravelinas para reunirse con el emperador Carlos, con su hermano Fernando y su astuto ministro Guillaume de Chièvres.

¡Así que aquel era el valor de las protestas de afecto fraternal y amistad! El rey de Inglaterra casi no había tenido tiempo de despedirse de su amigo Francisco y ya estaba reuniéndose con el emperador Carlos; y sabía Dios qué acuerdos estaban firmando entre ellos. Nada bueno le acarrearía esa unión al rey

de Francia.

Aquel año pareció pasar volando. Yo tenía catorce años y en el fondo sabía que no podría continuar como estaba por mucho más tiempo. Mi padre estaría planeando mi boda. Me daba cuenta de las miradas de los jóvenes, que no despertaban en mí deseo de ningún tipo. Yo ardía de resentimiento porque estaba segura de que algunos de ellos recordaban a María y me juzgaban a mí por el mismo patrón. Estaba ansiosa por demostrarles que no era como mi hermana y fui sexualmente indiferente a sus insinuaciones. Cuando algunas mujeres se contaban, entre risitas, sus aventuras amorosas, me sentía asqueada. Yo poseía un ingenio rápido, que me daba una buena reputación. Además, tocaba muy bien el laúd. Nunca he creído en la falsa modestia y diría que pocas damas podían compararse conmigo en esta habilidad. Cantaba bien y bailaba aún mejor. Ninguna gracia social me era ajena. Fui muy bien instruida para demostrar mis destrezas en la corte. Combinaba los colores con aristocrática elegancia, sabía exactamente lo que me quedaba bien y llegué a tener tanto éxito con mi vestimenta, que mis modelos comenzaron a ponerse de moda. Todas las damas querían ponérselos, pero oí decir que en las demás no producían el mismo efecto que en la pequeña Bolena.

Había florecido repentinamente. Ya no era una niña, sino una joven de buen tono. Había adquirido elegancia; tenía un aspecto diferente del resto de las mujeres de la corte. Después de todo, existían similitudes entre las mujeres hermosas como Françoise de Foix. Grandes ojos azules, rizos rubios, narices pequeñas y rectas, labios rojos y dientes como perlas. Yo no era una belleza, sino yo misma. Tenía ojos grandes y profundos que me daban un aire misterioso; mi cabello era largo y negro y me gustaba llevarlo suelto sobre los hombros, despreciando los peinados complicados; mi piel era clara y los incisivos superiores ligeramente prominentes, la cara ovalada y larga y el cuello esbelto. La gente se fijaba en mí antes que en las mujeres hermosas. Oh, sí, mi presencia comenzaba a notarse en la corte francesa.

Tan pronto como acabaron los festejos del Campo del Paño de Oro, la corte comenzó su temporada veraniega viajando por todo el reino. Fue prácticamente una repetición de las semanas pasadas en Ardres; en cada castillo en el que parábamos a descansar tenían lugar festines y torneos.

Francisco I estaba un poco deprimido. Era demasiado inteligente como para no darse cuenta de que en el emperador Carlos tenía un enemigo formidable que parecía burlarlo siempre. Podía suceder que todos los gastos en los que se había

incurrido para el encuentro con Enrique fueran inútiles puesto que Carlos, al azecho en Gravelinas con muy poca pompa y ceremonia, se había puesto a deshacer todo el bien que Francisco había hecho. El ofrecimiento hecho a Thomas Wolsey para ayudarlo a conseguir la corona papal había constituido un golpe maestro; nada más en el mundo podía ganar la voluntad del astuto hombre de Estado.

En aquellos días mi mente estaba ocupada con mis propios asuntos.

Ocurrieron pequeños incidentes que me inquietaron. Comenzaba a resultar evidente que la atención de Francisco I se había concentrado en mi persona.

Cuando yo tocaba el laúd, él me elogiaba en los términos más serviles; me lo encontraba a mi lado al menor descuido; a menudo me sacaba a bailar. Todo eso representaba un gran cumplido, pensaban muchos, pero a mí me llenaba de aprensión.

Yo sabía que Francisco no siempre era escrupuloso en el cortejo. En la superficie era un galante caballero, pero era capaz de los medios más tortuosos para conseguir lo que deseaba. Corría el rumor de que la que fue su amante, Françoise de Foix, había sido una dama de gran virtud educada en la pía corte de Ana de Bretaña; la habían casado con el conde de Chateaubriand, matrimonio en el que había sido feliz. Francisco la había visto, la había deseado y le había pedido que viniera a la corte, pero ella escuchó las súplicas de su esposo y se quedó en el campo. Francisco había oído decir que el esposo tenía un anillo muy raro y que la pareja había pactado que, si alguna vez se encontraban separados y él le enviaba el anillo a su esposa, ella debía acudir sin demora a donde él estuviera. Francisco se hizo hacer una copia del anillo y envió al conde a una embajada. Luego le envió el anillo a Françoise con el mensaje de que debía trasladarse a la corte sin demora.

Por supuesto, si Françoise hubiera sido una mujer verdaderamente virtuosa, se hubiera vuelto inmediatamente a casa en cuando descubrió que la habían engañado y estoy segura de que Francisco era demasiado caballero como para impedírselo. Pero uno debía recordar que Francisco era un hombre muy atractivo, aparte de su condición de monarca, por lo cual se hacía irresistible. Sea como fuere, Françoise sucumbió. Tenía tres hermanos que estaban deseosos de ser promocionados y Francisco tenía el poder. Aquel fue, pues, el final de la virtuosa existencia de Françoise de Foix.

Corrían muchas historias por el estilo acerca de Francisco, y algunas puede que no fueran ciertas pero, conociéndolo como lo conocía, pensé que tenían sus

raíces en hechos reales. Así pues, en cuanto advertí sus ojos en mí, comencé a padecer ansiedad.

Si yo hubiera sido diferente, puede que hubiese estado dispuesta. Después de todo, él era el rey. Nunca hubiera sido como mi hermana, por supuesto, pero, sin su ejemplo, ¿no podría haber caído en la tentación? ¿No podría haber disfrutado ostentando mi poder en la corte en calidad de la amante del rey? No estaba segura.

Una persona que me ayudó mucho fue Margarita.

Ella adoraba a su hermano y lo creía perfecto en todos los sentidos, pero ello no significaba que fuera incapaz de ver el punto de vista de otras personas.

Solía leer para mí con bastante frecuencia. Se sentía interesada en mí y, de hecho, existía un parecido entre nosotras. Yo carecía de su erudición e inteligencia, pero me producía gran placer escucharla hablar.

Era ella quien me mantenía informada de los acontecimientos y uno de sus grandes miedos en aquella época era que nuestros países entraran en guerra. ¿La reunión en Ardres y Guînes? Se encogía de hombros. No fue más que dos reyes exhibiendo su riqueza y poder y no era esa la forma en que se firmaban los tratados. ¿Creía yo que había servido para fomentar la amistad? La rivalidad había estado constantemente presente. ¿Qué eran, si no, los torneos y las competiciones? Cuando tienen lugar entre dos caballeros, es muy meritorio aunque engendra celos, pero, cuando tienen lugar entre dos países, el peligro se agudiza.

—Entonces, ¿por qué...? —comencé yo.

—¿Quién puede decirlo? —respondió ella sacudiendo la cabeza—. Fue una demostración... mientras duró. Si hubiera sido una reunión para discutir ideas... Oh, se dijo que así sería, pero ¿qué era realmente lo importante? ¿Quién ganaba las justas? ¿Quién ganaba las luchas? ¿Quién tenía más fuerza? ¿Más poder... más riqueza...? Y mientras tanto allí teníamos a ese joven hombre... el hombre más poderoso de Europa. Es joven por edad pero, en lo que concierne a la sabiduría, es ya un anciano. Odio la sola idea de la guerra —acabó. Luego me miró—. Pero vos, Ana, tenéis aspecto ausente en estos últimos tiempos. Decidme, ¿qué os ronda por la cabeza?

Dudé y ella me instó a continuar.

—Es el rey —dije.

—¿Francisco?

—Él... él se ha fijado en mí.

—Ah, es un joven inagotable —dijo ella tras asentir sonriendo—. Siempre ha sido así. Es tan fuerte... ¡qué hombre! Adora la belleza. Va a construir hermosos castillos por todo el país. Sabéis que trajo a Leonardo da Vinci a la corte. Pobre hombre, estuvo poco tiempo entre nosotros. El genio debería estar por encima de la mortalidad. Debería concedérsele la vida eterna. Intentó traer a Rafael. Traería a todos los grandes pintores, escritores y arquitectos a Francia para que el país se convirtiera en un centro artístico. Él vive para la belleza y sabe verla en las mujeres. Las mujeres son esenciales para él... al igual que el arte; y ha visto en vos algo que lo atrae.

—Yo no quiero...

Ella lo entendió, como siempre lo hacía.

—Lo sé. Sois joven y no pertenecéis a la misma naturaleza amorosa que vuestra hermana.

Me estremecí.

—Sí, os entiendo, Ana —dijo—. Vos lo sentisteis muy profundamente. Para vos fue una gran desgracia y humillación. Por supuesto, ella era joven e inocente. Hay otras aquí que hacen todo lo que ella hizo... y más... y a pesar de eso viven aquí como miembros respetados de la corte. Vuestra hermana no fue lo suficientemente lista; no era tortuosa, sino demasiado abierta. Disfrutaba tanto de las relaciones sexuales, que no podía resistirse. Hay algunas mujeres así. Se convirtió en objeto de burla de la corte y eso era lo que no se podía tolerar. Hay mujeres aquí que no podrían decir en cuántas camas han dormido... tan numerosas son. Pero aquí permanecen mientras la pobre e inocente pequeña María es expulsada. Y los caballeros... de los que el rey es el primero... si no tienen una amante, son mirados con sospecha. Y a pesar de todo vuestra hermana es expulsada como una prostituta.

—Ella nunca fue eso. Tuvo numerosos amantes... sí... pero nunca pidió nada a cambio.

—Ya lo sé. Y vos creéis que, como sois su hermana, los demás pueden pensar que os parecéis a ella.

—Sí, así lo creo.

—Mi querida Ana, nadie podría pensar que os parecéis a vuestra hermana. Vos sois una persona independiente. He puesto a prueba vuestra inteligencia y no me sorprende que el rey se sienta atraído por vos. ¿Qué edad tenéis?

—Catorce.

—Es una edad encantadora. ¿Y nunca habéis tenido un amante?

Me retiré horrorizada.

—Ya me has respondido —dijo ella riendo y me cogió la mano—. Sí, sois en verdad diferente de la mayoría de las jóvenes de vuestra edad. Tenéis dignidad y os respetáis a vos misma. Eso es. Hablaré con el rey.

Yo me alarmé.

—Oh, no temáis. Ya conocéis el lazo especial que hay entre nosotros dos. Podemos hablar íntimamente acerca de cualquier tema. Siempre ha sido así. Fui yo quien le enseñó a leer. Solíamos sentarnos bajo los árboles, en Cognac, y yo le contaba cuentos que inventaba para él. Era un niño hermoso e inteligente. Mi madre y yo lo adorábamos. Yo hubiera hecho cualquier cosa por él. Os contaré una anécdota de nuestra infancia. Yo tenía seis años y Francisco, cuatro. Hacía mucho tiempo que había dejado de jugar con mis muñecas; a Francisco le gustaba mirarlas y me preguntaba por qué ya no jugaba con ellas. Yo le decía que ya era demasiado grande. Él respondió que yo quería un bebé de verdad, no una muñeca. Luego dijo que él también quería un bebé... Que yo fuera la madre y él el padre. Pareces asombrada. Cuesta imaginar a Francisco como una criatura inocente, pero así era entonces. Él pensaba que los bebés llegaban en cuanto la gente los deseaba. Mi madre lo llamaba *precioso*, *mi rey* y *mi César*, ya a esa edad. Así que él creía que, si quería un bebé, lo tendría.

—¡Cuánto lo queréis! —murmuré yo.

—Es mi vida —respondió ella—. Nada en el mundo tiene para mí la misma importancia. Deseo ahora todo lo mejor para él y también lo deseaba entonces. Fuera del *château* había una cabaña y en el exterior de esta un bebé estaba jugando en la hierba. «Ahí está nuestro bebé», dijo Francisco. Tomamos al niño y lo vestimos con ropa de mi hermano. Pronto echaron de menos al bebé y le siguieron la pista hasta el *château*, pero, cuando iban a llevárselo, Francisco estaba desolado. Rogó que le dejaran quedarse con el bebé, que era una niña. Era suya, dijo. Él era su padre y yo su madre. El resultado fue que sus padres, que eran muy pobres, se dieron cuenta de qué buena vida podía tener la niña en el *château* y al final nos permitieron conservarla. Tenía niñeras solo para ella y la llamamos Françoise, que era lo más parecido al nombre de mi hermano.

—Qué historia tan encantadora —dije yo—. ¿Qué ocurrió con la niña?

—Se educó en el *château* y cuando fue un poco mayor se le encontró hogar en casa de una gente de buena posición. Pero ése no es el final de la historia, que tuvo una extraña secuela. Es una de esas coincidencias que habitualmente nos dejan perplejos pero que ocurren de vez en cuando. A Francisco le gustaba salir

de incógnito y le gustaba mucho hacerlo vestido de estudiante. Un día entró en la iglesia con su disfraz y vio allí a una hermosa joven y se enamoró inmediatamente de ella. Era educada, evidentemente no rica pero de buena cuna. La siguió hasta su casa, una vivienda muy agradable pero algo humilde comparada con aquello a lo que él estaba habituado. Él no le habló de inmediato, sino que se dedicó a seguirla y observarla. Aquel era para él un estimulante juego. Finalmente ella advirtió su presencia y él se decidió a hablarle. Le dijo que deseaba ser amigo de ella, pero la joven le respondió que no podía haber amistad alguna entre una chica humilde como ella y el delfín. ¿Te das cuenta? Ella lo conocía. Era nuestro bebé Françoise y Francisco se sintió desolado. Vino a mí como siempre cuando se sentía inquieto por algo. Yo me sentí algo indignada con la joven por haberlo rechazado. Siempre era mi deseo darle a Francisco lo que ansiaba y entonces pensaba que ella tenía que sentirse orgullosa de que el delfín la amara.

Hizo una pausa, sonriendo.

—Le sugerí que la hiciera raptar y traer hasta él. Cuando él la hubiera seducido, ella olvidaría sus escrúpulos. Él estaba muy bien versado en el arte del amor, y sabría cómo complacerla. Se quedó encantado; me abrazó y me dijo que siempre había tenido una respuesta a sus problemas.

—¿Pudisteis decirle eso! —exclamé yo con voz de pasmo.

—Sí, pude. Veréis, yo creía que ella tenía que sentirse feliz y orgullosa por ser la amante de Francisco. Pensaba que ella no tenía más que escrúpulos burgueses que serían borrados por el deleite que él le proporcionaría. Sería un final tan hermoso para nuestra historia... Haría que todo adquiriera un sentido.

—O sea que raptaríais a la joven de la misma forma que habíais raptado a la niña.

—Ya sé que estáis pensando que yo doy por sentado que la realeza tiene privilegios especiales. Bueno, ¿y no es así?

—La vida de las personas es suya propia. Es cada uno quien tiene que decidir lo que hacer con ella —dije yo. Hablé con osadía, pero Margarita siempre me había animado a que dijera lo que pensaba.

—A veces necesitan un poco de consejo, un pequeño empujoncito en la dirección correcta. ¿Queréis que os cuente el resto de la historia?

—Por favor, señora.

—Se la trajeron y Francisco le dijo que se había enamorado de ella y cuán feliz se sentía porque ella fuera la Françoise a la que él había bautizado y que

tanto placer le había proporcionado cuando era un niño. Luego intentó hacerle el amor, forzarla. Ella se echó a llorar; imploró; rogó. Francisco, como ya sabéis, da gran importancia a la caballerosidad. La muchacha declaró vehementemente que, si él la deshonraba, no podría seguir viviendo, se suicidaría. Francisco le creyó. Vio que ella no estaba fingiendo renuencia. Se arrepintió inmediatamente y le aseguró que no tenía nada que temer. Él la amaba y quería que ella continuara siendo como era; él no la molestaría. Ella cayó de rodillas y le dio las gracias. Francisco se sintió profundamente conmovido. Françoise se marchó y él no la ha vuelto a ver desde entonces, pero siempre se preocupa por ella y se encargará de que esté bien cuidada toda su vida.

—Qué final tan feliz para lo que pudo haber sido una historia triste. Me alegro mucho de que haya ocurrido así.

—Os cuento esta historia para que lo comprendáis. Ya sabéis cuánto lo quiero. ¿Creéis que daría tanto de mí misma a una persona que considerara indigna?

—No, no lo creo —respondí.

—Le hablaré de vuestro miedo —dijo, y levanté la cabeza para protestar, pero ella hizo un gesto para silenciarme—. Oh, sí, se lo diré. Le explicaré que vos no sois como tantas otras damas de la corte. Él entenderá. Le recordaré el día en que encontramos a la pequeña Françoise. Le diré que la pequeña Bolena es joven aún. Que todavía no es una mujer. Que uno piensa que sí lo es debido a que es más inteligente de lo que se espera a su edad. Físicamente es inmadura, aunque mentalmente precoz. Sabe lo que quiere. Siempre sabrá lo que quiere y no es alguien para jugar.

—¿Podéis decirle eso al rey?

—Ante todo es mi hermano, mi pequeño Francisco, y en segundo lugar es el rey.

—Gracias —le dije—. Siempre recordaré vuestra bondad para conmigo.

—Vos me interesáis —dijo ella sacudiendo la cabeza—. Seguiré vuestro futuro... donde quiera que fuéreis.

La actitud de Francisco hacia mí cambió después de aquello. Me miraba con un destello divertido en los ojos, me hablaba de vez en cuando, pero tuve la impresión de que había dejado de perseguirme y sentía por ello un gran alivio.

Pasaron los meses, más de un año hacía ya desde el encuentro en Ardres y

Guiñes. El ambiente estaba cargado de inquietud: la rivalidad entre Francisco I y el emperador Carlos iba en aumento. Se hablaba mucho del Enrique VIII, un mediador natural en dicha contienda. El rey de Inglaterra, con su carácter voluble, resultaba un aliado muy incierto. Si bien el pequeño delfín estaba prometido a la hija de Enrique, la princesa María, todo el mundo sabía con cuánta facilidad podían romperse esos contratos.

Un día vino a verme el embajador inglés.

—Tengo mensaje de vuestro padre —me dijo—. Con toda probabilidad, ya sabréis que la guerra es inminente.

—He oído hablar de ello y parece que Francia entrará pronto en conflicto con el emperador Carlos.

—Es más que probable, y por esa razón vuestro padre piensa que es prudente que abandonéis la corte de Francia.

Me invadió la depresión. Yo había vivido allí durante siete años y aquel era mi verdadero hogar; lo que acababa de decirme el embajador solo podía significar una cosa: Inglaterra entraría pronto en guerra con Francia.

—Marchar de aquí... —tartamudeé.

—Parece ser lo más prudente. Estoy enviando de vuelta a casa a todos los estudiantes. Vuestro padre piensa que vuestra educación ha concluido, debéis regresar a casa.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Sería aconsejable comenzar los preparativos cuanto antes. Debéis marchar antes de enero.

Por supuesto, aquel día tenía que llegar. Pensé en todos los años pasados allí, retrocediendo hasta mi llegada y cuán estimulante había sido el servicio a la reina María; y tras su marcha, mi entrada como camarera de la reina Claudia. Había aprendido a apreciar la compañía de Margarita y ahora me desarraigaban.

Me sentía desolada pero impotente. Debía despedirme de mis amigos de la corte francesa: la reina Claudia, el peligroso Francisco y aquella a la que más quería, mi maestra y consejera, Margarita de Alençon.

Yo, que trataba de considerarme como un individuo independiente, no era más que un peón para ser colocado en el sitio del tablero que más conviniera a aquellos que me dominaban.

Imaginaba que mi regreso tenía algo que ver con un matrimonio. Finalmente era llamada para representar el papel que me correspondía en el juego familiar.

Sentía gran aprensión y tristeza por mi partida, pero no tenía escapatoria; y

en enero del año 1522 me embarqué rumbo a Inglaterra.

UNA VISITA A HEVER

Resultó extraño regresar a una casa que había sido tan familiar para mí y que no había visto durante siete años. No recordaba la sensación de seguridad que siempre había experimentado cuando atravesaba el foso, pasaba bajo el arco de la puerta y entraba en el patio amurallado. Cuánto conocía los contrafuertes y aspilleras donde María y yo solíamos jugar al escondite.

Francia parecía lejana, y, después de todo, estaba en casa.

Una de las experiencias más agradables en mi regreso fue conocer a mi madrastra. Me gustó muchísimo desde el momento en que la vi. No era una gran dama, pero tenía un rostro agradable y maneras afectuosas; era una campesina que había vivido cerca de Blickling, donde mi padre la conoció.

El hecho de que él supiera reconocer su valía y se casara con ella lo hizo más simpático a mis ojos; me alegró darme cuenta de que había hecho una elección tan desinteresada. Pero yo estaba segura de que ella le había aportado mucho más que tierras y sangre azul. Quizás él no fuera el frío y ambicioso hombre que yo siempre había creído que era, o al menos no en todos los niveles.

Ella estaba nerviosa por mí, cosa que despertó mis sentimientos protectores. Me imaginaba que no tenía que resultar nada fácil que le presentaran una familia de hijos ya mayores. Traté de hacerla sentir cómoda llamándola *madrastra* y demostrándole que no le guardaba rencor alguno por haber ocupado el lugar de mi madre, a quien poco recordaba, la verdad.

Abierta y franca como era mi madrastra, no pudo ocultar una obvia sensación de alivio cuando me conoció y vio mi actitud.

—Vuestra habitación está preparada —me dijo—. Me dijeron cuál era y he pensado que desearíais ocuparla durante vuestra estancia aquí.

Asentí, dándole las gracias.

Me senté mirando las artesonadas paredes de la habitación y los muebles que recordaba tan bien: la cama, las sillas, la mesa y el escritorio. Parecía más pequeña de lo que era entonces, quizá porque me había acostumbrado a la

vastedad de los palacios de Francia.

Pasado un rato mi madrastra subió a preguntarme si necesitaba algo. Entró en la habitación y se detuvo con las manos en las caderas, mirándome dubitativa. El vestido que llevaba era de color amarronado poco favorecedor, nada adecuado para la vida de la corte. Supuse que estaba bien para el campo, pero no para acompañar a mi padre cuando le tocaba visitar al rey. Sin embargo, me gustó su aspecto, su expresión abierta y fresca y su obvio deseo de hacer lo que fuera correcto para agradar.

Le sonreí.

—¿Estáis segura de tener todo cuanto deseáis? —me preguntó ansiosamente.

Le contesté que sí.

Se sentó en la cama y me miró.

—Estaba un poco nerviosa cuando empecé a conocerlos —dijo—. Ahora conozco también a María y a George...

—Yo soy la más pequeña —dije—. No debéis reverenciarme.

—No sé... —dijo ella sonriendo—. Pero vos sois... más distinguida.

—¿Distinguida? —me eché a reír, pues me di cuenta de que se refería a mi ropa—. Es como vestimos en la corte de Francia.

—¿Os alegra estar de vuelta en casa?

Dudé. No estaba segura. Tenía que ver a George y Thomas Wyatt. Aquello, sin duda, me haría feliz. Mi aprensión duraría hasta saber con qué propósito se me había traído tan repentinamente a casa.

—Resulta un poco extraño al principio —dije—. He estado ausente durante demasiado tiempo.

—Os parecerá muy tranquilo el campo, pero me temo que no será así durante mucho tiempo.

—¿Sabéis vos lo que planean para mí?

—Vuestro padre os lo explicará todo. Pronto estará aquí... y vuestro hermano y hermana también.

—¿Están todos bien?

—Ciertamente lo están. Vuestro hermano ha dicho que estaría aquí casi inmediatamente después de vuestra llegada. Está ansioso por veros.

—Y yo, por verlo. ¿Y mi hermana?

—Está en la corte.

—¡María en la corte!

—Sí —dijo bajando los ojos—. Su esposo tiene allí un puesto al servicio del

rey.

—Oh, ya veo. ¿Está bien y es feliz?

—Está bien y parece feliz.

—Me alegro. Estoy deseando verlos.

—Tenemos que charlar mientras estéis aquí. Tenéis que hablarme de la corte de Francia. Tiene que haber sido muy interesante.

Asentí.

—Si hay algo que... —insistió.

—Gracias. Habéis sido muy amable conmigo.

Se sonrojó ligeramente y, sonriendo con incertidumbre, me dejó sola.

Pensé: «¡María en la corte! En tal caso debe de haberse recuperado de su desgracia. Mi madrastra sabía algo pero, si he leído bien en su comportamiento, no creyó de su incumbencia contármelo». Bueno, tenía que ser paciente y esperar hasta que me lo revelaran. Sin embargo, había tomado la decisión de no permitir que me forzaran a un matrimonio indeseado.

Para mi gran regocijo, George llegó al día siguiente. Lo vi desde la ventana cuando entraba cabalgando en el patio y mi corazón saltó de alegría. Mi adorado hermano, ¡qué hermoso era! Alto y de aspecto distinguido... y al mismo tiempo, el George del cual yo había sido la preferida durante los días de nuestra infancia. Bajé corriendo a saludarlo.

En cuanto desmontó ya estaba yo en sus brazos.

Le acaricié la cara. Me eché a reír. Me sentía tan feliz. Pasara lo que pasase después, aquel era un momento de dicha.

—Déjame que te mire —dijo él manteniéndome a distancia con los brazos extendidos—. ¿Es esta elegante dama mi hermana pequeña?

—¿Es este hermoso caballero mi hermano George?

Entonces nos echamos a reír y nos abrazamos.

—Ha pasado mucho tiempo —dije.

—He pensado en ti constantemente.

—Y yo, en ti. Hay tantas cosas de las que hablar. Entremos, ¿quieres?

Nuestra madrastra vino corriendo a saludar a George. Él la besó afectuosamente y pude darme cuenta de que tenía de ella la misma opinión positiva que yo.

—Estoy tan contenta de que ya estéis aquí... —dijo—. Ana esperaba vuestra llegada con gran impaciencia. ¿Comeréis algo ahora... un refresco tal vez?

—Más tarde, por favor —dijo George—. Primero quiero hablar con mi

hermana.

Cogidos del brazo subimos la escalera y entramos en la galería de techo decorado con estuco, pasamos los contrafuertes, los lugares que preferíamos para escondernos durante los juegos infantiles y nos dirigimos a aquella habitación en la que solíamos reunirnos con nuestros amigos, habitualmente los Wyatt, a charlar, a escuchar los poemas de Thomas y a tocar el laúd.

—Hay muchas cosas que quiero saber —dije—. ¿Qué estás haciendo ahora, George? ¿Y María? ¿Cómo está María? He oído que está en la corte.

—Oh, sí. Will Carey tiene allí un puesto. Guardia de corps.

—Pero después de lo que ocurrió en Francia...

—Estás pensando en María. Oh, María está rehabilitada. Es un personaje bastante importante en la corte... si María puede ser tal cosa. No, a pesar de todo, es la misma. Nunca pide nada.

—¿Qué quieres decir?

—Pensé que te habrías enterado. Tienen que haber habido murmuraciones. María ha encontrado favor en las altas esferas.

—No estarás diciendo...

—La más alta de todas —asintió él—. El rey encuentra encantadora a nuestra hermana. La ha escogido como su compañera de juegos.

—¡Oh... no!

—La dulce y pequeña María —asintió él—, ¡la amiga de los reyes! Me pregunto si encuentra alguna diferencia entre el rey de Inglaterra y el rey de Francia. Nunca podrías conseguir que te lo dijera, probablemente porque ni ella lo sabe. María tiene un solo propósito a la vez y está contenta mientras tiene lo que desea.

—¿Y qué pasa con Will?

—Oh, al rey le gusta bastante. Es un marido muy complaciente.

—George, encuentro todo eso muy vergonzoso.

—No, dulce hermana. Este tipo de acontecimiento es vergonzoso entre gente no distinguida. Ser la amante de un labrador es una auténtica desgracia, pero ser la amante del rey... bueno, es un gran honor.

—No seas cínico, George. Es nuestra hermana, y después de lo que le ocurrió en la corte de Francia, uno hubiera pensado que María sería lo suficientemente prudente como para evitar que volviera a ocurrirle lo mismo.

—La corte de Inglaterra no es la corte de Francia. Aquí hay una atmósfera altamente moral. Aquí los amores no se ostentan. Las aventuras de Francisco

eran demasiado numerosas como para que la gente no estuviera enterada. Nuestro rey es diferente. Él sería un santo si su naturaleza se lo permitiera. Francisco es más realista. Sabe que jamás conseguiría ser un santo, incluso si se lo propusiera, cosa que no hace. Le gusta demasiado el mundo. A Enrique también pero, entre tú y yo, Ana, él sabe cómo engañarse a sí mismo. Se siente muy santo desde que escribió su libro contra Martín Lutero, *Assertio Septem Sacramentorum*. Le ha valido el título de *Defensor de la Fe*. Te advierto, también *entre nous*, que Thomas Wolsey tuvo alguna participación en él, y Tomás Moro es responsable de la mayor parte del libro, pero se lo presenta como la obra del rey y como un sostén de la Iglesia. Verás, quiere mostrarle al mundo que es un hombre bueno. La mitad de él lo es... pero todos tenemos un carácter complejo... tú y yo... e incluso su majestad. Así... se dice a sí mismo que le es fiel a su reina... de pensamiento lo es... Solo existen estas pequeñas correrías al margen y nuestra María está en el centro de una de ellas.

—¿Cuánto tiempo hace de esta situación?

—Prácticamente desde que llegó a la corte. Él se fijó en ella de inmediato. María es así, ya lo sabes. Su atractivo es instantáneo. No es la hermosura... es la promesa. Creo que ésa es la respuesta. En algunos casos ésa es la esencia de la atracción entre los sexos. «Estoy a punto». Eso es lo que María expresa. «Estoy tan deseosa como tú. No quiero otra cosa que nuestra unión. La satisfacción que puedo darte y la que puedes darme es lo único que anhele». Ahí tienes, Ana, el secreto del atractivo sexual que María tiene para los hombres. ¿Quién puede resistirlo? El rey no, sin duda.

—¡O sea que no ha aprendido nada de lo que le pasó en Francia!

—Esto es diferente de Francia. Allí, cuando el rey la hizo a un lado, ella tomó amantes... cualquiera... abiertamente. Los hombres alardeaban de compartir la amante del rey. Pero hubo tantos, que aquello se convirtió en el tema de conversación de la corte. Aquello era considerado una grosería por los franceses. No era de buen tono, ni representaba una conducta educada. Eso allí es un auténtico pecado. María está aquí en su entorno natural. No veo por qué no tendría que durar bastante tiempo con el rey —se rio de mí—. No te irrites —continuó diciendo—. No debes preocuparte por María. Siempre resurgirá sonriente. Así es su naturaleza.

—Así que nuestra hermana es la amante del rey. ¿Qué dice nuestro padre al respecto?

—Él dice: «Bien hecho, María». Le está yendo muy bien en la corte. El rey

lo favorece. Ha tenido éxito en sus embajadas y, por encima de todo, ha engendrado una hija que satisface al rey.

—Preferiría que hubiera obtenido su éxito de otra manera.

—El sendero hacia el éxito es espinoso y el camino, escarpado. Está lleno de escollos. Es un estúpido el que no se aprovecha de una mano cuando se le ofrece.

—Oh, George, qué bueno es estar contigo y escuchar tu conversación. A menudo pensaba en todo ello. ¿Recuerdas los jardines, con los Wyatt?

—Los recuerdo.

—¿Por qué me han traído de vuelta a casa? ¿Lo sabes tú?

—Tienen un prometido para ti.

—¿Quién?

—Bueno... probablemente tú no tuviste noticia de que hace algunos años murió nuestro bisabuelo, el conde de Ormond. Dejó, además de sus títulos, vastas propiedades en Irlanda. Se esperaba que la herencia recayera sobre las familias de sus dos hijas, una de ellas nuestra abuela. Nuestro padre ha estado esperando esto durante mucho tiempo. Sin embargo, el primo segundo del conde, sir Piers Butler, reclama las propiedades.

—¿Cómo puede hacer tal cosa? Él no pertenece a la descendencia por línea directa.

—Es bastante complicado. Tiene que ver con la dignidad de par de Irlanda. El conde se hizo residente inglés porque estaba cansado de los continuos conflictos que imperan en Irlanda. Sir Piers es una especie de bandolero. Se sospecha que ha asesinado a otro miembro de la familia que también podría haber reclamado las posesiones, por lo que sus intenciones son obvias. Ha estado cuidando de las propiedades y es uno de los pocos lores de allí en el que los ingleses podemos confiar y que obrará en nuestro favor contra ese pueblo tedioso que siempre ha provocado y provocará problemas y pérdidas. Así es que sir Piers está en muy buena posición en lo que a la corte respecta. En su testamento, el conde recompensó a sir Piers por sus servicios, pero les dejó sus pertenencias a los herederos de sus hijas. El caso fue presentado a pleito y se ordenó a sir Piers que viniera a Inglaterra y presentara su caso ante la justicia. Él replicó que estaba demasiado ocupado haciendo la guerra del rey, lo cual era cierto, y, puesto que Irlanda estaba, como es habitual, al borde de la rebelión y sir Piers era uno de los pocos hombres en quien Enrique podía confiar, el rey se oponía a ofenderlo. Como resultado de todo ello, el caso ha quedado pendiente y

sir Piers usa las tierras y rentas como si le pertenecieran.

—¿Y qué tiene que ver eso con mi matrimonio?

—Mucho. Sir Piers tiene un hijo, James Butler. El rey quiere que sir Piers permanezca en Irlanda trabajando en su favor y por ello debe mantenerlo contento. Todo este asunto fue un dilema hasta que nuestro tío Surrey sugirió que el matrimonio era la respuesta a la disputa. Si tú y James se unieran en matrimonio, naturalmente el vástago de ambos heredaría las propiedades. A Surrey le pareció lógico y simple y también al rey. Así se decidió, y como el maestro Wolsey da su aprobación, es como si ya estuviese hecho.

Me puse furiosa.

—Lo han decidido sin pedir la opinión de aquellos dos para quienes más significa —dije.

—Así es como funciona el mundo, hermana.

—George, no me someteré. No traficarán conmigo de esta manera.

—Te resultará difícil oponerte, Ana.

—Se lo diré a nuestro padre cuando lo vea.

—No es solo nuestro padre. El asunto se ha convertido en una cuestión política. El rey lo quiere así. Thomas Wolsey lo quiere así.

—¿Qué pueden hacer si me niego?

—No creo que sea prudente intentar averiguarlo.

—¡Pero no me someteré, George! ¡No me someteré!

George intentó calmarme.

—Algunos matrimonios de conveniencia funcionan muy bien. Un hombre es muy parecido a otro cualquiera. No me cabe duda de que harás bailar a este James a tu ritmo.

—¿Entre los pantanos de Irlanda?

—Juraría que eso está muy distante de la corte de Francia —rio él.

—Esa distancia no la recorreré.

—No te desesperes. Puede que ocurra algo. Nunca se sabe. A menudo la vida no resulta tal y como estaba planeada.

—Esto, ciertamente, no resultará tal y como lo han planeado.

El placer que sentía por estar de vuelta en casa había sido ciertamente disminuido por lo que acababa de enterarme, a pesar que me imaginaba algo de ese tenor. ¡Irlanda! No había pensado en eso. No podía imaginarme, después de haber crecido acostumbrada a la elegancia de la corte de Francia, exiliada en unas tierras salvajes. Según mis lecturas, Irlanda estaba poblada por salvajes

caudillos que vagaban por el país con los pies descalzos, envueltos en telas teñidas con azafrán, haciendo la guerra sin razón alguna, solo porque ella era su única forma de expresión.

Por otro lado, mi padre, para mi desagradable sorpresa, se aprovechaba de la degradación de María. Recordaba cuán violentamente había hablado contra ella en Francia, cómo la había vilipendiado por su conducta inmoral; ahora, porque le convenía, aplaudía las acciones que tanto había condenado en el pasado.

Pensé en todos los bienes que le habían llegado a través de la vergüenza de su hija. Era verdad que él estaba medrando en el favor del rey antes de que María llegara para ayudarlo. Mi padre había sido uno de los cuatro que llevaban el palio de la princesa María cuando la bautizaron. Aquel fue un honor bastante grande. Poco después de eso había sido nombrado oficial de justicia de Kent. Todo lo cual había sucedido antes de la llegada de María. Él había complacido al rey y demostrado ser un hábil embajador.

De pronto, quise escapar de aquella actitud cínica ante la vida, para la que una acción era deplorable solo en el caso de que no trajera ventajas materiales.

A los pocos días, Thomas Wyatt vino cabalgando desde Allington. Yo estaba en el patio. Él desmontó y, acercándose, me cogió en sus brazos y me elevó.

—¡Ana! Así que mi dama se ha dignado por fin volver a Inglaterra.

—No habéis cambiado nada, Thomas —le dije.

—¿Esperabais que lo hubiera hecho? Siempre seré el mismo para vos.

Me depositó nuevamente de pie en el suelo y nos miramos durante un momento.

Era alto y, si bien no exactamente hermoso, muy atractivo. Comenzaron a fluir los recuerdos. ¡Cuánto lo había querido!

—Tan pronto me llegó noticia de que estabais aquí, tuve que venir —dijo él.

—¿Cómo están todos en Allington? ¿Y vuestra hermana Mary?

—Mary está bien. Pronto la veréis. Yo estaba impaciente y tuve que venir de inmediato —sus ojos me recorrieron de arriba abajo—. Tan elegante —dijo—. Realmente la dama de la corte. Eso es lo que los franceses han hecho de ti.

—Pasé mucho tiempo allí, Thomas.

—Para desventaja nuestra —dijo, cogiéndome una mano, la que tenía seis uñas, y besándomela—. No volváis a dejarnos.

—Entremos en la casa.

—Un momento... Quedémonos a solas... durante un rato.

Nos sentamos en los bancos cercanos a la muralla donde crecía la enredadera. Estar allí con Thomas era como viajar hacia el pasado.

—¿Está George aquí? —me preguntó.

—Sí.

—Y no me cabe duda de que encantado de tener a su hermana en casa.

—Así lo ha dicho.

—Éramos un grupo encantador, ¿verdad? A menudo pienso en los días pasados en Kent y Norfolk.

—Parecía cosa del destino que nuestras familias estuvieran juntas en ambos condados... como si hubiera sido acordado...

—Quienquiera que lo acordara se volvió descuidado al enviarte a Francia. No debes volver a marcharte.

—Pues ya están planeando enviarme a otro país, pero no me someteré. ¿Estás enterado del asunto Butler?

—No solo es un asunto de familia —dijo él tras asentir—. Es una cuestión política. El rey quiere que los Butler luchen por él en Irlanda.

—Y ese pobre joven y yo hemos sido escogidos para unir a las fracciones litigantes.

—Es una vieja historia, Ana.

—Puede que lo sea, pero no estoy dispuesta a que se me utilice para llevar las cosas al punto que ellos quieren.

—Si vuestra hermana no se hubiera casado, hubiera sido ella la destinada para esto.

—Quizás a María no le hubiese importado —dije amargamente—. Ese James Butler es un hombre y eso es todo lo que ella necesita para vivir.

—Bueno, María ha seguido su camino y eso os deja a vos como única alternativa. ¡Pero Irlanda! Esa es una tierra violenta y salvaje.

—No iré.

—Me temo que vuestro padre insistirá.

—Y también yo.

—Os forzarán a hacerlo, Ana.

—¿Puede obligarse a la gente a hacer votos matrimoniales?

—¿Qué creéis que se ha hecho con las princesas que han sido entregadas a novios desconocidos y de los jóvenes que han casado con novias ignoradas? Es el precio de la alta posición social, una de las cargas que deben soportar las

familias como las nuestras.

—No será así en mi caso.

—¿Habéis visto a vuestro futuro esposo?

—¡Oh, nadie ha creído necesario que así fuera! Dieron la palabra de matrimonio en mi ausencia.

Él tomó mi barbilla entre sus manos y me miró profundamente.

—No existe nadie como vos —dijo—. Así que tal vez tengáis éxito donde otros fracasaron —entonces me besó la frente—. ¿Por qué no volvisteis antes, Ana?

—¿Para verme empujada al matrimonio a más temprana edad?

—No, pues a ese respecto hubiera demostrado la misma determinación que vos. Pero ahora que habéis vuelto, recuerdo tantas cosas. ¿A quién buscaba primero cuando venía aquí? Buscaba a Ana con sus serios ojos inquisitivos y su indómito cabello negro. George y yo éramos unos fanfarrones, ¿verdad? Mirábamos a nuestras niñas por encima del hombro... pero mi corazón siempre se alegraba ante vuestra presencia... y siempre lo hará.

—Creo que yo también os buscaba. Os admiraba y también a George, por supuesto. Erais los héroes para nosotras, las niñas débiles. Adoraba a vuestra hermana Mary. Era muy agradable estar con ella, pero el estímulo provenía de vos y de George.

—Si no os hubieran enviado al extranjero... Yo hubiera debido oponerme. Era ventajoso, ¿sabéis? Mi padre creía que era la unión ideal. Fui negligente, olvidadizo... Pensaba que algún día tendría que ocurrir. Lo que estoy tratando de deciros, Ana, es que tengo una esposa.

—¡Thomas! ¡Vos!

Asintió sombríamente.

—¿Cuándo? —pregunté—. ¿Quién es ella?

—Hace poco más de un año. Es Elizabeth, la hija de Thomas Brooke, lord Cobham.

—Os felicito. Es un buen partido.

—Mi familia lo consideró así.

—Y vosotros... ¿sois felices?

Me miró con tristeza.

—Solo existe una que podría hacerme completamente feliz —dijo.

No respondí. Me sentía muy conmovida por Thomas y estaba segura de que podría haberme enamorado de él fácilmente; sentía, además, una amarga

decepción ante el hecho de que estuviera casado. De no haber sido por el componente político de aquel asunto Butler, Thomas Wyatt podría haber sido considerado un buen partido para mí. Imaginaba semanas de divertido cortejo durante las que Thomas cabalgaría desde Allington. Pero mi padre se había elevado por encima de sir Henry Wyatt en el favor del rey y, de acuerdo con la tradición Bolena, querría sin duda un matrimonio más alto para su hija, a pesar de que los Wyatt fuesen viejos amigos, buenos vecinos y de excelente familia. ¿Pero de qué servía pensar en todo aquello? Thomas estaba casado y yo estaba destinada a James Butler.

—Oh, ¿por qué no volvisteis antes? —repitió él.

—¿Dónde estáis viviendo? —pregunté—. ¿En Allington?

—Paso la mayor parte del tiempo en la corte. Tengo un cargo allí.

—¿Qué cargo es ése?

—Soy uno de los guardias de corps del rey.

—Entonces conoceréis bien a Will Carey, ¿verdad?

—Así es.

—Y debéis ver frecuentemente a mi hermana.

Asintió.

—Lo sabéis, por supuesto.

—¿Que ella es la amante del rey? Todo el mundo lo sabe pero nadie habla de ello. A Enrique le gusta mantener en secreto sus pecadillos, y, como ya sabéis, todos debemos inclinarnos ante su deseo.

—La vida del campo es más sencilla.

—Pero a vos no os gustaría la vida sencilla. Pronto os aburriríais de ella. Las intrigas de la corte... el estímulo... la lucha para conseguir una posición y la aún más dura batalla para conservarla... eso es lo que nos gusta. Están las mascaradas que ayudo a organizar y que tanto gustan al rey. Le gusta disfrazarse tratando de ocultar su identidad en vano: «¡Soy vuestro rey!», grita, y todo el mundo deja escapar exclamaciones de fingido asombro. Es una farsa... un juego de simulaciones que me proporciona, al mismo tiempo, una oportunidad para escuchar mis versos recitados y cantados. Debéis venir a la corte, Ana. Vuestro padre debe buscaros un puesto allí.

—Ya me ha encontrado un puesto en Irlanda.

—Eso tiene que ser retrasado todo lo que sea posible.

—Me temo que no será así. Me han traído de vuelta a casa por ese motivo, pero no permitiré que ocurra. Cuando me case, seré yo quien escoja a mi marido.

—Ana... ¿me hubierais escogido?

Me aparté de él.

—Vos habéis escogido casaros, así que... ¿cómo podría?

—Si vos hubierais estado aquí...

—Es ya demasiado tarde para mirarlo de esa manera. ¿Qué importa lo que yo hubiese hecho si no me resulta posible llevarlo a cabo?

Él sacudió la cabeza tristemente.

—Tengo un hijo, Ana —dijo luego—. Aún no tiene un año.

—Felicitaciones una vez más. Eso tiene que ser muy gratificante.

—Admito mi cariño hacia esa criatura.

—Debo ir a Allington para verlo y conocer a vuestra esposa.

En ese momento entró mi hermano en el patio.

—Ah, así que estáis ahí, Tom —dijo—. ¿Qué te parece mi hermana?

—Una dama muy distinguida con maneras afrancesadas.

—Ésa es exactamente mi opinión. ¿Habéis estado recordando los viejos tiempos?

—Estuve reprochándole que permaneciera tanto tiempo ausente —contestó Thomas.

—Entrad —dijo George—. Mi madrastra os ha oído llegar y tiene un vino de su propiedad que ofreceros. Ahora bien, Tom, debes decirle que te gusta. Está muy orgullosa de sus cepas.

Cuando entrábamos en la casa, yo iba pensando en los viejos tiempos y en lo que podríamos haber sido Thomas y yo.

Viajé a Allington para renovar mi amistad con Mary Wyatt y al poco tiempo retorné nuevamente a casa. Encontraba cierta paz en nuestros jardines, que tanto me gustaban en mi infancia. Salía a cabalgar a menudo y mi madrastra se preocupaba porque iba sin lacayo. La tranquilicé asegurándole que era capaz de cuidar de mí misma. Ella, siempre pendiente de no imponerme su autoridad, no insistió.

La nueva señora Bolena estaba a menudo ocupada en las cocinas. Creo que aún no se acostumbraba a vivir en una casa como la nuestra. Ella procedía de una familia de ricos hacendados; su padre era un terrateniente, pero nosotros nos habíamos hecho muy distinguidos desde que a mi padre le iban bien las cosas en la corte, y desde que, pensaba yo con amargura, María había encontrado tanto

favor en las sábanas del rey.

Mi madrastra quería a María y nunca hacía referencia a aquel aspecto de su vida.

George y Thomas Wyatt habían vuelto a la corte. Desde mi ventana vi llegar a mi padre. Viajaba con cierta pompa, como correspondía a un caballero de su importancia. Su amistad con el rey y con Thomas Wolsey estaba en su punto máximo. Como diplomático, alimentó las dudas en Francia, cuyo rey no estaba seguro de hacia qué lado se inclinaría Inglaterra en la disputa que Francisco I mantenía con el emperador Carlos. Mi padre, además, era rico; sobre él habían llovido los honores, cosa que me hizo sentir enojo. ¿No podía olvidarse de las rentas de Butler por amor a su hija? Aparentemente, no.

Cuando me enteré de su éxito y de su creciente fortuna, quise oponerme con más fuerza a mi casamiento con James Butler.

Sin embargo, la anunciada visita de Enrique al castillo de Hever, uno de los más grandes honores que un monarca podía hacer a un súbdito, me puso en un segundo plano entre las preocupaciones de mi padre.

En su mente había un solo pensamiento y en ese momento no podía prestar atención a nada más. Quería supervisar personalmente los preparativos. Todos debíamos darnos cuenta de qué importante era el acontecimiento, un indicio de la creciente fortuna de Thomas Bolena y de su aumentada influencia en la corte Tudor.

Me saludó de una forma ausente. Me había visitado una o dos veces cuando yo estaba en la corte de Francia, pero habían sido encuentros muy superficiales. Yo era demasiado pequeña como para despertar su interés. Era cuando sus hijas estaban en edad casadera cuando advertía su presencia.

Me sorprendió ver el afecto que existía entre él y su esposa, lo cual me hizo pensar en la extrañeza de la naturaleza humana. En alguna parte de aquel granítico exterior que caracterizaba a Thomas Bolena había ternura y mi rústica madrastra se las había arreglado de alguna manera para encontrarla.

Me sentí algo mejor dispuesta hacia él, aunque no mucho considerando los planes que tenía para mí.

Mi madrastra estaba al borde del desmayo. Vino a mi habitación para hablar conmigo, puesto que nos habíamos hecho buenas amigas.

—El rey... aquí... ¿Qué va a pensar de mí?

—Pensará lo que pensamos todos nosotros, que sois buena, dulce, amable y gentil y le gustaréis debido a eso.

—Oh, Ana, lo que vos buscáis es tranquilizarme. ¿Qué le daremos de comer? ¿Cómo lo distraeremos? ¿Cómo podemos compararnos con la corte?

—No tenemos por qué hacerlo. Él huye de la corte, pues no es otra cosa lo que los reyes hacen con estas peregrinaciones. Estoy segura de que nunca ha probado una comida mejor que la que vos prepararéis. Sois tan buena cocinera. Nosotros nunca habíamos comido tan bien.

—Es que yo tendría que estar junto a vuestro padre, como la anfitriona...

—Simplemente sed vos misma y recordad que él puede ser el rey, pero que también es un ser humano después de todo.

—¿Cómo podéis decir una cosa así!

—Con convicción. Recordad que estuve en la corte de Francia. Conocí bien al rey de Francia. Aquél era incluso más elegante que este rey y esencialmente solo era un hombre.

—Me haces sentir mejor.

—Todo cuanto debéis hacer, mi señora, es ser vos misma.

—Estaré tan nerviosa...

—Él lo advertirá y os adorará por ello.

—¿Cómo puede ser?

—Porque, según lo que sé del rey, se sentirá encantado de ver que le teméis. Será muy benigno. Le gustarán vuestras maneras. Puedo jurar eso... porque conozco cómo es la realeza.

—Que Dios os bendiga, querida mía. Me siento tan feliz de que estéis aquí...

Qué alboroto había en las cocinas. El olor del asado invadía el castillo. Carne de vaca, de carnero, de lechal, cabeza de jabalí, pescados de todas clases, frutas, enormes pasteles de fantásticas formas y adornados todos con las rosas de los Tudor.

No sabíamos cuándo llegaría el rey. Recorrería el camino cazando y no había hora exacta prevista para su arribo a la casa de la familia Bolena. Mi madrastra era presa de la desesperación. ¿Cuándo debía hacerse la masa para asegurarse de que todo saldría perfecto? Mi padre también estaba nervioso. No debía faltar nada. No debían escatimarse gastos. Ese honor tan anhelado, era al mismo tiempo temido porque dejaba casi en la ruina a los nobles involucrados.

No participé del entusiasmo general. Había vislumbrado al rey en Guiñes y lo había visto de cerca cuando cenó con la reina Claudia y me tocó ser una de las camareras. Incluso había hablado conmigo entonces. Mi contacto estrecho con la realeza me había hecho perderle el temor y quizá por eso no estaba tan

emocionada por la anunciada visita de Enrique. Pasaron dos días y el rey no apareció. Probablemente había cambiado de idea, cosa que mi padre temía y mi madrastra deseaba.

Mi padre me había hecho muy poco caso desde su llegada, lo cual, dadas las circunstancias, era comprensible; pero estaba segura de que tan pronto acabara la visita del rey, se me informaría del «asunto Butler». Quería estar preparada para cuando ello ocurriera, era mucho más importante para mí que la visita de Enrique.

En Hever, uno de mis sitios preferidos estaba en una pequeña rosalada donde solía encontrar paz. Me sentaba durante horas y pensaba en el pasado, en el futuro, adivinando la reacción que tendría mi padre cuando conociera mi negativa a contraer matrimonio con James Butler.

Aquella tarde me dirigí hacia a mi lugar favorito. Era un cálido día de primavera y en el jardín no soplaban casi el viento. Me senté en el banco de madera y me puse a contemplar el estanque y la pequeña figura de Hermes situada por encima del agua, tratando de ensayar lo que diría cuando mi padre sacara a conversación el tema que tanto me preocupaba.

De pronto, oí unas pisadas y por la entrada que había en el seto apareció una figura. Mi corazón, sobresaltado, comenzó a latir con violencia. Y allí estaba él. Parecía más grande de lo que yo recordaba. Tal vez era ahora un poco más corpulento que cuando lo había visto por última vez. Su chaqueta acolchada (que le llegaba solo hasta las rodillas para que las bien formadas pantorrillas de las que estaba tan orgulloso pudieran ser vistas en toda su gloria) estaba armada y tenía apliques muy elaborados, todo lo cual lo hacía parecer muy ancho. Aquella prenda era de terciopelo violeta oscuro, con un chaleco de satén del mismo color con un bordado de rosas: las de los Tudor, por supuesto; en la cabeza, el rey llevaba un sombrero con una rizada pluma amarillo pálido. Las joyas de su indumentaria le daban una apariencia espléndida y destellante.

Yo llevaba un atuendo sencillo. Si mi padre me hubiera podido ver así, nada más ni nada menos que frente a Enrique VIII, se hubiera sentido incómodo. Mi vestido rojo, abierto desde la cintura hasta el ruedo, combinaba perfectamente con las enaguas de satén de un tono más claro de rojo. Llevaba el pelo suelto, y si no fuera por las mangas colgantes que conferían a mi atuendo cierto estilo, podría haber sido confundida con una campesina cualquiera.

Un poco incómoda, sorprendida por la situación, me sentí más que traviesa y decidí gastarle una broma al rey. Ya que a él le gustaba ocultar su identidad tras

los disfraces en las mascaradas, yo fingiría no saber quién era él.

—Decidme, ¿pertenecéis vos a la corte? —pregunté fríamente.

Lo vi estremecerse por la sorpresa. Posteriormente aprendí que no era difícil averiguar su humor a través de sus expresiones. Supongo que habitualmente pensaba que no tenía necesidad de ocultar sus sentimientos, ya que su voluntad era ley. De hecho, llegaría a ver que una sola mirada reducía a la gente a un estado de terror.

—Pertenezco a ella —dijo.

—Ah, entonces —continué—, el rey debe de haber llegado.

—Creo que así es.

—Así que vos pertenecéis a su corte... Debería deciros: «Bienvenido a Hever», pero vuestro retraso ha causado muchos inconvenientes. Os esperábamos antes.

Me miraba con atención. En su mirada vislumbré cierto resentimiento. Sus ojos se hacían mas brillantes mientras me recorrían de arriba abajo. Había en ellos una especie de ternura y lascivia que había visto ya en otros hombres. ¿Sabía él quién era yo? Tenía que saberlo. Allí estaba yo, en casa de mi padre. Él tenía que haber oído hablar de mí a causa del asunto Butler. Eso era otra cosa que me apesadumbraba. Enrique no recordaría nuestro primer encuentro. ¿Por qué iba a hacerlo? Yo no había sido más que una jovencita inglesa en la corte de Francia... casi una niña, demasiado joven como para interesarle. Pero ahora era mayor..., tan mayor como probablemente era María la primera vez que él se fijó en ella. La ira se mezcló con el resentimiento. ¿Creía él que yo era como mi hermana?

—De haber sabido que os encontraría aquí, señora —dijo—, hubiera espoleado a mi caballo.

—Sois muy galante.

—Decidme —agregó—. ¿Sois vos la hija de la casa?

—Sí, lo soy.

—Sois, por tanto, la señora Ana Bolena.

—Ciertamente, sí.

—No dudo de que habéis estado muy entusiasmada por esta visita del rey.

Me encogí de hombros y lo miré a través de las pestañas. En sus ojos brillaron pequeños destellos de ira. Debía tener cuidado. Pero no. Yo había visto la otra luz en sus ojos azules. Aquello no haría ningún daño.

—¿No es así? —preguntó.

—He estado en el extranjero. He pasado muchos años en la corte de Francia, que, según creo, es mucho más espléndida que la de Inglaterra.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Nadie. Es una conclusión personal.

Él se sentó a mi lado. Estaba muy cerca, con sus espléndidos calzones de brocado contra mi vestido.

—Sois una joven muy audaz —dijo—. ¿Qué sabéis de la corte del rey?

—Solo conozco la corte francesa. Marché de aquí con la hermana del rey cuando fue a casarse con el rey Luis y permanecí con ella hasta que volvió a Inglaterra. Luego estuve con la reina Claudia y la duquesa Margarita de Alençon, la mujer más erudita de Francia, y que bien podría serlo de todo el mundo.

—Yo tomo a mal que vos, que nunca habéis estado en la corte del rey, habléis de ella con tal desdén.

—No hablé con desdén, mi señor. Y si no sé nada de la corte inglesa, ¿qué sabéis vos de la francesa?

Él cambió de posición en su asiento. Creí que se estaba comenzando a enfadar. Ya había jugado bastante y ahora quería decir: «¡Yo soy vuestro rey!»; y, de acuerdo con el juego, yo debería caer de rodillas e implorar perdón por mi osadía. Enrique me permitiría implorar mientras sus cejas se fruncieran a causa del descontento. Luego sus ojillos azules destellarían ligeramente, pues me daba cuenta de que, a pesar de mi atuendo sencillo y mi cabello suelto, o tal vez precisamente por eso, a él le gustaba mi apariencia; recordaría a mi hermana ligera de cascos y pensaría que yo sería igual. Luego me perdonaría graciosamente, tal vez me besaría y esperaría ser recibido en mi alcoba aquella misma noche con el consentimiento de mi padre, claro está.

Mientras pensaba en todo eso, crecía la ira contra mi padre y contra todos los hombres que humillaban a las mujeres.

Pero el juego no había acabado.

—No me gustan los franceses —dijo él.

—Muchos de ellos son encantadores.

—Pérfidos... bribones... rompedores de promesas... —murmuró él.

—Oh, mi señor, ellos podrían decir lo mismo de los ingleses.

—Sois una chiquilla atrevida —me dijo—. ¿No teméis que repita vuestras palabras ante el rey?

—No me importaría si lo hicierais.

—¿Creéis que se sentiría complacido de oír vuestra alabanza de nuestros enemigos?

—Espero que sea lo suficientemente inteligente como para ver a esos enemigos como son realmente.

—Creo, señora, que deberíais tener cuidado.

—Todos deberíamos tener cuidado. Pero a veces es más divertido ser un poco temerario. ¿No lo creéis así, mi señor?

—Puede que así sea —dijo él tras darse una palmada en la rodilla. Luego se volvió hacia mí y me puso una mano sobre el brazo y lo apretó con fuerza—. Os daré un consejo: cuidad vuestra lengua, querida.

—Por favor, no os dirigáis a mí de esa forma. No soy vuestra querida.

—Si lo fuerais —respondió él—, os daría una lección.

—Si ese imposible ocurriese, sería yo quien os la daría.

Entonces se echó a reír y se acercó más a mí, pero me alejé.

—¿Qué hacéis aquí durante todo el día? —preguntó.

—Leo, canto, toco el laúd. Cabalgo, camino, escribo un poco. Cuando estaba con *madame* de Alençon, solía leer con ella. ¿Habéis oído hablar del *Decamerón*, mi señor?

—He oído.

—Y juraría que no lo leísteis.

—¿Por qué lo juraríais?

—Porque los galanes como vos emplean todo su tiempo en adornarse con sus bonitas ropas y hacer el amor a las damas.

—Sois, en verdad, una jovencita descarada.

—Digo lo que pienso.

—¿Así que eso era lo que ocurría en la corte francesa?

—En algunos casos, sí.

—¿En el caso del rey?

—Todos sabían de sus *amours*. Siempre habrá quienes crean que es un honor ser la amante de un rey.

—¿Y vos no seríais de la misma opinión?

—En verdad, señor, no vendería tan barato mi honor.

—¡Barato! Juraría que las damas en cuestión no sintieron que en tal caso habían perdido el honor.

—¿Por qué?

—Tendríais que saber que es un honor ser complaciente con el rey.

—He sido educada en la creencia de que una mujer debe reservarse para su esposo.

—Una dama gana en dignidad si es favorecida por el rey.

—¿Dignidad? ¿Bienes mundanos queréis decir, señor? —Me sentía furiosa al pensar en María—. El honor de una dama no tiene precio. Nunca me degradaré hasta el punto de ser la amante de nadie... ni siquiera de un rey.

Se puso de pie y de sus ojos salían llamas. Estaba enfadado, sin duda. Yo había ido demasiado lejos, impulsada por el recuerdo de la humillación sufrida por María en la corte de Francia. Pero ¿quién era yo para ponerme a jugar tontamente con este poderoso monarca? Sin embargo, no pude reprimir mi deseo de fastidiarlo y me sentí atraída hacia él de inmediato. Detrás de su aspecto regio, había algo de inocente en aquel hombre. Aquel amor por los juegos infantiles, probablemente representaba la búsqueda de alguien que no había crecido del todo. Tanto me atraía el rey, que estaba comenzando a perdonarlo por su aventura amorosa con María. Después de todo, María era de cualquiera que quisiera tomarla. ¿Por qué tenía que estar tan resentida con Enrique?

—Os he preguntado, mi señor, si habéis leído el *Decamerón*. ¿Es así? Por favor, decídmelo —me apresuré a preguntar.

—Así es y si vos fuerais una inocente doncella, no lo habríais hecho.

—Siempre he creído que es un error cerrar los oídos y ojos ante lo que ocurre. ¿Cómo va uno a conseguir aprender algo si lo hace así? La duquesa y yo lo leímos juntas. Ella misma está escribiendo un libro del mismo tipo, que me enseñó. Me sentí fascinada —citó algunos de los poemas que había aprendido de Margarita.

Él me escuchó atentamente.

Lo miré de reojo.

—Éste está escrito para ser cantado. Es una tonada de caza —dije y comencé a cantar.

Los ojos se le pusieron vidriosos; la música lo afectaba profundamente.

—Tenéis una voz agradable —me dijo.

—Necesita la ayuda del laúd.

—Es bonita de oír incluso sin él. Tenéis que volver a cantar para mí.

—Puede que lo haga si nuestros senderos se cruzan de nuevo.

—Puede arreglarse para que así lo hagan. Habladme más de esa corte de la que tenéis tan alta opinión. Os aseguro que puedo coronar vuestras historias con lo que pasa en la nuestra.

Describí algunas de las mascaradas, destaqué los exquisitos bailes y las bellas canciones, la inventiva...

—Ya sabéis que los franceses conceden gran importancia al ingenio —le dije—. Tiene que ser tan ligero como una pluma y tan agudo como un florete. El rey de Francia adora el arte. ¿Sabéis que llevó a Leonardo da Vinci a Francia?

—Robado a los italianos. ¡Y también lo intentó con Rafael! Pero ése amaba mucho a su país y rechazó el soborno.

—Francisco I dijo una vez que los hombres podían hacer reyes pero solo Dios podía hacer un artista.

—¿Vos creéis eso?

—Lo creo porque es verdad, ¿no? ¿Habéis visto el *San Miguel* de Rafael? Cuando llegó a Francia tuvo lugar una ceremonia. El rey mismo lo descubrió en la inauguración. Ciertamente, solo Dios puede dar un talento semejante. En cambio a los reyes, son los hombres quienes los hacen y los deshacen. Pensad en la historia: una batalla aquí, otra victoria allá y eso es lo que hace a un rey y a un linaje de reyes.

¡Oh, aquel era terreno peligroso! ¿Estaba él pensando en Bosworth Field y con cuánta facilidad las cosas podrían haberse decantado hacia el otro bando? ¿Qué hubiera sido entonces de Enrique Tudor?

Con sorpresa, descubrí íntimamente que me estaba poniendo en peligro. Enrique de Inglaterra tenía un carácter muy distinto al de Francisco I, con el que me crié. Mi padre se pondría furioso y a la vez se moriría de miedo si pudiera escuchar la extraña conversación que su hija mantenía con Enrique VIII. El brillo de deseo que destellaba aún en sus ojos, me libraba sin embargo de todo terror. Instintivamente sentía que esa mirada un tanto lujuriosa me salvaría. Podía llevar mi broma un poco más lejos. La ira del rey se desataría en extremo.

Él guardaba silencio, ardiendo.

Continué apresuradamente, pensando que era aconsejable hacer un alto.

—Y por una batalla podríamos no haber tenido la gloriosa casa de los Tudor reinando ahora sobre nosotros. ¡Qué calamidad hubiera sido eso!

Él no percibió el toque de ironía de mi voz. Volvía a sentirse feliz. En su naturaleza había realmente un elemento infantil.

—Así que —dije—, eso es lo que creo.

—Habéis estado hablando conmigo, cantando para mí y aún no habéis preguntado mi nombre.

—Bueno, os lo pregunto ahora.

—Me llamo Enrique.

—¡Enrique! Un buen nombre inglés y que compartís con un grande e ilustre personaje.

Él se había puesto de pie. Permanecí sentada, mirándolo. Tenía los ojos entrecerrados, esparrancados y algo majestuoso en él hizo que me pusiera de pie en forma instintiva. Al hacerlo me traicioné.

—¡Vos sabéis quién soy! —gritó.

Ahora estaba realmente encolerizado. Me denunciaría por *lèse majesté*, el delito por el que los actores franceses habían sido arrojados a las mazmorras. Este hombre, según yo creía, sería más letal en la defensa de su realeza de lo que lo era el rey de Francia.

Busqué febrilmente la respuesta, que me llegó con facilidad.

Caí de rodillas, me eché el cabello hacia atrás y levanté los ojos hasta su rostro. Él me estaba mirando con cierta sorpresa y pensé: «Puede que todo salga bien si encuentro las palabras adecuadas». Y llegaron.

—Majestad, ¿quién podría, en vuestra presencia, no darse cuenta de quién sois?

Él se suavizó un poco.

—Conque era un juego, ¿eh? ¡Pensasteis que podíais jugar conmigo! Bien, dejadme que os diga una cosa: no me engañasteis. Os dejé seguir para saber hasta dónde llegaríais.

—Confío en que nuestro pequeño juego no os haya disgustado. Sé que no debo temer que así haya sido. Vuestra majestad tiene un muy fino sentido del ridículo, lo he oído decir, y cuánto os agradan estas pequeñas mascaradas.

Se balanceaba sobre los talones, mientras me tenía allí, arrodillada. Me pregunté qué castigo me infligiría. Pero el pequeño brillo de la lujuria estaba aún en sus ojos.

Oí voces. Venía gente en dirección nuestra, seguramente en su búsqueda.

—Debo irme —dije—. No deben encontrarme aquí.

Enrique estiró un brazo y cogió un mechón de mi cabello.

Salí corriendo de la rosaleda y me escondí entre unos arbustos. Un grupo, conducido por mi padre, entró en mi campo visual. Obviamente, estaban buscando al rey.

Entré corriendo en mi habitación y me miré en el espejo. Tenía los ojos

brillantes, en mis mejillas había un insólito color delicado y tenía el cabello en desorden.

¿Qué acababa de hacer? ¿Qué me había llevado a comportarme de tal forma? Me encontraba en un estado de ánimo extraño. Estaba tan enfadada por el asunto Butler, que había decidido demostrarle al mundo que a mí no conseguirían llevarme de un lado para otro, como a las jóvenes de otras casas nobles. Pero meterme en una discusión semejante con el rey era una absoluta locura.

Me preguntaba qué represalias tomaría. No dejaría pasar mucho tiempo, de eso estaba segura. En algunos momentos había estado realmente enfadado y hubiera dispuesto inmediatamente las medidas para el castigo, pero había algo en mi aspecto que le había llegado hondo, de alguna manera. Aunque yo era virgen, no ignoraba las artimañas de los hombres; conocía aquellos deseos animales que eran de alguna forma impredecibles, pero que, cuando llegaban, podían eclipsar todo lo demás. Francisco y los caballeros de su corte eran mayormente jóvenes y perseguían a las mujeres de la misma forma que lo hacían con los ciervos. Solo tenían que ver una y salían en su persecución. Una sabía exactamente el significado de sus miradas. Con Enrique, sin embargo, era diferente. Recordé las palabras de George. El rey no hacía ostentación de sus aventuras amorosas, y éstas no eran tan numerosas como las de Francisco I. Definitivamente, en el rey de Inglaterra había una cierta moral y una vena sentimental. También había percibido un toque de crueldad, ausente en el rey de Francia, quien, como el hombre inteligente que era, se hubiera divertido mucho con mi descaro; en el caso de Enrique, no estaba segura de nada.

Aquella noche habría un festín durante el cual mi padre agotaría todos sus recursos para divertir al rey, de acuerdo con la costumbre de aquellos nobles a los que el monarca visitaba durante sus viajes por el país. Como hija de la casa, yo sería convocada para exhibir mis talentos... es decir, cantar, tocar el laúd; y él me miraría y pensaría: «Es lo suficientemente guapa para la noche que pasaré aquí. Sin duda se parece un poco a su hermana». Y María lo había estado complaciendo desde hacía bastante tiempo. Había durado más con el rey de Inglaterra que con el rey de Francia.

Pero no podía bajar a la fiesta aquella noche. Sencillamente, no podría soportarlo. ¿Qué podía hacer entonces?

Me quité el vestido, me puse un camisón y me tendí en la cama a escuchar el bullicio que reinaba en el castillo. Se oían voces bajo mi ventana, y, por las risas adulatorias, sabía que el rey estaba en casa. La voz de mi padre sonaba zalamera.

¿Le diría que perdonara a su caprichosa hija o que esperaba que su humilde casa no desagradara a su majestad?

Alguien llamó a mi puerta. Era mi madrastra, que se horrorizó al verme en cama.

—¡Pero, Ana —gritó—, el rey está aquí! Debéis venir a presentaros ante él. Ay, querida, me hallo en un estado de nervios tal... No sé qué hacer. Estoy aterrorizada. Es aún más imponente de lo que había imaginado. Ana, ¿qué hacéis en el lecho?

—Estoy enferma —dije yo—. No puedo levantarme de la cama.

Ella se sintió muy preocupada y sentí una gran ternura hacia aquella mujer.

—¿Qué sientes? ¿Qué puede ser?

—Tengo un constipado. Creo que tengo fiebre y no podré bajar. El rey jamás nos perdonaría si se le contagiara alguna enfermedad de alguien de esta casa.

—Debo prepararos una taza de leche caliente con vino y especias.

—No os preocupéis... Yo ya tenía estos malestares en Francia —era una mentira, pero sirvió—. Lo único que necesito es descansar y estaré bien en uno o dos días. No necesito ningún preparado. Marchaos y no os preocupéis por mí. No me echarán de menos.

—Vuestro padre...

—Habladle de mi enfermedad. Él no querrá que baje en estas condiciones.

Cerré los ojos e intenté tener apariencia de enferma.

¡Mi pobre madrastra! Lo sentía por ella, pues yo sabía que mi rostro estaba exageradamente ruborizado y que eso la alarmaría. No me atrevía a bajar, aun cuando la dulce esposa de mi padre necesitaba mi ayuda. El rey aún estaría resentido por algunas de las cosas que yo había dicho, pero aquello no me alarmaba tanto como la expresión de sus ojos, la misma que había visto en los de Francisco. Margarita me había entendido y ayudado, pero en este caso era diferente; mi instinto me decía que no debía volver a ver al rey mientras estuviera en Hever.

Mi madrastra se inclinó sobre mi cama y me tocó la frente.

—Estáis caliente —me dijo.

Yo asentí débilmente.

—¡Oh, buen Dios, y tiene que ocurrir justo ahora!

—No os preocupéis. Olvidadlo. Vos le gustaréis al rey. Estoy segura de que hay en él tanta bondad como esplendor.

Luego cerré los ojos y ella salió.

Poco después entró mi padre y se quedó de pie junto al lecho mirándome.

—Lo siento, padre —dije con una vocecilla vacilante—. Siento la cabeza muy pesada y tengo bastante fiebre.

—¡En un momento como éste! —gritó él.

Permaneció de pie durante unos segundos y luego se marchó.

Dejé escapar un suspiro de alivio y entendí que en el futuro tendría que refrenar mi naturaleza impetuosa. El impulso de fastidiar al rey había aparecido repentinamente y permití que me dominara, aunque aquello daba lo mismo puesto que, si me hubiera visto en el banquete y me hubiese oído cantar y tocar el laúd, era probable que Enrique esperara más diversión de mí.

Así que permanecí en cama durante todo el tiempo que duraron en el castillo los sonidos del festín y la música. Pensé en el futuro y en lo que ocurriría cuando fuera presentada a James Butler. Sabía que ejercía una atracción especial sobre el sexo opuesto, incluso tanta como mi hermana María. Alguien había hablado una vez de la fascinación de la promesa de mi hermana. Eso posiblemente era verdad porque resultaba obvio, simplemente mirándola, que ella disfrutaba de las relaciones sexuales y que los preliminares del cortejo serían abreviados y la conclusión rápidamente alcanzada. ¡Pero cuán diferente era yo! Dichas relaciones me resultaban indiferentes, no tenía deseos al respecto. Hubiese odiado verme sometida a la humillación de que fue objeto María en Francia. ¿Por qué, entonces, los hombres se fijaban en mí? ¿Sería porque yo era diferente de las otras mujeres? Thomas Wyatt me amaba, Francisco había abrigado intenciones para conmigo y ahora había vislumbrado algo temible en los ojos del rey de Inglaterra. ¿Quién se hubiera atrevido a hablarle como yo lo había hecho aquella tarde? Solo alguien que se sabía deseada. Me gustaba el poder que eso me daba sobre los hombres y quería ese poder.

Era presa de un estado de aprensión y me parapetaba tras mi pretendida enfermedad, pero temía el resultado de aquel día.

A medianoche continuaban oyéndose los sonidos de la fiesta. Yo esperaba que el rey se sintiera satisfecho de la hospitalidad de Hever y no le diera cuenta a su anfitrión del mal comportamiento de la hija de la casa.

Dormí poco aquella noche y cuando mi madrastra entró en la habitación a la mañana siguiente, se asustó por mi aspecto.

Con cierta culpa traté de tranquilizarla; le dije que conocía bien aquellos resfriados, y que todo pasaría rápidamente.

—¿Cómo fue todo anoche?

—Todo fue bien —me respondió—. Los sirvientes se superaron a sí mismos y no hubo contratiempos en las cocinas. Yo tenía que estar sentada a la derecha de su majestad y me hallaba en tal estado de nervios que temblaba como una de mis gelatinas. Él lo advirtió y me dio unas palmaditas en el brazo. «No debéis tenernos miedo —me dijo—. No hacemos ningún daño a las damas dulces». Entonces se echó a reír y me puse también a reír y todo estuvo bien. Él estuvo espléndido y le gustó mucho el cochinillo. Le conté que era una receta que había traído de mi casa; al rey no pareció molestarle en absoluto mi nerviosismo.

—Le gustasteis a causa del mismo —le dije—. Eso indicaba cuánto temor reverencial le tenéis y cuán abrumada estabais por su grandeza.

Pero ella no me estaba escuchando. Sonreía, pensando en la noche.

—Los volatineros estuvieron muy bien y también los juglares. Vuestro padre, siempre tan previsor, les había pedido que cantaran una de las canciones del rey, cosa que lo complació sobremanera.

—Así tiene que haber sido —dije yo.

—Y, ¿sabéis...?, preguntó por vos.

Yo sentí un estremecimiento de alarma.

—¿Y qué fue lo que dijo... de mí?

—«Vuestra hija María, está en mi corte —dijo—. Vuestro hijo también. Pero creo que hay otro... más joven...». Entonces yo le dije: «Majestad, ésa es Ana. En estos momentos yace en su lecho, pues no se encuentra bien». «Oh —respondió él—. ¿Qué aflige a la doncella?». «Ella asegura que no es nada demasiado grave —le respondí—. Una jaqueca... y un poco de fiebre». «Me hubiera gustado verla —dijo él—. ¿Es verdad que toca el laúd?». Le conté cuán bellamente tocabais el laúd y cantabais y cuánto nos avergonzábamos de nosotros mismos ante vuestra gracia y vuestras hermosas ropas. Le dije que habíais estado en Francia y esto no pareció gustarle mucho. «Estaría muy bien si ella se olvidara de su vida allá y se adaptara a las costumbres inglesas». Me apresuré a decirle que sabía que así lo haríais muy pronto. Luego él dijo: «Jaqueca, ¿eh? Decidle que debe de haber permanecido demasiado tiempo expuesta a los rayos del sol».

—¿¡Dijo eso realmente!?

—Sí, exactamente eso. Estuve a punto de decir que el sol no era aún muy fuerte, pero me pareció que eso podía sonar como si lo estuviera contradiciendo.

—¿Es eso todo cuanto dijo de mí?

—Sí, eso fue todo porque comenzó el baile. Tendríais que verlo. Brinca más

alto que nadie. Qué lástima que vos sufrierais esta indisposición...

—¿Cuándo se marchan? —pregunté.

—Hoy mismo. Vuestro padre partirá con ellos. ¡Qué silencioso parecerá todo luego de su partida!

—Y tranquilo —dije yo.

—Ahora descansad, mi querida. Os enviaré un poco de caldo, algo ligero. Debéis intentar tomarlo.

—Lo intentaré... —dije débilmente—, para contentaros, mi adorada madrastra.

Se marcharon. Cuando oí el repiqueteo de los cascos me eché a reír sentada en mi casa.

Aquella había sido una aventura bastante grande y creía haberme salvado de ella con bastante inteligencia. Ahora que todo había terminado, no lamentaba nada. Obviamente él no pudo disimular cierto disgusto cuando hizo ese comentario irónico, señalando que yo había permanecido demasiado tiempo bajo los rayos del sol. ¿Creyó él en mi repentina enfermedad?, me preguntaba. Pero a estas alturas sin duda ya habría olvidado el incidente. Yo no era más que una mozuela impertinente que le había gastado una broma a la realeza.

Oh, bueno, ahora ya había acabado.

Resultaba extraño que mi padre no hubiera mencionado a James Butler. Supuse que había estado tan absorto con la visita del rey, que se había olvidado de cualquier otra cosa.

Al principio me deleité con aquellos días pacíficos. A menudo me sentaba en la rosaleda y volvía a repasar la escena... palabra por palabra y me reía de todo ello. ¡Cuán osada había sido! Pero todo había salido bien. A aquellas alturas, él ya se habría olvidado de mí por completo. Probablemente me había apartado de su mente como a una chiquilla tonta. ¿Habría hablado de mí con mi padre? No creo, de ser así me hubiera enterado.

George y María estaban en la corte, junto a Thomas Wyatt. A menudo veía a Mary Wyatt, ya que nuestra amistad había continuado a partir del punto en que la habíamos dejado en la infancia. Cada vez me sentía más apegada a mi madrastra, pero sus intereses estaban en el jardín de hierbas aromáticas y en las cocinas; era un ama de casa perfecta y mis intereses estaban en otro lado. A menudo pensaba en la época de Francia y en Margarita, y sentía gran nostalgia

por esas conversaciones de alto vuelo, tan estimulantes.

Cada día esperaba que me dieran la noticia de que James Butler estaba de camino a Hever, pero nada ocurría.

Solía sentarme con mi madrastra mientras ella bordaba con destreza y me narraba historias de su humilde vida campesina y de cómo se readaptaba a nuestras costumbres palaciegas.

—Me sorprendió —dijo— que vuestro padre me escogiera.

—Mi padre es un hombre inteligente —le recordé.

—Y que me trajera aquí... ¡donde he llegado a conocer al rey! Nunca hubiera creído que esto fuera posible.

—Puedo entenderlo. Creo que es mi padre el afortunado.

—¡Y he heredado una familia tan encantadora! ¡Vos... que sois una joven dama tan atractiva... tan mundana en vuestras costumbres... y vuestras hermosas ropas y vuestras maneras, y que tocáis el laúd y cantáis tan bien... que os molestáis en hablar conmigo!

—Mi querida madrastra —dije, conmovida—, sois vos quien nos honra.

Y así lo sentía en verdad, porque allí estaba ella, con una bondad extraordinaria, una virtud que no poseía ninguno de los miembros de la familia a la que mi madrastra tanto veneraba.

—Vuestro hermano George... es tan inteligente... pero siempre amable conmigo. Y María... —sus ojos se nublaron ligeramente porque, a pesar de lo afectuosa que era, su educación estricta no le permitía aprobar la conducta de María.

—María es la amante del rey —dije.

—Pobre María, sufrirá remordimientos.

—María, no. Ella se complace... no tanto de su posición como de la relación. Ya sabéis que fue también la amante del rey de Francia.

—Aquel escándalo, sí... lo sé.

—No malgastéis vuestra compasión en María. Ella siempre será lo que es.

—Es una lástima... y su marido, tan bueno.

—Él es débil. Simplemente espera.

—Así debe hacerlo, según dice vuestro padre, debido al rey.

—No debería. ¿Creéis que lo haría si fuera un hombre de verdad?

—El rey es muy poderoso.

—No admiro a Will Carey —dije con firmeza—. ¿Y qué sabéis de James Butler?

—He oído decir que es un joven muy encantador.

—Eso es lo que me dirán. No van a comerciar conmigo. Tendrán que buscar en otra parte, porque no soy un Will Carey.

—Oh, querida, espero que no haya problemas.

—Os habéis casado con un miembro de una familia ambiciosa, querida madrastra.

—Desearía que hubiera menos de eso en el mundo.

—Nadie lucharía por superarse si no fuera por la ambición. Sin ella la vida sería pacífica, pero estática, querida madrastra. No creo que eso fuera totalmente bueno para nosotros. El asunto es que las pasiones deben moderarse; tienen que ser utilizadas por nosotros y no dejar, al revés, que ellas nos dominen. Es entonces cuando las pasiones se tornan peligrosas.

—Sois demasiado inteligente para mí, mi querida, pero es bonito oírlos hablar. Por encima de todas las cosas ansío que encontréis un buen esposo que os ame y al cual améis y que seáis feliz por siempre.

La besé con sinceridad. Ella era para mí más madre de lo que lo había sido la mía propia.

Aquella mujer hizo muy agradable mi estancia en Hever, que no duró demasiado, en realidad.

Un día llegó un mensajero de mi padre. Sería una dama de honor de la reina y debía prepararme para partir sin demora.

El periodo de tranquilidad había terminado. De todas formas, no estaba triste, puesto que la paz eterna no combinaba con mi naturaleza impetuosa. La atmósfera de Hever me resultaba bastante aburrida sin la presencia de mi hermano y Thomas Wyatt, y, a pesar de lo mucho que quería a mi madrastra, estaba muy lejos de ser una compañera estimulante.

Así que no pude evitar sentir expectativa y entusiasmo mientras me preparaba para marcharme del castillo de los Bolena.

AVENTURA AMOROSA

A sí fue como llegué a la corte Tudor, como dama de honor de la reina Catalina.

Aunque en ambos casos, y de forma bastante inusual, estaban presididas por las figuras de reyes jóvenes, fuertes y monumentales, y reinas pías y reservadas, las cortes inglesa y francesa eran muy diferentes entre sí. Las maneras eran galantes en la corte de Enrique, pero menos afectadas; faltaba aquella cualidad intelectual que había sido inspirada por Margarita y seguida por Francisco en Francia; la cultura aquí era menos evidente, a pesar de que el rey era un amante de la música, la poesía y todas las demás artes. Las mascaradas eran menos sutiles y tendían más a los brincos, saltos y las proezas atléticas que a la gracia y el ingenio. En la corte de Enrique había una vitalidad que reemplazaba la lánguida elegancia de la francesa.

Todo aquello me resultaba muy interesante y me sentí revivir en cuanto llegué. Entonces me di cuenta, más que nunca antes, de que el campo no era lugar para mí.

Como dama de honor, se me permitía tener una sirvienta y un perro, que debía ser spaniel. La ración de comida tanto para mí como para mi mascota era más que abundante. Se trataba de alimentos sencillos, sin las caprichosas salsas tan apreciadas por los franceses; mi camarera, mi perro y yo desayunábamos con carne de vaca y pan, y se nos suministraba más cerveza de la que podíamos beber. Para almorzar servían gallinas, palomas, conejos y todo tipo de pasteles salados; y los viernes comíamos anguilas, platija, trigla, albur y todo tipo de pescado imaginable.

Nunca me ha interesado particularmente la comida, pero me alegraba saber que en la corte de Enrique VIII se preocupaban por nuestro bienestar.

Mi hermana fue una de las primeras personas en saludarme.

María era muy bonita y tenía aspecto de estar satisfecha de la vida. Ahora que lo pienso, siempre ha sido así. No había estado completamente abatida ni

siquiera cuando la expulsaron de la corte de Francia. Se lo tomaba todo a su manera, con filosofía y no mostraba signo alguno de vergüenza, a pesar de que era bien sabido en qué términos estaba con el rey. Él había tenido razón cuando dijo que era considerado un honor para una mujer ser la elegida del monarca.

Me abrazó cálidamente y me dijo cuánto se alegraba de verme en la corte.

—Hallarás a la reina un poco seria —dijo, haciendo una mueca.

—Imagino que se parecerá muchísimo a la reina Claudia.

María asintió.

—Ella es sin duda la hija de los reyes de España y nunca lo olvida. Es muy religiosa. Tendrás que rezar mucho. Te dolerán las rodillas.

—¿Y tú, María?

—A mí me va muy bien —dijo ella riendo.

—¿Y qué tal Will?

—También a él le va muy bien.

—Por supuesto, estoy enterada de lo tuyo con el rey.

Ella se echó a reír despreocupadamente y se le hicieron unos bonitos hoyuelos en las mejillas. Difícilmente podían existir en el mundo dos personas menos parecidas que María y yo.

—El rey es muy amable conmigo.

—María... ¿lo amas tú?

—Por supuesto.

—¿Y a Will?

—Will es mi esposo. Por supuesto que lo amo.

Era imposible llegar a un entendimiento acerca de estos asuntos con María. Ella amaba a todo el mundo... especialmente a los hombres. Pude darme cuenta de que no veía nada malo en la cópula. ¿Cómo podía haber algo malo en proporcionar placer? Ella complacía al rey y complacía al esposo. Por supuesto, Will había aceptado el hecho de que ella le gustaba al rey. Lo había hecho de buen talante pues, siendo Will, no tenía fuerza para hacer nada más. Era un miembro de la guardia de corps. Era el mejor puesto al que Will aspiraba y ni él ni su mujer pensaban pedir privilegios especiales.

Cierto era que nuestro padre se había aprovechado de aquella relación y estaba progresando mucho en el favor del rey. Era un buen embajador, un súbdito leal y fiel, pero también se le recompensaba porque tenía una hija hermosa que realmente complacía mucho al monarca.

—¿Te ha dicho el rey alguna vez algo sobre la visita que realizó a Hever? —

pregunté.

—Sí, la mencionó. Dijo que nuestra madrastra le había hablado de recetas de cocina y que él atribuía la excelencia de nuestra mesa a su trabajo.

—¿Eso fue todo?

—Pensaba que era un sitio agradable. No recuerdo nada más.

Así que no había vuelto a pensar en mí después de aquella extraña entrevista. Tal vez lo que ocurría era que quería demasiado a María como para importunarla con el relato del deplorable comportamiento de su hermana.

La reina, quien me impresionó gratamente, me recibió con gracia suprema. La realeza era un atributo natural en Catalina, su calma era beatífica, tenía el rostro ovalado con facciones más bien duras, y me llamó mucho la atención su frente alta. Su cuerpo era rechoncho y sólido. Había soportado muchos embarazos que no llegaron a buen término y si la reina Catalina había sido hermosa alguna vez, ya no lo era. Llevaba un vestido de terciopelo de un azul oscuro intenso, las mangas rectas fruncidas y abiertas en las muñecas, de su cuello colgaba un gran crucifijo. Catalina y Enrique tenían una sola hija, la princesa María, que por entonces debía de tener seis años.

La reina, además, no tenía ninguna necesidad de proclamar su piedad, pues era obvia. Sabíamos que ayunaba los viernes, los sábados y todos los días santos. Veía a su confesor al menos dos veces a la semana, aunque costaba imaginar qué pecados tendría que confesarle y recibía los sacramentos cada domingo. Cada día una de sus damas le leía durante dos horas algún pasaje de un libro devoto, tarea que a menudo quedaba a mi cargo, pues a ella le gustaba el tono de mi voz.

Yo sentía un gran respeto por Catalina, pero no era el tipo de persona con la que uno podía intimar. Creo que sentía constantemente que estaba en una tierra extranjera.

María de Salinas, que la había acompañado como dama de honor cuando vino de España a Inglaterra y que estaba casada con lord Willoughby d'Eresby, era una de sus pocas amigas verdaderas. En cuanto al resto de nosotras, mostraba una dulce tolerancia y nos trataba con bondad. Me gustaba la reina, aunque nunca sentiría por ella un afecto como el que tuve por la reina Claudia o por Margarita.

Yo conocía su historia un tanto trágica. Solo tenía dieciséis años cuando había llegado a Inglaterra para casarse con el príncipe Arturo, dos años menor que ella. Su educación religiosa, formal, habría sido bastante atemorizadora para una niña, lo que no fue un obstáculo para que Catalina adorara apasionadamente

a su madre, la reina Isabel. Tras la muerte de su esposa, el rey Fernando, había manifestado una indiferencia cínica hacia la hija. Así, cuando era una inocente criatura, Catalina de Aragón había sido casada con el príncipe Arturo, que había muerto pocos meses después de la ceremonia. El matrimonio no se había consumado porque todos temían por la salud de Arturo y consideraron que el esfuerzo y la excitación a los que no estaba acostumbrado podían matarlo. Pobre muchacho, había muerto sin conocer esa excitación, y para Catalina, la viuda virgen, había comenzado una etapa de gran ansiedad. Su madre, a quien ella adoraba y que la hubiese llevado de vuelta a España, había muerto y la pobre niña viuda había sido abandonada a las privaciones en una tierra extranjera en la que su único valor parecía residir en su dote, sobre la cual el rey Enrique VII y Fernando de España estuvieron regateando largo tiempo. En consecuencia, Catalina vivió miserablemente durante ocho años en Inglaterra, con muy poco dinero, hasta que murió el viejo rey y el nuevo, Enrique VIII, de dieciocho años, subió al trono y, encendido de romántica caballerosidad y sintiéndose atraído por la hija de los reyes de España, se casó con ella.

A partir de entonces Catalina debería haber alcanzado un paraíso de felicidad, pero la mala suerte la acompañaba. El rey quería desesperadamente un hijo varón pero, por alguna extraña razón y a pesar de que la reina era fértil, el nacimiento de ese vástago tan ansiado no llegaba.

Durante su primer año de matrimonio ella había alimentado las esperanzas de la corte y de su esposo, al dar a luz una criatura. Una niña, era cierto, pero que había nacido muerta. Al año siguiente hubo un hijo varón que trajo gran regocijo solamente durante un mes, antes de morir. Dos años después hubo otro hijo varón que nació muerto, y un año más tarde un parto prematuro. Después de todo eso nació una criatura sana, pero era una niña, la princesa María, la única que había sobrevivido. Siguieron más abortos y se había oído que el rey, en su desesperación, había dicho que alguna fuerza maligna trabajaba en contra suya.

Estoy segura de que aquello le causó una gran infelicidad a la reina. Al menos tenía a la princesa María, a quien adoraba.

Me daba cuenta de que ella obtenía poco placer de las mascaradas y banquetes que tanto deleitaban a su esposo, pero hallaba gran placer en el rezo y los libros religiosos. Tal vez la incapacidad de tener los hijos que tanto anhelaba el rey la había hecho aún más pía.

Catalina amaba las conversaciones serias. Sir Tomás Moro, hombre de gran ingenio, encanto y erudición, era uno de sus favoritos. En ocasiones la oía reír

abiertamente con él y era evidente que no podía compartir incondicionalmente las festividades de la corte. Aunque intentaba identificarse con el espíritu de las mascaradas, no podía expresar la necesaria sorpresa cuando el rey salía de su disfraz revelándose como el monarca.

Por otro lado, la reina no manifestaba ningún rencor hacia mi hermana María. Puede que se diera cuenta de que, si el rey debía tener una amante, era mejor que se tratara de una joven como María que de una mujer codiciosa que pidiera todo tipo de favores. Mi hermana, al menos, no se pavoneaba de su posición. Simplemente estaba allí, sonriendo plácidamente, dispuesta cuando se la requería y cuando no, bastante contenta de darse el placer de calentar el lecho de su esposo.

Creo que Elizabeth Blount había sido menos reservada, aunque sus días de gloria habían acabado antes de que yo apareciera en escena. Ella tenía un hijo varón del rey, del cual él estaba muy orgulloso. Creo que en el fondo él temía que la incapacidad para engendrar un varón sano fuera suya, pero el niño de Elizabeth Blount demostraba que el problema estaba en Catalina.

El estrecho contacto que había tenido con Margarita y el haber escuchado sus disertaciones me había llevado a comprender la importancia que los asuntos del país revestían para los individuos, razón por la cual sentía un gran interés por lo que ocurría a nivel político.

En aquel momento nuestro aliado era el emperador Carlos, sobrino de la reina Catalina de Aragón. Para ella tiene que haber resultado muy angustiioso ver cómo Enrique y Francisco se hacían mutuamente la corte, a pesar de lo cual había ocultado con éxito sus sentimientos cuando estaba en Guiñes y Ardres. Ahora sabía lo que debía de estar sufriendo entonces, al conocer el complot que se urdía contra su sobrino.

En aquel momento, sin embargo, Carlos era nuestro amigo y Francisco nuestro enemigo. La princesa María ya no estaba prometida al delfín, cuyo desposorio se había llevado a cabo en el Campo del Paño de Oro; y, para regocijo de la reina, se hablaba de una alianza matrimonial con el emperador, aunque la pobre niña tenía seis años y él veintitrés.

Pero el hombre de quien más se hablaba, a quien la gente más temía y de quien se decía que era dueño de los oídos del rey en todos los asuntos, era el gran cardenal Thomas Wolsey. De orígenes humildes, había llegado muy alto en la corte Tudor, gracias sobre todo a un gran intelecto, un gran poder resolutivo y cierto encanto en las relaciones personales, cualidad esta que había subyugado

por completo a Enrique VIII. No era solo la inteligencia, había algo más en Wolsey que podría explicar su éxito arrollador, ese ímpetu que lo llevó a ascender a la cumbre de la realeza, partiendo de lo más bajo. Seguramente, con su enorme capacidad para analizar distintas situaciones, la duquesa Margarita hubiera podido descifrar el enigma del cardenal, de quien averigüé todo cuanto pude. «Es hijo de un carnicero. Su padre tenía una carnicería en Ipswich», se mofaban todos. Un hombre como él engendraba inevitablemente envidia, el más mortal de los siete pecados, y el más frecuente, sin duda, en la corte de Inglaterra. Cuanto más lo despreciaban por sus humildes orígenes, más lo honraban por su espectacular ascenso. Debía de tener veinte años más que el rey y se decía que Enrique lo miraba como a un padre. Cualquier problema que surgía era presentado a Wolsey y era raro que el monarca no siguiera su consejo.

El carnicero era un hombre próspero; probablemente tenía sus propias tierras en las que apacentaba su ganado. Sea como fuere, Thomas Wolsey estaba destinado a la Iglesia y, como era de esperar, una vez que hubo tomado los votos sagrados hizo rápidos progresos en la profesión que había escogido. Antes de cumplir los veinte lo destinaron a un arzobispado; se graduó en artes y se lo conocía como *el Graduado*; luego siguió su doctorado en artes y finalmente se convirtió en el capellán de sir Richard Nanfan, teniente de Calais, quien, asombrado por su brillantez, le habló de él al rey Enrique VII.

Aquel fue el gran paso que Wolsey había estado esperando. Enrique VII era astuto, no obstante lo cual se dejó impresionar por los orígenes pobres de un hombre exitoso. Wolsey pronto fue alguien de su confianza. Los hombres influyentes comenzaron a advertir su existencia y uno de ellos fue Richard Fox, obispo de Winchester. Wolsey estaba ascendiendo hacia el pináculo de su ambición, que claramente era la corona papal.

Cuenta la historia que Enrique VII decidió ponerlo a prueba como diplomático y lo envió en misión ante el emperador Maximiliano, a Flandes. El asunto era urgente, dijo el rey, y deseaba que Wolsey actuara a toda velocidad. Tres días más tarde el rey, al mirar por la ventana, vio a Wolsey caminando hacia el palacio de Richmond, y lo mandó a llamar al momento; se preparaba para reprenderle por demorar tanto su partida, pero Wolsey le respondió que ya había estado en Flandes y completado la misión, y que estaba a punto de presentarse ante el rey para informar de lo ocurrido. Que hubiera podido actuar tan rápido y con éxito fue algo que sorprendió gratamente al monarca.

Corrían muchas historias sobre Thomas Wolsey, su inteligencia, su

determinación, su amor por la ostentación. Sus casas eran tan espléndidas como palacios; tenía tanto poder como el rey. Fue nombrado deán de Lincoln y cuando murió Enrique VII, el hijo de éste lo nombró su limosnero y comenzó a derramar honores sobre su figura. En 1515, el papa León X le envió a Wolsey el capelo cardenalicio junto con un valioso anillo. Se organizó entonces una reunión de obispos, en medio de la cual el capelo fue puesto sobre la cabeza de Wolsey. Se había convertido así en el hombre más interesante e importante de la corte Tudor.

Disfrutaba de mi vida allí. En Francia había sido consciente de mi extremada juventud hasta el último año, cuando mi madurez había hecho surgir problemas con los que había temido no poder arreglármelas. Aquí era diferente. Ahora, con dieciséis años, sentía que podía cuidar de mí. Al haber sido educada en la corte francesa, yo sobresalía entre todas las damas de la corte. Me daba cuenta de que atraía la atención y tenía mis admiradores, cosa que me gustaba. Yo no era bonita como muchas de las otras jóvenes, pero sabía mi distinguida presencia que las hacía parecer vulgares.

Vi al rey en una o dos ocasiones y no pareció advertir mi presencia. No sabía si él recordaba nuestro encuentro en la rosalada de Hever y era ésta su forma de demostrarme su desaprobación, pero si era así no me importaba.

Ser un miembro del servicio de la reina significaba que una estaba ocupada en muchos deberes aparte del placer. Me hubiera gustado participar en las mascaradas más a menudo, pero siempre había ciertas tareas con las que debía cumplir. Debíamos sentarnos a bordar con la reina, mientras una de nosotras leía un libro religioso. También debíamos asistir a los rezos.

Cuando la reina se veía obligada a asistir a la fiesta, llegaba mi ocasión de brillar. Siempre dedicaba mucha atención a las ropas que llevaría y esperaba no tener imitadoras. Cuando llegaba el turno de que el rey bailara con las damas, esperaba y al mismo tiempo temía de que fuera yo la elegida por el monarca. De ser así, ¿qué conversación habría entre nosotros? Tendría que refrenar mi lengua, no jugar ningún juego temerario, ya que no tenía ningún deseo de ser desterrada de la corte.

En una de esas fiestas vi una cara nueva entre los caballeros, un joven bastante bien parecido, tal vez falto de elegancia y con aspecto de no pertenecer a la corte.

Advertí que me observaba atentamente y durante el baile se abrió camino hasta mí.

—¿La señora Ana Bolena? —preguntó.

Asentí.

—Vuestro servidor, James Butler.

Me ruboricé y tomé distancia. ¡Este joven torpe, aunque no mal parecido, era el marido que habían escogido para mí!

—Creo —me dijo— que deberíamos hablar.

Me cogió de la mano y miró a su alrededor.

—Dejemos a los bailarines —dijo—. Podemos sentarnos durante un momento... allí.

—Creo que ya es hora de que nos conozcamos —continuó—, en vista de los planes que se han hecho para nuestro futuro.

—Debo deciros de inmediato —le advertí— que no tengo intención de dejarme precipitar al matrimonio.

—Lo han acordado nuestras familias.

—Lo sé muy bien, pero no poseo un temperamento al que se pueda obligar a ir contra su voluntad.

—Es la voluntad de nuestros padres.

—Ya lo sé.

—Y también la voluntad del rey.

—Cuando me case —dije—, será por mi propia voluntad.

—Oh, ya sé que no tengo la gracia de estos galanes de la corte —dijo sonriendo—, pero seré un buen esposo, os lo prometo.

—Puede que sea así, pero me temo que no seré una buena esposa.

—Haré todo lo que pueda para haceros feliz. Estaría dispuesto a esperar... dejaros que me conozcáis... Yo mismo sentí reticencia al principio, y, como vos, dije que no me obligarían a casarme. Pero ahora que os he visto...

—Somos desafortunados... como tantos lo han sido antes —dije—, y sin duda muchos lo serán después. Siempre he creído que los hombres y las mujeres tenían que tener libertad de elección en lo que más les afecta.

La música había parado y nadie bailaba en el salón. Se oía el zumbido de las conversaciones. El rey estaba sentado con la reina a la gran mesa y pude advertir que me estaba mirando de forma directa. Durante algunos segundos no pude apartar mis ojos de su rostro, que tenía expresión tempestuosa. Poco antes había estado sonriendo y aplaudiendo a los músicos.

Pensé: «Me ha reconocido; de pronto se ha dado cuenta de que estoy aquí y está molesto porque soy miembro del servicio de su esposa».

Bajé los ojos.

—No temáis, Ana —estaba diciendo James Butler—. Llegaremos a conocernos y a amarnos. Iremos a vivir a Irlanda.

Me estremecí.

—Oh, no todo son pantanos y salvajes, ¿sabéis?

—No deseo ocultaros la verdad —dije—. No me obligarán a casarme.

Él me tocó delicadamente una mano.

—Hay tiempo... —dijo.

Me puse de pie y me uní a las damas.

Sentía una turbación repentina, no tanto por James Butler como por la ira que había visto en los ojos del rey.

Esperé que me despidieran, pero no ocurrió y entonces respiré con más libertad. Supuse que no había sido más que un recuerdo momentáneo; la verdad es que yo era demasiado insignificante como para ocupar la mente del rey de Inglaterra durante mucho tiempo.

Cuando vi a María, le pregunté si Enrique le había comentado que sabía que su hermana estaba en la corte y aquello pareció sorprenderla.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Me preguntaba si se había fijado en mí.

—Sé que tienes admiradores, Ana —dijo riendo ruidosamente—, pero no creo que el rey sea uno de ellos.

—No pensaba que fuera un admirador mío. Simplemente me preguntaba si te habría dicho algo. Después de todo, soy tu hermana.

Ella negó con la cabeza.

Me dije que me había preocupado inútilmente.

—He conocido a James Butler, el que han decidido que será mi esposo.

—¡Ah! ¿Es agradable?

—Supongo que sí.

—Oh, Ana, me alegro por ti.

—Entonces, no te alegres. No tengo intención de casarme con él.

—¿Por qué no? Es lo que quiere todo el mundo.

—Excepto yo y ocurre que a mí me afecta más que a nadie.

—¿Pone James Butler alguna objeción?

—Aparentemente no.

—Todo irá bien, Ana. Te acostumbrarás.

—María, no soy como tú.

—Bien que lo sé.

—No puedo obtener placer de cualquier hombre.

—Entonces, debes enamorarte de él.

—¿Y es así de fácil?

—Oh, es muy fácil.

Mi querida hermana María nunca entendería mi situación.

James Butler solía buscarme para hablar. Él me gustaba bastante. Era bueno y estaba ansioso por complacerme. No podía evitar obtener cierto placer de su admiración, aunque supongo que todo hubiera sido más fácil si él me hubiera encontrado repulsiva. Sin embargo, yo era lo suficientemente vanidosa como para alegrarme de que no fuera así, a pesar de que eso hiciera más difícil la situación. Me hablaba de Irlanda y de la vida que podía ofrecerme allí. Podríamos viajar a Inglaterra con frecuencia y yo pronto me habituaría a las costumbres de su país.

Permanecía sentada escuchándolo y diciéndome interiormente: «Nunca. Nunca».

Un día vino a verme en estado de absoluta perplejidad.

—¿Os han dicho algo a vos? —me preguntó.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de nuestro matrimonio.

—¿Por qué tendría que decir nadie nada al respecto?

—Fue algo acordado no solo por nuestras familias, sino también por el rey y el cardenal. Vos sabéis, por supuesto, que el conde de Surrey, vuestro tío, deseaba más que nadie este matrimonio, ya que fue él quien lo sugirió.

—Nunca me ha gustado mi tío.

—Hablé con él ayer. Le dije: «He conocido a Ana Bolena. Ya la amo y estoy seguro de que, llegado el momento, puedo conseguir que ella me quiera. Creo que no tendría que haber más demora y debería convencerse a Ana de que nuestra boda sea anunciada cuanto antes». ¿Qué creéis que me respondió?

Negué con la cabeza.

—Que no se volverá a hablar de ese matrimonio.

Sentí que se me levantaba el ánimo pero, al igual que James, estaba perpleja.

—Le pregunté por qué —prosiguió él—. Le dije: «He venido aquí para cortejar a Ana Bolena como me ordenó mi padre. ¿Por qué no se hablará de ello?». Y él me respondió: «Vos sois un niño y no comprendéis estos asuntos. Se os advierte que no digáis nada de esto, pero no debe volver a hablarse de un matrimonio con Ana Bolena». «¡Pero no puedo entenderlo! —le grité—. ¿Qué

hay de esas propiedades?». Él me miró, ceñudo, y dijo con enfado: «¿Es que no entendéis lo que os digo? Os repito que no debe volver a hablarse del tema...». ¡Ya veis! ¿Qué inferís vos de esto?

—Que han encontrado alguna otra solución para el problema.

—Me quejaré al cardenal.

—¿Creéis que el gran hombre se molestará en interesarse por nuestro problemilla?

—Éste no era un asunto trivial, Ana. Nuestra boda iba a unir a las dos familias y asegurar el título y la fortuna para nuestros hijos; pero era además un asunto de Estado, sugerido por vuestro tío Surrey al monarca y al cardenal, debido a que ellos deseaban conservar los servicios que mi padre les prestaba en Irlanda. La posición es la misma. Ellos aún necesitan a mi padre y quieren satisfacer la reclamación del vuestro. ¿Por qué este repentino cambio?

—No lo sé.

—No lo dejaré así.

Y el fogoso joven cumplió con su palabra. Muy tontamente trató de ver a Wolsey; tuvo que haber sido muy persistente, puesto que lo consiguió.

Después me contó que el cardenal le había dedicado muy poco tiempo y le había dicho que no se entrometiera, que ya no habría boda entre él y Ana Bolena.

Eran buenas noticias para mí, pero sentía pena por James. Él estaba muy triste; poco después regresó a Irlanda.

Me habían quitado una gran carga de encima y ya no tendría que luchar por mi libertad. Me encontraba en mi elemento y disfrutaba de cada día; la vida de la corte me sentaba bien. No me molestaba, como a otras damas, la parsimonia y santidad de la reina, pues a pesar de mi amor por el baile, el canto y las mascaradas, me gustaba mucho leer y también escribir. Puse a prueba mi pluma con algunos versos y, aunque no eran gran poesía, tenían cierto encanto. Echaba de menos a Margarita y me preguntaba qué estaría ocurriendo con respecto a los cambios en la Iglesia sugeridos por Martín Lutero. Aquí no había ninguna oportunidad de mantener una conversación de ese tipo. La reina era completamente devota de la Iglesia de Roma y creía, a pesar de su naturaleza bondadosa, que los herejes serían quemados en la hoguera, que era lo que la Inquisición, tan diligentemente servida por la madre de la reina y por

Torquemada, estaba haciendo en su propio país. El rey había escrito un libro contra Lutero y lo habían proclamado *Defensor de la Fe*. Podía imaginarme el tipo de opiniones que encontraría aquí si intentaba discutir el asunto.

Había bastante conmoción en la corte debido a que el emperador Carlos iba a visitar Inglaterra y, por supuesto, habría una profusión de espectáculos para dar la bienvenida a un nombre tan importante, que venía a casarse con la princesa María. Habría muchas mascaradas y las damas escaparíamos a las obligaciones religiosas impuestas por la reina.

Yo estaba de servicio con Catalina en Greenwich, donde la princesa sería presentada al emperador. ¡Pobre niña! Tenía la misma edad que yo cuando marché a Francia. Cómo se sentiría acerca de que le presentaran a un hombre que era tan mayor y que sería su esposo; el delfín era de una edad más cercana a la suya. Éste es el destino de las mujeres, pensé: ser llevadas de un lado a otro según la conveniencia momentánea de sus tutores. A mí nunca me tratarían así. Una vez más me sentí agradecida por aquel giro del destino que truncó mi anunciado casamiento con James Butler.

Estábamos de pie en la puerta del gran salón del palacio de Greenwich, la reina con la pequeña princesa de la mano, mientras se acercaba la barcaza en la que venía el rey, enorme y resplandeciente, cuyo considerable tamaño estaba acentuado por las prendas acolchadas que llevaba, de terciopelo de ricos colores, destellantes de joyas. El emperador parecía casi insignificante a su lado.

El rey contempló la escena con placer: su dócil reina y su pequeña y bonita hija que él entregaba al poderoso emperador como signo de amistad entre sus dos países.

Sus ojos barrieron nuestro pequeño grupo. ¿Se detuvieron un segundo cuando pasaron sobre mí? ¿Vislumbré su expresión de enojo? ¿Iba a recordar cada vez que me viera y un día, quizá cuando estuviera de mal humor, daría rienda suelta a su resentimiento?

La pequeña María se comportó exactamente como le había enseñado su madre, tras lo cual entramos en el palacio.

Una vez dentro, las damas nos pusimos a hablar y alguien dijo que, cuando la princesa tuviera doce años, ella y el emperador se casarían.

—Siempre y cuando —dije— no ocurra nada que lo impida.

—Callad —me dijeron—. Debéis tener cuidado con vuestra lengua, Ana Bolena.

¿No era aquello lo mismo que me había dicho el rey? Era verdad y debía

hacerlo si deseaba permanecer en la corte.

Habría algunos espectáculos interesantes para el emperador, a pesar de que él era el tipo de hombre que prefería quedarse discutiendo de política. Pero el rey debía honrarlo y mostrarle qué corte tan brillante era la suya.

Carlos había traído consigo a muchos diplomáticos un poco más deseosos de disfrutar de las celebraciones de lo que lo estaba su señor.

Fueron días de mucho entusiasmo para todos nosotros. Nos sentábamos con la reina a mirar las justas que se llevaban a cabo en el patio de armas. El rey estaba muy en la delantera y siempre se hacía con la victoria. ¿Quién hubiera osado vencerlo? Yo lo había intentado, de una forma diferente, por supuesto, y ahora allí estaba, esperando que en cualquier momento me desterraran de la corte a causa de mi impertinencia en la rosaeda.

Enrique era un espectáculo en sí mismo y yo no podía dejar de compararlo con Francisco. El rey de Francia, sin dudas, brillaba menos. Nunca llevaba prendas tan acolchadas y los colores de su vestimenta eran más sutiles, armonizaban siempre a la perfección. El púrpura y el dorado de Enrique hubieran resultado vulgares para Francisco, para quien los Tudor eran unos *nouveaux riches*, recién llegados al poder y la gloria y decididos a no permitir que nadie dudara ni por un momento de su fortaleza.

Las justas me divertían porque había siempre un elemento de amor romántico implicado en el asunto. Se suponía que los caballeros estaban justando por el honor de las damas a las que seducirían y harían impunemente a un lado después, si se les daba la oportunidad. El rey mismo montaba un caballo resplandeciente de plata con la divisa *Elle mon cœur a navré*. ¿Quién era ella, la que le había roto el corazón? Desde luego, no era la reina. Ciertamente no era ni mi hermana María ni ninguna de las damas a quienes honraba. Aquello era un juego y él siempre jugaba. En ese aspecto, nunca creció.

Enrique ganó, por supuesto. Vino hasta la reina y se inclinó ante ella representando al esposo fiel que le había sido leal a lo largo de los años, a pesar de que ella lo había decepcionado amargamente al no darle el hijo varón que tanto ansiaba.

Después de la justa hubo un banquete en York House, el espléndido palacio del cardenal, que rivalizaba con las residencias reales. Posteriormente habría una mascarada en que yo participaría.

Fue un acontecimiento esplendoroso. El salón estaba decorado con ricos brocados y tapices e iluminado con lo que debía ser un millar de velas. Pero lo

más interesante era que el suelo había sido cubierto con tela verde para simular hierba y en una esquina de la habitación se erguía un edificio que era la réplica exacta de un castillo en miniatura. Colgaban estandartes de las torres, de las cuales provenía la música.

Al verla, todos profirieron exclamaciones de admiración. Solo nuestro señor cardenal haría el gasto necesario para proporcionar un escenario tal para la fiesta de una noche, decían todos.

En las almenas de aquella réplica estaban sentadas ocho damas vestidas todas con satén blanco; se las había escogido por sus cabellos rubios, ojos azules y piel blanquísima. Representaban las virtudes y cada una llevaba una placa: Prudencia, Justicia, Fortaleza, Templanza, Fe, Esperanza, Caridad y Constancia. Sentadas en el césped al pie del castillo, estaban mujeres que representaban los vicios. Me resultaba divertido, aunque me molestaba un poco que hubieran escogido a las morenas para representar a las malvadas Desdén, Peligro, Maldad, Celos y otros sentimientos similares.

Vestidos de satén azul y paño de oro, entraron luego los caballeros. Llevaban enojados sombreros con plumas en los que lucían nombres como Lealtad, Placer, Juventud y eran conducidos por uno ataviado con mayor magnificencia que los demás, al cual reconocimos enseguida, al menos por su tamaño. El rey era Deseo Ardiente. Yo no veía que eso fuera necesariamente una virtud.

Enrique dirigió el ataque al castillo. Las damas rubias dieron la bienvenida a los caballeros, eran prisioneras de las malvadas morenas que trataban de mantener alejados a los caballeros. En el exterior del palacio se dispararon cañones para completar el efecto. Una idea brillante, dijeron todos. Confiaban en Wolsey para hacer algo diferente. Las damas morenas arrojaban a los caballeros pétalos de rosa y confites; las armas de los caballeros eran naranjas y dátiles.

Evidentemente, las naranjas y los dátiles eran las armas más eficaces y pronto el castillo estuvo en manos de los esforzados caballeros, los vicios derrotados y las virtudes rescatadas.

Luego comenzó el baile.

El rey, por supuesto, era el centro de la danza. ¿Qué pensarían de aquello Carlos y sus embajadores? Parecían bastante complacidos, por lo que tal vez pensarán que alguien que obtenía tanto deleite en diversiones de este tipo sería fácil de burlar en el terreno diplomático. Tal vez fuera así, pero se olvidaban de la astucia e inteligencia del cardenal.

Como una de las damas de la reina, me uní al baile. Estaba cerca del rey y

volvía a ser consciente de su atención. De una cosa estaba segura: Enrique no había olvidado la escena de la rosaleda y todavía me guardaba cierto rencor.

Siempre recordaré aquella noche porque fue cuando vi por vez primera a Henry Percy.

Él estaba al servicio del cardenal Wolsey. Bailamos juntos y después nos sentamos en medio de una conversación. Su admiración me resultaba obvia y en él había algo que me atraía. Era modesto y dulce. Me dijo que yo era diferente de las demás damas de la corte y no me dejó ninguna duda de que encontraba que aquella diferencia era agradable.

—No hace demasiado tiempo que estáis aquí —me dijo—. ¿Vais a menudo a la corte?

—Estoy al servicio del cardenal y debo acompañarlo cada día.

—Yo estoy al servicio de la reina.

—Sí, lo sé. Vos sois la señora Ana Bolena.

—¿Cómo lo sabéis?

Se sonrojó ligeramente.

—Pregunté vuestro nombre. Sé que habéis llegado recientemente de Francia. ¿Encontráis esta corte diferente de la francesa?

—En muchos aspectos sí.

—¿Lamentáis haberos marchado de allí?

—Solo de vez en cuando.

—¿Lo lamentáis en este momento?

—No —respondí honradamente—. En este momento, no —y ambos reímos.

—Yo estoy aquí desde hace mucho tiempo —me dijo—. Mi padre insistió en que me criara en la casa del cardenal, a su servicio.

—Sin duda es un buen entrenamiento para la vida cortesana.

—Para mí eso será todo. En cuanto me sea posible volveré al norte.

—¿Así que sois de allí? Vos sabéis mi nombre. ¿Cuál es el vuestro?

—Henry Algernon Percy.

—Sois del norte y os llamáis Percy, por lo que deduzco que estáis emparentado con los Northumberland.

—El conde es mi padre.

—¿Y estáis deseando volver a casa?

—Hace tanto tiempo que me marché de Alnwick que ya no parece ser mi hogar. He vuelto, por supuesto... Luego, cuando me marché, siento añoranza. El aire es diferente allí... libre y fresco.

—¿Qué tal está el cardenal?

—Bien, creo.

—Quiero decir como señor.

—No se interesa por sus pajes.

—Vos pertenecéis a una casa noble y él es el hijo de un carnicero, pero, aun así, debéis sentir os honrado de que os reciba a su servicio. ¿No os choca eso como algo extraño?

—Si se lo mira de esa forma, tal vez. Pero él es un estadista brillante y yo el no muy inteligente hijo de la casa. Creo que mi padre no tiene un concepto muy alto de mí y desearía que uno de mis hermanos fuera el mayor.

—Los padres raramente se sienten satisfechos de sus hijos. Pero, por otro lado, ¿están siempre los hijos satisfechos de sus padres? ¡Qué lástima que no podamos escogernos los unos a los otros! Eso sería más satisfactorio.

—Pero difícil de acordar.

—Habladme de vos.

—¿Realmente queréis saber?

—Por supuesto que sí. ¿Qué hay de esos hermanos que son mucho mejores que vos?

—¿Thomas e Ingelram? Nos llevamos bien cuando nos encontramos, lo cual no es frecuente, dado que yo estoy aquí, al servicio del cardenal, y ellos... afortunadas criaturas... están allá, en el norte.

—¡Cuánto os gusta el lugar! Me gustaría verlo.

—Un día tengo que enseñaros Alnwick.

—La casa familiar...

—El hogar del clan Percy durante generaciones. Es muy antigua. Por supuesto, ha sufrido agregados y modificaciones desde que fue erigida sobre el profundo barranco de la margen meridional del río Alne. Estaba allí antes de la conquista de los normandos y fue residencia de los señores de Sajonia. Hasta el año 1309 no entró en posesión de los Percy. Ahora es algo muy nuestro; hemos puesto en ella nuestro sello.

—Muy diferente de Hever, mi casa. Ésa, según creo, fue adquirida por mi bisabuelo, que era un mercader y lord mayor de Londres. Un poco mejor que un carnicero quizá, pero del mismo sindicato.

Él me miró con admiración.

—No puedo menos que aplaudirle por ser el bisabuelo de la más encantadora dama de la corte.

—Sabéis cómo decir piropos.

—Habitualmente no, pero ahora no puedo hacer otra cosa que decir la verdad.

—Están comenzando a bailar —dijo—. ¿Nos unimos a los demás?

—Soy muy mal bailarín.

—Yo soy buena, así que todo cuanto tenéis que hacer es seguirme.

Era cierto que no era buen bailarín en absoluto, pero me gustó aún más por ello. En él había una deliciosa honradez.

—Me gusta más hablar con vos —dijo—, cosa que no puede hacerse seriamente durante el baile. Me gusta miraros porque jamás he visto a nadie como vos. No puedo creer que existáis realmente... a menos que no aparte los ojos de vos.

—Os aseguro que no soy un fantasma.

Bromeé un poco, pero él estaba muy serio. Me gustaba su admiración y me sentía atraída hacia él como nunca antes me había sentido hacia nadie.

—Os buscaré —me dijo—. Voy cada día a palacio con el cardenal a presentar los respetos al rey, así que estaré cerca de vos. A menudo ambos permanecen encerrados durante mucho rato.

—¿Y sus sirvientes deben esperarlo?

—Pueden pasearse por los jardines... siempre que no se alejen demasiado.

—Entiendo.

—¿Y las damas de honor de la reina?

—A menudo también se pasean por los jardines.

—Os buscaré —dijo.

Sonreí y pensé, aunque no lo dije: «Y yo os buscaré a vos».

Ése fue el principio de nuestra amistad, que fue creciendo luego. ¿Amistad? Era más que eso. Yo despertaba cada mañana en un estado de alegría como jamás había conocido antes, preguntándome si lo vería aquel día. Me daba cuenta de que aquello era enamorarse.

Él era formal y sincero, diferente de los demás jóvenes. No era sorprendente que, en una corte de imposturas, yo apreciara estas cualidades.

Nunca se me había ocurrido que pudiera enamorarme tan fácilmente. Yo había visto demasiado de las relaciones entre los sexos como para confiarme. Primero venían las frases floridas, los *billets doux*, los piropos, los halagos... y luego todo acababa. Nunca, hasta ahora, pensé que valiera la pena molestarse por algo condenado a ser tan efímero.

Pero Henry Percy no era como los demás. Cuando él decía que yo era diferente de las demás, lo decía sinceramente. Cuando decía que no había pensado en nada más que en mí desde que nos conocimos, también. Tenerle confianza a otra persona era algo maravilloso, y eso era precisamente lo que él me inspiraba.

Pasaron las semanas. Yo solía estar atenta a la llegada de Thomas Wolsey a palacio. A menudo venía en su barcaza, y constituía un espléndido espectáculo con sus atavíos de cardenal y rodeado de sus servidores; viajaba casi con tanta pompa como el rey.

En cuanto Henry me veía, su rostro se iluminaba con una hermosa sonrisa. No era guapo y más me gustaba por eso; nunca sería un campeón de justas y eso me alegraba; carecía del orgullo fatuo que tan a menudo encontraba en la corte. Yo lo amaba y parte de ese amor era protector, pues quería cuidarlo, dejar toda aquella pompa sin sentido e irme con él a aquel castillo barrido por el viento donde, según me decía, los Percy eran tan indiscutiblemente reyes del norte como Enrique lo era de Inglaterra. «Reyes... regidos por reyes —había dicho—. Pero la gente del norte no aceptará que los gobierne nadie que no sea un Percy».

Él me llevaría al castillo y me enseñaría la puerta para salidas, emplazada en una de las dieciséis torres que flanqueaban la construcción; me enseñaría el sitio al que llamaban *Brecha Sangrienta*, nombre dado a un hueco abierto en la muralla por los escoceses, durante las guerras fronterizas que habían estallado intermitentemente a lo largo de los siglos. Me enseñaría Hotspur's Seat, que había sido el lugar preferido de su gallardo ancestro, el fiero Hotspur, muerto en la batalla de St. Albans. Me haría ver los dominios del castillo, el puesto de guardia de la entrada y las estatuas de guerreros dispuestas a lo largo del parapeto para recordar a los visitantes la grandeza de los Percy.

El estar enamorada lo cambió todo e incluso mi aspecto era diferente. Yo estaba como ausente.

—¿Qué le ocurre a Ana Bolena? —preguntaban mis compañeras.

—Creo que está enamorada.

¿Resultaba tan evidente?

Yo esperaba la llegada del cardenal y si por alguna razón no venía, aquel era un día triste para mí, uno por el que había que transitar lo más rápidamente posible, para renovar las esperanzas en el próximo.

Henry y yo nos sentábamos a charlar en los jardines. Había testigos, por supuesto.

Le conté que había llegado a la corte llena de recelos porque temía que me obligaran a casarme con James Butler. Le expliqué que había estado decidida a oponerme a ello y que me alegraba que hubiesen renunciado al asunto y que James Butler se hubiera marchado de la corte.

Entonces él me contó que, cuando era niño, su padre había hablado de un matrimonio entre él y lady Mary Talbot, hija del conde de Shrewsbury.

—Supongo que pensaría que sería una buena alianza la establecida entre Northumberland y Shrewsbury —dije yo.

—Solo existe una a la que tomaría por esposa —respondió él.

Entonces nos abrazamos el uno al otro y yo pensé: «Esto es la perfecta felicidad. Así es como estaré por siempre jamás».

¡Cuánto me quedaba por aprender!

Mi padre no iba a poner obstáculos en nuestro camino. Estaba claro que ya no había una necesidad perentoria de que yo trajera a la familia las propiedades de los Butler y mi padre había perdido interés oficial por la unión, cosa que yo atribuía a algún cambio en la situación de Irlanda. No podía poner objeción alguna a mi boda con un Northumberland, ya que era una de las familias más nobles y antiguas del país; sin duda los Howard se considerarían superiores, pero no hubieran conseguido que los Northumberland estuvieran de acuerdo en ello. En cuanto a que los Percy me aceptaran... bueno, si bien era cierto que mis orígenes no eran de los más nobles, también lo era que mi padre estaba prosperando mucho en el favor del rey y mi hermana era una mujer de bastante importancia en la corte. Qué extraño resultaba que tuviera que considerar las aventuras de María como una gracia, pero yo estaba enamorada y dispuesta por tanto a aceptar cualquier cosa que me llevara a la meta de la que dependía mi felicidad.

En las dependencias de las damas de honor había bastante chismorreó y, naturalmente, se interesaban por mi relación con Henry Percy.

Lo cierto es que no estaba preparada para la tormenta que se venía.

Un día Henry, en una de las habituales visitas de Thomas Wolsey a Enrique, Henry no formaba parte de la comitiva que acompañaba al cardenal. ¿Qué había ocurrido? ¿Estaba enfermo?

Interrogué al respecto a uno de sus compañeros.

—No está enfermo —me dijo—. Pero ha disgustado grandemente al

cardenal, según he oído.

—Entonces, ¿dónde está?

—Ya no está al servicio de Wolsey.

Yo sentía una gran ansiedad. ¿Qué había ocurrido? ¿Lo enviarían de vuelta a casa? Disgustar al cardenal era, a menudo, disgustar al rey. Si lo habían enviado de vuelta a Northumberland, quizá podría reunirme con él allí. Podríamos casarnos. Pero los matrimonios no se acordaban con tanta facilidad. ¿Qué podía significar todo aquello? ¿Qué podía haber hecho Henry, que tanto había disgustado al cardenal?

Durante el resto del día me hallé en un estado de terrible intranquilidad. Aquello pasaría, me decía a mí misma. Después de todo, incluso Wolsey tenía que tener cuidado en cómo trataba al hijo de Northumberland.

Al día siguiente vino el cardenal y yo paseé vigilante por los jardines. Uno de los amigos de Henry vino a decirme que él trataría de venir a verme, pero la cita debía mantenerse en secreto y, si él no llegaba, yo debía entender que había fallado en su intento de llegar hasta mí.

Ahora sabía que algo iba realmente mal.

Fue difícil urdir el encuentro, pero las damas de honor siempre estaban dispuestas a ayudar a los amantes y, después de algunas maniobras, pudimos vernos. Henry vino por el río hasta Greenwich y fuimos a un sitio apartado en los jardines. Me di cuenta de que mi amado era víctima de una gran pena. Nuestro encuentro fue breve y completamente desgarrador.

—Están decididos a detenernos —dijo—. El cardenal me llamó a su presencia y se dirigió a mí de la forma más insultante y bravucona. Dijo que le maravillaba mi locura de querer contraer matrimonio con vos. Me preguntó si había olvidado el lugar que Dios me había llamado a ocupar y por el cual, cuando mi padre muriera, heredaría uno de los condados más nobles del reino y que, por tanto, cómo podía pensar en casarme sin el consentimiento familiar ni el de nuestro rey. Sugirió que el soberano tenía un interés especial en vuestro futuro. No sé lo que quiso decir con eso.

—Yo sí —dije amargamente—. El rey no puede olvidar que una vez le gasté una pequeña broma. No le gustó y desde entonces ha estado decidido a castigarme por mi insolencia.

—Entonces todo el mundo está contra nosotros. Nunca pensé que pudiera existir esta oposición. Vuestro padre ocupa un alto cargo en la corte, cuenta con el favor del rey; y vuestra madre era una Howard. No puedo creer lo que nos está

pasando. Le cedería el derecho de heredad a mi hermano. Desearía no ser el hijo mayor. Le dije al cardenal que tenía edad suficiente como para escoger a mi esposa y rogaría el favor del rey para nuestra unión, ya que estaba seguro de que, si el monarca me lo otorgaba, también lo haría mi padre.

—¿Y entonces? —pregunté yo.

—El cardenal me miró atónito. No estábamos solos y eso lo empeoraba todo, pues varios integrantes de mi compañía estaban allí para presenciar mi humillación. Él se volvió hacia ellos y dijo: «Ya veis que a este tonto muchacho le falta sensatez. Pensé, Henry Percy, que, cuando estuvierais enterado del disgusto del rey, os arrepentiríais de vuestra locura y buscaríais ponerle fin de inmediato». Le dije que nosotros ya nos habíamos dado palabra de matrimonio y que no podía renunciar a vos. Entonces dijo que mandaría buscar a mi padre y eso es lo que ha hecho.

Nos miramos hundidos en la desesperación.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté.

—No hay nada que podamos hacer —respondió él meneando la cabeza.

—Así pues, ¿os dais ya tan fácilmente por vencido, mi Henry Percy?

—Adorada mía, podríamos huir juntos, pero ¿hasta dónde creéis que llegaríamos? Nos arrojarían a la Torre por eso.

—¿Por qué estarán haciendo todo esto? ¿Estoy tan por debajo de vos por nacimiento?

—A mí no me importaría si fuerais una camarera, pero creo que éste no es un caso tan simple.

—Pero vuestro padre quería que os casarais con Mary Talbot.

—Hace mucho tiempo que se habló de eso. Veré a mi padre y hablaré con él. Quizá pueda explicárselo. Tal vez cuando os vea...

—Pero el rey...

—Puede que el cardenal lo haya mencionado solo para hacerme ceder. No puedo entender qué interés puede tener el rey en nuestros asuntos.

—Creo que busca vengarse de mí.

—Pero, mi querida Ana, de desear eso podría haberlo hecho de muchas maneras. Podría haberse negado a que vinierais a la corte.

—No lo entiendo. A veces lo veo mirándome con ira.

—Es vuestra imaginación. Esperad hasta que hable con mi padre. No abandonéis la esperanza, amor mío.

—No, me aferraré a ella. No podría hacer otra cosa.

—Debo partir. El cardenal no debe saber que nos hemos visto.

Nos separamos.

Comenzó a invadirme la aterradorante premonición de que una fuerza diabólica estaba operando en mi contra. Mis enemigos llegarían a límites extraordinarios para buscar la ruina de mi vida, pero ¿quiénes eran mis enemigos?

La reunión entre el conde de Northumberland y su hijo fue en presencia del séquito del cardenal, cuyos caballeros contaron los detalles de la conversación a las damas de la reina. Así fue como me enteré del cariz que tuvo dicho encuentro.

El conde debía de estar atónito por haber recibido una citación para acudir a la corte con el solo fin de que le dieran cuenta de la mala conducta de su hijo, al comprometerse con una joven que no era considerada digna de entrar en la casa de Northumberland.

La entrevista tuvo lugar en el salón principal del palacio de Wolsey. El conde había estado previamente reunido durante un rato con el cardenal; luego salió a la galería, donde su hijo fue llamado a su presencia.

El conde reprendió a Henry llamándolo *orgulloso, licencioso e irreflexivo*. Una injuria tal, como todos debían saber, resultaba tan falta de verdad que el oírla me asombró y enfureció. Su hijo, continuó el airado conde, no sentía ningún respeto por su padre ni por su rey. Podría haber atraído la desgracia hacia su progenitor como a su noble casa. Había hecho lo posible para arruinar tanto al uno como a la otra. Pero afortunadamente su soberano y el noble cardenal habían creído conveniente avisarle de lo que estaba haciendo su libertino hijo y así se había enterado del dolor que se cernía sobre su familia. Había venido a decirle a su hijo que debía desistir de su locura sin demora alguna. Estaba considerando desheredar a Henry y nombrar sucesor a uno de sus hermanos, puesto que los lores de Northumberland tenían grandes obligaciones en el norte y éstas no podrían ser cumplidas por un desastroso libertino.

¡Pobre Henry! Podía imaginar la pena que sintió al ver su carácter desfigurado de aquella manera solo por haberse enamorado y desear casarse. Yo sabía que él no era de palabra rápida, como yo; su temperamento no se encendía como el mío. Eran precisamente aquellas dos cualidades de su carácter las que me habían atraído. Me hubiera gustado estar presente, para poder decirle al conde, y también al cardenal, lo que pensaba de ellos. Pero yo sabía que mi pobre Henry no estaba hecho para lidiar con semejantes personalidades.

Podía imaginarlo allí, de pie aceptando las injurias, aduciendo que me amaba, hablándoles de mis perfecciones. Aquella no era la forma de manejarlos.

Luego el conde se volvió hacia los sirvientes del cardenal, que estaban escuchando todo aquello, y les dijo que no excusaran las faltas de su hijo y que lo trataran con dureza cuando la ocasión así lo requiriera, tras lo cual se dirigió a su barcaza en un estado de enorme enfado.

Intenté ver un lado positivo de la situación. Aquello no era el final, ya que, si les habían dicho a los hombres del cardenal que no lo excusaran, quería decir que permanecería al servicio del mismo. Al menos, no estaría lejos. Sin embargo, esa esperanza se perdió.

Pocos días después me enteré de que Henry había sido desterrado de la corte y que ya había partido hacia Northumberland.

Yo quería ver al cardenal para exigirle que me dijera qué significaba todo aquello. ¿Por qué estaba todo el mundo tan decidido a destruir mi futura felicidad? Les haría recordar a todos que por mis venas corría sangre Howard. Quizá les causara incomodidad lanzar insultos contra el duque de Norfolk. En privado me enfurecí, bramé, inventé conversaciones entre el cardenal y yo en las que lo flagelaba con mi lengua hasta que lo hacía doblegarse; pero, por supuesto, no era otra que mi propia cara iracunda la que me miraba desde el espejo. En mis pensamientos discutía con el rey. ¿Por qué tuvisteis que hacerme esto? Sé que no habéis olvidado aquel episodio de Hever, pues os veo cómo me miráis. ¿Es posible que un gran rey quiera vengarse simplemente porque una jovencita lo hizo sentir como un tonto durante algunos minutos?

Pero aquellas conversaciones imaginarias no hacían otra cosa que incrementar mi furia.

Me sentía muy triste, herida y enojada. Supongo que eso es tener el corazón roto, porque estaba desanimada y no tenía interés por nada.

Mi padre me llamó a su presencia y cuando llegué me miró con frialdad.

—Así que os habéis desgraciado con vuestro Percy —dijo.

—¡Desgraciado! Tendríamos que habernos casado.

—Joven tonta. Tendríais que saber que el matrimonio con el futuro conde de Northumberland debía ser primero acordado por su familia.

—Nosotros somos tan buenos como ellos... casi.

—Habéis disgustado al cardenal.

—¿Por qué tendrían que disgustarle mis asuntos? Si le preocupa mi baja cuna, que le eche un vistazo a la suya propia.

—Sois demasiado osada. Os falta pudor. Vuestra presencia en la corte ya no es necesaria.

—¿Queréis decir que...?

—Lo que quiero decir es que debéis marchar a Hever inmediatamente.

Así que yo también fui desterrada.

No me importaba demasiado dónde estaba. ¿Para qué me servía estar en la corte si él no estaba allí?

Tras atravesar el foso, pasar por el pórtico y entrar en el patio familiar... estaba en casa, desterrada de la corte, desterrada de la alegría para siempre.

Mi madrastra me recibió con afecto y compasión. Se había enterado de la relación amorosa rota.

—Os sentiréis mejor en casa —me dijo—. Os cuidaré.

Caí en sus brazos y, por primera vez desde que aquello había ocurrido, me eché a llorar. Creo que esto la alarmó por lo raro que resultaba en mí; y mi llanto, como me ocurre siempre, era más tempestuoso que el de otras personas, igual que mi enfado y mi placer.

Mi madrastra fue un gran consuelo para mí. A ella podía contarle todo. Le hablé de nuestros encuentros y nuestros planes y ella me escuchó y lloró conmigo.

Me aseguró que me recuperaría con el tiempo.

—El tiempo es nuestro amigo ante los problemas —me dijo—, porque nos dice que la pena no puede durar para siempre.

Yo estaba segura de que la mía sí.

—Nunca lo olvidaré —le dije—. No era ni por asomo parecido al hombre con quien había esperado casarme. No era un guerrero. Me sorprende que pudiera querer tanto a un hombre como él... pero, tan pronto como nos conocimos, supe que era para él y que él era para mí. Él no era como los demás y yo tampoco... pero la diferencia entre nosotros era maravillosa. Oh, me hace bien hablar de Henry... con alguien que pienso que me entenderá.

—Bueno, mi querida niña —me dijo ella—, hablad conmigo. Hablad conmigo... y si queréis permanecer en silencio, nos sentaremos la una junto a la otra... así, muy cerca... y vos sabréis que mis pensamientos están con vos.

No sé cuántas semanas pasaron de este modo, pues perdí la cuenta de los días. A veces yacía en mi lecho desde la salida a la puesta del sol y mi madrastra

subía a la alcoba y permanecía sentada junto a mí.

—No hay nada que merezca el esfuerzo de levantarse —le decía.

Y ella permanecía sentada allí, junto a mi cama, así que, si yo quería hablar, lo hacía, y si permanecía en silencio no importaba. Nunca he olvidado lo que hizo por mí entonces.

Pasado el tiempo, un día llegó un mensajero de la corte, de parte de mi padre.

Entre otras cosas, trajo una carta para mi madrastra. Mi padre quería saber cómo estaba yo. ¿Estaba sumergida en la tristeza de mi frustración?

«Debería saber que Henry Percy está ahora casado con lady Mary Talbot, para quien su padre lo tenía destinado desde el principio».

O sea que todo había acabado. Antes, yo había tenido la loca esperanza de que ocurriera algún milagro y que un día lo vería entrar cabalgando en el castillo.

Aquello era el final y ya no me importaba lo que me ocurriera con mi futuro.

No sé cómo viví durante las semanas siguientes. Durante un tiempo estuve enferma; tenía fiebre y permanecía en la cama durante largos periodos del día, cosa por la cual me sentía agradecida.

Mary Wyatt vino a verme. Me leyó y hablamos mucho de los viejos tiempos en los que todos habíamos sido tan felices.

—Thomas está en la corte —me dijo—. Ahora escribe más. Es el creador de muchos de los espectáculos y al rey le gusta el trabajo que realiza.

Yo no quería oír hablar de la corte.

Mary Wyatt volvió a Allington y era un consuelo saber que no estaba lejos.

Mi madrastra trató de interesarme en algunos puntos de bordado que había aprendido. Estaba trabajando en un palio para la iglesia y me propuso ayudarla.

Trabajé con indiferencia, sin poner el mínimo interés y así fueron pasando las semanas, hasta el día en que llegó un mensajero de la corte.

Debíamos prepararnos para una visita del rey. Estaría en Kent con una partida de caza y debido a que pasaría cerca de Hever, pernoctaría una noche en el castillo. Mi padre le había escrito una lista de instrucciones a mi madrastra. Era posible que el cardenal se encontrara entre los miembros de la partida.

Enfermé de furia.

—No los veré —dije—. Me retiraré a mi habitación y deberá informárseles que estoy indispuesta.

—No podéis hacer eso —razonó conmigo mi madrastra—. No se os permitirá. Se os ordenará que bajéis a saludar al rey.

—Me negaré.

—¿Habéis olvidado que la ocasión en que vino el rey vos os quedasteis en vuestra habitación alegando enfermedad?

—Recuerdo bien —dije ásperamente.

—Debéis tempraros, querida niña. No será tan terrible. Recordad que es solo por una noche y pronto todo habrá acabado.

—No —grité—. No estaré presente.

A la mañana siguiente me volvió la fiebre y esta vez no era fingimiento. Creo que debo de haberla invocado. Permanecí en cama, caliente e inquieta, jurándome que bajo ninguna circunstancia recibiría al rey y su comitiva.

¿Y si me obligaban? Podían hacerlo. Si eran capaces de arruinar mi vida, seguramente podían insistir en que abandonara el lecho y me reuniera con ellos.

Permanecí en la cama, hirviendo de odio. No era tranquila y dulce como mi madrastra. No podía aceptar dócilmente el destino que me había sido impuesto. Siempre que cerraba los ojos veía la siniestra figura del cardenal. ¡Cuánto odiaba a aquel hombre! ¡Cómo se había atrevido a humillar a mi amor! ¡Cómo se había atrevido a hablar de mí como lo hizo!

¡Cuánto me hubiera gustado vengarme de él! Si alguna vez se me presentaba la oportunidad, la aprovecharía con felicidad. Nunca olvidaría. Nunca perdonaría.

Era absurdo pensar que el rey se interesara por mis asuntos. Era el cardenal quien me estaba creando problemas. Después de todo, Henry Percy estaba a su servicio. El cardenal quería controlar a todos los que trabajaban con él; los miraba despectivamente, como el hombre arrogante que era.

Y mientras yacía en mi lecho, pensé: «Solo hay una forma de estar segura. No debo estar aquí cuando lleguen».

Me levanté; con un plan de acción en la cabeza, ahora me sentía mejor. La fiebre había cedido milagrosamente, por lo que debió de haber venido en mi ayuda de la misma forma que ahora me había abandonado de forma tan conveniente.

Me puse mi traje de montar y cabalgué hasta el castillo de Allington, donde Mary me recibió afectuosamente.

—Debo hablar con vos —le dije—. Necesito vuestra ayuda.

—Sabéis que me alegrará prestárosla.

—La partida del rey viene a Hever. El cardenal puede estar entre ellos.

—¡Qué honor!

—No lo veo del mismo modo, Mary. No puedo estar en el castillo cuando lleguen. No puedo enfrentarme a ellos porque temo entonces hacer algo inconveniente para mí y mi familia.

—Ana, debéis refrenaros.

—¿Refrenarme cuando ellos han alejado del mí al único hombre que he amado, arruinado mi vida para siempre?

—Ana, tranquilizaos. Contadme vuestro plan.

—Quiero quedarme aquí durante la visita del rey.

—¿Y no puede ocurrir que envíen a buscaros?

—¿Por qué iban a hacer tal cosa?

—No lo sé. Vuestro padre podría enfadarse y enviar por vos.

—Es verdad. Mi madrastra me ayudará. Se ha comportado maravillosamente conmigo. Le pediré que diga que estoy con vos y que hemos ido a visitar a una amiga vuestra, pero que ella ignora de quién se trata.

—Pueden enviar a alguien para ver si estáis aquí.

—En ese caso, podríamos hacer que vuestra gente finja que no estoy. ¿Lo harían?

—Habría habladurías.

—Lo sé. Pero debo intentarlo. ¿Puedo venir a quedarme solo por unos días en tu casa? Dejadlo todo en mis manos —concluí, tras lo cual regresé a Hever.

Mi madrastra era presa del pánico cuando llegué.

—Me he enterado de que os habéis ido a cabalgar sola, Ana. Ya sabéis...

—Mi queridísima madrastra, soy lo suficientemente mayor como para cabalgar sola y es pleno día. Nadie me hará daño. Hay algo en lo que vais a ayudarme.

Dicho lo cual subimos a mi habitación para hablar. Le dije que iría a quedarme con Mary Wyatt y que mi partida habría sido anterior a la noticia de la llegada del rey. Yo no debía estar en el castillo durante el tiempo que durara la visita real. Como medida de precaución, ella debería informarles que Mary había planeado visitar amigos, razón por la cual no estaríamos todo el tiempo en Allington. Cuando la partida real se hubiese marchado, ella enviaría un sirviente para que me diera la nueva y yo regresaría a Hever.

Hizo falta una gran cantidad de persuasión. Ella odiaba mentirle a mi padre, pero estaba muy preocupada por mi estado de salud y temía que volviera a caer

víctima de la fiebre si me disgustaba; así que al final accedió.

En el momento indicado, tomé mi caballo y me dirigí a Allington.

Mary me recibió cordialmente y le hablé con toda sinceridad de mi odio hacia el cardenal, al cual creía el origen de mis desdichas.

Mi amiga no podía entender por qué él, que estaba tan ocupado con la política de Europa, iba a comprometerse tan profundamente en los asuntos matrimoniales de dos jóvenes de la corte.

Yo tampoco podía entenderlo, pero para mí estaba claro que él se hallaba detrás de todos mis problemas.

—Los cardenales no pueden casarse, por lo que quizá les moleste que los demás encuentren la felicidad por ese camino.

Aquella parecía ser la mejor razón que podíamos encontrar, lo cual hizo que odiara al cardenal más que nunca.

Aquellos fueron unos días cargados de miedo. Cada vez que oía el ruido de los cascos de los caballos en el patio, me ponía en alerta, pero en ninguna ocasión resultó ser el funesto mensajero.

Con Mary dábamos de comer a las palomas, íbamos juntas a cabalgar, me leía algunos poemas de Thomas que no conocía y así iban pasando los días.

Un día llegó un mensajero a Allington, venía de parte de mi madrastra.

La partida real había marchado.

Ya podía volver a casa.

EL DESTIERRO

Las semanas sumaron meses y así pasó un año. Durante ese periodo se le habían adjudicado a mi padre varios cargos de importancia que lo habían convertido en un hombre muy rico; resultaba evidente que era un favorito del rey. Había tenido un considerable éxito como embajador, pero para mí, las acciones del soberano tenían una sola motivación: gracias por darme a María.

Uno no puede llorar eternamente. Había días en los que me olvidaba de mi amor por Henry Percy. No pasaba todo el tiempo preguntándome qué estaría ocurriendo en el castillo que él tanto amaba; me torturaba pensando en cómo sería Mary Talbot, si él todavía la comparaba conmigo y pensaría en aquellos días en los que yo aguardaba a que llegara en compañía del cardenal. Uno tiene que recuperarse de la pena, pero la cicatriz estaba allí y estará siempre. De vez en cuando algo me lo recuerda... pequeñas cosas aparentemente sin sentido como el rocío en la hierba, la forma de una nube en el cielo, el aroma de una flor... imágenes y sensaciones ante las que me maravillaba cuando estaba enamorada... y que me devolvían al pasado.

Mi madrastra me comprendía y trataba con tal ahínco de rescatarme de la infelicidad, que me sentía en la obligación de responder, de fingir que estaba olvidando, lo cual me ayudaba a olvidar, sin dudas.

Me consultaba acerca del gobierno doméstico, y aunque yo no estaba realmente interesada, simulaba solo para complacerla. Cabalgaba mucho; caminaba; cazaba con perros y con halcón; a menudo iba al castillo de Allington y Mary venía frecuentemente a Hever.

En cuanto a mi padre, raramente venía a vernos. No me hizo reproches, como yo había esperado, sino que se comportó como si el caso estuviese cerrado. Sin embargo, no hablaba de mi futuro y yo comencé a sentirme como si mi destino fuera permanecer en Hever para el resto de mi vida. Al menos aquello era tranquilo, y yo le había tomado cariño a la campiña circundante. En un sentido me sentía en casa, pero echaba de menos la corte. Continuaba diseñando

mis vestidos, pero ¿de qué servía si no los veía nadie, excepto los habitantes de la localidad y algunos amigos que vivían en el campo? Aquella gente no entendía nada de moda.

Mi hermana María vino a visitarnos una vez. Estaba chispeante de felicidad, pues la vida era muy buena con ella. Mi madrastra fue presa de un torbellino de entusiasmo, mientras se aseguraba de que todo fuese digno del personaje en que mi hermana se había convertido.

—Puede que sea la amante del rey —dije—, pero aún es María.

María tenía tan poca tendencia a darse aires por la posición que ocupaba como la tenía a sentir vergüenza por ello. Su vida se regía por reglas muy simples y no pasó mucho para que empezara a confiarme algunos secretos.

Cuando estábamos a solas caía fácilmente en el papel de la hermana que, a pesar de ser la mayor, había estado siempre dominada por mí. Nunca pareció entender lo que era la discreción y era fácil averiguar lo que uno deseaba saber.

Por ella me enteré de un hecho que tenía relación con Henry Percy. Al estar cerca del rey, ella había podido observar el efecto que aquello tuvo en los círculos reales; y no porque fuera en absoluto perspicaz, sino porque ni siquiera a ella podía pasarle inadvertido un *contretemps* semejante, especialmente cuando estaba relacionado con su hermana.

—El rey estaba tremendamente furioso —me dijo—. Envió a buscar a Wolsey y no sé qué le dijo pero estuvieron reunidos durante mucho tiempo. Oí a Enrique decir algo acerca de «esos advenedizos de los Bolena» y pensé que aquello era mi fin. «Mandad buscar a Northumberland», gritó. El cardenal se marchó y el rey no me mandó a llamar. Solo supe que estaba muy enfadado porque una mujer de nuestra familia se había atrevido a pensar que podía casarse con un miembro de los poderosos Northumberland. Me sorprendió, después de todo lo que el rey ha hecho por nuestro padre. Pensé que me había tomado repentina aversión. De hecho, ya hace bastante tiempo que no viene a verme. Bueno, he permanecido durante mucho tiempo a su lado. Pocas duran tanto.

—Oh, María —le dije—, desearía que no fuese así. Es tan degradante...

—¿Ser la amante del rey? Mi querida Ana, es un honor. Las damas compiten por ello.

—¿Por qué, María? ¿Por qué vos? Sé que la mayoría lo hace por interés. Buscan honores... riqueza... pero vos...

Los ojos de María se humedecieron al recordar.

—Es un hombre muy refinado —dijo.

—Por supuesto. Tiene una hermosa corona.

—Nunca pensé en ello. Creo que le gustaba por eso. Nadie ha durado nunca tanto tiempo con él... ni siquiera Elizabeth Blount.

—No puedo entender a Will Carey.

—Es un alma bondadosa. Nunca creará problemas. Es razonablemente feliz siempre que no sepa demasiado del asunto.

—Tiene que saberlo... Todo el mundo lo sabe.

—Existe una gran discreción en la corte. El rey quiere que su pueblo crea que es un esposo fiel... y lo sería... si pudiera.

—Todos seríamos virtuosos si el pecado no fuese tan tentador —señalé.

—Bueno, por ejemplo, la reina. Ella se comporta conmigo como si yo fuera una de sus damas de honor. Nunca se hace la más pequeña mención al hecho de que yo visite al rey por la noche. La gente de servicio desaparece cuando entro y cuando salgo; y cuando vuelvo a mis dependencias, nadie pregunta jamás: «¿Dónde habéis estado?».

—Pero todos ellos lo saben.

—Nadie habla de ello y eso hace que parezca correcto.

—Estos asuntos son tratados de otra forma en Francia —dije echándome a reír.

—Bueno, pero este modo es mejor. Hace las cosas más fáciles para todos. Lo cierto es que cuando sucedió aquello con Henry Percy creí que había llegado el fin de mi relación con el rey. Raramente enviaba a buscarme, pero luego, no hace mucho, todo volvió a comenzar repentinamente. Estaba muy afectuoso. Parecía haber olvidado que éramos los advenedizos Bolena y que un miembro de nuestra familia había intentado casarse con otro de la casa de Northumberland.

Era imposible no reírse con María, aunque yo deploraba su posición y hubiera preferido que nuestro padre se las arreglara sin lo que yo llamaba *sus ganancias mal adquiridas*. Además, estaba aburrida en Hever y no podía evitar instar a María a que me hablara de la corte.

Cuando ella se hubo marchado, todo volvió a su realidad campesina.

Tras un año, poco más o menos, de esta tranquila existencia campestre, George volvió a casa, cosa que me alegró mucho. Cabalgábamos juntos y cazábamos tanto con perros como con halcón, pero, y esto era lo mejor de todo, conversábamos.

En una ocasión tuvimos visitas de los Países Bajos. George los había conocido en una de sus visitas al extranjero y los tuvimos alojados en Hever

durante algunas noches.

Recuerdo la noche en que, sentados en torno a la mesa después de la cena, charlamos hasta altas horas de la noche. Nuestros visitantes estaban fascinados por los trabajos de Martín Lutero y hablaban con pasión de las reformas que era necesario introducir en la Iglesia. Hablaron de la creciente ansiedad existente en el mundo católico y de los intentos llevados a cabo para destruir a aquel hombre rebelde. Hasta entonces no habían tenido ningún éxito y el número de seguidores de Martín Lutero iba en aumento. Tendría lugar una revolución en la Iglesia y, como resultado, surgiría una nueva orden de protestantes... una rama de la antigua religión, pero reformada y pura.

Cuando se marcharon, agradeciendo profusamente nuestra hospitalidad y en especial nuestra participación en aquellas interesantes conversaciones, nos dejaron dos libros de Martín Lutero, uno de los cuales era su famoso *Manifiesto a la nobleza cristiana de Alemania*, y el otro, su tesis sobre *La cautividad de Babilonia*.

George y yo pasamos muchas horas leyéndolos y discutiéndolos después.

A mi hermano se le había concedido el señorío de Grimston de Norfolk, por lo cual se sentía extremadamente agradecido.

—El rey ha sido muy generoso con nuestra familia —me comentó—. Nuestro padre ha obtenido grandes beneficios de su hija. Los Bolena siempre han encontrado un camino para mejorar su linaje y lo más extraño es que por lo general ha sido gracias a sus mujeres.

—A veces creo que hubiera preferido permanecer humilde en nuestra casa de mercader de Londres. Aquel hombre, al menos, conservó intactos su orgullo y su honor.

George se rio de mí.

—Mi querida Ana, os habéis convertido en una simple doncella campesina, con vuestros conceptos de orgullo y honor. Al rey le gusta María, pues muy bien. Dejadlo que honre a su familia. Lo que me hace más gracia es que tenga que ser María. ¿Recordáis que la desdeñábamos un poco cuando éramos niños? Ella nunca le encontraba sentido a nuestra conversación. Nunca estaba realmente con nosotros, ¿verdad? Y ahora, ahí la tenéis, nuestra encantadora y pequeña benefactora.

—Te has vuelto cínico, George.

—Es la única manera de vivir en la corte.

—En ese caso quizá sea mejor vivir lejos de la corte.

—Oh... te gusta la vida tranquila, ¿verdad?

—No —dije—. Quiero estar allí. Quiero bailar y cantar y tomar parte en las mascaradas. Quiero saber lo que está pasando en el mundo y no solo oírlo de segunda mano cuando llegan visitantes. Quiero vengarme del poderoso cardenal.

—Mi querida Ana, ¿cómo vais a llevar eso a cabo? —preguntó George riendo estrepitosamente.

—No lo sé.

—Ni lo sabría cualquier otro. Ese hombre está situado muy alto en el favor del rey. Os diré una cosa: Enrique es un Tudor y los Tudor no están muy seguros de sus coronas, lo cual es comprensible. Enrique no puede olvidar que su padre la consiguió de una forma más bien fortuita. Si la batalla de Bosworth hubiera tomado un rumbo diferente, como muy bien podría haber ocurrido... Si Stanley no se hubiera convertido en un traidor..., entonces la historia hubiera sido muy diferente. La corona descansaba de forma más bien insegura sobre la cabeza del padre de Enrique. Wolsey es uno de los que están ayudando a mantenerla firme.

—Sé que es una tontería, pero odio a ese hombre.

—Lo culpáis de lo que ocurrió con Percy.

—Lo regañó de la forma más indecorosa delante de muchas personas. ¿Y qué me llamó a mí? «Una jovencita tonta». Me gustaría demostrarle que no soy eso. Me gustaría hacerlo sufrir tanto como él nos hizo sufrir a mí y al pobre Henry.

—Eso ya está hecho y no tiene remedio, Ana. Nada lo cambiará. Percy sucumbió rápidamente a la presión familiar y se casó con la hija de Shrewsbury. He oído decir que es un matrimonio muy infeliz.

Yo debería haber sentido alguna satisfacción por aquello, pero no fue así, y me sorprendieron mis sentimientos hacia Henry Percy. Había algo maternal en ellos, algo que había hecho que siempre quisiera protegerlo; y a pesar de que no hubiera podido soportar que fuera feliz con Mary Talbot, no quería que fuera desgraciado.

—Un matrimonio así tenía que serlo —dije yo.

—Él tendría que haber tenido más temple.

—Creo que tenía el corazón partido... lo mismo que yo.

—¡Mi pobre Ana! Pero vos no estabais destinada a languidecer con el corazón roto. Me gustaría veros en la corte. Las eclipsaríais a todas.

Tras hablar con George, comencé a pensar que a mí también me gustaría.

George no podía quedarse indefinidamente. Tenía obligaciones a las que

atender en Norfolk y cuando se marchó me sentí desolada.

Un día fui cabalgando hasta Allington y Thomas Wyatt estaba allí. Cuando me vio se le encendieron los ojos de placer; me cogió ambas manos y me besó las mejillas.

—Ana... es maravilloso veros —dijo.

—Es exactamente como me siento por veros a vos.

—Pensé que podríais haber vuelto a la corte.

—Oh, no. Estoy desterrada para siempre. He caído en desgracia.

—Oí la historia. ¡Qué tonto fue Percy! Tendría que haber huido con vos.

—Su padre fue a la corte, ¿sabéis? El rey lo mandó a buscar. Todos estaban en contra nuestra.

—No puedo sentir demasiado pesar por ello. Odiaría cualquier cosa que os apartara de Hever.

—¿Vais a quedaros mucho tiempo en Allington?

—Solo una temporada.

—Entonces nos veremos de vez en cuando.

—Espero que a menudo.

Y así fue. Nos veíamos cada día; él venía a Hever o yo iba a Allington. El tiempo pasaba rápido en una compañía tal. Thomas Wyatt era uno de los hombres más guapos que haya conocido jamás; la naturaleza le había dado prácticamente todos los dones, salvo quizá la discreción, que nunca tuvo mucha. Siempre fue un imprudente. Creo que disfrutaba especialmente coqueteando con el peligro. Era alto y destacaba por sus aptitudes atléticas; era un jinete diestro y sobresalía en las justas, lo cual había hecho que el rey se fijara en él; bailaba con gracia y tenía buena voz para cantar; no muchos acumulaban sobre sí tantos dones. Pero lo mejor que tenía Thomas era su erudición: podía hablar varios idiomas con absoluta fluidez y era un poeta reconocido. Thomas se hallaba tan a sus anchas en una justa como en la más intelectual de las compañías. La expresión de su rostro era viva y sus ojos, azules y límpidos; el cabello rubio se le rizaba en torno a la cabeza, tenía una nariz de forma delicada y una boca sensible. Poseía una distinción especial. Era, a todos los niveles, un hombre de encanto infalible que jamás pasaba inadvertido.

El rey lo había atraído rápidamente a su círculo de amigos íntimos. Le gustaba escuchar sus poemas. Se consideraba a sí mismo un poeta de no poco mérito y yo estaba segura de que sus esfuerzos recibían más aclamaciones que los de Thomas. Sin embargo, una parte de Enrique sabía que, de ellos dos,

Thomas era el mejor poeta, pero la otra parte era demasiado vanidosa e infantil como para admitirlo. Estas dos mitades de su naturaleza estaban en conflicto constante entre sí. Si hubiera sido un poco más intelectual o un poco más vanidoso, lo hubieran comprendido más fácilmente y en consecuencia, quienes lo rodeaban, que dependían de su capricho, hubieran estado más seguros.

En aquella época yo olvidaba la escena en la rosaleta de Hever y hacía tiempo que me había convencido de que el rey no podía realmente haberme guardado rencor por aquello, ya que, de haber querido castigarme por mi insolencia, habría encontrado alguna forma de hacerlo en el momento. No, me decía yo, la rotura de mi compromiso había sido debida al resentimiento del cardenal. Era él a quien debía culpar.

Y ahora, allí estaba Thomas Wyatt, aquel delicioso compañero, para iluminar mi vida enamorándose de mí.

Me habló francamente de sus sentimientos hacia su esposa. Entre ellos no había muerto ningún amor. El suyo había sido un matrimonio acordado por las familias y ella lo quería a él tanto como él a ella.

De alguna manera, eso calmó mi conciencia.

A menudo pensaba: si Thomas no se hubiera casado, ahora yo podría ser su esposa. ¡Cuán diferente hubiera sido mi vida si eso hubiese sido posible! No estaba enamorada de él, pero era el compañero más agradable que había conocido y nadie, ni siquiera George, había ayudado a restañar mis heridas como él.

Thomas no podía quedarse para siempre en Allington porque tenía obligaciones que atender en la corte. El rey, impresionado por su actuación en los torneos, lo había nombrado guardia de corps y ahora tenía otro cargo: responsable de las joyas de Enrique.

—Como podéis ver, he complacido a su majestad —dijo Thomas—. Creo que es principalmente por mis versos y las mascaradas que he organizado en la corte. El rey me ha felicitado por ellos. Me atrevería a jurar que me está echando de menos.

—Por lo tanto, tendréis que volver —dije lúgubrementemente.

—Tengo que arrancarme de vuestro lado, Ana. Desearía que estuvierais allí. Atraeríais los ojos de muchos. No tenéis parangón, ni a mis ojos jamás lo tendríais.

Me miró con ardiente pasión y supe que anhelaba ser mi amante, pero, a pesar de lo mucho que me gustaba que me deseara, nunca sucumbiría. No era

persona de dejarme arrastrar por los sentidos, ni siquiera con aquel hermoso poeta.

Solía leerme sus poemas; algunos hablaban del amor que sentía por mí. Su admiración me hacía bien, pero mi temperamento no era en nada parecido al de mi hermana María y jamás daría lugar a que las cosas se salieran de su cauce.

Tal vez yo era lo que se dice sexualmente fría. O, tal vez, la humillación de que fue objeto mi hermana en la corte de Francia tuvo un poderoso efecto en mi carácter de por sí reprimido.

Así que me bañaba en el amor del encantador Thomas Wyatt, con la clara decisión de no ceder nunca a sus ruegos. Pero aquello me ayudó mucho, pues comencé a ver que había otra vida más allá de la tristeza y el aislamiento en Hever.

Mi madrastra estaba encantada y al mismo tiempo temerosa ante el cambio que veía en mí. Ella era consciente, como debía ocurrirle a todo el mundo, del irresistible encanto de Thomas, y sabía, por supuesto, cuánto había sufrido yo. Sentía una gran ternura hacia ella; me asombraba su desinteresado cariño hacia mí porque era algo que no había tenido de mis padres verdaderos.

—No temáis por mí, querida madre —le dije, ya que en la intimidad de nuestra relación yo la llamaba así y creo que para ella era como una recompensa por la bondad que me había prodigado—. Siempre sabré cómo cuidar de mí.

Y realmente era así.

Cuando Thomas volvió a la corte, me sentí desolada. Releí los libros de Martín Lutero, pero resultó frustrante encontrar nuevos puntos de discusión y no tener a nadie con quien tratarlos. Mary Wyatt no siempre estaba en Allington, y, a pesar de lo mucho que yo quería a mi madrastra, sabía que aquellos temas escapaban a su entendimiento.

Llegó un día en que se confirió a mi padre un honor aún más grande y mi madrastra tenía que asistir a la corte para la ceremonia. Estaba muy nerviosa y hubiese deseado que yo pudiera acompañarla, algo que también me hacía ilusión. Pero, enclaustrada en mi exilio, no recibí invitación para asistir y tuve que quedarme en Hever.

Cuando ella volvió, me enteré de lo ocurrido.

Todo había sido muy impresionante y ella estaba muy orgullosa de su esposo. Era, sin lugar a dudas, un gran hombre, declaré, y ahora había sido creado vizconde de Rochford, y miembro de la Cámara de los Lores.

La ceremonia había tenido lugar en el gran salón de Bridwell. En las paredes

había tapices hermosos y Thomas Bolena había sido conducido hasta el estrado, donde esperaba el mismísimo rey bajo un palio de oro.

—Vuestro padre está enormemente contento —me dijo mi madrastra—. Ha trabajado mucho para conseguir esto. Me dijo que el emperador Carlos está tan satisfecho de los servicios que ha prestado a su país y al nuestro, que le ha concedido una pensión.

—Sí —respondí—, mi padre ha llegado lejos. ¿Habéis visto a María?

—Sí. Está bien y feliz. Las cosas parecen irle bien.

—Juraría que mi padre le está muy agradecido a mi hermana.

—Vuestro padre se ha ganado la prosperidad a través de sus leales servicios al rey —respondió ella con un dejo de reproche y no le llevé la contraria por no disgustarla.

Más tarde me contó que había habido habladurías acerca del recientemente creado duque de Richmond. Era el hijo de lady Talboys, nacida Elizabeth Blount y la gente parecía pensar que era significativo que le hubiesen dado el título.

—Es el hijo de Enrique —dije yo.

—Oh, sí. Parece no haber ninguna duda al respecto. He oído decir que el rey se siente muy orgulloso de él. Se habla mucho de la tristeza del monarca porque la reina no puede tener hijos varones.

—Siempre se ha hablado de eso. Al niño le pusieron de nombre Henry Fitzroy y eso deja las cosas suficientemente claras. El rey nunca ha negado que fuera hijo suyo y de hecho, por lo que he sabido, se siente muy orgulloso de que lo sea, puesto que demuestra que él sí puede tener hijos varones, aunque la reina no pueda.

—Bueno, pues lo ha hecho duque de Richmond y algunos parecen pensar que tendrá un lugar muy especial en la corte.

—No es muy mayor aún, ¿verdad?

—Tiene alrededor de seis años, diría yo. Pero se habló mucho del asunto. Dicen que la reina no estaba muy contenta.

—Imagino que no, pobre señora. Aquello debió de ser como un reproche para ella.

—¡Como si fuese culpa de ella! Semejantes cosas están en las manos de Dios.

—Bien, puedo ver que habéis disfrutado de vuestra pequeña excursión.

—No fue tan malo como había creído que sería. Sabéis cuánto me inquieto con estas cosas. No estoy hecha para ser la esposa de un hombre importante.

—Solo espero que él os aprecie.

A menudo teníamos visitantes en Hever, gente de la corte que venía por invitación de mi padre. No los acompañaba sino que, si viajaban por la vecindad, les decía que allí serían bien recibidos. Me alegraba de poder ayudar a mi madrastra a distraerlos, pues era una forma agradable de mantenerme al tanto de los acontecimientos y me resultaba tedioso vivir apartada en aquel atrasado lugar, sin saber nada del mundo excepto lo que me contaban los visitantes. Sentía que no podía vivir así durante mucho más tiempo, y de hecho no creía que fuese mi destino. Era inevitable que me encontraran un esposo... quizás algún oscuro noble campesino que, después de mi desgracia en la corte, podría ser tenido en consideración siempre y cuando fuera lo suficientemente rico como para estar a la altura de las exigencias de mi padre.

Por estos visitantes, me enteraba de vez en cuando de las guerras en las que habíamos entrado. Ahora éramos aliados del papa y del emperador; la recompensa que mi padre había recibido de este último era por los servicios que había rendido en ayuda del fortalecimiento de los lazos entre él y el rey Enrique.

A veces recordaba el encuentro en Ardres y Guînes, donde los reyes habían hecho tan falsamente su pacto de amistad... las justas, las luchas... toda aquella pompa y todo aquel espectáculo. ¡Qué lastimoso desperdicio! Cuán mejor hubiese sido gastar todo aquel dinero para el bien de ambos países, en lugar reforzar con ese despilfarro la arrogancia y egoísmo de sus soberanos, que ahora eran enemigos.

Siempre me interesaba en las noticias que las amistades de mi padre traían acerca de lo que ocurría en el mundo.

Recuerdo una ocasión en la que estábamos sentados cenando en el gran salón y mi madrastra tenía el rostro enrojecido por el esfuerzo de proporcionarles a los amigos de mi padre una comida digna de la condición de su esposo. Mientras hablábamos, recuerdo que los ojos de ella no se apartaban de los camareros y supuse que sus pensamientos se hallaban en la cocina.

Entonces nos dieron la noticia.

—El rey de Francia es prisionero del emperador.

—¡El rey Francisco! —grité.

—Exactamente, señora Ana. Lo abandonó el condestable de Borbón. Las tropas del papa expulsaron a los franceses de Italia, mientras nuestros soldados invadían el norte de Francia junto con los del emperador. El rey de Francia luchó bien en todos los frentes en los que era atacado y tuvo éxito durante algún

tiempo, pero en febrero las tropas del emperador derrotaron completamente a las francesas, como resultado de lo cual Francisco es ahora prisionero del emperador. Lo tienen cautivo en Madrid.

Me sentí muy triste cuando pensé en él... su galantería, su ingenio, su amor por la belleza, su seguridad en sí mismo. ¡Prisionero! ¡Francisco no, desde luego!

—Tendrá que abandonar muchas de sus conquistas, no me cabe duda —dije.

Quise saber más acerca de lo que pasaba en Francia, un país que consideraba propio, en parte debido a que había crecido allí. Aquella gente era algo más que simplemente nombres para mí. Me preguntaba qué estaría sintiendo Luisa ahora que su César era prisionero del emperador, pero por encima de todo sentía tristeza por Margarita; ella estaría fuera de sí a causa del dolor de la derrota.

Francisco había caído gravemente enfermo en su cautiverio. Hubiera muerto de no haber sido porque Margarita había ido a España a cuidarlo. Había algo muy hermoso en el lazo que unía a aquellos dos hermanos, aunque la gente trataba de rebajarlo acusándolos de incesto. Nunca creí en esa calumnia. Yo podía entender las relaciones que no eran de una naturaleza física, pero para mucha gente este asunto resultaba incomprensible.

Pensaba mucho en Francisco y Margarita e intentaba obtener noticias acerca de ellos, pero pronto comenzó a cambiar mi vida y mis pensamientos se concentraron en mis propios asuntos.

Mi padre vino a Hever. Parecía ligeramente más interesado en mí y estaba más afable. La prosperidad le sentaba bien. Sin duda, el vizconde de Rochford estaba aún más satisfecho de la vida de lo que lo había estado Thomas Bolena.

—No podemos teneros viviendo como una doncella campesina para siempre —me dijo.

Pensé: «Aquí lo tenemos ya. Ahora me propondrá a algún noble rural y deberé estar dispuesta a oír hablar de sus virtudes y de cómo será el esposo adecuado para alguien que no puede esperar algo mejor por haberse desgraciado en la corte».

Pero no fue así.

—Es posible —dijo— que pueda encontrar un puesto para vos al servicio de la reina.

Se apoderó de mí un gran entusiasmo. Yo estaría allí. Thomas estaba allí. George estaba allí. Y también María... y mi padre.

Así pues, debía partir. Mis pecados habían sido olvidados. Ya no era la

desterrada.

COMIENZA LA PERSECUCIÓN

Cuando regresé a la corte, en el año 1526, tenía diecinueve años. Durante el tiempo que duró mi exilio me había hecho más prudente y ya no era la cándida joven que se enamoró de Henry Percy y creyó en el fácil camino hacia la felicidad. Aquella experiencia me había endurecido y estaba decidida a que nunca volvieran a herirme de aquel modo.

Pecaría de falsa modestia si negara que mi vuelta a la corte causó sensación. Se fijaron en mí desde el primer momento de mi reaparición.

George y Thomas Wyatt estaban constantemente a mi lado; pero había otras personas... en su mayoría hombres, entre los cuales se encontraba Henry Norris, un hombre muy atractivo y un gran favorito del rey. Estaba casado con Mary Fiennes, hija de lord Dacre, y tenía un hijo, pero su esposa no estaba en la corte y sir Henry no parecía lamentar su ausencia.

Otro integrante de nuestro grupo era el joven Francis Weston. Acababa de ser nombrado paje y como destacaba en los juegos, se había ganado los favores del rey.

Frank solía contemplarme con franca admiración y debo admitir que eso me gustaba.

Después de haber sido tan despreciada, de haber sido desterrada, era muy gratificante ser recibida de aquella manera a mi vuelta. Thomas Wyatt había confesado su amor hacia mí; las elocuentes miradas de Norris traicionaban sus sentimientos hacia mi persona y, junto con la juvenil devoción de Francis Weston, me sentía muy querida.

Solía ser el centro en las mascaradas de la corte. Tom Wyatt era con mucho el mejor poeta, aunque mi hermano era también bastante bueno en estas lides y Norris tenía gran inventiva para crear escenas y situaciones. Gracias a nuestra influencia, los espectáculos se tornaron más clásicos, introdujimos temas griegos y nos apartamos del estilo que tanto le gustaba al rey, como los viajeros que llegaban de Oriente o de algún lugar exótico, para bailar mezclados con la

compañía con sus espléndidas ropas, hasta que las identidades de todos eran descubiertas y el más alto resultaba ser el rey. Al principio pensamos que tal vez no las aprobaría, pero él amaba la literatura y la buena música; además, su mente era sutil y podía entender las alusiones; consecuentemente, nuestras piezas se convirtieron en sus favoritas.

María estaba un poco triste. Fue franca conmigo y me dijo que creía que el rey ya no estaba interesado en ella. Su imperio parecía haber acabado.

—¿Os ha recompensado por los servicios prestados durante tanto tiempo? —le pregunté.

—Nunca quise recompensa alguna, Ana —dijo ella con toda seriedad.

—No. Supongo que debido a eso durasteis tanto tiempo.

—Sois muy cínica ahora. ¿Qué os ha hecho así, hermana?

—La larga experiencia de la vida.

—Siempre habéis sido bastante hiriente conmigo y con el rey.

—Odio vernos humilladas —le respondí—. ¿Por qué tenemos que ser cogidas y arrojadas, según les convenga a ellos? Deberíamos oponernos. Eso es lo que siento y vos habéis aceptado esa situación. No solo os habéis degradado, sino que habéis degradado nuestro sexo.

—Nunca he oído decir una cosa semejante.

—No supongo que lo hayáis oído. Habéis sido honrada porque vuestro compañero de adulterio era el rey. Imaginad que hubiese sido un mozo de cuadra. ¿Qué hubiera ocurrido entonces?

—¡Ana!

—El principio es el mismo. ¿No lo veis?

Ella sacudió la cabeza.

—En mi caso —dijo—, todo ha acabado ya.

—¿Estáis segura?

—Está melancólico... distraído —dijo asintiendo—. La última vez que lo vi ni siquiera advirtió mi presencia. Me despidieron antes de que pudiera cruzar con él unas pocas palabras. Creo que hay otra.

—¿Quién es ella?

—No lo sé.

—Pronto lo sabremos, supongo —dijo—. Esos asuntos tienen por costumbre hacerse evidentes a los ojos de todos. Todo el mundo estaba enterado de lo vuestro a pesar de la discreción que se supone han tenido.

—Sí. No puede ocultarlo por demasiado tiempo.

—No tenéis aspecto de tener el corazón destrozado.

—Oh... lo siento. Fue muy divertido... pero siempre supe que se acabaría antes o después... y Will es tan paciente...

—Como se vuelve cualquier marido complaciente.

—No deberíais despreciarme. A nuestro padre no le ha ido tan mal y a George tampoco.

—No. Por supuesto. Nuestro padre puede decir: «Bien hecho, buena y fiel hija». Lo siento, María, pero no puede gustarme esa situación.

Mi hermana me maravillaba. Tenía ese tipo de temperamento que le permitía deslizarse cómodamente por la vida. No veía el mal, no pensaba mal, no hablaba mal... por lo tanto, para ella el mal no existía. Era su forma de vivir. Quizá debería haber aprendido algo de esa forma de ver el mundo que tenía María.

La reina Catalina estaba muy cambiada; había envejecido considerablemente, aceptando quizá con resignación que no podía seguir el paso de su marido. Al igual que hacía la reina Claudia con respecto a Francisco, Catalina volvía la espalda a las aventuras amorosas de Enrique; pero ella no había tenido que enfrentarse con la flagrante infidelidad como lo había hecho Claudia. Enrique era, al menos en un sentido, discreto, cosa que le facilitaba a la reina la posibilidad de hacer como que no sabía nada de los *amours* de su esposo. Ella era buena y dulce conmigo. Creo que sentía un poco de pena por mí debido a mi frustrado matrimonio con Henry Percy. Contrariamente a lo esperado, no manifestaba ningún rencor hacia mi familia, a pesar de que María había sido durante mucho tiempo la amante del rey.

Yo tenía algunas obligaciones inherentes a su servicio exclusivo, pero me quedaba mucho tiempo libre para dedicarlo a las actividades de la corte. La reina se había vuelto más religiosa, si ello era posible, y pasaba una gran parte del día con su confesor y rezando. Parecía estar sufriendo de alguna enfermedad persistente que le causaba dolor y la dejaba exhausta. A menudo le resultaba imposible asistir a los espectáculos de la noche, pero eso no significaba que nosotras, sus damas, no pudiéramos hacerlo; por el contrario, nuestra presencia era requerida en las fiestas.

Ahora pienso mucho en Catalina. Debo confesar que entonces lo hacía muy poco. Mi gran alegría era verme libre de su sombría presencia.

En aquella época era feliz; me había recuperado del disgusto provocado por mi desventura amorosa, y había descubierto que no sería desgraciada para siempre. Dudaba de que jamás llegase a amar a alguien como había amado a

Henry Percy, por lo que me sentía libre de cualquier arrebató en ese sentido. Aquel que tanto había amado no era un Adonis, tampoco tenía madera de héroe y, sin embargo, aprendí a quererlo, precisamente, por sus debilidades. En la historia de nuestro amor trunco, no encontraba yo que él fuera culpable de algo. No podía saber, por supuesto, si hubiera sido a su lado una esposa dulce y tierna, como mi madrastra, que pensara primero en él y nuestros hijos y viviera así en paz hasta el final de la vida. Conociéndome, aquello me parecía bastante poco probable, pero a veces pensaba que aquel no había sido un sueño imposible o inútil.

Y ahora, aquí estaba, experimentada, con una cierta comprensión de la naturaleza humana, decidida a no dejarme herir, obligando a mi mente a gobernar a mi corazón, tal vez destinada, por qué no, a ser el centro de un matrimonio brillante. Estaba bien prevenida contra los golpes de la desgracia y podía protegerme; aquel pensamiento me regocijaba. Ya no me sentía vulnerable.

Además, había descubierto una cosa. Podía atraer a los hombres de una forma bastante inexplicable. El atractivo de María era obvio. Ella demostraba cuánto la deleitaba la sexualidad y aquello actuaba como un imán con los hombres. Atraía muchos amantes, aunque no todos poseían la virtud de la constancia. Mi hermano George era bien parecido y sentía una gran afición por el sexo opuesto, por lo que resultaba natural que tuviera un considerable éxito con las mujeres. Yo era diferente. Manifestaba cierta reserva, un desdén hacia el sexo opuesto. No ansiaba con desesperación un amante y, de hecho, estaba decidida a que no hubiese ningún tipo de coqueteo conmigo. Uno hubiese pensado que eso actuaría como un repelente, como yo había observado que ocurría en otros casos, pero en mí era lo contrario. Parecía plantear un desafío. Por otro lado, mi aspecto era poco común. No era bonita como María, ni tenía la buena apariencia de George, parecía la hija adoptada de la familia Bolena: morena, extraña, con mis ropas y maneras afrancesadas. Sin embargo, era eso lo que me hacía tan atractiva para los hombres.

Así pues, allí estaba yo, que ya no sufría por las heridas de mi historia de amor rota y como centro de atracción rodeada de un grupo de admiradores, destacándome en el baile y el laúd.

Estaba decidida a disfrutar este nuevo *status* cuando, en un baile de intercambio de parejas, me encontré cara a cara con el rey. Él dominaba la corte, por supuesto, alto y brillante como era. Me tomó de la mano, para mi sorpresa y me dijo:

—Me alegra veros en mi corte, señora Bolena.

Incliné la cabeza.

—Vuestra majestad es bondadoso.

—Me gusta ser bondadoso con aquellos que me complacen.

Bajé los ojos. El corazón me latía como loco. Ya había visto ese brillo en sus ojos azules, en la rosaleta de Hever.

Él me sujetaba la mano con firmeza y me sonreía.

Continuamos bailando y pasé a mi siguiente compañero de baile. Me sentía muy turbada, pues sabía lo que se avecinaba. El rey había probado a una hermana y ahora quería la otra.

«No —me dije—. Nunca».

Aquella noche no dormí mucho. Traté de recrear mentalmente la escena de la rosaleta, evocando, hasta donde podía, cada palabra que se había dicho. Él había seguido el juego durante un rato y luego se había enfadado. Lo había ofendido fingiendo que tenía dolor de cabeza.

«Decidle que no debe permanecer expuesta demasiado tiempo a los rayos del sol».

Algo así había dicho él.

Nunca me someteré, me dije. ¿Y el resultado? El destierro. La vuelta a la vida de Hever.

Bueno, eso era mejor que ser utilizada durante un tiempo y descartada después, como le había ocurrido a María. ¿Sería aquel el motivo por el que le había dado a ella el *congé*? Quizás él no quería estar complicado con dos hermanas al mismo tiempo. Debía estar preparada y debía ser fuerte.

No pasó mucho tiempo antes de que él dejara claras sus intenciones. No me mandó a llamar, supongo que para no dar rienda suelta a las habladerías de la corte. El rey solía engañarse creyendo honestamente que ninguno de sus súbditos conocía la esencia de sus actos. Era posible que alguien ya hubiera interpretado las miradas que me dirigía y ya se estuviera diciendo: «Así que Ana Bolena será la siguiente». Yo imaginaba las risitas divertidas. ¡Conveniente y correcto! Primero, la hermana mayor y luego, la menor.

El rey se las ingenió para abordarme un día cuando me hallaba sola en una estancia cercana a las habitaciones de la reina.

Estaba sonriendo, mirándome con esos ojos que parecían demasiado pequeños para su gran rostro, brillando como aguamarinas y su pequeña boca que a veces podía parecer severa, relajada en un gesto de satisfacción.

—Ah —dijo—. Señora Bolena.

—Majestad —dije haciendo una reverencia.

Se me acercó brillante y amenazador.

—Os he visto en la corte —dijo— y eso me complace.

—Vuestra majestad es bondadoso.

—Pero no es nuestro primer encuentro, ¿eh?

—No, majestad.

Él me señaló con un dedo de manera jocosa.

—Nuestro primer encuentro... lo recuerdo muy bien. Vos me gastasteis una pequeña broma.

—Majestad, yo era joven y atolondrada...

—¿Y ya no sois así? Sois una gloria adicional para nuestra corte. Vuestra voz me deleita y apenas puedo pensar en alguien que toque mejor el laúd.

Aquel era el momento de decir que nadie superaba a su majestad, pero no lo hice.

Permanecí allí, de pie, tensa, preguntándome qué hacer.

—Debido a que vuestros cantos y música me han complacido, deseo expresaros mi placer y por eso os he traído esto —dijo, sacando de su bolsillo un collar de diamantes y esmeraldas.

Lo sostuvo ante mí mientras sus ojos brillaban de placer y sus manos se preparaban para ponerlo en torno a mi cuello.

—Vuestra majestad me abruma con su bondad —dije tras retroceder un poco.

—No es más que una bagatela y nada comparado con lo que hago por aquellos a quienes quiero.

—Mi señor... mi rey... —balbuceé, pues entonces ya sabía qué papel debía representar—. Vuestra generosidad me abruma, pero no puedo aceptar este regalo.

—¿No podéis aceptarlo? ¿Qué queréis decir?

—Majestad... —levanté los ojos con temor hasta su rostro y me alegré de haberlo hecho. Los ojillos estaban comenzando a ensombrecerse ligeramente y la boca se endurecía—. Soy una simple joven, no puedo aceptar un regalo como ése, ni siquiera de vuestra alteza. Solo podría recibir joyas tales del hombre que fuera a ser mi esposo.

—Eso es una tontería.

—Mi señor, es lo que he creído siempre. No podría, en honor, aceptar un

regalo así. Confío en que vuestra majestad entienda los sentimientos de una joven simple que ha sido educada para respetar su honra y preservarla hasta entregársela a su esposo.

Estaba desconcertado. Yo lo observaba presa de la agitación.

—Entonces —dijo—, me he engañado —y metió bruscamente el collar en el bolsillo y salió de la habitación.

Yo estaba temblando. ¿Y ahora qué? Visualicé la imagen de mi vuelta a Hever. La vida de la corte, de la que estaba comenzando a disfrutar y que tanto había ayudado a sacarme de la melancolía, se había terminado.

Quizá me había equivocado. La prosperidad de mi padre y la de George acabarían también, pero no podía evitarlo. Tenía que dejarle claro que yo no era como mi hermana y no estaba dispuesta a degradarme por hombre alguno... ni siquiera por el rey.

Esperé que cayera el golpe, pero nada ocurrió. Ayudaba a Thomas y George a preparar las mascaradas y cumplía con mis obligaciones en medio de un aturdimiento, esperando cada día que me dijeran que debía abandonar la corte. Luego comencé a pensar que el rey había olvidado el incidente y que no había tenido demasiada importancia para él. Si tan solo eso hubiese sido verdad. Pero lo veía en todas las fiestas; estaba allí sentado, frunciendo el entrecejo de vez en cuando y me encontraba con sus ojos, que me seguían.

Otra vez nos tocó ser pareja en el baile.

—Os burlasteis de mí —me dijo él—. Y no es la primera vez.

—Pido humildemente el perdón de vuestra majestad —dije quedamente—, pero debo ser fiel a mis principios.

—No me gustan aquellos que desatienden mis deseos.

Temí porque Enrique tuviera destinado para mí un castigo mayor que el exilio, pues se lo veía realmente furioso. Sin embargo, pasaron los días y no hubo sorpresas al respecto.

Un día me mandó a llamar y me preparé para lo peor. Estábamos solos en una habitación pequeña. Su humor había cambiado y ya no estaba enojado.

—Soy el monarca de este reino, ¿verdad?

Bajé los ojos. Una pregunta así era obviamente retórica.

—He dado mi vida por el bienestar de mi pueblo y aún hay un miembro de este que me causa dolor.

Levanté los ojos y lo miré con sorpresa.

—Lo ha hecho —me dijo—. Vos sabéis a quién me refiero. Sois vos, Ana

Bolena. Me habéis atormentado desde el momento en que puse mis ojos sobre vos por vez primera.

—Majestad, no era mi intención...

—Ahora sé por qué he sido tan paciente. He sido indulgente. Os habéis burlado de mí. En el jardín de vuestro padre os mofasteis de mí y luego alegasteis un dolor de cabeza para evitar mi presencia. Debí haberos ordenado comparecer, debí condenaros. ¿Y qué hice en lugar de eso? Me dije: «No es más que una niña. Dejémoslo pasar». Y fui delicado para con vos, ¿no? Y vos, ¿me habéis demostrado vuestra gratitud? No, sino que parloteáis de vuestros principios. Podrían haberos enviado a vivir a las salvajes tierras de Irlanda, pero detuve el matrimonio con James Butler. Os podríais haber casado con el llorón de Henry Percy, pero también de eso os salvé. ¿Y por qué? Porque podía darme cuenta de que vos erais diferente de todas las demás y quería que estuvierais en mi corte. Podía ver que erais impertinente... altiva también. Eso no me gusta en mis súbditos y dejé que os marcharais. Me dije que olvidaría los sentimientos que habíais despertado en mí. Y ahora aquí estáis, de vuelta en mi corte, y ya no puedo ocultarme a mí ni a vos el estado de mi corazón. Estoy enamorado. Por todos los santos, jamás he sentido esto por ninguna otra mujer. Os deseo y, cuando seáis mía, os prometo que renegaré de todas las demás.

Yo estaba sorprendida, pero a menudo había pensado en lo que debía hacer si me enfrentaba a una situación como aquella. Es verdad que no esperaba que él fuera tan categórico ni vehemente en sus protestas amorosas, pero estaba preparada para reaccionar de acuerdo a mis principios.

—Pienso, mi noble y caro rey —dije—, que decíais estas palabras en broma, para probarme, sin intención alguna de degradar vuestra principesca persona. Por lo tanto, y para liberaros de la molestia de hacerme más preguntas de este tipo a partir de aquí, le suplico muy seriamente a vuestra alteza que desista y tome a bien esta respuesta mía, que nace de lo más profundo de mi alma. Nobilísimo rey, antes perdería mi vida que mi virtud, que será la más valiosa y mejor parte de la dote que le llevaré a mi esposo.

Él no podía creer en las palabras que oía. ¿Cuántas veces una mujer había rechazado al rey? Seguramente aquella era la primera y tal vez la última.

Debía de estar terriblemente furioso por aquella negativa y me sentí más bien sorprendida al ver la suavidad de su expresión. Posteriormente supe de aquella vena sentimental de su naturaleza que se mezclaba de forma tan extraña con la crueldad de que era capaz. Su carácter era una tremenda masa de

contradicciones, lo que explicaba por qué Enrique VIII era un hombre tan peligroso de tratar. Me había arrodillado ante él.

—Levantaos —dijo.

Durante algunos segundos, nos quedamos contemplándonos el uno al otro.

—Habláis con convicción —afirmó.

—Creo en cada una de las palabras que acabo de pronunciar.

Su boca se endureció.

—Pues continuaré alimentando mi esperanza —murmuró.

Con gran osadía, respondí:

—No entiendo, poderoso rey, cómo podéis retener la esperanza. No puedo ser vuestra esposa a costa de mi indignidad y porque, además, ya tenéis una reina. No seré vuestra amante.

Me miró como si lo hubiera golpeado y luego me dejó, marchándose abruptamente.

Fui presa de una terrible incertidumbre. Podía sentir el peligro mi alrededor. Me asombraba de haber podido hablarle tan osadamente, pero ¿qué otra cosa me quedaba por hacer? La única forma de complacerlo era sometiéndome y entonces comenzaría nuevamente la historia de María Bolena.

Traté de razonar. ¿Estaba dándole demasiada importancia al asunto? Él había tenido queridas antes y, a pesar de que no era tan promiscuo como Francisco y le gustaba llevar sus asuntos amorosos con cierto secreto, era bien sabido en la corte que le atraían las mujeres.

No quería ser otra de sus amantes, lo que me dio el coraje para hablar como lo hice.

Quizás él aceptaría mi rechazo y me borraría de su mente. Francisco podría haber utilizado algún truco si realmente hubiese estado ansioso por mí, pero no creía que Enrique fuera a hacer algo así. Creía que su orgullo era tal, que él me desterraría de sus pensamientos. Si tan solo hiciera eso y me permitiera seguir viviendo en la corte, me sentiría enormemente aliviada.

Decidí que debía confiar en alguien y no había nadie en quien pudiera tener tanta confianza como en George.

Tan pronto como pude, lo busqué.

—Parecéis turbado, George —le dije cuando lo vi.

—Ya puedo estarlo —respondió.

—¡Vos también!

—¿Queréis decir que vos también? ¿Qué os aqueja?

—Contadme primero vuestro problema.

—Es Jane, por supuesto.

Se refería a su esposa. Yo sabía que su matrimonio era tempestuoso. Nunca me había gustado Jane Parker y siempre había pensado que era una lástima que se hubiera casado con ella. Él era del mismo parecer. La unión había sido considerada como bastante buena, ya que de otro modo mi padre no hubiera dado su consentimiento. Jane era la hija de lord Morley; pertenecía a una familia noble aunque empobrecida, y lord Morley no había conseguido cumplir con las exigencias de mi padre por lo que respecta a la dote. El rey lo había ayudado, completando lo que Morley no podía pagar. Aquello era una señal de cuánto favorecía el rey a los Bolena en aquella época y todo gracias, por supuesto, a mi hermana María. ¡Qué lástima que las cosas hubieran salido tan mal!

Jane era muy diferente a George. Era aburrida y estúpida; no podía entender el ingenio de mi hermano y era muy celosa. Creo que lo amaba apasionadamente pero no sabía cómo atraerlo. La posesividad de ella la hacía repulsiva a los ojos de él y, por supuesto, él no era el más fiel de los esposos.

—¿Otro de sus estallidos de celos? —pregunté.

—Si al menos no fuera tan estúpida, podría valer la pena razonar con ella. Nunca entiende nada. Se le mete una idea en la cabeza y no para de repetirla.

—¿Ha descubierto algo relacionado con vuestro mal comportamiento?

—No le hace falta descubrir nada. Lo inventa todo. Dice que os quiero más a vos que a ella.

—¿A mí?

—Sí, a vos, hermana. Dice que estoy pendiente de vos como Thomas Wyatt y el resto y que debería haberme casado con vos en lugar de con ella.

Me eché a reír.

—¿No le habéis dicho que ningún hombre puede casarse con su hermana?

—A Jane no se le puede decir nada. Ahora decidme qué es lo que os inquieta.

—Es el rey.

Me miró fijamente.

—Me ha hecho proposiciones.

—¿Y vos?

—Le he dicho que es imposible.

—Ya sabía que estaba interesado en vos.

—¿Cómo?

—Resultaba obvio. Os observa continuamente. Ha dejado a María. Hacía algún tiempo que no estaba interesado en ella. Tenía que suceder, pero, al ser María tan fácil y siempre dispuesta, tenía que resultarle tranquilizadora. Se convirtió en casi un hábito para él y la aventura continuó adelante, casi como un matrimonio. Ella era tan poco exigente, pero desde que habéis llegado a la corte, él se ha comportado de una forma afectadamente casta.

—No puedo creer que eso se deba a mí.

—Él tiene una vena sentimental. En su naturaleza hay un componente romántico. Ha cambiado mucho; está más silencioso y meditativo. Me parece que está verdaderamente enamorado.

—Los reyes no se enamoran como los simples mortales. Se limitan a mirar al objeto de su deseo y decir: «¡Venid!».

—¿Y vos?

—Le he dicho que no seré su amante y que no puedo ser su esposa debido a mi falta de realeza, mi indignidad, la llamé; y le recordé que él ya tenía una esposa, por lo que el asunto está cerrado.

—Sois osada.

—Lo dije en serio, George, pero me siento inquieta.

—Tenéis motivos para estarlo.

—¿Qué creéis que hará él?

—Es difícil de decir. Hasta ahora no ha hecho nada. Supongo que los Bolena perderemos su favor. Una lástima, cuando estaba comenzando a labrar mi futuro.

—Lo siento.

Puso una mano sobre la mía.

—Estoy bromeando —dijo—. Burlar al rey es un asunto delicado.

—Ya lo sé. Lo hice antes. Fue hace mucho tiempo, en nuestro primer encuentro. Hice como que no sabía quién era él y, aparentemente, fui impertinente, pero me perdonó. ¿Sabéis que fue él quien evitó mi matrimonio con Butler?

Mi hermano me dirigió una mirada de asombro.

—Sí, y también mi matrimonio con Henry Percy.

—Me asombré por lo de Butler; fue muy misterioso. Nuestro padre se sintió muy molesto, pero Wolsey le advirtió que no le mencionara el asunto al rey. El conde de Butler ha estado disfrutando de las propiedades desde entonces. Así

que... ¡ésa era la explicación! —dijo mirándome con incredulidad—. Pero eso fue hace mucho tiempo. ¿Por qué esperó tanto? Me temo que el rey está muy impresionado con vos.

—Fui exiliada a Hever, adonde él acudió poco después, pero durante su permanencia me alojé en Allington y no volví a tener noticias después de aquello. De eso hace tres años. Si yo le interesaba, tiene una extraña forma de demostrarlo.

—Es muy extraño. No tengo ninguna duda acerca de que está profundamente cautivado por vos ahora y puedo entenderlo. Tenéis muchos admiradores y al rey siempre le ha gustado ir a la cabeza de la caza. Y espera ganar. Todo el mundo debe ponerse a un lado mientras él reclama la victoria. Siempre ha sido así. El que haya esperado tanto supongo que tiene que ver con tu parentesco con María. Creo que puede considerárselo como un pecado... casi como si María fuese su esposa. Él da mucha importancia a asuntos de ese tipo. Para deciros la verdad, Ana, siempre tiene un ojo en el cielo para asegurarle a Dios y a sus santos que lo que él hace es por el bien de su pueblo. Debe justificar cada uno de sus actos, por lo menos frente a sí, aun cuando a menudo se engaña. El carácter de Enrique es verdaderamente complejo, tiene el poder absoluto sobre todos nosotros y mientras lo utiliza para sus propios fines, pretende engañar a las huestes celestiales induciéndolas a creer que él está actuando de acuerdo con su conciencia. A veces las cosas tienen que forzarse para que encajen, pero él es un hombre que sabe cómo ser indulgente consigo mismo...

—¿Qué debo hacer, George?

—Tendréis que esperar a su próximo movimiento.

—¿Y cuando lo haga?

—Eso depende de lo que haga.

—Si está molesto, y creo que lo estará porque tiene que ser para él un duro golpe que alguien lo rechace, ¿qué creéis que hará?

George se encogió de hombros.

—Será un golpe, sí, pero vos tratasteis el tema de la forma más correcta... todo eso sobre la virtud tiene que haberlo conmovido. Pensará en el ángel que está allí arriba tomando notas y en que cuando le llegue el momento no podrá llevarse consigo su corona, su poder y su gloria. Esperad, Ana. Puede que acepte lo que decís y renuncie a vos como a la presa que no pudo cazar. Por otro lado, cuando piense en vuestra temeridad al rechazarlo, puede que invente algún cargo y os haga despedir de la corte. Creo que debéis estar preparada para eso. Vuestra

presencia aquí le recordará su fracaso y no creo que eso le guste.

—Odiaría marcharme, George. Aquello era aburrido, pero ahora lo será aún más.

—Hay una alternativa.

—¿Cuál?

—Seguir los pasos de nuestra hermana.

—¡Eso nunca lo haré! Y vos deberíais saber que es impensable. He sentido mucha vergüenza por María. Es tan humillante lo que pasó aquí como lo que sucedió en la corte de Francia.

—Esos galanes franceses no fueron muy galantes después, ya lo sé.

—¡Todos hablando de ella de aquella forma tan obscena!

—Enrique no haría eso. Él no comenta los detalles de sus *amours* con nadie, pues eso iría en contra de la imagen que tiene de sí mismo. Además, estoy seguro de que en cierta forma él está convencido de que es fiel a la reina Catalina.

—Tengo mucha inquietud.

—Si alguien puede manejar esta situación, ésa sois vos. Debéis estar preparada para cualquier dirección en la que sople el viento. Yo lo estoy. Y si se nos despoja de nuestros honores, tendremos que volver a comerciar en Londres. Al menos será interesante.

—George —le dije—, me sois de gran consuelo. Sabía que así sería.

—No os inquietéis. Ocurra lo que ocurra, lo afrontaremos.

Thomas notó que yo había estado preocupada. En la corte, cercana a Greenwich, me había aficionado a caminar río abajo, a mirar cómo bogaban las embarcaciones y de paso pensar profundamente en mi vida.

Solo había pasado un día desde que el rey se me había insinuado y no lo había visto desde entonces. Esperaba que en cualquier momento me dijeran que debía marcharme; él no me lo diría personalmente. Habría alguna orden en la que se sugiriera de forma vaga que sería mejor para mí regresar a Hever.

Thomas Wyatt me había visto y se acercó a hablar.

—¿Por qué tan triste? ¿Por qué sola? ¿Cómo os las habéis compuesto para escapar de vuestros admiradores?

—Parece que no lo he conseguido del todo —respondí.

—Éste os encontrará adonde quiera que vayáis. Pero, decidme, Ana, ¿qué

ocupa vuestros pensamientos?

—Es el rey —le dije.

—¿Os ha hecho alguna sugerencia?

—Habéis acertado.

—Me lo imaginaba.

—Entonces, ¿para vos resultaba tan obvio?

—Bastante. Él no es de los que esconden sus sentimientos. Vi sus ojos siguiéndolos, con una determinada expresión. Interés sería una palabra demasiado suave para describirlo.

—Estoy asustada.

Él asintió.

—Pero vos entendéis que no quiera seguir los pasos de María y convertirme en la amante de Enrique.

—Por supuesto. Vos sois orgullosa. No os rendiréis hasta estar enamorada. ¿No es así?

—Sí, lo es.

—Querida Ana, cómo desearía...

—La vida es como nosotros la hacemos, supongo. No sirve de nada desear que sea diferente.

—¿Qué mal hay en desear?

—Ninguno, supongo, siempre que recordéis que no puede ser.

—A menudo pienso en aquellos días en Hever, Allington... y en Norfolk. Parecía que el destino quería que nuestras familias estuvieran juntas tanto en Kent como en Norfolk. Tendríamos que habernos dado entonces palabra de matrimonio.

—¿De niños?

—¿Por qué no? ¿No hubo siempre entre nosotros ese sentimiento especial?

—Si no recuerdo mal, tanto vos como George me desdeñabais por mi edad y sexo.

—Atribuid eso a la locura de la juventud.

—Vos y George solíais hablar de grandes aventuras, de cómo destacaríais y ganaríais batallas y honores. No recuerdo que yo tuviera ningún papel en todo aquello.

—Pero siempre os amé, Ana.

—Thomas, creo que para vos, al igual que para muchos miembros de vuestro sexo, el amor es algo aparte de vuestra vida... una placentera diversión a la que

volver cuando las aventuras comienzan a hartaros.

—¿Así fueron las cosas con Percy?

Negué tristemente:

—No... precisamente por eso él era diferente. Para él, yo siempre hubiera sido lo primero.

—Y tanto es así que consintió en casarse muy rápidamente con la hija de Shrewsbury.

—Pobre Henry, simplemente no pudo hacer frente a las presiones. Ya sabéis cuán atemorizante puede ser Northumberland. Además, el rey insistió y también lo hizo el poderoso Wolsey.

—Hicieron bastante escándalo en torno a aquel asunto —me estremecí—. Vayámonos de la corte —me dijo—. Desafiémoslos a todos.

Me reí de él.

—Habéis estado sentado al sol por demasiado tiempo —le dije.

—Vos sabéis que Elizabeth y yo no vivimos juntos. Nuestro matrimonio es un desastre.

—La mayoría de los matrimonios parece serlo —respondí.

—Habitualmente son acordados por la conveniencia de la familia.

—¿Es, pues, ése el motivo de que haya tantos fracasos?

—¿Quién sabe? ¿Qué vais a hacer, Ana?

—Deploro la forma en que vuestro sexo trata al mío. Pensáis en nosotras como en juguetes para un rato y cuando ése ya no os excita, vais a buscar otro. ¿Creéis que me someteré alguna vez a una humillación semejante?

—No.

—Por tanto, nunca seré la amante de ningún hombre.

—¿Ni siquiera la del rey?

Negué con vehemencia.

—Estáis jugando un juego peligroso, Ana.

—No lo escogí.

—En un sentido, sois culpable. Os habéis hecho ver en la corte.

—He sido yo misma, que es cuanto puedo ser.

—Siempre puede hacerse algo. Pienso que me queréis un poco. Tan solo suponed que no me hubiera casado... Suponed que fuéramos libres.

—Estáis casado, Thomas, así que no tiene sentido considerar el asunto.

Toqué la placa enjovada que tenía colgando de una cadena en torno a la cintura. Era una de mis joyas favoritas y casi siempre la llevaba; tenía grabadas

mis iniciales. Pensaba en lo que podría haber ocurrido si Thomas no hubiese estado casado. Quizás aquella hubiera sido una unión que mi padre aprobara. Los Wyatt eran viejos amigos. Sin duda hubiese habido regateos acerca de mi dote, pero sir Henry no hubiese sido inflexible al respecto. Quería mucho a Thomas, pero no estaba realmente enamorada de él. Juré no enamorarme otra vez.

Uno de los eslabones de la cadena se rompió y la placa se salió. Le di vueltas en la mano; me recordaba los viejos tiempos en Hever y Allington.

—Os dais por vencida con demasiada facilidad, Ana —dijo, acercándose a mí—. ¿Es que voy a tener que pasar el resto de mis días suspirando por lo que podría haber sido?

Le sonreí. No creía que estuviera tan enamorado como pretendía; era un amante experimentado y siempre había sabido cómo utilizar las palabras con eficacia: era el tipo de hombre que sabía cómo llegar al corazón de una joven impresionable. El problema es que yo no era impresionable y no tenía más intención de convertirme en la amante de Thomas que en amante del rey.

—Pensad en ello, Ana. Pensad en nosotros.

Se inclinó hacia mí y cogió la placa.

—Recuerdo muy bien esta alhaja.

—Hace años que la tengo.

La sostuvo en la mano y la miró amorosamente.

Me puse de pie y tendí la mano para que me la devolviera. Él estaba a mi lado, riendo, con un destello burlón en los ojos.

—Me quedaré con ella.

—No. Me la devolveréis.

—Será un recuerdo, algo que ha estado cerca de vos. Dormiré con ella bajo la almohada con la esperanza de que lo que vos me negáis sea mío en sueños.

—Sois ridículo, Thomas. Devolvedme la placa.

Dio algunos pasos hacia atrás, riéndose de mí, y tendió la mano.

—Venid a cogerla —dijo.

Cuando iba a cogerla, retiró la mano y echó a correr.

—Devolvedmela —grité.

—Es mía —gritó él por encima del hombro—. Nunca os la devolveré.

Echó a correr y corrí tras él, pero me dejó muy atrás. Al doblar la esquina del palacio volvió a tender la mano y la placa brilló al sol. Luego, Thomas desapareció.

No vi al rey en varios días. Pensaba que su actitud era a menudo muy extraña. No entendía por qué había tenido que hacer todos aquellos esfuerzos para impedir mis matrimonios, tanto con James Butler como con Henry Percy, para luego caer en un silencio tan largo; y ahora, aquella apasionada confesión y más silencio. Realmente era muy raro. Me preguntaba, tras haber oído tanto a George como a Thomas (que debido a la posición que ocupaban en la corte sabían algo de la naturaleza íntima del carácter del rey), si su conducta estaría conectada de alguna manera con la relación entre él y María.

Lo más probable era que estuviera molesto conmigo. Me estaba demostrando cuánto le había disgustado mi rechazo ante sus proposiciones. También cabía dentro de lo posible que él hiciera ese tipo de declaración a cualquier mujer que le interesara momentáneamente.

Weston nos reunió a todos. El rey quería una mascarada que superara a todas las demás. Debía tener lugar en Greenwich, lugar en el que se hallaría la corte para dicho acontecimiento y sería para honrar a los embajadores franceses que partían.

Cuando el rey quería impresionar a los extranjeros, y especialmente a los franceses, le gustaba que los espectáculos fueran de una grandeza especial.

Habían pasado muchas cosas desde aquella exhibición de Guñes y Ardres que había superado todo lo demás por su ostentación y que tan rápidamente había demostrado carecer de todo valor futuro. Creí, equivocadamente, que nunca volvería a tener lugar otro Campo del Paño de Oro.

George estaba especialmente interesado en lo que ocurría en el extranjero y a menudo hablaba de ello. La suerte del rey Francisco despertaba mi interés de manera especial. En un sentido sentía afecto por él. Sabía que era libertino, indigno de confianza, que solo era leal con su hermana y su madre y que como amante, a pesar de sus numerosas aventuras, solo una pasión era constante en su vida: el arte. El rey de Francia reverenciaba a los artistas y quería mucho a su hermana Margarita, a quien yo siempre recordaría como el modelo en que me miraba durante mi juventud. Ella me había enseñado tanto: quería ser como ella y siempre estaba ávida de noticias sobre lo que ocurría en la corte francesa.

Francisco había sido capturado en Pavía y era prisionero del emperador en Madrid. Traté de imaginar su frustración en tales circunstancias y parecía inevitable que cayera enfermo. Había habido un lamentable intento de fuga,

cuando el rey de Francia cambió sus ropas con las de un sirviente negro que traía el carbón. No podía imaginar a Francisco como sirviente en ninguna circunstancia y no me sorprendió que el intento fracasara. Extenuado, con la salud quebrantada, no cabía duda alguna de que hubiese muerto si Margarita no hubiera ido a cuidarlo. Ella le llevó su entusiasmo, su energía y su eficiencia para anular todas las dificultades, decidida a salvar a su hermano querido.

Margarita lo encontró cerca de la muerte, preparado para la extremaunción y para darle el último adiós a la hermana que tanto quería. Sin embargo, ella no iba a aceptar lo que otros creían inevitable. No había venido de tan lejos tan solo para despedirse de él. Podía imaginar cada una de las palabras que Margarita le dedicó a su hermano en dicha circunstancia. Era una oradora elocuente y práctica. Lo había obligado a aferrarse a la vida, pues, sin él, ella no tenía esperanza posible de continuar adelante. No dudaba de que habría llevado medicinas consigo. Lo cierto es que lo volvió a la vida con sus cuidados.

Ahora estaba libre, pero las condiciones impuestas por Carlos eran severas. Francisco había tenido que renunciar a la soberanía de Flandes, Artois y el ducado de Borgoña; tuvo que devolverle, además, al condestable de Borbón, a quien consideraba un traidor, todo lo que le había confiscado.

La pobre Claudia había muerto. Me puso muy triste la noticia. Debía de tener veinticinco años y siempre había sido delicada. Sin embargo, le había dado siete hijos a Francisco y supongo que aquello la había agotado. Tal vez no debería haberle tenido lástima. Apartándose de los asuntos mundanos y entregándose a las buenas acciones y la religión, cosa que le brindaba una paz y una serenidad admirables, nunca había sido realmente desdichada.

Francisco estaba casado ahora con la hermana de Carlos, Eleonora, un matrimonio que formaba parte de los acuerdos de paz. Pero, a pesar de que se le permitía marcharse de Madrid, lo que parecía necesario para que se recuperara plenamente, tendría que enviar a sus dos hijos, el delfín y el duque de Orleans, como rehenes hasta que se firmara el tratado. Así que los dos niños fueron enviados a Madrid y Francisco había regresado a Francia.

En Europa tenían lugar otros acontecimientos importantes. El papa León X había muerto y Clemente VII había ocupado su puesto. El sueño de Thomas Wolsey de alcanzar el máximo puesto de la iglesia católica se había frustrado y este hecho no podía hacerme más feliz. Nunca le perdonaría lo que le había hecho a Henry Percy, ni tampoco que me hubiera considerado como una joven tonta, indigna de emparentar con la gran casa de Northumberland. La conducta

del hombre de confianza de Enrique VIII, aunque instigada por el rey, era imperdonable. El monarca estaba encantado con el fracaso de su ministro, según me contó George. No podía soportar la idea de separarse de Wolsey.

—¿Entonces es tan importante para el rey? —pregunté.

—Enrique no saldría adelante sin él. Wolsey es un genio. Hay que admitirlo.

Era cierto. Estaba implicado en muchas negociaciones diplomáticas. Su nombre era famoso en el continente. Cuando alguien confiaba en influir sobre el rey, siempre pensaba primero en mi enemigo.

En cuanto estuvo libre, Francisco puso manos a la obra para inducir al papa Clemente a que lo absolviera en su juramento. Clemente no era León X, un hombre débil que se decantaba hacia el lado que le reportara mayores beneficios. Y liberó a Francisco. Inmediatamente, el rey de Francia comenzó a planear una nueva guerra.

El poder del emperador había aumentado enormemente, demostraba ser un estadista de gran talla, lo que preocupaba enormemente a quienes habían sido sus aliados. El rey de Inglaterra, con Thomas Wolsey detrás, buscaba la forma de romper su alianza con el emperador y hacer una nueva con Francia y los estados italianos; aquello explicaba el hecho de que los embajadores franceses estuvieran en Inglaterra.

Thomas había escrito la mascarada, compuesta por números de mimo, algunas líneas recitadas y otras cantadas. Varias damas estarían vestidas de ninfas, para ser perseguidas por sátiros y luego rescatadas por heroicos caballeros. Era un argumento que se había empleado muchas veces; la diferencia se hallaba en las canciones y los bailes, que serían más emocionantes que las anteriores.

Se colgaron nuevos tapices en el gran salón, quitando aquellos que rememoraban las batallas con los franceses. Se erigieron algunos escenarios artísticos, cosa que nunca dejaba de provocar admiración.

El rey, naturalmente, participaría en el espectáculo. Sería el líder de los caballeros que salvarían a las doncellas de los sátiros.

Mientras planeábamos todo esto, reímos mucho. A menudo pensaba que era más divertida la planificación que la representación en sí. Yo había dedicado mucha atención a lo que llevaría puesto. Las ninfas acuáticas debían ser verdes, pero quería vestirme de rojo y así lo hice. Mi traje era de terciopelo, pero estaba abierto desde la cintura al ruedo para dejar ver unas enaguas verdes del mismo material. La cinta que llevaba alrededor del cuello era de terciopelo verde, al

igual que el forro de mis anchas mangas. Había resultado difícil encontrar un verde que combinara satisfactoriamente, pero el contraste logrado era bastante efectista.

Sentía una mezcla de aprensión y entusiasmo. Si él hacía caso omiso de mí aquella noche, estaría segura de que estaba a salvo, puesto que, si hubiera tenido intención de desterrarme, ya lo habría hecho hacía tiempo. Sin embargo, suponiendo que su ardor no se hubiese apagado... ¿qué ocurriría?

Aquel atuendo me favorecía. Tal vez hubiese sido mejor que intentara pasar inadvertida, pero eso era algo que no estaba en mi naturaleza. La ropa siempre había sido muy importante para mí y debía sentarme bien.

Quería permanecer en la corte. Quería ser la estrella más brillante de la noche. Quería la admiración de todos, incluido el rey. Quería ser yo, además, quien controlara el deseo masculino, sin dejar que éste traspasara ninguna frontera de la decencia. El deseo muere cuando es satisfecho, pensaba yo.

Así que, en medio de un gran entusiasmo, canté y bailé, huí de los sátiros presa del terror... y entonces aparecieron los caballeros con máscaras, liderados por una figura alta e imponente.

Me arrojé prácticamente en brazos de otro de los caballeros, pero lo empujaron a un lado y me encontré con que Enrique me sostenía.

—Mía, creo —dijo el rey, y de inmediato fui abandonada en sus brazos.

—Gracias, buen caballero —dije con bastante preocupación.

—No temáis, doncella. Estáis a salvo ahora.

Pero yo era una doncella que estaba muy lejos de sentirse segura.

Entonces siguió el desenmascaramiento de los caballeros y las exclamaciones de asombro.

Él me miraba con una infantil expresión de júbilo. Supongo que esperaba dejarme muda por la sorpresa de encontrarme con que la destellante y alta figura no era un humilde caballero, sino el rey.

En aquel momento casi llegó a gustarme; había algo atractivo en su manera pueril de divertirse, en su amor por los juegos, su indiferencia hacia la realidad.

Pero mi ansiedad aumentaba a medida que tomaba conciencia de que, lejos de apagarse, la persecución recién comenzaba.

—Confío —dijo— en que estéis agradecida por vuestro rescate.

—Vuestra majestad es realmente un valiente caballero.

—Simplemente llegué en el momento preciso. No quería ver cómo os llevaba otro.

—Vuestra majestad es muy bueno —dije cautelosamente.

—Y más bueno seré.

Había comenzado a sonar una gallarda y Enrique me tomó de la mano.

—Sé que bailáis como un ángel —me dijo.

Allí estaba la oportunidad. La respuesta correcta era: «Soy torpe comparada con vuestra majestad».

—Nunca he pensado en ángeles bailando —dije en vez de eso—. Uno los ve tocando el arpa. Pero bailando... nunca.

—Os gusta provocar, señora Bolena —respondió el rey.

En aquella frase había un deje reprobatorio. Debía tener cuidado. No me gustaba aquella boquita; en aquel momento estaba relajada y feliz, pero yo sabía que podía ser cruel.

—¿No cree vuestra majestad que la escena estaba bien?

—Sí... sí... juraría que era de Wyatt.

—Y las ninfas... estaban encantadoras, ¿no lo creéis así?

—Yo solo vi a una.

—¡Majestad!

—Así ha sido. Vos conocéis mi corazón.

—No puedo agregar nada a lo que dije a vuestra majestad en nuestra última entrevista.

—Ya lo veremos —murmuró apretando los labios.

El niño malcriado, pensé, al que le han dicho que no puede comer más confites.

Dedicamos nuestra atención al baile. La gente se mantenía apartada de nosotros y yo me sentía más que incómoda. Él ya había demostrado su preferencia al escogerme entre todas las ninfas y ahora habría muchas habladurías. Podía imaginar los comentarios socarrones: «Acaba con la hermana mayor y comienza con la menor».

«No —me dije con vehemencia—. No será así».

En el fondo sabía que la pasión de un rey como Enrique VIII no podía dejarse a un lado sin consecuencias. Mientras tanto, en el baile, la reina Catalina nos observaba. En sus ojos había una expresión de infinita tristeza. Llevaba muchos años casada con el rey. Ya había perdido su juventud y aparentaba ser bastantes años mayor que su marido. Pensé en cuánto tenía que haber sufrido con aquellos abortos que habían malogrado el alumbramiento del tan anhelado hijo varón y ahora tenía que ver cómo su esposo perseguía a una de sus

camareras, a mí, en una fiesta dada en honor a los enemigos de su sobrino.

Por lo que yo sabía de ella, su corazón permanecía en España. Cuando hablaba de su madre lo hacía con reverencia. Sabía que a menudo pensaba en su infancia, que tenía que haber sido feliz a pesar de aquella austera corte española, debido al amor que le guardaba a su madre. Había sufrido por la locura de su hermana Juana, que había sido reina de España y se volvió loca cuando murió su bello esposo. Él no la había querido demasiado, pero ella lo había amado a su manera loca y tempestuosa, hasta el punto de viajar acompañada por su cadáver colocado en una caja de cristal.

Luego llegó el ascenso de su sobrino Carlos V, un hombre destinado a ser un gran monarca si lo había, y Catalina sintió que su suerte se estaba desarrollando como su madre, la reina Isabel, lo hubiera deseado; finalmente, el compromiso de su hija María con Carlos había hecho que se sintiera satisfecha. Pero qué rápido cambiaba la vida. Los amigos de hoy eran los enemigos de mañana. Aquellos a los que los hombres amaban un día, eran los mismos de los que querían librarse al siguiente.

Me daba pena la reina y hubiera deseado que fuera otra y no yo a quien ella tuviese que observar mientras la perseguía su infiel esposo.

Me alegré cuando acabó el baile.

El espectáculo no debía detenerse. Habría canciones y tal vez volviéramos a bailar.

Canté una canción cuya letra había sido escrita por uno de los poetas de la corte y a la que otro había puesto música. Sabía que los ojos del rey no se apartaban de mi rostro mientras cantaba.

Él fue quien comenzó el aplauso y luego dijo que quería cantar.

—Majestad —gritó alguien que pudo ser Norris o Weston, no estoy segura—, imploro vuestro perdón, pero ¿puedo pedirlos un favor?

El rey era todo sonrisas, pues sabía lo que vendría a continuación, que tan a menudo había ocurrido antes.

—¿Puedo presentar a vuestra majestad la petición de que cante una de sus propias canciones?

Enrique, aparentó reticencia y se oyó entonces un coro: «Por favor, majestad... en una ocasión como ésta...».

—Hay una pequeña pieza que he compuesto recientemente —dijo, sonriendo feliz, y volví a sentir esa punzada de ternura; aquella vanidad infantil ¡parecía tan extravagante ante la pompa y ceremonia que lo rodeaban!

Tenía una voz agradable y se acompañaba con el laúd, que tocaba con excelencia; si no hubiéramos tenido en la corte poetas como Thomas Wyatt, aquellos versos hubieran despertado una genuina admiración por la maestría con que estaban escritos. Por supuesto, se los declaró los mejores de la corte, pero incluso él tenía que saber que era el aura de realeza la que le daba más valor a sus versos.

A pesar de todo, Enrique parecía un poco vulnerable, como rogándole a la corte que le gustara su canción y eso aumentaba mi ternura hacia él.

Estaba cantando para mí y la letra me hizo estremecer.

*¿No deslumbra el sol a los ojos más claros?
¿Y derrite el hielo y ahuyenta la escarcha?
La piedra más dura la atraviesa la herramienta.
A los más brillantes los príncipes dejan por tontos.*

La canción acabó y él descansó el laúd en sus rodillas y miró al frente, con sus mejillas sonrojadas y un brillo especial en los ojos.

Sonaron los aplausos. La gente hablaba toda a un tiempo.

—Una canción nueva, majestad. Es hermosa. La música...

—Compuesta por mí —dijo el rey.

No me uní a los aplausos y me quedé preguntándome por la intención escondida tras aquellas palabras.

«A los más brillantes los príncipes dejan por tontos». ¿Qué quería decir con eso? ¿Que era una tonta por creerme lo suficientemente brillante como para resistirle? ¿Quería decir que me obligaría a ocupar la posición que él había escogido para mí? No podía creer eso, pues ahora comenzaba a comprender ligeramente su carácter. Conocía su vanidad pueril y su fuerte vena romántica y si me aferraba a mi decisión, estaba segura de que nunca me amenazaría.

Otros se pusieron a cantar. Thomas le ofreció uno de sus últimos poemas a los que había puesto música. Una canción de amor que también había sido escrita para mí; me pregunté si el rey lo sabía, pues no parecía muy complacido. ¿Era debido a que estaba enterado de que era para mí o porque los versos eran mucho mejores que los suyos propios?

Seguidamente venía otro baile. El rey sería el primero en invitar a la dama de su elección y los demás lo seguirían.

Él se dirigió hacia mí. Cerré los ojos y cuando los abrí, me encontré mirando directamente a aquellos azules ojos suyos.

«Dios, ayúdame. Esto va en serio. Está haciendo pública su preferencia por mí», fue mi pensamiento instintivo.

Él me tendió la mano, puse en ella la mía y me sonrió.

—Esta noche no bailaré con ninguna otra —dijo.

No respondí.

—Quiero que todo el mundo sepa que es a vos a quien honro —declaró.

—Es muy generoso por vuestra parte...

—Oh, Ana —dijo él—. Estoy harto de este juego. Sé que vos no sois como las otras. Sé que os tenéis en muy alta estima, pero no más que aquella en la que os tengo yo. Solo tenéis que pedir y, sea lo que fuere, lo tendréis. Solo amadme como yo os amo.

—Majestad, no puedo. Ya os he explicado por qué. Mi opinión no ha cambiado ni cambiará.

—¿No os gustó mi canción?

Guardé silencio y él apretó mi mano con mayor firmeza.

—A la compañía le gustó —dijo él, casi rogándome que lo halagase.

—La compañía siempre aplaudirá a vuestra majestad.

—¿Y a vos no os gustó?

—Estaba bien escandida y el ritmo era excelente.

—¿Qué ocurre entonces?

Sería arriesgado. Bien podía ocurrir que lo ofendiera y que acabara conmigo para siempre. Quizás el regreso a Hever era preferible a aquello en lo que él insistía.

—No creo que a las personas brillantes se las pueda dejar por tontas —dije.

—¿Y el Sol no deslumbra?

—El Sol deslumbra, pero no cambia las opiniones.

—Entonces, ¿es que vais a enseñarnos?

—Imploro el perdón de vuestra majestad. Creí que me pedíais mi opinión, ya que de otra forma no hubiera osado dároslo.

—Me aflige que no os haya gustado mi canción.

—Hay muchas cosas en ella que me gustan.

—Oh... ya veo. Hay asuntos sobre los debemos hablar. Vos sabéis que hace tiempo que os amo... Desde que erais una niña impertinente a la que conocí en el jardín de vuestro padre, me habéis atormentado. Encuentro poca satisfacción en las otras y ahora no hay para mí paz alguna; no la habrá hasta que me deis aquello que ansío.

—Vuestra majestad debe perdonarme. Solo soy una muchacha simple.

—¡Simple... vos! Oh, no, señora Ana Bolena, eso no. Sois brillante, ¿no es cierto? Una a quien los príncipes no dejarán por tonta.

—Brillante, no, pero soy como soy y nadie podría convertirme en otra.

—Habéis decidido atormentarme.

—Desearía poder complaceros.

—Oh, Ana, mi Ana, sería tan sencillo.

—No para mí, majestad. Creo que la reina me necesita. Está mirando hacia aquí.

—Pero yo os necesito.

—Soy una de las damas de la reina, majestad.

—Sois mi súbdito. No lo olvidéis.

—Ésa es una verdad que no puedo olvidar.

—Venid, venid. Habéis sido recatada durante suficiente tiempo. Por la santa madre de Dios, os amo. Ninguna otra es para mí. Quiero vuestra respuesta.

—Majestad, ya tenéis mi respuesta.

—¿Que no me amáis?

—Que amo mi honor y que antes moriría que perderlo. No seré la amante de ningún hombre.

Podía ver el enfado en sus ojos; al niño malcriado raramente le habían negado lo que quería desde que era rey y me asustaba la intensidad de su deseo hacia mí.

—Pensad en ello —me dijo—. Y no os engañéis. Sois mía y no os dejaré huir.

El baile no pararía hasta que él lo decidiera. Casi toda la corte, aunque no pudiera oír nuestro diálogo, debía estar al tanto de la naturaleza del mismo.

Me detuve en medio del baile y le hice una reverencia, tras lo cual él me condujo a mis aposentos. A pesar de que debía parecer serena, estaba tratando de controlar el temblor de mi cuerpo.

Me tendí en la cama pensando en todo cuanto se había dicho. La corte estaba ahora enterada de su pasión por mí. No era propio de él hacer una exhibición tal de sus *amours*, pues hasta entonces había sido discreto. Solo el caso de Elizabeth Blount se había convertido en algo del dominio público y había sido la relación amorosa más seria que había tenido, al punto de haber reconocido al hijo de ella como propio.

Podía imaginar las habladurías: «Desde Elizabeth Blount que no...».

¿Qué podía hacer? Ciertamente dejó de ira que dejaba ver su expresión apasionada, me llenaba de miedo. Era el rey y tenía por tanto un poder absoluto. Podía arruinar a mi familia con la misma rapidez con la que la había hecho ascender. Aparentemente, debía seguir la tradición de las mujeres Bolena y acrecentar la fortuna familiar. María lo había hecho. El honor que había recaído sobre mi padre y mi hermano era claramente debido al afecto que el rey sentía por mi hermana. ¿Cuánto más podía hacer por ellos?

Yo caería una vez más en desgracia y mi padre nunca me lo perdonaría. Sus tierras, sus nombramientos en la corte, el favor del rey y sus crecientes riquezas le eran todos muy queridos. Desdeñaba a María por su falta de codicia y su humilde matrimonio con Will Carey, que era tan falto de voluntad como ella, pero no había vacilado en aceptar el botín que ella le había traído.

Me pregunté qué haría Enrique. Estaba claro que no aceptaría mi rechazo con ligereza. De hecho, tenía la sensación de que mi reticencia agudizaba aún más su deseo; era un gran cazador, infatigable en la persecución; se decía que en un día de caza no cansaba menos de ocho o diez caballos. El placer de la persecución era extremo y aquella noche me había demostrado que mi reticencia a ceder a sus deseos solo conseguía aumentar su decisión de hacer que me plegara a ellos.

No sabía qué debía hacer y me decidí por la lucha.

Al día siguiente pedí audiencia con la reina.

No había ningún cambio en su actitud hacia mí. Aquella orgullosa hija de los reyes españoles no delataría el hecho de que estaba enterada de las infidelidades de su esposo.

Me arrodillé ante ella.

—Deseo abandonar la corte, majestad —le dije—, y volver a la casa de mi padre durante algún tiempo.

En su rostro pálido y casi inexpresivo apareció una leve señal de interés.

—¿Cuándo deseáis partir?

—En el acto, majestad.

No me interrogó acerca de las razones que motivaban mi decisión; yo sabía que la aplaudía. Ella tenía que haber observado cuán ardientemente me perseguía el rey y pensó que era la decisión de una joven buena y virtuosa.

—¿Os llevaréis a vuestra camarera?

—Sí, majestad.

—Entonces, marchad cuando lo deseéis.

—Gracias, majestad.

Catalina me dedicó una sonrisa triste y suave.

—Espero que encontréis la solución para vuestros problemas, señora Bolena.

—Gracias, majestad.

Fue así como volví a Hever.

EL SECRETO

Mi madrastra se asombró al verme, pues no había tenido tiempo para avisarle de mi llegada.

Me arrojé a sus brazos.

—Ana, tendríais que haberme avisado —me dijo—. ¿Cómo estáis? ¿Estáis bien? Mi querida, ¿qué significa esto?

—Significa que estoy en casa. Os lo contaré más tarde.

Se puso en acción. La habitación debía ser preparada. Ella debía ir a las cocinas. Le dije que deseaba comer muy poco.

—Algo no va bien —dijo ella—, lo sé.

Muy pronto me puse a contárselo.

—Es el rey —le dije—. Ha puesto sus ojos en mí... al igual que lo hizo con María...

—Mi querida... querida niña.

—No cederé —continuó—. Se lo he dicho.

—¿Y os han expulsado de la corte?

—Me fui por mi propia voluntad.

—Caeréis en desgracia por ello.

—Eso me temo, madre.

—Es muy triste. Si os hubieran dejado casaros con Henry Percy, hubieseis sido feliz.

—Sí —dije—. Estaba decidida a serlo y lo hubiera sido, de la misma forma que ahora estoy decidida a no ser la amante de ningún hombre.

—Bien, pues os quedaréis aquí, mi niña, y estaremos juntas como antes. Y algún día tal vez habrá algún hombre a quien podáis amar.

—Oh, qué bueno es estar con vos.

—Debéis comer y dormir. Luego hablaremos largo y tendido. Tenéis que contármelo todo.

Me tendí en el lecho.

Aquello podía ser el fin de mi vida en la corte. Quizá podría irme a Francia. ¿Qué estaría ocurriendo ahora allí? Margarita podría ayudarme. Ahora era viuda pero nunca había sentido un gran amor por su esposo. Si le escribía, podría contarle cómo había seguido sus desdichas y cuánto lo había lamentado. Me preguntaba cómo sería ahora la corte de Francia... al no ser Francisco ya la espléndida figura de su juventud. Margarita sería la misma. Podría hablar con ella de la pasión de Enrique como una vez le había hablado de la de Francisco. Ella comprendería y me brindaría su ayuda.

Era como asirse a una balsa en un mar tempestuoso.

Al día siguiente hablé con mi madrastra. Le conté las conversaciones con el rey; me escuchó atentamente y simpatizó conmigo. Me alegraba de que mi padre no estuviera en el castillo, pues estaría deseoso de arrojar otra de sus hijas en los brazos del todopoderoso dispensador de honores de las familias de sus queridas.

Yo la miraba mientras cosía y ella me hablaba de las trivialidades de la vida de Hever, tan importantes para ella: cómo había madurado el vino, cómo crecía el jardín herbolario, que una de las criadas estaba embarazada de un mozo de cuabras...

La oía a medias y me decía: «Esto es en lo que se convertirá mi vida».

Al día siguiente estaba en mi habitación cuando oí el sonido de cascos de caballos y pensé de inmediato: «Es mi padre que viene a cubrirme de reproches o quizás un mensajero de la corte».

Miré por la ventana. El rey, con unos pocos servidores, entraba a caballo en el patio.

Mi madrastra salió a recibirlo en un estado de extremo nerviosismo.

—Lady Rochford, buenos días tengáis —oí que decía con su voz de trueno—. Me alegra veros gozando de buena salud y espero que la señora Ana Bolena esté en igual estado.

Me recosté contra la puerta. Así que no iba a dejarme escapar. Necesitaría de toda mi destreza para resistirlo.

Mi madrastra estaba subiendo las escaleras para decirme que él estaba aquí y que ordenaba que me presentara ante él.

La puerta se abrió y mi madrastra se quedó de pie en el vano, con aspecto asustado.

—Ana... —comenzó.

Y allí estaba él, detrás de ella, sonriendo puerilmente otra vez, orgulloso de su hazaña, como diciendo: «¿Lo veis? ¡Aquí estoy!».

Se quedó mirándome durante un momento, con sus ojos azules enternecidos, aunque ardientes de pasión. Me quité el pelo de la cara echándolo hacia atrás porque lo llevaba suelto y desordenado.

—Podéis dejarnos, lady Rochford —dijo él.

Mi pobre madrastra, aturdida, dubitativa, pero sobrecogida de pavor y respeto, hizo una reverencia y se marchó.

Él entró en la habitación.

—Mi Ana.

—Majestad —dije—, no estamos preparadas para el honor de esta visita.

—No tiene ninguna importancia —respondió él—. Éste no es un asunto de Estado. Es un enamorado que viene en busca de su doncella.

—Majestad, el honor es grande, pero...

Estaba a mi lado. Me había cogido los cabellos con ambas manos y estaba tirando de él para acercarme hacia sí.

—¿Pensasteis que os dejaría huir? Nunca os permitiré abandonarme.

—Me halláis desarreglada.

—Me gusta —dijo él—. Os encuentro deliciosa de cualquier manera.

—Debo ayudar a mi madrastra. Está abrumada por esta visita.

—No, no es necesario. He venido por vos, no por el banquete.

—Pero mi padre se enfadaría mucho si no tratáramos a vuestra majestad con el respeto debido.

—Tratadme como deseo que me tratéis, Ana. No pido más.

—Mi señor, siento gran angustia.

—No deseo causaros ninguna angustia. Desearía causaros solo alegría.

—Entonces, mi señor...

—No lo volváis a decir —interrumpió—. Conozco vuestra mente. Sé que amáis vuestro honor y lo respeto. ¿Creéis que soy un sátiro que forzaré a una doncella reticente? No lo soy. Habéis ocupado mis pensamientos durante mucho tiempo. Intenté borrarlos de ellos pero, cuando volvisteis a la corte, supe que era imposible. Ahora debemos actuar. Tengo cosas de suma importancia que deciros.

—Pero, majestad, no puedo cambiar mi forma de pensar.

—Lo he imaginado. Hablaré con vos y os diré lo que tengo en mente —sus ojos se encendieron con un toque travieso—. Iremos a la rosaleda. ¿Recordáis la escena de nuestro primer encuentro? Allí os diré lo que planeo para nosotros. Iremos allí. Venid conmigo.

—Debo peinarme, hacer mi apariencia digna de vuestra presencia. Debo

cambiarme de vestido.

—No es vuestro vestido lo que vine a ver, adorada mía. Para mí, con cualquier aspecto sois todo cuanto necesito. Pero esto es una conversación seria. Puede significar mucho para nosotros dos. ¿Cuánto tiempo tendré que esperaros en la rosaleda?

—Diez minutos.

—Me parecerá una eternidad, pero no puedo negaros nada.

Me cogió una mano y la besó largamente.

—Sabad esto —dijo con seriedad—. Os quiero bien. Nadie será vuestra rival. Pensadlo y ello inclinará hacia mí vuestros pensamientos —sonrió y levantó un dedo—. No. No lo volváis a decir. Lo sé bien. No seréis mi amante. Ése será el motivo de nuestra conversación. Diez minutos entonces. No más, dulce Ana.

—Estaré allí, majestad.

Se marchó y yo, cogiendo un peine, peiné mi cabello hacia atrás apartándolo de mi acalorado rostro. Mi madrastra entró en la habitación.

—Ana —dijo con desmayo—. No sé qué hacer. No tenemos nada especial de comer en las cocinas.

—No tiene ninguna importancia.

—El rey... visitarnos así... sin avisar.

—Ha venido a hablar conmigo. No está interesado en la comida.

—¿Qué quiere decir eso?

—No lo sé. Tal vez más tarde lo sepa.

A cada segundo que pasaba me sentía más tranquila. Él quería hablar. ¿De qué podía querer hablar? Intentaría persuadirme diciéndome todo lo que podía hacer conmigo y los míos. Había perdido algo de miedo, pues el verlo cara a cara me había dado coraje.

El pensamiento se formó en mi mente: «Éste no es un asunto ligero para él. Me quiere realmente».

Y así, bajé al jardín.

Él me estaba esperando y vino rápidamente hacia mí con los brazos abiertos, los cuales evité haciendo una reverencia.

—Ana —dijo—, mi adorada, todo ocurrirá antes de que pase mucho tiempo y vos y yo estaremos juntos. Venid, sentaos junto a mí. Muy cerca de mí. Ah, esto es lo que tanto he ansiado... estar cerca de vos... estrecharos contra mí... así. Ana, sois una hechicera.

—Majestad, no soy más que una simple joven.

—Nunca habéis sido simple. Vos nacisteis con ese hechizo. Me habéis embrujado.

Me sentí momentáneamente alarmada por aquella charla de brujería. Me pregunté si me acusarían de eso y me quemarían en la hoguera. Pero, por supuesto, él hablaba de otro tipo de brujería.

—Os mantenéis distante —dijo—. Respeto vuestra virtud —su boca adquirió de pronto un aspecto remilgado—. Es una virtud que admiro profundamente en las damas. Veo un camino por el que podemos andar juntos y eso es de lo que os hablaré y veréis entonces cuán profundo es mi amor hacia vos; no habrá en mi vida otra que no seáis vos. Haré que se desvanezcan vuestros escrúpulos. Vos y yo nos amaremos como, desde el momento mismo en que nos conocimos, estábamos destinados a hacer.

—Mi señor, no existe camino por el que pueda andar como vuestra amante.

—Podríais ser mi reina.

—Eso no es posible.

—Esa expresión no existe para los reyes, Ana. Existe un camino y creo que haberlo encontrado. Escuchadme. Cuando os vi en los jardines por vez primera, supe que no era pasajera esta emoción que habéis despertado en mí. Cuando volví a Westminster, le dije a Wolsey... sí, éstas fueron mis palabras exactas, las recuerdo bien... le dije: «Thomas, he estado conversando con una joven dama que tiene el ingenio de un ángel y es digna de una corona». Ahora, al mirar hacia atrás, veo que mis palabras fueron proféticas. Wolsey respondió: «Es suficiente si vuestra majestad la halla digna de su amor», a lo que respondí que temía que ella nunca condescendería en ello. Wolsey dijo entonces que los grandes príncipes, cuando deciden jugar al amor, tienen en su poder aquello que enternecería incluso un corazón de acero. Vos diréis que vuestra virtud es inexpugnable, así que debéis permanecer virtuosa; pero no puedo renunciar a vos. Ahora, escuchadme. Desde hace algún tiempo, mi conciencia me tiene intranquilo. Vos sabéis que me casé con la viuda de mi hermano. Yo era joven y caballeroso y Catalina estaba sola en este país. Su padre y el mío estaban discutiendo acerca de su dote. Ella estaba triste y sola y yo tengo un tierno corazón... como ya descubriréis. Me casé con ella permitiendo que la compasión dominara a la prudencia y al hacerlo he pecado contra las leyes de Dios.

Yo lo escuchaba con asombro.

—Desde hace algún tiempo —siguió—, he sido el hombre más infeliz. Mi conciencia no me deja tranquilo y creo que ahora ya no puede ser silenciada,

porque, cuando se estaba tratando la unión de mi hija María con el hijo del rey de Francia, uno de los embajadores planteó el tema de la legitimidad de María.

—¡Eso es imposible! —exclamé.

—No, amor mío, y me temo que podría muy bien ser verdad. Hay un versículo en el Levítico que dice claramente que un hombre no puede casarse con la viuda de su hermano y que tal unión no tendrá la bendición de Dios y será estéril.

—¿Sabe la reina de vuestros temores?

—Aún no. Pero lo sabrá. Debe saberlo. No puedo continuar llevando una vida de pecado a los ojos de Dios.

—¿Pero cuál será entonces el resultado?

—El matrimonio será declarado sin efecto.

—¿Y el emperador Carlos?

—Tendrá que enfrentarse cara a cara con la realidad.

—Pero la relación de parentesco con él...

—Mi queridísima Ana, vos no entendéis de estos asuntos.

—Pero seguramente no le gustará ver a su tía acusada de vivir en una unión pecaminosa.

—Si se demuestra... como deberá hacerse... él tendrá que aceptarlo.

—Después de todos estos años...

—Eso carece de importancia.

El rey se mostraba impaciente. Para él, estaba claro que había pensado que yo acogería estas noticias con alegría. No podía realmente creer en la deslumbrante proposición que estaba poniendo ante mis ojos. Ni por un momento podía aceptar que, gracias a los versículos del Levítico, se le permitiese repudiar a su esposa. Fuera lo que fuese, yo no creía que el gran emperador fuera a permitir que su tía fuese enviada de vuelta a España o enviada al retiro en Inglaterra como una amante que ya no era deseada y a la que se dejaba cesante. Ése no era el estilo de los grandes monarcas. Tenía la sensación de que Enrique se estaba dejando llevar por esta idea que se le había ocurrido y que la estaba utilizando como medio para deslumbrarme con la perspectiva de una corona y conseguir así que yo lo recibiera en mi lecho sin demora. ¿Y luego? Bueno, sería visto como un disparatado sueño y los ministros de España e Inglaterra le explicarían cuán imposible era dejar a la esposa vieja a cambio de una más joven y deseada.

Mi escepticismo era mayúsculo. Si al rey le molestaba su conciencia, esas

molestias habían tardado diecisiete años en salir a la superficie.

—Ahora entiendo muchas cosas —siguió—. Ella no pudo tener un hijo varón. Una y otra vez todo acababa en decepciones. Un rey debe tener hijos varones; es parte de su deber para con su pueblo. No solo debe pensar en su propio reinado, sino en el que vendrá después. La dinastía debe ser perpetuada. ¿Y qué tengo yo? Una sola hija.

—La princesa María es saludable y muy inteligente.

—Es una niña, Ana. Quiero un hijo varón.

—En Inglaterra no existe la ley sálica.

Él se golpeó la rodilla con el puño.

—Este país quiere un rey. Tengo que darle a Inglaterra un heredero varón. ¿Y cómo podré hacerlo mientras Dios mire con desagrado mi unión con quien, a sus ojos, no es mi esposa? Ana, una vez que esté libre... y por Dios y todos los santos que pronto lo estaré... nos uniremos vos y yo. Ahora me ha llegado esta revelación. El embajador francés me mostró el camino. Me había maravillado de que yo... lleno de salud y vigor como estoy no pudiera tener hijos varones... de ella. Vos sabéis que en otra época creí estar enamorado de Elizabeth Blount. Era una hermosa joven, bailaba y cantaba bien... yo pensaba que era excelente, pero recordad que no os había visto a vos... ni os había oído en aquel entonces. A partir de ahora ya no pueden existir otras. Yo era joven... y afectuoso, como es mi naturaleza. Y tuve un hijo de Elizabeth Blount. Es solo de Catalina de quien no puedo tener hijos varones, porque Dios le ha vuelto la espalda a nuestra unión. Durante mucho tiempo Él me ha estado diciendo que aquello debía acabar y solo ahora soy capaz de verlo.

Era su candidez, precisamente, lo que le permitía engañarse a sí mismo.

—¿Qué propone hacer vuestra majestad?

—He hablado con Wolsey.

Contuve la respiración.

—¿Prestará él su ayuda para esto? —pregunté.

—Adorada mía, él es mi sirviente, hará lo que yo desee y, además, él coincide con la necesidad de un heredero. Es un hombre inteligente y urdirá un plan. Estaremos juntos antes de que pase mucho tiempo. Seréis mi reina y juro que nunca habrá habido una más hermosa, ni una más digna de llevar la corona. No decís nada.

—Estoy abrumada.

—Bien podéis estarlo —dijo él riendo, muy satisfecho—. Pero se os pasará.

Estoy decidido a ello. Antes de que pase mucho tiempo, vos y yo estaremos juntos y tendremos hijos varones, Ana... vos y yo. ¡Y qué niños serán! Tendremos una progenie de príncipes. ¿Qué decís?

—Creo que habrá dificultades.

—Ésta es mi voluntad.

—Pero la reina es la tía del emperador.

—El emperador está demasiado ocupado gobernando su vasto imperio como para pensar mucho en eso. Además, Wolsey se ha puesto a trabajar en el asunto.

—¿Conoce él vuestros planes con respecto a mí?

Hubo una ligera vacilación.

—No se los he dicho aún. Él conoce, por supuesto, mis sentimientos hacia vos.

—Pero él cree que yo debería ser vuestra amante mientras una princesa extranjera es vuestra reina. ¿Cómo era eso...? «Los príncipes tienen el poder de ablandar el acero...».

—Wolsey tiene ideas erradas. En este momento está decidido a establecer lazos más fuertes con Francia. Cuando hablé de casarme de nuevo, él mencionó a la princesa Renée. En ese momento no creí que fuera necesario ser más explícito.

—A él no se le ocurriría que alguien tan indigna como yo aspirara a llegar tan alto, aunque él ha subido muy arriba. ¿No era él hijo de un carnicero?

—No me preocupo por esas cosas, mi adorada; tanto si un hombre es hijo de un cocinero como si lo es de un duque, me tiene sin cuidado. Soy un rey hijo de un rey y son solamente las personas de más bajo rango las que se preocupan por esas cosas. Si amo o quiero... eso es suficiente para mí. Thomas Wolsey es un buen amigo mío y lo ha sido durante años. Quiero a ese hombre. Para mí es el mejor de los servidores, como lo fue para mi padre.

—Aun así, creo que perseguía su elección al papado. Eso lo hubiera apartado del servicio de vuestra majestad y lo hubiera puesto en términos de igualdad con vos.

—Él hubiera trabajado en mi favor desde Roma. A pesar de que me hubiera entristecido perderlo, me hubiera complacido tener alguien allí trabajando para Inglaterra. Pero dejemos eso. Aquí estoy yo, hablándoos de nuestro gran asunto, y vos solo parloteáis de Wolsey.

—Creo que él puede muy bien jugar un gran papel en todo esto.

Él se dio una palmada en el muslo.

—Así es, Ana, pero ¿qué hay de vuestro papel y del mío? Desearía que ya estuviera todo hecho. Desearía que ya estuviéramos unidos en sagrado matrimonio, como estaremos sin duda un día. ¿Qué decís?

Yo no sabía qué decir. Mi primer pensamiento fue que aquello nunca ocurriría, pues demasiada gente obraría en contra de ello. Enrique era todopoderoso en Inglaterra y la reina era la tía del emperador. Carlos podía estar muy ocupado con su imperio, pero jamás podría permitir que un miembro de su casa fuese degradado y eso era precisamente lo que el rey se proponía hacer con Catalina.

Pensé en ella, con su orgullo y piedad españoles, su gran dignidad, la educación que había recibido. Cuál sería su reacción si le dijeran: «Habéis estado viviendo en pecado todos estos años. Acaba de ser descubierto y por tanto ya no sois reina de Inglaterra».

El hecho de que el rey sugiriera algo semejante revelaba la intensidad de su pasión por mí. No quería vivir de acuerdo con las leyes de la Biblia; lo que Enrique quería era vivir su pasión conmigo.

La imagen de él se reflejaba en la alberca del centro de la rosalada; estaba muy satisfecho. Había forjado un proyecto por medio del cual caería en sus brazos y me convertiría en su amante allí mismo.

Su mano estaba sobre mi rodilla. Podía sentir su calor a través de la tela de mi vestido.

—Será muy pronto —dijo—. Podemos confiar en Wolsey. Él pondrá todo esto en movimiento. Lo enviaré como embajador ante el papa. Luego, adorada mía, estaremos juntos.

Me rodeó con un brazo y me estrechó contra sí. Tenía los labios de él pegados a mi oreja.

—¿Qué decís, Ana? ¿Qué decís?

—¿Qué puedo decir? —respondí—. Aún no sois libre.

—Pero pronto lo seré.

—Me siento insegura.

—¿Me amáis?

—Me siento insegura —repetí.

—¡Insegura! Cabalgo hasta aquí para veros. Os ofrezco una corona... ¡y vos os sentís insegura!

—No es una corona lo que busco en un esposo, sino fidelidad y amor.

—Pero vos tendréis las tres cosas. Juro que no miraré a otra. No tendréis

rival. Decidme que me amáis.

—Debo pensar en todo esto.

—¿No amáis a otro?

—Ya no. Amé a Henry Percy, pero lo apartaron de mí. Cuando uno ha sufrido así en una ocasión, tiene cuidado de que no vuelva a pasarle.

—¿Vos amasteis a esa criatura pusilánime con piernas de palillo?

—Sí, lo amé y lo perdí; y ahora es enormemente desdichado.

—Nunca será nada más. La joven Shrewsbury lo desprecia como lo haría cualquier mujer con bríos.

—Pero yo lo amaba.

—Oh, vamos... vamos... No creeré eso —repentinamente adoptó un aire de sospecha—. ¿Fue él vuestro amante?

—Mis principios han sido siempre los mismos. Nunca he sido y nunca seré la amante de ningún hombre.

—Pronto seréis una reina.

—No lo sé.

Él estaba azorado. Me estaba ofreciendo su mano, el mejor partido de todo el reino con una corona incluida y yo dudaba.

Me tomó la mano.

—Nos prometeremos en matrimonio. Dadme ese anillo —se trataba de uno que yo llevaba en el dedo cordial y que había estado en la familia durante años—. Y yo os daré un anillo a vos. Será un símbolo. Vamos, Ana, dadme el anillo.

Negué con la cabeza.

—Vuestra majestad debe comprender que todo esto ha ocurrido demasiado repentinamente. Estoy aturdida. Por favor, entendedlo.

Todo en él era dulzura; sus estados de humor cambiaban rápidamente.

—Lo sé. Todo esto os ha deslumbrado, pues no estabais esperando estas perspectivas. Dejadme pasar con vos la noche y os demostraré cómo son las cosas entre nosotros.

—No —dije con firmeza—. No podría ser feliz.

Se volvió hacia mí casi con enfado. Estaba segura de que había pensado que el futuro que estaba desplegando ante mis ojos me abrumaría y deleitaría hasta tal punto que caería en sus brazos. Ahora volvía a ser el niño al que están a punto de privar de un codiciado juguete. Sus manos calientes me quemaban a través del vestido.

—Olvidáis con quién estáis hablando —dijo ásperamente—. Podría tomaros

aquí y ahora y burlarme de vuestras palabras de virgen.

Me puse de pie y hablé manteniendo la cabeza alta.

—Es verdad. Podéis hacerlo, pero no lo haréis porque, si procedierais así, nunca os amaría. Y, siendo rey sois también un caballero y estaría muy errada si vos, poderoso como sois, olvidaseis alguna vez las leyes de la caballería, lo que sin duda haríais si actuaseis de la forma que habéis sugerido con una mujer desamparada.

Era la nota correcta. La lujuria desapareció de sus ojos y apareció el destellante caballero, cortés. Entonces se formó en mi un pensamiento que me acompañaría durante mucho tiempo en lo que a Enrique VIII se trataba: «No será difícil manejarlo».

—Y ahora, mi señor —continué—, si me dais licencia para retirarme, así lo haré; y mi madrastra y yo nos esforzaremos por proporcionaros la hospitalidad que, aunque indigna de vos, será lo mejor que podamos ofreceros debido a que vuestra visita ha sido inesperada.

Se puso de pie junto a mí y me cogió la mano, besando luego el dedo en el que llevaba el anillo que él me había pedido.

—Ana... Ana, estoy fuera de mí por el anhelo que siento por vos.

—Si es así, mi señor, me daréis tiempo para pensar en lo que me habéis dicho.

—¿Y luego tendré mi respuesta?

—Sí, luego la tendréis.

—No puedo marcharme de aquí hasta saber que seréis mía.

—Os lo diré antes de que partáis, mañana por la mañana.

—En ese caso deberé armarme de paciencia.

Estaba siendo complaciente. Él no podía creer que ni siquiera yo, que había sido tan difícil de enamorar, pudiera rechazar una corona.

Cuando me quedé a solas me sentí exhausta.

Me costaba creer que hubiera oído correctamente. ¡Se libraría de Catalina y se casaría conmigo! ¿Cómo podía ser? Dijera lo que dijese, estaba casado. Nadie podía repudiar a la hija de unos reyes simplemente porque ya no era deseable.

Eso era lo esencial del asunto. Decidí hacer caso omiso de su conciencia, porque sentí que no era relevante. El hecho era que estaba cansado de Catalina desde hacía mucho tiempo y que estaba obsesionado con su deseo por mí. Cómo deseé haber podido consultar a Margarita acerca de aquel tema. Me preguntaba qué diría una persona como ella, esencialmente mundana.

¿Qué ocurriría si me negaba? ¿Durante cuánto tiempo me perseguiría? Incluso entonces me llegaban pequeñas señales de advertencia. La expresión de impaciencia en sus ojos... No estaba acostumbrado a que le negaran nada. Ceder ante él significaría convertirse en su amante. Pero ¿existía la más ligera posibilidad de convertirse en su reina?

Me miré en el espejo y vi la corona sobre mi cabeza. No podía negar que ese pensamiento me deslumbraba; ser la reina y presidir la corte. Todos serían mis esclavos y se inclinarían ante mi voluntad, incluido el rey. El señor Thomas Wolsey, que me había llamado *joven tonta* y había destruido mi matrimonio con el hombre que había amado desinteresadamente, tendría que rendirme homenaje. Aquello me proporcionaría gran placer.

Tendría que casarme algún día, con un hombre elegido por mi padre. No sería una relación amorosa, sino una unión de conveniencia. ¿Y por qué no la unión más brillante de todas: reina de Inglaterra? ¿Era posible? Podía ser. Él era muy poderoso y también lo era su cardenal... si obraban en favor de ello... si podían aplacar al emperador Carlos... Era presa del entusiasmo. Una perspectiva aturdidora pero estimulante.

Me vestí con cuidado: terciopelo escarlata, mangas anchas y una cinta roja alrededor de mi cuello con su diamante solitario. El entusiasmo había agregado algo a mi mirada; parecía enorme y muy brillante y en mis mejillas asomaba un delicado rubor.

Bajé al gran salón y vi el milagro hecho por mi madrastra. Había puesto a trabajar a la gente de las cocinas y nos habían proporcionado una comida excelente. El rey se sentó a la cabecera de la mesa, mi madrastra a un lado del rey y yo al otro.

Él estaba muy satisfecho.

Le gustaba el miedo reverencial que le profesaba mi madrastra y disfrutaba su ansiedad porque la comida fuera bien servida y de su agrado. Él no dejaba de asegurarme que raramente había disfrutado tanto de una comida y luego se volvió hacia mí como para decir que era mi presencia la que la hacía tan placentera.

Después canté y toqué el laúd. Enrique y yo cantamos un dúo.

Tenía que ser muy poco frecuente que él pasara una velada sin toda la pompa y la ceremonia a que estaba acostumbrado; pero para todos estaba muy claro que se sentía feliz y satisfecho.

Cuando me retiré a mi habitación me resultó imposible dormir. Sentía un miedo espantoso de que, a pesar de mis comentarios acerca de las leyes de la

caballería, él viniera a mis aposentos. Pero no lo hizo.

Me levanté temprano por la mañana. Había esperado, a la luz del día, ver lo absurdo que era su propuesta y darme cuenta de que era un discurso carente de significado con la única finalidad de tener acceso a mi lecho. Pero, en lugar de ello, me pareció que existía una ligera posibilidad de que aquello ocurriera. Había tomado la decisión de aceptarlo y le haría saber que, si él quedaba libre, yo sería su esposa.

Todo aquello ahora comenzaba a adquirir el aspecto de una excitante aventura.

Él me esperaba con ansiedad.

Me miró, anhelante. Era seguro que me amaba, pues no podría haber sido tan contenido de no ser así. Volví a sentir aquella ternura hacia él. Pensé que podía quererlo mucho y una mujer sería una tonta si volviera la espalda ante una propuesta tan brillante.

—¿Tenéis algo que decirme, Ana? —preguntó él.

Me quité el anillo y se lo entregué. La alegría se apoderó de su rostro. Cerró los ojos como si estuviera en éxtasis. Pensé: «Realmente me ama». Y experimenté algo más que satisfacción. Me sentí feliz.

El anillo le quedaba justo en el dedo meñique. Entonces él se quitó uno de sus anillos y me lo puso en el dedo cordial de la mano izquierda, ya que era demasiado grande para cualquier otro dedo.

—Ahora estamos prometidos en matrimonio —dijo—, y me siento feliz. Pronto vos y yo estaremos juntos. No perderé tiempo en llevar esto a término. Pronto volveréis a la corte.

Le dije que estaba abrumada y que necesitaba un poco de tiempo en la tranquilidad del campo para pensar en lo que había ocurrido.

Él me besó tiernamente.

—Será como vos lo deseáis, adorada mía —dijo—. Ahora y siempre.

Lo saludé con la mano mientras se marchaba de Hever.

Aún estaba anonadada. La perspectiva que había sido abierta ante mí parecía increíble... casi... pero no del todo. ¿Por qué no tenía que resolverse como decía él? Era cierto que él se había casado con la viuda de su hermano y se concedían divorcios con pretextos más endebles que aquél. En gran medida dependería del nuevo papa Clemente y de a quién considerara que era más peligroso ofender, al

emperador o al rey. ¿Y Wolsey? ¿Qué pensaría cuando supiera de esta propuesta de que una «joven tonta» fuera a desposarse con el rey?

Nunca podría ocurrir; había demasiados obstáculos. Le había dado mi anillo y él se había ido feliz y confiado, pero ¿era posible aquello?

Mi inseguridad iba en aumento. No podía hablar con mi madrastra, pues no sabía cuál sería su reacción. Seguramente sentiría pena por la reina que tendría que ser echada a un lado si yo iba a ocupar su lugar; pero quizá, debido a que me quería, se sentiría orgullosa de pensar en mí, Ana, su hijastra, como en la reina de Inglaterra. ¿Sería capaz de ver los escollos?

Me sentí como si me hubiera hecho a la mar en una nave endeble y quería que el rey supiera que yo era consciente de lo peligroso del viaje. Le pedí al joyero que hiciera un ornamento de oro y diamantes que ilustrara a una mujer en una frágil embarcación navegando por un mar tempestuoso.

Me sentí muy feliz cuando George vino a Hever a pasar unos días. Él sabía que se preparaba algo, pues había advertido que el rey me elegía para bailar durante la fiesta en honor de los embajadores franceses, y naturalmente supuso que yo estaba a punto de convertirme en la amante de Enrique VIII.

Fue directamente al grano y dijo que aparentemente la fortuna de los Bolena parecía brillante.

Cuando le conté que el rey había insinuado que rompería su matrimonio con la reina y me pondría a mí en su lugar, él se quedó pasmado.

—Ni siquiera el rey se atrevería a hacer eso.

—Eso es lo que creo.

—Si la reina procediera de una familia noble inglesa... bueno, sería muy fácil. ¡Pero la tía del emperador! Él lo consideraría como un insulto y haría cualquier cosa para impedirlo.

—El rey dice que está decidido. Dice que su conciencia está incómoda por haberse casado con la viuda de su hermano.

George alzó las cejas.

—El rey tiene conciencia, lo sé. Estrictamente entre nosotros, te diré que es la conciencia más acomodaticia del mundo, uno de sus súbditos más regios y siempre dispuesta a actuar según sus órdenes.

—Oh, George —dije riendo—, deberíais guardar la lengua, ¿sabíais?

—¿Queréis decir en presencia de nuestra graciosa futura reina?

—No hagas bromas. Estoy alarmada y no puedo creer en que eso vaya a ocurrir.

—Los milagros ocurren y si alguien puede hacerlos, además de Dios, ése es nuestro rey. Puede que tenga que poner al papa de su lado.

—¿Vos creéis que puede conseguirlo?

—Clemente no es León. Oscila... es incapaz de decidir en qué dirección es más prudente andar. Gran parte dependerá de a quién le tema más... si al rey o al emperador. Los papas, por supuesto, siempre han estado dispuestos a otorgar dispensas a los monarcas. Si se mira hacia atrás, se ven muchos casos. La propia hermana del rey, Margaret, estaba divorciada del conde de Angus de acuerdo con un precontrato. Y ahí tenéis a Suffolk... No es de sangre real, es cierto, pero no podía casarse con su primera esposa sin una dispensa del papa y ahora es el cuñado del rey. Ya veis que puede hacerse. El único obstáculo parecería ser la relación de la reina con el emperador.

—Él cita el Levítico.

—Sí —dijo George—: «Si un hombre tomara a la esposa de su hermano, sería una impureza; descubriría la desnudez de su hermano; esa unión será estéril...» o algo así.

—Encaja.

—Sí, pero el matrimonio con Arturo no fue nunca consumado. Arturo era muy joven y además enfermizo. Debía de estar a punto de morir cuando se casó.

—George... si llegara a ocurrir...

—Disfrutaré viendo a mi hermana como reina de Inglaterra.

—No puedo creer que sea posible.

Me miró cómicamente.

—Cosas más extraordinarias han ocurrido. Y diría que vos sois digna de llevar una corona.

—Vos pensáis así porque soy vuestra hermana.

—Lo pienso porque sois vos misma.

Le tendí la mano.

—George —dije—, ocurra lo que ocurra, quiero que siempre estéis ahí.

Él asintió y aquello fue como un pacto entre nosotros.

El joyero había acabado el adorno. Estaba hermosamente labrado y reflejaba claramente lo que yo había deseado. Se lo envié al rey con una nota en la que le indicaba que yo era como la dama del bote zarandeada por la tormenta.

Él me escribió inmediatamente para decirme cuán encantado estaba por

haber recibido un regalo semejante. Creía que era hermoso y me lo agradecía cordialmente. Lo tomó como una expresión de humildad porque se suponía que yo era la dama del bote. Rezaba cada día para que sus ruegos tuviesen una respuesta y que fuera corto el lapso de tiempo previo a nuestra unión. La carta estaba «escrita por la mano de quien es vuestro leal y más seguro servidor de corazón, cuerpo y voluntad», y estaba firmada «E. busca a A. B. y ninguna otra. R.». Alrededor de las iniciales había dibujado un corazón.

Me sentía insegura. Quería ir a la corte pero sabía que mi presencia allí podía crear dificultades durante el tiempo que el delicado proceso se llevara a cabo.

El rey me urgía a volver, así que decidí ir. Yo no sabía cómo pensaba proceder él, pero todos conocían ahora de sus sentimientos para conmigo; y había otra cosa de suma importancia, y era que, si hasta el presente había tenido que evitar sus apremios, ahora que le había dado el anillo y enviado el adorno y así proclamado mi voluntad de aceptar su mano, aquellos podían volverse más persistentes.

Aunque de todas formas, en un caso desesperado, siempre podía volver a Hever.

Cuando llegué a la corte pude advertir la diferencia de actitud para conmigo. Era difícil que el rey emprendiera una acción sin que nadie se enterara y se sabía que había visitado Hever sin avisar. Solo podía haber una razón para ello.

Muchos de los miembros de la corte pensaron que yo era la amante del rey. No hubieran creído que ninguna mujer pudiera resistírsele y mantener atrapada su atención. A menudo me preguntaba si sería capaz de hacerlo porque, aunque confieso que me deslumbraba la perspectiva de la corona, siempre me había dado cuenta de lo difícil que sería de conseguir; y en el fondo de mi mente persistía el pensamiento de que sería mejor si todo el asunto fuese olvidado; aquello hizo nacer en mí una indiferencia que me dio la capacidad de mantener mi dignidad. Era probablemente aquella cualidad de mi personalidad lo que había esclavizado al rey. Estaba habituado a las mujeres que se rendían, como era el caso de María. El hecho de que yo no estuviera dispuesta a ceder, me destacó entre todas e hizo más excitante la persecución a la que era tan aficionado.

Cuando volví se apoderó de mi ánimo un entusiasmo fervoroso, pero, al mismo tiempo que disfrutaba secretamente del poder que me confería mi

posición, tenía la inquietante sensación de que había algo esencialmente efímero en todo lo que me estaba pasando.

Estaba en el centro de la corte y la gente se reunía a mi alrededor.

Mi primo Surrey, George, por supuesto, Thomas Wyatt, Francis Bryan, Weston... todos los genios, y los hombres más vivaces e interesantes de la corte. Naturalmente, el rey quería estar con tales cortesanos.

Enrique era asombrosamente paciente y, a pesar de que su más ardiente deseo era que compartiera su lecho, le gustaba pensar en sí mismo como en un hombre religioso: un hombre así no solo respetaría mi virtud, sino que la aplaudiría. Creo que quería que permaneciera virgen, porque era eso correcto a los ojos de Dios. Durante aquella época estaba muy preocupado por Dios. Él realmente le estaba pidiendo al Todopoderoso que acudiera en su auxilio, pues por entonces ya se había convencido a sí mismo de que Dios le estaba manifestando su desaprobación respecto al matrimonio con Catalina, diciéndole, a su manera misteriosa habitual, que nunca tendría hijos varones mientras fuese cónyuge de un matrimonio incestuoso.

Él alimentaba este pensamiento que tranquilizaba su conciencia y le permitía disfrutar de los espectáculos y la compañía del grupo de los genios.

Thomas Wyatt me causaba cierta ansiedad, porque estaba celoso de mi relación con el rey. Thomas nunca había sido discreto. Estaba casado, cierto, y por esa razón no podía casarse conmigo, pero también el rey tenía una esposa. Puede haber ocurrido que, ahora que todos sabían de la devoción que el rey me profesaba, nadie pudiera creer que yo no fuese su amante. Thomas creía que, cuando acabara mi aventura con el rey, yo caería en sus brazos.

Hubo un desafortunado incidente del que me enteré por Francis Bryan.

El rey, por supuesto, había advertido los sentimientos de Thomas Wyatt hacia mí y aquello no le gustaba. Thomas era tan alto como el rey y realmente muy guapo, rubio y con aquel encanto indiferente. Tenía dignidad y era demasiado inteligente como para hacer algo por lo que el rey pudiera protestar, pero se acercaba bastante a eso. A veces evidenciaba una falta de aprecio hacia la poesía del rey y en ocasiones había estado a punto de incurrir en ofensa, expresando sus opiniones frente al monarca.

Enrique era una extraña mezcla. Amaba de verdad la poesía y debido a ello apreciaba a Wyatt; le gustaba tener a su alrededor gente bella y disfrutaba del ingenio. En el rey de Inglaterra coexistían dos naturalezas que batallaban por la supremacía. Una era el hombre sensible amante de las artes y la naturaleza, la

otra representaba la crueldad de un ser altamente competitivo y caprichoso.

En aquella ocasión, Enrique estaba jugando a las bochas con Wyatt, el duque de Suffolk, que estaba de vuelta en la corte con su esposa, la hermana del rey y que en otros tiempos había sido mi señora, y sir Francis Bryan.

Hubo una pequeña disputa entre el rey y Wyatt, situación ante la que cualquier otro se habría disculpado y aceptado como buena la opinión del rey, que sostenía que su bocha había pasado a la de Wyatt.

Mi buen amigo Thomas protestó. En este punto el rey no estaba molesto. Le gustaba hablar con parábolas y probablemente quería subrayar que él era el pretendiente que había tenido éxito.

El rey señaló ostentosamente la bocha poniendo la mano de forma tal que la atención se viera atraída por el anillo que yo le había dado y que Thomas conocía muy bien.

—Os diré una cosa, Wyatt —dijo entonces—: es mía.

Francis me dijo que éste pareció medio abatido, pero solo durante unos pocos segundos; entonces buscó en su bolsillo y extrajo la placa enjoyada.

—Supe al momento que os pertenecía —me dijo Francis—, pues os la había visto a menudo. Además, tenía vuestras iniciales grabadas.

—La recuerdo bien —dije yo.

—¿Qué creéis que dijo Wyatt? «Si vuestra majestad me da licencia, mediré con esto los tiros. Tengo grandes esperanzas de que sea mía».

—¡El idiota! —exclamé.

—Idiota en verdad, pero ya conocéis a Wyatt.

—¿Y qué dijo el rey?

—Estaba muy irritado. No podía apartar los ojos de la placa. Entonces habló de forma cortante. «Puede que así sea, pero entonces he sido engañado». Los jugadores no sabían hacia dónde mirar. Yo creí que Wyatt sería enviado a la Torre, pero él se quedó allí. Imagináoslo con aspecto de satisfecho, dándole vueltas y más vueltas a la placa en su mano y mirándola con amorosa devoción. El rey dijo: «El juego ha acabado», y luego se marchó.

Sentí entonces una profunda aprensión. ¡El rey no creería que Wyatt fuera mi amante! Sin embargo, entre Thomas y yo había una íntima amistad. Habíamos pasado mucho tiempo juntos. ¿Qué acción emprendería Enrique?

No pasó mucho tiempo antes de que lo descubriera. Vino un mensajero a comunicarme que el rey me ordenaba presentarme ante él. Aquello sonaba ominoso.

Fui llevada hasta el monarca prácticamente como una prisionera.

—¿Es Wyatt vuestro amante, Ana? —preguntó cuando nos quedamos a solas.

—Creo que siente afecto por mí.

Se me acercó, me tomó por los hombros y me sacudió. Me erguí con altivez.

—Majestad, ignoro qué he hecho para merecer semejante trato.

Vi el amor emerger a sus ojos y me maravillé del poder que tenía sobre él. Me habló entonces de lo ocurrido en la cancha. Me alegré de que Francis me hubiese puesto sobre aviso para que estuviera preparada.

—Él tenía vuestra placa. Él sugirió que vos erais suya.

—Majestad, no soy de ningún hombre.

—La placa...

—Él me la arrebató cuando se rompió el eslabón de la cadena que la sujetaba. Le exigí que me la devolviera, pero se negó.

Su boca comenzó a distenderse. Me creía, lo que me conmovió.

—¿Y nunca ha sido vuestro amante?

—Ya le he dicho a vuestra majestad que nunca he sido la amante de ningún hombre y nunca lo seré.

—Entonces todo está bien, adorada mía, y yo soy feliz.

Me tomó una mano y la besó.

—Esta espera es intolerable —añadió—. Pero ahora pronto... pronto.

El incidente no había terminado.

George me contó que el rey había sugerido que Thomas Wyatt debería retirarse de la corte durante algún tiempo.

Y esto es lo que hizo Wyatt. Me contaron que al marcharse de la corte se había encontrado con John Russell, que estaba como embajador en la corte papal. Éste estaba a punto de regresar a Roma.

—¿Podría acompañaros? Puedo obtener la licencia del rey, pues no creo que se encuentre de humor como para negármela. ¿Podéis retrasar vuestra partida unas pocas horas?

Russell se sintió encantado de contar con una compañía tan amena y el rey dio prontamente su permiso.

Así pues, tras aquella riña en la cancha, Thomas Wyatt se retiró de la corte y partió hacia Roma con sir John Russell.

Enrique había decidido que de ninguna manera debía haber más demora. Me dijo, lleno de júbilo, que el cardenal Wolsey creía que él podía concederle el divorcio y todo cuanto haría falta sería el endoso del papa.

—Por lo tanto, adorada mía —dijo Enrique—, podéis hacer a un lado vuestros temores. El emperador no sabrá nada de lo que está ocurriendo hasta que sea ya demasiado tarde. Wolsey es un maestro de la diplomacia. Existen muy pocos problemas que ese hombre no pueda resolver y está dedicando toda su atención a este asunto. Habrá una reunión en York Place entre el clero y yo —dijo haciendo una mueca divertida—. Seré convocado a su presencia. Wolsey la presidirá y Warham estará allí.

Esperé ansiosamente el resultado de la reunión. Sería celebrada con gran secreto, de forma tal que nadie sabría lo que estaba aconteciendo.

El rey llegó en barcaza al embarcadero secreto de York Place, y con él William Warham, arzobispo de Canterbury, y varios letrados.

No le temía demasiado a Warham, pues iría por el camino que deseara el rey. Ocupaba el arzobispado desde los primeros años del siglo y era un hombre cansado y viejo y sin duda deseoso de librarse de sus obligaciones. Wolsey se había referido a él, según me dijo el rey, como a «un viejo tonto». No parecía probable que opusiera objeción.

Allí estaban, por supuesto, los letrados y el mismo Wolsey. Pero lo que estos hombres no habían considerado, porque no lo sabían, era que el rey quería casarse conmigo. Todos serían de la opinión de que era tan solo debido a la incapacidad de Catalina para darle a la corona un heredero varón lo que motivaba que se la sustituyera, y asumirían que, en cuanto el proceso de divorcio hubiese acabado, Enrique se casaría con alguna princesa, casi seguramente con la hermana de la reina Claudia, con Renée, ya que estábamos en términos tan amistosos con los franceses.

Por supuesto, yo no era tan tonta como para esperar que el rey les confesara su amor por Ana Bolena. Ellos tenían que creer que todo aquello había surgido debido a que el obispo de Tarbes había puesto en tela de juicio la legitimidad de María, y Enrique sentía la necesidad de examinar el asunto a fin de llegar a la verdad. Así pues, el tribunal eclesiástico que se reuniría en York Place y a la cabeza del cual estaría Wolsey, no debía saber del apasionamiento que el rey sentía por mí ni de mi negativa a ocupar otro lugar que no fuese el de su esposa.

Tan pronto acabó la reunión, el rey vino a contarme lo ocurrido.

—Wolsey estuvo espléndido —me dijo—. Nunca lo había visto tan astuto.

Es un hombre realmente maravilloso. Allí sentado entre el clero y los letrados, le dijo a la corte que el arzobispo tenía un tema delicado que exponer ante mí. Tendríais que haber visto al pobre viejo Warham, estaba temblando como un condenado; era comprensible porque tenía que ponerse de pie y acusarme de haber estado viviendo ilegalmente durante todos estos años con una mujer que no era mi esposa.

—Oh, sí, puedo entender su temor.

—Wolsey le había dicho de antemano que no sería ninguna sorpresa para mí y que mi conciencia había estado inquietándome acerca de este punto desde hacía algún tiempo, por lo que no había necesidad de temer que fuera a ofenderme. Le dijo que, cuando oí lo dicho por el obispo de Tarbes, transmitido por el embajador francés, supe que tenía que indagar en mi alma y responder a cualquier pregunta que me hiciera una corte inquisitiva.

—¡Pero ponerse de pie ante esos hombres y acusarlos!

—Pobre hombre, sentí lástima por él. En un momento dado vaciló, pero Wolsey lo impulsó a seguir. Escuché cuidadosamente lo que tenía que decirme y cuando acabó todos estaban mirándome atentamente. Les dije cuán apesadumbrado estaba y cuánto comprendía sus preocupaciones y les aseguré que no tenía resentimiento alguno contra aquellos que habían creído necesario sacar a la luz este caso.

—No podía esperarse que sintierais resentimiento contra vos mismo —le recordé.

Él frunció el entrecejo. Eso era algo que tenía que aprender de él. En medio de la más flagrante hipocresía, él podía arrastrarse a sí mismo a creer lo que estaba intentando hacerles creer a los demás. Resultaba extraordinario que un hombre de su inteligencia pudiera hacer algo semejante, lo cual evidenciaba una destreza mental insólita. Me asombraba y no podía evitar aludir a ello, lo cual resultaba peligroso. Yo era tan impetuosa y osada como Thomas Wyatt.

Sin embargo, en aquel momento él estaba demasiado emocionado como para reconvenirme. Continuó hablando como si yo no hubiese dicho nada.

—Creo que hay una sola cosa que puedo hacer y es, por muy doloroso que resulte, someterme a una investigación —se volvió hacia mí con el rostro encendido de alegría—. Ana, no falta mucho ahora. Estaremos juntos; todo cuanto tenemos que hacer es esperar a Wolsey, que irá a ver al papa y tendrá todo el asunto sellado y resuelto antes de que el emperador haya oído una palabra sobre ello.

Yo estaba comenzando a creer que todo ese fantástico futuro podía ser mío. El rey se sometería a una investigación que, merced a los buenos oficios del cardenal Wolsey, tomaría el rumbo correcto. El clero quedaría convencido de la nulidad del matrimonio del rey con Catalina y entonces el cardenal favorito de Enrique VIII lo declararía inválido. Todo cuanto necesitaría sería la sanción del papa por cuestión de forma.

A Enrique no se le ocurrió que la reina fuese a poner ninguna objeción. Ella siempre había sido buena y amorosa; había hecho como que no se daba cuenta de sus pecadillos; poseía una naturaleza grave, callada y monacal. Él le dijo, con aire magnánimo, que la consideraría su hermana, y estaría bien cuidada. Tendría una casa digna de su persona y pasaría el resto de sus días en la meditación y el rezo. ¿Tal vez le gustaría tomar órdenes monacales? Todo parecía muy simple.

Mi carácter por entonces era voluble, lo cual resultaba inevitable. Solo tenía veinte años y no era realmente tan inteligente como creía. ¿Quién lo es, a los veinte? Me creía madura por mi educación en la corte francesa, porque era ingeniosa y daba muestras de ello en las discusiones en las que intervenía... pero si todo eso hubiera sido verdad, mi historia podría haber sido diferente.

Comencé a desear con desesperación la corona sobre mi cabeza, sin ponerme a pensar que cuando llega no trae más que problemas, preocupaciones y tragedia.

Ahora quería ser reina de Inglaterra; y solo cuando la corona parecía estar ya casi en mi mano, me daba cuenta de cuánto la ansiaba.

Sentí pena por la reina, pero me decía que yo era más adecuada para compartir el trono de Enrique. El rey de Inglaterra necesitaba a su lado a alguien que fuese tan vivaz como él, que pudiese compartir sus fiestas, planearlas, cantar, bailar, tener el aspecto de una reina verdadera, como él lo tenía de monarca.

Me animaba a comprar todas las telas que necesitase, terciopelos, brocados, paño de oro y plata. Él se encargaría de pagarlos. Quería eclipsar a todas las mujeres de la corte, cosa que él aseguraba que podía hacer aun vestida de mendiga.

Di rienda suelta a mi pasión por la ropa y él me proporcionó las joyas. Frecuentemente me llegaban regalos suyos y habitualmente eran gemas muy costosas.

Comenzaba a aprender el significado de la palabra *ambición*.

La reina se daba cuenta de que algo muy malo ocurría. Era imposible ocultárselo. El rey aún no había hablado con ella, pues quería que la corte

eclesiástica hubiese progresado un poco más en sus descubrimientos. Entonces iría a verla, representando seguramente un gran espectáculo de tristeza que tendría un aspecto de lo más genuino, ya que, mientras estuviera con ella, él sería capaz de convencerse a sí mismo de que sentía pena por la situación.

Creo que ella era una mujer muy asustadiza. Sabía que él me favorecía, pero no estaba realmente preocupada, porque no se daba cuenta de qué papel jugaba yo en «el secreto del rey». Yo era, según ella creía sin duda, la amante del rey como mi hermana lo había sido antes.

Claro que a Catalina le hubiera gustado desterrarme de la corte, pero no iba a correr el riesgo de despedirme como no lo había hecho con María, porque sabía que, si lo hacía, el rey me mandaría a regresar, cosa que sería humillante para ella; a estas alturas, la reina de Inglaterra no deseaba irritar a su rey.

Había solo unos pocos, entre ellos mi hermano George, y mi padre, ambos en términos de intimidad con Enrique, que conocían los planes del monarca. Estaba muy ansioso por mantenerme fuera del asunto y creo que había decidido que Wolsey no debía saber nada. A pesar de que Wolsey era su servidor, era también cardenal y le debía una cierta lealtad al papa. No podía imaginar qué reacción hubiera tenido de haberlo sabido. Yo suponía que habría hecho todo lo posible para disuadir al rey de aquella decisión y que le hubiera dicho que lo único que podía hacer cuando quedara libre era casarse con una princesa extranjera.

Los embajadores eran espías por naturaleza y el embajador español era tan diestro en dicho arte como lo era cualquier otro, exceptuando solo al francés. Tenían que serlo debido a las relaciones entre los países. Yo no sé cuánta gente tenía Íñigo de Mendoza trabajando para él en secreto, pero nos enteramos de que sabía que Wolsey estaba actuando en favor del divorcio del rey y había reunido a arzobispos y letrados para demostrar que el matrimonio con Catalina era ilegal.

En aquel momento yo creía que todo marchaba bien. Wolsey estaba a punto de proclamar inválido el matrimonio y partir luego hacia Roma para persuadir al papa Clemente de que pronunciara la palabra definitiva, lo cual sería fácil con un cuantioso soborno de por medio. El rey deseaba que el cardenal supiera que tenía intención de hacerme su reina solo cuando esto se hubiese llevado a cabo.

No preveíamos ningún problema y el final parecía estar ya a la vista.

Pronto, me dije, estaré marchando hacia mi coronación. Estábamos en una fiesta de un esplendor especial. Desde que había adquirido una importancia tal en la corte, me gustaba que nuestras mascaradas y obrillas fuesen más cultas, más ingeniosas. Comenzaba a recordar mucho de lo que había aprendido en

Francia.

En aquella ocasión estábamos bailando. Los demás se habían apartado para que pudiéramos estar prácticamente solos. A menudo ocurría esto, y al rey le gustaba. Era una indicación de que, cuando él danzaba, la gente no quería mirar a nadie más que no fuera a él y a su pareja.

Mi forma de bailar era del más alto nivel y me gustaba que me admirasen.

Entonces hubo un alboroto más allá del salón y un hombre apareció en la puerta. Los heraldos intentaron detenerlo.

—Tengo que ver al rey —gritó—. Traigo noticias.

Tenía manchas de polvo del camino y de fango y aparentaba haber cabalgado una gran distancia.

—¿Cómo ahora? ¿Qué significa? ¿Qué noticias me traéis? Vuestra prisa indica que son malas —espetó Enrique.

—Majestad, la más terrible tragedia. Roma ha sido arrasada por las tropas del condestable de Borbón. El condestable ha muerto. Las tropas han saqueado Roma y el papa ha huido al castillo San Ángel, donde está prisionero.

En el salón se hizo un profundo silencio. La cara del rey se había vuelto cenicienta y luego púrpura.

Yo sabía lo que aquello significaba. Borbón había sido un aliado del emperador y el papa era en realidad prisionero del emperador.

¿Qué esperanza había ahora de obtener la sanción necesaria para el divorcio que habíamos esperado tan confiadamente?

Aquella noche no se bailó más. El rey mandó a buscar a Wolsey y se encerró con él.

Hubo varias versiones de la catástrofe. Todo era obra del condestable de Borbón, que había traicionado a Francisco I y se había aliado con el emperador. Eran sus tropas las que habían capturado a Francisco en Pavía y lo habían entregado a Carlos.

Carlos había honrado al condestable, pero algunos nobles españoles lo despreciaban por traidor, y se contaba una historia acerca de que, cuando había llegado a Madrid y el emperador había querido rendirle grandes honores por los servicios que le había prestado, le había pedido al marqués de Villena que se marchara de su residencia para que la utilizara Borbón mientras estuviera en la ciudad, ya que era una de las mejores. El rey se refirió a él como al campeón de

Pavía. El marqués había replicado que, puesto que el rey se lo pedía, él debía obedecer, pero, una vez que se hubiera marchado el condestable, él incendiaría la casa con sus propias manos, porque no podía vivir en habitaciones que habían sido ocupadas por un traidor a su país.^[1]

Me formulaba preguntas acerca del condestable. No creía que hubiese sido un hombre muy feliz, a pesar de que se lo había conocido como uno de los más grandes soldados de nuestros días y el emperador, encantado de tenerlo a su servicio, lo había tenido en gran aprecio. Pero el Borbón había sido demasiado orgulloso como para ser feliz al servicio de otro hombre. Carlos le había prometido Milán, pero él había puesto sus codiciosos ojos en Nápoles. Había sido un líder valiente y audaz, nunca vacilaba en enfrentarse al peligro y su ejército había estado dispuesto a seguirlo allá donde lo condujese.

Había reunido un gran ejército que incluía quince mil *landsknechts*^[2] de Alemania, muchos de los cuales habían sido profundamente afectados por las enseñanzas de Martín Lutero y miraban al papa como un enemigo de la religión verdadera. Borbón les había prometido que se harían ricos con los tesoros que encontrarían en Roma.

Acorralarían a Clemente en su escondite; aumentarían sus riquezas, toda la gran fortuna que había sido arrebatada a los pobres con la venta de indulgencias y anomalías semejantes sería suya.

Atravesaron Italia pasando por Bolonia y Florencia, resistiendo la tentación de saquear estas ricas ciudades porque la marcha sobre Roma era de importancia suprema.

Acamparon fuera de la ciudad. El condestable les dirigió un conmovedor discurso en el que les recordó que habían viajado desde muy lejos soportando las inclemencias del invierno; habían tenido diversos encuentros con el enemigo, de los cuales habían salido con algunas pérdidas; habían pasado hambre y sed, pero ahora habían llegado a su meta. Era el momento de mostrar su temple. Una vez un astrólogo le había dicho que él moriría en Roma, pero no le importaba. Él sabía qué debía hacer. Atacarían a primera hora de la mañana y, si sus hombres lo seguían, tomarían la ciudad y se harían ricos.

Ataviado de blanco para que sus hombres siempre pudiesen verlo y para demostrarle al enemigo que no tenía miedo, encabezó el asalto. Fue un gesto temerario, pues, en cuanto comenzó a escalar las murallas de la ciudad, fue identificado y recibió un disparo de arcabuz que lo hirió mortalmente.

Sus últimas palabras fueron que una empresa que había comenzado tan bien, debía continuar. De haber vivido, la historia hubiera sido diferente. Él era un gran soldado; hubiera cogido lo que hubiese querido de la ciudad y hubiera hecho al papa su prisionero y la victoria hubiera sido llevada a término según las leyes de la guerra. Pero ahora Roma estaba en poder de una soldadesca ruda, licenciosa y fanática.

El saqueo de Roma será recordado seguramente como uno de los acontecimientos más horripilantes del siglo. Las iglesias fueron profanadas, los curas asesinados y las monjas violadas en los altares. Las historias de horror no tenían fin y durante semanas la gente no habló de otra cosa.

¿Cómo iba ahora a poder el papa Clemente darnos la sanción que necesitábamos, si era virtualmente prisionero del sobrino de la reina?

—Esto —dijo el rey rechinando los dientes—, va a retrasar nuestro asunto.

Recurrió a Wolsey y posteriormente me enteré de lo que había ocurrido en aquella entrevista.

—Wolsey dice que la corte eclesiástica debe cerrarse sin demora, ya que ningún bien puede resultar de mantenerla abierta. No podremos ir a ninguna parte hasta que el papa quede en libertad, y Wolsey propone trasladarse a Francia y conseguir que Francisco trabaje con él. El papa debe ser liberado y hacerse la paz en toda Europa. Si puede llevar esto a término con la ayuda de los franceses, consideraría la posibilidad de hacer con ellos una nueva alianza en contra del emperador. Yo le dije: «¿Pero qué hay de mi asunto, Thomas?», y él me respondió: «Majestad, nada está más cerca de mi corazón, pero antes de continuar adelante debemos asegurarnos el éxito. No podemos proseguir mientras el papa esté en cautiverio. Desafortunadamente, necesitamos su sanción. Dadme licencia para marchar a Francia y le juro a vuestra majestad que aprovecharé cualquier oportunidad que se me presente para concluir el asunto satisfactoriamente».

Enrique me miró y se encogió de hombros.

—Parece cosa del destino —dije—. Justo ahora... en este momento... el papa es tomado prisionero y puesto en manos del emperador.

Él asintió sombríamente.

—Ya veréis, adorada mía. Este desafortunado asunto del papa nos demora, pero Wolsey encontrará la solución. No temáis. Siempre ha encontrado soluciones para todo y sabe que este asunto tiene para mí una importancia que ninguno ha tenido jamás.

Fue a principios de julio cuando el cardenal marchó a Francia; las muchedumbres se apiñaban en las calles para verlo pasar, debido a que tanto él como su séquito constituían un espectáculo. Thomas Wolsey era famoso por su ostentoso amor por la ceremonia y algunos observadores poco amables decían que era natural, ya que había comenzado su vida en la tienda de un carnicero. No estaba tan segura de eso, puesto que no gustaba de estas cosas más que el rey que había visto la luz en el palacio de Greenwich y vivido toda su vida como un príncipe.

Pero era cierto que el cardenal amaba el esplendor. Sus residencias, York Place y Hampton Court especialmente, eran tan magníficas como (algunos decían que más) las residencias reales. Había una pequeña rima que la gente citaba a menudo y que había sido escrita por Shelton, uno de los poetas de la corte. Era algo así como:

*¿Por qué no vinisteis a la corte?
¿A qué corte?
¿A la corte del rey
o a la corte de Hampton?*

Wolsey había hecho de su residencia de Hampton un sitio digno de ser real y no había nada que le gustase más que divertir al rey con los espectáculos y fiestas que daba allí. Enrique había reparado en la magnificencia del lugar y creo que sentía un poco de envidia, pero quería realmente a Wolsey. No era solo el cerebro de aquel hombre y hay que reconocer que era realmente astuto, sino algo que formaba parte de la personalidad de Wolsey, lo que fascinaba a Enrique; y a pesar de los celos y las numerosas observaciones burlescas dirigidas contra el cardenal, el rey se limitaba a hacer caso omiso y en algunas ocasiones a mostrar levemente su disgusto, que era la forma más rápida de poner freno a los detractores de Wolsey.

El cardenal se llevó consigo a una numerosa compañía. Iban todos muy elegantes, vestidos de terciopelo negro con cadenas de oro en torno al cuello. No podían faltar los servidores de todos ellos, que se distinguían por sus libreas pardas.

Wolsey era una figura muy impresionante. Iba a lomos de una mula enjaezada en rojo para hacer juego con su ropaje y, para que nadie olvidara su

alto cargo, tanto en la Iglesia como en el Estado, delante de él transportaban el gran sello de Inglaterra y su capelo cardenalicio.

Así y todo, no creo que fuera un hombre muy feliz. Estoy segura de que se sentía bastante seguro respecto a los tratados que llevaba en mente; era el secreto del rey lo que lo preocupaba de tal manera, y pienso que en el fondo él estaba en contra del divorcio; tal vez creyera que Catalina y Enrique aún estaban a tiempo de tener un hijo varón. Por otra parte, el rey no tenía hermanos, ningún heredero directo, y podía haber problemas en un país cuando moría un monarca y existían varios candidatos que reclamaban el trono.

Tal vez Wolsey pensó que era un asunto por el que no debía preocuparse demasiado; Enrique era más joven que él y era plausible pensar que él ya estaría muerto cuando surgiera tal contingencia.

EL TRIBUNAL DE BLACKFRIARS

El tiempo iba pasando. Wolsey hacía progresos en Francia, pero no estaba cerca de conseguir la liberación del papa.

Enrique escribió, impaciente. Vi la carta que acusaba al cardenal de no concederle plena atención al asunto que era de suprema importancia para el rey.

El cardenal respondió que no estaba ahorrando esfuerzos. Francisco I tenía una actitud solidaria y Wolsey creía que acogería gustoso una unión de Enrique con la princesa Renée.

Mi padre vino a verme. Ahora me llamaba *querida hija*.

Su repentino afecto hacia mi persona me volvía escéptica. Por supuesto, yo estaba continuando la tradición de la familia Bolena, que había introducido algunas ramificaciones en la nobleza a través de las mujeres de la casa, pero de una forma mucho más espectacular que la de cualquiera de mis predecesoras.

Sentía deseos de reírme de él.

—Mi querida hija —me dijo—, parecéis gozar de buena salud.

—Vos también, milord —repliqué fríamente.

—El proyecto que tenemos entre manos es de lo más emocionante. El rey me ha hablado de sus sentimientos hacia vos.

—¿Significa eso que he hallado favor ante vuestros ojos, milord?

—Mi querida niña, yo siempre supe que de todos mis hijos, vos erais la única que poseía talentos especiales.

—María tenía algunos talentos excelentes —le recordé.

—Ah, vuestra hermana María... ella siempre fue una tonta. Bueno, está cosechando de su locura. Allí está... viviendo humildemente con Carey. Él nunca se hará un nombre.

—Excepto como el marido de la amante del rey.

Él rio de una forma más bien adulatora, cosa que me divirtió.

—Es en vos en quien tenemos que pensar.

—Puedo hacerlo sola.

—Estoy seguro de que podéis. Pero el rey está muy abatido. Cree que Wolsey se está retrasando demasiado en resolver la cuestión.

—Tiene una gran tarea ante sí.

—No confío en Wolsey. En este momento está intentando llegar a un acuerdo con Francisco I respecto a la princesa Renée. Si supiera las verdaderas intenciones del rey, no puedo imaginar lo que haría.

—Seguramente hará lo que el rey le ordene.

—Es una criatura astuta. No confío en él, y el rey tiene un presentimiento especial. Ha estado hablando conmigo. Dice que se siente muy incómodo debido a su relación con María.

—Eso ya acabó.

—Pero el rey siente escrúpulos. Se pregunta si su intimidad con María podría ser un obstáculo para su matrimonio con vos... debido al hecho de que sois la hermana de ella.

—¿Os referís a la estrechez del parentesco?

—Es natural que su majestad quiera que todo sea incontestable y desea obtener una dispensa con respecto a María. Ha hablado con George y conmigo. Wolsey tiene planes para establecer un gobierno papal en Aviñón sobre el cual él tendrá plenos poderes. Éste deberá durar solamente mientras el papa esté cautivo, pero entonces él sancionaría el divorcio; claro, antes de poder hacer todo esto debe contar con el acuerdo del papa. No cree que sea una tarea insuperable el hacer colar un hombre en el interior del castillo San Ángel para obtener el acuerdo de Clemente. El rey no cree que sea una buena idea, pues piensa que es demasiado lento. Quiere enviar un embajador, y ha escogido al doctor William Knight. Parte en apariencia para ayudar a Wolsey, pero de hecho lleva un documento secreto con el cual él pedirá la dispensa por las relaciones del rey con María.

Todo parecía ir en contra nuestra. Más tarde descubrimos que los espías de Wolsey habían registrado el equipaje de Knight antes de que se reuniera con él. Aquello, desde luego, hacía insostenible su posición en Francia. El rey lo había traicionado hasta un extremo tal, que él se hallaba negociando con Francisco I un matrimonio con la princesa Renée, cuando durante todo el tiempo estaba decidido a casarse con Ana Bolena.

El cardenal no tenía otra alternativa más que correr de vuelta a casa.

Me atrevería a decir que estaba muy preocupado; por primera vez no contaba con la confianza del rey, que estaba trabajando en contra suya, sin contarle sus

verdaderos planes.

Estábamos en Richmond Palace cuando Wolsey regresó.

Yo estaba con Enrique y algunos de nuestros especiales amigos: mi padre, George, Francis Bryan, Surrey y varios más.

Uno de los sirvientes del cardenal entró en el palacio y fue inmediatamente traído ante presencia del rey.

—El cardenal está de camino hacia aquí, majestad —dijo el hombre—. Viene directamente de Francia y querría saber si vuestra majestad lo recibirá.

Sabía que Wolsey quería ver al rey a solas y sentía sospechas de él. No podía olvidar que me había llamado *una joven tonta* indigna de emparentar con la casa de Northumberland y, debido a eso, siempre sentía deseos de mostrarle mi poder.

—¿Dónde podrá el cardenal ver al rey, si no donde el rey se halla? —dije osadamente.

Todo el grupo quedó en silencio. Había sido excesivamente osada pero me sentía segura de mí misma.

El rey asintió por toda respuesta.

Así que Wolsey compareció y el pasmo que se reflejó cuando vio cómo se le recibía fue realmente penoso.

En aquel momento adquirió repentinamente el aspecto de un hombre viejo y cansado que ha fracasado en la misión encomendada.

Enrique, que además sentía un verdadero afecto por Wolsey, advirtió la desesperación de su cardenal.

—Bien, Thomas —dijo dulcemente.

Wolsey hizo una reverencia y luego me miró directamente. Me pregunto si pudo leer el triunfo en mis ojos.

Los meses siguientes fueron difíciles y a cada paso topábamos con la frustración. La posición de Wolsey se hacía cada vez más incierta. Enrique me dijo que, cuando le confesó sus intenciones, él le había implorado que me abandonara y considerase la unión con Renée de Francia.

—Le dije que no lo haría bajo ninguna circunstancia.

—Siempre me ha odiado —dije.

—No, adorada mía. Es un buen servidor. Teme que, si llegara a saberse que deseo casarme con vos, nadie creería que el motivo del divorcio surgió debido a mis dudas acerca de la legalidad de mi matrimonio con Catalina. Dirán que es

raíz del deseo que experimento por Ana Bolena.

La exasperación se apoderó de mi ánimo. Aquél era el motivo... pero Enrique no quería aceptarlo. Quería que sus acciones fuesen vistas como desinteresadas, un deseo de hacer parecer correcto lo que no lo era. ¿Pero es que ni siquiera entre nosotros podía admitir la verdad? No, no podía hacerlo y era imposible razonar con un hombre así.

Cuando miro hacia el pasado, me doy cuenta de cuán tonta fui. Nunca debí permitir que mi deseo de vengarme de Wolsey superara mi sentido común. Debería haber tenido más cuidado con mi actitud hacia aquellos que me rodeaban. Tendría que haber recordado la bondad de la reina Catalina, su dignidad, su vida religiosa, el hecho de que ella nunca había hecho intencionadamente daño a nadie, lo cual le había ganado muchos amigos. Estos últimos se unían en torno a ella, ahora que se hallaba en dificultades.

Una persona que se ofendió mucho conmigo fue la hermana del rey, María, a quien había acompañado a Francia cuando yo era una niña. La princesa venía a menudo a la corte con su marido, el duque de Suffolk. Debido al secreto del rey, comenzaron a surgir dudas por todas partes, y se había aludido a que su matrimonio con la hermana del rey podía no ser válido debido al anterior matrimonio de Suffolk con Margaret Mortimer, la viuda cuyo difunto esposo había sido el hermano del abuelo de Suffolk. Puede que aquello hiciera sentir a María una cierta simpatía hacia Catalina. De todas formas, ambas eran grandes amigas y María se mostró ofendida porque alguien que había sido su dama de honor aspirase ahora a ser reina de Inglaterra.

Creo que ella hubiese hablado en contra mía de haberse atrevido pero, por supuesto, Enrique no lo hubiera permitido; y, por otra parte, ya no era la joven vehemente que yo había conocido. Era ahora una sobria matrona completamente absorbida por su familia y no quería atraer a la misma ninguna desgracia.

Mi tía, ahora duquesa de Norfolk, tampoco lo aprobaba, aunque no podía entender por qué tenía que molestarle la gloria que yo traería a la familia; y lady Bolena, otra de mis tías, habría expuesto sus críticas si se hubiera atrevido, creo que más bien por celos. El hecho es que eran todas amigas de Catalina y entendían, al igual que yo, que ella estaba sufriendo.

Todos sabían ya que Enrique quería divorciarse para casarse conmigo. Me miraban como a una especie de sirena que poseía poderes diabólicos con los que había embrujado al rey. No le atribuían a él culpa alguna y si les hubiera dicho que al principio intenté evitarlo con todas mis fuerzas, no me habrían creído. No

aceptaban el hecho de que había sido despojada del hombre que amaba y que no tenía ningún deseo de encontrarme en aquella situación, pero ahora estaba decidida a obtener lo mejor de ella.

Quizás ostentaba demasiado mi posición. Tal vez disfrutara del poder que tenía sobre el rey. Me bañaba en la admiración de muchos de los miembros de la corte, pues la de Enrique me había conferido una especie de encanto adicional. Solo puedo decir que estaba equivocada, y que, como todos los jóvenes, pensaba que era más inteligente de lo que era en realidad.

Pasó el verano y llegaron los días invernales con sus largas veladas. Ardían los hogares de las grandes estancias palaciegas y tenían lugar bailes y espectáculos hasta muy entrada la noche.

A menudo me encontraba con los ojos de la reina, que me observaban. Ella sabía, al igual que todo el mundo, que yo era el objeto de la pasión del rey y la razón por la que deseaba verse libre de su matrimonio. Creo que, a pesar de toda su santidad, tenía que odiarme. A menudo me destinaba a tareas que me obligaban a estar a su lado y lejos de Enrique. En todo el palacio reinaba una creciente tensión, quién sabe por cuánto tiempo.

A la reina le gustaba que jugara a las cartas con ella. Creo que se debía porque el juego dejaba al descubierto mi sexta uña, y ni siquiera mis largas mangas podían taparla. Estoy segura de que se rumoreaba que ese defecto físico era una señal de brujería y que solo alguien con poderes especiales podía haber producido un efecto tal sobre el rey.

Me encogía de hombros ante todo aquello. Me decía que no me importaban en absoluto todos sus cuchicheos, aunque por cierto, eran bastante descorazonadores para mí.

Recuerdo una ocasión en la que estaba jugando a cartas con la reina y algunas otras personas. En el juego que nos ocupaba, cada uno tenía que tomar un naipe del montón y era buena suerte que le tocara un rey. Aquella carta me tocó a mí.

La reina me miró entonces fijamente.

—La dama Ana ha tenido la buena fortuna de detenerse ante un rey. Pero ella no es como las demás. Ella los quiere todos o ninguno.

Sonreí y continué jugando como si no hubiese comprendido la amargura que se ocultaba tras sus palabras.

Iríamos a pasar las fiestas navideñas en Greenwich. Mi pequeño grupo de genios y yo organizamos las mascaradas y cada día esperaba al mensajero de Roma con la buena noticia de que el papa había dado su sanción. Sabía que Enrique esperaba con la misma ansiedad y que no era debido a pereza por su parte por lo que hacíamos tan pobres progresos.

El doctor William Knight enviaba esperanzadoras y frecuentes cartas, pero no parecía adelantar mucho. Todo eran promesas.

Pocos días antes de Navidad, llegó un mensajero con gran precipitación y pidió ver al rey. Yo estaba con Enrique cuando nos dieron la noticia más emocionante que habíamos tenido durante mucho tiempo. El papa había efectuado una dramática fuga de su prisión. Disfrazado de mercader, había salido del castillo San Ángel, atravesado la ciudad sin que lo descubrieran los hombres del emperador y hallado refugio en el palacio del obispo de la ciudad.

Ya no era, por tanto, prisionero del emperador. Enrique estaba encantado.

—Ahora ya no falta mucho, adorada mía —me dijo.

Aquellas fueron unas Navidades muy felices en Greenwich. Las obras fueron muy graciosas y los bailes más vivaces que nunca. El rey estaba de un ánimo excelente y era el centro de todo.

—Este asunto es un motivo de gran regocijo —dijo Enrique—. El papa está en libertad. Que todo el país dé gracias a Dios por su liberación.

El pueblo siempre estaba dispuesto para las celebraciones y se entregaron al regocijo con vigor. Se bailaba en las calles y la luz de las hogueras convertía la noche en día.

Pero nadie podía sentir más deleite que Enrique y yo.

—Ahora las cosas serán fáciles —dijo él—. Clemente no sentirá ninguna inclinación hacia el emperador. Querrá castigarlo por todo lo que le ha hecho sufrir. El mes que viene, en esta misma fecha, vos seréis mi reina.

Pero las cosas no salieron así.

Cuando leímos la carta, primero pensamos que nuestras esperanzas se habían realizado.

El doctor Knight decía que Clemente había dudado y buscado evasivas y que aún le temía al emperador. Quería complacer a su buen amigo el rey de Inglaterra y sabía cuán caro era este asunto para su corazón, debido a lo cual se sentía incapaz de negarle a su amigo lo que tan ansiosamente deseaba.

Enrique lo leyó en voz alta, y me abrazó.

—¡Por fin! —gritó—. ¡Por fin!

La dispensa seguiría a la carta. Había tenido que retenerla para que el cardenal Pucci realizara una breve revisión de la misma, pero, en cuanto estuviese lista, sería despachada.

Al principio, Enrique quiso celebrarlo de inmediato. Quería decirle a Wolsey que ya podía reunir a la corte y fallar a su favor, dado que la dispensa iba a llegar en cualquier momento.

Y así esperamos. Pasaron los días. El rey dio órdenes para que cualquier mensajero que llegase fuera conducido de inmediato a su presencia.

La espera fue ardua y el retraso parecía enorme. El rey juraba primero contra Clemente y después contra el doctor Knight. Clemente era un estúpido indeciso; Knight era perezoso e indiferente respecto a las necesidades de su señor.

Y entonces llegó.

¡Con cuánta alegría fue recibida!

Pero, al leerla, el rostro de Enrique se puso escarlata.

—Ese entrometido Pucci —exclamó.

Pero sabía que no era Pucci quien había inutilizado el documento. Era Clemente... oscilando entre esta y aquella dirección, temeroso de Enrique pero más temeroso aún del emperador.

Lo que le hubiera dado a Wolsey el poder de emitir juicio había sido borrado del documento, por lo que la dispensa era inservible y todos nuestros esfuerzos habían sido vanos.

Estaba claro que el papa, incluso ahora que estaba libre, no se sentía inclinado a darnos la ayuda que necesitábamos para que Enrique pudiera casarse conmigo.

El rey estaba furioso. Gritó amenazas contra el vacilante Clemente, el taimado Pucci y el holgazán doctor Knight. Pobre doctor Knight, él había hecho todo lo posible y no era su culpa que Clemente tuviera tanto miedo al emperador.

—Deberíamos haber dejado el asunto en manos de Wolsey —dijo él—. Es el único hombre que puede burlarlos a todos. Ya sé que vos sentís que no es amigo vuestro, pero eso no es así. Él es amigo mío y eso significa que debe serlo vuestro. Necesitamos a Wolsey para solucionar este asunto.

Entretanto, Enrique le declaró la guerra al emperador.

Tenía que dejar de lado mi animadversión hacia Wolsey; debía recordar que fue el rey quien impidió mi matrimonio con Henry Percy; Wolsey no había

hecho otra cosa que obedecer órdenes. Sin embargo, su forma de llevar a término dichas órdenes resultó sin duda arrogante y ofensiva. «Esa joven tonta...». Yo nunca olvidaría eso, ni la humillación de que nos había hecho objeto a ambos. Pero tenía que olvidarlo. Se necesitaba una mano maestra para solucionar este asunto y Wolsey era sin duda quien la poseía.

El cardenal decidió enviarle dos hombres al papa: Stephen Gardiner y Edward Fox. Fox era un joven extremadamente inteligente de unos treinta años de edad. Había sido educado en Cambridge, donde asombró a sus profesores por su brillantez, hasta el punto de ser conocido como el prodigio de la universidad. Estaba emparentado con Richard Fox, el obispo de Winchester, lo que no representó precisamente un obstáculo para su progreso; pero Wolsey decía que era un hombre de energía, habilidad, recursos y tacto inmensos y que poseía aquellas cualidades necesarias para llevar aquel asunto a una conclusión satisfactoria.

Stephen Gardiner era uno de los secretarios privados de Wolsey y también había demostrado su brillantez. Era mayor que Fox, creo que al menos diez años, y su origen era algo oscuro. Algunos decían que estaba emparentado con la familia Rivers. Muy pronto se fijaron en él en Cambridge. Era doctor en derecho civil y canónico; se convirtió en profesor y luego tutor del hijo del duque de Norfolk y había sido precisamente Norfolk quien se lo había presentado a Wolsey. Siempre alerta a la caza de talentos de los que poder servirse, Wolsey decidió emplear a Gardiner, y así éste fue escogido junto con Fox para desempeñar esta delicada tarea que iba a requerir el máximo tacto e iniciativa.

De esta forma, Fox y Gardiner abandonaron Inglaterra, dos hombres ambiciosos, completamente conscientes de cuántas cosas dependían del éxito de su misión.

Entretanto, había problemas en casa, pues la guerra con el emperador significó el cese del comercio con los Países Bajos y los fabricantes de paño perdieron sus mercados de Flandes. Los flamencos también estaban descontentos por la interrupción que la guerra acarreó a su comercio con Inglaterra.

Estallaron los tumultos, primero en Suffolk, desde donde comenzaron a expandirse.

Enrique tenía miedo de perder el afecto de su pueblo. Él siempre había sabido que, por muy poderoso que fuese un monarca, nunca debía perder el apoyo de sus súbditos. El emperador Carlos no quería la guerra con Inglaterra más de lo que Enrique la quería con él. Se acordó una tregua, se reanudó el

comercio y los descontentos fueron desapareciendo.

Enrique estaba muy ansioso por ver amistad entre Wolsey y yo. Insistía en que cenáramos los tres juntos. Nos sonreía a ambos; quería que las dos personas más caras a su corazón fuesen amigas. Había en él cierta simplicidad en aquel entonces que lo hacía adorable. Era difícil reconocer en ese Enrique a la persona cruel que yo sabía, incluso entonces, que podía llegar a ser.

El afecto que sentía por Thomas Wolsey se manifestaba en su voz al hablarle.

—Mi buen Thomas —le decía, rodeando el cuello del cardenal con un brazo a modo de gesto afectuoso—. Él nos conducirá a través de todo este enredo.

Aquello demostraba que era capaz de querer a la gente, aunque no estaba segura de que ese afecto fuese desinteresado. No era ningún tonto. Lo habían educado muy cuidadosamente; era un hombre culto y conocía el valor de Wolsey. Tal vez era debido a eso que lo quería. ¿Y a mí? ¿Por qué me quería a mí? ¿Por la excitación que podía proporcionarle? ¿Se nos quería por el placer que podíamos proporcionarle? Pero ¿es que acaso no era esa la fuente del cariño? ¿Por qué, entonces, tenía yo que dudar de Enrique?

Durante aquellas reuniones, Wolsey, debido a que era el deseo del rey, me manifestaba gran deferencia y yo se la manifestaba a él; y resultó asombroso cómo llegó a crecer entre nosotros algo parecido a la amistad. No creo que llegara a ser algo muy profundo, pero estaba allí en la superficie para que el rey la viera y se deleitara en ella.

Wolsey les había dado a Gardiner y Fox una lista de mis virtudes para que fuesen presentadas ante el papa. Había sido de lo más halagador; también había escrito un tratado magistral acerca de la importancia de tener un heredero varón y del temor del rey acerca de lo que podría ocurrir a su muerte si no dejaba un hijo para que lo sucediera. Él aún era joven... lo suficiente como para tener un hijo y educarlo como gobernante. Si el asunto se demoraba unos pocos años, podía ocurrir que ya no pudiera tener un hijo y darle la adecuada guía.

Llegó la primavera y cada día esperábamos noticias de la misión que se les había confiado a Gardiner y Fox.

Al fin llegaron. Habían hecho algunos progresos y ahora el papa se daba cuenta de la difícil situación en que se encontraba el rey. Clemente quería ayudar, por lo cual enviaría al cardenal Lorenzo Campeggio a Inglaterra para que, junto con Wolsey, revisara el caso.

No era lo que Enrique había esperado, pero era algo.

El rey estaba ansioso porque la corte quedase constituida de inmediato, pero, antes de que eso pudiera hacerse, nos golpeó la calamidad: las fiebres llegaron a Inglaterra.

Esta temida enfermedad infundió el miedo en toda la población. Se propagó rápidamente por la campiña y llegó a las ciudades. Resultaba peligroso estar en compañía de cualquiera que hubiese padecido la fiebre porque era muy contagiosa y uno nunca podía estar seguro de dónde golpearía cada vez. Si la contraían todos los miembros de una casa, era indispensable que nadie saliese o entrase en la misma.

Decidí que lo mejor que podía hacer era trasladarme a Hever. Enrique estaba totalmente a favor de ello porque se sentía aterrorizado ante la posibilidad de que yo contrajera el mal. Él mismo abandonaría Londres y con un reducido séquito, dado que el campo era siempre menos peligroso que las pobladas ciudades.

Así pues, regresé a Hever.

Durante la primera noche que pasé allí, desperté sintiendo alternativamente frío y calor. Me toqué el rostro y lo hallé mojado. Intenté sentarme, pero no tuve la fuerza necesaria para hacerlo. El camisón empapado se me pegaba a la piel y una aterrorizadora lasitud se había apoderado de mis miembros.

No recuerdo mucho de los días siguientes. Veía figuras vagas en la habitación y reconocí la de mi madrastra. Ocasionalmente, mis pensamientos eran lúcidos, y entonces me decía: «Así que éste es el fin de todos mis sueños de gloria. Nunca seré reina de Inglaterra. Voy a morir, como muchos antes que yo, de fiebres. La reina estará contenta y el rey me amará eternamente porque estaré muerta».

Eran extraños pensamientos, pero yo debía de estar muy cercana al delirio.

Más tarde (tiene que haber sido mucho más tarde, porque perdí la cuenta de los días), yacía en la cama con absoluta conciencia de que las sábanas y la almohada estaban mojadas. Me las cambiaban con frecuencia, pero siempre estaban mojadas. Los oí hablar de la crisis. Pronto sabrían si yo iba a vivir o a morir.

En ese extraño estado que produce la sensación de estar en el limbo, como suspendida entre dos mundos, no estaba segura de hacia dónde quería ir. Tenía una vaga conciencia de la corona que estaba persiguiendo pero, por otro lado, había una deliciosa paz que me parecía infinitamente más deseable.

Más tarde me enteré de que todos estaban convencidos de que sucumbiría a la enfermedad. Mi madrastra decía que era un milagro que, cuando la crisis hubo

pasado, yo todavía me hallara entre ellos.

Me di cuenta de que había un hombre de pie junto a mi cama y oí la voz de mi madrastra.

—El rey lo ha enviado, cariño. Él hará que mejores.

Así pues... yo no moriría. Estaba demasiado débil como para moverme, pero ya no me afectaban los temidos sudores. Estaba recuperándome.

Mi madrastra estaba siempre cerca, administrándome pócimas restauradoras que yo rechazaba hasta que ella me rogaba que las bebiera.

—El rey está fuera de sí por la preocupación, Ana —dijo mi madrastra—. Debéis recuperaros por amor a él. Os ha enviado a su médico, el gran doctor Butts, quien dice que, si os ocurriera algo, él no se atrevería a regresar y enfrentarse con la cólera del rey; así que debéis intentarlo, adorada niña. Debéis recuperaros por amor a todos nosotros.

El doctor Butts alabó a mi madrastra por los cuidados que me había prodigado. Me había atendido no solo tiernamente, sino también con inteligencia. Lo que necesitaba ahora era descanso y buena alimentación.

—La dama Ana es fuerte y saludable —dijo—. Pronto volveremos a tenerla restablecida y embelleciendo la corte.

Mi madrastra me contó que el rey estaba todavía dando vueltas por el campo con un pequeño grupo de cortesanos. Si en algún sitio había la más ligera señal de la enfermedad, él la evitaba.

—La mayor calamidad del país sería que a él le ocurriese algo —concluyó.

Me leyó la carta que había enviado con el doctor Butts. Era todo cuanto yo hubiese podido desear.

«La nueva más ingrata que podría llegar hasta mí repentinamente por la noche, y tengo que lamentarla en tres sentidos. Una por tener noticia de la enfermedad de mi señora, a quien estimo más que al mundo entero, y cuya buena salud deseo tanto como la mía propia. De buena gana soportaría la mitad de lo que sufrís para curaros. La segunda es debida a que sospecho que tendré que soportar mi agotadora ausencia durante mucho más tiempo, y la cual hasta ahora me ha traído todas las vejaciones posibles. La tercera es debida a que mi médico, en el cual tengo la mayor confianza, está ausente en el momento en que precisamente podría proporcionarme un mayor deleite su compañía. Pero

espero obtener, de él y de sus recursos, uno de los mayores gozos que hay para mí sobre la Tierra, y es la cura de mi señora. Y a pesar de la necesidad que de él tengo, os envío a mi segundo y espero que os haga mejorar pronto. Si así lo hace, lo querré más que nunca; os suplico que os dejéis guiar por él en vuestra enfermedad. Si esto hacéis, espero que pronto volveré a veros, lo que para mí será un alivio mayor que todas las joyas del mundo. Escrita por ese ministro que es y siempre será vuestro leal y más seguro servidor. E. R.».

—Qué carta tan hermosa —dijo mi madrastra—. ¡Cuánto os ama! ¡Quién hubiera dicho que el rey podía quererlos tanto!

Le tendí una mano y ella la besó.

—Gracias —dije— por todo lo que habéis hecho por mí.

—Mi más querida niña —respondió—, ha sido una gran alegría para mí poder servirlos de algo. En cuanto a lo que he hecho, debéis pagármelo poniéndolos bien. Anhele verlos nuevamente en pie.

Mi madrastra había mantenido lejos de mí las noticias perturbadoras y me sentí consternada al saber que mi hermano había contraído la enfermedad, al igual que mi padre. Ambos se habían recuperado ya cuando me lo contaron. El esposo de María, Will Carey, no había sido tan afortunado y María era ahora viuda.

Llegó a Hever algo triste, sin saber adónde ir.

Mi madrastra le dio la bienvenida, pero resultaba claro que no sentía por ella el mismo afecto que por mí. Creo que la había conmocionado enormemente el comportamiento de María en Francia. No era fácil de olvidar el hecho de que la hubiesen enviado de vuelta a casa por conducta inmoral y luego había establecido con el rey una relación que era muy diferente a la mía. Hasta ahora las desgracias habían sido ligeras, pero aquel era un amargo golpe, ya que no solo había perdido a su esposo, a quien quería bastante, sino también sus medios de sustento. Will Carey había ido un incapaz pero, debido a su complaciente actitud respecto a la relación de su esposa con el rey, se le habían concedido ciertos derechos que le habían proporcionado unos ingresos decentes, si no cuantiosos, de los cuales podían vivir cómodamente él y su familia. Había sido condestable del castillo de Plashy y administrador del ducado de Lancaster, los cuales eran puestos muy deseables. A su muerte, por supuesto, no habían faltado

quienes los reclamaran para sí y el rey ya los había adjudicado.

Aquello era de esperar, pero ¿qué ocurriría con mi hermana? Se había quedado sin un penique.

—No sé de qué viviré —me dijo.

—¿Nunca habéis ahorrado nada? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—Pero todo el tiempo que estuvisteis en la corte...

—Nunca pedí nada. Obtuve ropas... las cuales pagaba el tesoro real... pero nada más. Y las ropas se gastan.

—¿Qué os proponéis hacer?

—Pensé que vos podríais ayudarme.

Levanté las cejas.

—Si el rey escucha a alguien, ésa sois vos.

Me sentí avergonzada de que María hubiese sido dejada en esas condiciones. Por supuesto, era culpa suya, pues había sido irreflexiva, o tal vez debería decir demasiado generosa. Sentí un estremecimiento de alarma. Ella había sido la amante de él, y no de forma ocasional, sino durante un largo periodo de tiempo, y allí estaba... dejada a un lado, sin un penique. ¡Qué lección! Eso nunca me ocurriría a mí.

—Hablaré con el rey —le dije.

Y así fue como le escribí a Enrique acerca de la situación en que se hallaba mi hermana.

La respuesta fue otra de aquellas cartas de amor que me envió mientras estuve lejos de él. Yo tenía unas cuantas de ellas, y en todas me profesaba eterna devoción. Apenas se mencionaba a María excepto para decir que debía hablar con mi padre y transmitirle el deseo del rey de que cuidara de su hija. Por supuesto, era lo que mi padre tenía que hacer y me puso furiosa que necesitara orden del rey para hacerlo.

Cuando medité acerca del asunto, se me ocurrió que el rey no había demostrado ningún interés ni compasión por alguien que debía de haber sido muy querida para él en otra época. Aquello tendría que haber constituido una lección para mí, pero yo no ponía atención a las lecciones en aquellos días. Cuando miro hacia el pasado, puedo ver muchas que no aprendí.

Enrique odiaba cualquier mención acerca de María. Ella inquietaba su conciencia, no debido a su antigua relación con él y a su presente situación de necesidad, sino porque temía que el parentesco que había entre nosotras resultara

ser un obstáculo insalvable para nuestra unión.

El rey de Inglaterra tenía una sola idea en la cabeza y no tenía tiempo para pensar en una amante abandonada que vivía malos tiempos.

El verano trágico pasaba lentamente.

El cardenal Campeggio había salido ya de Roma y estaba de camino. Era un hombre tan viejo y gotoso, que le resultaba doloroso trasladarse. Viajaba durante un día y descansaba dos para recuperar fuerzas.

En Hever, yo echaba pestes. A veces me desesperaba. Creía que el papa había decidido que aquel asunto no debía resolverse nunca y que, aterrorizado como estaba por el emperador, había tomado la determinación de eternizarlo, esperando quizá que Enrique se cansara de mí. Tal vez ese pensamiento estaba también en mi mente y la situación de María no lo había mitigado. Sin embargo, cuando me llegaban aquellas cartas tuyas, latiendo de deseo, el optimismo volvía a mí. Los vencería a todos, Catalina, Wolsey, Campeggio... a todos ellos.

Mi relación con Wolsey siempre fue incómoda; no importaba la forma en que nos manifestáramos el uno al otro amistad para complacer al rey, la animosidad no estaba nunca lejos de la superficie. Para él, yo era una advenediza. ¿No es precisamente un advenedizo la persona que siente más antagonismo hacia otro advenedizo? Al menos, yo no había nacido en una carnicería. Wolsey me respetaba ahora, pero como a un enemigo formidable. Antes había sido una joven tonta. Esa era la diferencia.

El cardenal se daba cuenta de que alguien más, como él decía, era dueño de los oídos del rey. Antes de mi llegada, había estado más cerca del rey que nadie y lo había conducido con bien en más de una situación difícil, pero este asunto del divorcio lo estaba derrotando. Lo habían puesto en una situación insostenible, pues era un cardenal que le debía lealtad al papa. No era posible servir a dos señores a la vez. Wolsey tenía muchas fuerzas poderosas en su contra. Antes, su poder había sido tan grande que podía resistir a sus enemigos, pero ahora éstos se reunían en torno suyo; al ver que el campeón se debilitaba, esperaban el momento de asestarle el *coup de grâce*.

Yo no sentía pena por él, mi naturaleza no era magnánima y a menudo pensaba en lo que podría haber sido mi vida: la paz en el castillo de Alnwick con mi esposo, que me hubiese amado devotamente, nuestros hijos creciendo vigorosos en el limpio aire del norte, convirtiéndose en hombres y mujeres fuertes. Los Northumberland eran los reyes del norte. Yo hubiese sido la reina de un reino mucho más de acuerdo conmigo que el de la corte.

Wolsey lo había impedido. No, había sido el rey quien lo había ordenado porque, ya en aquella época, tantos años atrás, había sentido una especial atracción hacia mí. Pero ¿por qué había esperado tanto tiempo? Durante todo ese periodo él había estado divirtiéndose con mi hermana, que ahora, pobre joven, había sido dejada a un lado y representaba una incomodidad para Enrique, quien simplemente no quería saber nada de ella.

¿Fue aquella la primera señal de advertencia? Tal vez mi ángel guardián me estaba enseñando un poste de aviso emplazado en la peligrosa carretera por la que transitaba, pero no lo advertí en el momento y no fue hasta después que este pensamiento pasó por mi mente.

¡Si al menos hubiese tenido la inteligencia suficiente como para hacer caso!

María se quedó en Hever. Por supuesto, mi padre debería mantenerla, cosa que hubiese hecho, supongo, aunque de mala gana, pero ahora debía hacerlo con un mediano decoro, dado que lo ordenaba el rey.

Quizá yo estaba desperdiciando compasión con María. Tan pronto supo que podría vivir con cierta comodidad, dejó a un lado su aspecto abatido y volvió a ser ella. La desgracia se posaba ligeramente sobre mi hermana.

Mi madrastra quería que estuviera totalmente recuperada antes de volver a la corte, y yo me sentía muy dispuesta a permanecer en Hever durante aquella época. Se estaba haciendo cada vez más difícil mantener las distancias con Enrique. Me presionaba constantemente para que tuviéramos una mayor intimidad, pero el instinto me frenaba. Si yo me sometía, ¿dónde estaría el incentivo para luchar por su divorcio si podía conseguir lo que quería sin él? Aquella era una posición muy difícil para mí. A menudo me preguntaba si podría resistir, si la falta de satisfacción no podría realmente apagar su pasión. Por otro lado, si me sometía, ¿no decidiría él abandonar el contencioso de su divorcio que tanta gente parecía dispuesta a impedir?

La incertidumbre pendía pesadamente sobre mí. Por ese motivo, estaba encantada de permanecer en Hever y no tenía ninguna prisa por acabar mi convalecencia.

María y yo estábamos sentadas en mi roaleda favorita cuando me contó que le había llegado una carta de su cuñada, Eleanor Carey, que era monja.

—La abadesa del convento de Eleanor ha muerto recientemente —estaba diciéndome mi hermana—. Eso significa que su puesto está vacante. A Eleanor le encantaría ocuparlo.

—Tal vez lo consiga.

—Hace falta tener influencias. —María me miró—. Eleanor me pregunta si vos la ayudaríais.

—¡Yo! ¿Qué sé yo de conventos?

—No tenéis que saber nada acerca de ellos. Una palabra vuestra dicha al rey es todo cuanto se necesitaría.

—Habitualmente no me entrometo en asuntos de esa índole.

—Oh, vamos, Ana. Es un miembro de la familia. Todos saben que tenéis el favor del rey. Solo tenéis que decir una palabra y estará hecho.

Debo confesar que me gustó la sensación de tener influencia sobre el rey. Así que le escribí y le mencioné el asunto.

Me causó un intenso enojo enterarme de que Wolsey había pasado por encima de Eleanor Carey y dado el puesto a otra de las monjas.

Quién se hubiera convertido en abadesa del convento carecía de importancia para mí, pero sí lo era que se desatendiesen mis deseos.

Tan pronto como me enteré y sin esperar a recibir explicación alguna, escribí, enfadada, al rey. Wolsey había hecho deliberadamente caso omiso de mi petición.

Como expresión de la devoción que Enrique me profesaba, llamó a Wolsey para saber por qué se había pasado por encima de Eleanor Carey cuando él le había mencionado mi interés en el asunto.

Wolsey tenía una respuesta. Antes de designar a una mujer para un puesto tal, tenía que averiguar si era digna de él. Al ser severamente interrogada bajo juramento, Eleanor Carey había admitido tener no solo un hijo ilegítimo, sino dos, y de padres diferentes; dos curas, de hecho, lo que empeoraba el asunto. Wolsey había pensado que no había ninguna necesidad de informar de aquel sórdido suceso, ya que estaba seguro de que todos los implicados estarían de acuerdo en que una mujer así era inadecuada para el puesto.

Yo era joven y estúpida. ¡Si hubiera tenido entonces la prudencia que los acontecimientos posteriores me obligaron a adquirir!

Me enfurecí, bramé; no dejaría el asunto. Debería haber estado claro para mí que el pasado de Eleanor Carey la hacía inadecuada para el cargo, pero no consideré ese punto. Todo lo que era capaz de ver se limitaba a que yo había pedido un favor y se me había negado porque Wolsey creyó adecuado hacerlo así.

Le imploré al rey que le diera el cargo a Eleanor Carey.

Enrique se hallaba desgarrado entre nosotros dos; odiaba ofenderme y creo

que comprendía la humillación que yo había sufrido.

Buscó un término medio; ni Eleanor Carey ni Isabel Jordon, la mujer que Wolsey había designado, ocuparían el cargo.

—Pero —me escribió— por nada del mundo cargaría vuestra conciencia o la mía con la inquietud de haber convertido a Eleanor Carey en gobernanta de una casa de Dios...

Continuaba diciendo que, como yo lo había pedido especialmente, ésta era la única forma en que le permitía actuar su conciencia.

Wolsey también podía comportarse como un estúpido. Dijo que Isabel Jordon ya había sido designada y no existía posibilidad alguna de despedirla de forma inmediata.

Cuando me enteré, me eché a reír.

—Wolsey es uno de los pocos súbditos del rey que no tiene que obedecerle —dije.

Enrique se estaba enfadando. Todo el asunto había sido inflado hasta proporciones inmensas y le dirigió una seria reprimenda al cardenal, quien, como el diplomático perfecto que era, representó un espectáculo de abyecta humildad.

La epidemia había desorganizado su grupo de servidores. Él mismo había estado en un estado de salud débil. De alguna forma, aquel asunto había ido adelante demasiado rápidamente.

—Es comprensible —fue la respuesta del rey—. El cardenal nunca iría en contra de mis deseos.

Me quedé consternada, en primer lugar por la indulgencia del rey con Wolsey y segundo porque este último lo burlaba de aquella forma tan evidente.

Entonces supe que, a pesar de todas sus bellas palabras y demostraciones de amistad, Wolsey era mi enemigo. Uno poderoso.

Aquel año fue frustrante y a la vez disparatadamente optimista. Sentía mucho temor de que nada de lo planeado por el rey se cumpliera y no me atrevía a pensar qué ocurriría si el divorcio no era concedido pronto. ¿Durante cuánto tiempo podría Enrique contener aquel ardiente deseo por mí? ¿Cuánto tiempo podría transcurrir antes de que él se sintiera tan cansado del asunto como yo lo estaba ya?

Entonces parecía que todo obraba en contra nuestra. Allí estaba la reina, que

se mantenía a distancia con un aire de piedad que me inquietaba mucho más que si se hubiera abandonado a las corrientes de la ira. Por otro lado, Wolsey temía que este asunto del divorcio significase su fin; podía oír a sus enemigos ladrando a sus talones. Cuánto regocijaría a Norfolk, Suffolk y el resto verlo caído. Nunca olvidaré cómo, dos años antes, le había entregado con toda calma Hampton Court al rey. ¡Hampton Court! El orgullo de su vida, con su magnífica arquitectura y sus tesoros que eran realmente espléndidos, mucho más que los tesoros que albergaban los palacios reales.

—¿Debería un súbdito tener un palacio más regio que los de su rey? —le había preguntado Enrique un día.

Hacía mucho tiempo que el rey codiciaba Hampton Court y Wolsey, tan inteligente y tan astuto, que sabía que el favor del rey era esencial para su bienestar, advirtió inmediatamente la locura de crear una residencia así, y respondió que un súbdito solamente podía construir una perfección semejante con un objetivo a la vista y éste era el de regalárselo a su rey.

¡Qué golpe maestro! Y con cuánto deleite el rey había aceptado el magnífico regalo. A raíz de aquello había querido a Wolsey más que nunca. El astuto cardenal sabía cómo hacer para no dejar crecer una úlcera. Extirparla de raíz era su método, sin importarle cuán dolorosa resultara la operación.

Pero la presente situación era algo a lo que Wolsey no podía escapar. Era un cardenal y muchos hubiesen dicho que su primer deber era para con el papa y Enrique no quería a nadie cerca cuyo primer deber no fuese para con él mismo.

El poder se le estaba deslizando de las manos al cardenal. Sí, había momentos en los que yo pensaba que era un hombre muy preocupado.

Aquel fue un año de desgracia. Nada parecía salir bien.

Estábamos todavía esperando la llegada de Campeggio. Cuando el rey hacía impacientes averiguaciones, obtenía la misma respuesta. El cardenal Campeggio era un hombre viejo, sufría de gota y estaba realizando el viaje todo lo rápido que se lo permitía su salud.

Yo viajaba constantemente entre la corte y Hever. Nunca permanecía demasiado tiempo en la corte, lo cual me alegraba porque cada vez era más difícil mantener a Enrique a distancia. Su impaciencia aumentaba y hacía referencias constantes a la consumación de nuestro amor, cosa que me inspiraba profundo temor. ¿Durante cuánto tiempo sería capaz de retenerlo una vez que me hubiese rendido? Pero ¿durante cuánto tiempo podría mantenerlo a distancia? Era terrible encontrarse en una situación así. A menudo me interrogaba acerca de

su devoción, la cual no había vacilado hasta la fecha y a veces pensaba que todos los obstáculos que habían surgido podían haber fortalecido su propósito, hacer que se sintiera más decidido a superarlos; pero otras pensaba si él no se preguntaría a sí mismo si todo aquello valía la pena.

Habíamos decidido que, mientras Campeggio presidiera la corte eclesiástica, sería mejor que me mantuviera fuera de la vista, para dar la impresión de que el deseo de Enrique de divorciarse no tenía nada que ver conmigo.

A pesar de que no estuve presente en la mayoría de aquellas ocasiones, me enteré de lo ocurrido a través de varias fuentes. Enrique me mantuvo informada y así lo hicieron también mi hermano y mi padre. Ambos trabajaban asiduamente en favor del divorcio. Mi padre estaba naturalmente entusiasmado con la perspectiva de que me convirtiera en la reina; en su proverbial ambición, nunca había soñado con que una hija suya llegara tan lejos.

Esperamos a lo largo de aquel año.

Todo lo que se relacionaba con el tema parecía adquirir una nota casi ridícula. El rey había decidido que Campeggio debía ser objeto de una bienvenida regia. En realidad se lo debía tratar con deferencia durante el tiempo que permaneciera en Inglaterra; era necesario ganar su simpatía en todos los sentidos, motivo por el cual debía dispensársele una cálida bienvenida.

Los mercaderes de Londres con sus aprendices sacaron afuera los estandartes de sus gremios y decoraron sus casas con cascadas de paño de oro y plata. Los nobles formaron procesión con sus séquitos, a la que se unió el clero con toda la parafernalia de sus cargos, creando un colorido espectáculo. Y en cabeza de este cabalgaba el cardenal, más espléndido que nunca con sus ricos ropajes, acompañado por su cruz de plata y el Gran Sello junto al capelo cardenalicio.

Aquella sería una gran ocasión, el encuentro de dos grandes personajes designados legados del papa. Escenas como aquella eran raras en Londres, aunque lo cierto es que Campeggio, el personaje para quien había sido organizada toda aquella pompa y ceremonia, no se presentó.

Mientras Londres estaba esperando su gran entrada, él estaba en cama sufriendo otro ataque de gota y la muchedumbre que había salido a verlo se quedó sin el espectáculo que tanto había ansiado.

Al día siguiente, Campeggio llegó en barcaza a Londres, pero nadie advirtió su llegada. Apenas puso un pie en tierra londinense, huyó a su cuarto, para reponerse del viaje. La enfermedad del enviado de papa estaba retrasando aún más el veredicto de la corte.

Wolsey no podía actuar sin Campeggio y comencé a preguntarme si el prelado tendría intención de emitir juicio algún día, pues se mostraba completamente reticente a dar siquiera los primeros pasos.

Enrique se encontraba en un estado de furia reprimida. Quería sacudirlos hasta que les castañetearan los dientes; quería amenazarlos con cortarles la cabeza. Pero, por supuesto, él no era el señor de Campeggio e incluso Wolsey debía inclinarse ante los deseos de ese otro ante el que incluso el poder del rey era ineficaz.

El cabeza de la Iglesia era el papa de Roma, y aquél era un asunto eclesiástico.

De no haber sido por su difícil posición, creo que Enrique hubiese bramado, los hubiese amenazado, cosa que no podía hacer. Estaba atrapado por su conciencia, pues durante todo el proceso debía fingir que era ella la razón de su súplica.

Pronto me di cuenta de que Campeggio debía haber recibido órdenes del papa de retrasar el asunto todo lo posible, con la esperanza de que se extinguiese la pasión que Enrique sentía por mí; ellos podían jugar al juego de la espera hasta que eso ocurriese, momento en el que todo aquel peligroso problema podría ser olvidado.

Todo aquello era debido al poderoso emperador, que era claramente un hombre con el que no se podía jugar. La posición del papa era muy insegura; el emperador había avanzado mucho en Italia y aunque el papa deseaba aplacar a Enrique, no podía permitirse el lujo de ofender a Carlos.

Campeggio permaneció en cama durante dos semanas, totalmente inmovilizado. Enrique se estaba poniendo furioso y Wolsey tenía que hacer algún movimiento, por lo que visitó al enviado del papa y le suplicó que lo ayudara a concluir aquel asunto. La corte debía reunirse.

Campeggio no estaba fingiendo su enfermedad. Realmente sufría grandes dolores. El tortuoso papa nos había enviado un hombre en aquellas condiciones porque sabía que su tremenda incapacidad retrasaría las cosas.

Luego, Enrique tuvo una insatisfactoria reunión con el legado; le explicó cuánto lo inquietaba su conciencia. Enrique podía ser muy elocuente, pero en aquella ocasión estuvo a punto de perder la paciencia, algo inconveniente según el mismo rey pudo ver cuando Campeggio sugirió que el papa podía estar dispuesto a darle una dispensa para que ya no tuviera más inquietudes respecto a su matrimonio con Catalina.

El rey de Inglaterra se mostró intransigente; no podía reconciliar su conciencia con aquello, pues había recibido una advertencia de Dios en su incapacidad para tener hijos varones.

Dios le había dejado claro que estaba descontento con ese matrimonio. Citó el Levítico. No, Enrique debía divorciarse de Catalina y volver a casarse rápidamente por el heredero que necesitaba su país. Estaba actuando como debía hacerlo un monarca, pensando solo en su país.

Cuando Campeggio sugirió que Catalina podía tomar los hábitos de monja, Enrique se mostró encantado y estuvo a punto de palmearle la espalda al pobre anciano, lo cual hubiese tenido un desastroso efecto sobre sus huesos. Aquella era la solución, pues había habido un ejemplo en el continente, hacía poco tiempo. Juana, primera esposa de Luis XII, había entrado en un convento y el rey de Francia se había casado con Ana de Bretaña.

Campeggio estaba seguro de que el emperador no podía oponerse.

—La reina es una dama de gran virtud y profundamente religiosa —dijo el rey—. Estoy seguro de que será enormemente feliz en un convento.

Campeggio y Wolsey, muy optimistas, se presentaron ante Catalina.

Sin embargo, la reina no olvidaba que ella era hija de la gran Isabel. Su salud no era buena, pero su determinación era fuerte. La devoción que profesaba a su hija era inquebrantable y creo que hubiera sacrificado de buena gana su vida por amor a la princesa María, quien era entonces la heredera del trono y así continuaría hasta que el rey engendrara un hijo varón. Catalina sabía que ella nunca tendría ese hijo. Enrique era su esposo, mantenía ella, y por tanto la corona iba a ser de María cuando llegara el momento. Si ella permitía que declararan inválido su matrimonio, su hija no tendría ningún derecho al trono. Estoy segura de que aquello era lo que tenía más presente. Al ser estrictamente religiosa, guiada por las reglas de la Iglesia de Roma, no iba a mentir respecto de su matrimonio porque su esposo se hubiese encaprichado con una de sus damas de honor, la cual era lo suficientemente ambiciosa como para exigir el matrimonio a cambio de sus favores. Ella les dijo a Campeggio y Wolsey que, a pesar de que había estado casada con el príncipe Arturo, el matrimonio nunca había sido consumado y había llegado virgen al lecho de Enrique. Catalina no iba a permitir que la enviaran a un convento, lo cual equivalía a decir que nunca había estado casada con el rey y que había vivido en pecado durante todos aquellos años.

¡Cuánto se enfureció Enrique! ¡Cuánto tembló Wolsey! Campeggio se retiró

a su lecho; parecía no tener otro deseo que el de dar descanso a su muy dolorido cuerpo.

Observábamos ansiosamente los acontecimientos del continente. El poderoso emperador le hizo a Clemente una oferta de paz que le resultaría ventajosa. El papa, en su difícil situación, vacilaba. Tenía a Enrique tronando por un lado y a Carlos amenazando por el otro. ¿Qué podía hacer? Aún se estaba estudiando la paz con el emperador y Clemente tenía miedo de incurrir en ofensa contra ese frente, pero por otro lado necesitaba la amistad de Enrique. Era un hombre desafortunado. En otras ocasiones, cuando les habían pedido a sus predecesores que ayudaran a algún rey a salir de un matrimonio desgraciado, no habían existido estas complicaciones. Solo había sido una cuestión de complacer a un monarca poderoso o de aceptar un soborno. Raramente se había hallado hombre alguno en su actual posición, ¡y menos uno como él que lo único que pedía era una vida de paz!

Campeggio esperaba, por si acaso los asuntos con el emperador no iban como se había prometido, ya que entonces, si Enrique había sido ofendido, ¿qué sería de Clemente... sin amigos ni aliados?

El papa le escribió a Wolsey con mucho tacto, diciendo que, si fuese meramente su seguridad personal lo que estaba en juego, le habría dado al rey lo que este quería; pero era más que eso. Si la dama implicada no tuviera unos parientes tan poderosos, hubiese sido fácil. Pero él, Clemente, no debía arriesgarse a la acción que podía emprender el emperador, fuera la que fuese, en el caso de que considerara que su tía había sido injustamente tratada, aunque fuese por un monarca tan grande como el rey Enrique.

Wolsey tenía una red de espías y la mayor parte de la correspondencia que iba y venía era revisada por él.

Así supo que el papa le estaba ordenando a Campeggio prolongar el asunto en la esperanza de que el rey cambiara de opinión, puesto que lo que pedía no podía serle concedido sin riesgo ni escándalo.

Wolsey sabía que Clemente no tenía ninguna intención de conceder el divorcio y que Campeggio estaba utilizando su condición de gotoso, para esgrimir evasivas con un cierto aspecto de credibilidad.

Me sentía muy frustrada. A veces me ponía bastante histérica, pues no sabía cuál sería el resultado. El rey parecía tan profundamente enamorado de mí como siempre, pero también estaba nervioso. No se le había ocurrido que, cuando pidiera el divorcio, no lo conseguiría. Podía citar muchos ejemplos de monarcas

que se habían hallado en su misma situación.

—¿Por qué? ¡Oh! ¿Por qué tenía que serme negado a mí? —preguntaba.

La respuesta era fácil: porque su esposa era la tía del emperador Carlos.

Nos veíamos de vez en cuando. Me enfadaba por la demora y él me aseguraba que Wolsey estaba haciendo todo lo posible. Yo lo dudaba.

—Vuestra majestad está encandilado por ese hombre —le dije incautamente.

—No, adorada mía, lo conozco bien —me respondió Enrique—. Nadie lo conoce mejor. Siempre ha trabajado bien para mí y continuará haciéndolo.

—¿No os dais cuenta de que está trabajando para su señor el papa?

—Wolsey es mi hombre.

—¿El cardenal Wolsey?

Me libré de su abrazo. Él estaba atónito. Nadie contradecía al rey. Nadie, excepto yo, le negaba lo que quería.

Poco después se marchó, con una dura expresión en el rostro.

Estaba permitiendo que mi tensión nerviosa dominara a mi sentido común. Enrique nunca había tenido aquel aspecto. Se sentía frustrado más allá de todo aguante y, en lugar de calmarlo, yo lo había irritado.

Pensé en escribirle. No, aquello no sería bueno; no debía demostrar debilidad, pues el resultado podría ser exactamente el contrario de lo esperado y deseado. Por otra parte, la crítica era algo que él no toleraría ni siquiera de mí.

¿Qué debía hacer? Pasé una noche en blanco. ¡Si al menos acabara esta terrible espera! Al final le escribí una nota en la que le decía que lamentaba mi estallido. Que estaba agotada debido a la espera.

Su respuesta fue instantánea.

Qué alegría le había proporcionado tener noticia de mi sensatez y se alegraba de que comenzara a desterrar mis fantasías.

«Mi buen amor —decía—, perseverad así, no solo en esto, sino en todas vuestras obras a partir de ahora, porque así tendremos ambos la mayor tranquilidad que pueda haber en el mundo...». Y acababa así: «Escrito por la mano que pronto será vuestra, como ya lo es el corazón. E. R.».

El pueblo era el más inquieto por toda aquella situación. Los súbditos sabían de la presencia de Campeggio en Londres y que el rey quería librarse de la reina Catalina para ponerme en su lugar.

Catalina siempre había sido popular, si bien no tanto como el rey, por supuesto. Adoraban a su brillante monarca que daba aquellos espectáculos tan

espléndidos en su corte, los cuales a veces tenían oportunidad de ver. Siempre estaba alegre, sonriente y accesible para ellos; por cierto, la gente ordinaria lo encontraba mucho más afable que sus cortesanos. Su padre, a pesar de que había hecho prosperar al país, nunca había disfrutado de la popularidad de su hijo. El pueblo quería a alguien que tuviera aspecto de rey y Enrique sin duda lo tenía, pero no le gustaban las noticias que llegaban de palacio y necesitaba por tanto un chivo expiatorio. Ese papel, por supuesto, recayó en mi persona.

Poco sabía el pueblo que la situación en que me hallaba no había sido creada por mí y que había sido arrastrada a este asunto en contra de mi voluntad. Si me hubiera casado con Henry Percy, no hubieran oído hablar de mí; hubiera vivido en oscura y tranquila felicidad en el condado de Northumberland.

Ahora me llamaban *hechicera*. Tenía un sexto dedo que me lo había dado el Diablo. Mediante encantamientos había apartado al rey del camino de la virtud. El demonio y yo habíamos trazado un plan para romper el matrimonio del rey y para que yo pudiera ocupar el lugar de la reina.

Se reunieron en torno al palacio. Vitoreaban a Catalina siempre que aparecía, cosa que creo que hacía con más frecuencia que en el pasado, deleitándose en aquella simpatía. ¿Quién podía culparla? Estaba luchando por su posición, por el derecho de su hija al trono. Lo veía claramente y al mismo tiempo deseaba fervorosamente apartarla de mi camino.

Los súbditos recibieron al rey en silencio. Era la primera vez en su vida que a Enrique le faltaba la vociferante estima de la multitud y aquello no le gustó. Al contrario, le preocupó considerablemente.

—No queremos a ninguna '*Na Bulena* —le gritaban al rey.

Furioso, dio orden de que no se permitieran aglomeraciones cerca de los palacios.

El pueblo hablaba de mi baja cuna. Eso resultaba divertido en la boca de aprendices, costureras y aguadores. Al fin y al cabo, yo tenía sangre Howard, una de las familias más nobles del país. Decían que venía de una estirpe de comerciantes. Siempre me ha resultado asombroso que las clases más bajas odien a aquellos que progresan. A pesar de que ellos mismos son de origen humilde, no pueden soportar que uno a quien consideran de su clase se eleve hasta la grandeza. Lo mismo ocurría con el hijo de carniceros Thomas Wolsey. Uno hubiese pensado que estarían encantados con él y que verían en un progreso semejante una oportunidad para ellos, pero lo despreciaban.

Así pues, las manifestaciones aumentaron y yo no podía ir a Londres.

Resultaba deprimente ser tan odiada.

Enrique me escribió diciéndome que debía permanecer alejada, ya que temía por mi seguridad en Londres.

Enrique, incluso, se había presentado ante el alcalde y los ediles, pues deseaba que las autoridades de la ciudad comprendiesen lo que ocurría.^[3] Habló con elocuencia de lo que siempre despertaba en él una apasionada fluidez, su conciencia. Él estaba pensando en su pueblo. Como hombres de inteligencia, ellos sabrían que una de las garantías principales para la seguridad de un país era la sucesión. Si tan solo le demostrasen que su matrimonio era legal, nada lo haría más feliz. La reina tenía muchísimas buenas cualidades que él bien conocía y su alcurnia era incomparable. Si él tuviese que escoger, la elegiría a ella entre todas las mujeres.

Cuando me fueron repetidas aquellas palabras, me sentí llena de furia; pero después me calmé. La hipocresía era una segunda naturaleza para Enrique y la utilizaba tan bien porque, en el momento en que decía algo, creía en ello. Pero ¿podía haber creído, siquiera por un momento, que hubiese escogido a Catalina de haber tenido elección? No era un asunto de elección. Solo tenía que detener el proceso, Catalina sería su esposa para siempre y nadie pondría ese matrimonio en discusión.

¿Cómo podía uno fiarse de un hombre que podía hablar de forma tan convincente y falsa a la vez?

¿Fue aquel otro aviso del que hice caso omiso? ¿Debería haberme preguntado entonces, de forma más minuciosa, por los peligros que me aguardaban si me unía a él?

Se decidió que debía pasar la Navidad en la corte. Debía trasladarme a Greenwich, lo que sin duda fue un error. Naturalmente, la reina estaba allí. Como el secreto del rey ya no era un secreto, todos sabían que su deseo de divorciarse era debido a que deseaba casarse conmigo. Aquello me ponía en una situación muy difícil. Por un lado estaban los que me adulaban por los favores que estaría en posición de otorgarles cuando fuese reina; por el otro estaban los que pensaban que nunca llegaría al trono, que prevalecerían la obstinación y piedad de Catalina y querían demostrarle fidelidad. Había algunos, según sabía, que sentían por Catalina un afecto sincero y cerrarían filas en torno a ella sin importar las consecuencias.

Mis pocos amigos fieles eran mi prima Madge Shelton, mi hermano, Mary

Wyatt, y mi querida madrastra, que se debatía entre el orgullo y el miedo. Había muchos que revoloteaban a mi alrededor: Norris, Bryan, Brereton, Weston. Todos ellos estaban enamorados de mí o decían estarlo. Creo que el deseo que el rey sentía por mí debió de haberme conferido un aura especial.

A pesar de todo eso me sentí muy sola aquellas Navidades.

No se podía esperar, por supuesto, que la reina me recibiera, por lo que yo tenía mis propias habitaciones en Greenwich y Enrique se había ocupado de que fueran realmente espléndidas. De hecho, poseían todos los atributos de la realeza.

Estaba decidida a ocultar mis aprensiones e independientemente de los sentimientos hostiles que yo despertara en ciertas personas, era en mis dependencias donde se reunían los cortesanos vivaces e ingeniosos; la mayoría de la gente quería estar allí, incluido el rey. Estoy segura de que los dominios de Catalina debían resultar sombríos comparados con los míos. Pero, por supuesto, para las ceremonias navideñas tradicionales, Enrique tenía que estar con ella; compartir con su esposa los servicios religiosos y el banquete público, cuando el pueblo entraba en la sala y se servía de las mesas de acuerdo con la tradición. La gente del pueblo quería ver al rey con la reina, no con su *concubina*, como me llamaban.

A pesar de todo resultaba gratificante que, siempre que podía, el rey escapaba a mis habitaciones y allí bailábamos, cantábamos y disfrutábamos de todos los entretenimientos que habíamos preparado mis amigos y yo.

Aquello representaba un gran éxito, pero durante aquellas fiestas sentía un peso en el corazón. No hay nada tan frustrante como que le eleven a uno las esperanzas para luego estrellarlas una y otra vez contra el suelo tras meses de planificación y espera llenas de dicha.

Wolsey me despertaba más sospechas conforme pasaba el tiempo. Comencé a pensar que estaba en colusión con Campeggio y que recibía órdenes directas del papa. Por supuesto, su principal obligación era para con Clemente, pero Enrique estaba demasiado encandilado como para verlo.

Durante mis estancias en el campo sentía que el tiempo se arrastraba pesadamente y con el fin de pasarlo placenteramente me puse a estudiar la nueva religión que comenzaba a prender en el pueblo. Desde que Martín Lutero había clavado su tesis en la puerta de aquella iglesia de Wittenberg, algo se había estado cociendo.

Yo lo hallaba muy estimulante. Me sentía atraída por las ideas nuevas; me

gustaba lo que leía. Quizá se debiera a que sentía cierta antipatía hacia el papa, que me fascinaba la idea de esquivar su poder. La venta de indulgencias, que había constituido la principal protesta de Martín Lutero, estaba definitivamente mal. ¿Cómo podía comprarse el perdón en el Cielo mediante un pago en metálico a un sacerdote?

Desde que el rey había escrito su libro y lo habían nombrado Defensor de la Fe, había estado ferozmente en contra de los herejes. No sentía ningún aprecio por Martín Lutero y era un aliado de la Iglesia de Roma, pero yo no estaba segura de cuáles serían sus sentimientos ahora que el papa dudaba tanto para concederle lo que le pedía.

Los herejes eran encarcelados. A veces se los veía en su camino de penitencia, acarreando un haz de leña, aunque los sentimientos hacia ellos no eran tan feroces como para quemarlos en la hoguera. En general, los ingleses no somos un pueblo fanático. Cuando leo acerca de los horrores de la Inquisición en España, experimento un sentimiento de orgullo de que eso nunca haya pasado en Inglaterra, exceptuando cuando nos vimos obligados a ello en el caso de los templarios. Las torturas y asesinatos de la Inquisición prosperaron en casi todos los países, menos en el nuestro. Creo que eso dice algo de nuestro carácter nacional. Tenemos tendencia a utilizar la religión a modo de muleta para que nos sirva de ayuda cuando la necesitamos y no, como en el caso particular de España, para dejarnos dominar por ella. A menudo me maravilla cómo la gente que dice ser especialmente virtuosa y piadosa puede observar con toda calma que torturen a otras personas por no profesar su misma fe. Yo prefería ser un poco menos religiosa si eso me ayudaba a considerar a los demás con tolerancia. Es más, si tenían ideas, quería escucharlas. No cerraría mi mente ni gritaría ¡Herejía! Por esos motivos me parecía que nuestro país era un terreno propicio para que prosperara la nueva religión.

Un hombre llamado William Tyndale había escrito un libro titulado *La obediencia del cristiano y cómo deben gobernar los ministros de Dios*. Yo sentía mucho interés por él, debido a que era uno de los seguidores de Martín Lutero. Había vivido en Inglaterra durante algún tiempo, donde había traducido la Biblia, y había formado un grupo de amigos interesado en las nuevas doctrinas religiosas, pero después de un tiempo había abandonado el país y se había ido a Wittenberg. También había escrito una obra titulada *Parábola del malvado Mammon*,^[4] la cual yo había leído. No era fácil conseguir estos libros prohibidos

en Inglaterra. El rey, por sugerencia de Wolsey, había establecido una estricta vigilancia en los puertos de mar para evitar que los entraran de contrabando. Por supuesto, entraron algunas copias, y así fue cómo una cayó en mis manos. La encontré fascinante.

Un día me encontraba leyendo *La obediencia del hombre cristiano*, cuando me llamaron y lo dejé descuidadamente en el asiento de la ventana.

Me olvidé del libro durante varios días, y luego, un día le pregunté si lo había visto a una de mis camareras, la señora Gaynsford, una hermosa joven a quien perseguía un tal George Zouch, uno de los caballeros del servicio.

Ella se ruborizó hasta la raíz del cabello y me dijo que sí.

—Decidme, pues —le dije—, ¿dónde está el libro? Traédmelo.

Ella tartamudeó que había estado hojeándolo cuando alguien se le había acercado y, bromeando, se lo había arrebatado.

—Bien, ¿y dónde está ahora?

—Él... se lo quedó... para molestarme.

—¿Fue George Zouch?

Ella admitió que así era.

—Bien, entonces, ve a ver a George Zouch y dile que quiero mi libro y que debe devolvérmelo inmediatamente.

No resultó ser tan simple como eso. La señora Gaynsford regresó sin el libro y cuando le pregunté dónde estaba me dijo que George Zouch deseaba hablar conmigo.

Era evidente que se sentía muy incómodo.

—Me llevé el libro para molestar a la señora Gaynsford —me dijo—; estaba a punto de comenzar mi guardia en la capilla del rey; durante el servicio le eché una mirada y, a decir verdad, me absorbió tanto que aún estaba leyendo cuando el servicio acabó. El deán me vio y quiso saber qué estaba leyendo.

—Sí... sí... ¿Dónde está el libro?

—Él... él me lo quitó. Estaba enfadado. Quiso saber quién me lo había hecho llegar. Tuve que decirle que se lo había quitado a la señora Gaynsford y que el libro era vuestro.

—¿Y, entonces, por qué no os lo devolvió?

—Él... dijo... que iba a entregárselo a una más alta autoridad. Mencionó al cardenal.

Confieso que me sentí consternada. El libro estaba prohibido y había sido entrado en el país de contrabando. Existía una pena por poseerlo. Había sido

escrito en abierto desafío a la Iglesia.

¡Así que Wolsey tenía mi libro! Sabía lo que iba a hacer. Se lo llevaría al rey. Estaba intentando tacharme de hereje. ¿Quería verme en prisión? ¿Caminando descalza y humillada, acarreando un haz de leña?

Estaba furiosa. El pobre joven Zouch era presa de un abyecto terror por lo que había hecho.

—Éste será el libro más valioso —dije— que tanto el deán como el cardenal le hayan quitado jamás a nadie.

Pensé que lo mejor era ir a ver a Enrique antes de que Wolsey llegara hasta él.

Cuando llegué a la alcoba del rey, el cardenal acababa de marcharse y Enrique tenía el libro entre las manos.

Me acerqué a él y me arrodillé, tomándole una mano. Había perplejidad en su rostro, pero se puso muy suave y tierno al verme así.

—¿Es éste el libro? —preguntó.

—Debéis comprenderlo.

—Alzaos, amor mío —dijo, ayudándome a levantarme. Me miró directamente a la cara y añadió—: Wolsey me ha traído esto.

—Concierne a quienes os aman enterarse de lo que ocurre —dije.

Las palabras estaban bien escogidas. Enrique se sintió encantado de oírme decir que yo era uno de aquellos que lo amaban.

—Adorada mía —dijo él—, este libro está prohibido en el país.

—Bien lo sé. Pero debo saber qué es lo que actualmente se escribe. ¿Cómo podría hablaros de ello si no lo conozco? Podría estarse organizando alguna traición contra vos.

Él se echó a reír, gratamente satisfecho.

—Venid, sentaos, adorada mía. Habladme más de ese libro.

Así que me senté a su lado, exultante. ¿Qué tenía que temer? No importaba qué hiciera, siempre sería su adorada. Las reglas no regían para mí.

—Enrique —le dije—, es un libro sumamente interesante. Quiero hablar de él con vos.

Así hablé y él mostró interés, aunque no estoy segura de si lo fingía para complacerme; en todo caso, él era un hombre al que atraían las ideas nuevas y era un gran amante de la literatura.

—Prometedme una cosa.

—Cualquier cosa que me pidáis.

—Que leeréis este libro y lo juzgaréis por vos mismo. Entonces, vos y yo podremos hablar de él. Eso es lo que a mí me gusta... las discusiones interesantes.

Pareció más feliz de lo que lo había estado en bastante tiempo.

—Os prometo que leeré el libro —dijo—, y luego nos sentaremos así... bien juntos, y hablaremos de él.

Me sentía muy contenta con la forma en que había evolucionado el asunto.

Pero, maese Wolsey, ahora ya no me queda ninguna duda de que sois mi enemigo. En mí hallaréis un buen adversario.

El rey vino a verme en un estado de gran entusiasmo.

—Noticias, adorada mía —gritó—. Creo que éste puede muy bien ser el principio del fin de nuestro pequeño problema. Clemente está enfermo... en los umbrales de la muerte, según dicen.

—¿Y vos creéis que su sucesor será más amable con nosotros?

—Si lo sucede el hombre correcto, sin duda que sí lo será. Ana, el papado podría ser para Wolsey.

Entonces comprendí su entusiasmo. ¡Qué solución para nuestro problema! Wolsey... papa. ¿Y por qué no? Había sido la ambición de toda su vida. Aprovecharía la oportunidad, no solo porque ansiaba llevar la corona papal, sino porque así escaparía de una situación que se había vuelto muy peligrosa para él.

—¿Creéis que tiene alguna posibilidad?

—Las mejores. Lo apoyaré. Francisco de Francia también, según creo.

—¿Y el emperador?

—Son los cardenales quienes votan. ¿Creéis que van a mirar favorablemente al candidato del emperador? No hace demasiado que les dispensó un trato bastante grosero. Les costará mucho tiempo olvidar el saco de Roma. Sí, Wolsey será el elegido, y le recordaré que su primera misión es la de conceder mi deseo.

—Él ya no será uno de vuestros hombres, Enrique. Será el cabeza de la Iglesia.

—Me obedecerá. Ahora, adorada mía, ésta es nuestra oportunidad. Ya no falta mucho.

Nuestras esperanzas se reavivaron. Parecía que Wolsey tenía muchas posibilidades. Era como un hombre absuelto de una pena de muerte. Entonces yo no veía claramente el peligro al que se encontraba expuesto. Había puesto en

marcha el proceso de divorcio y ahora no podía detenerlo; si Clemente no concedía lo que quería Enrique, podía significar la caída de Wolsey. Le había hecho promesas al rey; le había asegurado que se podía persuadir al papa para que obedeciera y hasta ahora se había equivocado. Wolsey debía ver más claro que nadie que, si fracasaba en conseguirle al rey lo que éste deseaba, significaría el fin de su poder; y, debido a que había subido mucho, su caída sería aún mayor.

No cabía duda alguna de que se aferraría a sus esperanzas. De un estado de terrible aprensión saltaría a la más alta de las ambiciones de su vida; de su puesto de servidor de un rey despótico subiría a una posición tan poderosa como la del propio rey.

Wolsey iba a dedicar todos sus esfuerzos a conseguir realizar esa ambición.

Esperamos. Todos creían que las posibilidades de Wolsey eran enormes y el resultado parecía prácticamente inevitable. Era muy rico y el dinero tenía gran importancia para el Sacro Colegio. Sus tres obispados y su abadía llevarían innumerables riquezas a la Santa Sede. Era arzobispo de York, obispo de Winchester y abad de Saint Albans; además, acababa de serle otorgada Durham.

Una gloriosa perspectiva para él. El rey perdería a Wolsey, aunque no del todo. Estaba seguro de que lo tendría trabajando para él en Roma. Un buen papa inglés; y no había habido ninguno desde Nicholas Breakspear.

Podría haber resultado, ya que, en toda Europa, Wolsey era el favorito.

Pero ¡ay de Wolsey! Clemente, que había estado oscilando entre el emperador y Enrique, oscilaba ahora entre la vida y la muerte, y finalmente ganó la vida. Clemente no murió, no hubo ninguna elección papal y el asunto del divorcio continuó arrastrándose lentamente.

Muy poco después, Mendoza fue llamado de vuelta a su patria, Creo que se sentía feliz de marcharse. Todos los que estaban complicados en el asunto deseaban librarse de él.

Enrique me dijo que antes de que Mendoza se marchara había tenido una reunión con él, en la que el embajador estaba obligado a defender a su tía porque consideraba su situación como un asunto privado que concernía al honor de la familia.

—Le respondí —me dijo Enrique— que no tenía derecho a interferir. Que era un asunto de Estado que afectaba a la sucesión. «Yo no me entrometo en los asuntos de Estado de otros príncipes», le dije. Así es que debemos presionarlo.

Éste era el estado de las cosas en junio, cuando se reunió la corte en el priorato dominico de Blackfriars.

Tanto Enrique como Catalina fueron citados a declarar. El argumento de Enrique era que temía por la validez de su matrimonio y quería que se resolviera ese asunto. Catalina causó una impresión muy solemne como la esposa que ha sido dejada a un lado después de veinte años. Ella no había creído que el caso fuese a ser tratado en Inglaterra y hubiera preferido que se lo juzgara en Roma. Señaló que Wolsey era un súbdito inglés y que Campeggio poseía un obispado inglés y que por esos motivos no podían ser imparciales.

Pidió que el juicio se llevara a cabo en Roma. El rey declaró que él ciertamente no presentaría su causa ante ninguna corte sobre la que el emperador ejerciera su control.

Después de aquello, el juicio se aplazó durante tres días. Luego volvieron a ser llamados a declarar ambos, Enrique y la reina.

Enrique expuso su argumento, reiterando que desde hacía algún tiempo había comenzado a temer que, puesto que se había casado con la viuda de su hermano, estaba viviendo en pecado mortal; y quería que se emitiera juicio al respecto.

Cuando le llegó el turno a Catalina, causó una profunda impresión en todos los que la vieron. Yo había temido aquello. La gente ya estaba de su parte; decían que se trataba del caso de un hombre que deseaba librarse de su esposa legal porque se estaba haciendo vieja y él se había encaprichado de una mujer más joven. Era algo que despertaba indignación, especialmente en las mujeres. Si aquello sentaba precedente, muchas de ellas podrían ser dejadas a un lado después de veinte años de matrimonio. En cuanto a los hombres, comprendían los deseos del rey pero creían que el asunto tendría que haberse manejado con más discreción; yo tendría que haber sido la amante de Enrique y poner así fin a la controversia.

Pero, como yo no quería aceptar dicha posición y Enrique estaba decidido a no perderme, todo el país (no, toda Europa) tenía que alborotarse.

Catalina actuó con gran dignidad. Era como si estuviera recordándoles a todos que ella era la hija de los grandes monarcas de España. Caminó lentamente hasta la silla en la que estaba sentado Enrique. Se arrodilló ante él y levantó sus ojos hasta su rostro. Puedo imaginar cuánto le habrá irritado, ya que le gustaba que sus propias acciones fuesen vistas como correctas y honorables.

Con una voz clara y alta, dijo que quería justicia. Él debía permitir que se le hiciera justicia por el amor que una vez había existido entre ellos.

Cuando me contaron esta escena pude figurarme la incomodidad de Enrique. Pude verlo, mezquino, apartando los ojos de la figura suplicante. Era una extraña

en aquellas tierras, dijo ella, y por esa razón la corte estaba en su contra.

Sus palabras fueron recordadas y repetidas ante mí. Nunca pude olvidarlas. Era como si las hubieran grabado en mi mente.

—Pongo a todo el mundo por testigo de que he sido una esposa fiel, humilde y obediente, siempre conforme a vuestra voluntad y placer.

Todo aquello era verdad, por supuesto. Ella siempre había tratado de complacerlo. No había opuesto protesta alguna cuando él dejó el lecho conyugal para compartir el de sus amantes; como Elizabeth Blount, por ejemplo, a cuyo hijo el rey honraba; o mi hermana María, que había sido su amante durante varios años. Había aceptado a María en la corte y fue una señora amable para con ella. Y a mí misma... Era verdad que había mostrado algo de rencor cuando se trató de mí, pero yo la comprendía, y también debía entenderla Enrique.

—He querido a aquellos a quienes vos queríais, solamente por amor a vos, tanto si eran mis amigos como mis enemigos...

Tolerado, habría sido una palabra más adecuada para los casos de María y de Elizabeth Blount, pero él no podía quejarse del comportamiento de la reina para con ellas.

—Durante estos veinte años he sido una esposa fiel y de mí habéis tenido hijos, aunque haya sido la voluntad de Dios llevárselos fuera de este mundo.

Él debía estar enfadándose cada vez más y conteniéndose para no demostrarlo. Si aquellos hijos hubiesen vivido, y tres de ellos habían sido varones, él no estaría intentando librarse de ella. No hubiera podido hacerlo... ni siquiera por mí. Entonces salió a relucir la esencia del asunto.

—Y cuando llegasteis a mí por vez primera, pongo a Dios por juez, yo era verdaderamente doncella y no había conocido hombre alguno.

En la corte se hizo un profundo silencio. Una mujer tan profundamente religiosa no juraría ante Dios a menos que estuviese diciendo la verdad.

—El decidir si esto es o no verdad, lo dejo a vuestra conciencia.

Un toque maestro. Su conciencia era para él una fuente de incomodidades y ella, que lo conocía bien, estaría enterada de ello.

Pero resultaba que era su conciencia el gran aliado que él tenía en este asunto. ¿No había él educado a su conciencia para que lo torturara hasta tal extremo que no le quedara más alternativa que la de presentar el caso a juicio?

—Si vos no queréis otorgarme vuestro favor —continuó—, encomiendo mi caso a Dios.

Dicho esto, Catalina abandonó la sala.

Aunque le ordenaron que volviese, no prestó atención; y cuando dejó la corte, la muchedumbre que se había congregado fuera, principalmente mujeres, la aclamó enardecidamente. Los gritos de «Larga vida a nuestra reina Catalina» se oyeron en la sala de justicia.

Durante aquellos cálidos días de junio, yo no podía creer que la corte fuera a ir en contra de los deseos del rey. Enrique se sentía optimista y se alegraba de que Catalina se hubiese marchado de la corte y se negara a volver. Todo sería más fácil sin su presencia, resuelta y lúgubre, que inspiraba admiración y respeto.

Solo había una persona que se atrevía a levantar su voz contra los deseos del rey y ésa era la de John Fisher, obispo de Rochester, que se puso de pie en la corte y dijo que su única intención era la de asegurarse de que se hacía justicia y librarse de tener luego escrúpulos de conciencia.

¡Esas conciencias, cómo nos hechizaban! La conciencia del rey me era bien conocida; y ahora teníamos la de Fisher. Él no podía arriesgarse a condenar su alma por no atreverse a manifestar su opinión. Él creía que el matrimonio del rey no podía ser disuelto por poder alguno, ni humano ni divino, y estaba dispuesto a afrontar cualquier peligro en bien de la verdad.

Enrique estaba furioso. Hubiera mandado a Fisher a la Torre de inmediato. Wolsey vino a ver al rey, quien lo regañó por permitir que el obispo se pusiera de pie e hiciera una declaración como aquélla. Wolsey, desgarrado como estaba entre Enrique y el papa, comenzaba a dar muestras de quebrantamiento. Aquella suprema confianza suya lo había abandonado. Por ser mucho más astuto e inteligente que la mayoría de nosotros, podía prever los acontecimientos con mayor antelación y veía el peligro hacia el cual lo estaban precipitando. Le imploró al rey que le creyera cuando le decía que Fisher no le había dado la mínima indicación de sus intenciones.

—Se arrepentirá de esto —gruñó Enrique—. No me dejaré torturar por estos obispos traidores.

Las noticias de lo que ocurría en la corte siempre salían a la luz y ahora la gente aclamaba al obispo de Rochester, lo cual era una fuente más de irritación para el monarca.

—Pero no temáis —me dijo—. Este asunto tiene que acabar pronto y solo puede tomar un camino. Haré que aquellos que actúan contra mí sientan la fuerza de mi ira.

Pero existían aquellos que abrazaban el martirio como un novio a la novia y

tenía la sensación de que Fisher era uno de esos.

Las noticias del continente no eran muy alentadoras. Carlos había tenido una victoria decisiva sobre Francisco I en Italia; y lo peor de todo, el emperador estaba en tratos de paz con los franceses y Clemente en Cambray. Aquello representaba un golpe mucho más fuerte que el exabrupto de Fisher. Enrique podía lidiar con la voluntad de sus súbditos, pero no con la del emperador.

Y así iban pasando los días.

Mi padre, Norfolk y Suffolk estaban trabajando incansablemente para conseguir una solución. Yo sentía que tenía amigos poderosos. No me importaba que ambas duquesas, tanto la de Norfolk como la de Suffolk, me trataran con fría altivez. Eran sus esposos quienes podían serme favorables y ellos estaban de parte del rey.

Ya estaba bien entrado el mes de julio y aún no se había pronunciado el veredicto. Mi entusiasmo iba en aumento. Ya veía mi coronación. Reina de Inglaterra, con el rey como mi esclavo. Habíamos atravesado tiempos difíciles y el cortejo del rey no había cejado en cuatro años. Una fidelidad así podía significar solo una cosa: su devoción era absoluta.

¡Qué brillante futuro se abría ante mí! Ya estaba devolviéndole a Wolsey los antiguos golpes. Pobre viejo, no duraría mucho cuando yo llegara al poder.

Yo le enseñaría a él, y a todos los hombres a través de él, lo que significaba insultar a Ana Bolena, arrebatarle al único hombre al que había amado, arruinar la vida de los dos... bueno, sobre todo la de Northumberland. En cuanto a mí, contemplaba mi brillante futuro como una especie de premio consuelo. Había perdido lo que más había deseado y a cambio del amor tenía ambición. No podía ser la esposa de Henry Percy, cosa que creía de corazón que me habría traído la mayor de las felicidades, así que sería la reina de Inglaterra.

El exabrupto de Fisher había provocado gran ansiedad en el momento, pero Enrique había decidido perdonarlo como a un fanático exaltado. Había otros que presentaban testimonio más de su gusto, especialmente aquellos que estuvieron con el príncipe Arturo a la mañana siguiente de su boda con Catalina, y que declararon que el príncipe había salido tambaleándose, exhausto, de la alcoba nupcial y les había dicho a todos que «aquella noche había estado en plena España». Resultaba difícil imaginar a Arturo, un joven endeble que no estaba lejos de la muerte y era de naturaleza especialmente reservada, haciendo una

declaración semejante. Pero era un buen testimonio o lo hubiera sido si la reina no hubiera causado el efecto que causó cuando puso a Dios por testigo con una piedad y dignidad tan altas. Además, en la sala de justicia, durante el proceso, podían oírse a menudo los gritos de la multitud congregada en el exterior, como el amenazador coro de una tragedia.

A pesar de todo eso, nos sentíamos optimistas. El rey no podía creer que, habiendo dejado tan clara su voluntad, sus deseos le fuesen negados en su propia capital.

¡Cuán equivocado estaba!

Finalmente llegó el día que todos habíamos esperado.

Yo esperaba el veredicto con impaciencia y, a pesar de ciertos recelos, tenía grandes esperanzas.

El rey entró en la galería en compañía de su cuñado el duque de Suffolk. El obispado de Durham sería de Campeggio cuando la causa fuera resuelta favorablemente para Enrique y eso le aseguraría al italiano grandes riquezas. El hombre no sería tan tonto como para volverle la espalda a algo así, razonaba el rey, muy seguro de sí mismo.

Quizás había olvidado que, cuando los hombres están viejos y achacosos y su muerte no parece estar muy lejos, no resulta tan fácil sobornarlos con bienes mundanos. La enfermedad de Campeggio, que tan bien había servido a sus esfuerzos de ejecutar tácticas dilatorias, era verdadera. Realmente sufría de una gota atrozmente dolorosa. Su deseo principal era obviamente abandonar nuestro clima húmedo, huir hacia la paz y quizás hallar algo de alivio para sus doloridos miembros.

Se puso de pie y, con los ojos del rey clavados en él, declaró:

—No haré, por favorecer a un rey poderoso, aquello que pueda ir en contra de la ley de Dios. Soy un hombre viejo y enfermo que espera cada día la llegada de la muerte.

Dijo que no pondría en peligro su alma por incurrir en una ofensa contra Dios. Él solamente reconocía a un Dios y el honor de la Santa Sede... No iba a emitir juicio alguno. Remitiría el caso a Roma.

Yo podía muy bien imaginar la furia de Enrique. Suffolk estaba junto a él.

—Nunca habrá alegría en Inglaterra mientras tengamos cardenales entre nosotros —le oyó murmurar entre dientes.

Era una flecha lanzada directamente contra Wolsey, quien le había prometido que el asunto sería tratado con presteza y conforme a los deseos del rey.

El cardenal le había fallado.

LA PARTIDA DEL CARDENAL

Fue aquella una época de gran tensión y ansiedad para mí. Después de todo lo ocurrido, nos encontrábamos exactamente en el punto de comienzo. Wolsey había caído en desgracia y me enojaba que aun así el rey se decidiera a despedirlo. Me faltó inteligencia para valorar la fidelidad que entonces Enrique le dispensaba al cardenal. Había confiado en Wolsey desde el momento mismo de su advenimiento y lo quería de verdad. Era solamente en este asunto del divorcio, este conflicto entre Roma y la corona de Inglaterra, donde su fiel servidor no había podido lograr una solución satisfactoria para el monarca, pero no había sido por su culpa. Si las cosas se hubiesen hecho a su manera, Campeggio hubiera declarado el matrimonio inválido y todo habría resultado muy simple.

Yo era temeraria. Al mirar hacia el pasado, veo claramente mis errores, aquellos impetuosos pasos que di descuidadamente a lo largo del camino que me trajo a este final tenebroso.

Así pues, me enojaba el afecto que el rey le guardaba a Wolsey. Norfolk y Suffolk, a quienes yo creía mis amigos, alimentaban mi inquina hacia el cardenal. ¡Cuán mal aconsejada estaba! La meta de ellos dos era la de deshonar y arruinar a Wolsey y vieron en mí un camino para conseguirlo. Yo tenía 23 años. ¿Qué puede saber una joven impetuosa, vanidosa y tonta?

Éramos plenamente conscientes de lo que ocurriría si el caso era juzgado en Roma. El papa nunca se atrevería a emitir veredicto en contra de Catalina; el emperador insistiría en ese punto. Llevar el caso ante Roma equivalía a perder toda esperanza de que me desposara con Enrique y me convirtiera en la reina de Inglaterra.

Durante el verano la corte realizaba sus viajes a través del país. Era necesario que el rey se mostrara al pueblo y aquellas peregrinaciones se convirtieron en una costumbre. Por supuesto, la reina tenía que estar junto a su marido y acompañarlo en todas las ceremonias oficiales. Yo también estaba allí como

miembro de la corte.

Estaba segura de que la reina recibiría las aclamaciones y simpatía del pueblo allá donde fuera. ¿Y yo? Me sentía enojada y frustrada. Una y otra vez me enfurecía en mi interior, pues me habían forzado a entrar en aquella situación y aun así era a mí a quien culpaban.

El rey me dispensaba la devoción de siempre y pasaba conmigo todo el tiempo que le era posible. Había enviado sus emisarios a Roma, pero no tenía ninguna prisa por que se juzgara allí la causa, ya que el resultado sería adverso. Quería que el asunto se demorase. Estaba dispuesto a buscar evasivas como las había buscado el papa con él.

Mi estado de ánimo era tal que, cuando más ansiosa estaba, manifestaba un exceso de alegría. Quizás hubiera un elemento de histeria en mi actitud. Solía despertarme por la noche con sueños confusos en los que el miedo de que el rey me abandonara era la nota predominante. Aquel temor pendía sobre mí cuando me despertaba y solo la pasión que Enrique hacía evidente atenuaba mi sentimiento de pánico. Yo había oído decir que estaba embrujado y que parecía dispuesto a llegar hasta donde fuese para hacerme su reina. Entonces mis sueños parecían estúpidos, tan solo sombras de la noche.

Cuando la corte llegó a Tittenhanger, el rey fue a visitar a Wolsey a su residencia. Cuando me enteré me puse furiosa y le manifesté mi enojo.

—Es un hombre viejo, adorada mía —me dijo—. Ha sido lastimoso ver cuánto bien le hizo una pequeña demostración de afecto por mi parte.

—No es amigo mío —repliqué—. Siempre ha trabajado en mi contra.

—El emperador era un gran obstáculo —me dijo pacientemente—. Wolsey me habría liberado si hubiese estado en su poder hacerlo. Pero teníamos relaciones hostiles con el emperador y el papa tiene la fuerza de voluntad de un pollo asustado.

Quizá, pensé, si el rey se hubiese casado con la princesa de Francia, otro hubiera sido el accionar del cardenal. Wolsey estaba decidido a destruirme; yo no había olvidado el incidente del libro que había robado George Zouch. Había esperado poder dejarme mal a los ojos del rey y habría podido hacerme mucho daño si Enrique no hubiese estado tan loco por mí.

Cuando estábamos en Grafton llegó un mensaje de Wolsey, por el que le pedía al rey que lo recibiera. Se proponía llegar con el cardenal Campeggio, que deseaba obtener licencia del rey antes de partir.

Fue a través de Suffolk que me llegó la noticia de que el rey había accedido a

recibir a ambos cardenales.

—Me maravilla —dijo Suffolk—, que Wolsey se atreva a dar la cara... al igual que Campeggio; y más me maravilla aún que el rey les mande a decir que los recibirá.

Yo estaba enfadada porque el rey no me había comentado el asunto.

—Voy a darles una lección a ambos —dijo Suffolk—. Nunca me han gustado los cardenales.

—Ni a mí —dije.

—Wolsey llegará a la corte aquí, en Grafton, y descubrirá que no hay habitaciones preparadas para él. Así que tendrá que encontrarse él mismo su alojamiento.

—Eso, sin duda, constituirá un gran insulto para su dignidad.

—Es lo que intento —dijo el duque con una sonrisa.

—¿Y el otro?

—¿Maese Campeggio? Imagino que no tendremos más remedio que alojarlo, pero he ordenado que, antes de que se marche del país debe ser revisado su equipaje, ya que no me sorprendería que hallásemos algo que no le perteneciera.

—Ése será un insulto todavía mayor que el de Wolsey.

—Hallo un gran placer en insultar a los cardenales.

Reí con él. Aquella era la época en que yo creía que Suffolk era amigo mío.

Wolsey llegó en unas condiciones bastante humildes comparadas con la magnificencia que se permitía antiguamente. Cuando hablé con el rey acerca de mi aversión y desconfianza hacia él, Enrique escuchó con paciencia. Suffolk y Norfolk creían que el rey no le dirigiría la palabra a Wolsey y estaban deseando presenciar la humillación del cardenal.

Sin embargo, las cosas resultaron bastante diferentes a como ellos las habían imaginado.

Había en circulación muchas historias acerca de las canalladas de Wolsey. Era cierto que había amasado una gran riqueza y que era un perfecto ejemplo de todos los males que Martín Lutero condenaba. Había vivido con gran esplendor como la mayoría de los monarcas; había acumulado una ganancia tras otra. Además de los tres obispados, poseía la más rica de las abadías; como legado y canciller, disponía de todo el mecenazgo del país. Cualquier miembro de la Iglesia, el más rico de los sacerdotes o el más pobre de los curas párrocos, si necesitaba una licencia debía pagarle a Wolsey para obtenerla. A él se le pagaban los honorarios por testamentos y bodas. Recibía pensiones del extranjero y su

riqueza era enorme pero, mientras la acumulaba, él adoptaba la pose de hombre de Dios, al servicio del Maestro que había pasado toda su vida en la pobreza y al servicio del ser humano. Wolsey servía a un solo señor: Mammon, y Mammon era Wolsey.

Yo le había recordado todo esto al rey y él pareció escuchar, por lo que esperaba que la recepción al cardenal por parte de Enrique fuera cuanto menos fría y distante.

Apenas pude creer lo que veían mis ojos. Aún no había entrado aquel hombre, con aspecto agotado y enfermo (ni se había arrodillado ante el rey), cuando Enrique le puso las manos sobre los hombros y lo ayudó a levantarse.

—Parecéis débil, Thomas —le oí decir.

Se miraron el uno al otro y en el rostro del cardenal se reflejó una gran alegría debido a la amabilidad del rey. En los ojos de Enrique afloró entonces una expresión tierna y sentimental; de su boca había desaparecido todo rasgo de crueldad y ésta había quedado laxa, como tantas veces había estado por mí.

Se pusieron a hablar y me di cuenta de que el cardenal estaba recuperando las esperanzas. Creía que, si podía esquivar a sus enemigos, volvería a ganar el favor del rey.

Enrique, en cambio, recibió a Campeggio con cierta frialdad y le dio a entender que no había nada por lo que tuviera que estarle agradecido.

Más tarde, cuando me senté junto al rey en la cena, le manifesté mi disgusto por el tratamiento que le había dispensado a Wolsey.

Le recordé todo lo que nos había ocurrido debido a las acciones del cardenal. Él me dedicó aquella sonrisa indulgente y creo que no estaba especialmente interesado en mis palabras.

—¿Cómo así, adorada mía? —dijo despreocupadamente.

Mencioné el fracaso de Wolsey en un asunto que era tan importante para ambos.

—Él era de la opinión de que podíamos llegar con facilidad a una conclusión satisfactoria. No es culpa suya que no haya sido así —tendría que haber percibido la advertencia, pero en aquella época yo no percibía ninguna, puesto que él agregó—: Conozco este asunto mejor que vos y que nadie.

Pero yo no podía detenerme.

—Si mi padre, mis lores de Norfolk y Suffolk o cualquier otro noble hubiese hecho menos que él, en estos momentos ya habría perdido la cabeza.

Hubo una cierta frialdad en sus maneras cuando se apartó de mí.

—Percibo —me dijo— que vos no sois amiga del cardenal.

Estaba demostrándome claramente que mi discurso le molestaba y que yo había olvidado que él era el rey y yo solo un súbdito.

—No tengo ningún motivo —dije—, como no lo tiene ninguna de las otras personas que os quieren, para ser su amiga... si consideráis bien sus actos.

Sus labios estaban fruncidos. La comida había acabado y él indicó que deseaba abandonar la mesa, tras lo cual mandó buscar a Wolsey. Ambos entraron en la cámara privada del rey y hablaron durante largo rato.

Suffolk había mantenido su palabra y no había alojamiento disponible para Wolsey, aunque, según me enteré luego, Norris había sentido lástima por él y le había dejado sus habitaciones para que el cardenal tuviera un sitio donde dormir.

El rey estuvo con Wolsey hasta muy tarde y cuando se marchó le dijo que continuarían con la discusión a la mañana siguiente.

Yo estaba furiosa. El rey, seducido siempre por aquel hombre, se mostraba realmente preocupado por la salud del cardenal y era evidente que otras pocas horas que pasaran juntos bastarían para que Wolsey volviera a tener la enorme influencia de antes sobre el monarca.

Aquello no debía ocurrir.

Enrique me había hablado de un parque para venados que deseaba instalar en Grafton. Aquello me proporcionaba una oportunidad. A la mañana siguiente muy temprano, fui a verlo llena de entusiasmo. Le dije que había organizado una excursión teniendo en mente su deseo; saldríamos a caballo con unos pocos de nuestros más especiales amigos e iríamos hasta el terreno destinado al parque de venados, donde organizaríamos una comida campestre. Sería un día muy alegre.

El rey estaba encantado; le gustaba mucho que yo organizara aquel tipo de cosas y siempre esperaba los entretenimientos divertidos, al lado de gente que estimaba como mi hermano George, Weston, Norris y Suffolk.

—Pero hay una cosa que debemos hacer —dije—. Debemos salir muy temprano o no podremos ir y volver en el día. Insisto en que vuestra majestad esté preparado para marchar dentro de una hora.

Aquello resultó. Nos reunimos en el patio y estábamos todos ya a punto de irnos cuando llegó Wolsey, por lo que no hubo tiempo para nada más que un breve intercambio de palabras entre él y el rey.

El cardenal sabía, por supuesto, que aquello era obra mía y ya no tenía sentido disimular nuestra encarnizada enemistad.

Los días de esplendor Wolsey estaban contados. Sus enemigos se reunían a su alrededor como perros de caza durante la matanza, todos deseosos de tomar parte en su destrucción.

Entre sus rivales, seguramente estaban aquellos que solo actuaban así movidos por la envidia y el deseo de hacer caer a un hombre que había ascendido hasta lo más alto, sin contar con las ventajas que da la nobleza.

Lord Dacre de Templehurst era un ardiente católico y también uno de los más fieles amigos de Catalina. Había luchado junto a su padre, Fernando, durante la conquista de Granada y estaba en contra de Wolsey porque éste se oponía a una más estrecha alianza con el emperador. Lord Dacre acusaba al cardenal de haber extraído dinero de obispos, deanes y demás miembros de la Iglesia para su beneficio personal y de haber robado la plata y los tesoros de las abadías. Había una larga lista de los pecados del cardenal, pero el más significativo de los cargos que Dacre tenía contra él era el de *praemunire*, lo cual significaba que había recurrido a una jurisdicción extranjera por asuntos que debían ser juzgados por una corte de justicia inglesa. Era aquel un cargo grave, ya que quería decir que Wolsey era acusado de servir al papa contra los intereses de su señor el rey.

La pena por este delito era que el culpable debía renunciar a todas sus tierras y bienes.

A aquellas alturas Wolsey estaba tan enfermo y mareado, que me imagino que todo cuanto deseaba era paz. Sabía que su gran carrera había acabado y estaba demasiado débil como para querer pelear; además, sus enemigos eran numerosos. Seguramente para él, «esa corneja nocturna que posee el oído del rey» era la culpable de su caída y me consideraba el más grande y poderoso de sus rivales. Lo cierto es que si me hubiese aplacado desde el principio, si hubiera trabajado en mi favor y no en contra mía, aquello no habría llegado a ocurrirle. Conmigo podría haberse enfrentado a Norfolk, Suffolk y a todos aquellos que no podían aceptar que un hombre de tan baja cuna pudiera elevarse por encima de ellos. Si Wolsey hubiese tenido un conocimiento más profundo de la naturaleza humana, pero incluso él había fracasado en ese punto.

Así pues, el otrora imbatible cardenal renunció al Gran Sello y abandonó para siempre su amado palacio de York. Cuando el rey y yo fuimos a inspeccionar el lugar, nos asombramos por los tesoros allí acumulados.

Los ojos de Enrique brillaron con codicia.

—¿Cómo llegó ese hombre a reunir tantas riquezas? —preguntó.

—Lord Dacre tiene una respuesta para eso —repliqué.

Esta vez Enrique no defendió a Wolsey y juntos recorrimos las habitaciones deleitándonos con las riquezas que ahora le pertenecían.

Sin embargo, a pesar de la declinación de Wolsey, no estábamos más cerca de cumplir nuestros propósitos y fluctuábamos entre la esperanza y la frustración.

Eustace Chapuys había llegado a Inglaterra para ocupar la plaza dejada vacante por Íñigo Mendoza, y, al igual que todos los embajadores, era un espía de su señor. Estaba muy claro que se trataba de un hombre astuto y que sin duda había sido cuidadosamente seleccionado por el emperador.

La pérdida de poder de Wolsey significaba una reestructuración de las posiciones importantes. Ahora el rey era su propio primer ministro, el duque de Norfolk ocupaba la presidencia del consejo con Suffolk como vicepresidente y sir Tomás Moro era lord canciller. Enrique declaró que tenía la intención de gobernar él mismo, con el Parlamento como consejero.

Las cosas estaban saliendo como los duques de Norfolk y Suffolk habían deseado, aunque ellos hubiesen preferido inculpar a Wolsey y enviarlo a juicio por alta traición. Los Comunes fueron menos vengativos, sobre todo debido a un tal Thomas Cromwell, que otorgó vehementemente su apoyo al cardenal.

Creo que aquella fue la primera vez que el rey reparó en Cromwell. Era un hombre de orígenes muy humildes, hijo de un herrero que debe de haber sido una persona muy activa, ya que también había sido batanero y esquilador de ovejas, además de dirigir una hostería y una cervecería. Thomas Cromwell estaba destinado a jugar un importante papel en nuestra historia.

Había vivido una juventud desenfadada y pasado una temporada en prisión, cosa que entonces yo desconocía. Es solo cuando la gente alcanza el poder que se despierta un interés por sus orígenes y si éstos son en algún sentido reprochables, ese hecho es sacado triunfalmente a la luz e incluso exagerado. Tras cumplir su sentencia se fue al extranjero y se enroló en el ejército francés durante algún tiempo. Después volvió a Inglaterra y se casó con la hija de un esquilador, decidido, según decían algunos, a recordarles a todos sus orígenes. Se convirtió en un próspero hombre de negocios y prestamista; era inteligente, astuto, agudo y de ingenio rápido, y en el momento oportuno fue reclutado por

Wolsey, quien buscaba siempre a personas inteligentes que pudieran estar a su servicio. No había ninguna duda acerca de la inteligencia de Cromwell y el otrora poderoso cardenal hizo uso de ella, recompensándolo y enseñándole muchas cosas, por las cuales Cromwell le estaba agradecido.

Fue así como aquel hombre se convirtió en miembro del Parlamento por Taunton; cuando fue presentado el caso de Wolsey, él estaba presente en la sala y defendió a su antiguo señor con coraje y decidido a demostrar su inocencia y librarlo de la acusación de traidor.

No estoy segura de si se debió a que veía desvanecerse sus propias ambiciones, que tanto dependían del favor de Wolsey o si actuó por lealtad hacia su antiguo patrón. Sin embargo, con todo el mundo dispuesto a atacar a aquel hombre caído, la suya fue una acción valiente.

El rey se dio cuenta de ello y lo aprobó. Pienso que Enrique había decidido perdonar a Wolsey independientemente del veredicto al que se llegara, pero fue el discurso de Cromwell el que decidió a los Comunes a votar contra el cargo de alta traición.

Así que ahí estaba Wolsey, un hombre quebrantado y desposeído de todas sus vastas propiedades, pero aún libre.

A pesar del hecho de que él, que había sido mi enemigo, ya no estaba en posición de dañarme, la situación había cambiado poco para mí.

Era verdad que yo estaba en la corte, donde vivía con gran lujo. Tenía a mis modistas, disponía de las telas más exquisitas que me enviaban los principales comerciantes de paño; mi ropa, diseñada por mí, era una leyenda; pero tenía que cambiar constantemente los patrones porque me imitaban hasta tal extremo que, si yo aparecía con un vestido nuevo, pocas semanas después la mayoría de las damas de la corte llevaba uno parecido.

La gente me rendía homenaje. Yo era la reconocida reina de la corte, pero no era la reina de Inglaterra. Catalina, una presencia sombría que arruinaba mi felicidad, estaba allí.

Además, el esfuerzo que requería mantener a Enrique a distancia era enorme. Me hallaba en un estado de amarga incertidumbre acerca de si sería o no mejor ceder, y con miedo de que, si lo hacía, él llegara a la conclusión de que Ana Bolena era como todas las demás en la oscuridad, y, si no lo hacía, él pudiera cansarse de esperar. ¿Durante cuánto tiempo podría mantenerlo a raya? Le permitía ciertas caricias íntimas, pero me sentía desgarrada entre mi amor por la adulación y mi temor a perderla. Por supuesto, yo sabía que aquellos que me

elogiaban serían los primeros en atacarme si caía. Debería haber tomado como ejemplo el caso de Wolsey, pero me temo que no pensaba mucho en él ahora que estaba fuera de mi camino. Me sentía segura de mí misma, gracias a aquel misterioso atractivo, la esencia del cual era mi actitud distante, tan diferente de la de mi hermana María. En aquella época era una joven descuidada, pero a pesar de eso comenzaba a tomar conciencia del paso del tiempo.

Otro año estaba a punto de culminar y no estaba más cerca de convertirme en reina de Inglaterra.

Siempre había poseído un genio rápido. Mi madrastra me había dicho constantemente que tuviera cuidado con él, especialmente al hallarme en tan precaria posición. Pero, cuando me inflamaba, no podía reprimirlo; y en esa época estaba sometida a una fuerte presión.

Hacía algún tiempo que Enrique había renunciado a dormir en el lecho de Catalina. Había declarado que, debido a que no creía estar realmente casado con ella, debía cesar la cohabitación. Su conciencia no le permitía continuar durmiendo con ella, ya que eso sería cometer un pecado. Durante algún tiempo habían ocupado el lecho matrimonial, ella en un extremo y él en el otro (según me había dicho él), pero ahora el rey creía prudente que no ocuparan dicha cama.

Recuerdo aquel día de noviembre, un día triste de pesada niebla que se deslizaba en el interior de la habitación y de alguna manera hacía más profunda mi depresión y la sensación de que aquel asunto nunca se resolvería.

La realeza rara vez está sola y siempre hay alguien presente para informar de lo que se dice y hace. Solo por la noche, en la cama, tienen algún tipo de intimidad e incluso entonces hay sirvientes atentos a todo lo que ocurre.

Enrique había cenado con Catalina y vino a verme después. Estaba malhumorado y le pregunté la causa de su aflicción.

—¡Catalina! —dijo él—. ¡Cómo me tortura esa mujer! Ahora me reprocha que no comparta su lecho.

—Así que os echa de menos —dije.

—¡Por la Santa Madre de Dios, ella piensa en lo que llama *sus derechos*! Le dije que no era su esposo legal y que por ese motivo no podía compartir su cama.

—Y al ser una dama tan pía, sin duda estuvo de acuerdo con vos.

—Ella no se detuvo aquí. Me acusó de no atreverme a presentar el caso ante una corte imparcial. Dijo que, por cada persona que encontrase que decidiera en mi favor, hallaría ella mil que declararían que nuestro matrimonio era bueno e indisoluble.

Sentí asombro y aprensión porque él hubiera permitido que la discusión con ella llegara tan lejos. Pensé: «Nunca venceremos a esa mujer. Siempre ganará». ¿Y cómo podía él permitirle que le hablara así? Aquello demostraba que, a pesar de todo, Enrique le tenía un respeto reverencial a Catalina.

—Ya veo —dije— que ella siempre os superará en la discusión. Un día escucharéis su razonamiento y me dejaréis a un lado.

—¡Nunca! —declaró él con vehemencia.

—He esperado durante demasiado tiempo —dije—. Podría estar casada a estas alturas. Podría haber tenido hijos, que son el gran consuelo de la vida. Mas ¡ay!, adiós a mi tiempo y juventud... pasados sin provecho alguno.

Entonces me puse de pie y me marché.

Desafortunadamente, uno de los espías de Chapuys escuchó la conversación que hubo entre nosotros e informó de ella a aquel hombre cínico, quien a su vez envió cuenta de esta a su señor.

Entonces todos creyeron que Enrique se cansaría pronto del asunto, como evidentemente me había ocurrido a mí.

Mis palabras habían tenido un efecto particular en el rey, especialmente la referencia que yo había hecho al matrimonio. Él sabía que había en la corte muchos hombres que querían casarse conmigo. De hecho, a veces yo creía que la inquebrantable devoción que me profesaba el rey era fomentada por el efecto que él veía que yo causaba en otros hombres de la corte. Sentía terror de perderme. El deseo de divorciarse se había convertido en una pasión para él, aunque no estoy segura de si se debía solamente al deseo que sentía por mí o a la innegable obstinación de su naturaleza; pero su determinación era feroz.

Para aplacarme, le dio a mi padre el título de conde de Wiltshire. Así, George se convirtió en lord Rochford y yo en lady Ana Rochford, lo cual mejoró la posición de la familia de forma considerable.

Aquella decisión representó el final del antiguo asunto concerniente a Piers Butler, que tenía que haber sido resuelto mediante mi matrimonio con su hijo James y que tan repentinamente, y sin razón visible, se había interrumpido. Enrique había mantenido el caso en suspenso. Por un lado, no quería ofenderme a mí al hacerle perder las esperanzas a mi padre, pero, por el otro, Piers Butler le era muy útil en Irlanda. Ahora el rey había tomado la repentina decisión de que mi padre debía poseer el título. A Butler se le habían dado ciertas tierras en Irlanda para consolarlo y el asunto se había resuelto pacíficamente. En la remota Irlanda, Piers Butler había oído hablar de la importancia que los Bolena habían

cobrado para el rey.

Cuando vuelvo la vista hacia los años pasados, debo admitir que tuve mis triunfos, el mayor de los cuales fue la caída de Wolsey. Campeggio se había marchado, pero antes de su partida había sido sometido a la indignidad de que le revisaran el equipaje, cosa que lo ofendió profundamente, a pesar de que en aquel no se había hallado nada ilegal. Él protestó amargamente ante el rey, alegando que aquello era una violación de sus privilegios de embajador. Enrique le respondió secamente que por parte nuestra no había habido ninguna violación de la etiqueta. El cardenal había dejado de ser un legado en el momento de revocar el caso. Sin embargo, había creído prudente enviar una disculpa para aplacar a Campeggio.

Y otro año de inquietudes había comenzado.

En enero mi padre fue nombrado lord del Sello Privado.

—Creo que sería una buena idea enviar a vuestro padre a parlamentar con el emperador —me dijo el rey—. Nadie conoce el caso mejor que él y ha resultado ser un embajador de gran éxito en otras ocasiones.

Estuve de acuerdo. Tengo que haber sido una estúpida para hacerlo. Mi padre era la última persona que tendríamos que haber enviado. Tal vez, en la desesperación que sentíamos por la falta de solución a nuestros problemas, no prestábamos la suficiente atención a nuestros actos.

De todas formas, pronto nos dimos cuenta de nuestro error.

El astuto Chapuys vino a ver al rey. Yo estaba presente, como a menudo ocurría, pues no veía motivo alguno por el que tuviera que dejar al rey cuando se discutía un asunto de importancia tan vital para mí.

Chapuys dijo que había recibido un mensaje muy especial del emperador. Muy pronto estaría de vuelta el conde de Wiltshire. Al emperador le sorprendía que su majestad hubiese enviado a abogar por una causa a alguien que era parte directamente implicada.

—El punto de vista de mi señor es que la causa debe ser tratada en Roma, sin más dilación.

Enrique se puso furioso y despidió al presuntuoso Chapuys, que se marchó sonriendo.

Mi padre regresó y nos contó que, antes de tener tiempo de pronunciar el discurso que llevaba preparado, el emperador lo atajó y declinó escuchar a

«alguien que tenía un interés personal en el resultado de aquel asunto».

—Así me lo dijo la serpiente Chapuys —gritó Enrique—. El emperador está decidido a burlarse de mí. Él quiere que el caso sea juzgado en Roma y todos sabemos lo que eso significa.

Al día siguiente nos llegó un comunicado del papa. Cuando Enrique lo leyó, su rostro se puso escarlata y sus ojos brillaron de ira.

—Mirad esto... A mí... a mí se me cita para comparecer ante Roma. ¡Cómo se atreven! ¿Acaso olvidan quién soy?

—Lo hace para degradaros —dije.

Enrique continuó leyendo, mientras entrecerraba los ojos.

—¡Que la sífilis se lo lleve! ¿Os dais cuenta de lo que insinúa aquí? Debo volver con Catalina o correr el riesgo de ser excomulgado.

No creo haber tenido nunca el ánimo tan bajo como en aquella ocasión. Vi el miedo reflejado en el rostro de Enrique. Estaba lo suficientemente dominado por la influencia de Roma como para temer aquella amenaza.

—No se atreverá —le dije a Enrique.

—Tiene al emperador detrás.

—Siempre ha tenido al emperador detrás. Ésa es precisamente la razón por la que todavía estamos como estamos.

—Excomunió —murmuró Enrique.

Yo sabía en qué estaba pensando. Había habido una ocasión en la que un rey inglés había sufrido esta pena a manos de un papa y eso había hundido al país en la confusión; realmente, había sido uno de los periodos más desastrosos del desastroso reinado del monarca Juan. A pesar de que la nueva religión iniciada por hombres como Martín Lutero y William Tyndale era ya objeto de discusión en todo el país, quedaban todavía muchos que consideraban al papa como al vicario de Cristo y que muy bien podían volverse contra el rey si aquella temida sentencia era llevada a cabo.

Ni siquiera por mí el rey se expondría a una amenaza de excomunió, es lo que pensaba yo entonces.

—Así que el papa es aún vuestro señor —dije osadamente.

Él cerró el puño.

—Dios no lo permita —dijo—. No soportaré esto. Tiene que haber una salida, Ana. Os juro que la encontraré.

Le eché los brazos al cuello y lo acerqué a mí.

—Sí —dije—, hallaremos la salida. ¿Ignoraréis esta amenaza?

Él asintió.

—Tendrán que hallar pronto una solución.

¿Había alguna solución? Mi inquietud aumentaba con cada hora.

Durante algún tiempo no volvió a hablarse de la posibilidad de excomunión. Muy bien puede haber ocurrido que los agentes del papa, que estaban en todas partes, se dieran cuenta de que, si el rey era apartado de Roma mediante la excomunión, se convirtiera al luteranismo. Las ideas del sacerdote rebelde se propagaban a una velocidad alarmante por toda Europa. Los libros podían estar prohibidos, pero eso no evitaba que fuesen entrados de contrabando en varios países. A pesar de que el rey había siempre apoyado a la religión de Roma (¿acaso no ostentaba el título de Defensor de la Fe?), tenía una actitud intransigente respecto a aquel asunto del divorcio y la excomunión hubiera sido un arma de doble filo dadas las circunstancias.

En una actitud desafiante, Enrique me llevaba a todas partes. A veces cabalgaba a mi lado, con mi caballo enjaezado al estilo regio y otras cabalgaba yo sobre las ancas de su caballo.

Siempre recordaré una vez que pasamos a través de la hosca multitud en la entrada de Londres. La gente no lo vitoreó porque iba conmigo. Un hombre gritó un insulto contra mí y el rey ordenó su arresto.

Siempre le habían gustado las aclamaciones del pueblo y nunca perdía de vista la importancia de las mismas; siempre había llegado muy lejos en busca de la popularidad, pero al mismo tiempo el pueblo tenía que saber quién era el señor; y si él quería entrar en su capital conmigo en su caballo, así lo haría.

Sin embargo, aquello me llenó el corazón de miedo. Podía ocurrir que se diera cuenta de que era yo quien estaba apartando de él el cariño de su pueblo. Los años iban pasando y yo me hacía mayor. «¿Cuánto tiempo? —me preguntaba continuamente—. ¿Cuánto tiempo?».

Wolsey era aún una fuente de ansiedad para mí. Si el rey me repudiase... entonces todo volvería a ser como antes... amistad con el papa y el emperador. ¿Y el divorcio, pues Enrique estaba empeñado en él? Además de la obsesión que tenía conmigo, estaba la de tener un hijo varón, cosa que creía que nunca obtendría de Catalina. En ese caso Wolsey negociaría un matrimonio con alguna princesa extranjera y Ana Bolena podría arreglarse por su cuenta. Eso era mi pesadilla continua, a pesar de que el rey no daba señales de que la devoción que sentía por mí estuviera menguando; pero aquello estaba allí, un pensamiento inquietante en un rincón de mi mente, incluso cuando cabalgaba

ceremoniosamente junto a él.

Enrique pensaba en Wolsey a menudo y era consciente de cuánto odio y desconfianza le tenía yo al cardenal. Pero sir Henry Norris, que era un muy buen amigo mío, me dijo que, cuando Norfolk y Suffolk fueron a recoger el Gran Sello de manos de Wolsey, cosa que les había proporcionado gran placer llevar a cabo, este había sido enviado a Esher.

El cardenal tomó su barcaza hasta Putney, desde donde se trasladaría hasta Esher en mula; y, al pensar en él, Enrique se había sentido invadido por la pena, pues sabía que los enemigos de Wolsey se reunirían para escarnecerlo cuando partiera.

Así que el rey llamó a Norris y le dio un anillo que tenía engarzado un valioso rubí. Wolsey reconocería el anillo de inmediato, pues lo había visto en el dedo del rey. Norris debía darle el anillo y decirle que se alegrara y lo llevara puesto por amor al rey.

—Fue una escena de lo más conmovedora —dijo Norris al relatarme el encuentro—. Wolsey pareció un hombre al que acaban de absolver del cadalso. Nunca olvidaré la expresión de su rostro en el momento en que vio el anillo del rey. Creo realmente que creyó que sus problemas habían acabado. Él creía que, si tan solo pudiera llegar hasta el rey, hablar con él, explicarle tantas cosas, contarle que había acumulado toda su fortuna para poder dejársela a su monarca, todo volvería a estar bien.

Se quitó una cadena con una cruz que llevaba al cuello —continuó Norris—, y me la entregó. «Tomad esto de mi mano, buen Norris», me dijo. Me sentí profundamente conmovido por este hombre que en otra época fue grande y cuyas esperanzas volvían a él tan solo por la bondad que el rey le mostraba. Enrique realmente quería a Wolsey. Al igual que Comus, el bufón de Wolsey. Comus era uno de los mejores bufones. Uno podía estar seguro de que Wolsey tenía lo mejor de todo. Entonces me dijo: «Llevaos a mi bufón y ponedlo bajo la protección del rey. Decidle que quiero a este hombre y quizás eso haga que el rey lo aprecie». Luego le dijo a Comus: «Venid aquí, bufón. Vos tendréis un lugar en la corte». Y sabéis que el hombre le rogó a Wolsey que no lo enviara conmigo. Quería permanecer con su señor. No quería ningún otro... ni siquiera al rey.

—Habláis de él de la forma más conmovedora, sir Henry —le dije.

—Fue una escena para no olvidar jamás. El bufón no quería irse y Wolsey llamó a varios hacendados para que se lo llevaran a rastras. Me sentí como si me

llevara a un hombre encadenado. Me despedí de Wolsey y él partió hacia Esher.

—Donde creo que no halló una cálida acogida esperándolo.

—Una casa fría y sin muebles... sin platería ni copas. ¡Pobre Wolsey! ¡Cómo caen los poderosos!

«Y —pensé— así debe permanecer».

Aquellas navidades el cardenal enfermó gravemente.

Norris le dio la noticia al rey en mi presencia y pude ver la preocupación reflejada en su rostro. Tal vez sintió una punzada en esa conciencia que estaba siempre dispuesta a despertar, aunque habitualmente lo hacía a una orden de su dueño. Sin embargo, aquella fue una preocupación genuina.

—¿Cuán enfermo está, Norris? —preguntó.

—Dicen que en el umbral de la muerte.

—Le enviaré al doctor Butts sin demora.

Así lo hizo y cuando el doctor Butts regresó, el rey lo mandó a llamar para conocer el estado de salud del cardenal.

—Decidme —pidió—, ¿habéis visto a aquel hombre?

—Así es, majestad.

—¿Y cómo lo hallasteis?

—Majestad, os garantizo que estará muerto dentro de cuatro días si no recibe consuelo ninguno de parte vuestra.

—¡Dios no permita que muera! —gritó Enrique—. No lo perdería ni por veinte mil libras esterlinas.

—En tal caso, vuestra majestad debe enviarle algún mensaje consolador.

—Eso lo haré por intermedio de vos, buen Butts —dijo y se quitó un anillo de un dedo—. Él reconocerá este anillo —continuó—, pues él mismo fue quien me lo regaló. Decidle que en mi corazón no me siento ofendido con él por nada y que le ruego que se alegre.

—Así lo haré, majestad, y un enorme bien le hará al cardenal.

El doctor Butts me miró de forma significativa. Wolsey probablemente le había dicho que yo era su enemigo y que era por mi culpa que él había caído.

Enrique interceptó la mirada y la comprendió.

—Mi buen amor —me dijo—, enviadle al cardenal una prenda a petición mía, ya que al hacerlo así mereceréis nuestro agradecimiento.

Cuando el rey estaba de un humor tal, no había nada que pudiese hacer excepto obedecer, así que solté la cadena de una placa de oro que llevaba en torno a la cintura y se la di al doctor Butts, pidiéndole que le transmitiera al

cardenal mi deseo de que se recuperara pronto.

Los ojos del rey brillaban de sentimiento, tomó mi mano y la besó.

A los pocos días, Wolsey había dejado su lecho de enfermo.

Yo no podía ver la salida del laberinto en que nos hallábamos atrapados. Las cosas empeoraban en lugar de mejorar.

Clemente y el emperador estaban ahora en buenos términos. Se había acordado la paz; el papa había vuelto a Roma y Carlos había recibido la corona del Sacro Imperio Romano, que era un símbolo de la unidad existente entre la Iglesia y los estados de Europa.

Para mí estaba muy claro que nunca obtendríamos la aprobación papal para el divorcio entre Catalina y Enrique.

Entonces, de un sitio inesperado, llegó un destello de esperanza.

Los dos agentes principales de Enrique que habían estado trabajando asiduamente en el caso, su secretario Gardiner y su limosnero Fox, se alojaron por casualidad en la casa de un tal señor Cressy de Waltham Abbey, quien tenía dos hijos que habían estado en la universidad con un tal Thomas Cranmer, que se encontraba también allí de visita.

Cranmer era un hombre de unos cuarenta años que se había licenciado y doctorado con grandes distinciones, lo que le había permitido ser miembro de la junta de gobierno del Jesus College. Se había casado, cosa que podría haber acabado con su carrera en la universidad, pero, para que ésta no fuera indebidamente interrumpida, envió a su esposa a vivir en un albergue de Cambridge que regentaban unos parientes de ella. Allí solía ir a verla hasta que, alrededor de un año después de casarse, ella murió de parto. Posteriormente fue reelegido para su cargo de miembro de la junta. Así, sin estorbos, su carrera había progresado y en aquel momento era uno de los examinadores públicos de teología en la universidad. Era de esperar que, a la llegada de Gardiner y Fox, se entablaran animadas conversaciones, y el tema de más importancia en aquel momento para la gente era el del divorcio.

Pocos hombres sabían tanto acerca de aquel intrincado asunto como Gardiner y Fox. Cranmer escuchó lo que ellos tenían para contar.

—Habrá grandes dilaciones si el rey lleva este asunto ante las cortes de Roma —dijo Cranmer.

Yo podía imaginar la escena. Los dos hombres, que habían viajado por todas

partes y mantenido interminables conversaciones en la búsqueda de una solución, enfrentados a un tipo que no podía saber demasiado acerca del asunto.

—Lo que necesita el rey —prosiguió Cranmer—, es la suficiente garantía de que el matrimonio es inválido, a pesar de la dispensa. Entonces podrá adoptar la responsabilidad de volver a casarse inmediatamente. Debería, por tanto, pedir la opinión de los teólogos de las universidades y actuar en consecuencia.

Los dos agentes lo miraron incrédulos.

—¡Actuar contra el emperador!

—Según lo veo —dijo Cranmer—, el rey no necesita a Roma. Tan solo le hace falta la garantía de los teólogos de que su matrimonio es inválido.

—Tenéis una visión muy simple de un asunto muy complicado —dijo Fox.

—La solución de la mayoría de los problemas resulta ser simple cuando uno sabe de qué se trata —respondió Cranmer con una sonrisa.

Después de aquello, el tema fue aparentemente abandonado, pero tanto Gardiner como Fox meditaron sobre lo que había dicho Cranmer y se lo mencionaron al rey.

Al escuchar la teoría de Cranmer, Enrique quedó en silencio durante unos segundos y luego dio un puñetazo en la mesa.

—¡Por Dios! —gritó—. ¡Ese hombre ha dado en el clavo! —y luego se dirigió a Fox y Gardiner—: ¿Dónde está? Traedlo ante mí. Quiero verlo sin más demora.

En cuestión de horas, Thomas Cranmer estaba en Greenwich.

El rey habló con él durante mucho tiempo y su humor cambió para bien.

Cranmer adquirió gran importancia y entró al servicio de mi padre, donde se le dieron unos apartamentos muy cómodos. Debía escribir un tratado sobre el tema y regresar luego a Cambridge para dar una conferencia en la que convenciera a los eruditos teólogos para que dieran su voto en favor del rey.

Siguieron meses de preparación. Era necesario que no solo los teólogos de Inglaterra, sino los de toda Europa, dieran la respuesta esperada. Esto representó una gran cantidad de dinero para gastos de viajes y también sobornos y promesas de favores futuros.

Enrique trabajó durante todos aquellos meses. Estaba seguro de que ahora estábamos obrando en la dirección adecuada, pues, si podía obtener la aprobación de los teólogos, prescindiría de la del papa.

Finalmente, cuando tuvo reunida toda la información necesaria, convocó a la nobleza y al clero, para que sellaran el documento que iba a enviarle al papa.

Resultó asombroso que algunos de ellos tuvieran el coraje de negarse. Entre los líderes de la oposición estaban el obispo Fisher y sir Tomás Moro. Señalaron que, si el rey se casaba sin el consentimiento del papa, la sucesión estaría en peligro.

Si ellos no consentían, tronó Enrique, él hallaría otra forma de compensación.

Ellos se sintieron inquietos. Yo sabía lo que el rey tenía en mente. Había un hombre que se había hecho recientemente famoso, un tipo muy inteligente y mañoso, un hombre del pueblo al que el rey aborrecía de corazón en el ámbito personal pero que, debía admitirlo, tenía ideas inteligentes. Éste era, por supuesto, Thomas Cromwell, supuesto hijo de un herrero, que había llegado muy alto debido a su astucia. Aquel hombre había hecho una extraordinaria sugerencia que Enrique no podía olvidar. Ya que el papa no quería conceder lo que el rey deseaba, ¿por qué no se hacía Enrique a sí mismo cabeza de la Iglesia de Inglaterra, cosa que significaría poder hacer su voluntad en el asunto del divorcio, además de que conllevaría muchas otras ventajas? ¿Por qué esa obediencia al papa, a un extranjero? Resultaba obvio que Clemente se consideraba a sí mismo como el señor del rey. ¿No le había ordenado recientemente comparecer en Roma?

Enrique había estado obsesionado con la idea desde que la había oído; y ahora estaba indignado porque algunos miembros del clero y la nobleza se negaban a firmar su petición al papa. Decían que querían discutir el asunto.

—¡Dilaciones, dilaciones! —gritó—. ¡Discusiones! ¡Por la Santa Madre de Dios, ya he tenido bastante!

El rey sabía que el hablar de discutir el asunto no era más que otra de las tácticas dilatorias que empleaban como método aquellos que temían llevar el asunto a una conclusión.

Envió comisionados a las casas de todos aquellos que dudaban acerca de otorgar su firma y se les hizo saber que, si no firmaban, perderían el favor del rey.

En su momento aquel método produjo el resultado requerido y la petición fue entonces despachada en dirección a Roma, donde quedó abandonada durante algún tiempo.

Yo no podía comprender por qué Enrique y yo no podíamos casarnos, pues los teólogos habían declarado inválido el matrimonio con Catalina. ¿Por qué debíamos esperar la sanción del papa? ¿No se había hecho aquello precisamente

para no tener que contar con él?

Pero el temor de Enrique no estaba tan motivado por Clemente como por el emperador Carlos. Si debido a aquel asunto se veía envuelto en una guerra, perdería el amor de su pueblo.

Se hallaba desgarrado entre las inclinaciones del hombre y las del rey.

Así pues, la agotadora espera continuó.

Me estaba sintiendo muy cansada de todo aquello y a veces pensaba en Hever con añoranza. Pero ¿durante cuánto tiempo me haría feliz la paz del campo? Yo había probado el poder y quería el poder. Quería la adulación, la magnificencia y todos los atributos de la realeza. Aquella debía ser mi compensación por haber perdido el amor y el matrimonio que había planeado cuando estaba enamorada de Henry Percy. Al mirar hacia el pasado, creo que hacía algo excesivamente romántico de mi relación con aquel buen muchacho. La había convertido en un ideal. ¿Hubiese sido nuestro matrimonio, en caso de haberse realizado, como lo imaginaba? ¿No me hubiera cansado de aquel castillo barrido por el viento? ¿Hubiera hallado insípida la gentileza de Percy? Por otra parte, ante mí tenía ahora una magnificencia que, en aquellos días, nunca podría haber imaginado que era mía. El rey me adoraba y él me elevaría para ponerme a su lado. Yo era diferente de todas las demás mujeres de la corte y debido a eso tenía que ser reina de Inglaterra.

¡Qué tonto era soñar con los verdes prados de Hever! Lo que yo quería en realidad eran los paños de oro, los diamantes, los rubíes, el homenaje rendido al poder inherente al trono.

Era demasiado joven y descuidada. Pensaba entonces que, porque Norfolk y Suffolk me habían dado su apoyo, y habían sido mis más firmes partidarios junto con mi padre y mi hermano, eran verdaderos amigos míos.

¡Cómo pude haber sido tan estúpida, tan simple!

Lo que ellos habían planeado, ahora lo sé, era la caída de Wolsey, y habían advertido que yo podía serles de ayuda en esto. Ahora que Wolsey no podría volver a levantarse, mi utilidad para ellos había acabado.

El rey estaba de humor hosco; me estudiaba de forma especulativa y podía darme cuenta de que reprimía alguna emoción secreta.

Sentí una punzada de miedo. Muy a menudo había pensado que llegaría el día en que se cansaría de esperar, lo cual sería comprensible, pues en verdad me maravillaba aquella paciente fidelidad en un hombre de apetitos sexuales como los suyos. Había algo milagroso en ello; brujería por mi parte, pensaban algunos;

amor auténtico y respeto por la pureza, pensaban otros. Yo a veces me preguntaba si no se debía a que ya había dejado atrás su primera juventud. Enrique tenía entonces 39 años.

Ahora estaba seriamente molesto y disgustado conmigo.

—¿No se siente bien vuestra majestad? —pregunté.

—Nunca olvido a Wyatt y aquella placa vuestra —fue su réplica.

¡Wyatt! Pero hacía mucho tiempo que Wyatt estaba lejos de la corte. Lo había visto muy raramente desde que se fuera tras el incidente de la placa. Estaba llevando una vida aventurera y yo solo tenía noticias suyas a través de su hermana Mary. Había abandonado la corte papal, a la que había llegado con John Russell, y había viajado por Italia hasta Ferrara, Bolonia y Florencia, y luego hasta Venecia, donde tenía que llevar a cabo algún trabajo diplomático relacionado con Russell. Cuando viajaba de Venecia a Roma había sido capturado por las tropas del emperador, que habían pedido rescate por él. Sin embargo, el aventurero Wyatt escapó y volvió a Inglaterra, aunque por un tiempo muy breve. Enrique no quería que permaneciera en la corte, y se le otorgó el puesto de gran mariscal de Calais, donde paraba la mayor parte del tiempo.

—Pero os expliqué que él me arrebató la placa y se negó a devolvérmela —dije.

—Él tenía que estar en términos de amistad con vos para hacer algo así —replicó el rey.

—¡Qué disparate es éste! —Estaba asustada, así que pasé al ataque prescindiendo de la ceremonia con la que incluso yo debía dirigirme a él—. Los Wyatt fueron vecinos de mi familia, tanto en Kent como en Norfolk. Nos conocemos desde que éramos niños.

—Razón de más...

—¿Razón de más para qué?

Me tomó por los hombros y me miró directamente a la cara.

—Wyatt era vuestro amante —dijo.

—Se declaró a sí mismo enamorado de mí, si eso es lo que queréis decir. Muchos se han declarado así. ¿Por qué elegir a Wyatt?

—Decidme la verdad.

—La verdad es que nadie ha sido mi amante en el sentido que vos le dais a la palabra. Mi virtud es para mi esposo —vi que volvía a aflorar a su rostro la expresión calma, así que avivé más aún mi enojo—. Veo que tenéis dudas. Quizás habéis estado escuchando a aquellos que pretenden degradarme. No

permaneceré aquí para que así se me trate. Volveré a mi casa inmediatamente, pues no he de permanecer donde mi palabra es puesta en duda.

—Ana... Ana... sois demasiado impetuosa... tenéis el genio muy vivo...

—Y vos también lo tendríais, mi señor, si fueseis puesto en duda por aquel en quien habéis depositado toda vuestra confianza.

—La espera es demasiado larga —dijo él—. Me desquicia.

—Lo sé, lo sé. Pero tenemos ya el remedio. Los teólogos os han apoyado. Cromwell cree que os las podéis arreglar sin el papa, pero vos continuáis doblando la rodilla ante él y al mismo tiempo escuchando las calumnias que sobre mí se dicen. Y esto es algo que no toleraré.

—¿Era falsa esa historia de Wyatt? Pero él es un hombre atractivo y os he visto juntos.

—¿Qué queréis que haga? ¿Que le diga: «Marchaos, viejo amigo y vecino. El rey me ha prohibido hablar con vos»? No... no... Ya veo que esta espera os está cansando y buscáis excusas para libraros de mí. No hay necesidad, mi señor. Si no soy querida, estoy dispuesta a marcharme.

Me abrazó estrechamente. Podía dominarlo. Por dentro me sentía exultante mientras por fuera aparentaba enojo. Su amor hacia mí no sería destruido por los escándalos que mis enemigos trataban de poner en circulación.

—Os creo —me dijo—. Siempre os creeré. A veces es difícil aceptar que alguien tan hermosa... tan diferente de las demás...

—Tenéis que creerme, Enrique —dijo con firmeza—. Si no lo hacéis, deberé marcharme.

—Nunca jamás habléis de eso.

—Deberé... si deseáis deshaceros de mí.

—Por la Santa Madre de Dios, ¿habéis creído eso alguna vez?

—A veces no sé qué creer. Los teólogos han declarado inválido vuestro matrimonio y aun así vos esperáis. Tenéis miedo de Catalina.

—Su sobrino es el hombre más poderoso de Europa. No puedo arriesgarme a ofenderlo. ¡El papa! —dijo chasqueando los dedos—. El vacilante Clemente... oscilando con el viento... lo haré, no lo haré... ¿Qué me importa él?

—La nueva religión se origina en los errores de la Iglesia de Roma.

—No es la Iglesia en sí lo que cuestiono, sino a sus líderes.

—Pero los líderes son la Iglesia.

—No —dijo el rey—. Soy un cristiano tan ferviente como cualquier otro.

—Y podéis seguir siéndolo sin adheriros a la Iglesia de Roma. ¿Qué dijo

Cromwell? «¿Por qué no habríais de ser vos la cabeza de la Iglesia de Inglaterra?».

—Esos son asuntos de peso, Ana, y yo, por el momento, estoy más preocupado por lo que oí decir de vos y Wyatt.

—Quiero saber quién os dijo esa calumnia de mí.

—No debería decíroslo.

—Pero lo haréis, Enrique. Debo saber quién es el que hace correr mentiras acerca de mí.

—No debí haberos molestado. Baste que crea que el rumor es falso.

—No basta para mí. Debo saber los nombres de quienes dijeron eso de mí.

—No le creo a ese hombre.

—Así que fue un hombre.

—Dejadlo estar, Ana. Es a vos a quien creo. Es a vos a quien amo. Es a vos a quien convertiré en mi reina.

—Eso nunca podrá ser si no me creéis, y si rehusáis decirme el nombre del calumniador, sabré que no me creéis.

—Ana, si no hubiese sido alguien cercano a mí, alguien a quien amo como a un hermano, lo habría golpeado y amenazado con mi enojo.

¡Así pues, había sido alguien cercano a él! Mi corazón comenzó a latir rápidamente. No era simplemente algo que se rumoreaba en las calles. Alguien que ocupaba un alto cargo había venido a él de hecho para decírselo.

Era imperioso que conociera la identidad de aquel calumniador.

—Pero vos le creísteis...

—Solo hasta que vos me disteis garantía. Oh, Ana, cuánto ansiaba que me la dierais.

—Enrique —dije con seriedad—, nada podrá continuar como hasta ahora entre nosotros si no confiáis en mí. ¿Quién os lo dijo?

Él dudó durante unos momentos.

—Fue Suffolk —dijo luego.

¡Suffolk! El duque que, junto con Norfolk y mi padre, parecía ser mi más firme partidario. Su esposa había llegado a odiarme, a pesar de que había sido cordial conmigo mucho tiempo antes, en Francia. No podía olvidar que, una vez, yo había sido su dama de honor y que pronto, si todo marchaba bien, ocuparía un lugar más alto que el suyo. Ella solo era la hermana del rey; yo sería su reina. Ella, al menos, había mostrado abiertamente su resentimiento; él, el traidor, el taimado intrigante, había fingido apoyarme solo hasta que le ayudé a hacer caer

a Wolsey y ahora estaba intentando socavar mi terreno.

—¡Suffolk! —grité—. En ese caso debo sin duda abandonar la corte.

—Ciertamente no. No podéis marcharos.

—El duque de Suffolk es vuestro cuñado y uno de los mejores amigos de vuestra majestad. Sé cuánto os gusta su compañía y no puedo pedirlos que os privéis de ella; eso significa que deberéis privaros de la mía.

—Ana, hablaré con Suffolk. Le diré que estaba equivocado. Deberá disculparse.

Negué con la cabeza.

—No confío en él. Es un mentiroso. Piensa como su esposa, vuestra hermana, y le ofende mi presencia aquí. Será mejor para mí que me vaya. Pongamos fin a este asunto.

—¿Qué estáis diciendo, Ana?

—Digo que tenemos la aprobación de los teólogos y tenemos la solución de Cromwell, pero aún no nos podemos casar. Y vos prestáis oídos a las mentiras de vuestro querido amigo y cuñado, que sé que es mi enemigo y no cesará de verter veneno en vuestros oídos. No puedo permanecer en la corte mientras Suffolk esté aquí.

Él intentó aplacarme y entonces sentí mi poder sobre él. Tenía que demostrarle a Suffolk que no lo dejaría libre de castigo. Cuando el rey me abrazó, me mantuve distante.

—Debo marcharme —dije.

—No, no, adorada mía. Suffolk deberá marcharse. Será desterrado de la corte.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Hoy mismo.

Aquella era la victoria. Suffolk aprendería la lección.

Había salido triunfante, pero me sentía exhausta y muy inquieta.

Estaba rodeada de enemigos. Norfolk nunca había agradecido realmente el hecho de que yo trajera gloria a la familia. Parecía irónico que los Bolena, a quienes los Norfolk siempre habían despreciado, fueran los que obtuviesen tal favor del rey. Mi padre debía de ser por entonces uno de los hombres más ricos del país; George prosperaba; María permanecía en la oscuridad, pero en todo caso era solo por su causa y tal vez por su deseo; ella era diferente de todos

nosotros, carecía completamente de ambición. Los Suffolk eran ahora mis enemigos declarados. Tal vez tendría que haber sido más prudente con ellos. Después de todo, Charles Brandon había sido siempre, desde los primeros tiempos, uno de los mayores favoritos del rey, y no cabía duda de que Enrique quería a su hermana. Por todo ello, eran unos enemigos muy poderosos.

Era imposible mantener las noticias en secreto. Todo el país se enteró del veredicto de la corte eclesiástica e incluso corrieron rumores de que podría haber rotura de relaciones con Roma. La gente se había habituado durante siglos a las viejas tradiciones. A muchos no les gustaban los cambios, pero había otros que estaban imbuidos de las nuevas ideas. Pero esto era algo muy diferente. La propuesta no era que la religión cambiara en ningún sentido, sino solo que la cabeza de la Iglesia de Inglaterra debía ser el rey y no el papa.

Circulaban falsas versiones de lo que en realidad ocurría. Se decía que yo estaba en el centro de la controversia. Esto era cierto en un sentido, ya que, de no ser por mí, el problema no hubiera surgido, ¿o sí? En parte era debido a la obsesión que el rey tenía conmigo y a que yo me negaba a convertirme en su amante e insistía en el matrimonio; pero, por el otro lado, él necesitaba desesperadamente un heredero varón y estaba claro que Catalina no podía dárselo. Su queja constante era: «Necesito un heredero. El país lo necesita».

Si su esposa no hubiera sido la tía del emperador, el asunto hubiera estado resuelto mucho tiempo atrás.

Y ahora existía esta enorme controversia por la que me culpaban. Yo era una bruja. Yo era una hechicera. Yo era un emisario del diablo.

Si pudiera explicarles que al principio me habían arrastrado a este asunto en contra de mi voluntad... Me habían despojado de mi oportunidad para ser feliz y debido a eso me había vuelto ambiciosa.

Sin embargo, yo era el chivo expiatorio, lo cual podía resultar por momentos muy aterrador. Tenía miedo de cabalgar por las calles, porque me gritaban y me daban nombres impúdicos.

Una vez, cuando estaba cenando con el rey, entró un mensajero a toda prisa para decir que una muchedumbre se había reunido en la escalera a esperar que me marchase.

—Majestad, me parecen unos sanguinarios —dijo el hombre.

Enrique estaba enfadado. Odiaba profundamente aquellas demostraciones del pueblo. Yo tuve que salir precipitadamente y no tomar la barcaza. Resultó desconcertante.

Por todas partes se oía lo mismo:

—No queremos a ninguna *'Na Bulena*.

Pensé: «No podemos continuar así. Algo tiene que ocurrir muy pronto».

Yo tenía a mi familia y a unos pocos buenos amigos como Norris, Weston y Brereton. George era en quien podía confiar realmente. Mi padre estaba inquietándose, pues era consciente de las tormentas que se cernían sobre mí. Él había saboreado mucho el progreso y la forma en que el dinero afluía a sus arcas. No me estaba particularmente agradecido; era la tradición Bolena, creía él, que las hijas construyeran la fortuna familiar. Yo solo seguía esa tradición de una forma más espectacular que mis predecesoras.

Leía mucho y cada vez me interesaba más por las nuevas ideas. Siempre tenía un libro cerca para leerlo en mis ratos libres.

Un día hallé encima de la mesa un libro que no había visto antes. Era una especie de almanaque, un libro de profecías. Lo abrí. Había una stampa del rey. Él estaba de pie y, arrodillada a sus pies, estaba la reina. Ella se retorció las manos. Claramente intentaba representar el reciente proceso.

Volví la página y contuve el aliento de horror. Tenía la stampa de una mujer, y supe de inmediato a quién intentaba representar. Llevaba mangas anchas y colgantes; la sexta uña era visible aunque se la representaba en forma de un dedo de más. La mujer no tenía cabeza. La cabeza, indudablemente la mía, estaba en el suelo; el cabello era como serpientes negras y sobre este había una corona.

Aquello era una profecía, y a la manera de las mismas, se decía mediante una imagen. El significado era que, si alguna vez alcanzaba la corona, debería pagar por ella con mi cabeza.

Me sentí perturbada. Por supuesto, sabía de la enemistad que me rodeaba, pero que alguien hubiese llegado tan lejos me dejaba atónita.

Me recosté en el respaldo de mi asiento. Entró una de mis camareras, una joven agradable llamada Nan Saville, y la llamé.

—Nan —dije—. ¿Fuisteis vos quien puso este libro aquí?

Ella lo miró con asombro.

—No, milady, nunca lo había visto antes.

—Es un libro de profecías —le dije.

—Oh, ya conozco ese tipo de cosas, milady.

—No creo que conozcáis este. Miradlo. Aquí está el rey y aquí la reina retorciéndose las manos.

—El parecido es notable, milady.

Yo volví la página.

—¿Y éste?

Nan dejó escapar un breve grito y se llevó la mano a la boca para ahogarlo.

—Vos sabéis quién es ésta, Nan.

—Mi... milady. Eso... eso es... horrible.

—Sí, lo es, ¿verdad? Tiene la finalidad de advertirme.

—Oh, milady, si yo pensara que eso iba a ocurrir, no me casaría con él aunque fuera un emperador.

—No es más que un libro. Lleváoslo. Quemadlo. No se lo mostréis a nadie. No es más que una tontería. Nan, estoy decidida a casarme con él y mi descendencia será regia.

—Pero, milady... —Ella se tocó el cuello.

—Ocurra lo que ocurra, seré reina de Inglaterra.

No le mencioné el libro al rey, y me preguntaba si alguien se lo habría enseñado, aunque difícilmente sería posible, ya que en ese caso el editor y el impresor habrían sido llevados a juicio y probablemente perdido la mano derecha.

En tanto, Suffolk, perdonado por el rey, había regresado a la corte. Charles Brandon, el cuñado de Enrique, había sido compañero suyo durante mucho tiempo y se parecían en muchas cosas. El rey odiaba prescindir de la compañía de Suffolk y no podía permanecer demasiado tiempo en términos de enemistad con su amada hermana, así que no dije nada.

Me comporté con frialdad con Brandon e hice caso omiso de su intento de comportarse como si nada hubiese ocurrido.

Mi inquietud iba en aumento.

El cardenal era aún una sombra en mi cabeza. Sabía que, a la mínima oportunidad, Enrique lo rehabilitaría. Nunca volvería a tener el poder de antes ni recuperaría sus propiedades (al rey le gustaban demasiado el palacio de York y Hampton Court como para separarse de ellos), pero el afecto que Enrique sentía por el cardenal era profundo y él no lo olvidaba.

A pesar de que a veces el rey parecía ser infantil (como lo demostraba en esos juegos de encubrimiento que tanto le gustaban o al engañarse a sí mismo acerca de que lo que él quería creer era la verdad), era, como ya he dicho antes, un hombre de características conflictivas. Era romántico y sentimental; tenía algo de estudiante. Había gobernado su país con una sagacidad tal que había despertado la envidia de Francisco de Francia que, en la época del Campo del

Paño de Oro, había tendido a despreciarlo por su ingenuidad. Enrique era complejo y yo debía recordar que tenía un poder absoluto sobre sus súbditos. Si bien era cierto que debía considerar la voluntad de otros gobernantes, cosa que lo irritaba, era nuestro monarca.

En lo que concernía a las negociaciones por el todavía frustrado divorcio de Catalina, Enrique sabía que lo acontecido no había sido culpa de Wolsey, quien había querido la separación del rey de la reina, pero para favorecer un posterior matrimonio de alianza con Francia; y eso era razonable. Eran el papa y el emperador quienes habían provocado la frustración de Enrique, no Wolsey. El monarca recordaba el pasado y todo el bien que el cardenal le había hecho a él y al país.

La situación con respecto a Wolsey estaba, por tanto, cargada de peligro. Si alguna vez volvía, se acordaría de sus enemigos.

Así que era necesario completar la caída de Wolsey. Todos habíamos esperado que muriera en los primeros meses del año y habría sido así de no haber sido por la indulgencia del rey que le había dado tanto consuelo y por el doctor de Enrique que le había suministrado ayuda física.

Norfolk declaró haberle arrancado una confesión al médico italiano de Wolsey, el doctor Agustine, en la que decía que, al mismo tiempo que el cardenal estaba persuadiendo a Francisco de Francia para que le escribiera al papa en favor del divorcio, estaba apremiando a Clemente para que excomulgara a Enrique si se casaba con Ana Bolena.

Aquello era franca traición. Norfolk pretendía estar profundamente afectado por la revelación de Agustine; había hecho traer al médico a Londres de la forma más humillante, con las piernas atadas por debajo del caballo, como se transportaba a los prisioneros.

Sin embargo, cuando Agustine llegó a la residencia del duque, se le otorgaron habitaciones espaciosas y vivía allí con cierta comodidad.

Durante aquel año Wolsey había estado viajando por el norte y era inquietante oír que la gente salía a aclamarlo. Resultaba irónico que durante la época de prosperidad lo abominasen, lo llamaran *perro de carnicero* y lo culpasen por los impuestos que tenían que pagar y por los males del país; pero ahora, en la miseria, se había convertido en el gran cardenal.

Wolsey no alentaba al pueblo, pues sabía que eso no ayudaría a su causa y trataba de viajar lo más ligeramente posible. Pero el final estaba cerca y él tenía que saberlo, sobre todo cuando las revelaciones del doctor Agustine salieron a la

luz.

A Enrique le quedó una sola vía libre: Wolsey tendría que enfrentarse con un juicio por traición.

Estaba en Cawood, cerca de York, y desde allí lo llevarían a la Torre de Londres.

Tuve una idea. Alguien tenía que arrestar al cardenal, quien se hallaba en el norte. Qué irónico resultaría que el hombre que llevase a cabo la tarea fuese el conde de Northumberland a quien, algunos años antes, Wolsey había humillado y castigado por haber cometido la temeridad de enamorarse de una «joven tonta».

—Deseo que el conde de Northumberland lleve a cabo el arresto —dije, y el rey no opuso objeción alguna.

Me pregunté qué pensaría Henry Percy cuando se enfrentase con esta misión. A menudo pensaba en él, preguntándome cuánto habría cambiado. ¿Sería aún el joven amable y más bien ineficaz que había conocido?

A Northumberland no le gustó la tarea y deseó no haber sido elegido para llevarla a cabo. Él no era tan vengativo como yo; quizá no le importaba tanto que nuestro romance hubiese sido arruinado. Sin embargo, yo sabía que su matrimonio era desdichado. Habíamos culpado a Wolsey por lo que nos habían hecho, a pesar de que la separación había sido mandato del rey, cosa que me recordaba a mí misma una y otra vez.

Podía imaginar la escena. Me la describió Walter Walsh, un caballero de la cámara privada que había sido enviado al norte para acompañar a Northumberland en su misión.

El cardenal estaba cenando en el castillo de Cawood cuando fueron anunciados el conde de Northumberland y Walter Walsh.

Los visitantes fueron llevados al comedor donde Wolsey les reprochó que no le advirtiesen de su próxima llegada para que él pudiera honrarlos adecuadamente. Aparentemente, Northumberland tenía dificultades para hablar. La lengua no le respondía para poder pronunciar las palabras necesarias; siempre había sentido un miedo reverencial hacia el cardenal.

—Vos erais un joven impetuoso —dijo Wolsey.

¿Cómo se sentiría Northumberland en aquel momento, enfrentado al hombre que había arruinado su vida? Debió de recordarme; difícilmente habría tenido posibilidad de olvidarme, porque las habladurías de lo que ocurría en la corte tenían que haber llegado incluso al remoto norte. Puede que él hubiera tenido

sueños románticos. Era más probable que él los tuviera y no yo.

Sin embargo, parecía estar impasible, según me dijo Walsh, cuando se acercó al cardenal y le dijo:

—Milord, os arresto bajo el cargo de alta traición; debéis trasladaros a Londres lo antes posible.

Wolsey debió de haber sentido un miedo terrible, pues sabía que sería llevado a la Torre, de donde se salía para realizar una especie de viaje a Tower Hill, donde ponían la cabeza encima de un bloque.

Las piernas del cardenal fueron atadas a los estribos de la mula que conducía. Todos podían ver que era prisionero del rey.

La gente salía para aclamarlo a su paso.

Así, ovacionado, entró Wolsey en Leicester.

Durante el viaje su salud se deterioró rápidamente y comenzó a costarle sentarse en la mula. Quizá rezaba para no llegar nunca a su temido destino. Si lo hizo, sus rezos fueron oídos.

Cuando llegó a la abadía de Leicester, desfallecía tan rápidamente que, cuando la gente se apiñó en torno a él, dijo:

—He venido aquí para dejar mis huesos entre vosotros.

Inmediatamente fue llevado a la cama. Era noviembre y la niebla colgaba pesadamente del techo de su alcoba, aunque nada podía ser tan pesado como el corazón del cardenal.

Su vida tocaba a su fin. Toda magnificencia había desaparecido. Ya no viajaría en orgullosa procesión, vestido con sus gloriosos ropajes escarlata, con una naranja mechada con clavos de olor en la mano para no sentir el ofensivo olor del populacho, mientras ante él transportaban su capelo y el Gran Sello.

Los días de gloria se habían ido para siempre.

Wolsey llegó a Leicester el 26 de noviembre y falleció en la mañana del 29.

Sir William Kingston estaba con él y me contó cuánto había temido Wolsey al hacha y no por el dolor que le produciría a su cuerpo, sino porque significaría el fin de toda su grandeza. Había subido muy alto y debido a eso su caída era mucho mayor.

—Este caso está contra mí. Puedo ver cómo ha sido tramado. Pero, si hubiera servido a Dios con la misma diligencia con que serví al rey, Él no me hubiera abandonado en mis años de vejez.

Ésas fueron las palabras que le dirigió a Kingston y luego murió.

Cuando su muerte fue anunciada al rey, se metió en su habitación y se

encerró en ella con llave. No quería ver a nadie.

Estaba lleno de remordimientos. Oh, sí, Enrique había querido de verdad a Wolsey.

LA CONSUMACIÓN

Wolsey estaba muerto y así comenzaba un año más. ¿Podía haber algún final para nuestro problema? ¿Íbamos a continuar así para siempre? No podíamos. Teníamos que vencer pronto o fracasar del todo.

Cranmer, junto con Cromwell, nos habían traído una nueva esperanza, y era en dirección a Cromwell que yo volvía mis ojos. Era un hombre con una idea única y de ella dependía todo su futuro; con ella podía constituir los cimientos de su fortuna.

Era una idea atrevida y simple. La Iglesia de Inglaterra tenía que tener como cabeza natural a su rey.

Cromwell estaba influido por las teorías que comenzó Martín Lutero en Europa, destinadas a reformar la vieja religión y separarse de la influencia de Roma. Cromwell, sin embargo, no sugería un cambio de religión en Inglaterra, sino solo un cambio de líder, es decir, el rey en lugar del papa. Wolsey había sido un estadista brillante; había guiado con bien al rey a través de muchas aguas turbulentas; había fomentado la educación en el país; su política exterior había tenido éxito y le había ganado respeto, además de pensiones personales, junto con éste, de otros reyes además del suyo; pero se había convertido en cardenal y había mantenido a Inglaterra ligada al Vaticano.

El rey pasaba mucho tiempo con Cromwell, pero no conseguía que le gustase. Cromwell poseía una grosería natural que su refinamiento no podía superar; tenía unas manos grandes y feas; pero, si bien sus maneras toscas ofendían al rey, sus ideas le gustaban. Podía contestarle groseramente y él permanecía imperturbablemente servil. Cromwell perseguía una meta: él rompería con Roma y pondría al rey en la cima de la Iglesia de Inglaterra.

Enrique sería todopoderoso en Inglaterra, señalaba, libre de la dominación de la Iglesia a través de Roma. No más temores de incurrir en ofensa ni de amenazas de excomunión. ¿Qué podía sentir el cabeza de la Iglesia respecto a las vagas amenazas de alguien que carecía totalmente de importancia en su país? Tal

acción haría grande a Inglaterra y, más aún, sería un asunto simple para el rey casarse con quien quisiera. La autoridad del papa ya estaba siendo cuestionada en Alemania y Suiza. Nacería una nueva forma de la antigua religión y no estaría subordinada a Roma. El rey marcaría el camino y otros lo seguirían.

Pero Enrique no podía olvidar que él ostentaba el título de Defensor de la Fe y tenía que luchar con su conciencia.

—¿Me habría negado Clemente el divorcio de la reina Catalina, de no ser ella la tía del emperador? —preguntó.

La respuesta era, por supuesto, que no. De no haber sido por ese parentesco, el asunto hubiera sido resuelto cuatro años antes.

Pero, aun así, los meses pasaban en la indecisión, lo cual aumentaba mi irritación y descontento. ¿Por qué no podía Enrique seguir la sugerencia de Cromwell? ¿Por qué el rey tenía que inclinarse ante Roma?

Enrique declaraba que no era un asunto simple. Había muchas cosas que debían ser tomadas en consideración. Debía tener el apoyo del pueblo, por ejemplo.

—¿El pueblo? —grité yo—. ¿Qué sabe el pueblo?

—No faltarán los que se adhieran a Roma y esos representarán un peligro. Porque ni siquiera mis ministros me apoyan en su totalidad.

—¡Ese viejo tonto de Fisher!

—El hombre no es tonto, Ana. También tenemos a Warham y hasta Tomás Moro está en mi contra.

—¿Cómo osan oponerse al rey?

—Oh, Ana, no sé qué camino elegir.

Mi padre estaba tan desquiciado como yo. Temía que al rey lo apartaran de mí. El precio de mi reinado era demasiado alto. Warham era un hombre viejo y sus protestas no significarían demasiado, a pesar de lo cual él defendía las viejas tradiciones; y allí estaba Fisher, un hombre que se ponía de pie y decía lo que creía que era la verdad, sin importarle los problemas que esto acarrearía.

Un día ocurrió un desastre en la mesa de Fisher. Murieron doce miembros del personal de su casa; también resultó afectada una mendiga, pues, a mediodía, los palacios del obispo estaban abiertos a los hambrientos; entraban y se sentaban a la mesa en unos bancos especialmente dispuestos para ellos.

El obispo estaba sumergido en una profunda conversación con un amigo suyo y no probó la sopa. Pronto se descubrió que habían intentado envenenarlo.

Enrique estaba furioso. Aquella no era la manera de hacer las cosas. Fisher

tendría que ser coaccionado, amenazado tal vez, pero cualquier intento de envenenarlo, y menos uno tan torpe, no sería tolerado.

Inmediatamente promulgó una ley. Los envenenadores serían hervidos vivos.

La sopa fue analizada. Richard Rouse, el cocinero, fue llevado a declarar y confesó en el acto. No podía decir quién le había pagado tan bien por lo que había hecho; era un extraño y él desconocía su procedencia.

Las sospechas se dirigieron, por supuesto, hacia mí y toda mi parentela, a pesar de que éramos totalmente inocentes al respecto.

La muchedumbre se reunió en Smithfield para ver cómo se cumplía la sentencia. Me dijeron que los alaridos de Richard Rouse eran horripilantes.

El rey estaba molesto y hosco. Su inquietud iba en aumento y cada vez pensaba más en la posibilidad de romper con Roma. Se pusieron en vigor leyes muy estrictas contra el clero; y Enrique declaró públicamente que los sacerdotes eran ingleses solo a medias porque habían jurado obediencia al papa y no a su soberano. Pero los meses seguían pasando y no se llevaba a cabo ninguna acción.

Cuando Tomás Moro, alegando mala salud, renunció al Gran Sello, el rey de Inglaterra se molestó aún más. Moro era un hombre profundamente religioso y no quería verse involucrado en nuestras acciones contra Roma. Enrique no veía con mucho agrado perder el apoyo de un hombre tan respetado, un ser de gustos sencillos que vivía feliz en el seno de su devota familia. En una ocasión, Norfolk lo encontró en la capilla de su residencia de Chelsea, cantando en el coro familiar. Norfolk se lo había reprochado, diciéndole que deshonoraba al rey y a su cargo al comportarse como un cura párroco. La respuesta de Moro había sido desconcertante. Dijo que estaba sirviendo a Dios, el Señor del rey. Fue precisamente en esa época cuando renunció al Gran Sello, lo cual fue una clara indicación de sus pensamientos.

Al fin, algo cambió en nuestra situación.

En el palacio, yo era la concubina y Catalina, la reina. Todas las apariciones en público de Enrique debían hacerse en compañía de su esposa. Era algo que yo hallaba intolerable y el principal motivo de mis estallidos de temperamento.

Enrique estaba cada vez más ansioso por librarse de Catalina, pero si él se ausentaba por algunos días, ella le escribía, comportándose como si no hubiese ningún problema en su matrimonio. La estrategia de la reina era tolerar como una buena y paciente esposa a su marido. Ya llegaría el momento en que él se daría cuenta de su error y volvería a ella.

Sin embargo, el rey le pidió que se fuera del castillo de Windsor. Había un sitio que estaba entre las propiedades confiscadas a Wolsey, el *moor* de Hertfordshire. La reina debería fijar allí su residencia. Era una orden y ella no podía desobedecer sus instrucciones. La partida de Catalina me dio en la práctica el lugar de la reina de Inglaterra y sus habitaciones pasaron a ser las mías. La gente de la calle podía gritar sus insultos; en los círculos de la corte era diferente. Allí, la gente tenía que rendirme homenaje, ya que este gesto por parte de Enrique era muy significativo. Demostraba que su determinación era más fuerte que nunca.

—No esperaremos más —me dijo.

Yo sabía lo que eso significaba y tenía que tomar una decisión rápida. Este momento tenía que llegar tarde o temprano. El rey había hecho un gesto importante al alejar a Catalina de la corte, lo que equivalía a declarar que ella ya no era la reina, y si iba a serlo yo, ¿cómo podía negarle aquello que había estado buscando apasionadamente durante tanto tiempo?

Me sentía torturada por la decisión que tenía que adoptar. Yo no era una mujer esclavizada por la sensualidad y la consumación de mi amor con Enrique no era perentoria para mí. Tal vez la promiscuidad observada en la corte de Francia me produjo tal aversión al placer sexual. Lo cierto es que mi virginidad había sido mi fortaleza. ¿Qué pasaría si la perdía? Si hubise cedido hace tantos años en la rosalda de Hever a los requerimientos del rey, ¿dónde estaría ahora? Dejada a un lado como mi hermana María, de la que se hablaría como de *una grandissima ribalda*, forma en que Francisco de Francia se refería a ella. Así que me había hecho muy versada en el arte de la evasión. El Cielo sabía que había adquirido mucha práctica tanto en la corte de Francia como en mi relación con Enrique. Me gustaba saber que era deseada y aquel era mi placer.

Pero las cosas habían llegado al punto en que no había sitio para más vacilaciones y reticencias. Me perseguía un temor. ¿Qué ocurriría si me sometía y él no encontraba el resultado tan satisfactorio como había esperado? Durante cuatro años había suspirado solamente por mí. ¿Era yo tan diferente de las otras mujeres que él había conocido? Oh, yo sabía que lo era a la luz del día... Mis ropas, mis maneras, mis arranques de genio, mi intenso deleite en las alegrías momentáneas, mi habilidad para organizar entretenimientos inteligentes... sí, era diferente. ¿Y en las relaciones sexuales? Yo, una novicia sin demasiado entusiasmo por el juego, comparada con decanas en este arte como mi hermana María, ¿qué ventajas tendría? La experiencia hacía la perfección y en esta

materia carecía totalmente de ella. Él había soñado demasiado tiempo con poseerme. ¿Qué pasaría si yo no colmaba sus fantasías?

Existía otra posibilidad. Suponed que me quedaba embarazada. Aquello sería una espada de doble filo. Yo podría decirle: «Debéis casaros inmediatamente conmigo o nuestro hijo nacerá fuera del matrimonio», cosa que no podía ocurrir con el heredero al trono. Por otro lado, suponed que yo fuese estéril. Bueno, una mujer no podía esperar concebir inmediatamente, aunque era una posibilidad.

Aquel asunto estaba constantemente presente en mi mente y decidí que no podía esperar más. La oposición se estaba desmoronando. Cromwell y Cranmer habían dado en el clavo. Enrique estaba dispuesto a volverle la espalda al papa y al emperador y romper al mismo tiempo con la Iglesia de Roma.

Si había algún momento propicio, tenía que ser aquel.

Tenía que prepararme para la ocasión. Aquella sería una de las pruebas de mi vida y el éxito dependía en gran parte de la ropa que llevara. La vestimenta siempre me había afectado y me cambiaba el humor. Siempre pensaba que, independientemente de la tragedia que estuviese a punto de ocurrir, no sería completamente infeliz si llevaba un vestido que me levantara el ánimo, y que, no importaba lo feliz que me sintiese respecto a la vida, nunca lo sería completamente con un vestido vulgar y mal hecho.

Así pues, en esta ocasión mi ropa tendría una importancia capital.

Mi vestido de noche sería de satén negro forrado de tafetán del mismo color, al cual se le daría cuerpo con bocací forrado a su vez de terciopelo negro. Disfruté mucho diseñándolo y enseñándole los dibujos a Enrique. Él estaba ahora muy feliz, como un novio. Se mostraba afable con todo el mundo.

—No debéis revelar nuestro secreto —le decía y ambos nos echábamos a reír.

Incluso hablamos de mi coronación.

—Este Cromwell es un hombre de grandes ideas —me dijo—. Me siento bien dispuesto hacia él, y ojalá me gustara más. Siempre tengo ganas de abofetearlo... mas luego recuerdo lo útil que es.

Éramos como dos amantes planeando nuestra luna de miel cuando Enrique manifestó su deseo de visitar a Francisco de Francia.

—Él ha sido nuestro amigo durante todo este conflicto —me dijo.

Yo sabía que Francisco quería seducir a Enrique para apartarlo del emperador; era todo parte de la lucha por el poder. En cuanto a mí, me gustaba la idea de volver a la corte francesa.

El vestido de noche resultó muy costoso: 10 libras, 15 chelines y 8 peniques; llevaba una capa con el borde de terciopelo y forrado en satén de Brujas que costó casi tanto como el vestido de noche, más de 9 libras.

Era un traje extravagante para una ocasión muy especial y las cuentas fueron saldadas por el Tesoro. Necesitaba un guardarropa nuevo para ir a la corte de Francia.

Así pues, traté de no pensar en la noche y me entregué a los placeres de las discusiones con mis costureras, quienes me probaban trajes y hacían sugerencias. Presa de la turbación, en tanto, yo esperaba la noche señalada.

Teníamos que cenar juntos.

Yo llevaba puesto el vestido y la capa de noche. Había elegido acertadamente, a pesar de que había dudado respecto al negro debido a que era morena y el rojo era el color que me sentaba a la perfección. El corpiño de escote bajo que dejaba al descubierto tanta carne blanca, era atractivo.

Los ojos de Enrique no dejaban de observarme. Brillaban con algo más que lujuria. Él estaba de lo más atractivo aquella noche; tenía una actitud casi humilde, cualidad que se manifestaba extrañamente en el rey. Parecía más joven, con el aspecto que debía de tener cuando llegó al trono. Sentí afecto por él. Yo también estaba diferente. Había tomado una decisión. Ya no me torturaba la atemorizadora pregunta de si me atrevería o no a dar ese paso. Había cedido porque tenía la meta a la vista y aquel era el camino para llegar hasta ella.

Fue una discreta cena *à deux*; nos sirvieron dos camareros de pies silenciosos. No hubo ceremonia alguna. Podríamos no haber sido un rey y la que aspiraba a convertirse en su reina. Él se encendía mientras me hablaba del amor que sentía por mí, de cómo había cambiado su vida. Desde luego que la había cambiado y quizá también el curso de la historia del país. La actitud de Enrique era modesta y mostraba la felicidad que sentía por haberlo elegido y por haberme conservado virgen para él.

No respondí a eso. En realidad, yo había elegido una corona y él podía proporcionármela. Antes había escogido a Henry Percy y era Enrique quien me lo había arrebatado.

Pero en una noche como aquella no deseábamos hablar de cosas tristes; y el verlo así, tan diferente del arrogante rey de cuya ira Warham había dicho una vez que «era muerte», lo hizo caro a mis ojos.

Casi llegué a amarlo aquella noche. Me hubiese gustado hacer una prolongada sobremesa, pero él estaba impaciente y nos hallábamos solos.

Emergí del negro satén y fui hacia él.

Me había preparado para la furiosa embestida pasional, fruto de todos los sentimientos reprimidos durante los años de espera. Él se comportó de forma incoherente, murmurando palabras de amor. Respondí todo lo bien que pude (temiendo todo el tiempo debido a mi inexperiencia), lo cual constituía un papel nuevo para mí, como lo era para él el de amante humilde.

Me pareció que aquella noche estábamos ambos representando roles a los que nuestra naturaleza nos tenía desacostumbrados.

Nos quedamos tendidos en la oscuridad mientras entre nosotros se hacía el silencio. Me pregunté: «¿Qué estará pensando? ¿Por qué tanta agitación? ¿No es una mujer muy parecida a otra?». María lo había retenido durante mucho tiempo, pero mi hermana tenía poderes especiales. Había nacido para los juegos de cama. Yo no.

—Ana —me llegó su voz en medio de la oscuridad.

—¿Sí... Enrique? —susurré temerosa.

—Soy el hombre más feliz de la Tierra.

Me sentí invadida por oleadas de felicidad. No había fracasado.

—Entonces tengo que ser la más feliz de las mujeres —respondí.

—No ha habido jamás amor como éste —dijo él.

«No —pensé—, nunca un amor que haya resquebrajado los cimientos de la Iglesia y cambiado el rumbo de todo un país».

Las semanas siguientes fueron de felicidad absoluta. Enrique estaba encantado y parecía mucho más joven. Todo el mundo advirtió el cambio que se había producido en él. Ya no se sentía frustrado. Catalina estaba lejos de su vista y él había dejado de pensar en ella. Yo estaba allí, junto al rey; de hecho, él odiaba tenerme fuera de la vista. Mi espíritu se había aliviado enormemente. Me había rendido y aun así él me retenía a su lado, quizá con mayor convicción que antes.

Lo deleitaban mis extravagancias. Compré metros y metros de terciopelo rojo, el color que me sentaba mejor. Mis modistas estaban muy atareadas. Estaba siempre con él en las funciones de la corte y la gente comenzó a tratarme como si fuera la reina; me presentaban peticiones y me pedían que intercediera por esto o lo otro ante el rey. Todos sabían que lo que pidiera sería mío. El entusiasmo era una segunda naturaleza para Enrique y cuando quería algo lo

quería ferozmente. La tenacidad era otra de sus cualidades. En cuanto a la fidelidad, no estaba muy segura, pero haría todo lo que estuviera a mi alcance para que él mantuviera su jubiloso estado de ánimo. Quería tenerme siempre a su lado. Incluso cuando estaba sola, cabalgaba con gran pompa. Él me había regalado arneses especiales para mis caballos y mi silla era estilo francés, de terciopelo negro y ribeteada de oro. Lo que más le gustaba al rey, sin embargo, era que cabalgara en su caballo, sentada en un cojín de plumas.

Yo era la reina de todo menos de nombre y el pueblo hizo que me diera cuenta de la precariedad de mi situación.

¡Cómo me odiaba! La gente común, y no solo ellos, odia ver a los demás escalar posiciones, especialmente si esa subida es espectacular. Nunca olvidaré cómo aborrecieron a Wolsey cuando estaba en la cúspide de su esplendor, ni la conmiseración de que lo hicieron objeto cuando cayó. La compasión sugería una naturaleza bondadosa, pero el odio traicionaba la verdadera esencia del asunto y pronto llegué a la conclusión de que la envidia es el mayor de los siete pecados capitales, y que de él nacen los otros; la conmiseración ofrecida a los que como Wolsey han caído es, en el fondo, placer de verlos en tierra, a su propia altura.

Ahora yo probaría ese desprecio.

—No queremos a ninguna *'Na Bulena* —gritaban, intentando darle a mi nombre una nota plebeya.

Cómo los odiaba, con sus taimados rostros envidiosos y sus mentes estrechas. Aquello no era simpatía hacia Catalina; no era indignación provocada por la posición que yo ocupaba. Era simple envidia.

Hubiera hecho caso omiso de ellos de no haber sido por el inquietante efecto que esas expresiones producían en el rey.

Cromwell dijo que acabaría con aquello.

Él tenía espías por todas partes. Si oían un comentario adverso dirigido contra mí, la persona que lo hiciera se hallaría cargada de cadenas. Aquello no evitó que mucha gente se arriesgara al encarcelamiento.

Los más inquietantes de todos eran los curas. Ellos eran diferentes de la gente de la calle. Su gran ansiedad debía estar originada en la posición que ocupaban en la Iglesia. Había uno, el fraile Peto, que predicaba en Greenwich, y era uno de esos monjes voluntariosos que se ven a sí mismos en el papel de mártires, lo cual consideran como un camino para salvarse de las llamas del infierno mediante la realización de un gesto magnífico al final. Era franciscano e insistía en la denuncia del divorcio. El rey había sido mal aconsejado, decía. Le

ocurriría lo que a Acab y, cuando muriera, los perros lamerían su sangre.

¡Y todo aquello en presencia del rey!

La indulgencia de Enrique era asombrosa. Cromwell habría hecho meter al hombre aquel en la Torre y pronto le habría hecho emprender el corto trayecto hasta Tower Hill, pero el rey estaba de un humor dulce. El fraile al menos le había hablado abiertamente a la cara y no había hecho ninguna traicionera observación a sus espaldas como él temía que hacían muchos otros. Así pues, el fraile Peto fue enviado a Francia para que formase parte de una orden franciscana en aquel país. Aquella indulgencia no fue realmente prudente, porque más tarde volvió y continuó predicando, por lo que no hubo más alternativa que encarcelarlo.

Pero aquello no fue nada comparado con el caso de Griffiths. Lo que lo hacía aún más insólito era que ese tal Griffiths era un pariente lejano, pues se había casado con una hermana de mi madre. Siempre me ha sorprendido la crítica proveniente de mi propia familia. Uno hubiese pensado que tendríamos que haber cerrado filas, pero el resentimiento de los Howard hacia los Bolena ardía constantemente. Griffiths fue arrestado y llevado a la Torre, de la que no volvió a salir excepto para caminar hasta Tower Hill y poner la cabeza bajo el hacha.

Aquél fue un ejemplo que tuvo su efecto sobre los demás, pero el pueblo estaba siempre dispuesto a revolversse contra mí; por su parte, el clero no arreciaría su oposición hacia las nuevas leyes que iban a imponerse en el reino.

En la corte, donde me sentaba junto al rey, pocos eran los que se atrevían a manifestar su resentimiento, ya que eran aquellos que estaban más cerca del rey los que más tenían que temer. Era cierto que María, duquesa de Suffolk, había abandonado la corte por mi causa, pero no me importaba mucho, aunque me parecía asombroso que se comportara así, porque después de todo, ella se había casado con un plebeyo. Cuando pensaba en aquella joven brillante y en su pasión hacia Charles Brandon, apenas podía dar crédito al compartamiento que dirigía a mi persona. Ella había sentido una cierta afición hacia mí de una manera protectora. Había hecho a la pequeña Bolena depositaria de su confianza como a nadie. Por supuesto, ella había sido amiga de Catalina, así que ésa era la verdadera causa de su aversión.

Dudo de que alguien en Inglaterra haya tenido tantos enemigos como yo en esa época. Era vagamente consciente de la antipatía, pero procuraba que no me molestase demasiado. De haber sido más prudente, tendría que haberme sentido profundamente impresionada, horrorizada y sin duda alarmada por el rencor que

estaba engendrando a mi alrededor.

Un día el duque de Norfolk pidió verme, y me pregunté por qué habría venido. Frente a él, actuaba con cautela, porque sospechaba que, al igual que Suffolk, me había utilizado para que lo ayudara a desacreditar a Wolsey y que ambos trabajarían en mi contra ante el rey ante la menor oportunidad.

Norfolk tenía una nota que había sido escrita por la condesa de Northumberland y enviada a su padre, el conde de Shrewsbury. El conde se la había entregado al duque, quien creía que yo debía verla.

¿Qué podía tener la esposa de Henry Percy que decirle a su padre que tuviera algún interés para mí?

La abrí y, cuando la leí, me puse a temblar de consternación.

Le había escrito a su padre para contarle que su esposo, Henry Percy, había admitido ante ella que, cuando estaba al servicio del cardenal y yo era dama de honor de la reina, había hecho un precontrato matrimonial conmigo.

Levanté los ojos del papel para mirar a Norfolk. Él sonreía sardónicamente, completamente consciente del contenido de la carta.

—Pensé, lady Ana —dijo—, que desearíais dedicarle alguna consideración al asunto.

—No tiene ninguna importancia —mentí—, pero deberé enseñársela al rey.

Él hizo una reverencia y se retiró.

Permanecí sentada leyendo y releendo la carta. ¡Cuánto tenía que odiarme aquella mujer! Su matrimonio había sido un fracaso desde el principio. Henry Percy hubiera sido un esposo fiel a mi lado. Me pregunté si él todavía pensaba en mí y me sentí segura de que así era. El deseo de venganza de Mary Talbot tenía evidentemente que ver con ello. Con cuánta reticencia se había casado él con ella, cosa que no ignoraba.

Ahora ella tenía que haberse enterado del brillante matrimonio que me aguardaba. Henry Percy también. ¿Y qué estaría pensando ahora? En lo que podría haber sido, juraría, con cierta nostalgia, como lo hacía yo a veces cuando me sentía frustrada y pensaba que nada bueno resultaría de mi relación con el rey.

Esa pequeña Mary Talbot, que había tenido la desgracia de casarse con un hombre que estaba enamorado de otra, tenía ahora una oportunidad de venganza y no la dejaría pasar.

Cuando ocurrían aquellas cosas, uno siempre pensaba en los precedentes. No hacía tanto tiempo que Ricardo III se había declarado a sí mismo rey a causa del

precontrato matrimonial de su hermano con Eleanor Butler, antes de que se casara con Elizabeth Woodville, convirtiendo así en ilegítimos a los dos niños pequeños que habían muerto en la Torre de forma tan misteriosa. Si se demostraba que aquel precontrato con Henry Percy era válido, mi descendencia concebida con el rey podía ser declarada bastarda.

Debía exponer el asunto ante Enrique sin más dilación.

Fui a su encuentro y su rostro se iluminó a la vista de mi persona; luego él notó mi inquietud.

—Norfolk acaba de entregarme esto —le dije.

Él leyó la carta de Mary Talbot.

—¡Dios mío, esto no debe ocurrir! —gritó.

Me miró interrogativamente.

—No hubo ningún precontrato firmado —dije—. Vos sabéis muy bien que, cuando yo estaba en la corte, conocí a Northumberland y que entre nosotros hubo conversaciones de matrimonio. Nunca fui más allá de eso. Fuisteis vos quien lo organizó todo para que Wolsey nos separara.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. En ese caso no hubo precontrato alguno.

—En una época pensamos que podríamos casarnos, lo cual muy bien podríamos haber hecho si no nos lo hubiesen impedido.

—Le daré inmediatamente esto a Cromwell. No podemos dejarlo pasar, pues Norfolk sabe de ello... y también Shrewsbury, por supuesto.

—Vos creéis que esto impedirá nuestro matrimonio.

—Adorada mía —dijo Enrique sonriendo—, nada en el mundo impedirá nuestro matrimonio. El pícaro Cromwell lo solucionará.

Y así lo hizo Cromwell.

Percy fue citado a comparecer ante el arzobispo de Canterbury y el Consejo Privado.

Sabía que podía confiar en él, pues me había amado profundamente, y creo que nunca me olvidó. Él sabría que tenía que casarme con el rey después de todo lo que había ocurrido entre nosotros. La lealtad era una de las virtudes de Henry. Admitió que nos habíamos conocido en la corte y que había existido una atracción entre nosotros, pero que nunca había existido un precontrato. No sé si había sido amenazado por Cromwell, pero prefiero pensar que dijo aquello por amor a mí.

Así pues, aquella era otra derrota para mis enemigos. El rey creía, tal y como estaba decidido a hacerlo, que Northumberland decía la verdad; por tanto, el

resto del consejo también debía creerlo.

Aquel pequeño asunto estaba solucionado y no hacía falta molestarnos más por él.

Enrique se sintió aliviado y no podía hablar de otra cosa más que de nuestra próxima visita a Francia.

Francisco había sido un buen amigo nuestro durante todas las problemáticas negociaciones del divorcio y no alcanzaba a darme cuenta de sus verdaderas motivaciones. ¿Era debido a que en el fondo él era un romántico? Difícilmente. Él quería establecer una alianza contra el emperador. Aquella era la respuesta, pero no podíamos permitirnos hacer caso omiso de un aliado tan poderoso.

Francisco esperaba la visita con ansiedad. Enrique y yo viajaríamos juntos y yo sería recibida en Francia como su reina. El acontecimiento sería de lo más placentero para mí.

—Hay una cuestión —dijo Enrique—. Vos sois meramente lady Ana Rochford, lo cual no es un rango muy elevado para la exaltada posición que vais a ocupar. Por este motivo he decidido hacer un cambio.

Lo miré expectante y él me besó.

—Voy a haceros par.

Sentí un vértigo de placer.

—Seréis la marquesa de Pembroke. Es un título al que tengo gran estima porque el último que lo ostentó fue mi tío, Jasper Tudor. Os relaciona con mi familia.

—¿Creéis que esto será aprobado por los nobles?

Habló de forma casi altanera.

—Ése es mi deseo.

Por supuesto, me sentía encantada. Era un gran honor que me colocaría por encima de aquellos que se sentían ofendidos por tener que rendirme su respeto.

¡Marquesa de Pembroke! ¡Un título, y qué título, mío por derecho propio!

Enrique anunció que la razón para conferirme este honor era que un monarca debía rodear su trono de lo más valioso de ambos sexos y así, con el consentimiento de la nobleza del reino (no agregó que ninguno de ellos podía atreverse a negar su consentimiento), él haría a su prima Ana Rochford, hija de su muy querido primo el conde de Wiltshire, marquesa de Pembroke. Luego agregó lo más importante: al ponerme el manto y la corona, estaba invistiendo al futuro heredero varón con el nombre y el título.

Aquello era precaución. Si por alguna endemoniada razón no se llevaba a

cabo mi casamiento con el rey, el niño de ambos tendría asegurado un título de nobleza.

Era evidente que el rey deseaba hacerme un gran honor y mostrarles a todos que yo era el ser más querido de la corte para él. Fui la primera mujer convertida en par en Inglaterra.

Todo parecía melodioso aquella mañana de septiembre, veraniega aunque con un toque de otoño en el aire. El rey estaba sentado en la sala de audiencias del castillo de Windsor, rodeado por muchos de sus pares, incluidos Norfolk, Suffolk, mi padre y el embajador francés.

Me habían vestido con un ropón de color rojo ribeteado de armiño, de mangas cortas. Llevaba el pelo como mejor me quedaba, suelto y caído sobre los hombros, y era conducida por un grupo de damas y caballeros, a la cabeza de los cuales marchaba el rey de armas, el *Garter King at Arms*. Mi prima Mary Howard, hija del duque de Norfolk, llevaba el manto de ceremonia y la corona de oro. Me acerqué lentamente al rey caminando entre las condesas de Rutland y Sussex y me arrodillé.

Gardiner leyó la carta de privilegio y el rey tomó el manto de ceremonia de manos de Mary, lo puso sobre mis hombros con amoroso gesto y luego colocó la corona en mi cabeza.

Ya era una noble; la marquesa de Pembroke. Aquél fue un momento victorioso para mí.

Enrique me entregó otra carta que me hacía beneficiaria de mil libras esterlinas al año durante toda la vida.

Me sentía muy feliz cuando las trompetas anunciaron mi partida de la sala de audiencias.

En mis habitaciones había regalos de Enrique, algunas exquisitas miniaturas, obra de su pintor favorito, Holbein; a éstas las hacían aún más valiosas las joyas que las rodeaban. Eran hermosas y podían llevarse como medallones. El rey estaba decidido a que todos supieran de su amor hacia mí. Ahora tenía un paje que me llevaba la cola del vestido y damas de honor, todas nobles, exactamente igual que si ya fuera la reina. El coste tan solo de mi traje para la ceremonia había sido de más de 30 libras esterlinas, el cual el rey había pagado alegremente de su dinero para gastos personales.

No tenía nada que temer.

Luego nos pusimos a planear el viaje a Francia.

Francisco había sido muy cordial y nos había deleitado a ambos

sugiriéndonos que nos casáramos mientras estuviéramos en su corte. Era una perspectiva estimulante, puesto que sería como proclamar ante el mundo que el rey de Francia estaba de parte nuestra. Siempre nos había manifestado mucha simpatía y comprensión y yo era lo suficientemente vanidosa como para creer que yo aún le gustaba. Ciertamente, había puesto sobre mí unos ojos lujuriosos cuando estaba en su corte y yo imaginaba que pensaba en mí con cierto respeto porque lo había rechazado. Así pues, la próxima visita sería de gran importancia para Enrique y para mí, ya que planeábamos seguir el consejo de Francisco y, al volver a Inglaterra, nuestro matrimonio sería un *fait accompli*.

Así que allí estaba, en la cima de mis sueños, a punto de acabar con la posición anómala en la que había estado durante tanto tiempo, cerca de convertirme en reina de Inglaterra.

Por el momento, me sentía encantada con mi eminencia, pero pronto estaría en el sitio al que hacía tanto que aspiraba. Quizá me volví un poco altanera y asumí aires de realeza. Enrique no puso objeción alguna a mi nueva actitud y de hecho me alentó a que siguiera en ese tono. Ahora sentía que podía dominarlo todo... incluso a él.

Estaba preparándome un guardarropa nuevo para la visita a Francia. Me traían terciopelos y sedas y yo diseñaba vestidos con el mayor de los deleites.

Durante aquella época me sentí realmente feliz. Había dejado de mirar con nostalgia hacia el pasado y lo que podría haber sido. Nunca podía haber habido para mí un futuro más glorioso que ése con el que ahora me enfrentaba.

Hubo una o dos cosas irritantes. Enrique exigió que Catalina renunciara a sus joyas. A pesar de que, como reina de Inglaterra, ella las había llevado durante años, no le pertenecían, sino que eran propiedad de la corona. Enrique dijo que, ahora que Dios le había demostrado que el matrimonio no era auténtico, las joyas debían ser devueltas.

El hecho era que él quería que yo las llevara durante la visita a Francia y después de mi boda pasarían a mi poder.

Catalina, indignada, rehusó devolverlas. Ella no iba a entregar semejantes joyas para que adornaran a la persona que era el escándalo de toda la cristiandad, declaró, y cuya sola presencia en la corte atraía la ignominia sobre la corona.

Catalina podía ser muy osada y siempre estaba la sombra del emperador detrás de ella, razón por la cual, aunque podía ser insultada, ni siquiera el rey se atrevía a dañarla físicamente.

Pero el emperador estaba lejos y el rey era supremo en Inglaterra y prometía

serlo más de lo que lo había sido nunca antes.

Él ordenó entregar las joyas y envió mensajeros a recogerlas.

Fue maravilloso tenerlas, aunque lamenté que tuvieran que serle arrancadas a Catalina por la fuerza.

Y luego vino el episodio con la duquesa de Suffolk. Como exreina de Francia podría haber renovado muchos antiguos conocimientos, pues Enrique deseaba que nos acompañara. Ella siempre había sido testaruda y el rey le prodigaba, por supuesto, privilegios especiales, pues siempre pensaba en ella como en su pequeña hermana María. Ella se había casado con Suffolk y había vencido el enojo de su hermano y ahora se negaba resueltamente a venir con nosotros a Francia.

Eso era debido, por supuesto, a que iba yo. Si Catalina hubiese estado en mi lugar, María se hubiese unido encantada a la partida.

No sabía qué pensar: si él debía ordenarle que viniera, lo que hubiera resultado de lo más fastidioso porque ella estaría muy desagradable y de eso estaba segura o si debía ceder y aceptar su negativa, lo que representaba un insulto para mí. En ninguno de los casos era una situación muy agradable pero, realmente, sí representaba, como ya he dicho, una irritación menor.

Por otro lado estaba el mismo Suffolk. Enrique estaba realmente enojado con él. Debido a su duradera amistad con Enrique y al parentesco que tenían, el duque había cometido la temeridad de sugerir que aquel viaje no era una buena idea.

Podía imaginar sus comentarios. Enrique llevaría consigo a una mujer que no era su esposa y la luciría como a la reina en una visita a un Estado extranjero. Aquello era un error, aunque Francisco de Francia hubiese enviado mensajeros para expresar su deleite.

Enrique estaba furioso.

Como resultado de aquello, Suffolk había sido despedido de la corte, no para permanecer en el exilio, sino para prepararse sin demora para el viaje; como este iba a ser muy costoso, Suffolk estaba lejos de sentirse feliz y su esposa insistió en quedarse en Inglaterra.

A pesar de que Francisco había acogido el plan con gran entusiasmo, la visita tenía un lado menos placentero. El rey iría a recibirnos a Boulogne Sur Mer, pero no lo acompañaría ninguna de las damas de su corte.

Por supuesto, la persona importante era Francisco.

—Estaremos mejor sin las damas —dijo Enrique, pero aquello naturalmente

significaba que habría ocasiones en las que yo no podría estar presente.

Tenía que recordarme a mí misma que aquella era probablemente la primera vez que un rey llevaba consigo a una mujer que no era su esposa a una visita que se suponía oficial.

—En cualquier caso —agregó—, no deseo encontrarme con la reina de Francia.

Se refería a Leonor de Austria, hermana del emperador Carlos y, por tanto, sobrina de Catalina.

—Antes me encontraría con el diablo que con una dama con vestido español —dijo.

A pesar de aquellos contratiempos, los planes progresaban. Había una gran cantidad de recelos de los que no podía evitar darme cuenta. Era un acto osado el de llevarme consigo en una ocasión como aquella antes de que hubiese tenido lugar una ceremonia matrimonial. Era cierto que era ahora par con uno de los más altos títulos del país, pero también era clara mi impopularidad entre el pueblo.

Sin embargo, yo era feliz y también lo era Enrique. No podía soportar marcharse de mi lado; envió al séquito delante camino de Dover, para que pudiéramos estar solos o casi solos. Nos alojamos en casa de Thomas Cheyney, que siempre fue un buen amigo para mí, y Enrique insistió en que no debía haber ninguna ceremonia y en que debíamos vivir sencillamente durante algunos días. Así lo hicimos, cabalgando juntos... comiendo solos... y viviendo lejos de la gente... de forma privada. Me sorprendió darme cuenta de cuánto disfrutamos ambos de ello. Estaba comenzando a amarlo, pues es difícil para una mujer de mi naturaleza no querer a alguien que muestra un afecto tan grande por ella.

El amor cambiaba a Enrique; era a la vez ardiente y agradecido; lo convertía en un hombre diferente y esa persona me gustaba más que el poderoso rey; o era quizá que disfrutaba viendo al poderoso rey reducido a humilde amante. Era difícil pensar en Enrique sin su realeza, pues se había convertido en una parte de él y resultaba muy atractivo ver que podía dejarla a un lado.

Dijo que nunca en su vida había sido tan feliz como durante aquellos días que pasamos separados del resto de la compañía y cuánto placer le proporcionaba el contemplar el futuro y saber que muy poco tiempo después estaríamos casados.

Desafortunadamente, no podíamos vivir para siempre en nuestro paraíso selvático. Teníamos que continuar camino a Dover.

Mientras cabalgábamos hacia nuestro destino, advertía el aspecto de la gente del pueblo, que era más hosco que injurioso. No aprobaban la visita a Francia y mucho menos que yo fuera la compañía del rey en semejante acontecimiento oficial.

Hubo una plaga en algunas de las aldehuelas de la ruta sureste. Una señal, decía la gente. Hubo toda clase de presagios. La gente tenía sueños; algunos vieron una luz en el cielo, un cometa, tal vez. Pero lo más probable era que lo hubiese conjurado la imaginación de alguien. Otro había visto una extraña criatura en el mar. Parecía un pez pero no lo era, pues tenía cara de hombre. No tengo ni idea acerca de cuál era su propósito, excepto que se trataba de alguna horrenda advertencia debida a nuestras malas acciones. Y todas aquellas señales significaban que Dios no estaba contento con un rey que dejaba a un lado a su esposa y lucía a su concubina en la corte de Francia.

Llegado el momento, nos embarcamos rumbo a Calais. Realizamos una travesía muy buena a pesar de los malos augurios que nos habían dedicado. La ciudad estaba *en fête*, dispuesta a darnos una gran bienvenida. La gente se había reunido para vitorearnos en nuestro camino a la iglesia de San Nicolás, donde se celebró una misa y dimos gracias por haber realizado la travesía sanos y salvos. Después se nos escoltó hasta el alojamiento que se nos había preparado, donde estaba ya instalado el enorme lecho con el mobiliario de Enrique que habíamos traído con nosotros.

Aquellos fueron días maravillosos. Enrique y yo estábamos juntos la mayor parte del tiempo; él hallaba gran placer en cabalgar conmigo por la ciudad, donde la gente me aclamaba. ¡Cuán diferente era aquello de la acogida que me dispensaba la gente en mi país! Quizá las noticias no habían llegado a Calais o tal vez estaban tan contentos de tenernos allí, con nuestras ceremonias para animar sus días, que me aceptaban a mí como parte del todo.

Fue maravilloso volver a ver a Thomas Wyatt. Estaba más guapo que nunca y encantado de verme de tan buen ánimo.

—¿Aún recordáis aquellos días de Hever? —me preguntó.

—Esos días nunca serán olvidados —le respondí.

—Me regocijo en vuestra buena suerte, pero es mala suerte para mí.

—¿Cómo es así?

—Porque para mí estáis perdida para siempre.

—Thomas —le dije con seriedad—, no debe haber ese tipo de conversación entre nosotros.

—En verdad que no. ¡Ved lo que me costó tiempo ha! Aún guardo vuestra placa.

—En ese caso, no dejéis que nadie la vea.

—Tal fue la causa de los reales celos.

—Thomas, no deben volver a despertar.

—¡Ana! ¡Reina Ana! Bueno, vos fuisteis hecha para la distinción.

—También vos, Thomas.

—Vos seréis recordada como la reina. Yo, quizá como poeta.

En aquellos días escribió un poema encantador para mí. Siempre lo he recordado.

*No olvidéis aún mi afanoso intento
de una verdad tal como el mundo es cierto,
mi gran afán de feliz empeño,
no lo olvidéis.*

*No olvidéis aún, ¡oh!, no olvidéis, señora,
cuán lejos ha estado y más está ahora
este amor inolvidable que mi alma añora,
no lo olvidéis.*

*No olvidéis ahora al que por bueno disteis vos,
el que tan constantemente os profesó su amor
de una tal fidelidad que hasta hoy jamás mudó,
no lo olvidéis.*

No pude evitar sentirme muy complacida porque un hombre como Wyatt me hubiese amado durante tanto tiempo. Aun así, sentía algo de miedo por él, porque era muy impetuoso, aunque tal vez se hubiera hecho más prudente a aquellas alturas. Él sabía lo que significaba ofender al rey.

Enrique parecía haber olvidado el incidente de la placa y la calumnia que Suffolk había levantado contra Wyatt y contra mí. Ahora que éramos amantes, estaba satisfecho. Me las había arreglado para convencerlo de que la pasión que sentía por él estaba a la altura de la que él sentía por mí; y si me extasiaba menos sexualmente que mi hermana María, él lo consideraba una prueba de mi naturaleza más refinada.

Para él, yo era perfecta en aquellos días. Por otra parte, con la aprobación del rey Francisco, estaríamos casados muy pronto. Entonces su conciencia estaría tranquila, pues Cromwell y Cranmer estaban trabajando sin descanso para

demostrar que su matrimonio con Catalina no era tal; pronto él y yo estaríamos juntos sin tener que hacer frente a las ocasionales punzadas, muy ocasionales ahora, de esa irritante conciencia que tanto lo torturaba.

Tras una semana en Calais, durante la cual se hicieron los preparativos para recibir al rey francés, Enrique salió a caballo para encontrarse con Francisco en Boulogne. Se había decidido, después de considerarlo cuidadosamente, que sería mejor que yo no lo acompañara, ya que nos habían advertido que las damas de la corte francesa no estarían con el rey de Francia. Aquello no me gustó, pero lo comprendía. Hasta que estuviera casada con Enrique, no se me podía tratar como a su reina en las ceremonias oficiales y, al igual que el monarca, no sentía ningún deseo de encontrarme con la reina francesa, pues, al ser la sobrina de Catalina, ello hubiera dado lugar a una situación muy violenta. Sin embargo, todo aquello acabaría pronto, porque Enrique había decidido que nuestra boda tendría lugar en una semana y significaría mucho para nosotros si Francisco asistía como invitado a la ceremonia.

Entre tanto, permanecí en Calais. Había organizado varias mascaradas que deseaba que fuesen consideradas ingeniosas, divertidas y elegantes, incluso para el gusto francés. Wyatt estaba presente y escribiría algunos de sus versos, por los cuales todos tendrían que admitir que era un poeta de calidad.

Enrique no había ahorrado gastos para decorar la sala de banquetes del castillo, donde colgaban tisúes de plata y oro con los bordes tachonados de brillantes gemas y perlas. Los servicios eran todos de oro. Sería algo muy elaborado y digno de nuestro huésped, el rey de Francia.

Aguardaba impaciente la llegada de ambos. Entonces tendría lugar la tan importante ceremonia y mis temores habrían tocado a su fin. Iba a volver a Inglaterra como reina.

El encuentro de los dos reyes había sido, según me dijeron, un acontecimiento brillante. ¿Se habrían acordado de aquel otro encuentro en Guînes y Ardres? En Boulogne, Enrique y Francisco se abrazaron cordialmente como si nunca hubiera existido enemistad entre ellos. El rey de Francia había organizado en Boulogne entretenimientos para el rey de Inglaterra, pero yo sabía que él estaría impaciente por volver a mi lado.

A su debido tiempo, ambos reyes llegaron a Calais.

Fui saludada con suprema afabilidad por Francisco. Pronto abandonó la ceremonia y me dijo que estaba aún más hermosa de lo que él recordaba. Difícilmente podía decir lo mismo de él sin faltar a la verdad. Demasiadas cosas

le habían ocurrido al monarca francés desde aquellos tempranos días de su reinado. Los años de prisión en Madrid, donde casi había perdido la vida, se habían cobrado su tributo. Parecía destruido. De todos modos, Francisco poseía un atractivo innato y sus maneras graciosas y su encanto natural todavía eran atributos reconocibles en su persona.

Habría un banquete en la sala espléndidamente decorada, antes del cual tuve la oportunidad de estar a solas con Enrique.

Me besó apasionadamente y me dijo que la separación le había parecido larga, aunque pude darme cuenta de que estaba profundamente preocupado por algo. Como pronto tendría lugar nuestra boda, sentí un estremecimiento de alarma. Y bien podía sentirlo.

No había pasado demasiado tiempo antes de que él me lo estuviera contando todo al respecto.

La ceremonia matrimonial que habíamos estado planeando no podría celebrarse. Francisco, que nos había alentado a casarnos en Francia y regresar a Inglaterra con los hechos ya consumados, era ahora de una opinión diferente.

El emperador Carlos había derrotado a los turcos y ya no representaban una amenaza para él. Eso significaba que estaría libre para volver su atención hacia otro sitio y podíamos presumir que sería Francia.

En tales circunstancias, Francisco no podía dar su aprobación pública a nuestro matrimonio, aunque esperaba que continuaríamos considerándolo como nuestro buen amigo.

—Así pues —dije—, no habrá matrimonio.

—Aquí, no. Tendremos que posponerlo... pero solo por poco tiempo.

Estaba enfadada. Una vez más me enfrentaba a la frustración. Había sido tal mi confianza en que todo saldría bien y en que estaría segura dentro de pocos días, que ver que me la arrebataban, justo cuando estaba a punto de llegar y casarme, era más de lo que podía soportar.

—¡Cómo se atreve! —grité.

—Adorada mía, tiene buenas razones. Es cierto que, si nos diera su pública bendición, el emperador se vengaría. Debemos ver su punto de vista, amada mía.

—Nos ha engañado.

—No... no. Es el rey de Francia de quien habláis.

—Los reyes no me importan.

Él levantó las cejas y se puso serio.

—Confío en que —comentó en un tono ligeramente frío— haya un rey que

sí os importe...

Me arrojé a sus brazos. Era muy paciente conmigo, cosa que me maravillaba. Me acarició el cabello.

—No debéis angustiaros —me dijo—. Es una decepción amarga, pero no es la primera que hemos tenido, ¿no? Lo superaremos. Quizá será mejor que nos casemos en nuestro país. Sin duda habría alguien que cuestionaría su legalidad si la ceremonia se celebrase aquí.

Había algo de verdad en eso y me dejé apaciguar.

Debía olvidar el rencor y prepararme para los entretenimientos que íbamos a ofrecer.

Yo había organizado, con la ayuda de Wyatt y algunos otros, una mascarada espléndida; y Enrique tenía razón acerca de que no debía demostrar mi animosidad hacia Francisco. Me recordó amablemente que ahora estaba tratando con un hombre poderoso y tendría que ser particularmente amable con él. Así pues, calmé mi irritación.

El banquete tuvo lugar en aquel salón espléndidamente decorado. La comida fue servida de una forma única, al estilo francés para Francisco y al inglés para Enrique. La comida se desarrolló en tres etapas; en la primera se sirvieron cuarenta platos, en la segunda sesenta y en la tercera setenta. Francisco confesó su asombro y regocijo.

Mis damas no estuvieron presentes en la cena, debido a la ausencia de sus pares de la corte francesa. Tal vez eso hubiera tenido que hacerme dudar de su sinceridad, ya que él podría haberles ordenado que vinieran. Había pensado incluso que Margarita podría estar con él. Ella era ahora reina de Navarra, pues había vuelto a casarse; siempre había sido de ideas tan avanzadas que me sorprendía que hallara imposible el verme solo porque no estaba casada con el rey. Traté de convencerme de que era debido a algún otro motivo que no se había unido a la expedición.

Cuando la comida hubo acabado entramos en la sala. Todos llevábamos máscaras y nuestros vestidos eran de un extraño estilo exótico, destinados a dar a entender que veníamos de alguna tierra lejana. Los atuendos estaban hechos de paño de oro surcado de hilos de abalorios rojos y adornados con encajes de oro. Eran muy impresionantes, pues yo me había asegurado de ello. Cada una de nosotras tenía que elegir a uno de los invitados franceses para bailar y me tocaba, por supuesto, danzar con Francisco.

La diversión consistiría en que los franceses no sabrían con quién estaban

bailando hasta el momento en que Enrique se acercara a cada dama por turno y le quitara la máscara. Todos manifestarían gran sorpresa, juego que deleitaba a Enrique en aquellos días pasados en los que acababa de subir al trono y convirtió la sombría corte de su padre en un lugar de alegría y risas.

Yo observaba al rey de Francia. No era tan guapo como Enrique, que era todavía un hombre muy bien parecido y lo había sido muy especialmente en su juventud. Unos diez años antes el embajador veneciano lo había descrito como «más guapo que ningún otro soberano de la cristiandad, mucho más guapo que el rey de Francia, muy rubio y admirablemente proporcionado. Su barba parece de oro y él es un músico consumado y un buen jinete; habla francés, latín y español, es muy religioso y oye misa tres veces al día cuando está cazando y cinco durante los demás días del año».

Eso había sido dicho antes que Enrique se obsesionara conmigo. ¿Qué pensaría ahora el embajador veneciano del rey de Inglaterra?

A pesar de todo, si el tiempo había dejado alguna huella en su aspecto, Enrique poseía aún una buena figura, tan alto e imponente, y sobre todo tenía un aura de realeza que lo situaba por encima de todos los demás hombres.

Sin embargo, Francisco tenía un incomparable encanto en sus modales, un intelecto agudo y refinado, un aire cansado y mundano, no obstante lo cual su mente estaba siempre alerta; era cínico, mientras que Enrique podía ser infantilmente simple.

Uno apenas podía imaginarse a dos hombres más diferentes que aquellos dos y decidí que era afortunada por tener a Enrique.

Francisco me miraba con lascivia.

—Cuán afortunado me considero por haber sido elegido por vos —me dijo—. Tan pronto como os vi entrar en la sala, pensé: aunque no me está permitido saber el nombre de las damas hasta el momento del desenmascaramiento, puedo ver que ella sobresale de entre las demás por su encanto y belleza. Estaba rogando para que seáis vos la que bailara conmigo.

—El rey de Francia es la elección que cualquier dama podría desear.

Hablé en francés.

—Entonces, regocijémonos porque me hayáis elegido, tal como yo lo hubiera hecho —dijo, y luego me felicitó por mi manejo de su idioma—. Podríais ser una de nosotros —agregó—, de no ser por una ligera diferencia que hace que vuestra habla resulte deliciosa.

A pesar del enojo que sentía contra él, no pude dejar de reconocer su

encanto. Volví atrás en el tiempo, hasta los días en que aquellos lascivos ojos suyos se posaron por primera vez en mí. Había oído historias de sus conquistas y sabía que era implacable en sus persecuciones; sin importar a quién deseara, emplearía cualquier método para satisfacer sus apetitos. Corrían murmuraciones acerca de jóvenes que habían sido raptadas y entregadas a él porque las había visto en la calle... la iglesia... en cualquier parte. Había oído decir que la hija de un posadero se había tirado ácido sobre su hermoso rostro porque temía que su alma se condenara si él la obligaba a ser su amante.

Continuamos con aquella chanza que era completamente falsa.

—¿No habría sido vuestra majestad un poco temerario al escoger a una mujer cuyo rostro no podía ver?

—Algo me dice que su rostro será tan hermoso como lo demás que puedo percibir y que tanto me deleita.

—Y el rey de Francia, como todos saben, es un conocedor de la belleza. Me asombra que, con todas las bellezas de Francia dispuestas a caer a sus pies, se extasíe con una sola inglesa enmascarada.

—¡Pero con qué inglesa! Lady Ana está aquí esta noche y juro que no puede compararse con la dama que ha tenido la bondad de elegirme como pareja.

—A ella no la complacería oíros hablar así.

—Tuve el placer de conocer a la dama.

—Eso tiene que haber sido hace mucho tiempo. ¿Y aún la recordáis?

—Ella está haciendo historia ahora.

—¿Y eso os sorprende?

—No a todos se les concede poder hacerlo. Era una criatura encantadora en aquellos días. ¡Qué ojos tenía! Los recuerdo muy bien. Ojos negros... ojos de bruja.

—¿Creéis que ha embrujado al rey?

—No solo yo lo creo. Todo el mundo sabe que ha hechizado al rey. Ansío ver ese rostro que ha encantado a mi hermano de Inglaterra —dijo, inclinándose hacia mí y dedicándome aquella sonrisa perezosa y sensual que recordaba del pasado, mientras sus ojos traspasaban mi máscara, el oro y los abalorios—. Sabéis, misteriosa dama, que apostarí a que lady Ana no es más hermosa que vos.

—El rey de Inglaterra podría sentirse herido si os oyera decir eso.

—El rey de Inglaterra nunca negaría la verdad.

Capté la ironía de su voz e imaginé cuánto tenía que haberse reído,

probablemente con Margarita, de las declaraciones de Enrique referentes a sus remordimientos de conciencia.

—No veo a ninguna de las damas de vuestra corte aquí esta noche, majestad. Eso es insólito, ¿no creéis?

—Oh, no se atrevieron a enfrentarse con la competencia de las damas inglesas, especialmente con la de lady Ana.

—¿Son, pues, tan faltas de confianza en sí mismas?

—Han oído hablar mucho de sus encantos. ¡Los celos de vuestro sexo! Prefieren permanecer en el anonimato que ser tan aventajadas.

—¿Así, pues, no les ordenasteis venir?

—Oh, no es mi costumbre dar órdenes a las damas.

Me asombraba que pudiera entregarse a una conversación tan frívola. Por supuesto, formaba parte de la mascarada que él fingiera no saber quién era yo. Él tenía que saber, por supuesto, que, según las costumbres tradicionales, yo elegiría al rey de Francia. Me preguntaba qué recordaba de mí; aunque él había envejecido considerablemente, yo lo hubiera reconocido de cualquier forma.

Enrique nos estaba observando y pude advertir que comenzaba a irritarse. Los modales de Francisco eran claramente de coqueteo y sabía que el rey de Francia no podía estar en compañía de ninguna mujer atractiva sin intentar seducirla.

El rey de Inglaterra dio por finalizada la mascarada y comenzó a quitar el antifaz a sus invitados, comenzando por mí. Su rostro estaba algo rojo, y me recordó lo ocurrido tanto tiempo atrás, cuando la rivalidad existente entre ambos reyes no pudo ser disimulada por todos los decorados de paño de oro y las protestas de amistad. Enrique, una brillante figura vestida de terciopelo de oro, con un collar de rubíes, diamantes y perlas tan grande como yo no había visto nunca, tenía como siempre un aspecto de frívolo extravagante comparado con el elegante y más sobriamente vestido Francisco, sobre cuya persona los diamantes brillaban discretamente cuando se movía.

—Vuestra majestad ha estado bailando con la marquesa de Pembroke —le anunció a Francisco.

El rey de Francia, según la etiqueta, declaró estar asombrado, agradecido y encantado, pero su astuta sonrisa me indicó que durante todo el tiempo había sabido quién era yo, por supuesto.

—Por supuesto —le dije, hablándole ahora en términos de igualdad ya que, a pesar de que él era el rey de Francia, yo sería pronto la reina de Inglaterra—, lo

supisteis durante todo el tiempo.

—¿Cómo podía no darme cuenta de que alguien tan llena de gracia y encanto tenía que ser la incomparable lady Ana? Os diré una cosa: os hubiera reconocido en cualquier parte, enmascarada o como fuese. Existe solo un par de ojos como esos en todo el mundo.

—Me estabais poniendo a prueba.

—Perdonad —me pidió suplicante.

—¡El rey de Francia le pide disculpas a una mera marquesa!

—Que muy pronto será la reina, como ya lo es en el corazón del rey de Inglaterra y en el del rey de Francia.

Ya estaba harta de aquella charla frívola y pregunté por Margarita.

—Recuerdo que vos y mi querida hermana erais buenas amigas. Ella sigue con gran interés en vuestra suerte. Os envía sus mejores deseos y dice que siempre supo que estabais destinada a una gran carrera.

—Lamento no verla.

—Es ahora reina de Navarra.

—Veo que el rey de Navarra está en vuestra compañía.

—Deja a Margarita a cargo de su reino.

No creí aquello, por supuesto. Sabía muy bien que las damas no habían venido porque yo no estaba casada con Enrique. Aquello resultaba hiriente para mi orgullo, pero comprensible para mi lógica.

—Tiene una hija, Jeanne, una niña brillante.

—Eso debe de proporcionarle gran placer. ¿Continúa escribiendo?

—Siempre tendrá tiempo para eso.

—Recuerdo muy bien los cuentos del *Heptamerón*. Los momentos más felices que viví en Francia fueron los que pasé en su compañía.

—Le transmitiré vuestras amables palabras.

El rey había indicado un alto en el baile y Francisco me condujo hasta Enrique.

No estaba segura de hasta qué punto el rey de Francia lamentaba no poder darnos su apoyo para casarnos, pero parecía sinceramente ansioso de hacer algo para ayudarnos.

Enrique había hablado con él a solas. Se comportaba conmigo de forma muy atenta y me trataba con el mayor de los respetos. Me había enviado de regalo

unos magníficos diamantes y, dejando a un lado el hecho de que no había traído consigo a los miembros femeninos de su corte, se había comportado como si yo ya fuese la reina de Inglaterra.

Hablamos francamente con él del divorcio. El papa estaba a punto de emitir su veredicto y sabíamos que, en vistas de la relación que existía entre él y el emperador, el fallo sería a favor de Catalina. Una vez que esa decisión hubiese sido tomada, resultaría difícil actuar contra ella. Si continuábamos adelante con nuestro matrimonio después de que se hubiese emitido dicho veredicto, el resultado sería la excomunión para Enrique y para mí.

—Sugiero que le enviemos dos de mis cardenales a Clemente —dijo Francisco—. Le dirán que os he visto personalmente y que aceptáis que el juicio tenga lugar aquí y que, cuando se emita veredicto, vos lo cumpliréis.

—¡Pero es que no voy a aceptarlo! —exclamó Enrique acaloradamente.

—¡Ah! Pero es que todo radica en el retraso que esto traerá aparejado. Eso os dará tiempo a concluir con las medidas necesarias que os permitirán obtener la declaración de dicho divorcio en Inglaterra y para casaros cuando llegue ese momento. Entonces, sea cual fuere la decisión adoptada por la corte francesa, no os afectará en absoluto.

—Parece factible —concedió Enrique.

—Ya conocemos a Clemente. Se agarrará de cualquier cosa que le permita demorar las cosas. Tiembla porque sabe que, tome la decisión que tome, sufrirá. Tiene miedo de vos, pero el emperador está más cerca. No se atreve a ofender a Carlos, pero al mismo tiempo no quiere ofenderos a vos. Debéis estar agradecido de tener que habéroselas con un hombre así.

—Puede que tengáis razón —admitió Enrique.

Nos sentamos a discutir el asunto durante mucho rato y ambos fuimos de la opinión de que, por la razón que fuera, Francisco quería ayudarnos.

Al día siguiente hubo torneos y concursos, pero esta vez los reyes no intentaron luchar entre sí. Ya no eran tan ágiles como antes.

El 30 de septiembre Enrique escoltó a Francisco hasta el punto en que acababan los dominios ingleses; desmontaron ambos en suelo francés. Se abrazaron como hermanos, según me contó Enrique más tarde, y se juraron amistad eterna antes de partir, Francisco hacia París y Enrique a reunirse conmigo en Calais.

No estábamos del todo descontentos, aunque habíamos esperado estar casados a aquellas alturas. Pero había mucho de cierto en lo que decía Enrique:

al pueblo no le hubiese gustado un matrimonio que habría tenido lugar en Calais. No era adecuado que el rey de Inglaterra se casara allí y el plan propuesto por Francisco parecía factible. Así pues, el viaje no había sido en vano.

Volvíamos ahora los ojos hacia nuestro país, pero el clima estaba contra nosotros. Habían comenzado a levantarse los vendavales, y cada vez que nos disponíamos a partir, debíamos desistir.

Nos quedamos de buena gana. Estábamos juntos y había muchas cosas que hacer en Calais. Por las noches jugábamos a cartas y dados. Enrique perdió una gran cantidad de dinero, lo cual parecía divertirlo. Le gustaba que yo ganase y me gustaba ganar, por lo que ambos estábamos satisfechos.

Jugábamos al «papa Julio», un juego muy de moda en Inglaterra y muy significativo para nuestra circunstancia. Los puntos más importantes del juego eran matrimonio, intriga y papa.

Fueron unos días muy agradables los que pasamos en Calais esperando a que el tiempo mejorara y aunque no tenía el derecho legal de llamarme *reina*, sentía que lo era en todos los demás sentidos.

Raramente había visto a Enrique tan feliz.

No fue hasta el 14 de noviembre, alrededor de quince días después de que nos hubiéramos despedido de Francisco, que desembarcamos en Dover.

Había pasado la Navidad, que se había celebrado con las festividades de costumbre y había llegado enero; entonces hice un descubrimiento trascendental: estaba embarazada.

Apenas pude esperar para transmitirle la noticia a Enrique, quien brincó de alegría. A veces me preguntaba hasta qué punto el deseo que sentía de un hijo varón no sobrepasaba al que sentía por mí. Ambos corrían a la par.

—Sabía que tenía que ocurrir —me dijo—. ¿Cuándo, adorada mía? ¿Cuándo?

—En septiembre, creo.

—Es mucho tiempo para esperar.

Era el tiempo habitual, le recordé.

—Y durante esos meses, hay muchas cosas que hacer... a menos que queráis que vuestro hijo nazca bastardo.

—¡Que la sífilis se lleve a Clemente! —exclamó indignado—. De no ser por él, hace mucho que este asunto estaría solucionado.

Le di la razón.

Warham había muerto, muy convenientemente, durante el agosto anterior, y Cranmer estaba a punto de ocupar su puesto, pero hasta que tomara posesión del título de arzobispo de Canterbury, no podría declarar inválido el matrimonio de Enrique con Catalina, por lo que no podríamos casarnos. Si la corte papal decidía que Enrique estaba realmente casado con Catalina, el que sería inválido sería nuestro matrimonio.

Pero, con el niño en camino, debía hacerse algo. El tiempo acuciaba.

Enrique estaba desgarrado por diferentes emociones. Predominaba la alegría que le producía la perspectiva de un hijo, pero sabía el efecto que podía producir la excomunión y visualizaba al país levantándose contra él, liderados por hombres como Fisher y Moro que no temían las consecuencias.

Pero el niño estaba en camino.

Era muy temprano por la mañana de un día que nunca olvidaré, el 25 de enero de 1533. Se me había dicho que debía acudir al torreón oeste acompañada de Nan Saville.

El rey estaba allí con William Norris, mi padre y mi hermano.

En cuanto entré, vi que el rey estaba hablando seriamente con uno de sus capellanes, el doctor Rowland Lee, que había acudido creyendo que iba a celebrar una misa, según me dijo Enrique más tarde. Cuando se le dijo que debía realizar una ceremonia de matrimonio, fue presa del miedo. Tenía que obedecer al rey, pero sentía terror de ofender al papa.

Enrique estaba exasperado, pero se las arregló para controlar su ira porque necesitaba la ayuda de aquel hombre y temía que fuese uno de esos mártires que estaban dispuestos a afrontar las consecuencias antes que a ir en contra del papa.

Para conseguir que la ceremonia se realizara, Enrique se vio obligado a decirle que el papa había declarado inválido su matrimonio con Catalina.

Así pues, con gran turbación y obvia incomodidad, el doctor Rowland Lee cumplió con su deber.

Enrique y yo permanecimos de pie tomados de la mano. Luego me besó solemnemente. Ya era la reina de Inglaterra de pleno derecho.

Me sentía exultante, pues por fin había alcanzado mi meta. En cuanto

hubiese nacido mi hijo estaría firmemente asentada en el poder, pero por el momento teníamos que actuar con cautela. La boda era un secreto y solo sabían de ella aquellos que la presenciaron. Incluso a Cranmer se lo mantuvo ignorante de lo acontecido.

Desearía haber sido más prudente. Desearía haber sido más previsora. Estaba rodeada de gente que me deseaba mal e hice caso omiso de ellos. ¡Cómo deben odiarme la reina y su hija María! Había usurpado el sitio de Catalina y por mi culpa María había perdido sus derechos de primogenitura. ¿Qué sentiría aquella orgullosa princesa al ser declarada ilegítima?

Pero no me detuve a pensar. Estaba abrumada por el poder que tenía entre las manos; había visto caer al cardenal, que una vez fue el hombre más poderoso del país y su caída había sido en parte a mí debida. La «joven tonta» a quien él despreció finalmente lo había derribado.

Ahora no veía ningún obstáculo para mi avance. Enrique era mi esclavo y todos aquellos hombres importantes debían inclinarse ante mi deseo.

Finalmente Cranmer fue nombrado arzobispo de Canterbury. Antes de tomar el cargo declaró que el juramento de obediencia al papa que estaba a punto de proferir no era más que una cuestión de forma y que no lo obligaba a actuar en contra del rey o evitar que reformara cualquier cosa que no fuera correcta en la Iglesia de Inglaterra.

El asunto, ahora, estaba haciéndose urgente. Había llegado abril y yo estaba embarazada de cuatro meses. Teníamos que movernos con rapidez si queríamos que nuestro hijo fuera reconocido como legítimo.

Cranmer era un hombre del rey en su totalidad. Formó una corte y dictó sentencia; el matrimonio con Catalina era inválido y el rey estaba, de hecho, casado conmigo.

Aquella fue la señal. Ahora podía entrar en posesión de lo que me pertenecía. Organicé mi servicio. Comencé a vivir con la majestuosidad de una reina, aunque hasta cierto punto ya lo había hecho antes. Ahora todos tenían que reconocermelo como reina.

Más aún, el momento de mi coronación había llegado.

Mayo fue un mes hermoso, trascendental para mí, como se vería muy poco tiempo después.

Sería coronada en Whitsun. La gente adoraba aquellas ceremonias, aunque aquella era dedicada a alguien tan despreciado. Sin embargo, estaban decididos a divertirse.

Todos los que pudieron encontrar una embarcación parecían estar aquel día navegando por el río. Los mercaderes de Londres habían salido en sus barcas decoradas y vestidos de escarlata con sus cadenas de oro en torno al cuello, conformando un bello espectáculo. El lord alcalde, espléndido con sus ropas de ceremonia, era seguido por cincuenta barcas con los hombres más importantes de la ciudad... formando una hilera camino de Greenwich. En la nave líder, la del lord alcalde, había una ingeniosa obra de arte, un dragón que, para diversión de la muchedumbre que se apiñaba en la orilla, cabriolaba y lanzaba fuego por la boca. La gente reía y lo vitoreaba. La embarcación que más me gustaba era la que estaba decorada con mi divisa y en la que iban jovencitas que destacaban dulcemente mi belleza y virtudes; en medio de ellas había un halcón blanco rodeado de rosas blancas y rojas. En la base estaba escrito mi lema: «Yo y los míos». El halcón blanco pasó a ser desde entonces mi divisa. Había sido sacado de la cimera del escudo de Butler y, por supuesto, las rosas indicaban que mi descendencia ligaría más estrechamente las casas de York y de Lancaster.

Salí del palacio de Greenwich a las tres de la tarde, ataviada con ropa de oro, y, en cuanto puse el pie en la barca, comenzaron a sonar las trompetas.

Subimos por el río en dirección a la Torre; mi barca era seguida por miembros de la nobleza a la cabeza de los cuales iba mi padre. Cuando me acercaba a la Torre comenzaron a sonar las salvas. Descendí y fui conducida a la puerta trasera donde aguardaba Enrique.

Me besó la mano con los ojos brillantes de orgullo. Para él era doblemente cara por el niño que llevaba en mis entrañas.

Nan Saville había estado dudando acerca de si todo el alboroto de la coronación no sería malo para mí dado mi estado, pero había esperado esto durante años y estaba decidida a disfrutar cada minuto.

Yo debía permanecer varios días en la Torre, donde Enrique ordenó a varios caballeros en honor del acontecimiento, y durante todo ese tiempo el río hirvió de actividad, lleno de embarcaciones. Sonaba música por todas partes; se oían cantos, había diversión y las calles estaban atestadas de gente. El pueblo se vio dispuesto a olvidar su animosidad hacia mí. Ayer podía haber sido *'Na Bulena*, la concubina del rey, pero hoy era Ana, reina de Inglaterra. Aquellos fueron grandes días para ellos tanto como para mí: una fiesta con luchas, deportes, bailes, cantos y regocijo general. Así pues, debido a eso y solo por esos días, el grito era *Dios bendiga a la reina Ana*.

Nunca había habido un acontecimiento tan espléndido. Enrique estaba

decidido a que así fuese. Era más que una coronación, también se constituyó en un acto de desafío contra el papa. Nadie debía contradecir a Enrique; él era rey de su país y su deseo era la ley.

Tenía que atravesar la ciudad, desde la Torre hasta la abadía de Westminster. En la calle se habían puesto barandillas para proteger a la gente de los caballos. El lord alcalde, Stephen Peacock, me recibió en la puerta de la Torre. Luego vinieron el embajador francés, los jueces, los nobles y el arzobispo de Canterbury con los obispos. Suffolk estaba entre ellos como lord condestable mayor de Inglaterra. Qué sentiría al verme como reina alguien que había trabajado incansablemente para destruirme; su esposa, la que una vez fuera mi señora, se había negado a aceptarme. Pobre mujer, estaba mortalmente enferma y si hubiese deseado salir de su casa en Westhorpe para venir a mi coronación, no hubiese podido.

Cuando yo era una niña acompañé a aquella dama orgullosa a la corte de Francia. Ahora yo era una reina y ella una mujer moribunda.

Subí a la litera, confeccionada con paño de oro y conducida por dos palafreneros vestidos de damasco blanco. Delante de ellos marchaban infantes suntuosamente ataviados y el séquito avanzaba detrás de mí. Mi ropón y el manto, ribeteado de armiño, eran de tisú de plata. Llevaba el cabello suelto sobre los hombros y lucía una diadema de rubíes.

Por el camino nos deteníamos a admirar los maravillosos e ingenuos espectáculos de la gente y a escuchar los discursos de alabanza. Uno de éstos representaba el monte Parnaso, del que manaban chorros de vino del Rin. Por supuesto, en estas escenas figuraba el halcón blanco. Una era particularmente impresionante; el halcón, sin corona, estaba en medio de las rosas blancas y rojas, y al acercarme un ángel depositó una corona dorada sobre la cabeza del ave. En Cheapside el vino corría libremente, blanco por un lado del canal y tinto por el otro.

Y así fuimos avanzando hacia Westminster, donde tenía que pasar la noche con el rey.

Me fui a dormir exhausta pero profundamente contenta. No solamente era la reina, sino también el ídolo del pueblo. El placer era tan exquisito, que tenía que saborearlo plenamente. No era momento para analizar mis pensamientos y hallar en ellos inquietantes augurios. Era momento de absoluto regocijo y me entregué a él en cuerpo y alma.

Y la aurora comenzó... el día que había esperado durante tantos años. El

primer día de junio. Dentro de cuatro meses mi alegría sería completa. Entonces tendría a mi hijo en los brazos y la gratitud del rey sería para siempre mía. El pueblo ya no me ultrajaría. Se darían cuenta de que yo, Ana Bolena, había ganado el amor del rey hasta el punto de que este había descubierto que su primer matrimonio no había obtenido favor a los ojos de Dios. Así que se había casado conmigo y yo le daba a su nuevo rey, salvando al país de la división de lealtades y la posible guerra civil. Con cuarenta y dos años, Enrique todavía era joven. Tendría tiempo de educar a un buen sucesor de la corona. De no haber sido por este matrimonio y el heredero que venía en camino, ¿qué hubiese sido del reino tras la muerte de Enrique? Las antiguas Guerras de las Rosas podrían haber estallado otra vez. Cualquier país que hubiera tenido que enfrentarse a la guerra civil haría cualquier cosa para impedir que ocurriera nuevamente.

Me levanté muy temprano, preparada para el gran día. Mis damas me ayudaron a vestirme. Luego marché desde Westminster Hall hasta la abadía. Los barones de los Cinco Puertos llevaban el palio sobre el que caminaba; los obispos de Londres y Winchester iban a mi lado y las damas, a la cabeza de las cuales iba la duquesa de Norfolk, me llevaban la cola.

Me senté en una silla que estaba entre el coro y el altar, y luego me dirigí al altar mayor, en el que me esperaba Cranmer. Finalmente, la corona de Saint Edward descansaba sobre mi cabeza mientras cantaban el Tedeum.

Continuó la ceremonia, tras la cual dejamos la abadía para dirigirnos a Westminster Hall, donde estaban preparando el banquete. Allí nos sentamos a la mesa, la cual había sido decorada de la forma más espléndida; nos sirvieron veintisiete platos y comimos con acompañamiento musical.

El rey no estaba presente, pues aquella era mi fiesta. Miró, según me dijo después, por una ventana, porque quería observar cómo me rendía honores la totalidad del séquito. Yo tenía que ser la persona más importante de la mesa; si el rey hubiera estado presente, aquel honor hubiera recaído en su persona.

La comida continuó hasta las seis y cuando hube bebido de la copa de oro que me presentó el lord alcalde, le regalé dicha copa como recompensa por sus servicios. De acuerdo con la costumbre, a los barones de los Cinco Puertos les di el palio con sus campanas de oro. Luego agradecí a todos por lo que habían hecho por mí.

Muy cansada y profundamente contenta, me marché del salón.

El gran día había llegado a su fin y yo era reina de Inglaterra.

EN PELIGRO

En la cima de mi ambición, solo esperaba felicidad para mí. Allí estaba, dispuesta a dar a luz al heredero. Mis tribulaciones habían acabado, e, hiciera lo que hiciese el papa, no podía causarme daño alguno. Cranmer era un hombre del rey, había declarado inválido su primer matrimonio, y, si Roma presentaba dificultades, Thomas Cromwell tenía solución para ello. Era una medida drástica que el rey no deseaba llevar a la práctica, pero ahora estábamos casados y esa situación había puesto fin a un sufrimiento de siete años.

Las cosas, sin embargo, no eran perfectas. Tal vez, en la vida, haya una especie de reacción natural cuando se alcanza una meta tan alta. Quizás los constantes planes, las conmociones, incluso los reveses conferían una cierta emoción a cada jornada cuando la solución todavía no había llegado. Me preguntaba si el rey compartía mi estado de ánimo. El entusiasmo de nuestros encuentros había menguado un poco, quizá porque ya no existía la excitación que provoca hacer algo prohibido. Existe algo muy sabroso en el pecado que falta cuando se actúa de forma virtuosa. Ahora era perfectamente legítimo que compartiéramos el lecho. Éramos como un matrimonio de muchos años; y allí estaba yo, que ya no resultaba tan atractiva. ¿Cómo puede serlo una mujer con un embarazo avanzado?

El rey era muy tierno conmigo y se mostraba muy ansioso porque me cuidara mucho. Estaba rodeada de toda la ceremonia que es derecho natural de una reina y era la persona de quien más se hablaba en el país. Adivinos y astrólogos hacían profecías acerca del niño; todos aseguraban que sería un varón. Hubieran recibido poco agradecimiento por parte de Enrique si hubieran pronosticado una niña.

En tanto, iba averiguando más cosas acerca de mi esposo. Cuando pensaba en todas las señales de aviso que había tenido durante los últimos años, me maravillaba mi falta de percepción. Había sido adorada durante tanto tiempo, que pensé que lo sería para siempre. Había llegado a creer que tenía especiales

poderes que atraían a los hombres hacia mí; tendría que haber analizado más minuciosamente los motivos de los hombres y, más aún, tendría que haberme analizado a mí misma. Había sido la mujer más atractiva de la corte y pensaba que era debido a alguna cualidad especial de mi personalidad. Sin embargo, era el ardiente deseo que el rey me guardaba lo que me daba un atractivo sin par. Tenía que haber algo muy excitante en una mujer por la que un hombre era capaz de hacer tantas cosas y era eso lo que enamoraba a los hombres. Enrique estaba cansado de Catalina y que aquella mezcla de piedad y sensualidad que lo conformaba hacía necesario que pudiera dar rienda suelta a sus deseos aplacando a la vez a su conciencia. Nunca había tomado amantes, como Francisco; quería una unión regular porque pensaba que era agradable a los ojos de Dios. El rey de Inglaterra buscaba el favor en esas esferas, al igual que sus cortesanos buscaban el favor real. Así había tenido lugar una combinación de acontecimientos: aburrimiento de Catalina y la necesidad de apartarla de una manera que pudiera parecer justa; deseo por mí, que me negaba a cualquier otra cosa que no fuese el matrimonio; la obstinación de su naturaleza que no podía soportar que le negaran nada; y, por encima de todo eso, el predominante deseo de un hijo varón. Aquello era lo que había motivado a Enrique, no exclusivamente, como yo pensé, la pasión provocada por mi persona.

Mi hermano George había sido el mayor apoyo a lo largo de todos mis triunfos y tribulaciones. Él estaba más estrechamente ligado a mí que cualquier otra persona, yo lo quería mucho y sabía que era el único en quien podía confiar. Mi padre, por el que sentía un natural sentimiento de afecto, era, por encima de todo y antes que un padre, un hombre ambicioso. Él me veía más como a la reina de Inglaterra que como a una hija. En el jefe de la familia Bolena, el pensamiento que predominaba era cómo aumentar la fortuna de la familia. George, en cambio, siempre pensaría primero en mi bienestar.

Veía a mi madrastra de vez en cuando porque, debido a la escalada de poder de mi padre, había ocasiones en las que ella debía acompañarlo en los acontecimientos de la corte. Yo sabía que ella salía de Hever con todas las reticencias posibles y que prefería estar en su despensa o su jardín herbolario. Al verme se sintió intimidada y me eché a reír y la abracé, asegurándole que era la Ana de siempre a pesar de la corona. Comenzó a hacer grandes aspavientos acerca de mi estado y del bebé, dándome toda clase de consejos. Siempre era un gran placer verla.

La vida matrimonial de George estaba muy lejos de ser feliz. Era un hombre

muy atractivo, tenía buena planta y era enormemente ingenioso y culto. Había viajado muchísimo debido a que el rey lo había empleado en muchas misiones en el extranjero. Era poeta, aunque no del nivel de Wyatt, pero es que éste era reconocido, y creo que con razón, como el mejor poeta de la corte.

Fue por George que tomé a su esposa, Jane, a mi servicio. Ese fue otro de mis errores, pues la mujer no me gustaba en absoluto y ella presumía de su parentesco conmigo. A veces yo pensaba que era una lástima que George se hubiera casado con ella. Él también lo pensaba; había sentido un gran alivio cuando, en el cumplimiento de sus actividades, tuvo que pasar tanto tiempo en el extranjero; aquello le proporcionaba un respiro.

Lo que a él le resultaba insoportable eran los celos de Jane, quien estaba desesperadamente enamorada de su marido. A George no se le hacía nada fácil corresponder a ese amor. Jane era una mujer estúpida, patosa; en una conversación, siempre hacía observaciones fuera de lugar; a pesar de ello, en lugar de quedarse callada, insistía en hablar; las opiniones que daba eran trilladas; no estaba a la altura intelectual de George y me irritaba sobremanera. Era tonta, pero, si hubiera sido una mujer humilde y buena, me hubiera resultado más fácil aguantarla.

Comencé a notar que la actitud de Enrique hacia mí estaba cambiando. Ya no era tan respetuoso como antes; era desatento y cuando me enfadaba, cosa que hacía cada vez con mayor frecuencia, él no intentaba aplacarme como había hecho en el pasado.

A menudo estaba lejos de mí y parecía buscar la compañía de sus amigos. Yo, por supuesto, no podía participar en los bailes y frivolidades que eran una parte tan importante de la vida de la corte. Antes de nuestro matrimonio él hubiera deseado pasar el tiempo conmigo, hubiéramos leído juntos o jugado a cartas; yo hubiera escuchado su última composición musical, hubiéramos hablado de los temas de actualidad, como la reforma de las viejas leyes de la Iglesia, algo que estaba muy presente en el pensamiento de la gente por aquel entonces.

Pero él pasaba poco tiempo conmigo. Dormíamos juntos en el lecho real y estaba siempre pensando en nuestro hijo, lo que debía prepararse para su nacimiento, su educación, los planes para el bautismo... sin dudas, Enrique había cambiado.

Ahora, que era reina, tenía que recordar constantemente que él era el rey; desde mi coronación, irónicamente, me había vuelto menos importante. Entonces

yo había sido absolutamente esencial para su felicidad; le preocupan mis estallidos de carácter y deseaba siempre ponerme de mejor humor. Ahora simplemente se marchaba y me dejaba plantada, más tarde no hacía referencia alguna al asunto y se comportaba de una forma algo señorial, como si dijera: «Os he convertido en mi reina, pero soy el rey y vos aún sois mi súbdito».

No decía esto de hecho, pero no era un hombre que pudiera esconder mucho sus sentimientos y uno a menudo podía leer claramente en las expresiones que pasaban velozmente por su rostro; sus pequeños ojos se endurecían, su pequeña boca se hacía cruel y el color de su enorme rostro se oscurecía hasta alcanzar el púrpura oscuro. Aquéllas eran las señales que podían aterrorizar a sus súbditos. Nunca había permitido que me atemorizaran, pero en el pasado raramente habían estado dirigidas contra mí.

Yo estaba en el octavo mes de embarazo, deseando que pasara el tiempo. La preñez es en agosto más agotadora que en los meses frescos. Comenzaba a pensar en el niño, no tanto en el futuro rey como en mi bebé. A veces no podía hablar de nada más durante horas. Reunía a mi alrededor a mujeres que habían compartido la aterrorizadora pero feliz experiencia del embarazo, y las hacía hablar. Disfrutaba oyéndolas.

Anhelaba que llegase septiembre. Tendría a mi hijo en mis brazos y Enrique sería el de antes. Estaría tan agradecido, que me aseguraría su devoción para siempre; y no pasaría mucho tiempo antes de que volviera a tener ascendiente sobre él.

Fue Jane Rochford quien sembró la desconfianza y la sospecha en mi mente.

Creo que se deleitaba en ello. A pesar del hecho de que ella era mi cuñada y miembro de la familia a la que yo traía una enorme buena suerte, aquella mujer me odiaba. La envidia era la clave de su carácter. La mayoría de las personas tiene un componente de envidia en su naturaleza y siempre ha sido para mí el más mortal de los siete pecados capitales y aquel del que nacen la mayoría de los otros; pero, en el caso de Jane, la envidia era motivo principal de su existencia. Sentía envidia de George, a pesar de que lo amaba apasionadamente. Entonces no me di cuenta de cuán profundamente me odiaba ni de que ello era a causa del cariño que me tenía mi hermano.

Así pues, se deleitó en susurrarme este secreto.

Comenzó mirándome fijamente con expresión perpleja, comenzando a hablar y deteniéndose luego.

—Quizá no debería... Solo que pensé... y después de todo somos

hermanas... y si alguien debería... quizá sería yo quien tendría que...

—¿Qué estáis tratando de decir? —exclamé, impaciente.

—Por favor, no me pidáis que continúe. Y vos en vuestro estado... Este mes ha sido tan penoso... Gracias a Dios, ya casi ha terminado. Septiembre está a punto de comenzar.

—Jane —dije con firmeza—, contadme lo que estáis tratando de decir. Os lo ordeno.

Inclinó la cabeza como si de pronto se hubiera dado cuenta de mi elevada posición, pero advertí el gesto de satisfacción de sus labios.

La cogí por los hombros y la zarandeeé.

—Bien... entonces... ya que insistís. El rey está viendo muy a menudo a cierta dama. Todos dicen que va detrás de ella. Y la mujer se está dando aires de importancia.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Majestad, toda la corte murmura acerca del asunto.

—No lo creo.

—No, no —dijo ella tranquilizadamente—. No puede ser cierto... y vos a punto de dar a luz al heredero.

—Siempre existen esos que murmuran en la corte y ven lo que solo existe dentro de su perversa imaginación.

—Oh, es verdad, es verdad. Pero tan solo pensé que queríais saber lo que dice la gente.

—Jane, gracias por contármelo —dije—. Es un disparate, pero uno tiene que saber lo que se dice.

Luego la despedí, pues quería quedarme a solas para pensar. Así que era verdad. Él estaba viéndose con otra. Durante todos aquellos años de espera, creía que me había sido fiel; ahora que estábamos juntos, tan pronto como habíamos alcanzado lo que deseábamos, él había comenzado a buscar otras diversiones.

No podía creerlo. ¡No tan pronto! Y esperaba a mi hijo para dentro de una semana más o menos.

¿Acaso mentía Jane? No creía que se atreviera. Era taimada y le había gustado sembrar la inquietud en mi mente, pero no creía que se atreviera a mentir en un asunto así.

Mi enfado contra Enrique crecía a cada minuto.

Yo era muy impetuosa y quizás entonces más que nunca. La furia parecía estar ahogándose; la única forma que tenía de mantenerme un poco en calma

era pensando en el bebé.

Un poco más tarde vi a Enrique. No estaba solo, aunque con él no estaban más que uno o dos de sus amigos. No podía esperar más. Él vino a mí dejándolos en un extremo de la habitación, y me preguntó por mi salud.

—Y vos, señor —estallé—, ¿cómo estáis vos y vuestra amante?

Él me miró atónito y sus ojos se entrecerraron, lo cual tendría que haberme servido de advertencia; pero yo tenía muchas lecciones que aprender y aún no había llegado a dominar una sola de ellas.

—¡No os finjáis inocente! —exclamé—. En toda la corte se habla de ello. No voy a soportar una conducta tal. Y aquí me tenéis... en este estado.

—Señora —me dijo con frialdad—, veo que olvidáis con quién estáis hablando.

—Hablo con mi esposo —repliqué—, que debería preocuparse más por mí y mi hijo... en lugar de perseguir a mis servidoras.

Nunca lo había visto con esa expresión. Su rostro quedó pálido por un momento antes de que el color lo encendiera. Luego habló:

—Vos cerraréis los ojos como lo hicieron vuestras antecesoras.

Me sentí aturdida. Esperaba que negara la acusación. No le hubiera creído, pero podría haber aceptado sus afirmaciones de eterna fidelidad y haberme dicho a mí misma que aquello le serviría de advertencia. Que no hubiera esperado una reacción semejante, demostraba cuán poco lo conocía o comprendía la situación a la que había sido arrastrada.

Él parecía haber olvidado a los cortesanos que estaban escuchando, como lo había hecho yo momentáneamente, pero los recordé después.

Él entonces dijo algo que me hizo estremecer. Había dado un paso hacia mí y su expresión era casi amenazadora.

—Deberíais saber que está en mi poder haceros descender en un instante mucho más de lo que os he elevado.

Dicho esto giró sobre sí y abandonó la habitación, seguido de sus compañeros.

Me fui a mis habitaciones aturdida y me hundí en el lecho.

Aquello era como una pesadilla. ¿Era aquél el tierno amante que siempre trataba de aplacarme durante mis estallidos de genio? ¿El hombre que había jurado fidelidad eterna y había trabajado con tanta decisión, con consecuencias que habían estremecido al mundo, durante siete largos años, para hacerme su reina? ¡En menos de siete meses se había cansado de mí!

Me quedé tendida mirando el ornado dosel. Nunca me había sentido tan perpleja en toda mi vida.

Entonces pensé en el niño que se agitaba en mi interior. Enrique no podía hacerme daño alguno... no mientras llevara al heredero en mi vientre. Aquel niño era lo que él más quería... más de lo que me quería a mí o a la tonta dama de honor a la que perseguía.

Sus palabras serían transmitidas por toda la corte. Podía imaginar las risitas disimuladas de mis enemigos.

Pero llevaba al heredero en mis entrañas. Sería la madre del futuro rey.

Nunca había amado a Enrique, pero ya quería al niño que crecía en mi interior. El niño sería mi salvación.

No vi a Enrique durante tres días después del incidente, cosa que me alegraba porque estaba muy insegura acerca de la forma en que tendría que actuar cuando lo viera. No podía olvidar la ominosa amenaza subyacente en sus palabras. Durante aquellos cortos días pensé en Catalina más de lo que lo había hecho nunca y experimenté diferentes emociones. La había considerado una mujer obstinada que rehúsaba hacernos la vida más fácil al negarse a ingresar en un convento. ¿Cuánta angustia habrá sentido cuando él le dejó claro que quería repudiarla? A ella no podía hablarle como lo hizo conmigo. Él no la había «elevado», no a la hija de la reina Isabel y el poderoso rey Fernando; ella era de más alta cuna que él y sus dudosos ancestros. No podía hacer descender a la hija de reyes; era diferente lo que sucedía con alguien cuyo bisabuelo había sido mercader en Londres. Catalina había tenido parientes poderosos para defenderla, a pesar de lo cual había sido arrojada a un lado por el rey.

Ésos, me dije, eran pensamientos tontos. Debía intentar ser racional. Él simplemente estaba divirtiéndose un poco mientras yo estaba incapacitada, para pasar el tiempo hasta que volviera a ser yo misma. Jane me había hecho enfadar con sus taimados comentarios y sin pensarlo me había encolerizado, cosa que me temía que no era insólita en mi carácter.

Todo volvería a estar bien cuando naciera el niño.

Y llegó septiembre, el mes que todos habíamos estado esperando. El lugar de nacimiento sería el palacio de Greenwich y se estaban haciendo grandes preparativos.

Cuando llegué en mi barcaza, la gente se apiñaba en la margen del río para

verme. Los vítores eran cordiales a medias, pero al menos no eran manifestaciones hostiles. Supongo que incluso mis enemigos sentían algún respeto por una mujer embarazada.

La habitación que utilizaría para el parto había sido adornada con tapices que representaban la historia de las santas vírgenes. Allí era donde daría a luz aquel niño tan importante; en aquella estancia había una cama muy hermosa que Enrique me había regalado algunas semanas antes. Era un lecho muy ornado y decorado exquisitamente, que había pertenecido a un duque francés; creo que había llegado a poder de Enrique como botín de guerra. Era lo más admirable que jamás había visto. En aquella habitación había otro lecho con un dosel rojo. Allí debía recibir a aquellos que vinieran a vernos a mí y al niño después del nacimiento.

Sobre las ventanas había echadas unas cortinas muy elaboradas que no dejaban pasar la luz solar y que conferían a la estancia un aspecto algo sombrío a pesar de su lujosa decoración.

Cuando llegué a Greenwich, fui conducida a mi habitación por un gran séquito de cortesanos que incluía a mis damas y allí tomé la comunión. Luego me llevaron a sala de parto. Fue todo muy ceremonioso, ya que debía hacerse de acuerdo con la tradición.

Ya se habían preparado notificaciones que anunciaban el nacimiento de un príncipe. Esto podía parecer un poco prematuro, pero los adivinos y profetas habían anunciado, casi sin excepción, el nacimiento de un varón. Solo había un hombre que se había atrevido a decir que sería una niña y era tan impopular y había incurrido en la ira del rey hasta tal extremo, que nadie se atrevía a mencionar una posibilidad tan desastrosa.

El rey había venido a verme justo antes de que partiera hacia Greenwich. Había habido cierta distancia entre nosotros, y, si había esperado algo de humildad por su parte, me vi decepcionada. Él lo había dejado claro. Actuaría según su deseo y mi obligación era recordar que él era el rey y que todos los honores me habían llegado de su mano.

Me besó fríamente en la mejilla.

—No debéis alteraros —dijo—. Debéis pensar en el niño.

—No pienso en nada más —respondí.

—Eso está bien. He estado pensando en su nombre. Será Enrique... Enrique IX. Eso me gusta... Pero eso será en el futuro... dentro de mucho tiempo. Primero tiene que crecer. O Eduardo. Ése es un nombre de rey. Aún no

lo he decidido.

Había esperado que me pidiera mi opinión, pero no lo hizo y esa fue otra indicación de que las relaciones entre nosotros estaban cambiando.

Pero en aquel momento solo podía pensar en el viaje hasta Greenwich y en lo que allí me esperaba.

Yacía en la alcoba oscurecida. Habían comenzado los dolores de parto. Fue un parto largo, pero durante la larga agonía mi ánimo siguió fuerte por todo lo que aquel niño significaría para mí. Nada cambiaría el hecho de que yo sería la madre del rey. Las infidelidades de Enrique serían difíciles de soportar, pero estaría a salvo... y, una vez que hubiera tenido a mi hijo, me aseguraría de volver a tener el ascendiente que había tenido sobre él.

Al fin oí el llanto de la criatura. El bebé había nacido.

Me tendí, exhausta. Todo había terminado. Había alcanzado la cima misma de mis deseos. Comencé a deslizarme hacia un sueño profundo.

Abrí los ojos y vi a una mujer que estaba de pie junto a mi lecho. Era la partera.

—Mi hijo... —dije.

—Majestad, vuestra criatura es sana y robusta.

—Oh, loado sea Dios. Quiero verlo.

—Vuestra majestad ha dado a luz una hermosa dama.

—No —grité—. Tiene que ser un niño.

—Una criatura hermosa —continuó la partera—. Una niña fuerte y sana.

—No, no —grité—. No, no, no.

—Os la traeré. Es un pequeño primor.

Negué con la cabeza. No podía soportarlo. ¡Una niña! Catalina había tenido una niña y bastantes problemas estaba provocando.

—Es un error —dije.

La partera guardó silencio.

Me quedé tendida. Pero los profetas... los adivinos... habían dicho solo lo que el rey quería que le dijeran. No se habían atrevido a decir otra cosa. Yo había fracasado. Él ya estaba cansado de mí y todo cuanto yo había hecho, después de todos los problemas que había habido, era tener una niña. Catalina ya lo había hecho antes que yo.

Sentí las lágrimas correr por mis mejillas.

Enrique entró en la habitación.

¿Qué sentía? ¿Qué haría ahora? ¿Me censuraría por haberle fallado? Yo estaba demasiado cansada como para luchar.

Me miró.

—Una niña —dijo con cierto desdén.

No respondí. Me quedé allí tendida con las lágrimas resbalándome mejillas abajo.

Entonces lo miré, tan grande, tan brillante, tan poderoso.

—Os he fallado —dije—. Creí que podía daros un hijo varón. Dios está contra mí. Todos están contra mí. Soy odiada e injuriada. No hay nadie que me quiera. Hubiera sido mejor que muriera en el parto.

En Enrique había una poderosa vena sentimental. Él nunca me había visto así... humilde, quebrantada y desesperadamente infeliz.

Se acercó y me cogió en sus brazos.

—Éste es un golpe para ambos —dijo dulcemente—. Me habían prometido un hijo varón. Pero animaos. Tenemos tiempo, Ana. Tendremos nuestro niño. Esa criatura es fuerte y sana y Dios ha demostrado que podemos tener hijos sanos. El Señor hace esto para probarnos. Él me dará un hijo varón, lo sé.

—Os he fallado —repetí—. Estaba tan segura de que podía haceros feliz...

—¿Como ahora? —dijo él—. Todo está bien entre nosotros.

—No... ya no... —dije.

Había lágrimas en sus ojos; estaban húmedos de recuerdos.

—Todo irá bien —dijo—. Antes mendigaré puerta por puerta, que renegar de vos.

Esas palabras fueron como un bálsamo.

Recobré el ánimo; aquello no era más que un revés y el Cielo sabía que los habíamos tenido en abundancia.

Sentí que recuperaba las esperanzas. Yo, que había superado tantas cosas, superaría esto.

En cuanto él se hubo marchado, ordené que me trajeran la criatura. Cuando la tuve entre mis brazos la quise y en mi corazón no deseé que fuera en absoluto diferente. Ella era perfecta.

A las damas que se agruparon alrededor del lecho, admiradas por la perfección de mi hija, les dije:

—Ahora podrán llamar con razón a esta la alcoba de las vírgenes, puesto que ha nacido en ella una virgen en el día en que la Iglesia celebra la natividad de la Santa Virgen María.

Me sentía feliz. Era cierto que mi humor cambiaba con rapidez, pero éste era un cambio absoluto, de la desesperación a la gran felicidad.

Enrique había declarado que continuaba amándome y tenía entre los brazos a la más adorable de las hijas.

La vida volvía a sonreírme.

Mi decepción estaba olvidada. Se estaban haciendo los preparativos para el bautismo y las notificaciones, que ya se estaban enviando, habían sido corregidas sustituyendo las tres últimas letras de «príncipe» por «esa».

La ceremonia tendría lugar el día 10 del mes, cuatro días después del nacimiento.

Era maravilloso contemplar todo el esplendor que se estaba preparando en honor de mi hija.

Se le daría el nombre de Isabel, lo cual parecía apropiado, porque era tanto el nombre de mi madre como de la de Enrique. Se la bautizaría en la iglesia de Grey Friars, que estaba cerca del palacio. En la capilla se colgaron tapices riquísimos y a lo largo de todo el camino hacia la pila bautismal se esparcieron hierbas de dulce esencia.

Estaban presentes los más altos nobles del país y María Howard, prometida entonces al duque de Richmond, el hijo ilegítimo que Enrique había tenido con Elizabeth Blount, llevaba el vestido de bautismo tachonado de perlas y piedras preciosas. La anciana duquesa de Norfolk llevaba a la niña, bajo un palio que sostenían mi hermano George, dos de los Howard y otro miembro de nuestra familia recientemente ennoblecido, lord Hussey.

Desearía haber estado allí. Desearía haber podido ver al obispo de Londres oficiando la ceremonia con todos los ritos de la Iglesia de Roma. Cranmer fue su padrino; y la duquesa de Norfolk y la marquesa de Dorset, sus madrinas. Me hubiera sentido tan orgullosa al oír gritar al rey de armas Cáster: «Que Dios, desde su reino infinito, envíe una próspera vida larga a la alta y grande princesa Isabel»...

La procesión desde la iglesia al palacio fue alumbrada por 500 teas y alrededor de mi bebé marchaban los caballeros con antorchas; así llegaron a mi alcoba.

Tendí los brazos para recibir a mi pequeña, esa alta y grande princesa Isabel.

Y me regocijé en ella. No podría haber querido más a un hijo varón.

Quería conservarla conmigo, ser una madre para ella, y durante unos pocos días así lo hice. Era una niña muy hermosa, perfecta en todos los sentidos. Las damas decían, de verdad, que nunca habían visto una niña tan adorable.

Enrique la miraba con interés; ni siquiera él era inmune a su encanto y me daba cuenta de que comenzaba a quererla.

Él había cambiado desde aquella ocasión en la que me había dejado claro que sus sentimientos hacia mí ya no eran los mismos. No volví a oír hablar de la mujer a la que perseguía. Se había rumoreado que era la esposa de Nicholas Carew, una mujer muy atractiva, que no despreciaría un pequeño flirteo y cuyo marido podía muy bien no poner objeciones si estaba buscando el favor del rey. De todas formas, era ya agua pasada y yo podía decirme a mí misma que era, después de todo, perdonable. Él había sufrido una considerable cantidad de tensiones y yo, con un embarazo avanzado, no resultaba una compañera muy brillante. Si aquello era todo, tenía muy poco de qué quejarme.

Ahora estaba atento, me visitaba a menudo y hablaba del futuro y del hermano que tendría nuestra deliciosa hija.

Aquellos que habían pensado que el amor del rey por mí estaba muerto, tuvieron que cambiar entonces de opinión.

Él estaba deseando mi regreso a la vida normal. Se había sentido solo, decía, sin mí; aquello era lo más parecido a una excusa que él podía llegar a presentar por una infidelidad temporal, y tras haber sido víctima de un gran pánico, yo tenía sentido común suficiente como para aceptarlo.

Me sentía más fuerte cada día, tenía a mi hija conmigo y el rey me dedicaba su atención. Todo estaba bien. El próximo hijo sería sin duda un varón y entonces todo sería perfecto.

Mientras yacía en la cama, pensaba frecuentemente en la injusticia cometida con nuestro sexo. ¿Por qué no podía la niña que dormía en la cuna ser una monarca tan magnífica como cualquier hombre? Ella no podría, por supuesto, conducir sus ejércitos a la guerra, pero en cualquier caso las guerras eran estúpidas y raramente traían algo bueno para alguno de los bandos; quizá si hubiese más gobernantes mujeres habría menos estupideces de ese tipo.

Había logrado mi ambición de conseguir una corona; ahora tenía algo más por lo que trabajar: mi hija.

Isabel tenía que ser proclamada princesa de Inglaterra, título que hasta entonces había pertenecido a la princesa María.

Esperaba problemas por ese lado. La niña quería devotamente a su madre, lo cual era natural, por supuesto; durante mucho tiempo había pensado en sí misma como en la heredera del trono y sin duda había estado pensando que sería reina desde el momento en que pareció poco probable que su madre tuviese más hijos. Ahora estaba a punto de ser echada a un lado para que otra niña ocupara su sitio.

En aquel momento mi pequeña bebé, la princesa Isabel, era heredera al trono, puesto que en Inglaterra no existía ley sálica como en Francia y una niña tenía la oportunidad de alcanzar el trono a menos que naciera un niño que se lo quitara. Aquello siempre me llenaba de irritación.

Nunca me había dado cuenta antes de que tenía fuertes instintos maternales. ¡Cuán diferente se vuelve una cuando es madre! Yo quería ser para ella todo lo que debe ser una madre. No quería entregarla a cuidadoras. Ella era mía.

Con la nueva confianza que me inspiró la devoción de Enrique, declaré que la amamantaría.

Enrique se molestó, pues aquello exigía, por supuesto, que Isabel estuviera en la alcoba real, porque, si necesitaba atención en cualquier momento, tenía que estar cerca para proporcionársela. Vi el regreso de aquella ira fría de la que, no hacía mucho, había tenido un atisbo.

—Nunca he oído una cosa tal —dijo Enrique—. Una reina que haga ella misma de nodriza.

—Ésta es mi hija... nuestra hija.

—La niña debe estar con sus niñeras.

—Pero deseo...

—Deseo que se quede con sus niñeras.

—Y yo quiero que se quede conmigo.

—Olvidáis vuestra posición —dijo él—. Habéis subido demasiado alto. No comprendéis las costumbres de la realeza.

—Me habláis como si fuera una asquerosa cocinera.

—Pues, entonces, os ruego que no os comportéis como tal.

—¿Es asqueroso que una madre quiera a su hija?

—Es el deber de una reina recordar su posición.

Tenía ganas de gritarle: «Muy bien, no queréis aquí a mi hija. En tal caso me marcharé con ella». Pero ya antes había tenido una muestra de esta ira fría, que de vez en cuando volvía a mi memoria junto con aquellos ojos crueles y las

palabras: «Yo os he elevado. Fácilmente os puedo hacer descender». Sentí un estremecimiento de miedo.

—De acuerdo —me oí decir quedamente—, la llevaré con sus niñeras.

—Ése es el mejor sitio para ella —dijo él.

Luego se me acercó y me rodeó los hombros con un brazo; le sonreí y le devolví el beso, pero mi corazón estaba lleno de recelo.

A pesar de su negativa de tenerla en nuestra alcoba, Enrique dedicó gran atención al servicio de Isabel. Aceptó como nodriza a la esposa de un caballero llamado Hokart; dijo que la anciana duquesa de Norfolk sería la institutriz mayor, lo que le proporcionó a la anciana dama una hermosa residencia y seis mil coronas al año. Aquella parecía una buena elección, puesto que yo estaba emparentada con los Howard. Otra concesión que se me hizo fue el nombramiento de lady Bryan, cuyo esposo estaba emparentado con los Bolena, como institutriz. Estaba encantada porque sabía que lady Bryan era una buena mujer. Había sido, de hecho, institutriz de la princesa María, por lo que estaba acostumbrada a la posición que se le otorgaba.

Sin embargo, fue muy triste cuando, a los dos meses de edad, Isabel partió hacia Hatfiel, la cual sería su residencia; con ella marcharon aquellos a quienes el rey había elegido.

Tuve que aceptar su partida y prometerme que siempre que me fuera posible iría a estar con ella.

Llegado el momento, hubo problemas con María, que tenía que renunciar al título para que le pudiera ser otorgado a Isabel.

Era una niña pálida, de aspecto delicado, lo cual hacía asombrosa su osadía. Su actitud era desafiante y no parecía importarle en absoluto la ira del rey.

Para que Isabel tuviera sus derechos, era necesario que antes María renunciara a ellos.

Aquella niña rebelde se negaba a hacerlo y cuando los miembros del Consejo Privado fueron a verla para decirle que debía renunciar a su título, se negó a recibirlos hasta que hubo reunido a todo su servicio, a toda la gente que había cuidado de ella durante los últimos años, desde los jefes del servicio hasta el más humilde de los pinches de cocina. Luego, ante todos ellos, cometió la temeridad de declarar que no podía renunciar a un título que se le había otorgado por Dios y sus padres. Ella era una princesa; era la hija de un rey y una reina y ella tenía más derecho al título que la hija de la señora Pembroke. La princesa de Inglaterra no podía ordenarle a su servicio que se dirigiera a ella de ninguna otra

manera.

Me enfadé mucho cuando oí aquello. Al referirse a Isabel como a la hija de la señora Pembroke, estaba dando a entender que era ilegítima. No podía permitir aquello.

Di orden de que perdiera sus privilegios reales; no podría comer sola cuando lo deseara; la costumbre de que se probara su comida antes de que ella la tomara debía acabar y no podría comunicarse con su madre. Tal vez esto último fue cruel, pero estaba comenzando a darme cuenta de que en María tenía un enemigo tan formidable como el que tenía en Catalina y estaba indignada por lo que había dicho de mi hija.

María quería a su madre con una devoción casi fanática. Al volver la vista atrás, puedo imaginar lo mucho que deben de haber significado la una para la otra durante los años en los que Catalina estuvo luchando por su posición y la de su hija; y ahora, al conocer un poco más de la naturaleza humana, creo que en verdad cada una sufrió más por la otra que por sí misma.

Decidí que María debía ser enviada a Hatfield. No ignoraba que consideraría aquello como un insulto, pues estaría en una posición inferior en el servicio de la princesa Isabel a quien ella creía una usurpadora.

Pensé en ello simplemente como castigo, pues me habían molestado los insultos que me había dirigido al atreverse a referirse a la reina de Inglaterra como a «la señora Pembroke», dejando entender así que no era la esposa del rey, sino su amante.

Ya teníamos la Navidad encima y aquellas fiestas tendrían que superar a todas las demás, pues eran las primeras que celebraba como reina. Me rodeé de los genios de la corte, Weston, Bryan, Brereton, Norris, mi hermano y Wyatt. Reíamos de todo; nos comportábamos con frivolidad; organizábamos entretenimientos divertidos y al rey le gustaba estar en nuestra compañía para olvidarse de ciertas ansiedades que a veces se le hacían muy pesadas de sobrellevar. Clemente había ya emitido su veredicto, el cual declaraba válido el matrimonio entre Catalina y Enrique, lo cual significaba, por supuesto, que el nuestro no lo era.

Enrique había hecho caso omiso del veredicto del papa, dictado obviamente bajo las órdenes del emperador Carlos; sin embargo, aquello lo colocaba en un dilema. Sería excomulgado y no era fácil desafiar un edicto semejante, sobre todo por la reacción que una medida semejante despertaría en el pueblo. Muchos ingleses eran católicos empedernidos y si Enrique era excomulgado, significaría

que lo era todo el país. No le quedaba más alternativa que romper con Roma; pero aquello no significaba un rechazo de la religión en su totalidad, sino simplemente un cambio del cabeza de la Iglesia. Todo podía continuar como antes, los mismos rituales, las mismas ceremonias, pero la Iglesia de Roma sería ahora la Iglesia de Inglaterra y Enrique sería el jefe de la religión en lugar del papa.

Había sido la idea de Thomas Cromwell y a Enrique le parecía la única solución existente.

Sin embargo, fue una gran fuente de ansiedad debido a la reacción del pueblo, que ya murmuraba.

Así pues, por todo eso aquellas debían ser unas Navidades muy felices. Estaba en mi naturaleza la capacidad de dar rienda suelta a un exceso de alegría cuando el futuro estaba cargado de peligros y en mí siempre ha habido una vena de imprudencia que ahora estaba próxima a la histeria. Reía, quizá de una forma un poco frenética, y aunque durante todo aquel tiempo no me daba cuenta de los grandes peligros que me amenazaban, las advertencias daban señales de alerta en mi cabeza. Nunca me sentiría del todo segura después de la escena en la que Enrique había puntualizado el poder que tenía para destruirme.

Aquella Navidad bailamos, participamos de las mascaradas y fuimos felices.

No podían ignorarse los hechos. Enrique había desafiado al papa y solo le quedaba un camino expedito si quería evitar el desastre y la discordia que la excomunión acarrearía para el país.

El día de Año Nuevo se declaró cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Había roto con Roma y había dejado claro que no deseaba cambiar en absoluto la religión. De hecho, se opuso a las enseñanzas de Martín Lutero; no estaba a favor de la reforma doctrinal. Lo único que había cambiado era que ahora los derechos del papa pertenecían a la Corona.

El rey no se hallaba solo en este viaje, pues muchos de los estados germánicos que eran firmes partidarios de Martín Lutero ya habían hecho lo mismo. Se haría una traducción de la Biblia al inglés, lo cual sería maravilloso, pues así podría leerla mucha gente que no había podido hacerlo antes. Seguramente verían las ventajas de eso.

Aquel fue un año problemático y todo parecía salir mal.

Yo volvía a estar embarazada, lo cual encantó a Enrique, cuya ternura volvió

a aparecer. Esta vez estaba seguro de que tendríamos un varón. Yo ansiaba desesperadamente un niño, pues me otorgaría una seguridad que la pequeña Isabel no podía darme. Veía a la pequeña siempre que me era posible. Era encantadora y, estaba segura, mucho más inteligente que otros niños de su edad. De aspecto se parecía más a su padre que a mí. Sus ojos azules eran brillantes e inquisitivos y su cabello brillaba como el oro. Era una niña hermosa.

Cuando iba a ver a Isabel a Hatfield me encontraba, por supuesto, con la desagradable presencia de María, que era una niña insolente. Cuando le dijeron que había venido la reina Ana, ella respondió:

—¿La reina Ana? No conozco a ninguna reina con ese nombre. Solo existe una reina de Inglaterra y es Catalina.

¿Qué se podía hacer con una niña así? ¿Soportarla? Poco bien haría eso. Yo la detestaba y no la veía cuando iba a Hatfield. Podría haberla obligado a estar presente, pero no quería hacer eso.

Dije a las damas que tenían que ser más severas con ella y no aguantarle pataletas.

Enrique iba a Hatfield a ver a Isabel, lo cual me complacía. Yo no lo acompañaba porque no cabalgaba, debido a que estaba tomando todas las precauciones posibles. Nada debía ocurrirle al niño que llevaba dentro. Una vez que tuviera un hijo varón, estaría a salvo. Era un gran alivio no tener que temer nunca más al papa, quien había perdido su poder sobre Inglaterra.

Oh, sí, me aseguraba a mí misma, en cuanto tuviera a mi hijo todo iría bien.

Había inquietud en todo el país. Durante años el papa había sido casi como Dios para ellos, y le habían obedecido sin discutir. Para aquellas personas ignorantes no era un hombre, sino una deidad.

Ahora el rey lo había desafiado y todo por una bruja de ojos negros.

Me culpaban de todo, acusándome de tener poderes otorgados por el Diablo.

Se me culpaba de cualquier desgracia que aconteciera, y así, si, por ejemplo, llovía demasiado era el disgusto de Dios por la ruina atraída sobre la Iglesia por una bruja.

En Hatfield, cuando aparecía María, la vitoreaban como lo hacían con Catalina en el *moor*. La gente hablaba libremente de los desastres que caerían sobre Inglaterra. Thomas Cranmer y Thomas Cromwell decidieron hacer algo al respecto.

En el reino todos conocían a la monja de Kent. Su nombre era Elizabeth Barton y se trataba de una mujer que poseía elocuencia y cierta capacidad

persuasiva. De hecho había sido sirvienta de la casa de un tal Thomas Cobb, a su vez mayordomo de una de las residencias del arzobispo Warham. A los veinte años sufrió una enfermedad misteriosa que la había convertido en una maníaca religiosa. Había comenzado a tener visiones y estaba obsesionada con el pecado. Así comenzó a adquirir reputación de santidad y la gente creía realmente que estaba poseída de la gracia del Espíritu Santo.

Warham era un viejo idiota y afortunadamente se había muerto y así posibilitó la entrada en el escenario de Thomas Cranmer con su frío sentido común. Warham había suscrito la creencia de que Elizabeth Barton poseía inspiración divina y le había enviado mensajes diciéndole que no debía ocultar lo sagrado ni las palabras que Dios le transmitía durante aquellos trances. Alrededor de esta época había dejado de ser sirvienta del personal de la casa de Cobb y estaba viviendo como miembro de la familia.

La mujer continuó profetizando y el prior de Christchurch, en Canterbury, la había tomado a su cargo. Se la instruyó en los caminos del Señor y la vida de los santos. Se creía que la Virgen María hablaba a través de ella. Sospecho que muchos de estos sacerdotes estaban buscando formas de sostener a la Iglesia que ya declinaba. Cuando Martín Lutero había clavado sus tesis en la puerta de aquella iglesia, dio comienzo a un proceso de gran importancia que tiene que haberle proporcionado momentos de inquietud a más de un sacerdote.

Se suponía que Elizabeth Barton había hecho milagros. La Virgen María, según Elizabeth Barton, le había ordenado abandonar Aldington y establecerse en Canterbury. Nadie se atrevía a desobedecer las órdenes de la Virgen María, por lo que a la mujer se le cedió una celda en el priorato del Santo Sepulcro.

Warham había presentado a Enrique las profecías de la monja de Kent y el rey las consideró desvaríos de una idiota dirigida por clérigos que la manipulaban.

Sir Tomás Moro había escrito un libro acerca de un caso similar. Era el de una niña de doce años llamada Anne Wentworth, aunque ella después negó creer en sus propias profecías; pero como sir Tomás Moro había escrito sobre ella como de alguien genuinamente inspirado y él era un hombre de gran reputación en todo el país, aquello sirvió para acrecentar la fama de Elizabeth Barton.

El divorcio del rey era algo que sería naturalmente muy apropiado para una profecía y la monja lo prohibió en nombre de Dios.

Que una estúpida campesina se atreviera a decirle lo que tenía que hacer, encolerizó a Enrique, pero Elizabeth Barton parecía no temerle.

Le habían dicho del Cielo (no aclaró si la Virgen María o el mismo Dios), que, si el rey repudiaba a la reina Catalina, ya no sería soberano de su reino y tendría una muerte de villano.

Aquella mujer era una verdadera molestia. La gente la escuchaba y, debido a que contaba con el apoyo de la Iglesia, estaba dispuesta a creerle. Grandes hombres se interesaban por ella, de los que Fisher era uno; hasta sir Tomás Moro fue a visitarla y no intentó tratarla como a la charlatana que era. La monja de Kent se había convertido en una adivina de buen tono. Comenzó a ser invitada a la casa de los nobles para que pudiera profetizar para ellos. Su fama crecía y tenía muchos seguidores en todas las clases sociales.

Resultaba más bien divertido que hubiera profetizado que, si Enrique se casaba conmigo, moriría en el lapso de un mes. Resultó un poco embarazoso para ella que el rey estuviera aún vivo y gozando de buena salud un mes después.

Pero no era completamente tonta. Dijo que la profecía había sido poco explícita; que ella había querido decir que ya no sería rey a los ojos del Cielo.

Thomas Cromwell había hablado muy seriamente con el rey acerca de esta mujer. Ya no debía considerársela como a una inocentona, pues estaba causándole gran daño al monarca y al país y demasiadas personas influyentes eran amigas suyas. Por todo ello debía ser arrestada.

La monja de Kent fue presa al poco tiempo.

Se podía confiar en que Cromwell manejaría el asunto de una forma sutil que causara a la nación la menor cantidad de problemas posible. No la pasó a sentencia inmediatamente, cosa que podría haber hecho, sino que la mantuvo en prisión y la sometió a exámenes. Se le disparaban las preguntas una tras otra y no fue torturada. Él creyó que aquello era innecesario y que acarrearía la habitual protesta de que había confesado bajo tortura. En ese caso, él podría haber contestado que seguramente sus amigos, Dios y la Virgen María, podrían haber acudido en su ayuda, pero era más astuto que todo eso.

Ella era, después de todo, una mujer simple, cuya única educación consistía en temas religiosos; al no tener a sus mentores junto a ella, se había desmoronado bajo el experto interrogatorio de Cromwell. La hizo confesar que nunca había tenido ninguna visión del Cielo y que cuanto había dicho era producto de su imaginación y tenía por finalidad satisfacer a aquellos que la habían cuidado y de obtener para sí las alabanzas del mundo.

—Eso es lo que necesitábamos —dijo Cromwell con deleite. Había tomado

la precaución de detener también a los dos monjes que la habían instruido y antes de que pasara mucho tiempo tenía también la confesión de ellos.

—Por la Santa Madre de Dios —exclamó el rey—, el amigo Cromwell sabe cómo llegar al corazón de los asuntos. Hombre inteligente. Desearía que me gustara más, pues se lo merece por su cerebro. Me gustaría que el resto de su persona me complaciera igualmente.

Se celebró un juicio ante el tribunal criminal, en el que todos confesaron y fueron declarados culpables. Lord Audley, el lord canciller, declaró que Elizabeth Barton había conspirado para derrocar al rey y que el castigo era la muerte.

Se les volvió a llevar a la prisión y Cromwell creyó que debían hacerse averiguaciones acerca de quienes habían apoyado a la mujer; y a principios de aquel trascendental suceso, Elizabeth Barton continuaba en prisión en espera de que se cumpliese su sentencia.

Entre tanto, aquellos que la habían conocido y declarado que era realmente una mensajera del Cielo, se hallaban en una posición precaria. Entre ellos se hallaban los ilustres Fisher y Moro. Muchos le aseguraron a Cromwell que, a pesar de que habían escuchado las profecías, no las habían creído. Habían estado probando a la monja y querían asegurarle al rey que nunca habían tenido pensamiento alguno de traición hacia él. Fisher y Moro admitieron haber ido a ver a la monja y hablado con ella, pero aquello solo había sido para ponerla a prueba. El apoyo otorgado por Fisher había sido poderoso y no se libró. Sin embargo, sir Tomás Moro demostró que él le había avisado que no se metiera en política, y negó firmemente haber dicho alguna vez que ella tenía poderes proféticos.

El rey le tenía mucho afecto a Moro. Le gustaba visitarlo en la casa de Chelsea donde vivía rodeado de su familia, con mayor sencillez de lo que lo hacían los hombres que se hallaban en su misma posición. Esta felicidad doméstica complacía al rey, y Moro era, por supuesto, un hombre brillante, quizás el más brillante del reino, y su conversación era ingeniosa.

Así que Enrique se sintió feliz cuando la explicación de Moro fue aceptada.

La monja de Kent estaba en prisión esperando la muerte y muchos de aquellos que habían estado dispuestos a cuestionar la acción del rey ya se habían dado cuenta de que no sería prudente volver a hacerlo.

Se armó un gran alboroto por todo el país. Monjes y sacerdotes predicaban osadamente contra la ruptura de relaciones con Roma; la gente se congregaba en

las calles y hablaba de la maldición que caería sobre Inglaterra. Cromwell quería que se proclamaran leyes más estrictas. Decía que debían imponerse severos castigos para frenar la creciente revuelta.

La monja de Kent fue quemada en la hoguera. Era un ejemplo de lo que se haría con aquellos que hablaran en contra del rey.

Entonces me ocurrió algo terrible, para lo que no hubo razón aparente. Perdí el niño que llevaba en el vientre y que era varón.

No podía comprenderlo. Yo era sana y capaz de tener hijos fuertes. Isabel no tenía ningún problema, excepto que era una niña.

Y allí estábamos, regidos por el mismo patrón que antes se le había impuesto a Catalina. Aquel era el primer aborto... y también un varón. ¿Cuántas veces le había ocurrido eso a Catalina? Demasiadas como para recordarlas.

Yo tenía el corazón partido y el rey estaba amargamente decepcionado.

—Aún podemos tener nuestro niño —dijo.

Y tuve que consolarme porque a mí no me culpaba como había hecho con Catalina. Yo no quería que el pueblo supiera de mi desgracia, ya que, si se enteraba, comenzarían las murmuraciones acerca de la ira del Cielo.

Yo estaba tensa y preocupada.

Pero Enrique aún estaba enamorado de mí. No había vuelto a repetirse aquella alarmante actitud suya anterior al nacimiento de Isabel.

Muy pronto volví a estar embarazada. Esta vez, me dije a mí misma, todo tenía que salir bien.

Inglaterra había cambiado. Temeroso de las murmuraciones del pueblo y la gran controversia que se había levantado a raíz del rompimiento con Roma, Cromwell había creído necesario decretar nuevas leyes. En el pasado, si un hombre se levantaba en contra del rey, era un acto de traición que podía muy bien acarrearle una sentencia de muerte. Ahora era un crimen incluso el solo hecho de hablar contra el rey.

La gente tendría que medir sus palabras y aquello creaba un estado de cosas muy incómodo, porque cuán fácil resultaba que un enemigo informara de una observación traidora hecha por alguien a quien quería perjudicar.

Por primera vez en su vida el rey era realmente impopular y se resintió de ello. Era él quien había insistido en el divorcio y en el rompimiento de relaciones con Roma, pero aprendí una cosa acerca del carácter de Enrique, y era que, cuando algo iba mal, él miraba a su alrededor en busca de alguien a quien culpar; había momentos en los que lo sorprendía mirándome con expresión calculadora.

Yo no hacía ningún comentario al respecto, pues tenía miedo.

Sin embargo, volvía a estar embarazada, y eso suavizaba la actitud de Enrique hacia mí.

Entonces perdí al niño.

Aquello fue atemorizador. Comencé a sospechar que era Enrique quien no podía tener hijos sanos. De todos sus embarazos, Catalina solo había tenido una niña, María; y María era difícilmente la imagen de la salud. Había tenido un hijo varón con Elizabeth Blount, pero el duque de Richmond poseía una cierta calidad etérea, como si no fuera a permanecer demasiado tiempo en este mundo. Y yo... sana en todos los sentidos, había perdido dos hijos varones. Era verdad que había tenido a Isabel, que estaba llena de vitalidad, pero había perdido los varones. En todo esto parecía existir algo significativo.

Enrique estaba amargamente decepcionado.

—Dos varones perdidos —dijo, mirándome como si fuera debido a algún fallo mío.

Antes había vencido aquellos pequeños miedos, pero ahora no podía hacerlo con facilidad.

Era menos tierno y estaba dispuesto a contradecirme como si disfrutara estando en desacuerdo conmigo.

Fue Jane Rochford quien me contó que había renovado sus atenciones hacia la dama que había perseguido durante mi embarazo de Isabel.

—¿Vais a soportar eso, Ana? —me preguntó—. Ésta es vuestra corte. Sois la reina.

—No voy a soportarlo —dije.

—¿Y qué haréis al respecto?

—Hablaré con el rey.

—¿Creéis que eso sería prudente?

—¿Qué queréis decir?

—Que podríais incurrir en su enojo.

Me di cuenta de que el estado de nuestras relaciones era conocido. Yo también tendría que haber visto que él podía enojarse conmigo, pero era de las que actúan primero y piensan después.

—Es molesto para mí que toda la corte sepa que tenéis una amante —le dije. Sus ojos se entrecerraron.

—En ese caso, señora —dijo él—, tendréis que continuar estando molesta.

—Os atrevéis a pavonearos con ella... aquí en la corte. Sin duda podríais

tener la discreción de intentar ocultar que sois un esposo infiel.

—Deberíais mostrar más gratitud por todo lo que he hecho por vos.

—¿Y convertirme en vuestra siempre sufriente esposa? —grité—. Como Catalina... quedándome al margen y mirando vuestras aventuras con otras mujeres... ¿Creéis que toleraré eso alguna vez?

—Tendréis que tolerar lo que os den —dijo.

—No lo haré.

Él se encogió de hombros y me giró la espalda.

—Enrique... habéis olvidado...

Él se volvió hacia mí y en sus ojos había aquella fría mirada atemorizadora.

—No olvido lo que he hecho por vos. Os he elevado... y os digo que puedo haceros descender. Muchos son los que me incitan a que lo haga. Vos debéis recordar... Os elevé de la nada...

—¡De la nada! —grité yo—. ¿Llamáis nada a un miembro de la familia Howard? Hay quienes... —me detuve a tiempo. Estaba a punto de decir que había quienes pensaban que los Howard eran más reales que los advenedizos Tudor. Tenía que refrenar mis emociones. Tenía que tener cuidado y recordar el gran poder de aquel hombre. Él tenía razón cuando decía que podía hacerme descender. Podía y, que Dios me ayudara... en aquel momento creía que lo haría.

Me estaba mirando y vi odio en sus ojos.

—He hecho mucho por vos —dijo lentamente—, y debido a eso os dais demasiados aires. ¿Y qué es lo que me habéis dado vos? ¿Dónde están los hijos varones que me prometisteis?

—No es culpa mía que no tengamos hijos varones.

La expresión de hombre pío se apoderó de su rostro.

—No alcanzo a ver por qué Dios tendría que castigarme a mí.

Así que él daba a entender que Dios me estaba castigando a mí. Cuando las cosas no salían bien, jamás tenía que ser culpa de Enrique. Siempre tenía que haber otros a quienes culpar.

—Quizá si renunciarais a vuestros flirteos y le prestarais más atención a vuestra esposa...

Se volvió hacia mí con los ojos entrecerrados y el color flameando en su rostro una vez más.

—Tendríais que contentaros con lo que he hecho por vos —dijo—. Os diré una cosa: no volveré a repetíroslo.

Dicho esto, salió de la habitación.

Yo temblaba de furia. Era difícil creer que hubiera cambiado tan rápidamente. Cuando pensaba en cómo me había perseguido, cómo había aguantado mis pataletas, y admito que había habido algunas muy poco razonables, cuán tierno había sido, cuán humilde... No podía comprender lo que había ocurrido. Estaba comenzando a darse cuenta del alto precio que había pagado por mí, ¡y no cabía duda de que lo estaba lamentando!

Entró Jane Rochford. Creo que escuchaba tras las puertas. Era una mujer estúpida y osada; un día la sorprenderían. Si ella escuchaba tras las puertas del rey y él llegaba a descubrirla, yo podía imaginar su furia. El clan Bolena no contaba demasiado con el favor del rey a pesar de que uno de sus miembros fuese la reina.

—Esa mujer es una serpiente —me dijo—. He oído decir que lo ha envenenado contra vos. Ya sabéis lo que ocurre... durante la noche... cuando se comparte una almohada.

Su mirada era astuta. Sabía que estaba tratando de herirme encubriendo sus palabras bajo una apariencia de comprensión. Debería enviársela fuera de la corte antes de que pudiera causar un daño real.

—Estoy cansada, Jane —dije—. Y quiero descansar.

—Por supuesto que estáis cansada. ¡Quién no lo estaría! Estáis preocupada, ¿verdad, Ana? Es terrible para vos. Os comprendo.

—Gracias —dije—. Buenas noches.

—Estaré pensando en vos. Voy a hacer todo lo que pueda para ayudaros. Las mujeres suelen enfermar de melancolía después de perder un embarazo. Sé muy bien cómo os sentís. Pero todo irá bien. Pensaré en algo.

Deseaba que se marchara. Era taimada y estúpida. George a menudo lo decía. Yo sabía que no me tenía ningún aprecio y que estaba celosa por el afecto que su esposo me profesaba.

Había sido una tonta al permitirle venir a la corte, pero resulta difícil rechazar a la propia cuñada.

Jane buscó camorra con la amante de Enrique y ambas se injuriaron seriamente. El asunto se comentó: la cuñada de la reina y la amante del rey. Una combinación interesante.

Aquella era mi oportunidad y mandé llamar a la mujer.

—No quiero pependencias en mi corte —le dije—. Debéis marcharos inmediatamente.

Yo había sido tonta, pero en aquel momento actué con inteligencia.

Mentalmente aún estaba viviendo en los días en que Enrique me adoraba hasta tal punto que podía actuar con temeridad sin que ello me acarreará daño alguno.

Yo era la reina, me decía. Era la persona más poderosa de la corte... después de Enrique.

La mujer fue a ver a Enrique.

Por supuesto, él no iba a permitir que se la despidiera de la corte. Ella tenía que haberle contado la querella que había tenido con Jane Rochford, y siendo como era Jane, yo sabía que la habría provocado de la manera más torpe. No era la favorita de Enrique quien se marcharía de la corte, sino Jane. Mi cuñada había sido siempre una estúpida y, poco tiempo antes, cuando su odio hacia mí era tan poderoso, no había podido reprimirlo y había hablado, indiscretamente por supuesto, de su lealtad hacia Catalina. Aquello fue citado ahora en contra suya y como resultado de su intriga fue enviada a la Torre.

El descontento aumentaba. Era muy poco probable que un monarca, incluso uno tan poderoso como Enrique, pudiera hacer cambios tan drásticos en la religión de su país sin que hubiera repercusiones.

El pueblo temía a Enrique. El hombre cordial y franco, que habían conocido cuando era joven, había cambiado, y podían ver ahora cuán porfiado podía ser cuando se le negaba algo. Seguramente ningún otro soberano de Europa hubiera cometido la temeridad de romper con Roma.

Sin embargo, no todos los nobles estaban dispuestos a doblegarse ante su deseo y esto era especialmente cierto en el caso de los nobles del norte, pues eran ellos mismos la ley y se consideraban, según yo sabía por Henry Percy, los gobernantes naturales de la región. Estaban demasiado lejos como para sentir por el rey el temor reverencial de aquellos que pasaban la vida cerca de él.

Uno de aquellos era lord Dacre de Naworth. Él había sido siempre uno de los más fervientes partidarios de Catalina y un católico; además de tener amistad con Eustace Chapuys, el embajador español, esperaba la oportunidad de deshacerse de mí para rehabilitar a la reina destronada.

Aparentemente, Dacre y Chapuys habían mantenido estrecho contacto. El primero había estado en negociaciones con los escoceses pues planeaba, junto con Chapuys y otros, convencer a los escoceses de que invadieran Inglaterra, donde se les unirían hombres como Dacre, para obligar al rey a abandonarme, volver a aceptar a Catalina y regresar bajo el cetro de Roma.

Thomas Cromwell tenía espías por todas partes, e interceptando cartas se enteró de lo que estaba ocurriendo. Dacre fue arrestado en el acto, acusado de traición y enviado a la Torre en espera de juicio.

La causa parecía perdida para él. Fue procesado ante sus pares; el hecho de que Dacre no resultara condenado fue una clara indicación de cómo había decaído la popularidad del rey.

Había algunos miembros de la nobleza que consideraban a Cromwell una criatura plebeya que se arrastraba para conseguir la confianza del rey. Eran los celos de Cromwell lo que había llevado a Dacre ante sus jueces. Dacre había hablado tan apasionadamente en mi contra, que creyeron, y con razón, que yo deseaba ver su fin. Dacre era un hombre inteligente; se dirigió a la corte y habló durante siete horas de forma tal que los pares se pusieron de su lado. Él pensaba que algunas personas de sangre inferior, refiriéndose a Cromwell y a mí, estaban intentando gobernar el país, con los resultados que habíamos visto. Él no era un traidor. Era un inglés leal que estaba horrorizado de ver el camino que había tomado su país.

Para asombro de todos y furia del rey y Cromwell, Dacre fue absuelto.

Aquello era una indicación del peligro hacia el que nos dirigíamos.

Pero aún quedaban cosas peores por venir. Cuando se dio la noticia de la absolución, la gente de Londres salió a las calles a encender hogueras, a bailar y cantar; querían expresar su deleite porque no hubiese sido hallado culpable un hombre que se había atrevido a decir lo que pensaba y a expresar unos sentimientos que todos ellos compartían.

Comenzó a circular el rumor de que Cromwell había dicho que todo sería más fácil si Catalina pasara a mejor vida y se llevara a su hija con ella. Aquello fue interpretado como una amenaza contra sus vidas y, como de costumbre, cargué con la culpa.

Nadie en el país tenía más enemigos que yo; contra mí se citaba todo aquello que era posible. Se malinterpretaban mis más ligeras observaciones.

Ahora se decía libremente que estaba planeando hacer envenenar a Catalina. Me sabía rodeada de espías. Jane Rochford había sido liberada de la Torre; su reclusión había tenido la sola finalidad de asustarla y castigarla por haberse atrevido a intentar que desterraran a la amante de Enrique de la corte. Era de esperar que se hubiera vuelto más prudente después de dicha experiencia, pero eso era esperar demasiado de Jane.

Mis nervios estaban hechos trizas. Reaccionaba con violencia a la mínima

provocación, cosa que no me hacía muy querida por los que me rodeaban. Tenía pocos amigos y entonces sabía cuánto los necesitaba.

¡Qué lugar tan incómodo estaba resultando la cima para mí! El único placer real lo obtenía de mi hija, a quien podía visitar solo de vez en cuando. Advertía, también, cómo estaba cambiando la conducta de aquellos que me acompañaban. En Hatfield House, muchos de los miembros de mi séquito se escabullían de mi presencia para ir a ofrecer sus respetos a María. Aquello solo podía significar una cosa: mi poder estaba menguando y ellos lo sabían.

El rey había querido a María. Durante mucho tiempo ella había sido su única hija. No había sido hasta que ella se puso tan resueltamente del lado de su madre, y se había negado a obedecerle, que Enrique se había vuelto contra ella.

A la corte llegó la noticia de que estaba enferma; no pude evitar alegrarme y la gente lo advirtió. Naturalmente, si la niña moría, me sentiría mucho más segura. Mientras viviera sería una amenaza para Isabel, y uno de mis mayores deseos era que, si no podía tener hijos varones, Isabel fuera la heredera al trono. Quizá dije esto en un momento de irreflexión. Catalina estaba enferma de hidropesía y su salud era precaria y, bueno, la situación sería considerablemente más cómoda si ni ella ni su hija existiesen.

Esto era lógico, y mucha gente tenía que estar de acuerdo con ello.

Lo que resultó más inquietante fue la preocupación del rey cuando se enteró de la enfermedad de su hija. Inmediatamente le envió a su médico.

Jane Rochford me comentó que había oído decir a Thomas Cromwell que el rey quería a la princesa María cien veces más que a la nacida posteriormente.

—¡No lo creo! —grité.

—Es lo que dijo Cromwell. Pero, por supuesto, no es verdad.

Yo sabía que era cierto. Isabel era demasiado pequeña como para interesarle. Más aún, era mi hija y él se estaba cansando de mí.

Enrique demostraba ciertamente una gran solicitud hacia María; dijo que, si se enteraba de que alguien la trataba con dureza, esa persona tendría que responder ante él.

Su conciencia comenzaba a preocuparlo y eso no anunciaba nada bueno para mí.

Clemente murió, pero no había motivo alguno para alegrarse de ello. El papa Pablo III, su sucesor, era muy diferente. Había tomado la firme resolución de traer a Enrique de vuelta bajo el cetro de Roma y manifestaba cierta cordialidad hacia él. Aquello podría haber sido una buena cosa si no hubiese habido un

cambio en la actitud de Francia hacia nosotros. Francisco había sido un buen amigo nuestro durante la controversia del divorcio y nos había ayudado considerablemente en lo relativo al matrimonio. Me gustaba creer que sentía buena disposición hacia nosotros debido a los recuerdos del pasado, pero los gobernantes no tienen sentimientos semejantes y sus actos son invariablemente dictados por la experiencia.

Él ahora ofrecía renovar las negociaciones de matrimonio entre María y el delfín. Aquello me hizo pedazos porque equivalía a decir que María era legítima, y en tal caso, ¿cuál era mi posición? ¿Y la de Isabel?

El almirante Chabot de Brion llegó a Inglaterra para discutir la posibilidad de dicha unión. Yo estaba muy tensa porque sentía que de aquella decisión dependían demasiadas cosas. Era muy significativo el hecho de que Francisco pudiera llegar a sugerirlo. ¿Qué estaba sucediendo a mis espaldas? Estaba tan nerviosa, que me sentía a punto de estallar en lágrimas en cualquier momento. Sin embargo, había momentos en los que se me imponía lo humorístico de la situación. Durante todos aquellos años había sido muy apasionadamente perseguida y había eludido la captura. Suponiendo que hubiera cedido antes a la persecución, ¿me habría hecho a un lado mucho tiempo atrás? Cuando pensaba en ello, sentía ganas de reír... no reír de felicidad, sino de algo parecido a la histeria.

Tenía que tener cuidado. Debía controlarme.

Pero, si Francisco solicitaba la mano de María para el delfín, ello tenía que significar que la consideraba legítima. No había otra posibilidad.

Pensé que podría tener alguna oportunidad de hablar con el almirante Chabot de Brion. Él había sido uno de mis admiradores de la corte francesa en los viejos tiempos. Había coqueteado conmigo de forma simpática y expresado su admiración por mi persona. Creía que podría pedirle que me informara acerca de los motivos de Enrique. Pero él no intentó tener una reunión conmigo, cosa que resultaba extraña; de hecho, no respondía a las buenas maneras de las que los franceses estaban tan orgullosos.

Así pues, no pude averiguar nada acerca de la negociación y Enrique dejó bien claro que no tenía intención de decirme nada. Mi comportamiento para con su hija María había sido tal, que yo era la última persona con la que él querría discutir su futuro.

El almirante estaba a punto de marcharse a Francia y ofrecimos un banquete para despedirlo. Yo estaba sentada a la mesa del estrado con él a la derecha. La

conversación había sido formal y Enrique parecía un poco más afable. Yo aún tenía un aspecto más atractivo que la mayoría de las mujeres a pesar de mis ansiedades, y cuando advertí sus disimuladas miradas de aprobación, se me levantó un poco el ánimo.

Hablamos de la partida del almirante y Enrique me preguntó si me había despedido de Gontier, el secretario en jefe del almirante. Le respondí que no.

—Iré a buscarlo —dijo él entonces.

Era muy sorprendente que Enrique fuera a buscar a un secretario. Entonces vi que abandonaba el salón y casi inmediatamente su amante se deslizó tras él.

No pude evitarlo. La tensión pareció estallar. Había salido para poder estar con ella. Pensé en cómo solía perseguirme y repentinamente me eché a reír. Era una risa terrible, pero no pude contenerla.

El almirante pareció muy molesto porque la gente nos miraba.

—¿Os burláis de mí, señora? —preguntó entonces, en un tono de voz más bien frío.

—Oh, no, no —le dije—. No tiene nada que ver con vos, almirante. Estaba riendo porque el rey acaba de ver a una dama y todo otro pensamiento ha abandonado su cabeza.

No podía parar de reírme. El almirante tenía fija la fría mirada.

Estaba haciendo todo lo posible por reprimir aquella risa histérica, y sentía terror de que se transformara en llanto.

Más tarde vi a Enrique y le pregunté si había pasado un rato agradable con su amante.

—Deberíais cuidar vuestra lengua, señora —me dijo.

¡Cuánta razón tenía! Pero no conseguía reprimirme. Sabía que estaba actuando como una estúpida. Si tan solo hubiera podido enfrentarme a la situación tal y como era y planear las cosas con calma...

—El tratamiento que le dispensasteis al almirante no fue muy bien recibido —le dije—. Es una lástima que vuestra pasión os hiciera olvidar vuestro deber para con vuestros invitados.

Se volvió hacia mí y vi claramente el odio en sus ojos. Pensé: «Siente hacia mí lo mismo que sentía hacia Catalina».

¿Cómo podía haber ocurrido tan pronto?

Había planes en sus ojos. ¡Cuán bien lo sabía yo! Esa boca fruncida que podía tener un aspecto tan pío cuando él estaba planeando actos de crueldad. Los ojillos mirando al cielo y presentando su argumento de forma conveniente para

ganar la aprobación divina.

Instintivamente supe que estaba planeando deshacerse de mí como había planeado deshacerse de Catalina.

Yo temblaba de miedo.

—¿Tengo licencia de vuestra majestad para retirarme? —pregunté con ironía.

—Se os concede con la mayor de las alegrías —gruñó.

Mi ánimo se elevó un poco cuando me enteré de que la petición de la mano de María por parte de Francisco había sido denegada por Enrique, sobre la base de que era una hija ilegítima; en su lugar, había ofrecido la mano de Isabel para el duque de Angulema, un hijo más joven de Francisco.

Veía muy a menudo a George en aquella época. Era mi verdadero amigo. La actitud de mi padre hacia mí se había hecho más indiferente; Norfolk nunca me había demostrado mucha cordialidad. Ahora se estaban volviendo contra mí porque yo estaba perdiendo el favor del rey. María seguía siendo la de siempre, por supuesto, pero siempre había resultado ineficaz. A pesar de todo, era bonito sentir el afecto de una hermana. Había llegado a la corte poco tiempo antes y ocasionalmente veía a mi madrastra, que estaba tan cariñosa como siempre. Me gustaba tener a mi familia cerca.

Todavía tenía mis admiradores, que continuaban siendo fieles. Brereton, Norris y Wyatt estaban constantemente en mi compañía, y me expresaban su devoción, lo cual era un gran consuelo en medio de aquel clima tan mudable.

George estaba con nosotros y él y yo hablábamos a solas siempre que podíamos. A veces estaba un poco sombrío, pues se daba perfecta cuenta de que la actitud del rey hacia mí estaba cambiando.

—Tendréis que caminar muy cautelosamente —me advirtió—. Se ha estado comportando durante demasiado tiempo como un amante embobado. La fiera domada puede convertirse en una bestia salvaje. El enojo y el resentimiento están latentes... prontos a estallar.

—Ya lo sé —le respondí.

—Nadie se atrevería a hablaros como lo hago, Ana. Me preocupa. Podríais estar en peligro.

—Sé de su infidelidad. Se ha cansado de mí. ¿Cómo puede haber ocurrido tan pronto, George?

George se quedó pensativo.

—Debe haber absoluta franqueza entre nosotros dos —dijo luego—. Se ha metido a sí mismo en una situación muy difícil. Fue un movimiento imprudente romper con Roma.

—Francisco, que parecía apoyarnos, parece ahora haberse vuelto completamente del revés. Los franceses habían sido muy afables conmigo. Ahora se muestran distantes.

—No deposites tu confianza en los monarcas, Ana. Van en la dirección que más los beneficia. A Francisco le convenía ponerse del lado de Enrique porque era ir en contra de Carlos. Pero ahora es diferente. Ahora es ir en contra del mundo católico romano.

—Él hizo todo eso por amor a mí.

George me miró con tristeza.

—Él os deseaba enormemente, pero quería asegurarse la sucesión.

—Allí está Isabel. Allí estaba María.

—¡Niñas! Él quiere un hijo varón... que sea como él... que cabalgue por el país, franco, cordial, ganándose el amor del pueblo.

—¿No puede hacer eso una mujer?

—¿Comandar las tropas en la batalla?

—¿Cuándo fue Enrique a la guerra? Cuando lo hizo, sus esfuerzos no fueron marcados por el éxito.

—No se lo digáis a él. Sois demasiado directa... demasiado franca.

—Ya sé que lo soy. Pero ¿qué puedo hacer, George?

—Tener un hijo varón. Él nunca repudiará a la madre de su hijo.

—Lo veo muy poco. Ahora tiene a su amante. Oh, Dios, George, ¿creéis que estará con ella como estaba conmigo?

—Ana —me dijo—, vos sois la mujer más fascinante de la corte. Tenéis un atractivo especial. Debéis pensar en eso. Debéis tener un hijo varón. Hay algo que debo deciros. Le ha insinuado a Thomas Cromwell que desea divorciarse.

—¿De mí!

George se encogió de hombros.

—¿De quién más?

—¡No, George!

—¿Por qué no? Se libró de Catalina... ¡y a qué precio! Será más simple en vuestro caso. Los Bolena no son el emperador Carlos. El papa no se opondrá a ello.

—Entonces estoy condenada.

George sacudió la cabeza tristemente.

—Cromwell le ha dicho que puede divorciarse de vos fácilmente... declarando que su matrimonio con vos no fue verdadero. Pero eso acarrearía una cosa: tendría que volver con Catalina y él nunca hará eso.

—Presumiblemente soy el mal menor.

—Presumiblemente. No os preocupéis. Cromwell es un hombre inteligente. Él no permitirá que ocurra. Si Enrique volviera con Catalina, pronto volvería con Roma y ése sería el final de Cromwell. Él ha basado su carrera en la separación de Roma. Cromwell, por su propio interés, es vuestro amigo. Regocijaos por ello.

—A veces, George, tengo mucho miedo.

—Saldréis de esta si conseguís tener un hijo varón. Entonces estaréis segura. Pero tendréis que aceptar sus infidelidades... igual que lo hizo Catalina.

—Estoy comenzando a darme cuenta de la paciencia de esa mujer.

—Ella es la hija de Isabel. Recordad eso. Se mantuvo firme... sin miedo. Es realmente una mujer de valor. A pesar de todo ha conseguido desconcertar a Enrique y en todo el país hay muchos que la apoyan. Ana, tened un hijo. Debéis tener un hijo varón. En ello reside vuestra salvación.

—Esos abortos... eran varones.

—Tal vez habéis estado demasiado ansiosa.

—Puede ser.

—Haced que vuelva a vos de alguna manera. Tened un hijo varón. Cuando estéis embarazada, llevad una vida más tranquila. Abandonad estas enloquecedoras diversiones. Dais una impresión de indiferencia hacia la creciente animosidad del rey. Coqueteáis demasiado con los hombres que tenéis alrededor. Los demás lo advierten y al rey no le gusta.

—¿A pesar de que él ya no está interesado en mí?

—Aun así. Pero os observa y a veces hay un destello en sus ojos. Él sabe que sobresalís entre todas las demás de la corte. Tenéis que hallar el camino, Ana... pronto. ¡Es imperativo!

—Lo sé. Pero, al menos, él le dijo a Francisco que María era ilegítima.

—Sí, y ofreció la mano de Isabel para el hijo más joven. Eso solamente se debió a que ella es demasiado pequeña y el delfín necesita una esposa con prontitud.

—¿Creéis que Francisco aceptará a Isabel?

—Espero que sí. Ruego que sí. De eso dependerán muchas cosas. Si Francisco la rechaza equivaldrá a decir que no cree en su legitimidad. Mucho depende de la respuesta de Francisco.

—Es aterrador.

—Lo sé, pero tenemos que enfrentarnos con la verdad, Ana. Es la única forma de existir.

—Gracias, George. Me hacéis tanto bien.

—Contened vuestro temperamento. Cuando estéis a punto de dejarlo estallar, recordad que estáis tratando con un hombre muy poderoso que probablemente es el más despiadado del mundo. Debéis olvidar al amante tierno, pues ya no lo es. Debéis dejar de pensar en él como en el hombre que os perseguía y estaba dispuesto a concederos cualquier capricho. Ha cambiado y no solamente con vos. Hubo un tiempo en el que fue un esposo bueno y cortés con Catalina; quiso a María; es verdad que tenía una aventura de vez en cuando, pero no más de lo que se esperaba que hiciera. Tenía ciertos códigos y la religión y la moral tenían para él algún significado. La gente cambia. Los acontecimientos los cambian y ha habido algunos acontecimientos de importancia en la vida de este rey. Lo han embrutecido. Pensad en su conducta para con la reina Catalina y la princesa María.

—He dicho que fue muy blando con ellas.

—Solo estáis pensando en lo que vos queréis. Pensad en un esposo que se ha cansado de una mujer que no le ha hecho más que bien. Su única culpa es la de ser mayor que él y no resultarle ya atractiva. Vos entráis en escena; os negáis a ser su amante, así que él conspira, y trama con su conciencia, la engaña. Se libra de la esposa de tantos años, la repudia, y cuando ella se niega a aceptar la vida conventual, la hace vivir bajo arresto domiciliario. Cuánta angustia ha causado; y su hija María, una niña criada en la creencia de que era la princesa de Inglaterra, se ve privada de todos sus derechos y separada de su madre...

—Ellas hubieran conspirado contra nosotros. Chapuys está dispuesto a fomentar una revuelta.

—Pensad en todo ello, Ana. Eso es todo lo que os pido. Si puede actuar así con una, lo hará con otra. Veremos cuál es la respuesta de Francisco a la sugerencia hecha respecto a Isabel y el pequeño Angulema. De ello dependerán muchas cosas. Entre tanto, Ana, debéis tener un hijo varón.

—Es bueno hablar con vos, George —le dije—. Doy gracias a Dios por vos.

Sus palabras permanecieron martilleándome el cerebro. «Un hijo. Un hijo.

Debo tener un hijo varón».

Ya tenía una hija sana. ¿Por qué no iba a poder tener un hijo varón?

Los problemas llegaron de un sitio inesperado.

Jane Rochford vino a verme un día con los ojos brillantes de aquel entusiasmo que manifestaban cuando tenía noticias inquietantes para transmitirme.

—María se desmayó esta mañana. Estaba bastante descompuesta y cuando la reanimamos quedó claro que está...

Miré a Jane sintiendo odio hacia ella.

—Enviadme a María —dije.

—Nos quedamos asombradas...

—No me importa —dije imperiosamente—. Enviadme a María. Quiero verla inmediatamente.

María estaba muy intimidada cuando vino a verme.

—¿Estáis embarazada? —pregunté.

—¿Cómo... cómo lo habéis sabido? —tartamudeó.

—Me lo dijo la serpiente Jane Rochford.

—Sí, ella estaba con nosotras. La vi al volver en mí.

—Estoy segura de que Jane estaba allí. Esto es una desgracia. Sabéis que estaba pensando en un magnífico matrimonio para vos y como la pequeña y tonta libertina que sois, lo habéis hecho imposible.

—No quiero un matrimonio magnífico, Ana.

—Sois la hermana de la reina. Vuestro matrimonio es una cosa que tenemos que decidir el rey y yo.

—El rey ya no está interesado en mí y se alegrará de verme fuera del camino. Raramente mira hacia donde estoy, y si por casualidad sus ojos se posan en mí, finge no verme. Hubo un tiempo en el que no era así, pero ésa es su manera de ser. Cuando las cosas terminan, él quiere olvidar que han existido alguna vez.

Sus palabras me golpearon como el toque de difuntos. Cuánta razón tenía mi hermana.

—En todo caso —continuó diciendo María—, yo solo quiero a William.

—¿William? ¿Qué William?

—William Stafford.

—¡William Stafford! Pero ¿no es solamente un caballero... sin importancia

alguna?

—Es importante para mí.

—Como, según parece, estáis dispuesta a proclamarlo ante el mundo.

—Así es.

—No sé lo que va a decir el rey.

—Nada... precisamente, no dirá nada. No le intereso.

—¿Y nuestro padre?

—Nuestro padre me ha despreciado siempre. No sé cómo puedo ser su hija.

Miré con envidia la leve hinchazón que se insinuaba debajo de la cintura de María. Ella tenía hijos sanos que la querían y a quienes ella quería. ¿Por qué me tenían que ser negados a mí?

Durante unos segundos sentí envidia de mi tonta hermana que creía que el amor era más importante que la ambición; por espacio de un fugaz instante podría haber cambiado mi sitio con ella. Pero el instante pasó.

—¿Y qué creéis que va a ocurrir ahora? —pregunté.

—Tenemos que casarnos.

—Dejaréis la corte.

—Es lo que queremos —dijo ella sonriendo satisfecha.

Así que María fue desterrada de la corte y se casó con sir William Stafford. Llegado el momento, dio a luz un hijo varón.

¡Cuán cruel era el destino! ¿Por qué tenía que darle hijos varones a María y negarme uno a mí?

Hubo un rayo de esperanza. Francisco había accedido a tomar en consideración el matrimonio entre el duque de Angulema e Isabel.

Yo estaba encantada. Francisco no me había abandonado, después de todo. Si él pensaba en mi hija como posible esposa para su hijo, mi pequeña tenía que ser legítima a sus ojos, y eso significaba que consideraba válido mi matrimonio con Enrique.

Aquello era particularmente consolador porque George se había enterado de que el asunto de mi precontrato matrimonial con Henry Percy había sido reavivado. El rey quería que se analizara minuciosamente el asunto, lo cual sonaba ominoso.

Pero aquella acción por parte de Francisco era significativa.

Luego me di cuenta de que Francisco no tenía ninguna intención de permitir

aquel matrimonio. Presentó unas demandas tan inauditas como parte del contrato matrimonial, que el consejo solamente podía rechazarlo.

Francisco tuvo que haber sabido desde siempre que eso sucedería. Pero, a pesar de eso, él se había mostrado dispuesto a negociar, y eso era lo importante; continuaba aterrándome a la esperanza de que lo hubiera hecho por amabilidad hacia mí, pues yo estaba segura de que él conocía el estado de las cosas en la corte de Inglaterra.

Debía actuar con rapidez. Tenía que conseguir que el rey se reconciliara conmigo razonablemente para que pudiéramos compartir una cama de forma ocasional, ya que, ¿de qué otra forma iba a conseguir tener un hijo?

Él estaba profundamente complicado con su amante y yo tenía que romper aquello porque había descubierto que ella era una ferviente defensora de Catalina y María. Muy bien podía ocurrir que la hubiesen puesto en el camino del rey con instrucciones de convertirse en su amante y abogar por la causa de ellas dos. Se habían puesto en marcha todo tipo de complots y los espías estaban por todas partes. Chapuys era un hombre muy activo y aún luchaba por devolverles a Catalina y a María los derechos que les habían arrebatado.

Se me ocurrió una idea que debo admitir osada, pero yo me estaba desesperando.

Mi prima Madge Shelton había venido a la corte. Era una joven excepcionalmente bella, cuya madre era hermana de mi padre. Siempre me había caído bien, quizá por la admiración que demostraba en todo momento hacia mí. Solía copiar mi ropa, mis maneras, mi forma de caminar; aquello siempre me había resultado divertido. Estaba encantada de venir a la corte y creo que en parte se debía a que podría estar cerca de mí.

Era una joven muy bondadosa, que constantemente intentaba hacer algo que me complaciera, solo para oírme decir gracias y que le sonriera.

Ahora que yo era la reina, ella pensaba que era maravillosa. Poco sabía ella de mis inquietudes internas. Me veía en la corte, rodeada de admiradores, muchos de los cuales eran hombres que se comportaban, al igual que lo habían hecho siempre, como si estuvieran enamorados de mí.

Existía entre nosotras un ligero parecido de familia y, como ella copiaba de forma casi esclava la moda que yo había impuesto, creo que era la joven que más se parecía a mí en la corte.

La idea se me ocurrió una noche. Estaba sentada con el rey en el estrado, cuidando las apariencias, cuando apareció Madge. Estaba bailando y tenía un

aspecto particularmente hermoso. Vi cómo los ojos del rey se posaban en ella y hacía aparición aquella mirada húmeda que yo recordaba dirigida hacia mí tan frecuentemente en el pasado.

Luego se acercó bailando su amante y los ojos de él fueron todos suyos, pero no me olvidó fácilmente la mirada que el rey le había dedicado a mi prima.

Decidí hablar con Madge.

—Quiero hablar con vos muy privadamente —le dije—; y todo cuanto os diga debe quedar entre nosotras dos.

Sus adorables ojos se abrieron de par en par y me miró con algo parecido a la idolatría.

—Hemos sido muy buenas amigas, prima —le dije.

—Sí —respondió ella sin aliento.

—Desde la época en que éramos muy pequeñas. Creo que ya entonces os gustaba.

—Oh, señora... sí —dijo ella.

—Necesito vuestra ayuda.

Pareció alarmada, pero vi que, por encima de todo, lo que deseaba era complacerme.

—Espero que creáis que podéis concedérmela.

—Pero si habéis hecho tanto por todos nosotros... por toda la familia...

Le puse una mano sobre el brazo.

—Esto es algo muy especial. Voy a ser muy franca con vos. Tenéis que haber oído decir que el rey y yo no estamos en términos muy amistosos en este momento —ella no respondió. Por supuesto que tenía que haberlo oído decir, pues toda la corte hablaba de ello—. Ello es debido a cierta mujer, que se ha convertido en la amante del rey. Ella lo ha apartado de mí. Es mi enemiga —Madge pareció convenientemente asombrada—. Sí —continué—, esa mujer le habla constantemente de las virtudes de Catalina y María. El rey la escucha y ella habla mal de mí. No puedo aceptar eso.

—Esa mujer debe ser castigada.

—Eso es lo que intento conseguir.

—Pero ¿cómo podré ayudaros?

—Creo que le gustáis al rey.

—Pero si apenas me ha visto.

—Oh, sí que os ha visto. Me he fijado en cómo os mira y lo conozco bien.

Ella estaba asombrada.

—Prima —dije—, no sé lo que será de mí si esa mujer sigue vertiendo su veneno en los oídos del rey.

—¿Cómo podréis detenerla?

—Suplantándola.

—Pero vos sois la reina. Por vos el rey ha hecho mucho.

—Los hombres son extrañamente inconstantes, prima. Su amor no dura mucho tiempo.

—Pero el rey os amó durante muchos años. Por vos rompió con Roma.

—El rey amó la persecución. Quería un hijo y no podía tenerlo con Catalina. También me deseaba a mí. Creo que ése era el orden. Ya veis cuánto confío en vos, prima. Estoy hablándoos con mucha franqueza, y lo que os digo no debe salir de entre estas cuatro paredes. Creo que me queréis y que haríais muchas cosas por mí.

Ella asintió.

—¡Que el Cielo os bendiga! Lo que voy a pedir es algo muy grande.

Sus ojos brillaban de resolución. Sabía que lo haría por mí.

—Quiero que seduzcáis al rey y se lo quitéis a su amante.

—¿Yo?

—Sí. Vos poseéis una frescura y un encanto que él ya ha advertido. Poneos en su camino. Sonreídle... nerviosamente. Debéis parecer sobrecogida cuando os mire. Dadle a entender que pensáis que es el ser más guapo, poderoso y bien plantado de la Tierra. Él estimará vuestra apreciación e inmediatamente se enamorará de vos, porque sois en verdad muy atractiva.

—Pero no creo...

—Intentadlo, Madge. Mi futuro podía depender de ello. Quiero que ocupéis el lugar de esa mujer. No quiero que se le diga más lo buenas y maravillosas que son Catalina y María; quiero que en lugar de eso seáis vos quien le hable de mí, de mis incomparables encantos, mi belleza, mi inteligencia y, por encima de todo, mi amor por él. Contadle que estoy desolada porque se ha apartado de mí. Hacedle creer eso, y decidle que, si no lo demuestro, es debido a mi insólito orgullo y a mi naturaleza inflamable. Decidle que lo admiro... al igual que vos... y al igual que deberían hacer todas las mujeres discretas.

—¿Y lo admiráis en verdad?

Me eché a reír ruidosamente y pronto me controlé. Nada de histeria. El plan era tan disparatado, que podía no resultar, pero estaba desesperada y valía la pena intentarlo.

—Madge, por el cariño que me tenéis quiero que apartéis al rey de su amante. En este momento ya debe de haber comenzado a cansarse de ella. Es muy importante que deje de ablandarse respecto a Catalina y María y yo debo tener un hijo varón.

—Pero seguramente vos solo tenéis que decírselo al rey y...

—Eso no serviría de nada —respondí—. Lo que os propongo sí que podría servir. Prima, os estoy pidiendo demasiado. Perdonadme. Pensé que haríais cualquier cosa por mí.

—Lo haré —dijo ella con seriedad—. Haré cualquier cosa.

Vi que el entusiasmo comenzaba a aflorar a sus ojos. El rey era el rey. Todavía era atractivo y el poder confiere un aura especial a los hombres. Muchas jóvenes se sentirían halagadas si el rey se fijara en ellas. Madge tendría que representar bien su papel y él podía ser lo suficientemente cortés y encantador cuando intentaba seducir.

—Ganaréis mi eterna gratitud —le dije—. ¿Queréis pensarlo?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces, actuad y recordad: esto es algo entre nosotras dos.

—Os juro que no saldrá de aquí —dijo ella.

Jane Rochford estaba entusiasmada.

—El rey ya no ve con tanta frecuencia a su amante.

—¿Ah, no? —pregunté lánguidamente.

—Hay otra —dijo y me miró con satisfacción.

—Oh, sí, supongo que debe de haberla.

—Nunca imaginaríais quién.

—Decídmelo.

—Es más bien divertido. ¿Quién lo hubiera imaginado? Parece muy callada. El rey la persigue ardientemente. Se trata de nuestra prima, Madge Shelton.

—Bueno, es una joven muy atractiva.

—¿No os importa? Pensar que es un miembro de nuestra familia quien...

—Alguien tendrá que ser, supongo.

—Os lo tomáis con demasiada calma.

—¿De qué otra forma podría tomármelo?

—George estuvo con vos durante mucho rato la noche pasada.

—Estábamos hablando.

—Estuve a punto de entrar.

—No lo haréis a menos que se os invite.

—No soy lo suficientemente inteligente. George siempre lo da a entender.

No respondí, pues estaba pensando en Madge.

La vi más tarde. Había cambiado. Ahora era la amante del rey. Me maravillé de la devoción que la había hecho llegar tan lejos. Había parecido un plan tan descabellado y aun así funcionaba.

—¿Os habla mucho de los asuntos de la corte? —le pregunté.

—Habla de Catalina y María.

—Ellas ocupan mucho sus pensamientos.

—Dice que le han causado graves sufrimientos.

—Espero que os hayáis mostrado comprensiva.

—Oh, sí. Dije que estaba muy mal que hubiesen herido al rey. Que tenía demasiadas cosas en qué pensar... asuntos de Estado... problemas de la corte. Todos tenían que hacer lo posible para proporcionarle paz.

—Como lo hacéis vos.

—Sí, como yo lo hago. Dije que me parecía incorrecto que Catalina y María estuvieran en tan estrecho contacto con Chapuys. Él dijo que suponía que yo había oído comentarios en la corte. Le dije que así era y él me preguntó una o dos cosas. No creo que Catalina y María le gusten ahora tanto como antes.

—¿Y no me mencionó?

Ella asintió, sonriendo.

—Le dije cuánto os quería y cuán buena habíais sido siempre conmigo, cuán maravillosa erais; y comenté que temía que os imitaba en demasiadas cosas. Entonces él dijo: «Bueno, no hay nadie como la reina». Pareció ablandarse por un momento y luego continuó: «Tiene una lengua muy afilada». Le dije que eso era debido solamente a que erais demasiado sincera. Porque no os deteníais a pensar qué ventajas obtendríais por decir esto o lo otro. Hablabais francamente y erais bastante impetuosa, pero se os pasaba de inmediato y entonces erais muy divertida. Le dije lo emocionante que era estar con personas de las que uno no sabía nunca exactamente qué esperar. Entonces él dijo: «Sois una firme partidaria de la reina», y respondí: «Y vuestra majestad también lo sería si...». Entonces me llevé las manos a la boca y murmuré: «Perdonadme, señor, hablé sin pensar». Él se echó a reír y dijo: «Os gusta la reina, ¿eh?», y pareció hablar de vos con algo de cariño.

«Oh, mi querida primita Madge —pensé— esto puede funcionar». Después

de todo, no era un plan tan disparatado.

No le llevó mucho tiempo al rey cansarse de Madge, pero ella había hecho su trabajo tan bien que, incluso antes de que su época hubiera terminado, el rey ya estaba mirando en mi dirección. Creo que Enrique había llegado a mirar a mi prima como a una pálida sombra de mi persona.

Cuando fuimos a la caza del halcón, estuvo cerca mío. Me dirigió unas cuantas palabras en el tono más agradable del mundo y pareció complacido cuando le respondí con dulzura.

A partir de entonces nuestras relaciones fueron progresando, y al cabo de una semana mis antiguos enemigos tenían aspecto sombrío. Algunos pensaban, obviamente, que se habían adelantado un poco a los acontecimientos.

Un día me dijo:

—No hay ninguna como vos. No importa quién... Siempre me hallaré a mí mismo volviendo a Ana.

En los viejos tiempos ese comentario me habría enfurecido. Le hubiera respondido que no iba a ser un objeto para su placer. Ahora sonreí como si me sintiera satisfecha. Debía tener un hijo varón.

Así pues, volvíamos a estar juntos y las cosas volvían a ser casi como durante los primeros días de nuestro matrimonio.

Yo había crecido muchísimo desde entonces. Había comenzado a comprenderlo mejor. Enrique era completamente egoísta, podía llegar a ser verdaderamente cruel y lo más extraño era que esa crueldad nacía de su supuesta piedad. A menudo lo comparaba con Francisco. La lascivia del rey de Francia y su determinación para satisfacer sus deseos carnales se había interpuesto en su camino para llegar a ser un buen monarca. En el caso de Enrique, sus acciones tenían que ser justificadas, pues tenía que tener en cuenta a su conciencia, a la cual debía aplacar, y esto último solo podía conseguirse aparentando rectitud a los ojos del Cielo; esto a veces significaba tratar a quienes le rodeaban con absoluta implacabilidad. Si quería deshacerse de mí como lo había hecho con Catalina, no iba a admitir ante sí mismo que ya estaba cansado de mí y que yo, después de todos los problemas, no le había dado el hijo que tanto deseaba, lo cual era verdad; tendría que ser un asunto de conciencia debido al posible precontrato mío con el conde de Northumberland. Él quería poder decir que yo no estaba realmente casada con él, que todo había sido un error. Pero cualquier

solución que significara tener que volver con Catalina estaba para él fuera de comentario. Quizá, como bien había señalado George, yo le debiera algo a Catalina.

En el pasado me había sentido muy confiada acerca de mi poder para atraerlo y ahora creía que, a pesar del hecho de que estuviera más delgada, tuviera más años y hubiera sufrido la decepción de mis embarazos fallidos, aquel poder era mío todavía.

Y así parecía ser, por cuanto él había vuelto.

No pasó mucho tiempo antes de que pudiera darle la feliz noticia. Estaba embarazada. Me sentía loca de felicidad. Aquella vez tendría que ser un varón.

Ahora él era un esposo devoto, solícito conmigo, y hablaba constantemente de la llegada del niño.

Yo estaba muy interesada en la nueva religión que se estaba adoptando en Alemania y los Países Bajos y leía cuanto podía acerca del tema. Interesé a Enrique en el asunto y pasábamos deliciosas horas discutiendo el tema. Si leía algo, me apresuraba a contárselo; él disfrutaba de ello porque tenía una mente muy despierta.

Mi espíritu estaba lleno de confianza. Con un hijo varón, estaría a salvo.

Pero aquel fue un año de tragedias.

Parecía que no podría tener un hijo varón. Estaba siguiendo los pasos de Catalina. Cuando lo perdí me sentí llena de melancolía.

¿Por qué? ¿Por qué?, me preguntaba. Había tomado los máximos cuidados. Había querido tan desesperadamente... había necesitado tan desesperadamente aquel niño...

El rey estaba amargamente decepcionado. Veía que yo le resultaba inútil.

Pero hubo algo que lo conmovió. A veces podía ser sentimental y eso lo ablandó.

—Tendremos hijos varones —dijo, y nada podría haberme consolado más en ese momento.

La gente no hablaba de otra cosa que del Acta de Supremacía, que tenía que ser aceptada por todos. Aquellos que no lo hicieran correrían peligro.

A finales del año anterior, el Parlamento le había conferido a Enrique el título de Suprema Cabeza de la Iglesia y la negación del mismo había sido declarada alta traición.

Era demasiado esperar que no hubiera nadie dispuesto a rebelarse.

La furia del rey fue inmensa. Fisher y Moro estaban en la Torre. El rey envió

a Cromwell a pedirle a Moro su opinión acerca de los nuevos estatutos. Moro era abogado y valía la pena contar con su opinión, ya que, si se mostraba de acuerdo, muchos lo seguirían. Moro era tal vez el hombre más respetado de Inglaterra. Culto, profundamente religioso, bueno y virtuoso, estaba por encima del soborno y la corrupción. Si él estaba dispuesto a dar su aprobación a los estatutos, ciertamente muchos harían lo mismo. El rey necesitaba a Tomás Moro.

—¿Es que no son legales? —le preguntó Cromwell.

Moro replicó que él era un leal súbdito del rey y que no podía decir nada más.

Cuando Cromwell volvió a hablar con el rey, éste lo injurio. Enrique era así con Cromwell, pero éste se quedaba a un lado, pacientemente humilde, sonriente, esperando que acabaran las injurias y dejando pasar los insultos por encima de su cabeza.

Volvió a intentar hablar con Moro y obtuvo los mismos resultados.

—Le he entregado mi amistad a ese hombre y él ahora rehúsa concederme esto tan pequeño que le pido —gritó Enrique con voz dolorida.

Moro replicó que él era un servidor del rey, pero primero lo era de Dios.

¿Qué podía hacer uno con un hombre así? Incomodaba a Enrique haciéndole difícil la tarea de reconciliar sus actos con su conciencia, lo cual era una de las peores ofensas que un hombre o una mujer podían cometer.

Los asuntos de Inglaterra eran atentamente observados desde el continente. Enrique se estaba aislando y eso lo hacía sentirse inquieto.

El papa envió un mensaje diciendo que Fisher había sido nombrado cardenal. Aquello estaba claramente destinado a agraviar al rey de Inglaterra, porque Fisher estaba en la Torre. Al igual que Moro, Fisher se había negado a aceptar el Acta de Supremacía.

—¡Cardenal! —exclamó Enrique—. Decidle al papa que le enviaré su cabeza a Roma para que reciba el capelo cardenalicio.

Estallidos semejantes eran de poca utilidad.

Se sentía enormemente molesto con Tomás Moro. La fuerte vena sentimental era la predominante en sus sentimientos hacia ese hombre probo y a veces había sido incluso capaz de quererlo. Admiraba a Moro tanto como había admirado a Wolsey. La mente despierta, la conversación ingeniosa, la clara visión de la existencia que a algunos nos llega demasiado tarde y a otros no les llega en absoluto, ese conocimiento innato de qué es lo realmente importante en la vida, que a menudo les parece simple a los mundanos, todo eso lo tenía Moro. Un

hombre enormemente querido por su familia y amigos, uno de los cuales había sido el rey.

Y ahora Moro estaba en la Torre. Iba a negarse a firmar el Acta de Supremacía porque era un hombre de voluntad fuerte y principios elevados. Aquella negativa sería causa de que lo acusaran de traición y la pena para los traidores era la muerte.

Enrique tenía que enfrentarse a ello. ¿Cómo podría firmar una condena a muerte? Él quería a aquel hombre, a pesar de su obstinación. Se enfureció. ¿Por qué Moro era tan estúpido? Porque estaba dispuesto a renunciar a todo lo que tenía, y por Dios, simplemente por no estampar su firma.

Fisher era otro como él.

—Viejo estúpido —murmuró Enrique.

Llegó junio, caluroso y sofocante.

Enrique fue inflexible. Varios monjes cartujos y 24 personas más fueron cruelmente ejecutados por negar al rey como cabeza de la Iglesia; eran arrastrados en las parrillas hasta el lugar de la ejecución, colgados y abiertos en canal cuando aún vivían y sus intestinos quemados.

Luego vino la ejecución de Fisher.

El rey dio orden de que nadie predicara acerca de la traición de Fisher y que no debía mencionarse a sir Tomás Moro.

Sé que Enrique sufrió por Moro. Intentó detener el proceso. Estaba malhumorado. Lo encontraba mirándome como si tuviera la culpa porque, después de todo, si yo hubiera cedido al principio, podría haberse evitado el rompimiento con Roma y Moro podría vivir feliz con su familia en Chelsea.

El primer día de julio, Moro compareció ante sus jueces en Westminster Hall.

Mi padre estaba entre esos jueces, así como Norfolk, Suffolk y Cromwell. Estaba acusado de violar el Acta de Supremacía y oponerse maliciosamente al segundo matrimonio del rey. Él declaró que no había aconsejado a Fisher que se negara a firmarlo; no lo había descrito como una espada de dos filos cuya aprobación condenaría el alma. De todas formas, se pronunció un veredicto de culpabilidad y se lo condenó a ser colgado en Tyburn.

Enrique estaba de lo más angustiado. No podía permitir que su antiguo amigo fuera colgado como un delincuente común; cambió inmediatamente la sentencia por una forma de ejecución más digna: sería decapitado.

Todo el mundo hablaba de Moro; era un hombre enormemente querido por el

pueblo. Enrique nunca tendría que haber permitido aquella ejecución, pero ya había ido demasiado lejos y no podía volver atrás.

Moro se había enfrentado a sus acusadores con valentía y acaso con indiferencia, lo cual era de esperar en un hombre como él. Tenía pocos enemigos, cosa que resultaba rara para un hombre de su posición. Quería de una forma especial a su hija Margaret. La gente hablaba del terrible dolor de ella y de cómo había corrido hacia él cuando salió de Westminster Hall con el hacha vuelta hacia él, y le había echado los brazos al cuello. Solo entonces él dio señales de estar a punto de perder el control. Le había rogado a su hija que no lo acobardara y la pobre joven había caído desmayada al suelo mientras a él lo obligaban a seguir prisionero.

Hubo algo que él dijo y que me causó gran impresión. Me fue transmitido por aquellos que aparentaban ser mis amigos y me mantenían informada de lo que ocurría. Habitualmente aquello me traía intranquilidad, pero yo tenía que saber. La hija de Moro, Margaret, se había encolerizado por los bailes y banquetes que tenían lugar en la corte mientras su padre estaba en prisión y, por supuesto, había hablado de mí con odio, ya que me culpaba de todos los males que nos acontecían, como todos los demás.

—Pobre Ana Bolena —me contaron que había dicho sir Tomás Moro—. Siento piedad al pensar el sufrimiento que, pobre alma, padecerá dentro de poco. Estos bailes suyos resultarán ser tales que nos harán saltar la cabeza como una pelota, pero dentro de no mucho su cabeza bailará el mismo baile que las nuestras.

Me estremecí al oír aquello, pues no era totalmente improbable. Oh, si tan solo pudiera tener un hijo varón...

En aquel triste día de julio, sir Tomás Moro fue llevado a Tower Hill. Se hizo un silencio total en la corte. Era como si todos estuvieran allí en espíritu para presenciar la horripilante escena.

Estaba bromeando cuando murió, tras haber subido al cadalso con la máxima compostura.

—Espero que me enviéis ileso allí arriba, y en cuanto a bajar, dejadlo de mi cuenta —le dijo al verdugo.

Declaró ante la muchedumbre que lo observaba que moría en la fe de la Iglesia católica y rogaba para que Dios le enviara al rey buenos consejos.

Y el hacha cayó.

El rey estaba jugando a las cartas conmigo cuando le trajeron la noticia de

que sir Tomás había muerto. Se puso pálido y apretó los labios. Durante un momento pareció un hombre asustado. Había ordenado la muerte de un santo y lo sabía. Vi estremecerse sus gordas mejillas; luego sus ojos se fijaron en mí.

El rey de Inglaterra temía la ira del Cielo y, en caso de que Dios lo olvidara, él debía recordarle quién era la auténtica culpable.

Mientras me dirigía su mirada, pude ver un odio frío en sus ojos.

—Vos sois la causa de la muerte de ese hombre —me dijo y abandonó la mesa.

En aquel momento sentí muy cerca mi final. Entonces lo vi más claramente que nunca... aquel hombre que era tan despiadado y tenía el poder para hacer su voluntad con todos nosotros.

El cuerpo de Tomás Moro fue enterrado en la iglesia de San Pablo, en la Torre, pero su cabeza, según era la costumbre con los traidores, fue puesta en lo alto de una pica en el puente de Londres, para que todos cuantos pasaran por debajo pudieran reflexionar acerca de ello.

Un estremecimiento recorrió la corte cuando llegó la noticia de que la cabeza había desaparecido. Parecía producto de la interferencia divina. Enrique se hallaba en un estado de gran nerviosismo. Siempre había pensado en sí mismo como en alguien que está en buenos términos con el Cielo y aquello parecía un signo de desaprobación.

No era culpa suya que Moro hubiera sido ejecutado, reiteró. Se había visto obligado a firmar la sentencia de muerte, pero la culpa era de otros. El Parlamento le había conferido a él el título de Suprema Autoridad y había decretado que aquellos que no lo aceptaran serían traidores y deberían ser tratados como tales. Él quería a Moro y había sufrido cuando se cumplió su sentencia. Él, simplemente, había seguido el consejo de sus ministros.

Hubo un gran alivio cuando se descubrió que Margaret, la hija de Moro, había bajado la cabeza de su padre de la pica. El rey declaró que debía permitírsele a la joven hacer lo que deseara con la cabeza y no escucharía objeción alguna. Todo el asunto había sido un gran dolor para él.

Extrañamente, él se volvió hacia mí en busca de consuelo y, más extrañamente todavía, fui capaz de sobreponerme a mi desprecio y darle lo que buscaba.

—Era un traidor, Ana.

Le tomé una mano y dije:

—Como todos aquellos que os desobedecen.

—Era un buen hombre...

—Parece que los buenos hombres pueden a veces actuar traicioneramente.

—Él no estaba en mi contra... solo del Acta. Al final pensó en mí.

—Vos habíais sido bueno con él, Enrique.

Su expresión se iluminó. Aquella era la nota correcta.

—Sí —dijo—, yo iba a Chelsea... me sentaba a su humilde mesa. No exigía ceremonia alguna. Caminaba con él por el jardín y miraba cómo sus hijos alimentaban a los pavos reales.

—Le hicisteis gran honor.

Lo tranquilicé y volvimos a estar juntos.

LA DAMA DE LA TORRE

Teníamos que estar alegres, aunque fuera en apariencia. Había grandes clamores en Europa por la muerte de sir Tomás Moro. Roma estaba impresionada por la muerte de Fisher, pues nunca se había ejecutado en Inglaterra a un cardenal. Aquello constituía un nuevo desafío para el papa. Enrique era llamado *el Monstruo de Inglaterra*. El emperador Carlos dijo que la ejecución de sir Tomás Moro había sido un acto de locura.

—De haber sido el señor de un tal servidor —se decía que había comentado—, habríamos antes perdido la más hermosa ciudad de nuestros dominios que a un consejero semejante.

La ira de Enrique era intensa. No debía llevarse a cabo ningún acto de debilidad. Aquellos que se opusieran al rey deberían enfrentarse a su pena.

Hubo más muertes. Los monjes debían reconocer al rey como jefe supremo de la Iglesia y para aquellos que no lo reconocían les aguardaba la muerte. Había algunos que la preferían.

La muerte no era fácil para ellos. No había un rápido golpe de hacha. Morían como los monjes cartujos, arrastrados por la ciudad en parrillas, los colgaban, los bajaban cuando aún estaban vivos, los abrían en canal y quemaban sus entrañas. La gente se congregaba para observar aquellos espantosos espectáculos con fascinado horror.

Decían que todo aquello era debido a «la puta de ojos salidos».

La noticia más inquietante era que el papa Pablo se sentía tan ultrajado por las muertes de Fisher, Moro y los monjes, que estaba contemplando la posibilidad de una guerra santa contra Inglaterra. El emperador comandaría el ejército de invasión con la ayuda y bendición papales. Estaban tratando de establecer una alianza con Francia.

Extrañamente, yo había dejado de estar tan preocupada como antes. Aquella era una amenaza contra Enrique. Antes, solo yo había estado en peligro. Es más fácil aceptar una amenaza universal que una personal.

Intenté aislarme de los acontecimientos interesándome aún más en la nueva religión. Ahora había bastantes obispos protestantes en la Iglesia, los mayores de los cuales eran Cranmer, obispo de Canterbury, y Hugh Latimer, obispo de Worcester. Eran hombres poderosos y amigos míos debido a que yo apoyaba las nuevas ideas.

Enrique estaba aún de mi lado. Le decía que lo que había hecho era correcto, y aquellos que pensaban lo contrario estaban mal aconsejados. La Iglesia católica tenía muchos fallos. Se había apartado de las enseñanzas de Cristo. Creo que yo estaba comenzando a hacerle ver que el escapar de las ataduras de Roma era lo mejor que podía haberle ocurrido. La Providencia me había puesto en su camino para que pudiera lograrlo. Tan solo tenía que considerar las riquezas de los monasterios, muchas de las cuales habían ido a parar a Roma. Ahora eran suyas. Él no era el esclavo de ningún hombre. Cuando lo contara todo se daría cuenta de que era el príncipe más rico de la cristiandad. Por medio de él se reformaría la Iglesia. Había hecho un gran servicio, tanto para sí mismo como para todos los ingleses.

Él me escuchaba y se sentía consolado.

Y una vez más me quedé embarazada. Aquella vez tenía que salir bien. Tenía que tener a mi hijo, que me pondría a salvo para siempre.

Durante los últimos meses del año, Inglaterra se quedó sola, temiendo ser invadida en cualquier momento. Supe, por lo que me enteraba a través de los espías, que Catalina estaba de buen ánimo. Oí decir que había un complot para destronar a Enrique, poner a María en su lugar y casarla con el delfín, para que así Inglaterra fuera una nación vasalla de la otra.

Le señalé a Enrique que había tenido razón al mirar a Catalina y María como a enemigas. Era verdad que nunca lo habían engañado respecto a su actitud; se habían mantenido firmemente católicas y nunca me habían aceptado como reina. Aquello era comprensible; pero, de todas formas, constituían un peligro y una amenaza para el trono y estaban conspirando contra él. Enrique buscaba alguna forma de deshacerse de ellas.

Durante todo el otoño esperamos un ataque de Roma, pero no llegó. Catalina estaba enferma y se sentía frustrada. Nos enteramos que el papa no podía actuar sin el emperador, quien estaba seriamente ocupado en África, alcanzando victorias resonantes.

Entre tanto, Enrique le había ordenado a Cromwell que hiciera un registro de los monasterios, y, según Cromwell, éstos eran crisoles de iniquidad. Comenzaron a circular rumores por el país acerca de la vida que existía detrás de los muros de los monasterios, orgías en las que monjas desnudas bailaban ante depravados sacerdotes. Supimos de hijos ilegítimos enterrados en los conventos y oímos obscenidades de todo tipo.

Todo el país hablaba de la vida secreta de monjas y monjes.

Cromwell estaba ansioso por que se evitara la guerra y le preocupaba que, si estallaban las hostilidades, tendrían un efecto desastroso sobre el comercio. El pueblo no toleraría eso y habría insurrecciones.

Por añadidura, el otoño fue particularmente húmedo y resultó en una mala cosecha.

Parecía que todo estaba en contra nuestra.

Entonces algo cambió. Sforza, duque de Milán, murió sin descendencia, y Milán siempre había resultado un asunto contencioso entre Francisco de Francia y el emperador. Mientras vivió el duque, la disputa se había mantenido en suspenso. Ahora que había muerto volvía a comenzar la discusión de quién debía sucederle.

Era bastante cuestionable que Francisco hubiera tenido alguna vez intención de hacer la guerra contra Inglaterra, pero le hubiera ido muy bien que el emperador sí la hiciera, ya que en ese caso podría haberse dedicado a la conquista de Milán sin interferencia alguna. Francisco realizó un giro completo. Necesitaba el apoyo de Enrique, así que dejó cínicamente de preocuparse por el cisma de la Iglesia y buscó la amistad de Inglaterra.

El papa podía hacer muy poco sin la ayuda de Francisco y el emperador, y a pesar de que Carlos podría haber estado dispuesto a invadir Inglaterra, no iba a quedarse expuesto a los ataques del rey de Francia, lo cual hubiera significado mantener una guerra en dos frentes. El papa tuvo que contentarse con tronar amenazas contra Enrique. Lo maldijo a él y a todos aquellos que lo ayudaban. Cuando muriera debía quedar insepulto y su alma iría para siempre al infierno. Ordenó a los súbditos de Enrique que renegaran de su rey; caerían bajo la influencia de la excomunión si continuaban obedeciéndole. Ningún verdadero hijo de la Iglesia tendría comercio o haría alianza con él so pena de compartir su maldición. Los príncipes de Europa, ya que debían fidelidad a la Santa Sede, tenían que deponerlo de su trono.

Ahora que Francisco buscaba su amistad y el emperador mostraba menos

inclinación a hacerle la guerra a Inglaterra, las delirantes palabras del papa impresionaban menos a Enrique. Las ejecuciones y los terribles y humillantes sufrimientos de aquellos que se negaban a acatarlo harían que el pueblo fuera obediente. Eran solo los santos y los mártires los que se arriesgaban a morir así.

Enrique se saldría con la suya y pasaría por encima de aquellos que trataran de impedirselo, sin importar cuán ligados a él hubiesen estado en otra época.

Debería de haber sido una advertencia para mí el hecho de que incluso contemplara la posibilidad de asesinar a Catalina y María.

La Navidad de 1535 tenía que ser muy alegre. Debíamos demostrarle al país y al mundo que permanecíamos impertérritos ante las amenazas del continente. Estábamos aislados, lo cual nos hacía aún más grandes que nunca. Enrique, rey de Inglaterra, no se doblegaría ante nadie.

Mi pariente Francis Bryan vino a verme algunas semanas antes de Navidad. Francis era un amigo íntimo de Enrique, uno de aquellos jóvenes de genio vivaz de los que al rey le gustaba rodearse. Era inteligente, en cierto modo poeta, tenía ideas insensatas y podía ser bastante insolente. A Enrique le divertía y Cromwell lo había apodado *el Vicario del Infierno*.

Me contó que alrededor de una semana antes, cuando el rey estuvo de cacería y él era miembro de la partida, habían pasado una noche en Wiltshire, en Wolf Hall, la casa de Sir John Seymour. Sir John tenía una hija, una joven callada y modesta, a la cual su padre estaba ansioso de que le concedieran un puesto en la corte.

—Les prometí —dijo Francis— que hablaría con vos y os preguntaría si la podíais tomar a vuestro servicio.

—Por supuesto —dije—. ¿Cómo es?

—No me atrevería a pedírselo a vuestra majestad si no fuera una joven buena y virtuosa. En realidad es bastante tímida y retraída. Su padre cree que le hará bien salir al mundo.

—En tal caso, decidle que venga —dije.

Así pues, se trasladó a la corte. Al principio me fijé muy poco en ella. Era bastante insignificante, con cabello rubio, ni alta ni baja, con ojos de un indescriptible tono acuático que adoptaban el color de la ropa que llevaba ella. Cuando le dirigía la palabra, hablaba casi con susurros.

Durante algunos días la olvidé por completo. Luego, una noche, cuando estábamos cenando, me di cuenta de que el rey la miraba. Ella se ruborizaba y bajaba los ojos.

«¡No —pensé—, él no puede estar interesado en tal... insecto!».

A pesar de todo, me puse alerta. Sí, él estaba interesado en ella. ¡Qué extraño! Elizabeth Bount, Madge Shelton... todas ellas habían sido excepcionalmente hermosas, pero aquella joven era insignificante, descolorida y apenas tenía algo que decir.

«Supongo que desea un cambio —pensé—. Supongo que ella es todo lo diferente de mí que puede serlo una mujer».

No supuse que el asunto fuera más allá, pero pasaron semanas y él aún la miraba. Luego se me ocurrió que él le podría haber pedido a Francis Bryan que se encargara de que la trajeran a la corte. Él se había alojado en Wolf Hall cuando estaba de cacería y debía de haberse fijado en ella entonces.

Reí despectivamente. Tenía muy poco que temer de ella, pensé.

Llegó la Navidad y traté de que fuera muy alegre. Norris, Brereton, Wyatt, George y organizamos espectáculos, banquetes y festividades más espléndidos que ninguna antes.

Dejé de preocuparme, pues estaba embarazada. Volvía a ser casi la de antes y sabía que estaba atractiva; advertí en mi rostro esa serenidad que es atributo de algunas mujeres cuando están encintas. Habíamos superado lo peor; tendría que aceptar las infidelidades de Enrique, pero ¿me importaba realmente? Si tenía un hijo varón, él e Isabel serían mi principal seguro de vida. No importaría mucho lo que hiciera Enrique siempre que mis hijos y yo estuviéramos a salvo. No lo amaba, pues lo conocía demasiado como para eso, sin embargo, a veces sentía una especie de desdeñoso afecto por él. Era un hombre tan extraño que uno no podía dejar de maravillarse ante su presencia. Aquella crueldad y aquel egoísmo que corrían paralelos con su sentimentalismo; su conciencia que de verdad lo torturaba, a pesar de lo cual él la manipulaba y la orientaba en la dirección que más le convenía. Sí, le temía. Sabía cuán despiadado podía ser. Cuando ahora recordaba la pasión con la que me había perseguido, solo podía pensar en que su persistencia había sido motivada por la necesidad de demostrarse a sí mismo que era omnipotente. Me había equivocado al creer que era amor hacia mí. Una no podía amar a un hombre así, pero sí podía vivir con él. Podía aceptar sus flirteos, pues, si nunca había sentido grandes deseos sexuales, éstos eran inexistentes a aquellas alturas. Ése era el motivo por el que podía adoptar una actitud coqueta con los hombres que me rodeaban, porque sabía que no habría culminación.

Simplemente me gustaba tenerlos a mi alrededor, admirándome.

Tenía a un músico de gran talento en mi servicio, Mark Smeaton, un joven agradable que aún no podía creer en su buena suerte por haber sido empleado en la corte. Era muy guapo y hubiese constituido un magnífico modelo para uno de nuestros pintores, con su pequeña cara oval, sus grandes ojos oscuros y los cabellos rizados que le cubrían la cabeza. Era de aspecto delicado y poseía las manos más hermosas, con blancos dedos largos y aguzados; bailaba con gracia y era encantador.

Hablaba con él de música y al principio se sintió invadido por la timidez debido a que me había fijado en él, lo cual lo hizo más simpático a mis ojos. Le dije que no debía avergonzarse, ya que admiraba enormemente su ejecución musical. A veces, cuando me sentía deprimida e inquieta, le pedía que tocara para mí.

Lo alentaba para que me hablara de sí mismo, del hogar humilde en el que había vivido con su familia. Su padre había sido carpintero y la gente le traía las sillas para que se las arreglara. Mark lo había ayudado, pero tenía el corazón puesto en la música. Su excepcionalidad atrajo la atención del terrateniente local, el cual descubrió muy pronto los talentos del joven y lo contrató para que enseñara música a sus hijas. Cuando las hijas se casaron y se marcharon, lo trajo a la corte un visitante de la casa que había quedado impresionado por el virtuosismo con que Mark tocaba la espineta; no tardó en entrar a mi servicio.

Nunca pudo acostumbrarse a su buena fortuna y me adoraba.

Cuando lo elogiaba por su ejecución musical, él casi se desmayaba de deleite. Lo hallaba divertido. Sus ropas estaban gastadas y encargué que le hicieran algunos trajes de terciopelo. Le regalé un anillo de rubíes y él estaba loco de alegría.

Muy poca gente tocaba mejor la espineta y yo tenía muy buena voz, así que Mark y yo teníamos mucho en común.

La admiración que él me profesaba era para mí un bálsamo en aquellos días en los que tenía que aceptar que Enrique tuviera una amante, así que Mark se convirtió en mi gran favorito. Era un buen muchacho y nunca se daba aires de importancia; increíblemente humilde, se dedicaba constantemente a adorar a la reina de Inglaterra.

Los demás se reían de él a veces.

—Un admirador más —dijo Henry Norris—. Vuestra majestad los atrae como la flor del espliego a las abejas.

Norris estaba a menudo entre mi séquito. Entonces era viudo y se suponía que cortejaba a Madge Shelton, pero el cortejo no progresaba con demasiada velocidad. Creo que él estaba enamorado de mí.

Así pues, aquella Navidad fue muy alegre, y yo ansiaba la llegada de Año Nuevo. ¡Cuán afortunados somos por no poder ver el futuro! Cuando aquellas Navidades esperaba con tanto placer la llegada del año siguiente, no sabía que aquél sería el más desastroso de mi vida.

Tendría un hijo. Había llegado a un acuerdo respecto de mis relaciones con el rey. Aparentaría no ver sus infidelidades y aceptaría lo que tenía, que era bastante, y me sentiría agradecida por ello. Me dedicaría a fomentar el desarrollo de mis hijos.

Había sufrido ciertos remordimientos de conciencia respecto a María, pues yo ahora tenía una hija y conocía los sentimientos de una madre. Catalina tenía el corazón partido, pues no solo era ella una esposa repudiada, sino que además la habían privado de la compañía de su hija. Pero Catalina era obstinada; de haber podido me hubiera quitado de en medio y yo dudaba que hubiese sido remilgada en cuanto al método empleado para tal finalidad. Era una mujer fuerte decidida a aferrarse a sus derechos; pero María no era aún lo suficiente mayor y no tenía mucho conocimiento de los asuntos mundanos. Uno tendría que haber sido más tolerante con ella.

Así pues, le escribí diciéndole que, si deponía su obstinación y se comportaba con su padre como una buena hija, yo sería amiga suya. Podría venir a la corte y yo no insistiría en que me llevara la cola del vestido, sino que podría caminar a mi lado.

Llegué hasta ese punto y hubiera mantenido mi palabra.

Pero María no quería ceder. Replicó que no deseaba otra cosa que ser una buena hija para su padre, pero que no podía abjurar de los principios por los que habían muerto el obispo Fisher y sir Tomás Moro.

Era inútil conseguir que María actuara de forma sensata, pero tras haberlo intentado me sentí un poco mejor.

La Navidad acabó y llegó el Año Nuevo.

De Kimbolton, adonde Catalina había sido enviada, llegó la noticia de que estaba realmente enferma. Nos enteramos de la noticia por Eustace Chapuys, cosa que enfureció al rey, que mandó llamar a Thomas Cromwell, quien parecía tener la culpa de todo lo que pasaba en la corte de Inglaterra, a pesar de que el rey sabía que no podía arreglárselas sin él.

—¿Cómo es que las noticias de lo que ocurre en mis castillos me las traen por vez primera los extranjeros? —le preguntó.

Cromwell dijo humildemente que regañaría a sir Edmund Bendingfeld, encargado del personal de servicio de la reina.

Volvió con el informe de Bendingfeld, el cual afirmaba que, debido a que él era un servidor del rey, la anciana princesa Catalina se lo ocultaba todo. Había sabido que estaba enferma, aunque no de cuánta gravedad.

Catalina le rogaba a Enrique que le dejara ver a María.

Observé cómo se contraía la boca de Enrique. Ellas dos habían conspirado para hacer entrar en Inglaterra a los ejércitos del emperador, para que lo depusieran e instalaran a María en el trono. Eso era algo que él no olvidaría ni perdonaría.

—No tendrá lugar encuentro alguno entre ellas dos —dijo él—. ¿Cómo podemos saber que esta enfermedad no es fingida y que ellas no están conspirando para traicionarme?

A los pocos días de aquello le llegó una carta de Catalina, la cual leí con él.

«Mi señor y esposo, me encomiendo a vos. La hora de mi muerte se acerca rápidamente, y hallándome en tal caso, el amor que os debo me obliga, en pocas palabras, a recordaros la importancia de la salud y salvaguardia de vuestra alma, la cual deberíais poner por encima de todos los asuntos mundanos, y por encima del cuidado y atenciones de vuestro cuerpo por el cual me habéis arrojado mí a tantas miserias y os habéis librado a tantos cuidados. Por mi parte, os lo perdono todo, más aún, deseo y ruego devotamente a Dios que él os perdone.

»Por lo demás, encomiendo María, nuestra hija, a vos, y os suplico que seáis un buen padre para ella como yo deseé en otros tiempos. Os suplico también por mis damas, para que les concedáis una dote para que puedan casarse, lo cual no es demasiado pedir puesto que son solo tres. En cuanto a mis servidores, pido que se les pague un año más de los servicios prestados para que no les falte sustento.

»Finalmente, juro solemnemente que mis ojos desean veros a vos más que cualquier otra cosa en el mundo».

Era la carta de una mujer moribunda y Enrique se sintió inquieto al leerla, pero no fue a verla. Mandó buscar a Chapuys y le dijo que fuera a ver a Catalina a Kimbolton y le transmitiera sus mejores deseos.

—Permitid que lady Willoughby vaya a verla —dijo.

María de Salinas, que había venido de España con Catalina y se había casado

con lord Willoughby, había sido la amiga más querida de Catalina durante los años que llevaba en Inglaterra; así pues, si a Catalina le fue negada la presencia de su hija, al menos pudo ver a su amiga.

Murió el 7 de enero en presencia de lady Willoughby y de Chapuys.

Me estaba lavando las manos cuando me llegó la noticia y tan aliviada me sentí, que le regalé al mensajero el cuenco con su tapa. Él se quedó encantado porque era un objeto muy costoso.

Finalmente había ocurrido y me temo que fui lo suficientemente impetuosa como para decir en presencia de varias personas:

—Ahora soy realmente la reina.

A pesar de su conciencia, la cual había sido despertada por la carta de Catalina, Enrique estaba gozoso.

—Alabado sea Dios —dijo—. Ya estamos libres de todo temor de guerra. Ahora puedo manejar a los franceses, mantenerlos con la duda de si uniré fuerzas con ellos o con el emperador. Éste es verdaderamente un día para alabar a Dios. Es su forma de mostrarme que cuidará de mí.

Me pregunté si Catalina podría escuchar desde el Cielo aquellas palabras tan típicas de Enrique. Él no veía por qué Dios no iba a llevarse a Catalina para demostrarle cuánto lo quería.

Aquella noche se vistió de amarillo. ¿Por qué tendría que estar de luto?, preguntó. Catalina no había sido nunca su esposa.

No hubo ausencia de festividad alguna. Vestido suntuosamente de amarillo, al igual que yo, con una pluma blanca en el sombrero, el rey mandó buscar a Isabel. Mi pequeña llegó, muy inteligente a sus apenas poco más de dos años, deseosa de saber lo que ocurría a su alrededor. Me sentía orgullosa mientras la miraba en brazos de su enorme y destellante padre.

Aquél era un buen augurio, me dije. Ése iba a ser un año feliz.

Jane Rochford me susurró que el rey parecía estar poderosamente prendado de la señora Jane Seymour.

—Debe de ser un capricho pasajero —dije—. Ella es un ratón. Estoy segura de que no podrá interesarlo durante mucho tiempo.

—Ella no es su amante, ¿sabéis? —continuó Jane—. Ella se le está resistiendo... igual que...

—¿Cómo podéis saber tanto?

—Mantengo los ojos abiertos. Creo que es importante para la familia.

Estaba enfadada. Odiaba los cotilleos de Jane pero tenía que saber qué estaba ocurriendo.

—Dicen que él le envió una carta y una bolsa llena de soberanos de oro. Ya podéis imaginaros qué decía la carta. Ella le envió de vuelta los soberanos diciendo que su honor era su fortuna y que solo podía aceptar dinero del hombre con el que se casara.

¡Oh, Dios! ¡Esas palabras me eran familiares! ¿Las había aprendido de mí? ¡Esa pequeña y tonta criatura! Una nunca habría pensado que fuera capaz de aprender algo.

Aun así, no me preocupé.

Estaba sentada con mis damas. Cosíamos mucho para los pobres; yo estaba cambiando, y hallaba menos placer en la agitación de la corte. A menudo pensaba en los necesitados y deseaba mejorar su fortuna, cosa que creo que me había inspirado mi interés por la nueva religión.

Se estaba desarrollando un torneo y el rey competía ese día, pero yo no había asistido. Tendría que estar allí de todos modos para la entrega de premios, pero eso no sería hasta el día siguiente.

Norfolk irrumpió en mis aposentos.

—¡El rey ha caído! —exclamó—. ¡Lo ha tirado el caballo!

Me puse de pie, sentí moverse el niño en mis entrañas y me desmayé.

Cuando abrí los ojos, Norfolk se había marchado y yo estaba rodeada de mis damas, que me hacían oler amoníaco.

—¿Qué... ha ocurrido?

—Entró el duque de Norfolk y os desmayasteis.

—Oh... ya lo recuerdo. El rey...

—Lo han traído a palacio.

—Está...

—No lo sabemos, majestad, pero creemos que está bien.

—Debo ir a verlo.

—Vuestra majestad debe descansar. Habéis sufrido una gran impresión. Tendeos y descansad durante un rato. En cuanto haya noticias os serán traídas.

Me sentía mareada. Me recosté en el lecho y cerré los ojos. ¿Qué nos ocurriría si estaba muerto? ¿Qué ocurriría con el reino? ¿Quién sería el soberano? ¿Podría serlo María? Y en ese caso, ¿qué me pasaría? Ella no toleraría mi presencia; me odiaba como a la responsable de todos los males que habían

caído sobre su madre. ¿Y si María no... Isabel entonces? Un bebé. Preferirían a María.

Estaba muy asustada.

No tendría que haberlo estado, pues Enrique estuvo pronto en pie. La caída no había sido nada, dijo. Ningún caballo podría con él. Durante toda su vida había sido un experto jinete.

Consideré necesario descansar, ya que el susto no podría haber sido bueno para el niño.

Mis pensamientos se concentraron en Jane Seymour, que había rechazado los soberanos y hablado de su honor.

Aquel era un comportamiento que me era muy familiar y que me había funcionado muy bien. ¿Qué ocurriría si le resultaba a Jane Seymour?

¿Cómo podía ser? Yo había sido despierta, inteligente y Jane era tonta. Ella nunca hubiera sido capaz de planear las cosas como lo había hecho yo para mantenerlo a distancia.

Yo tenía muchos enemigos en la corte y éstos, que por supuesto conocerían los sentimientos del rey hacia Jane Seymour, siempre habían buscado la forma de deshacerse de mí. ¿Qué ocurriría si habían hallado la respuesta en Jane? De pronto la luz se hizo en mi mente; ella tenía dos hermanos muy ambiciosos. Quería averiguar todo lo posible acerca de esos hombres Seymour.

Decían descender de un compañero de Guillermo el Conquistador que había tomado su nombre de Saint Maur-sur-Loire de Turena. Saint Maur se había convertido en Seymour. Y ambos hermanos (Edward, que era el mayor y debía tener la misma edad que yo, y Thomas, algo más joven) estaban ansiosos por hacer carrera en la corte. Sin duda se habían fijado en el espectacular ascenso de los Bolena, en una pequeña parte debido a la relación de María con el rey y en su mayor parte por su matrimonio conmigo.

Ellos tenían que estar viendo la posibilidad de prosperar a través de su hermana.

La idea parecía bastante ridícula, puesto que ella era una pequeña criatura insignificante.

En aquel momento no pensé demasiado en el asunto, ya que estaba preocupada por el hijo que venía en camino.

Luego vino el día en que los sorprendí juntos. Entré repentinamente en la sala y allí estaban los dos. Ella estaba sentada sobre las rodillas de él, sonriendo tontamente mientras él la miraba con afecto. Vi aquella mirada húmeda que tan

bien recordaba dirigida hacia mí.

¡Jane Seymour sentada sobre las rodillas del rey! ¿Dónde estaba la joven y virginal dama que tenía que cuidar de su honor? En aquel momento no parecía muy preocupada por él.

Me quedé allí durante algunos segundos, mirándolos fijamente.

Jane Seymour me vio y se puso de pie. El rey me miró directamente y pude ver la ira en sus ojos. Lo había sorprendido y eso no le gustaba. Siempre buscaba después a alguien a quien culpar y, por supuesto, me culparía. Pero no podía permitir que me humillara ante Jane Seymour.

Me volví abruptamente y me marché.

Me sentí asqueada y enferma. ¿Hasta dónde había llegado aquello? ¿Estaba él intentando repetir lo que había ocurrido con nosotros? ¿Quién estaba detrás de ella? ¿Acaso Edward y Thomas Seymour, los ambiciosos hermanos? ¿Quién más? ¿Cuántos enemigos tenía en la corte? Demasiados como para contarlos.

Me fui a mis habitaciones.

Nan Seville corrió hacia mí, alarmada.

—Majestad... No estáis bien.

—Creo que necesito descansar.

Me ayudó a llegar a la cama. Aquella noche comenzaron los dolores y me sentí morir. Era demasiado pronto. No podía permitirme una decepción más.

Mandaron a buscar la partera y los médicos. Podía imaginarme cómo la noticia estaría corriendo por todo el palacio.

—La reina está de parto, pero es demasiado pronto.

«Oh, Dios —rogué—, sabéis cuánto necesito este niño. Mi futuro depende de él... quizá mi propia vida».

Pero Dios no escuchó mis súplicas. El niño, un varón, nació muerto.

Enrique entró en la habitación y me miró. Vi sus puños apretados, sus ojos que echaban chispas, su boca cruel.

Su decepción era tan amarga como la mía propia.

—No podéis darme hijos varones —dijo—. No sois mejor que la otra.

Lo odié. Si me hubiera casado con Henry Percy, pensé entonces, podría haber sido una mujer feliz. Pero el rey había decidido dirigir mi vida; me había arrebatado a mi amor y me había ofrecido una corona... y ahora estaba amenazando con quitármela. Lo odié y no me importó que lo advirtiera. Estaba acabada. Entonces comprendí, como nunca, los sentimientos de Catalina. Ella lo había servido bien durante veinte años... yo aún no hacía tres... pero era

suficiente como para que el rey se cansara de mí y quisiera librarse de mi presencia.

—Vos sois quien ha hecho esto —le dije—. Vuestras infidelidades... eso me ha disgustado tanto, que nuestro hijo ha nacido muerto. Os vi con esa tonta prostituta sobre las rodillas —solté una carcajada—. Podríais haber escogido a una persona más digna.

Estaba furioso. Me odiaba por haberlo sorprendido en una posición así.

—Veo que Dios no quiere concederme hijos varones —rugió—. Y vos... vos no tendréis más hijos míos.

Me estaba culpando. Estaba muda de indignación.

—Cuando estéis en pie hablaré con vos —murmuró, para luego marcharse.

Me quedé tendida en la cama, paralizada por la desdicha y el miedo. Había perdido mi última oportunidad.

¿Qué pasaría conmigo ahora?

No lo vi durante varios días.

Por el momento no había forma de volver a atraerlo hacia mí. Parecía estar completamente obsesionado con Jane Seymour. Su aventura con ella era del dominio público, pero no sabía hasta dónde habían llegado.

Él partió en uno de sus viajes a través del país y no lo acompañé. Se dijo que necesitaba descansar para recuperarme del aborto.

Me hallaba en una precaria situación y me volví hacia George, el único en quien podía confiar.

Estaba descansando en mi lecho cuando vino a verme. Era un buen lugar para hablar porque podíamos estar a solas.

Se sentó junto al lecho, con aspecto circunspecto.

—Me preocupan los Seymour —me dijo.

—¿Creéis que están conspirando?

—Sé que lo están haciendo. No hay en la corte dos hombres más ambiciosos que Edward y Thomas Seymour. Buscan obtener grandes cosas por medio de su hermana.

—Me temo, George, que están aprovechando nuestro ejemplo.

—Debéis intentar volver con Enrique.

—Creo que me odia.

—Se dice que el amor y el odio están separados por muy poco.

—Ha dicho que no tendré más niños de él.

—¿Cuándo dijo eso?

—Cuando yacía exhausta después de haber perdido a mi hijo debido al gran disgusto que sufrí cuando lo encontré con Jane Seymour sobre las rodillas.

—¿Sabe él que lo visteis?

—Sí, por supuesto.

—Eso debe de haberlo enfadado.

—Hay poco que podáis decirme de él que no conozca ya, George —dije tras reír amargamente.

—Debéis tener un hijo varón. Es imperioso.

—Se me ha ocurrido algo. Catalina sufrió muchos abortos, ¿verdad? Ahora... miradme a mí. Ambas hemos tenido niñas... pero, siempre que el bebé es un varón, lo perdemos. ¿Por qué tendría que ocurrir eso?

—Tal vez los varones son más difíciles de tener.

—No me parece el caso. Hay muchos varones en el mundo.

—¿En qué estáis pensando, Ana?

—Que es debido a algo que tiene Enrique. Nunca tendrá un hijo varón sano.

—Tuvo un hijo de Elizabeth Blount.

—Sí... pero de eso hace mucho tiempo. ¿Y os habéis fijado en el joven Richmond? Su aspecto es delicado. No creo que viva mucho tiempo.

—Pero al menos nació.

—María es delicada, pero vive. Sin embargo, Catalina la tuvo después de muchos abortos. Isabel fue mi primer parto y es muy sana, creo que eso lo hereda de mí. Ésos son mis celos, George, y, si no me equivoco, Enrique nunca engendrará un hijo varón sano.

El horror se apoderó de mi hermano.

—¿Qué esperanza queda entonces? —preguntó.

—Ninguna. Cuanto más lo analizo, más pienso que el problema reside en él.

—Matará a cualquiera que sugiera algo semejante.

—Lo sé. Quizá debería decírselo en algún momento.

—Ana, por el amor de Dios, tened cuidado. ¿Hay algo que os pueda hacer pensar...?

—¿Que tengo razón? Tiene una llaga en la pierna que no se le cierra. Me pregunto si no será eso.

—¿Ese tipo de enfermedad?

Asentí.

—Creo que a veces incapacita a los hombres y a las mujeres para tener hijos sanos.

—Pero ahí está Isabel.

—Yo estaba fresca, estaba sana y ella es una niña.

—No puedo creerlos cuando decís que el rey es incapaz de tener hijos sanos.

No nos dimos cuenta de que la puerta se había abierto y Jane Rochford estaba allí, de pie.

—¡Oh, Ana! —exclamó—. He venido a ver cómo estabais. ¿Hay algo que pueda hacer...?

Miró ansiosamente a George, pero él le volvió la cara.

¿Cuánto tiempo habrá estado allí? Se movía tan silenciosamente y aparecía de forma tan inesperada, que podía resultar desconcertante.

—No quiero nada, gracias —dije.

—¿Y os sentís mejor?

—Gracias, sí.

—Al rey le alegrará saberlo —dijo, y un toque de malicia asomó a su taimado rostro.

Odiaba ver a George cerca mío.

Mi hermano me besó ligeramente.

—Yo, en vuestro lugar, descansaría un poco más —dijo y, tomando a Jane del brazo, la sacó de la habitación.

La sensación de estar sentenciada no me abandonó en todo aquel terrible invierno.

Tenía muy pocos amigos y no sabía en quién podía confiar aparte de George. A veces me parecía que estaban todos observándome... esperando que mi destino finalmente me alcanzara. Quizá no estaban totalmente seguros de lo que ocurriría, pues en más de una ocasión había recuperado cierto poder sobre el rey cuando ya parecía que lo había perdido para siempre. ¿Podría volver a conseguirlo? Mi rival no era de ningún modo la mujer más atractiva de la corte, aunque bien podía ocurrir que no fuese tan tonta como aparentaba. Hasta ahora se las había arreglado para conservar la virtud, para aferrarse a su «honor» y dar a entender que «o la corona o nada».

Era una imitación exacta del método que yo había empleado con el rey. Les había iluminado el camino y dado un ejemplo que ellos seguían sin apartarse en

lo mínimo de él. Ella estaba respaldada por sus ambiciosos hermanos y a punto de ganar.

Una vez más, Enrique se sentía desafiado.

En la lectura hallaba un gran alivio para mi tensión. Aquella estaba constituida principalmente por libros religiosos. Leía todo lo que los reformistas escribían y cuando lo hacía, conseguía olvidar todos mis problemas. La otra fuente de consuelo que tenía era mi hija, a la que veía a menudo. Me gustaba revisar su guardarropa y planearlo junto a lady Bryan. Pensaba que una niña tan despierta y atractiva tenía que ser seguramente una delicia para su padre.

A medida que pasaban las semanas me iba desesperando más. Traté de conseguir que se fijara en ella, pero, naturalmente, cuando me volvió la espalda a mí también se la volvió a su hija. ¿Cómo podía un padre demostrar tanta indiferencia hacia su pequeña?

En aquella época me sentía invadida por la melancolía, luego de lo cual me sobrevinía una loca jovialidad.

Aún tenía a mis admiradores, los cuales tenían que sentirse genuinamente atraídos por mí, ya que mi declinante fortuna no había hecho mella en su devoción. Yo quería su compañía, sus piropos, sus miradas de admiración; me levantaban el ánimo y me otorgaban renovadas esperanzas. Incluso buscaba la admiración del joven Mark Smeaton. Su devoción hacia mí era absoluta y mis damas decían que nunca tocaba tan exquisitamente como cuando yo estaba delante. Con las ropas nuevas que yo le había proporcionado, se veía incluso más guapo que de costumbre.

Le dije que no debía esperar mucha atención por mi parte.

—Señora —respondió él conmovidamente—, una mirada será suficiente.

Una adoración tan completa y esclava, incluso por parte de un humilde músico, era para mí un bálsamo.

Entre las damas contaba con algunas buenas amigas. Madge Shelton estaba tan cordial como siempre. Nuestra pequeña aventura con Enrique no nos había cambiado, al contrario, nos había ligado con mayor fuerza, y a ella no le parecía impropio que Henry Norris, que se suponía que la estaba cortejando, me dedicara sus atenciones. También estaba Margaret Lee, que me servía bien; y Mary Wyatt siempre había permanecido unida a mí.

Mi hermana María había llegado a la corte. Tenía una gran capacidad de alegría y sentí envidia de ella, con sus hijos y su matrimonio feliz; estaba serena y segura. Declaró que Will Stafford era el esposo perfecto y la había consolado

de la pérdida del querido Will Carey. Me pareció que María había encontrado la forma correcta de vivir.

Formaba parte de mi naturaleza tempestuosa el hecho de que pudiera estar a veces bulliciosamente alegre. Aún tenía a mi alrededor a los genios de la corte para que me ayudaran a organizar espectáculos divertidos. Cantaba, bailaba y me entregaba a flirteos con mis admiradores; luego, cuando me quedaba sola, me hundía en la melancolía.

—El rey planea librarse de mí como se libró de Catalina —le dije a Mary Wyatt—. Él cree que podrá tener hijos varones con Jane Seymour, pero creo que el rey nunca tendrá un hijo varón... porque no puede.

Mary me advirtió que era una imprudencia decir cosas semejantes.

¡Mi querida, serena e inteligente Mary! ¡Cuánta razón tenía!

Hubo momentos en los que conocí una desesperación tal, que probé formas de llegar a su corazón. Una vez tomé a Isabel y, con ella, esperé ante las ventanas de sus aposentos a que se asomara. Lo hizo tras un largo rato. Hice que la niña levantara el brazo y lo saludara. Él simplemente nos miró con dureza durante algunos segundos y se marchó.

Entonces supe que no habría forma de conmoverlo. Me di cuenta de que habíamos ido demasiado lejos como para que él volviera alguna vez a mí. Mis enemigos estaban observando, esperando el momento en el que pudieran dar rienda suelta a su odio. Aún no estaban seguros de cuándo podrían... Esperaban al rey. Enrique marcaría el ritmo de mi caída.

George estaba muy preocupado, pues veía lo que estaba ocurriendo, quizá más claramente que yo.

Había comenzado a correr por la corte el rumor de que el rey carecía del poder para tener hijos varones, aunque no era impotente.

Aquello tenía que haber enfurecido a Enrique cuando llegó a sus oídos y me habrá culpado a mí como la más cualificada para hacer correr un rumor semejante. Mis enemigos estaban por todas partes y tenía pocos adeptos.

Cuando nos enteramos de que se establecería una alianza con el emperador y que éste había dicho que enviaba un embajador para hablar con el rey y la reina, los ánimos de George mejoraron.

Vino a decirme que teníamos que hablar en privado en mis aposentos.

—Os ha mencionado —dijo—. Eso significa que os acepta como reina. Es un gran paso adelante.

Comprendí su punto de vista. Enrique estaba titubeando, pero mi destino no

descansaba en las manos de los súbditos de Enrique, sino en esos dos poderosos estados de Europa, necesariamente enemigos el uno del otro, y que estaban en lucha por el poder. Para Francia era muy importante aceptarme como reina y si el emperador también lo hacía, podría estar a salvo.

—La actitud ha cambiado ahora que Catalina está muerta —dijo George—. El emperador podía condenar vuestro matrimonio solo mientras ella vivió. Ahora parece que está permitiendo que sus necesidades políticas se superpongan a sus sentimientos familiares. Necesita a Enrique como aliado contra Francia.

—Francisco fue un buen amigo para nosotros durante la mayor parte del tiempo en que el divorcio estuvo pendiente.

—Ha demostrado ser completamente indigno de confianza. El emperador será más estable. Además, es un gran general. Es el gobernante más inteligente de Europa y será un mejor aliado.

—Entonces, ¿existe un rayo de esperanza?

—No creo que el rey quiera volver a pasar otra vez por todo el problema del divorcio —comentó George.

—Tendrá que hacerlo si quiere casarse con Jane Seymour.

—Pronto tendrá que cansarse de ella. Si tan solo esa pequeña y tonta criatura accediera a dormir con él, todo habría acabado en cuestión de semanas.

—Tiene los ojos puestos en la corona.

—Querréis decir que sus hermanos los tienen puestos por ella. Jane Seymour es de una naturaleza ideal para ser empujada hacia aquí y hacia allá.

—Muy diferente de mí. Creo que él está buscando un cambio.

—Puede ser, pero tenemos que detener el asunto, Ana. Y si el emperador demuestra estar dispuesto a aceptarlos, muy bien podría ocurrir que el rey olvidara a Jane Seymour.

—¿Qué pasa con el papa? ¿Qué pasa con la rotura de relaciones con Roma? El emperador nunca aceptará eso.

—Los emperadores y reyes aceptan todo lo que resulta conveniente aceptar. Creo que el emperador quiere una alianza con Inglaterra. La religión es utilizada por los gobernantes y ése es el motivo por el que a menudo existen conflictos entre la Iglesia y el Estado.

Y así lo deseamos.

Me sentía con la moral más elevada, como tan fácilmente podía ocurrir conmigo. Preparamos espectáculos para los emisarios e incluso me volví amistosa con Chapuys. Creo que, como siempre, reaccioné con demasiada

vehemencia y mis actos fueron observados con cinismo por el astuto espía.

Luego nuestro ánimo decayó, pues, cuando llegó la delegación enviada por Carlos, Enrique dejó bien claro que yo no estaría presente en las conversaciones, las cuales, además, fracasaron. Presumiblemente, Enrique no aceptaría los términos de Carlos.

Regresó la tristeza y me sentí como si estuviera esperando que me alcanzara un terrible desastre.

George estaba inquieto y muy preocupado.

—Pero —me dijo— existe un hecho que tiene que regocijarnos. Thomas Cromwell es el hombre más poderoso de Inglaterra. Es otro Wolsey, lo cual resulta comprensible, ya que recibió las enseñanzas del gran hombre. Es Cromwell quien decidirá la política exterior y fue él quien impulsó el divorcio y el rompimiento de relaciones con Roma. Él debe respaldaros; no puede ceder, pues, si lo hace, se derrumbarán los cimientos en los cuales ha apoyado su fortuna.

Era un pensamiento reconfortante. Nuestras esperanzas estaban puestas en Cromwell, un hombre inteligente. Estaba muy ocupado con los monasterios y se había publicado un nuevo decreto por el cual debían disolverse todos aquellos que no contaran con una renta de doscientas libras esterlinas, los cuales pasarían a ser propiedades del rey. Cromwell, por orden de Enrique, estaba vendiendo dichas propiedades a la clase media, lo cual era una forma de comprometerlos en la operación. Aquellos que hubieran obtenido tierras y casa por un precio razonable, considerarían la disolución de los monasterios como una acción muy conveniente.

Wolsey había fracasado respecto al deseo del rey de librarse de Catalina y casarse conmigo. Cromwell podía fracasar en cuanto a mi deposición en favor de Jane Seymour.

¡Cuán irritado había estado Enrique con Wolsey porque éste no podía conseguirle el divorcio de Catalina! ¿Se enfurecería igualmente con Cromwell porque no podía urdir un plan para librarlo de mí?

Podía imaginar la irritación de Enrique. Siempre había sentido afecto por Wolsey, pero nunca lo sintió por Cromwell. Estoy segura de que Cromwell habrá tenido que hacer frente a momentos humillantes a manos de su señor en aquella época.

Pero aquel hombre era mi salvador. No podía abandonarme, pues mi destino estaba demasiado estrechamente entretelado con el suyo.

¿Cuán decidido estaba el rey a casarse con Jane Seymour? Aquella era la pregunta vital. Yo, que lo conocía bien, sabía que no se trataba de que deseara intensamente a Jane. En la corte había mujeres mucho más atractivas en las que podría haber hallado satisfacción y que habrían estado muy dispuestas a complacerlo. Aquello estaba motivado por el básico deseo del hijo que yo no había podido darle. El deseo de poder de Enrique era más fuerte que el deseo del cuerpo femenino. Cuando ponía sus ojos en una meta tenía que conseguirla, ya que no hacerlo sería como negar su fuerza.

Aquello era lo que me alarmaba. Pero pensé: Mientras Cromwell esté al mando, estaré segura.

De cuán equivocada estaba me daría cuenta más tarde.

El rey estaba fastidiando a Cromwell para que hallara algún plan para librarse de mí y que pudiera de ese modo casarse con Jane Seymour. Ya habían intentado el asunto del precontrato con Northumberland. Cuando fue sacado a la luz anteriormente, Enrique había estado decidido a invalidarlo porque en aquel entonces se sentía desesperadamente ansioso por casarse conmigo. ¿Era posible volver a desempolvar el caso? Probablemente. Pero iban a necesitar algo mucho más fuerte que eso, pues ese argumento ya había sido examinado y desechado.

Cromwell tenía que encontrar otro modo.

Al haber formado parte de varias misiones diplomáticas en su vida, George era muy consciente de lo que estaba ocurriendo en lo político y de la forma de obrar de los diplomáticos. Ahora se daba cuenta de que Cromwell deseaba una alianza con el emperador.

Mi hermano oyó decir que los emisarios se habían marchado y que Enrique había rechazado sus términos. Cromwell había tenido una acalorada discusión con el rey, ya que este último era contrario a establecer una alianza con el emperador. Aquel hombre era el sobrino de Catalina y había sido responsable de la mayor parte de las angustias que el rey había sufrido durante los años de espera. Cromwell quería dejar de lado a cualquier otro. El emperador quería una alianza y era un hombre fuerte. Tendríamos que entendernos mejor con él de lo que nunca fuimos capaces con los franceses.

Enrique odiaba que lo contradijeran y se enfureció con Cromwell. Lo había hecho cargar con la reina y ahora no hallaba forma de liberarlo. Él quería un hijo varón. Tenía que tener un hijo varón. Él...

Cromwell representó un ataque de tos y pidió vino. Dijo que tenía fiebre. El rey lo despidió y él se retiró a Stepney.

Allí permaneció una semana en cama y no sabemos si estaba realmente con fiebre o si se dedicó a sopesar la situación. George pensaba que lo segundo, porque, cuando volvió a aparecer, resultaba claro que había tomado una decisión.

Pronto sabría yo los desastrosos efectos que aquélla tendría sobre mí; Cromwell ya no era amigo mío, sino mi oponente más encarnizado por una mera cuestión de necesidad.

Se había dado cuenta de que no podría retener el favor del rey mientras yo fuera reina de Inglaterra; no podría conseguir el tratado de amistad con el emperador debido a que, según me enteré después, Carlos había dejado claro que no negociaría con Enrique mientras yo fuese aceptada como su esposa.

Cromwell haría cualquier cosa, por despiadada que fuese, para salvar su propia piel y conservar su poder.

El año avanzaba y pronto llegaría mayo, mes adorable en el que las flores comenzaban a abrirse, ranúnculos y dientes de león en los campos, cardaminas en las márgenes del río. El ánimo de uno tenía que mejorar con la luz del sol de mayo.

El primer toque de alarma fue cuando advertí que faltaba Mark Smeaton. Le pregunté a una de las damas dónde estaba el joven, y me dijo que no lo sabía. Lo había visto el día anterior y él parecía bastante nervioso.

—Algún secreto suyo —dije—. ¿Creéis que tiene una amante?

—Mark no tiene ojos para nadie excepto para vos —fue la respuesta.

Me encogí de hombros.

—Eso no es más que porque le he favorecido.

—Él tiene un corazón romántico. Y es un esclavo de vuestra majestad.

—Cuando vuelva decidle que quiero conocer la razón de su ausencia.

Mark no volvió.

Fue otra de las damas la que me dio la noticia; y entonces comencé a sentir una sombra de alarma.

—Ayer se sentía muy orgulloso, señora. Tenía una invitación para cenar.

—¿Para cenar? ¿Con quién?

—Con maese Cromwell, señora.

Me quedé pasmada. ¡El gran Cromwell invitaba a cenar a un humilde músico!

¿Qué podía significar aquello? Mark tendría que habérmelo dicho. Quería

ver a George inmediatamente para decirle lo que estaba ocurriendo.

Ya era primero de mayo, dos días después de la desaparición de Mark Smeaton. El músico no había vuelto a la corte y me sentía llena de recelos.

Pero aquel día era la fiesta de mayo, un acontecimiento muy especial, una fiesta que siempre se celebraba con un magnífico espectáculo de justa.

No había podido hablar con George y comentarle la desaparición de Mark, pero lo vería aquel día porque era uno de los principales caballeros retadores del torneo y Norris estaría a la cabeza de los defensores.

Todavía era la reina y debía estar junto al rey en la ceremonia, por lo que ocupé mi sitio en el palco. Cuando Enrique se acercaba al terreno de justa, vi que se le unió Cromwell y mantuvieron una conversación confidencial durante algunos minutos.

Enrique tenía el ceño muy fruncido, por lo que deduje que las noticias no eran buenas. Yo quería hablar con Cromwell, preguntarle por qué había invitado a Mark a cenar y cuál era la razón por la cual no lo habíamos vuelto a ver desde entonces.

Enrique ocupó su lugar a mi lado. Me volví para sonreírle, pero él no me devolvió la mirada; tenía la vista fija ante él y la boca apretada y con un aspecto tan cruel como jamás le había visto; su mirada era fría, sus mejillas estaban rojas.

Incluso cuando la justa comenzó, él continuó con el ceño fruncido y supuse que estaba pensando en los días en que había sido el campeón. Ahora estaba demasiado corpulento. Aún montaba y cazaba y se enorgullecía del número de caballos que era capaz de cansar, pero se estaba haciendo viejo. Sabía que la pierna llagada le molestaba. La úlcera no se cerraba y podía resultar muy dolorosa. Si hubiera entrado en justa, a su oponente le hubiera resultado difícil representar una derrota. Quizás Enrique lo sabía y ése era el motivo de que estuviera allí sentado con el ceño fruncido.

Pero había algo más que lo enojaba. Yo no podía concentrarme en la justa. Me hacía preguntas respecto a Mark... y hubiera deseado saber en qué estaba pensando Enrique.

George luchó con destreza, al igual que lo hizo Norris. Ambos eran muy guapos y el rey los miraba con amargura. Repentinamente me sentí abrumada por el calor y el deseo de marcharme. Era algo más que los rayos del sol; me

había invadido la premonición de que el mal estaba rondando muy cerca mío.

Saqué el pañuelo para enjugarme la frente, pero me tembló la mano, el pañuelo se me escapó y cayó revoloteando al suelo. Norris, que estaba por casualidad justo debajo, lo tomó con la punta de su lanza y me lo alcanzó. Sonreí, mientras Norris hacía una reverencia.

El rey nos observaba y cuando me volví a mirarlo tenía el aspecto de alguien que está a punto de sofocarse.

—¿No os sentís bien? —pregunté.

No me respondió y se puso de pie. Pareció hacerse entonces un largo silencio, aunque puede que solo durara pocos segundos. Luego el rey abandonó el palco abruptamente.

Era la señal que indicaba que la justa finalizaba.

Cierta dosis de confusión se apoderó de todos y sobrevino un silencio aturdido. Luego todos comenzaron a hablar.

Nadie sabía qué era lo que no iba bien.

No me quedaba otra cosa que hacer más que marcharme.

Regresé a mis aposentos del palacio de Greenwich.

Crecía el silencio... un silencio cargado de significados. La tormenta estaba a punto de estallar y yo estaba en el centro de la misma.

Norris no volvió a aparecer.

Mandé llamar a Madge.

—Madge —pregunté—, ¿dónde está Norris?

—No lo he visto desde el día del torneo.

—Acabó muy repentinamente.

—Dicen que el rey estaba cansado de él.

—Estaba irritado porque ya no puede competir con hombres como Norris y mi hermano.

Madge no respondió. Creo que pensaba que yo estaba diciendo la cosa más peligrosa del mundo.

—Y Mark, ¿qué puede haber ocurrido con Mark?

Madge sacudió la cabeza.

—Corren rumores absurdos —dijo.

—¿Qué rumores?

—Que Norris ha sido arrestado y llevado a la Torre.

—¡Norris! ¿Por qué motivo?

—Ha ofendido al rey.

—Seguro que no. El rey siente gran aprecio por Norris. Su amistad era muy estrecha.

—Quizá solo sean rumores —dijo Madge.

—¿Cómo puede haber comenzado un rumor así?

—Dicen que ocurrió cuando se marchaba del campo del torneo. Norris estaba con el rey. Cabalgaban uno junto al otro. El rey lo acusó de algo y luego ordenó su arresto.

—No puedo creerlo. ¿Bajo qué cargo?

Madge meneó la cabeza.

—Dicen que está en la Torre.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunté—. ¡Norris arrestado! ¡Mark desaparecido! ¿Qué significa todo esto?

Nadie podía estar seguro o tal vez tenían miedo de decírmelo. ¿Había algo que me estaban ocultando?

¿Dónde estaba George? Mandé a buscarlo, pero no pudieron hallarlo.

Temía a la noche. Sabía que no debía dormirme.

¡Cuánta razón tenía! Yacía en mi lecho, dando vueltas de un lado a otro y preguntándome constantemente: «¿Qué significa todo esto?».

Al fin terminó la larga noche y me levanté. Parecía haber silencio por todas partes. Se me antojaba que ninguna de mis camareras se atrevía a mirarme a los ojos. Tenían miedo de algo.

Temprano por la mañana tuve visitas. Me sorprendió ver a los miembros del Consejo, a la cabeza de los cuales iba Norfolk.

Cuando entraron en mis habitaciones me puse de pie, pues no habían sido invitados y tendrían que haber solicitado audiencia.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunté.

—Estamos aquí por un asunto del rey —me replicó Norfolk.

—¿Qué asunto?

—Vuestro músico está prisionero en la Torre.

—¡Mark, prisionero! No es más que un joven. ¿Cuáles son los cargos?

—Adulterio.

—¡Adulterio! ¿Con quién?

Norfolk me miró sonriendo.

—Con vos, señora.

—¡Mark! ¡Un humilde músico! ¿Qué disparate es éste?

—Lo ha admitido.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé y pensé: «La cena con Cromwell».

¿Con qué propósito podía invitar Cromwell a su casa a un humilde músico? ¿Lo habría sobornado? No, Mark nunca aceptaría sobornos. Si era verdad que había dicho eso, tenían que haberlo torturado para hacer que actuara así. ¡Con qué implacables enemigos me enfrentaba! ¡Pobre Mark! Su esbelto cuerpo... sus delicadas manos... ¿Qué le había ocurrido a Mark? ¿Qué me ocurriría?

—¿Cómo os atrevéis a hacer una acusación tan vil? —pregunté imperiosamente.

Norfolk utilizó aquella famosa expresión suya que siempre me había irritado.

—Tut, tut, tut —dijo, como si yo fuera una niña voluntariosa, y agregó—: Norris también está en la Torre... otro de vuestros amantes.

—¡Son mentiras malvadas!

—Y ahora, señora, venimos para conducirlos a vos a la Torre.

—No iré.

—Es la orden del rey.

—Tengo que ver al rey y hablar con él.

—Su majestad no desea veros. Sus órdenes son que vos seáis trasladada a la Torre.

Me sentí repentinamente serena. El golpe había sido descargado. Quizás había estado esperándolo durante tanto tiempo, que casi era un alivio que al fin hubiese llegado.

Estaba en las manos de hombres despiadados que no se detendrían ante nada para obtener lo que querían... y el más despiadado de todos ellos era mi esposo, el rey.

Se habían dicho mentiras acerca de mí. ¿Había hablado Smeaton en mi contra? Si era así, su «confesión» tenía que haberle sido arrancada con la mayor de las crueldades. ¿Y Norris? Norris era un caballero honorable, pero ¿sería capaz de resistir el potro?

Subí a la barcaza y sentí la muerte en todo mi ser. Parecía haber ocurrido hacía tan poco que había bajado por el río en la plenitud de mi gloria...

Norfolk se sentó delante. En su rostro había una sonrisa de triunfo; yo nunca le había gustado. A pesar del hecho de que era pariente mío, creo que estaba realmente encantado de verme así. Me di cuenta de que había sido orgullosa y despótica; había sido altanera, desconsiderada, rápida en el enfado. Hacerme

querer no era exactamente lo que había conseguido, pero tenía unos pocos amigos fieles en los que podía confiar completamente.

—Vuestros amantes han confesado su culpa —me dijo con la mayor de las satisfacciones.

—¿Mis amantes?

—Norris, Brereton, Weston... y, por supuesto, el joven músico.

—No os creo.

Él se encogió de hombros como diciendo que lo que creyera carecía de importancia.

Me estaban llevando hacia la Puerta del Traidor.

Ni siquiera en mis pesadillas más descabelladas hubiera soñado con algo así. Pensaba que él estaba buscando formas de deshacerse de mí, sí, pero no de aquella manera.

Se me dijo con rudeza que bajara de la barcaza y así lo hice. Repentinamente sentí la necesidad de la oración. Caí de rodillas y rogué en voz alta.

—Oh, Señor, Dios, ayudadme. Tú sabes, mejor que nadie, que soy inocente de lo que se me acusa.

Sir William Kingston, el lugarteniente de la Torre, salió a recibirme.

—Maese Kingston —dije yo—, ¿iré a una mazmorra?

—No, señora —respondió él dulcemente—. Al alojamiento que ocupasteis cuando vuestra coronación.

Volvió a evidenciarse ante mis ojos la ironía de la situación. ¿Había sido solo tres años antes? Pensé en mí sentada orgullosamente en mi barcaza con el adorno del halcón blanco y las rosas rojas y blancas de York y Lancaster. Entonces estaba embarazada. Me eché a reír como una loca y las lágrimas me resbalaron por las mejillas.

—¿Por qué estoy aquí, maese Kingston? —pregunté.

No me respondió, pero en su rostro había compasión, lo cual me proporcionó una pizca de consuelo.

Cuando me llevaban a aquellos aposentos, el reloj dio las cinco y cada campanada fue como un toque de difuntos.

Norfolk y su compañía entraron conmigo en las dependencias y, cuando me vieron instalada, se dispusieron a partir.

—Soy inocente —volví a decirles—. Os ruego que le supliquéis al rey que sea un señor bueno para conmigo.

Hicieron una reverencia y se marcharon dejándome sola con Kingston.

—¿Sabéis por qué estoy aquí? —pregunté.

—No —replicó él.

—¿Cuándo visteis al rey por última vez?

—No lo he vuelto a ver desde el día del torneo.

—¿Dónde está lord Rochford? —pregunté temiendo la respuesta.

—También él estaba en el torneo.

Un terrible miedo se apoderó de mí. Dije, más para mí que para él:

—Oh, ¿dónde está mi dulce hermano?

—La última vez que lo vi fue en York Place.

Me cubrí el rostro con las manos.

—He oído decir que seré acusada con tres hombres, y no puedo decir otra cosa que... no. Oh, Norris, ¿me has acusado tú? Tú estás en la Torre y tú y yo moriremos juntos —pensé en mi madrastra; su dolor sería terrible—. Oh, madre —murmuré—, te morirás de tristeza. Maese Kingston, ¿creéis que debo morir sin que se me haga justicia?

—Oh, señora, el más pobre de los súbditos del rey no se ve privado de eso.

Aquello me hizo reír como una loca. No podía apartar de mi pensamiento los recuerdos de aquella cara grande de ojillos duros que poseía la boca más cruel del mundo.

Me eché en mi cama y reí y lloré hasta quedar exhausta.

Había perdido la cuenta de los días, y no sé cómo conseguí vivir a lo largo de éste. Estaban decididos a desconcertarme, a privarme de consuelo.

Si tan solo pudiera hablar con Mary Wyatt, Margaret Lee, Madge y mi hermana María, eso me habría ayudado a pasar las tenebrosas jornadas. Pero me habían concedido la compañía de quienes me odiaban. Me enviaron a mi tía, lady Bolena, esposa de Edward, hermano de mi padre, la cual siempre había sentido celos hacia mí, y a pesar de que en el pasado ella había tenido miedo de hablar en mi contra, siempre había sido consciente de su malignidad. Quizá la eligieron porque sabían que me odiaba; la acompañaba una tal señora Cosyns, una espía donde las haya. Estaba segura de que aquellas dos creían que yo era culpable de todo aquello de lo que me acusaban.

Trataban de inducirme a decir cosas de las que luego pudieran informar en mi contra. Estaban allí todo el tiempo y nunca me dejaban sola. Dormían en camastros a los pies de mi lecho. A veces yo despertaba gritando de una

pesadilla y ellas estaban alerta, escuchando, tomando nota de todo cuanto decía, concediéndole gran importancia a cualquier cosa que pudiera ser utilizada en mi contra.

Me trataban con una estudiada falta de respeto con la que me estaban diciendo que ya no era la reina.

A veces aparentaban ser comprensivas e intentaban inducirme a confiar en ellas. Me hacían preguntas expresadas de forma especial para atraparme.

—Oh, fuisteis siempre muy hermosa en la corte. Erais la más brillante de las estrellas. Todas parecían vulgares a vuestro lado. No era de extrañar que todos esos hombres estuvieran enamorados de vos.

¡Las muy estúpidas! No eran capaces de comprender que, para mí, sus intenciones indagadoras eran transparentes.

—Se decía que Norris estaba cortejando a Madge Shelton, pero venía a veros. Vos erais su elegida. Resultaba obvio...

—Y Weston... os amaba más a vos que a su esposa. Bueno, es comprensible.

Les volvía la espalda. La única forma en que me fue posible pasar aquellos días fue ignorándolas.

Mi humor cambiaba. A veces quería morirme y acabar con el fastidioso oficio de vivir, pero en otros momentos mi enojo se sobreponía a la tristeza.

Quería vivir y vengarme de aquellas personas que habían conspirado contra mí y me habían llevado a la prisión.

Fue una gran alegría cuando me permitieron tener a dos damas más conmigo, mi prima Madge y mi querida amiga Mary Wyatt.

Lady Bolena y la señora Cosyns aún estaban allí, pero eso resultaba más soportable.

Mary estaba muy preocupada por su hermano. No había sido arrestado como todos esperaban que lo fuese, ya que siempre se le había conocido por ser un gran amigo mío y nunca había escondido su amor por mí. Muchos de sus poemas habían sido escritos para mí.

Inventaba cosas para poder quedarme sola con Mary, pues ella me consolaba enormemente.

—Solo Smeaton ha mentido con respecto a vos —me dijo—, y eso fue bajo tortura. Cromwell lo torturó en la mesa de la cena. Sus matones le envolvieron la cabeza a la pobre criatura con una cuerda y luego la apretaron tanto que él se desmayaba de dolor; entonces le hicieron decir cuánto lo habíais favorecido y que le habíais regalado bellas ropas y un anillo debido a que era vuestro amante.

Él resistió largo tiempo la agonía. Entonces lo llevaron a la Torre y lo sometieron al potro de la forma más terrible. Solo entonces se quebrantó y mintió.

—Pobre Mark —dije—. Es un joven tierno... poco más que un niño. Siempre tan dulce. Una vez me contó que, cuando venían los mendigos a la puerta de su padre, él lloraba por ellos; y que, cuando se encontraba con un hombre que colgaba de una horca y al que otros estaban mirando, huía, pues no podía soportar la violencia de ningún tipo. Amaba la belleza... Y que llegara a esto...

—Solo al final mintió —insistió Mary—. Fue solo cuando esos malvados hombres lo torturaron más allá de toda resistencia. Los otros no cederán. No hay nadie, Ana, que haya hablado contra vos... solo el pobre Mark, y bajo tortura.

—Ellos saben que es falso.

—Lo saben... pero están decididos a creerlo.

—Mary, ¿qué será de mí?

Ella sacudió la cabeza. Sus lágrimas me acobardaron más de lo que habían conseguido hacerlo el brutal tratamiento que me había dispensado Norfolk o el espionaje a que me sometían mi tía y su amiga.

—¿Por qué está George en la Torre?

Mary sacudió la cabeza.

—¿Y mi padre?

—Él no ha sido arrestado.

No pudimos continuar hablando porque aparecieron mis carceleras, aquellas mujeres odiosas.

Las noches parecían interminables y me quedaba tendida mirando a la oscuridad.

El rey se libraría de mí para poder casarse con Jane Seymour, exactamente de la misma forma que antes había deseado librarse de Catalina para poder casarse conmigo. Jane Seymour, pequeña tonta. ¿Cuánto creía ella que iba a durar? ¿Quién sería la siguiente? Él desechaba a las esposas como lo hacía con los trajes de los que se cansaba.

Había dos cuestiones sobre las cuales yo había creído que se basaría para librarse de mí. Una era, por supuesto, su relación con mi hermana María, la cual había estrechado los lazos entre nosotros. Él había pensado antes en ello, pues una vez envió a buscar una dispensa a Roma. Ahora no tendría que haber recurrido al papa por dicho asunto, pues el complaciente Cranmer hubiera hecho todo lo necesario. Pero no quería resucitar antiguos escándalos de los que él no

habría salido muy bien librado, así que había desechado a María como método posible. Había otro y era aquella cuestión de mi precontrato con Northumberland. Era el método más probable si no hubiera surgido antes y él lo hubiera invalidado de la forma más definitiva. En aquel entonces me había querido apasionadamente; ahora deseaba librarse de mí con igual pasión.

No hubiera creído que llegaría a considerar la muerte.

¿Y por qué no iba a hacerlo? Aquel hubiera sido el destino de Catalina de no ser por sus parientes de la realeza y yo no contaba con tales ventajas. Mis parientes tenían el poder que habían obtenido a través mío y algo también a través de María, por supuesto.

Así pues, si no iban a ser ni María ni Northumberland, solo quedaba una alternativa.

A veces me había preguntado cómo se sentiría la gente cuando la muerte los miraba a la cara. ¿Sir Tomás Moro? ¿Fisher? Aquellos monjes que habían rehusado aceptar el Acta de Supremacía. «Ella nos hará saltar la cabeza como pelotas, pero dentro de no mucho su cabeza bailará el mismo baile que las nuestras». Aquello había dicho Moro y estaba resultando profético.

Él había conocido al rey tan bien como yo. Sabía de aquella naturaleza mezquina y egoísta, esa determinación de salirse con la suya, la destrucción despiadada de todos aquellos que intentaran impedirselo. Moro conocía la conciencia que preocupaba a Enrique cuando él quería estar preocupado. Ahora estaba preocupándole. Había sido embrujado por una hechicera, repudiado a su primera esposa (ahora podía considerarla con afecto sin correr peligro alguno, pues ya no temía tener que volver con ella), y todo porque fue víctima de una bruja... como hubiera sucedido con cualquier hombre sin tener culpa alguna. Pero Dios le había abierto ahora los ojos y veía claramente el camino. Dios ponía a Jane Seymour en su camino para decirle que, si escapaba al hechizo que lo tenía atrapado y se casaba con esta joven sencilla y dulce, el Cielo le sonreiría. Tendría una sucesión de hijos varones. Dios le estaba mostrando el camino y, como ya ocurrió una vez, el instrumento de Dios era Thomas Cromwell, que le había arrancado la verdad al joven músico; ahora todos sabían que la reina había pecado contra el rey con aquellos a los que su esposo llamaba *amigos*.

Podía imaginarme muy bien cómo Enrique prepararía su defensa ante Dios. Lo que me asombraba era que pensase que podía engañar al Todopoderoso igual que creía que engañaba a sus cortesanos. Ellos tenían que fingir creerle; Dios no tenía por qué hacerlo.

Cuando me levanté, le escribí una carta, firmándome «La dama de la Torre».

«... si ya habéis decidido que no solo mi muerte, sino además una calumnia infame, debe traeros el goce de vuestra deseada felicidad, entonces deseo que Dios os perdone vuestro gran pecado...».

Cómo reí. Podía imaginar su palidez al leer esto. Deseaba que lo hiciera estremecerse. Deseaba poder ver aquella despreciada conciencia suya siguiendo un curso independiente de su control.

¿Cómo pensaba en mí cuando lo hacía? Estaba segura de que pensaba en mí a menudo. ¿Recordaba la rosaleda de Hever?, ¿la noche que había llegado a él con mi vestido de noche de satén negro?, ¿mi coronación?

¿O pensaba en mí como «La dama de la Torre»?

Era el 10 de mayo, tan solo ocho días desde que me habían arrestado y parecía haber pasado un año.

El Gran Jurado de Westminster había publicado la acusación contra lady Ana, reina de Inglaterra; George Bolena, vizconde de Rochford; sir Henry Norris, oficial de la guardia real; sir Francis Weston y William Brereton, caballeros de la Cámara Privada, y Mark Smeaton, ejecutante de instrumentos musicales, persona de baja condición que, debido a sus cualidades, fue elevado a músico de la Cámara.

George y yo seríamos juzgados el 16 de mayo; los demás, el 12.

Esperé el veredicto. Sabía que Enrique deseaba librarse de mí, pero seguramente tendría alguna compasión para con sus amigos. Él tenía que saber que eran inocentes. ¿O acaso estaba tan decidido a librarse de mí que se cobraría cualquier vida que lo ayudase a alcanzar su objetivo?

El resultado de aquel juicio fue horripilante, a pesar de que era lo que yo había esperado. Habían intentado por todos los medios hacerles admitir su culpa. Ninguno de ellos lo hizo excepto Mark. A pesar del hecho de que había mentido para salvarse y destruirme, yo podía perdonarlo. Conocía su delicadeza, su debilidad. Podía imaginar cómo se había derrumbado bajo la tortura severa. Su cuerpo estaba quebrantado y su mente enloquecida y cuando le dijeron que si firmaba la confesión quedaría en libertad, el joven firmó. ¡Mark, pobre necio! Había permutado su honor y su orgullo por la esperanza de salvar la vida. No era lo suficientemente inteligente como para saber que nunca le habrían permitido vivir; había condenado su alma por perjurio a cambio de nada. Lo condenaron a morir en la horca. Qué final tan triste para un joven que llevaba la música en el alma y creía que debido a eso había escapado de la pobreza a una vida más feliz,

cuando en realidad no había escapado más que hacia la muerte.

Yo quería verlo, consolarlo, hacer que me mirara y ver si entonces persistía en sus mentiras. Por supuesto, nunca hubieran permitido eso. Al encararse conmigo, Mark se hubiera quebrantado y hubiera dicho la verdad, y ellos lo sabían.

Qué final tan triste para un joven.

Norris, Weston y Brereton, aunque instados a confesar, mantuvieron valientemente su inocencia. Enrique, que había sido muy amigo de Norris, le envió un mensaje diciendo que, si confesaba haber cometido adulterio conmigo, se le garantizaría la vida.

La respuesta de Norris fue que antes moriría un millón de muertes que acusar a la reina de aquello de lo que él, en su conciencia, la creía inocente.

Mary Wyatt me contó que, cuando el rey oyó esto, se puso tan furioso de que su amigo hubiera rechazado la mano que él le tendía para rescatarlo, que había gritado colérico:

—¡Colgadlo, entonces! ¡Colgadlo!

La pobre Mary Wyatt era presa de la ansiedad. Thomas se había mantenido en la sombra. Se esperaba que en cualquier momento se reuniera con Norris y los demás en la Torre. Su nombre no había sido mencionado en relación con la acusación, pero estaba en el pensamiento de todos.

El día 16 fuimos llevados a juicio George y yo, y con este propósito se había instalado una sala de justicia en el gran salón de la Torre.

George fue el primero en comparecer. Aguardé con agitación, pero estaba preparada para lo peor.

George se defendió tan bien que, durante un rato, aquellos que lo juzgaban debían de haber tenido miedo de que les resultara difícil emitir la sentencia que el rey deseaba.

Creo que incluso nuestros mayores enemigos deben de haberse sentido impresionados cuando Jane Rochford se adelantó para presentar testimonio contra su esposo. ¡Cuánto tiene que haberme odiado! Había amado apasionadamente a George, pero la indiferencia de él había convertido aquel amor en odio; y su odio se centraba especialmente en mí porque ella conocía la estrecha y afectuosa relación que había entre mi hermano y yo.

Su acusación de incesto era tan ridícula, que no pudo justificarla de ninguna forma razonable... excepto diciendo que éramos demasiado afectuosos el uno con el otro y que mi hermano buscaba cualquier oportunidad para estar en mi

compañía. En una ocasión lo había encontrado en mi dormitorio. En aquel momento yo estaba en la cama y él se había inclinado para besarme, lo cual ella había visto al entrar en la habitación.

Deben de haber sentido desprecio por ella, pero no tuvieron el coraje de desafiar al rey. Él quería verme tan envilecida como fuera posible; y si podía llegar a creerse que mi hermano, al igual que los demás hombres, había sido mi amante, él podría sentirse completamente justificado para apartarme de la forma más rápida y fiable. Tranquilizaría considerablemente su conciencia si se demostraba que yo era digna del destino que me tenían preparado; y la conciencia del rey debía ser tranquilizada, sin importar a costa de qué. Ellos lo sabían y su futuro dependía del favor del rey.

Así pues, George fue declarado culpable.

En cuanto él salió de la sala, fui introducida en ella junto con mis damas, incluida lady Kingston. Sir William me condujo ante el tribunal.

Me sorprendí a mí misma con mi serenidad. Me sentía como si me hallase fuera de la escena, contemplándola. Sabía que debía ser condenada, porque conocía a Enrique. ¿No había estado yo a su lado durante los años en los que había deseado deshacerse de Catalina? Así pues, estaba claro cuál sería el resultado. Era una pérdida de tiempo llevar a cabo un juicio cuando el veredicto sería una conclusión inevitable.

Me declaré no culpable de los cargos y me senté en la silla que habían puesto para mí.

Escuché las pruebas; las palabras que se suponía que había proferido. Era todo muy trivial, obviamente inventado. Contesté a estos cargos, lo cual no resultaba difícil porque eran descaradamente falsos. Pude ver que algunos de los pares comenzaban a estar inquietos. Ellos me creían. De hecho, había poco más que pudieran hacer de forma lógica.

De los 53 pares de Inglaterra, habían seleccionado a 26. Estos eran los lores jueces, a la cabeza de los cuales estaba el duque de Norfolk. Él y mi viejo enemigo, el duque de Suffolk, se asegurarían de que el rey tuviera el veredicto requerido.

Northumberland, como uno de los principales pares del país, estaría seguramente allí. Me preguntaba cómo sería volver a verlo después de tantos años. Había oído decir que estaba muy cambiado. Su desastroso matrimonio y su vida infeliz tenían que haberle afectado y ahora sería uno de aquellos que habían venido a juzgarme. Cuán extraño sería verlo allí y pensar en aquellos años en los

que él y yo paseábamos juntos, aquellos momentos robados, cuando él venía a la corte con el séquito de Wolsey y me escapaba de las tareas que me encomendaba la reina para estar con él.

Pero no lo vi entre los pares.

—¿No está aquí milord de Northumberland? —le pregunté a Kingston.

—Vino... pero se puso enfermo —murmuró Kingston—. Se ha visto obligado a retirarse.

Sonreí. Así pues, no podía enfrentarse a ello. No podía ponerse allí de pie y condenarme. ¡Querido Henry Percy! ¿Qué pensaría de mí ahora? Al menos recordaba lo suficiente como para rehusar sentarse en mi juicio.

La indiferencia que se había apoderado de mí, aquel extraño distanciamiento, me era beneficiosa. Me permitió responder con precisión a sus preguntas y darles respuestas que hallaran difíciles de refutar. Habían esperado, sin duda, que yo estuviera histérica, lo cual hubiera facilitado su tarea y se sintieron desconcertados al encontrarme distante y serena.

De haber sido una corte justa, no me habrían condenado, ya que no necesitaban la unanimidad, sino solo la mayoría de votos. Todos aquellos que habían sido acusados junto conmigo, aparte de Mark, habían negado enfáticamente los cargos. ¿Podían condenarme cuando solo tenían como prueba la declaración de un pobre joven sometido al potro? Norfolk y Suffolk vieron que podían. El primero pronunció entonces la sentencia. Se me condenaba a ser quemada o decapitada, a gusto del rey.

Junté las manos, levanté los ojos y dije:

—Oh, Padre, oh, Creador, Tú que eres el camino, la verdad y la vida, sabrás si en verdad merezco esta muerte.

Luego me encaré con mis jueces.

—Milores —dije—. No diré que vuestra sentencia es injusta, ni pretenderé que mis razones prevalezcan sobre vuestras convicciones. Quiero creer que tenéis razones suficientes para lo que acabáis de hacer, pero tiene que haber otras que las que han sido presentadas ante esta corte de justicia, porque he demostrado mi inocencia de todos los delitos que habéis presentado en mi contra...

Pude ver que algunos de ellos estaban avergonzados y que mis palabras serían fácilmente olvidadas por otros.

Continué diciendo que nunca le había sido infiel al rey, aunque admitía que no siempre le había manifestado la humildad que le debía a quien me había

elevado hasta una altura tal. Dije que no temía morir. Tenía fe en Dios y Él me mostraría el camino. Agregué que sabía que estas palabras no me beneficiarían en nada, pero que las profería como justificación de mi castidad y honor.

—En cuanto a mi hermano y aquellos que han sido injustamente condenados, sufriría de buen grado varias muertes para librarlos de la suya, pero, como veo que place tanto al rey, los acompañaré de buena gana en la muerte con la seguridad de que llevaré con ellos una apacible vida eterna.

Tras decir esto, me retiré.

Cranmer vino a verme. El rey lo había enviado para que me confesara.

Me sentí enormemente consolada por su visita.

Él me rogó que no desesperara. Bien podía ocurrir que se levantara la sentencia de muerte. Dio a entender que podía permitírseme abandonar el país. Quizá me enviarían a Amberes, donde podría acabar mis días en paz. Me había entregado al estudio de la religión y me interesaba por los asuntos de la mente: la lectura, la música y un creciente conocimiento de la nueva Iglesia.

Nunca lamentaría abandonar la corte. La vacuidad de la vida que allí se llevaba estaba ahora muy clara para mí. No quería volver a ver a Enrique. Pero había alguien en quien pensaba constantemente: mi hija. ¿Qué sería de ella ahora? ¿Quién cuidaría de ella? Con su madre caída en desgracia, quemada o decapitada, tachada de ramera. ¿Qué ocurriría con mi pequeña bebé?

¿Sabía ella algo de lo que estaba pasando? Se estaría preguntando por qué no había ido a verla. Era inteligente, siempre hacía preguntas. Yo podía confiar en lady Bryan. Quería a la niña y era una mujer buena y sensata. ¿Por qué había pensado que quería morir cuando Isabel estaba allí y me necesitaba?

Si pudiese llevarme a mi hija conmigo a Amberes, quizá podríamos vivir allí con sencillez... como cualquier madre con su hija.

Pronto descubrí el significado de aquella esperanza y por qué me la habían propuesto.

Al día siguiente se me citó para que compareciera en Lambeth para responder a ciertas preguntas acerca de la validez de mi matrimonio con el rey.

El esquema se estaba pareciendo cada vez más al de Catalina, si se exceptuaba el hecho de que, al ser ella la tía del emperador, por supuesto no podía ser condenada a muerte.

En la capilla de la casa de Cranmer, en Lambeth, me vi consolada por el

anfitrión y otros, quienes me instaron a admitir que había habido un contrato de matrimonio entre Henry Percy y yo antes de mi matrimonio con el rey.

Cranmer había insinuado que, si yo accedía en ello, no solo podría salvar la vida y abandonar el país con mi hija, sino también impedir la muerte de mis amigos.

¿Cómo podía no acceder? Habíamos hablado de matrimonio, dije. Si el rey no nos lo hubiera impedido, estaríamos casados ahora y nada de esto habría ocurrido.

Es fácil ser prudente después de los acontecimientos. Accedí y Cranmer declaró nulo e inexistente el matrimonio entre el rey y yo.

Me sentí un poco mejor; el alejamiento de la realidad comenzó a desaparecer. Podía hacer planes, ya que, si no había estado casada con el rey, el adulterio del que se me acusaba no podía ser llamado traición. Los hombres serían liberados y yo también. Continuaría siendo un estorbo, pero, si abandonaba el país, podría ser olvidada.

Aquella noche dormí algo mejor.

¿Cómo pude haber sido tan estúpida? Parecía que ni siquiera ahora conocía a mi esposo.

Las vidas de los demás no significaban nada para él. Todos esos jóvenes que habían sido sus amigos, que habían bromeado, reído, cazado y practicado el arte de la cetrería con él, no significaban nada para Enrique, y si sus muertes podían ayudarlo a alcanzar una meta, él no sentiría compunción alguna por condenarlos para apartarlos de su camino.

¡Qué día tan terrible fue aquel! El más desgraciado de mi vida.

Habían levantado el cadalso en Tower Hill. El primero en morir fue mi hermano, mi querido, dulce hermano, a quien tan profundamente había querido, el único ser de la Tierra en quien confiaba por completo. Dicen que murió serena y muy valientemente.

Pobre Francis Weston. Su familia estaba desolada. Su esposa y su madre le suplicaron al rey que le perdonara la vida. Eran ricos y le ofrecieron al rey cien mil coronas por él. Enrique rechazó la oferta.

Y Weston, Norris y Brereton sometieron sus cabezas al hacha.

Mark Smeaton fue ahorcado. Yo había esperado que en el cadalso, en el último momento, se retractara de la admisión de culpa.

—¿Declaró mi inocencia? —pregunté.

Con gran pesadumbre me dijeron que no.

—Su alma sufrirá por el falso testimonio que ha levantado —dije.

Mary Wyatt me puso una mano en el hombro y cuando levanté los ojos vi lágrimas en sus mejillas.

—No lloreis, Mary —le dije—. Mi hermano y los demás están ahora, sin duda, ante el gran Rey y yo los seguiré mañana.

Cuando la muerte está próxima, uno piensa en el pasado, y lo que adquiere mayor importancia son las acciones que uno lamenta haber llevado a cabo.

Desearía haber sido una persona mejor. Ahora podía ver claramente mi locura a cada paso que di. No estoy segura de que alguna de mis acciones pudiera haber alterado mi destino. Estaba tratando con un hombre que estaba corrompido por el gran poder que poseía, un ser egoísta y mezquino, un hombre monstruoso, un asesino.

Yo nunca lo había querido realmente. Él me había impuesto su persona y admito que me había enamorado de la pompa y el poder. Me había aferrado a aquellas cosas de la vida que parecían ser las mejores, pues me había deslumbrado el brillo de todo lo que me habían puesto delante. Había sido tentada, como Cristo lo había sido por Satán, pero no había tenido el buen sentido de volverle la espalda a la tentación.

Y había hecho muchas cosas crueles.

Había odiado a Catalina. Había odiado a la princesa María. Era cierto que ellas no habían sido amigas mías, pero ¿cómo podrían haberlo sido, cuando yo era la que ellas acusaban de robarles sus derechos?

Pero podría haber sido más bondadosa con María.

¡Cuánta aversión había sentido hacia aquella niña! Había querido humillarla. Quería apartarla del camino porque deseaba su posición para mi hija.

Le pedí a lady Kingston que viniera a verme.

La hice sentarse, cosa ante la que ella se mostraba reticente. Aún me consideraba la reina y aquella era mi silla.

—Ya no ostento mi título —le dije—. Estoy condenada a muerte. Todo lo que deseo ahora es descargar mi conciencia.

Así pues, la obligué a sentarse y me arrodillé ante ella. Le pedí, en presencia de Dios y sus ángeles, que fuera de mi parte a ver a la princesa María y se arrodillara ante su alteza como ahora me arrodillaba ante ella y le pidiera perdón por todo el mal que le había hecho.

—Hasta que eso haya sido hecho, mi conciencia no podrá estar tranquila —le dije.

Ella me prometió que lo haría y no faltaría a su palabra, porque lady Kingston era una mujer buena.

Éste es mi último día en la Tierra. Mañana me habré marchado. Tengo 29 años. Es una edad demasiado temprana para morir.

He perdido a mi querido hermano. No volveré a ver a mi hija. He rezado por ella y he exhortado a lady Bryan a cuidarla. Ella sabrá qué decir cuando Isabel pregunte por qué no voy a verla.

Ha llegado una espada de Francia, especialmente para mí. No quería el hacha. Es una última concesión del rey.

Kingston ha venido a verme.

—He oído decir que moriré antes de mañana a mediodía —le dije—. Lo siento. Había esperado estar muerta a esta hora y haber ya pasado el dolor.

—El dolor es muy poco, señora —me respondió—. Pasa en un instante. El verdugo es muy bueno.

Me puse las manos alrededor del cuello y reí.

—Y tengo un cuello fino —dije.

Él se marchó. Creo que se sintió conmovido por mi serena aceptación de la muerte.

Me preguntaba si debía solicitar ver a Isabel. Me preguntaba si se me concedería esa petición. La decisión hubiera sido de Enrique.

¿Qué tendría que decirle a mi hija? ¿Cómo se le dice adiós a un niño?

«Cariño mío, no volveré a verte más. Mañana van a cortarme la cabeza. Tu padre, con la gran bondad de su corazón, me ha permitido escapar de la terrible muerte por fuego. Se contentará con que me quiten la cabeza con una espada muy buena que ha sido enviada desde Francia para tal propósito».

Ya me estaba poniendo histérica.

No debía ver a Isabel. Podía confiar en lady Bryan.

Escribí una carta, no dirigida al rey, pero sí para que se la mostraran. Le pediría a Mary que se la entregara a uno de los caballeros de la Cámara Privada.

—Encomendadme a su majestad y decidle que ha sido siempre constante en su decisión de promocionarme; de dama anónima me hizo marquesa; de marquesa me convirtió en reina y, ahora que ya no tiene un grado de honor más alto que darme, le otorga a mi inocencia la corona del martirio. Espero que esas palabras dejen una marca en esa conciencia suya. Espero que sean tan eficaces

que no pueda apartarlas a un lado con un encogimiento de hombros. Espero que lo persigan durante mucho tiempo.

Hubo momentos en los que ansié verlo para poder decirle lo que pensaba, explicarle que veía claro detrás de su máscara de cordialidad, aunque a medida que pasaba el tiempo la había ido utilizando cada vez menos. El franco rey Hal era Enrique el todopoderoso, el monstruo egoísta, el asesino.

No era tanto odio como desprecio lo que sentía por él. A través de los tiempos futuros sería recordado como el rey que por sus deseos carnales se deshizo de su esposa de veinte años basándose en falsos cargos; y que, habiendo tenido éxito en eso, asesinó a su segunda esposa. Me preguntaba cuál sería el destino de la siguiente... y de la siguiente... y de la siguiente...

Pero debo calmarme. Tengo que prepararme para la partida.

Me vestiré con cuidado. Tengo que estar elegante hasta el final. Llevaré una túnica de damasco negro con una esclavina blanca y mi toca con la cofia ornamental debajo.

Estaré serena. En realidad, de no ser porque dejo a Isabel, hubiera ido agradecida hacia mi muerte. No volvería a pasar el último año de mi vida.

Quizá no seré olvidada, sino recordada como la reina que fue asesinada porque se interponía en el camino de alguien que, cruel e injustamente, tenía el poder para matar a aquellos que le resultaban un estorbo.

Aquella noche no me fui a dormir. ¿Qué sentido tenía hacerlo? Mañana ya no necesitaría descansar.

Me sentía inspirada como para expresar en verso mis sentimientos. Así que escribí:

*Oh, muerte, acúname,
tráeme el descanso quieto,
libera a mi inocente fantasma
de mi angustiado pecho.*

Los relojes acaban de tocar la medianoche. Ha llegado el nuevo día.

Muy pronto estarán conduciéndome hacia la colina. Antes de que acabe la jornada, habré dejado de existir.



ELEANOR ALICE BURFORD (Londres, 1 de septiembre de 1906 - mar Mediterráneo, cerca de Grecia, 18 de enero de 1993), Sra. de George Percival Hibbert fue una escritora británica, autora de unas doscientas novelas históricas, la mayor parte de ellas con el seudónimo Jean Plaidy. Escogió usar varios nombres debido a las diferencias en cuanto al tema entre sus distintos libros; los más conocidos, además de los de Plaidy, son Philippa Carr y Victoria Holt. Aún menos conocidas son las novelas que Hibbert publicó con los seudónimos de Eleanor Burford, Elbur Ford, Kathleen Kellow y Ellalice Tate, aunque algunas de ellas fueron reeditadas bajo el seudónimo de Jayne Plaidy. Muchos de sus lectores bajo un seudónimo nunca sospecharon sus otras identidades.

Aunque algunos críticos descartaron su trabajo mientras que otros reconocieron su talento como escritora, con detalles históricos muy bien documentados y con personajes femeninos como protagonistas absolutos de sus historias, que llevaron a Eleanor a conseguir fama, éxito y millones de lectores devotos de sus historias en más de veinte idiomas. En total publicó más de 200 romances, esta incansable autora no dejó de escribir nunca, de hecho su última novela: *The black opal* (El ópalo negro) bajo el seudónimo de Victoria Holt, la escribió con 86 años y no pudo ser publicada hasta después de su muerte. Falleció el 18 de enero de 1993 durante un viaje de placer en el mar Mediterráneo, en algún lugar

entre Atenas (Grecia) y Puerto Saíd (Egipto). Tuvo que ser enterrada en el mar.

Notas

[1] La autora se refiere a lo que, sin base histórica, se narra en un castellano leal, el romance del duque de Rivas. <<

[2] Mercenarios famosos por su ferocidad. <<

[3] La ciudad de Londres no depende de la autoridad monarca de Inglaterra debido al pacto acordado entre el pueblo londinense y Guillermo el Conquistador cuando éste fue coronado rey de Inglaterra. <<

[4] Mammon es una palabra aramea que utilizaron los escritores medievales para referirse al diablo de la codicia. <<